

EMIL LUDWIG NAPOLEON



de

Escribir al cabo de más de un siglo sobre Napoleón parecía un riesgo. ¿Qué más cabía explicar sobre el legendario emperador? Pero Ludwig, maestro en el género autobiográfico, dedicó años a analizar la trayectoria vital, moral y psicológica del Gran Corso. Y su libro, en su humanidad sincera, en la grandeza de sus visiones, en la magnificencia de sus cuadros gráficos, sobresale sobre todas las demás obras acerca de Napoleón. Nadie que tenga interés en conocer el pasado puede dejar de leer esta obra, a no ser que expresamente quiera ignorar algo esencial.

Napoleón de Emil Ludwig, es un libro absolutamente original y sus mismos personajes hablan en su contexto, fiel reflejo de la época. La crítica universal reconoció unánimemente *Napoleón* como la mejor obra escrita sobre el *grand homme* y una de las grandes biografías de este siglo.



Emil Ludwig

Napoleón

ePub r1.0

Titivillus 23.10.15

Título original: *Napoleon*

Emil Ludwig, 1925

Imagen de cubierta: *Napoleón abdicando en Fontainebleau* de Paul Delaroche

Editor digital: Titivillus

Digitalización: maperusa

ePub base r1.2



NAPOLEON



EMIL LUDWIG

LIBRO PRIMERO

LA ISLA

«La historia de Napoleón me produce una impresión semejante a la del Apocalipsis de San Juan. Todos sentimos como si debiese haber en ella algo más, pero no sabemos el qué».

GOETHE

I

Una tienda de campaña. Sentada dentro, una mujer joven, envuelta en un chal, amamanta a un niño y presta de cuando en cuando oídos a los rumores lejanos. ¿Estarán todavía combatiendo y tiroteándose, a pesar de que ya ha caído la noche? Pero quizás es sólo el rugir de una de esas tronadas de otoño, cuyos ecos agitan los montes; o acaso no sea sino el susurro de los pinares circundantes y las siempre verdes encinas, donde las zorras y los jabalíes tienen sus cubiles. La mujer tiene todo el aspecto de una gitana, acurrucada en un rincón de la tienda sombría, con el blanco seno a medias cubierto por el chal, cavilosa, incierta del resultado de la jornada. De pronto oye el ruido de unos cascos sobre la tierra dura. ¿Será él? Prometió venir, pero el lugar de la lucha está muy lejos, y la niebla empieza ya a envolverlo todo.

La lona de la entrada es bruscamente apartada por una mano, y como empujado por el viento nocturno, que invade la tienda, entra un hombre: un oficial con guerrera, de color y ros empenachado; un mozo esbelto, de movimientos ágiles; un joven patricio, entre los veinte y los treinta años. Respondiendo a su saludo efusivo, ella se pone en pie de un salto y entrega el bebé a la sirvienta, que se apresura a traer una jarra de vino. Quitándose el pañuelo que le cubre la cabeza, dejando al descubierto la frente blanca y tersa, cercada de negros ricillos, ella queda en pie ante él. Añádase, para completar el retrato, la barbilla prominente, signo de energía, y la nariz aguileña, cuyo relieve acentúa el resplandor del hogar. Sobre la cadera reluce la daga, que en este país montañés no se atrevería a abandonar un momento. En total, una grácil amazona, hija de vieja raza, nacida de hombres activos y resueltos. Sus antepasados, lo mismo que los antepasados de su marido, han sido durante siglos jefes y guerreros; primero, a través del mar, en Italia; más tarde en esta isla escarpada.

Pero ahora que todos se han unido contra el aborrecido enemigo, juntando sus fuerzas para expulsar del país a los franceses, aquí, en el rincón más agreste de la serranía, donde la valiente muchacha, con sus diecinueve años

apenas cumplidos, siguiera al marido que lucha por la patria, ¿quién podría reconocer en ella a la patricia brillante, imán de todas las miradas? Solamente la altivez y el valor pueden mostrar aquí que es de noble cuna.

El oficial, lleno de vida y de fuerza, constantemente en movimiento, le cuenta todas las noticias. El enemigo ha sido derrotado, acosado contra la costa. No tiene escape posible. Ya han enviado una delegación a Paoli.

—Mañana habrá una tregua. ¡Venceremos, Leticia! ¡Córcega será libre!

Todo corso desea muchos hijos. Tierra donde una afrenta es instantáneamente ventilada a puñaladas; donde la *vendetta* es sacrosanta; donde las querellas de familia duran de generación en generación y de siglo en siglo. El hombre que en este instante tenemos en pie ante nosotros desea muchos hijos que aseguren su raza, y la mujer ha aprendido de su madre y abuelas que los hijos son el honor del hogar. Ella fue madre por primera vez a los quince años; pero el rorro al que hace un instante daba de mamar ha sido su primer varón.

El pensamiento de la libertad luce radiante para ambos, pues el oficial es ayudante de Paoli, el caudillo del pueblo.

—¡Nuestros hijos ya no serán esclavos de Francia!

II

Al llegar la primavera, predomina ya el desaliento. El enemigo ha desembarcado refuerzos; los isleños empuñan otra vez las armas; y de nuevo acompaña la brava esposa al marido en su peregrinar guerrero, llevando en sus entrañas la criatura concebida durante las tormentas del pasado otoño.

«A menudo salía, en busca de noticias, de nuestro escondrijo en la montaña y llegaba hasta el campo de batalla. Las balas silbaban en torno mío, pero yo ponía toda mi confianza en Nuestra Señora», solía contar, en años posteriores.

En mayo, los corsos fueron derrotados. La retirada, a través de los bosques frondosos y la serranía escarpada, fue terrible. Entre la muchedumbre de hombres y las pocas mujeres que los acompañaban, cabalgaba Leticia en una mula, ya muy avanzado el embarazo, con su niño de un año en brazos. Lograron llegar sanos y salvos a la costa. En junio, el vencido Paoli, seguido de unos cuantos centenares de sus fieles, huyó a Italia. En julio, el ayudante de Paoli, marido de Leticia, capitulaba, con otros emisarios, ante el conquistador. La soberbia insular quedaba humillada. Pero, en agosto, la mujer del ayudante de Paoli daba a luz al vengador.

Que recibió el nombre de Napolione.

La mujer, que durante la campaña hizo figura de heroína y mostró el valor de un hombre, tuvo ahora, en esta casona junto al mar, que convertirse en una ama de casa ahorrativa y prudente. El marido, de temperamento romántico, vivía más de proyectos que de rentas. Durante una porción de años, lo mejor de sus energías fue consagrado a un pleito interminable sobre su herencia. En los años que pasó en Pisa como estudiante, donde sus compañeros le conocían por el nombre de conde Buonaparte, había vivido bien, pero aprendió muy poco. Al nacer su segundo hijo, dio por terminados sus estudios. La cuestión, ahora, era mantener, de un modo u otro, a los suyos. En los tiempos difíciles,

el hombre discreto acepta el mundo como es y pacta con el triunfador; tanto más en este caso, en que los franceses, deseosos de afirmar su dominio sobre la isla, propendían a favorecer a la nobleza corsa.

Pronto logró el puesto de asesor en los nuevos tribunales, y más tarde el de inspector de unos viveros en los que el Rey de Francia intenta el cultivo del moral. El jefe administrativo viene de vez en cuando en visita de inspección, y el conde Buonaparte no repara en gastos ni molestias para agasajarle. Por otra parte, aún quedan algunos rebaños en el monte, algún que otro viñedo junto a la costa; su hermano, el archidiácono de la catedral, está en situación acomodada, y el hermanastro de la mujer, también sacerdote, e hijo de comerciante, es persona entendida en los negocios.

Apenas ha pasado de los treinta la esposa garrida y animosa, cuando ya cinco varones y tres hembras han nacido de ella. Así lo quieren las ideas sobre la familia de estos isleños, para quienes la pugnacidad y la venganza son virtudes supremas. Pero el criar ocho niños es tarea costosa, y no se pasa día sin que éstos oigan a sus padres hablar de la cuestión pecuniaria. A pesar de todo, el padre acaba por vencer los obstáculos más inmediatos. Acompañado de los dos hijos mayores, a la sazón de once y diez años, respectivamente, se embarca para Francia; y, una vez en Tolón, continúa camino de Versalles.

Lleva una recomendación del gobernador de Córcega, gracias a la cual el título italiano de nobleza de los Buonaparte es confirmado por el Colegio Heráldico de París. El rey Luis concede, además, al funcionario corso un donativo de dos mil libras^[1] en recompensa por sus diez años de servicio leal. Los dos hijos y una de las hijas obtienen sendas becas en las escuelas de la nobleza, y se decide que el uno estudie para cura, en tanto que el otro lo hace para militar.

III

En un rincón del jardín, en buscada y gustosa soledad, un adolescente de menguada talla, taciturno y hosco; para asegurar su aislamiento ha levantado una empalizada que cierra y acota el lote de terreno que le han adjudicado en el jardín de la Escuela de Brienne. Realmente, sólo le corresponde la tercera parte de él, habiéndose apropiado del lote de sus dos vecinos, a uno y otro lado. No obstante, magnánimamente, los deja jugar con él; pero ¡ay de los otros intrusos que, sin derecho alguno, se atrevan a invadir su dominio! Hace unos días, durante una función de fuegos artificiales, dos compañeros, ligeramente chamuscados, trataron de buscar un refugio en su parque, pero él los puso en fuga con su azada.

Todos los castigos, a este respecto, son inútiles. Los maestros han acabado por encogerse de hombros y dejarle que haga lo que se le antoje.

—Está hecho de granito —ha dicho uno de ellos—; pero con un volcán adentro.

Nadie puede tocar sus breves dominios en el jardín, aunque parte de ellos sean usurpados. Nadie tiene un sentimiento más vivo de su propia independencia. Escribiendo a su padre, dice: «Antes preferiría ser el primer obrero en una fábrica que el último entre los artistas de una academia». ¿Leería esto en Plutarco? Por lo menos, es sabido el entusiasmo que siente por este autor y por las vidas de los grandes hombres, tales como aparecen en su obra, especialmente por los héroes romanos. En esto, puede decirse que no cesa de soñar. Nadie recuerda haber visto nunca reír a este muchacho.

A los ojos de sus condiscípulos parece casi un salvaje, o, cuando menos, un extranjero raro. Apenas sabe una palabra de francés y muestra poca inclinación a aprender la lengua del enemigo. ¡Y qué menudo es, y qué nombre tan ridículo el suyo! Su casaca es demasiado larga; no dispone de dinero para gastar; es pobre y, sin embargo, alardea de noble. Los vástagos de la aristocracia francesa hacen burla de él. ¿Qué importancia puede tener un

hidalguelo corso?

—Si los corsos son tan valientes, ¿cómo os dejasteis vencer por nuestras tropas?

—Éramos uno contra diez —contesta el muchacho, iracundo—. Pero esperad a que yo crezca, y entonces veréis los franceses.

—¡Pero si, al fin y al cabo, tu padre no es más que un sargento!

Acceso de rabia del muchacho, que desafía a su camarada y es condenado al calabozo, desde el cual escribe a su padre: «Estoy harto de exhibir mi pobreza y de ser el hazmerreír de unos chicuelos insolentes, que no tienen otra superioridad sobre mí que la de su fortuna, pues no hay ni uno solo que no esté cien codos por debajo de los nobles sentimientos que me animan. ¿Deberé pues, continuar siendo el blanco de unos cuantos mequetrefes que, orgullosos de los placeres que pueden proporcionarse, insultan sonriendo mi indigencia y mis privaciones?».

Pero la respuesta paterna dice: «No tenemos dinero. Es preciso que continúes así».

Continúa cinco años en la escuela. Cada nueva humillación agría un poco su carácter y acentúa su nativa propensión a la rebeldía, crecen su orgullo y su aversión a las gentes. Los profesores, todos ellos sacerdotes tienen, realmente, buena opinión de él, aunque no se distinga más que en las matemáticas, la historia y la geografía, estudios que se adaptan a su espíritu preciso y a sus ojos escrutadores, al par que convienen también a la amargura de espíritu característica de las razas sojuzgadas.

Su pensamiento se vuelve de continuo hacia la isla natal.

En secreto, conserva cierto rencor a su padre por haber pactado con los franceses. Él, por su parte, está bien decidido. Sacará todo lo que pueda del rey, a cuya costa prosigue ahora sus estudios, para, en el momento oportuno, utilizar contra él lo que haya aprendido. Presiente de un modo vago que, un día, será el libertador de Córcega. Pero, por lo pronto, todo lo que puede hacer un muchacho de catorce años es leer libros que traten de su patria, pues el que quiere hacer historia tiene que empezar por estudiarla. Así, devora con afán todo lo que Voltaire, Rousseau y el gran monarca de Prusia han escrito sobre la liberación de Córcega.

¿Qué será de un mancebo semejante, solitario, suspicaz, rebelde y rencoroso, y trabajado el pensamiento por grandes designios?

Precozmente reflexivo, con un conocimiento de los hombres muy superior a lo que a sus años corresponde, cuando José, el hermano mayor, pretende trocar la carrera eclesiástica por la de las armas, Napoleón escribe: «1.º José carece del valor necesario para arrostrar los peligros del campo de batalla. Sin duda sería un buen oficial de guarnición: apuesto, fachendoso, ingenioso y, por tanto, inclinado a los cumplidos frívolos y haciendo un brillante papel en los salones; pero ¿y en la guerra? 2.º Es demasiado tarde para cambiar. En la carrera eclesiástica podría obtener alguna rica prebenda, lo que constituiría una ventaja inapreciable para la familia. 3.º ¿En qué cuerpo armado iba a entrar? ¿En la Marina? Pero: *a*) no sabe una palabra de matemáticas, y *b*) su salud no podría resistir la vida en el mar. Y, para la artillería, es demasiado ligero de carácter, condición incompatible con el trabajo sostenido a que se ven obligados los artilleros». Reflexiones de un observador de quince años, que advierte en sí mismo las cualidades de que el hermano carece, y descripción cabal de José, que es el vivo retrato físico y moral de su padre.

De este mismo padre, Napoleón había heredado la versatilidad de espíritu y una imaginación vigorosa, mientras de su madre sacó el orgullo, el valor y la precisión, y de ambos su intenso sentimiento de familia.

IV

«**S**ólo el puño de esta espada pertenece a Francia; el filo es mío», piensa el mozo al ceñirse por primera vez la espada. A los dieciséis años le han hecho subteniente, y ya no abandonará el uniforme militar sino de tarde en tarde. Un año de estudio en la Escuela Militar de París, animado por la misma avidez de lectura que en Brienne, le han valido aquellas charreteras. De una sobriedad espartana, la prodigalidad y el relumbrón de sus camaradas le eclipsan, al par que le son profundamente desagradables. No obstante, como su naturaleza le lleva a sentirse el eje de su mundo, eleva la necesidad a la categoría de virtud y escribe un memorial tratando de demostrar que el vivir dispendioso no conviene al militar en cierne. No quiere contraer deudas, sabiendo la penuria que reina en su casa. Este sentimiento de familia se intensifica a la muerte de su padre, y, casi niño, comienza a ahorrar para acudir en aguda de su madre.

A raíz de sus exámenes, sus superiores escriben de él: «Reservado y trabajador, prefiere el estudio a toda especie de recreo; gusta de la lectura de los buenos autores; singularmente aplicado a las ciencias abstractas... Silencioso y amante de la soledad; caprichoso, altivo y extremadamente propenso al egoísmo; de pocas palabras, enérgico en sus respuestas, pronto y mordaz en la réplica, con mucho amor propio; ambicioso y aspirando a todo».

En su nuevo uniforme, nuestro subteniente se reúne con su regimiento en Valence, obligado, por su falta de medios, a hacer a pie la mayor parte del camino. Tres impulsos animan su corazón juvenil: despreciar y utilizar a sus semejantes, por regla general vacuos y presuntuosos; escapar de las garras de la pobreza; aprender lo más pronto posible, a fin de poder gobernar a los demás. Los medios y el fin se identifican y funden: ser un jefe en la lucha por la liberación de Córcega, y luego llegar a ser el único señor en la isla.

¡Qué tediosa es la vida en aquella guarnición! Un hombre joven tiene que aprender a bailar y frecuentar la sociedad... Napoleón lo intenta, pero no

tarda en renunciar, movido por su altivez, que le lleva a esconder su indigencia. No obstante, alternando con los burgueses, los leguleyos y los tenderos se oyen cosas sorprendentes, de las que sin duda no tienen ni idea los hidalgüelos de París. ¿Será realmente verdad que el espíritu de Voltaire y de Montesquieu y las obras de Raynal hayan penetrado la modesta burguesía provinciana? ¿Estará ya en marcha el movimiento anunciado por estos profetas? ¿Nos encontraremos en vísperas de la revolución?

Los libros así lo proclaman. Afortunadamente, la lectura cuesta poco, y, una vez leídos todos los volúmenes de la biblioteca pública, todavía es posible, de vez en cuando, ahorrar uno o dos francos para la adquisición de alguno recién publicado. En el café en que vive, la sala de billar está contigua y el ruido que hacen las bolas es molesto, pero más molesto aún sería el cambiar de alojamiento. En sus costumbres personales, por lo menos, el mozo es conservador.

Pero ¿y sus sentimientos? Como a todos los hombres jóvenes de su generación, interésale agudamente el Estado y la cuestión social. Y allí le tenemos, en la estancia contigua al billar, pálido, solo, en medio de una atmósfera pesada y asfixiante, mientras sus camaradas se desquitan de sus pocas horas de servicio jugando o persiguiendo a las mujeres, inclinado asiduamente sobre sus libros, leyendo, con instinto sagaz, todo aquello que más tarde podrá serle de alguna utilidad: los principios e historia de la artillería, la poliorcética, la *República* de Platón, la constitución del Estado persa, del ateniense y del espartano, la historia de Inglaterra, las campañas de Federico el Grande, las finanzas francesas, las costumbres de los tártaros y de los turcos y la topografía de sus respectivos países; la historia de Egipto y la de Cartago, los viajes a la India, informes y estudios ingleses sobre la Francia de entonces, las obras de Mirabeau, Buffon y Maquiavelo, la historia y constitución de Suiza, de China y de la India y el Imperio de los Incas, la historia de la nobleza y de sus desaguisados, la astronomía, la geología y la meteorología.

Napoleón no se contentaba con hojear estos libros, sino que los leía con toda atención. Hasta nosotros han llegado una porción de cuadernos con sus notas y apuntes, escritos en una letra punto menos que ininteligible. El contenido de estos cuadernos, impreso, ocupa cuatrocientas páginas. En ellos encontramos un mapa de la heptarquía sajonia con la lista de sus reyes durante tres siglos, las diferentes modalidades de las carreras a pie en la antigua Creta, la lista de las fortalezas griegas en el Asia Menor, las fechas en

que empezaron a gobernar veintisiete califas, con una nota sobre sus fuerzas de caballería y una relación de la mala conducta de sus esposas.

Las notas referentes a Egipto y la India, que incluyen hasta las medidas de la gran pirámide y un catálogo de las sectas brahmánicas, son tan frecuentes como minuciosas. Entre ellas, copia el siguiente párrafo de Raynal: «Situado frente a Egipto, y colocado éste entre dos mares, realmente entre el Oriente y el Occidente, Alejandro Magno concibió el proyecto de transportar a él la capital de su Imperio, haciendo de Egipto el eje del comercio mundial. Este conquistador eminente comprendió que el único medio de reunir todas sus conquistas en un Estado, Egipto se lo ofrecería vinculando África y Asia a Europa». Palabras con tal frecuencia leídas que, treinta años después, todavía habrá de recordarlas.

Por esta fecha también, comienza a escribir trabajos originales, esbozando más de una docena de ensayos y proyectos: sobre el emplazamiento de la artillería, sobre el suicidio, sobre el poder de los reyes, sobre la desigualdad de los hombres y sobre Córcega especialmente. Rousseau, el autor más popular de aquellos días, no se libra de la crítica de aquel espíritu eminentemente objetivo. Compendia las ideas de Rousseau sobre los orígenes de la especie humana (tal como aparecen en las *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*), pero bruscamente interrumpe el sumario con el comentario: «No creo nada de esto», al que siguen un par de páginas de refutación: los seres humanos no eran ni solitarios ni nómadas. Mientras no fueron lo bastante numerosos para verse obligados a un estrecho contacto, los hombres habían vivido felices y disgregados. Luego, cuando la población se hizo más densa sobre la tierra, «la imaginación salió entonces de la oscura caverna en que tan largo tiempo se viera aprisionada: el amor propio, la cólera y el orgullo irguieron la cabeza; sobrevinieron hombres ambiciosos, de tez pálida, que se apoderaron del gobierno y subyugaron a los hombres débiles y a las mujeres».

¿No se diría, realmente, que le oímos ya sacudir sus cadenas, en la oscura caverna donde él mismo se encontraba prisionero con su imaginación titánica? ¿No se creería estar contemplando el retrato del autor mozo, pálido el rostro, contraídos los labios, lleno de rencor contra aquellos brillantes pisaverdes mujeriegos de su regimiento?

¡Aparte, bien aparte de estos hombres, que son franceses! Su mirada está fija en su isla natal, y en beneficio de Córcega vienen siempre a redundar todas sus lucubraciones de orden social. En uno de sus ensayos leemos:

«¿Concebís el absurdo de ese veto general de las leyes divinas a sacudir el yugo del usurpador...? Así, un asesino del monarca legítimo, se ve inmediatamente protegido por las leyes divinas, en tanto que, de no haberlo conseguido, se habría visto condenado a perder en el cadalso su cabeza criminal... ¿Con cuánta más razón, entonces, no podrá un pueblo sacudirse al usurpador? ¿Y no viene esta razón en apoyo particular de los corsos...? Lo mismo que pudimos sacudir el yugo de los genoveses, podremos sacudir el yugo de Francia. Amén».

El novel autor quiere poner a prueba su ingenio, y plantea una novela sobre Córcega y algunos cuentos o novelas cortas repletos de su odio a Francia. A pesar de todo, continúa aprendiendo su profesión, espoleado por la penuria, la ira y el sentimiento. La imaginación gobierna al mundo, pero los cañones son el instrumento utilizado por la imaginación para llevar a cabo sus propósitos. «No tengo otro recurso aquí que el trabajo. No me mudo de ropa interior más que una vez por semana. Desde que estuve enfermo, apenas duermo... No como sino una vez al día».

Estudia la artillería gruesa y la balística, pensando siempre en cifras, a tal punto, que todo el mundo empieza a hacerse lenguas de su genio matemático. En planos de campos de combate imaginarios marca los lugares en que situaría las baterías, abriría las trincheras y establecería las guarniciones. ¡Ah, si él pudiese...! Sobre la quimérica red de fortificaciones con que ha cubierto su isla, tiende en el mapa una segunda red, donde las cruces significan los cañones. ¡Mapas y más mapas! En su estancia del bullicioso café, en medio del estrépito de la clientela, estudia minuciosa y ahincadamente cuanto hay que estudiar, copia discursos enteros del Parlamento inglés y dibuja las partes del mundo más remotas. Al final del último de sus cuadernos, la postrera anotación reza así: «Santa Elena, islote en el Océano Atlántico. Colonia inglesa».

Un día recibe una carta de su madre. Su generoso protector, el gobernador, había muerto. La casa perdió sus principales ingresos; los morales del jardín no podían ya constituir un medio de subsistencia; José no tenía empleo retribuido... ¿No podría el hijo segundo contribuir en algo? Poco después de recibir esta carta, Napoleón obtiene un permiso y marcha a Córcega. ¿Deberemos considerarle ya como un conquistador clandestino, que vuelve a la isla de sus proyectos y ensueños? Véase lo que escribe en su diario:

«Siempre solo, aun en medio de los hombres, vuelvo a mi hogar, para abandonarme a mis ensueños y a mi melancolía, que propende hoy hacia la

muerte... Sin embargo, estoy en el umbral de la vida y puede esperar vivir mucho tiempo aún. He estado alejado de mi país seis o siete años... ¡Qué felicidad volver a encontrarme con los míos...! ¿Qué demonio me empuja a destruirme...? ¿Por qué soportar una vida en la que nada me sale bien, pues la mala suerte me persigue y nada me procura la menor alegría? ¡Qué espectáculo el que ofrece mi patria...! Mis compatriotas besan las manos que los oprimen... Altivo, consciente de su valor, el corso vivía antes para el país y para su esposa bienamada... La naturaleza y la ternura henchíanle de felicidad... Aquellos tiempos dichosos se desvanecieron como sueños cuando nos arrebataron la libertad... ¡Ah, franceses! No sólo nos priváis del mayor bien, sino que, encima, corrompéis nuestras costumbres... ¡Y ver mi patria en esta situación, sin poder socorrerla! Razón por sí sola bastante para huir de una vida en que tengo que alabar a los que odio. Si hubiera un hombre cuya muerte pudiera suponer nuestra liberación, yo no vacilaría un instante. La vida me es una carga; solamente dolores me produce..., y por no poder vivir a gusto mío, la vida se me hace insoportable...».

V

Al cabo de un año pasado en Córcega, un año que las preocupaciones de dinero y de familia hicieron bien sombrío, Napoleón continuaba presa del desánimo y del abatimiento. No obstante, como la licencia había expirado, tuvo que reintegrarse a Francia, aunque esta vez no a Valence, sino a Auxonne. Pero ¿qué importaba el cambio?

Al fin, la situación empieza a mejorar para él. El nuevo general comprende el valer de este subalterno de diecinueve años y le encomienda ciertos trabajos en el campo de maniobras. «Estos trabajos exigían grandes cálculos y, durante diez días, mañana y tarde, a la cabeza de doscientos hombres, he estado ocupado. Esta demostración inaudita de favor ha incitado contra mí a los capitanes, que aseguran les supone un perjuicio el que se haya encargado a un teniente la ejecución de trabajos tan esenciales».

La antigua depresión vuelve a apoderarse de él. El ascenso se hará esperar de tal modo que, cuando llegue a capitán, es muy posible que esté ya a punto de que lo pasen a la reserva. Tendrá que volver a vegetar en su patria —donde se le echará en cara estar a sueldo de Francia—, a esperar el día de ser enterrado en la misma tierra en que ha nacido. Este privilegio, siquiera, no podrán disputárselo los franceses. ¿Luego no eran sino humo, quimera, aquellos ensueños de libertad que preconizaban los libros que tan apasionadamente leyera? Pero si ni la misma Francia, a pesar de toda su fuerza, conseguía sacudir el yugo de la nobleza, librarse de la venalidad y el nepotismo, ¿cómo iba la pobre Córcega a manumitirse de la tiranía francesa?

Nuevos planes y proyectos ocupan el espíritu del mancebo, que llena con ellos su diario. Si éste cayese por casualidad en manos de sus superiores, seguramente le costaría caro. «Esbozo para un ensayo sobre la autoridad de los reyes. Determinar las particularidades del poder usurpado de que gozan los reyes en las doce monarquías de Europa. Muy pocos serían los que no mereciesen el ser destronados». Así da suelta a su hastío en el secreto de su

diario, mientras en público, el día del cumpleaños regio, tiene que gritar: *¡Viva el Rey!*

Otro año de su mocedad transcurre en la tediosa rutina del servicio; un año ha pasado en el silencio y la expectación, repartidas sus energías entre sus ensueños y las matemáticas. Pero el año del Destino llega, no obstante. En los más apartados rincones de provincias se empieza a oír ya un rumor sordo, presagio del redoblar de los tambores. Estamos en junio de 1789. El misantrópico teniente comprende que el día de la venganza se acerca. La insolencia de aquellos que durante tanto tiempo le humillaron, ¿será causa ahora de su propia ruina? Este grito, exhalado por millares de bocas, ¿no será también el grito de guerra de los corsos? Reuniendo sus *Cartas corsas*, las envía a su admirado y ejemplar Paoli, que continúa en el destierro, y le escribe:

«Mi general: Yo he nacido cuando la patria agonizaba. Los gritos del moribundo, los gemidos del oprimido, las lágrimas de la desesperación, rodearon mi cuna desde el instante de mi nacimiento. Usted abandonó nuestra isla, y con usted desapareció la esperanza de la felicidad; la esclavitud fue el precio de nuestra sumisión. Los traidores a la patria han propalado, para justificarse, diversas calumnias contra usted... Leyéndolas, mi ardor se ha exaltado y he decidido disipar esas brumas... Quiero ennegrecer con el pincel de la infamia a quienes traicionaron la causa común... Quiero llamar, ante el tribunal de la opinión pública, a los que gobiernan y descubrir sus sórdidos manejos... Si mi fortuna me hubiese permitido vivir en la capital, sin duda habría dispuesto de otros medios... Joven aún, mi empresa puede ser temeraria, pero el amor a la verdad, a la patria y a mis compatriotas sostendrá mi entusiasmo. Si usted se digna, mi general, aprobar este trabajo, si usted se digna dar alientos a un hombre que usted vio nacer, me atreveré a augurar favorablemente del éxito... Mi madre, madame Leticia, me encarga le renueve el recuerdo de los años pasados en Corte».

Obsérvese aquí un nuevo acento, una nueva armonía de acentos. Se trata, por decirlo así, del diapasón emocional de la época: el gesto audaz del tiranicida, todo el aparato de una fraseología sensacional, palabras coruscantes más bien que brotadas espontáneamente (al revés de lo que vemos en las páginas de su diario), escogidas con toda minucia para causar efecto. Sólo una cosa presenta cierta originalidad alarmante, característica del escritor; ese «Yo» decisivo con que comienza la carta, ese «Yo» que parece desafiar al mundo. Su orgullo inconmensurable estalla aquí por vez primera; y

ya se oyen entre líneas los tambores y clarines que anuncian la nueva Era; una época que otorgará el laurel y la palma, no al nacimiento, sino a la acción, derribando así la única barrera hasta ahora insuperable. Una ambición que, de aquí en adelante, ya no conocerá freno alguno. Pero, al final de la carta, con una frase cortés, recobra el antiguo acento, dando a entender que sólo en busca de protección acude a Paoli. ¡Y qué habilidad, qué cortesía en todas las cartas de este adolescente, cuya persona aún continúa oscura y enigmática!

Paoli, que pertenece a otra época, se siente herido por tanta arrogancia, y con una suave ironía contesta que los jóvenes no deben intentar escribir la Historia.

Cuatro semanas después de escrita esta carta, los jóvenes comienzan precisamente a escribir la Historia, por vez primera en el siglo x1n. Toman por asalto la Bastilla, y resuena el grito que unifica las voluntades. Francia entera se levanta en armas. La guarnición de nuestro teniente es saqueada por el pueblo, hasta que las clases acomodadas se unen a las tropas y organizan la resistencia. Buonaparte se halla en su puesto, con los cañones en la calle, y ayuda a ametrallar al pueblo. Dispara por disciplina, pero no cabe duda que lo hace de todo corazón contra la plebe, a la que desprecia tanto como a la nobleza.

En lo profundo de su alma, no considera el accidente sino como una disputa entre extranjeros. ¿Qué tiene él que ver con estos franceses que se despedazan entre sí? Un solo pensamiento llena su cerebro: «¡Córcega!». Pedir una licencia y trasladar a la isla aquel encendido entusiasmo; aprovechar el trastrueque general para ocupar el primer puesto en su patria.

VI

El teniente Buonaparte desembarcó en su isla como un profeta que lleva una nueva doctrina a tierra extraña. Él fue el primero en llevar a Córcega la escarapela roja, que promete la libertad, la igualdad y la fraternidad. ¿Acaso no era ésta una raza de montañeses libres, antaño independientes, aunque desde hacía veinte años gimiera bajo el talón del conquistador de la isla, que sólo valiéndose de la nobleza y del clero conseguía gobernar, pero que no entendía en absoluto al pueblo que oprimía?

¿Qué le importaba al nuevo jacobino haber vivido hasta entonces gracias a sus títulos de nobleza y el que éstos fueran la causa de la instrucción que había recibido a expensas del Rey de Francia? ¿Qué tenía él que ver con el Rey? ¡Al fin, los pueblos habían conquistado el derecho de gobernarse por sí mismos! Si la nueva Francia, recién despertada de su sueño secular, ha proclamado ese derecho a la libertad, ¿cómo no iba Córcega, a la sazón encadenada a Francia, a aprovechar la ocasión para proclamar su propia independencia? ¡Ciudadanos, la hora ha sonado! ¡A las armas! ¡Que todo el mundo luzca la escarapela roja de la nueva Era! ¡Formemos una Guardia Nacional, como han hecho en París! ¡Arranquemos el poder de manos de las tropas reales! ¡Yo, que soy artillero, seré vuestro jefe!

Con veinte años, rostro pálido, ojos azulencos y fríos, pero la boca llena de palabras enardecidas, el joven Buonaparte recorre las calles de Ajaccio, donde todo el mundo le conoce. Una muchedumbre cada vez más nutrida le sigue; los unos, ávidos de libertad; los otros, simplemente deseosos de un cambio cualquiera, sea el que sea. La multitud, en la plaza, le contempla como si fuera realmente un tribuno del pueblo, un hombre capaz de inflamar con sus esperanzas apasionadas el alma colectiva. En este ambiente semiorientado, y entre estas familias pendencieras, «se aprende pronto —como dirá más tarde— a conocer el corazón humano».

Pero surge un contratiempo. Los refuerzos de la montaña, que esperaba,

no llegan, y cuando entran en escena las tropas regulares, los revolucionarios se disuelven. Al cabo de unas horas, el desarme es general, aunque, por prudencia, no se practica ninguna detención. Nueva desilusión: ¡ni siquiera le queda el recurso del martirio! Tiene que contentarse con el papel de caudillo popular fracasado, posición punto menos que grotesca. Pero la fiebre arde todavía en sus venas, y a toda costa tiene que hacer algo para calmarla. Sin pérdida de momento: instancia a la Asamblea Nacional de París, que comienza con una oda a la nueva libertad, en el estilo florido de la época, para acabar con un torrente de quejas y reclamaciones. ¡A la horca los funcionarios del régimen! ¡Y armas para los ciudadanos de la isla, con el permiso para organizarse en una milicia local! Inmediatamente, una comisión de representantes firma con él el documento.

Varias semanas transcurren en la espera de una respuesta. ¿Qué contestará París...? Al fin llega un correo. La isla será de allí en adelante una provincia francesa, con los mismos derechos que las otras provincias. A propuesta de Mirabeau, Paoli y los demás campeones de la libertad, a la sazón en destierro, podrán reintegrarse al suelo patrio. El teniente queda perplejo. ¿Una provincia? A pesar de las nuevas ideas, o más bien a causa de ellas, ¿tendrán los corsos que seguir siendo franceses? ¡Extraña forma de libertad!

Pero ya la procesión, presidida por las autoridades locales, se encamina hacia la catedral, con objeto de santificar el nuevo decreto. Y Buonaparte no vacila en seguir el camino que el ejemplo de todos los demás le señala. Dirige fogosos manifiestos a sus conciudadanos, busca partidarios en el nuevo círculo político y asegura la elección de su hermano mayor como concejal. Entre tanto prosigue la composición de su *Historia de Córcega*, y lee de cuando en cuando a su madre algunos pasajes de ella.

«¿Es éste, realmente, el gran Paoli?». Tal es la pregunta que se hace Buonaparte cuando, al cabo de veinte años de destierro, retorna, en medio de las aclamaciones populares, el héroe de sus juveniles entusiasmos. «¡Sus palabras y su actitud son tan prudentes, tan políticas, tan poco marciales!». Pero convenía estar bien con Paoli, puesto que él iba a ser el comandante de la Guardia Nacional. Así, nuestro oficial de artillería pasa algún tiempo en la montaña al servicio del hombre que fue jefe de su padre antes de que él viniera al mundo.

Cada vez que se encontraban a solas, sentados en torno de una mesa, o cabalgando juntos por la serranía —el veterano experimentado de un lado, el mozo exaltado y ambicioso de otro—, solía este último explicar afanosamente

al primero sus proyectos de un levantamiento militar para la total secesión y autonomía de Córcega. Pero Paoli fijaba siempre en el mozo una mirada en la que la satisfacción y el temor luchaban sin conseguir imponerse. Instintivamente, no podía menos de sentir que el autor de las *Cartas corsas* tenía el diablo en el cuerpo, o, por mejor decir, en la cabeza, como si ya en el espíritu del mozo se levantase la imagen del trono del mundo, magníficamente solitario... Y, sacudiendo la cabeza, solía contestarle Paoli:

—¡Ah, Napolione! La verdad es que no hay en ti nada de moderno. Diríase que sales de la época de Plutarco.

Por primera vez en su vida sintió Napoleón que era comprendido. Los héroes romanos de Plutarco eran los únicos que se encontraban a la altura de su idea. Paoli fue el primero que se dio cuenta de lo que en él había de romano.

Al fin, hele aquí con una frase en la que reposa su amor propio. Y cuando, desde su retiro campestre, escribe, a instancias de Paoli, un manifiesto, no vacila en fecharlo, arrastrado por su fiebre, del modo siguiente: «23 de enero del año II, en mi despacho de Midilli». ¿Ridículo o sublime? En todo caso, apenas lanzada esta proclama dictatorial, el mozo se apresura a regresar a Francia, obligado por sus deberes militares, pues la licencia, varias veces renovada, ha expirado. Realmente, ¿a qué renunciar a su carrera? ¿Con qué objeto? Estando, como está, ocupado el primer puesto en la isla, ¿para qué demorarse en ella más tiempo?

VII

«**M**e encuentro en la cabaña de un pobre, desde la que me complazco en escribirte, después de haber charlado largo rato con estas buenas gentes... Son las cuatro de la tarde; el tiempo, aunque tranquilo, es fresco, así que me he entretenido en dar un buen paseo a pie; la nieve no cae todavía, pero no anda lejos. En todas partes he encontrado a los campesinos bien dispuestos todos a perecer para el mantenimiento de la Constitución. Las mujeres son en todas partes monárquicas, cosa que no tiene nada de extraordinario. La Libertad es una mujer más bonita que ellas y las eclipsa. Todos los curas del Delfinado han prestado el juramento cívico, haciendo caso omiso de las amenazas episcopales. Lo que se llama la buena sociedad es, en sus tres cuartas partes, aristocrática, lo que quiere decir que se cubren con la careta de los partidarios de la Constitución inglesa. Es cierto que Peretti ha amenazado a Mirabeau con una puñalada, cosa que no hace el menor honor al país. Convendría, pues, que la Sociedad Patriótica regalase a Mirabeau un traje corso completo; esto es: barretina, chaqueta, polainas, cartucheras, estilete, pistola y fusil. Ello, sin duda, haría buen efecto».

Todo, en esta carta al tío materno de Napoleón, el abate José Fesch, atestigua las dotes de observación y de cálculo, elementos básicos del hombre político. El tiempo, el Estado, el paseo a pie, los medios de conquistar a un personaje de elevada posición, los móviles humanos..., todo ha sido objeto aquí de una atención detenida. La vanidad y la codicia, tales son las flaquezas que deben tenerse en cuenta y ponerse en juego. Y ¡qué al desnudo podemos ver su propia alma cuando, en una carta escrita por aquel entonces, le oímos reprochar a un contrincante: «Moralista profundo, el estudio de la naturaleza humana le ha enseñado a usted lo que valía el fanatismo de cada hombre; para usted, la diferencia entre uno y otro se reduce a unos cuantos luises más o menos»!

¡Luis! ¡Dinero! ¡Ah, si él lo tuviese! Precisamente su hermano Luis, de quince años a la sazón, ha venido con él a Francia. Pero al llegar a Valence,

entre el teniente Buonaparte y su hermano apenas si reúnen 85 francos, con los que es preciso vivir, vestirse y subvenir a la instrucción del muchacho. Inútil decir que, en estas condiciones, Napoleón y Luis tienen que cepillarse por sí mismos la ropa.

¡Dinero...! Pero no para gozar (él desprecia los placeres vulgares), sino para abrirse camino en el mundo. La Academia de Lyon ofrece un premio a un ensayo. Mil doscientos francos: lo suficiente para armar a media Córcega. «Sobre las verdades y sentimientos que más conviene inculcar a los hombres para su felicidad». Tal es el tema del concurso. El teniente sonríe. El tema le viene como a la medida. Para principiar, deja su tarjeta en casa de los académicos que han decidido el tema, discípulos de Rousseau, como es natural. Luego pone manos a la obra. El ensayo comienza con la loa de los placeres de la Naturaleza, la amistad y la ociosidad soñadora, tres cosas que el autor no conoce ni estima. De pronto, la argumentación toma un giro político, en contra de los reyes, y reclama la universalización del libre goce de la propiedad y los derechos civiles. Luego se deja oír un acento más lúgubre, como si el ensayista contemplase en un espejo su propia imagen, la imagen del pálido estudiante de antaño. «El hombre ambicioso, de tez pálida, de reír sardónico, comete crímenes y recurre a la intriga. Cuando llega al poder, los homenajes de la muchedumbre le fatigan. Los grandes ambiciosos han buscado la felicidad y encontrado la gloria».

Sublimes presentimientos, dignos de un personaje de Plutarco. Pronto el autor se expresa todavía más claramente. Su ideal es Esparta; el valor y la fuerza son las dos virtudes cardinales. El espartano atravesaba la vida como el hombre que se encuentra en la plenitud de sus facultades. «Era feliz porque vivía de acuerdo con la Naturaleza. Sólo el hombre fuerte es bueno; el débil es siempre malo». Y, por último, estas palabras proféticas: «Los hombres verdaderamente grandes son meteoros destinados a brillar para alumbrar las tinieblas de su época».

Era demasiado para la Academia de Lyon, que declaró el ensayo «digno de recomendación». ¡Un nuevo desengaño! El esfuerzo no le había traído ni dinero ni gloria. No obstante, con una actividad incansable, Buonaparte vuelve a su novela corsa y escribe un diálogo amoroso.

¡Cómo! ¿Sería posible que el amor viniese también a proyectar su luz sobre este espíritu sombrío? ¿Tendremos aquí una expansión sentimental a la manera de Rousseau? Oigamos lo que dice sobre el particular el teniente, a la sazón de veintidós años: «Yo no os pido la definición del amor; yo también

estuve enamorado antaño y me han quedado los bastantes recuerdos para no precisar de esas definiciones metafísicas, que no hacen nunca otra cosa que embrollar los términos. Por mi parte, hago más que negar su existencia; lo creo tan perjudicial a la sociedad como a la felicidad individual de los hombres, y sostengo, en suma, que el amor hace más daño que bien y que una divinidad protectora no podría hacernos beneficio mayor que el acabar con él, librando de un azote al mundo».

Una fanfarria militar que llega de París viene a interrumpir estas meditaciones políticas y sociales. ¡Luis XVI, en una tentativa de fuga, ha sido detenido en Varennes y reintegrado a París! El pueblo ha triunfado, y el movimiento revolucionario crece por días. En el segundo aniversario de la toma de la Bastilla, el teniente rojo brinda por los patriotas. De la isla natal llegan también a él rumores de disturbios, gritos confusos, un oleaje de anarquía... En estos años de frenesí, las piedras que se lanzan en París producen ondas cada vez más amplias que llegan a las costas más distantes. También Córcega se halla en vísperas de la guerra civil. ¿Por qué no correr la aventura una segunda vez?

VIII

Nuestro teniente tiene que desempeñar ahora el papel de Coriolano. Ganar votos, ganar hombres. Desde que el pueblo gobierna, se hace preciso cultivar la popularidad. El archidiácono Luciano Buonaparte acaba de morir, y la familia se encuentra en mejor situación. El otro clérigo de la familia, Fesch, hermano de la madre, ha conseguido entrar en el Club Jacobino. José puede influir sobre la opinión del Municipio. ¿Acaso hay otro hombre en toda la isla que pueda dirigir como nuestro joven artillero una batería?

El mando de la Guardia Nacional pondría, realmente, el poder en sus manos. Pero ¿será elegido?

Su licencia, esta vez, sólo dura hasta el Año Nuevo. ¡Es preciso tener cuidado! Escribe a su jefe: «Circunstancias imperiosas me han obligado a quedarme en Córcega más tiempo del que habrían requerido los deberes de mi cargo. Lo lamento, pero, no obstante, nada tengo que reprocharme; deberes más sagrados y más preciosos me justifican». Hay que evitar a toda costa que le den de baja. La carta no obtiene respuesta. Está bien; eso quiere decir que tendrá que jugarse el todo por el todo.

El momento de la elección del comandante de la Guardia Nacional se aproxima. Los Buonaparte tienen parientes en toda la isla. Su madre tiene la casa abierta y la mesa puesta para todos los que quieran hacer uso de su hospitalidad; a menudo vienen del monte algunos amigos, a los que se brinda albergue; ¡éste es el modo de ganar votos y hacerse partidarios! «Por aquel entonces —escribe uno de sus camaradas— veíase a Napoleón tan pronto silencioso y pensativo, tan pronto amable con todo el mundo, hablando con todos, visitando a los que podían serle útiles y tratando de conquistarlos a todos». Cuando llegan los comisarios, obliga a uno de ellos a alojarse en su casa, y hace apalear a los partidarios de sus contrincantes. ¡Así son las elecciones en Córcega! Pero al anochecer de este día de emociones, Napoleón

ha conseguido su objeto: es nombrado comandante segundo, con el grado de teniente coronel.

¿Aprovechará la ocasión este italiano para enviar su dimisión a Francia? ¿Abandonará el servicio de la nación enemiga? O bien ¿será preferible proceder con cautela? El ejemplo de los grandes capitanes le ha enseñado que conviene siempre dejarse abierta la retirada. «En estas circunstancias difíciles —escribe a Valence—, el puesto de honor de un corso está en su país. En esta idea, exigieronme los míos que me quedara entre ellos; sin embargo, como no sé transigir con mi deber, mi propósito era presentar la dimisión».

Pero, lejos de presentarla, pide los atrasos de su paga, aunque, refiriéndose a Francia, escribe ahora: «la nación de ustedes».

En respuesta, las autoridades militares francesas le borran de su escalafón.

Hele, pues, convertido en un simple aventurero, más pronto de lo que él mismo deseara. Sin un sostén firme, sus únicos derechos son los derechos revolucionarios de una Guardia Nacional, que cualquier cambio político puede anular. *Hic Rhodus!* Es preciso aprovechar la guerra civil latente entre los ciudadanos de Ajaccio y la Guardia, aguijarla y atizarla, para luego, a favor del desorden general, poder asumir el papel de salvador. ¿Acaso no es la ciudadela, a la sazón ocupada por las fuerzas regulares del rey, una amenaza permanente? ¿Y no empezaron siempre Federico y César tomando por asalto las ciudadelas? Hay, pues, que apoderarse del comandante de los regulares y echarlo fuera de la isla, libertando así, de un solo golpe, al país. Francia, ocupada actualmente en otras guerras, no será ya capaz de reconquistar Córcega. El libertador se convertirá en un héroe popular y el viejo Paoli pasará a ser una leyenda.

El día de Pascua de 1792 estalla la lucha. ¿Provocó la Guardia a los ciudadanos? ¿Fueron éstos los responsables? ¿Quién dio la primera embestida? ¡Problema insoluble...! El caso es que Buonaparte, al frente de su batallón, intentó apoderarse de la fortaleza. Pero la guarnición no se dejó amedrentar. Los cañones hablaron y las fuerzas atacantes tuvieron que batirse en retirada. Una queja contra el segundo comandante fue dirigida inmediatamente a París, acusándole de rebelión armada. Se le inicia un proceso por alta traición. Paoli, que desde el comienzo se sintió un tanto alarmado por la fogosidad de su turbulento compatriota, se apresura a proclamar su lealtad a Francia y a destituir al hijo de su antiguo amigo.

«Si no estás por mí, Paoli, día llegará en que yo esté contra ti —se dice

Buonaparte—. ¡Ten cuidado! Voy a París, donde reina la revolución».

A través de las calles de París, durante estos días tórridos del verano, vaga nuestro aventurero, al que todo le ha salido mal. No tiene ni dinero ni una situación definida. En Francia es teniente, pero considerado poco menos que como desertor; en Córcega, teniente coronel destituido. Las más graves acusaciones pueden pesar dentro de poco contra él, y ¡quién sabe si mañana mismo se estará muriendo de hambre! Los jacobinos son su última esperanza, y, como solamente la caída de la dinastía puede salvarle, se une a la fracción de Robespierre.

La vida en París es costosa. Empeña el reloj y contrae algunas deudas, cosa que hasta entonces evitó con todo cuidado. ¡Quince francos en una casa de comidas! En vista de la situación, propone a Bourrienne que ambos se conviertan en corredores de inmuebles. ¿Hace esta penuria que envidie a los que lograron escalar altos puestos? En manera alguna; se limita, simplemente, a despreciarlos. «Fuerza es confesar, cuando se ve todo ello de cerca, que los pueblos no valen casi la pena de que se tome uno tanto trabajo por merecer sus favores. Quizás aquí los hombres son más pequeños, más malos, más calumniadores... El entusiasmo es ardor y vida y el pueblo francés es un pueblo viejo. Cada uno busca su interés y trata de llegar. Todo esto destruye la ambición. Vivir tranquilo, disfrutar del afecto de la familia cuando se disfruta de unos cuatro o cinco mil francos de renta..., cuando la imaginación, sosegada, deja de atormentarnos...».

Pero ¡desgraciado de aquél que se ve atormentado por una imaginación vivaz! ¡Y qué posibilidades colosales no podrán estarse fraguando en este inmenso caldero de París, para surgir súbitamente de esta época caótica! Y este italiano puede contemplar con indiferencia de extranjero los destinos de estos franceses, del mismo modo que, aventurero hábil, podrá intentar aprovecharlos en beneficio propio. ¿Acaso no ganan terreno cada día los jacobinos?

Cuando la muchedumbre asalta las Tullerías, Buonaparte se encuentra entre los espectadores. Su situación comprometida le arranca este grito: «¡Alabado sea Dios! Otra vez volveremos a ser libres». Pero el militar observa: «He visto con pena soldados amenazados por hombres civiles... Si el Rey se hubiese mostrado a caballo, la victoria habría sido suya, Tal pensaba todo el mundo aquella mañana». Pocos días antes, cuando el Rey se había mostrado con el gorro frigio, Napoleón había anotado: «¡Cobarde! Si hubiese hecho barrer a cañonazos a cuatrocientas o quinientas personas, las demás aún

estarían corriendo».

Sin embargo, su sentimiento dominante es de liberación. Sus adversarios han sido derribados. Al día siguiente del asalto de las Tullerías, escribe a su tío: «No se preocupe usted por sus sobrinos, que ya sabrán salir por sí solos del paso». El nuevo Gobierno hace bien las cosas con Napoleón. No solamente reintegra a su puesto al desertor, sino que pronto le asciende al grado de capitán. No obstante, éste no siente la menor prisa por incorporarse a su regimiento. Al fin y al cabo, ¿qué le importa a él que el Rey de Prusia esté ya en el Mosela? ¿Y qué pueden importarle las guerras de Francia? «¡Yo soy corso! ¡En marcha, pues, otra vez hacia Córcega!».

IX

¿E s posible que ni el viento fresco del mar ni la brisa pura de la montaña hayan conseguido disipar el espíritu partidista a que, en todas partes, propende a degenerar la lucha de las ideas? Calumnia, corrupción, anarquía: tales son las formas que la pugna ha revestido en la isla. Salicetti, el delegado corso en la Convención de París, es el enemigo mortal de Paoli y, por consiguiente, amigo de los Buonaparte, ahora que éstos se han vuelto contra Paoli. El Club Jacobino de Ajaccio se halla dividido, pero el sentir revolucionario predomina, y Paoli, el único hombre puro de la isla, es estigmatizado como traidor, simplemente porque es partidario de una acción moderada.

¿Quién tiene en sus manos las riendas del poder? Todos y nadie. La mutua desconfianza prevalece en todos los sectores. En París ha sido instalada la guillotina, el Rey ha pasado ya por esta vía roja y nadie sabe quién gobernará mañana. En Córcega, todo el mundo va armado, tanto en las ciudades como en las montañas. Las órdenes dadas en la costa se estrellan contra las rocas del interior. Cada uno es aquí su propio rey; cada uno, su propio vengador. ¿Qué mejor campo de acción para este aventurero, que nada tiene ya que perder? Por tercera vez intenta enseñorearse de la isla.

José, Luciano y el tío Fesch tienen sus partidarios. Napoleón trata de reunir las fuerzas dispersas ayudado por Salicetti, que necesita un artillero hábil que le ayude en la próxima lucha de facciones. El club le secunda. ¿No sería un buen golpe acusar a Paoli de traición a Francia? Los veinte años de destierro que ha pasado entre los ingleses no han dejado de influir en su ánimo, y podría insinuarse que proyecta venderles a Inglaterra. Si Luciano se llegase a Marsella y comunicase esta sospecha a los comisarios, no tardaría Salicetti en repetir la acusación injuriosa en la Convención. Córcega es un vivero de intrigas; unas cuantas familias deciden en ella la vida pública, que absorbe toda la vida doméstica.

Poco tiempo después, la Convención envía representantes a Córcega. Se nombran y se destituyen oficiales sin consultar para nada a Paoli. Buonaparte, actualmente capitán al servicio de Francia, recobra en la isla su puesto de teniente coronel. Su habilidad y el afecto de sus soldados le han permitido usurpar el mando una vez más. El nombramiento oficial no es sino el reconocimiento de esta usurpación. Su horizonte se despeja cada vez más.

Inesperadamente llega de París una orden terrible: la de detener a Paoli. Sus adversarios se han excedido, realmente. El corazón de los isleños vuelve a encenderse por su viejo héroe. Todos corren en su apoyo, y Paoli se rebela contra la orden.

El joven Buonaparte vacila... Siempre ha mantenido atento su oído al latir del corazón popular, y no con el afán del amante, sino con el espíritu de observación del facultativo. Intenta ganar tiempo, busca un término medio, se declara públicamente por el calumniado Paoli, pero reconociendo al mismo tiempo el prudente proceder de la Convención. No obstante, la Convención desconfía de este partidario y lanza también contra él una orden de arresto. Por su parte, Paoli sospecha que el mozo trata de jugar con dos barajas. En uno de sus manifiestos leemos: «Desde el momento que los hermanos Buonaparte han apoyado la impostura y tomado el partido de la Convención, sería indigno del pueblo corso seguir ocupándose de ellos... Basta con abandonarlos a sus remordimientos íntimos y a la opinión pública, que ya los ha condenado a una perpetua execración e infamia».

Sus enemigos asaltaron la casa de los Buonaparte, la saquearon, y seguramente habrían acabado con sus habitantes si éstos no se hubieran apresurado a refugiarse en la Comisión.

El incidente va a beneficiar a Buonaparte. Para las autoridades de París será la mejor prueba de su fe revolucionaria. Y, en efecto, dichas autoridades no vacilan en depositar en él su confianza. El que un año antes capitaneara a los voluntarios corsos contra la artillería del Gobierno francés, es ahora nombrado comandante de esta misma artillería contra los voluntarios corsos. ¡Ya los cañones son suyos! Los otros ocuparán mejores posiciones, pero el poder, y un poder amplio, con la orden de proteger la costa, es suyo al fin. ¡Ahora nos veremos las caras, Paoli!

Pero el veterano tiene en su favor al pueblo y es dueño de la ciudadela. Cuando Napoleón intenta tomar por asalto la fortaleza, fracasa por segunda vez. Como fracasa también la siguiente tentativa que se hace para arrancar

este baluarte a los isleños.

Ya no hay, pues, lugar para él ni los suyos en toda Córcega. Los Buonaparte son desterrados por decreto popular y declarados fuera de la ley. La madre, tan orgullosa de su progenie; sus dos hijos varones, sus dos hijas y su hermano, todos han quedado sin techo ni hogar por culpa del fracasado ataque de Napoleón contra Paoli. En el plazo de unas cuantas horas tendrán que haber abandonado la isla. A través de los bosques silenciosos, en cuyas umbrías veinticuatro años antes encontrara refugio huyendo de los franceses, tiene ahora Leticia que huir hacia la costa buscando la protección de aquéllos. Toda su hacienda ha caído en manos de sus enemigos. Fuera del traje que lleva puesto, nada le queda.

El oficial de artillería, de veintitrés años a la sazón, en pie sobre la cubierta del velero que le lleva hacia Tolón, clava los ojos en la costa lejana que se va borrando, poco a poco, en aquel largo anochecer de junio. Cada saliente, cada anfractuosidad, le son familiares...; tres veces ha intentado conquistar la isla para liberarla. Y ahora los corsos le arrojan de ella acusándole de afrancesado. La ira y el deseo de vengarse le sacuden. ¡Ah, las victorias de Francia le harán fuerte, y día llegará en que, pese a quien pese, será el amo de Córcega!

Pero a medida que el navío se va acercando a las costas francesas, nuestro aventurero siente que le invade ese dulce sentimiento de libertad que goza aquél que en todas partes se encuentra como en su patria. Tal es el sino de los que no tienen ninguna...

X

«¡**Q**ué viejos están sus trajes!», pensó Leticia Buonaparte viendo volver a sus dos hijas, ya mayorcitas, del mercado, adonde han ido a hacer la compra. Los refugiados viven en el cuarto piso de una casa de Marsella confiscada por el Estado (el propietario, un aristócrata, ha sido guillotinado). La madre frisa en los cuarenta; los tres hijos mayores que la acompañan se ganan la vida lo mejor que pueden; los dos menores continúan en Córcega al cuidado de sus parientes. Como los Buonaparte son considerados como «patriotas perseguidos», la comandancia de la plaza les suministra parte de su manutención. Leticia, tan altiva como siempre, no deja oír la menor queja.

Pronto Napoleón, en el curso de sus viajes, encuentra modo de proporcionar a su hermano algunos negocios lucrativos de abastecimientos de municiones de guerra. El tío Fesch cuelga los hábitos sacerdotales y se dedica al negocio de las sedas. En seguida, José, que es elegante y apuesto, muy semejante a su padre, y que, a ejemplo de éste y en calidad de primogénito se titula conde Buonaparte, consigue la mano de una de las dos herederas de un rico comerciante en sedas de Marsella. Mientras Napoleón, por su parte, piensa en casarse con la otra hija del mercader, su cuñada Deseada.

Durante los meses de estío no cesa de moverse; tan pronto se encuentra en Niza, con su regimiento, como en el valle del Ródano, como en Tolón. Todo este tiempo, sus ojos de soldado se mantienen de continuo avizores; su cerebro de artillero va anotando las fortificaciones actuales y las posibles venideras en esta zona costea. Seguramente no se pasará mucho tiempo sin que pueda utilizar el conocimiento así adquirido. Entre tanto, escribe diálogos políticos. Uno de ellos aparece en un folleto publicado a expensas del Estado.

La gente acomodada de Tolón, como sus hermanos de Marsella, que se hallan, de hecho, bajo el dominio de Robespierre, tiemblan temerosos de perder sus propiedades y hasta quién sabe si sus cabezas. La preocupación por

la bolsa contribuye a intensificar sus simpatías dinásticas por la ex casa real, a la sazón en destierro. Al fin, esperando salvar su dinero, llaman en su ayuda a los enemigos de Francia y entregan los restos de la flota en manos de los ingleses, que, a su vez, se comprometen a protegerlos.

El golpe es terrible para la joven república. En todos los frentes lucha ahora Francia contra las fuerzas de la reacción. Se ha perdido Bélgica; los españoles se disponen a cruzar los Pirineos; en la Vendée, la causa de los Borbones gana terreno por días. ¡Y en ese momento, por si todo fuera poco, llega el desastre de Tolón! La república llama al servicio militar a todos sus hombres y hasta alista a las mujeres, transformando toda Francia en un inmenso campamento armado. Y, como es natural, se recibe con los brazos abiertos a los ya un tanto duchos en la disciplina y táctica militares.

Ante las murallas de Tolón se hacen preparativos para arrojar de la ciudad a los ingleses. La Convención deja plena libertad de acción al jefe de las fuerzas, originariamente un pintor, en quien el entusiasmo revolucionario suplirá, sin duda, la falta de toda ciencia militar.

Por aquellos días ocurresele al capitán Buonaparte, de vuelta de Avignon, donde ha ido en busca de un abastecimiento de pólvora, hacer una visita a su compatriota Salicetti, que le presenta al pintor trocado en general. Éste los invita a comer, y al final de la comida los lleva a dar un paseo hasta un paraje donde está situado un cañón de 24, a una legua, poco más o menos, del mar. Los *dilettanti* empiezan a deshacerse en ponderaciones de las terribles hazañas que seguramente llevará a cabo el cañón. Pero el perito echa un jarro de agua fría a estas ilusiones, asegurándoles que, tal como se halla colocado, resultará absolutamente inútil. Y, para demostrarles que el mar se halla fuera de su alcance posible, dispara con él cuatro veces. Convencidos y perplejos, retienen a Buonaparte en Tolón y tratan de aprovechar sus conocimientos.

«¡Al fin tengo en mis manos uno de los hilos, y no seré yo el que se lo deje arrancar!», piensa nuestro tenaz capitán. Y, desplegando su actividad realmente asombrosa, manda colocar la artillería de grueso calibre en los lugares más estratégicos de la costa. Al cabo de seis semanas, se encuentra con más de cien cañones a su disposición.

Sin más demora, se dispone a dar una muestra de sus talentos de estratega. Su plan es bien sencillo. Pondrá unas cuantas baterías en la lengua de terreno que separa la bahía en dos puertos gemelos y cortará así a la flota enemiga todo acceso al mar. El general inglés no querrá dejarse fusilar a mansalva en

esta ratonera y, luego de pegar fuego al arsenal, retirará sus fuerzas de la ciudad.

«¡Una locura! ¡Valiente insensatez!», claman burlescamente los *dilettanti*. Pero Buonaparte, que tiene amigos en la Convención, dirige a ésta una instancia en contra de su jefe. También envía a París su proyecto de bombardeo de Tolón, un manuscrito de varias páginas, que encierra, además, diversos consejos de un orden más general: «No es conveniente diseminar los ataques, sino, antes al contrario, reunirlos. Cuando se consigue abrir brecha, el adversario pierde el equilibrio, su resistencia se vuelve inútil, la partida está ganada. Hay que dividirse para vivir y concentrarse para combatir. No hay victoria sin unidad de mando. El tiempo es el factor esencial». Así se expresa un capitán de veinticinco años.

Napoleón cuenta con un aliado poderoso en París: Robespierre el Joven, que tiene fama de hombre de talento y no se ve del todo oscurecido por su omnipotente hermano. «Si necesitas un día un soldado de hierro, elige a un hombre joven, a un hombre nuevo, elige a Buonaparte», dice José Robespierre a Maximiliano Y, realmente, ya el aventurero corso ha recibido proposiciones para el mando de la Guardia Nacional de París, que le colocaría en condiciones de servir de salvaguardia a los terroristas, pero diversas consideraciones de prudencia le han hecho rehusar.

Sin embargo, sus planes son ahora aprobados y el general pintor relevado. La cuestión es quién lo reemplazará.

Una vez más, Buonaparte tiene que tascar el freno, no sin un furioso rechinar de dientes. ¡Otro *dilettante*! El nuevo general es un médico. Se pasa el tiempo soñando con intrigas y complots de la nobleza, y mientras tanto el enemigo ocupa la preciosa faja de terreno que divide la bahía.

En esto llegan de París varias carrozas oficiales cargadas con unos cuantos mozos entusiastas en brillantes uniformes y resueltos a terminar el sitio de Tolón en un abrir y cerrar de ojos. Buonaparte los lleva a una batería sin parapetos, y cuando el enemigo abre el fuego y los delegados buscan en vano un resguardo, les dice con toda seriedad: «Hemos suprimido los parapetos; el patriotismo los sustituye». Este mozo de ojos fríos es más amigo de las acciones que de las palabras. Nueva instancia a la Convención y nuevo cambio de mando. Pero esta vez el jefe es un veterano experto, que nombra en seguida a Buonaparte jefe de batallón y se siente dispuesto a adoptar su plan para la expulsión del enemigo de aquella lengua de tierra.

Cuando, por último, Tolón es tomado por asalto, con arreglo a su proyecto, Napoleón sufre la pérdida del caballo que monta y recibe una herida de lanza en la pantorrilla; la primera y la única herida de toda su carrera militar. Pero también, a pesar de no ser el verdadero jefe, es su primera victoria, y una victoria sobre los ingleses. El enemigo se refugia en las naves, incendia el arsenal y se bate en retirada, en una sola noche, como Napoleón había previsto.

Llamas y muerte, luchas y horrores de un puerto en el que millares de burgueses traidores a su patria intentan escapar a la cuchilla de los vengadores; en medio de la vorágine abrasada de esta noche de diciembre, entre los gritos y la humareda, los montones de cadáveres, las imprecaciones de los moribundos y el aullar exultante de la soldadesca entregada al pillaje, un nuevo astro se levanta en el horizonte: la gloria de Napoleón.

XI

Los festejos populares celebrados en París para conmemorar el rescate de Tolón y las victorias obtenidas en los frentes del Norte y del Este contribuyeron a difundir entre las masas el nombre de Napoleón. Es ascendido a general de brigada, y su jefe, al referirse a él en su informe a las autoridades superiores como inventor del plan victorioso de asalto, añade, entre admirado y temeroso, la sorprendente frase que sigue: «Si se fuera ingrato con él, ascendería por sí solo». Pero otros cinco oficiales jóvenes son igualmente mencionados en el informe, de manera que su nombre aparece en el *Monitor* confundido con los demás, lo que debió de aguar considerablemente la alegría de Napoleón, haciéndole comprender, una vez más, lo difícil que era abrirse paso en el mundo hasta los primeros puestos.

Sin embargo, ya hay algunos mozos perspicaces que han advertido el orto de la nueva estrella. Y Marmont y Junot, dos oficiales desconocidos, deciden unir sus suertes a la de Napoleón. Inmediatamente éste los nombra sus ayudantes, así como también a su hermano Luis, que acaba de cumplir dieciséis años. ¡Y tiene su Estado Mayor!

¡A los cañones de nuevo! La Convención le encarga la fortificación de toda la costa entre Tolón y Niza. Pero Génova, la enemiga secular de Córcega, está poco más allá, a corta distancia sobre la costa. Y el que domine Génova tendrá, como quien dice, la isla en sus manos.

Génova, a la sazón, pulula de diplomáticos y agentes que se disputan su neutralidad. Unos ojos sagaces y un oído alerta pueden aquí aprender mucho. Napoleón se da cuenta inmediata de ello y consigue hacerse nombrar Comisario del Pueblo, cargo que le da cierto valimiento con las autoridades genovesas. Aparentemente, el nombramiento no tiene otro objeto que decidir cierta cuestión de fronteras. Pero, en realidad, éste es el primer paso del Buonaparte diplomático. Mientras intriga con toda suerte de agentes, observa a los representantes franceses e indaga si sus sentimientos revolucionarios son

genuinos o puramente simulados. Al mismo tiempo, no pierde de vista los cañones, tomando nota exacta de su situación. De vuelta en Niza, se ocupa en redactar su informe a la Convención, cuando de pronto, sin la menor señal que pudiera hacerle prever, es mandado detener.

Robespierre ha caído y ha sido guillotinado. Inmediatamente se produce un movimiento general de repudiación. Todo el mundo trata de hurtar el cuerpo; nadie quiere ya haber tenido nada que ver con el tirano; y los que necesitan probar más perentoriamente su inocencia buscan alguna víctima expiatoria. ¿Y qué mejores víctimas que los ausentes, aquellos que, encontrándose a la sazón fuera de París, no podrían defenderse en persona? ¡Aprisa, aprisa; no vayan a sospechar que hemos pertenecido a la fracción de Robespierre! Ese general Buonaparte, por ejemplo, que acaba de volver de una misión secreta a la ciudad de Génova... ¡Muera el traidor que, de acuerdo con Robespierre, proyectaba la destrucción de nuestro ejército del Sur! ¡A París con él; al tribunal y a la guillotina!

Napoleón es encarcelado en el Fuerte Carré, situado en las proximidades de Niza. Todos sus papeles han sido confiscados. Hoy, casualmente, es el día de su cumpleaños. «Ya tengo veinticinco años», piensa contemplando el mar lejano a través de los barrotes de su encierro, desde el que casi se divisan las costas de Córcega. ¡Cuántas tentativas frustradas, cuántos esfuerzos inútiles! Jamás un alma ambiciosa y ardiente conoció más desastroso destino. ¿Qué hubiera escrito Plutarco en una situación análoga? Destituido, desterrado, proscrito de Córcega, y ahora, para colmo de desdichas, todos sus planes por tierra y prisionero de Francia. Y, como última y terrible perspectiva, la de verse pronto al pie de un muro ante un pelotón de soldados encargados de fusilarle... ¿Qué partido tomará?

Sus fieles le aconsejan la fuga. Pero él les contesta con un acento emocionado que sólo de tarde en tarde volveremos a encontrar en las sesenta mil cartas que de su correspondencia se conservan. Luego de darles las gracias por el consejo amistoso, escribe: «Los hombres podrán ser injustos conmigo, pero a mí me basta con ser inocente. Mi conciencia es el tribunal ante el que hago comparecer a mi conducta. Y cuando la interroga, esta conciencia permanece tranquila. No hagáis nada; no conseguiríais más que comprometerme». La única frase sincera de esta carta, en la que quiere asumir la actitud de mártir, es la última. A Junot, que le admira, ofrece las razones que éste puede comprender. En realidad, sabiendo como sabe que no hay la menor prueba de su complicidad con Robespierre, lo único que desea es no

comprometerse. La fuga equivaldría a una confesión de culpabilidad.

Desde su calabozo escribe a un diplomático influyente: «Me ha causado cierta impresión la catástrofe de Robespierre el Joven, al que tenía afecto y al que creía puro, pero, aunque hubiese sido mi padre, no habría vacilado en darle de puñaladas si hubiese visto que aspiraba a la tiranía». Palabras dignas de un romano. Y todavía con más circunspección escribe a la Convención: «Patriota inocente y calumniado, cualesquiera que sean las medidas que tome el Comité, no podré quejarme de él. ¡Oídmme: destruid la opresión que me sujeta y restituidme la estimación de los patriotas, y una hora después, si los perversos exigen mi vida, que en tan poco tengo y que tan a menudo he arriesgado, tómenla en buena hora! Sí, la sola idea de que aún puede ser útil a la patria es lo único que me hace soportar con valor su peso».

Una semana después está en libertad. Salicetti, su compatriota de la Convención, había sido su acusador. Pero luego, una vez pasado el pánico del primer momento y ver que su cabeza no corría peligro, el mismo diputado corso ha empeñado su palabra garantizando que Buonaparte es inocente. Al final de su declaración añade una frase que es como la predicción inconsciente de los futuros triunfos del joven oficial: «Además, el Ejército le necesita».

XII

Todo el mundo le da de lado o le evita. Amigos influyentes, a los que escribe, una tras otra, largas epístolas, ni siquiera le contestan. Pero él no se desanima, y para obligar a que le respondan recurre a sutiles subterfugios, pidiendo cosas insignificantes, de esas que no cuestan ningún trabajo conceder, tales como «un buen telémetro para el Ejército».

En aquellos días de inquietud le llega una grave noticia de la isla. El viejo Paoli ha llamado a los ingleses en su ayuda. ¡Hay que salvar Córcega para Francia! Vuelta inmediatamente a París para aprovechar las circunstancias. La expedición queda decidida y Napoleón abraza anhelosamente la esperanza de obtener el mando. Quince días más tarde, la flota se halla de regreso en Tolón, derrotada. ¡Nueva decepción! ¡Ah, si le hubieran dejado a él...! ¿Acaso no había él conquistado Tolón y fortificado la costa con vistas a la campaña de Córcega?

La reacción se halla en pleno auge. Napoleón es sospechoso; se desconfía cada vez más de él. Con objeto de separarle de sus partidarios, las autoridades militares le ofrecen el alto mando en la Vendée. Al mismo tiempo es transferido a la infantería, en calidad de supernumerario. Humillación premeditada para un artillero de su pericia y su experiencia.

Buonaparte, decidido a rehusar, expone sus razones al Comisario de Guerra, quien, a su vez, le replica aduciendo sus pocos años. Napoleón, mirando cara a cara a este hombre que no conoce sino de oídas lo que es el servicio activo, le contesta: «En los campos de batalla se envejece, y yo vengo de ellos». Y, negándose a obedecer las órdenes recibidas, espera sus consecuencias catastróficas, exactamente lo mismo que hace tres años.

¿Qué hacer?, se pregunta de nuevo. ¿Darse de baja por enfermo? ¿Pedir una licencia? Nuestro general, en ocio forzoso, examina, una tras otra, todas las posibilidades. Por último, decide quedarse donde está. París es el eje del mundo. Verdad es que Marmont y Junot, que han venido a reunirse con él, sin

licencia, están también sin un céntimo. Y Bourrienne, ¿qué hace? ¿Especulando? ¿Por qué no va él a especular igualmente? Pero los asignados cada día se deprecian más y más. ¡Ah, qué mal preparaste esta última jugada! ¿Creías que sin cañones ibas a poder dar un golpe de Estado?

Por aquel entonces escribe a Salicetti, que, a su vez, bajo el peso de graves acusaciones, se esconde en casa de una amiga compatriota: «Podría devolverte el mal que me hiciste, y obrando así no haría sino vengarme, mientras que tú me hiciste mal sin que yo te hubiese ofendido... Ve, busca en paz un asilo que te inspire mejores sentimientos con respecto a tu patria... Mi boca no pronunciará jamás tu nombre. Arrepiéntete y sobre todo date cuenta de mis motivos. Lo merezco, pues son nobles y generosos». Palabras ampulosas y astutas, falsa grandeza de alma.

Durante unas semanas, todo parece conspirar para abatirle, impidiendo que se cumpla su destino. Se siente profundamente conmovido por Osián y la melancólica pasión de sus poemas, e igualmente le emocionan las tragedias a que asiste en el teatro, del que sale precipitadamente antes de que comience el fin de fiesta cómico que completa el espectáculo, para que no le desvirtúe la impresión sufrida. «Es ridículo adulterar a *Pablo y Virginia* haciendo que al final se salve la protagonista, con lo que se convierte la obra en una opereta cómica».

—Pero ¿qué es la felicidad? —le pregunta la dama a la que acaba de decir las anteriores palabras.

—La felicidad —contesta Napoleón— es el desenvolvimiento máximo de las propias facultades.

Precisamente ahora estas facultades permanecen en la inacción, cosa que le perturba hondamente. Una depresión creciente y un sordo rencor le dominan. En el teatro, durante la representación de las comedias —cuenta la mujer de uno de sus amigos—, todo el mundo se ríe, menos Buonaparte, que no despega los labios. A veces desaparece para reaparecer, cejijunto, al otro lado de la sala. Otras veces, una infructuosa tentativa de sonrisa crispa por un momento sus labios. Contando anécdotas de la vida de campaña tiene a veces una gracia irresistible, pero, su risa, en estas ocasiones, es áspera y violenta. Se le ve con frecuencia vagando por las calles, corto de piernas, flaco, amarillo, enfermizo, irritable, «con paso torpe e inseguro, el sombrero hundido hasta los ojos y asomando a ambos lados sus dos *orejas de perro* mal empolvadas, mal peinadas y cayéndole sobre el cuello de aquella levita gris

acero que se hizo luego famosa; las manos, largas, delgadas y atezadas, sin guantes; las botas, viejas y sucias...».

En la actualidad proyecta un negocio de librería con el extranjero. El primer envío a Basilea se extravía.

De vez en cuando va a alguna reunión, pues, como escribe a su hermano, todo el mundo allí es amigo de distracciones. «Las mujeres están en todas partes: en el teatro, en el paseo, en las bibliotecas. En el mismo gabinete del sabio se ven chicas preciosas. Y la verdad es que, de todo el planeta, sólo aquí merecen llevar el timón; así, los hombres se vuelven locos por ellas, no piensan en otra cosa y no viven sino por y para ellas».

Cuando Napoleón entra en el salón de Barrás, el tribuno (cada día más aparatoso y pródigo, deseoso de que todo París hable de él y al que nunca le parece tener bastantes mujeres en su tertulia), cuando se encuentra en medio de mujeres tan famosas por su belleza como Mme. Tallien y Mme. Récamier, procura destacarse por sus agudezas y originalidades, para que se olviden de su cuerpo enclenque y anguloso y su aire sombrío. Pero no consigue otra cosa que dar la impresión de un extravagante.

Siempre solitario, únicamente se abandona a sí mismo en sus largas cartas a los hermanos. Ocupado con la educación de Luis, escribe: «Es un buen muchacho, pero también a mi manera: ímpetu, ingenio, salud, talento, ecuanimidad, bondad: lo reúne todo... No me cabe duda de que será el mejor de nosotros cuatro. Verdad es que ninguno de nosotros habrá recibido una instrucción tan cuidadosa». Piensa en hacer venir también a París a Jerónimo, el más pequeño. Sus relaciones con Luciano, en cambio, se hallan un poco tirantes. Este hermano inteligente es su rival. Y, a decir verdad, Luciano iguala a Napoleón en su conocimiento instintivo de los hombres y fue el primero en ver lo que era Napoleón cuando éste tenía veintitrés años y él solamente diecisiete. «Siempre he advertido en Napoleón —escribe a José— una ambición, no del todo egoísta, pero desde luego superior a su amor por el bien público. Temo que en un Estado libre sea un hombre peligroso... Me parece mostrar ciertas propensiones al tipo de tirano, y creo que seguramente lo sería si fuese rey, dejando a la posteridad y a los patriotas un nombre odioso...». Este singular vaticinio, en boca de Luciano, no es simple palabrería. Su propia ambición es tal que, en una época y en un país agitado, considera una semejante peripecia como perfectamente posible para su hermano, sintiéndose humillado al pensamiento de que Napoleón pueda oscurecerlo a él.

Pero, por el momento, Napoleón se encuentra abatido. Envidia a José, a quien el dinero y la felicidad han traído la independencia. Le ofrece toda clase de recomendaciones y le aconseja que se aproveche de la depresión monetaria para la compra, en buenas condiciones, de una finca. Sin embargo, todavía le vemos escribiendo al hermano mayor, a propósito de una misiva de éste sobre cuestiones políticas: «Tu carta era demasiado seca; deberías aprender a escribir de otro modo...».

¡Un hogar! Él necesita un hogar propio, como José. Y, en cada carta que le escribe, le apremia más y más para que le asegure el casamiento con su acaudalada cuñadita, con la que hace ya más de un año que sostiene una afectuosa correspondencia. Y cuando ella parece vacilar, indecisa, Napoleón vuelve a la carga, suplicando una resolución definitiva. Su hermano y uno de sus amigos han hecho ya buenos casamientos; algunos compañeros de su misma edad ocupan puestos importantes. Sólo él continúa sin hacer nada, cruzado de brazos, presa de sus pensamientos delirantes y sus proyectos quiméricos.

«Si te vas y crees que pueda ser por largo tiempo, no dejes de enviarme tu retrato —escribe a José—. Hemos vivido tantos años juntos, tan estrechamente unidos, que nuestros corazones se han confundido, y tú sabes mejor que nadie hasta qué punto el mío es tuyo y por entero. Siento, al trazar estas líneas, una emoción poco frecuente en mí. Comprendo que tardaremos en volvernos a ver, y no me es posible continuar esta carta. Adiós, amigo mío».

Atraviesa una crisis de sensibilidad, y a veces un punzante desaliento se apodera de él. «Subir de escalón en escalón es semejante al aventurero que trata de hacer fortuna». Y concluye: «La vida es un sueño ligero que se disipa...».

XIII

Súbitamente, los acontecimientos se precipitan. Acaba de nombrarse un nuevo Ministro de la Guerra, y éste se muestra deseoso de efectuar ciertos cambios en el frente italiano. ¿Sabría alguien de un hombre a quien poder confiar allí el mando? La pregunta va pasando de funcionario en funcionario, hasta que uno de ellos recomienda a Buonaparte. Éste es llamado sin demora al ministerio. Familiarizado, desde hace años, con la costa y la frontera italianas, expone un plan detallado de campaña en la Italia septentrional, contra Cerdeña y Austria. Su proyecto se apoya en un íntimo conocimiento de la topografía alpina, de sus puertos y desfiladeros, del clima y de los hielos, de la siembra y la cosecha, de la administración, el temperamento y las características del territorio en cuestión y sus habitantes. Tras la conquista de Lombardía, entre febrero y julio, habrá que arrancar la fuerte posición de Mantua a los austríacos. En seguida, el Ejército de Italia deberá subir hacia el Norte, para reunirse en el Tirol con el Ejército del Rin y, una vez operada la fusión, amenazar conjuntamente a Viena, obligando así al Emperador a aceptar una paz que satisfaga a todo lo que Francia ha venido esperando, o soñando, desde hace años.

Estupefacto ante la catarata de proyectos que Napoleón le presenta, el ministro sólo alcanza a contestar:

—Sus ideas, general, son tan brillantes como atrevidas; es preciso examinarlas en detalle. Redacte usted, sin prisas, una Memoria, a fin de que la Comisión estudie el asunto.

—Mi plan está ya terminado; dentro de media hora quedará escrita la Memoria.

Desgraciadamente, los miembros del Comité de Salud Pública, luego de haber examinado el informe, dictaminan: «Proyecto excelente, pero irrealizable». Mas no cabe duda que el lugar de este hombre se encuentra en el Departamento de Operaciones. Y, efectivamente, pocos días después toma

asiento Napoleón en este departamento, donde se deciden las cosas de importancia.

El gran momento de su vida, el punto crítico de su juventud, han llegado. Al fin ha dado el primer paso seguro en su carrera. La buena suerte le ha favorecido bruscamente, pues todo es brusco y repentino en esta época de erupciones. Desde este instante, apenas cumplidos los veintiséis años, seguirá avanzando durante veinte años, con incansable energía, hacia su meta, arrastrando tras de sí la cadena del pensamiento y de la acción. Y bruscamente también, al cabo de esos veinte años, esa cadena saltará en pedazos.

La obra de Napoleón comienza. Con ardorosa actividad, atendiendo cuidadosamente a las cosas más menudas, por lo mismo que su finalidad comprende las cosas más grandes, se entrega de lleno a los menesteres de su cargo. El velo que ocultaba los más secretos informes respecto a los ejércitos de la República se levanta ante sus ojos. Al mismo tiempo, su relación cotidiana con las más altas autoridades civiles le da cierta autoridad, y la sugestión que indudablemente emana de su persona comienza a hacerse sentir.

¿Qué será lo primero a cuya conquista y posición habrá de aspirar? Desde luego, ni el mando de la Vendée ni el del Ejército del Rin, fácilmente asequibles desde su actual posición. Aquí en el centro de todos los frentes, nada le atrae tanto como la idea de un mando que todavía no existe sino en su imaginación, de un campo de batalla nuevo que ya piensa en crear algún día, como volverá a pensarlo diecisiete años después. ¡El Asia, el frente asiático, la campaña de Asia! Desde el primer instante va al centro de las cosas y empieza a poner de relieve la importancia de la militarización de Turquía, de la introducción de la artillería y de la estrategia moderna en el Bósforo, para, cuando llegue el caso, utilizar dichos elementos contra los rusos y los austríacos. En sueños, ya se ve tratando secretamente con el sultán, fuera del alcance de las miradas de aquellos republicanos empedernidos, en un país oscuro y cerrado donde aún no penetra la doctrina de la libertad, un país donde puede todavía hacer lo que se le antoje. Así, doce días después de su entrada en el ministerio, pide le trasladen a Turquía.

La petición es denegada. Algunos rivales poderosos empiezan ya a temer a este hombre y, deseando verse libres de él en el ministerio, tratan de enviarlo al frente. Su protesta, entonces, reviste un nuevo acento. Como si previera ya sus éxitos futuros, empieza a dictar condiciones: «El general Buonaparte espera de la justicia de los miembros del Comité de Salud Pública encargados de la parte militar que no tendrán inconveniente en restituirle a sus

funciones y no querrán proporcionarle la pesadumbre, después de haber mandado la artillería en las circunstancias de guerra más enojosas y de haber contribuido a los más rotundos triunfos, de ver su puesto ocupado por hombres que se han mantenido constantemente a retaguardia, que son por entero ajenos a nuestros éxitos, desconocidos en nuestros ejércitos y que tienen el descaro de presentarse ahora para arrancarnos el fruto de una victoria cuyos riesgos se negaron oportunamente a correr».

Indudablemente, esto es hablar, en el estilo acerado de la Historia, a la manera romana.

Pero todo en vano. Una vez más, el nombre del oficial insubordinado es borrado de las listas, y una vez más tiene que darse por vencido. No obstante, él presiente que su hora se aproxima; nada ni nadie puede ya amenazar seriamente su posición. Un nuevo cambio de Gobierno es inminente. Al anunciárselo así a su hermano, le asegura encontrarse en excelentes relaciones con todos los jefes de partido que han de hacer los nombramientos militares. «No veo en el porvenir sino motivos de satisfacción, y, aunque así no fuera, habría que atenerse al presente; el hombre valeroso desprecia el porvenir».

Y justamente porque lo desprecia, el porvenir le servirá. Como de allí en adelante le servirán los hombres, a los que también desprecia.

Una semana después de escrita esta carta estalla un conflicto entre el Gobierno y los moderados, apoyados por los monárquicos. De nuevo, como tres años antes, corre la sangre por los bulevares. La Guardia Nacional es cuatro veces más fuerte que las tropas gubernamentales. Prudencia o cobardía, el general de la Convención parlamenta con los jefes de la Guardia. Acusado de traición, es mandado detener.

Presa de pánico, la Convención se reúne. Sin defensa, amedrentada por la derecha y la izquierda revolucionarias, que por diversas razones se han coaligado, la Convención vacila, sin atreverse a tomar una resolución.

Al atardecer, Bonaparte se dirige hacia la asamblea, necesitada, sin duda, de un general que reemplace al detenido. Corren rumores de que va a ser elegido uno de los rivales de Napoleón. Éste, perdido entre el público de las tribunas, siente latir su corazón furiosamente. ¿Propondrá alguien su nombre? Y si le piden que se encargue del mando, ¿aceptará una responsabilidad que rechazó en los tiempos de la supremacía de Robespierre? Es indudable que el pueblo odia a todo el que se pone al frente de las tropas en contra suya, sobre todo si queda triunfante.

«¡Nombrad a Buonaparte!», se oye de pronto. Sí, alguien ha pronunciado su nombre. Y reflexiona, «deliberando casi media hora consigo mismo». Esta misión no le dará gloria, pero le dará el poder...

Decide presentarse al Comité. Es más de medianoche, pero se espera que el tumulto no empezará hasta las primeras horas de la mañana. En este intervalo pueden tomarse todas las medidas necesarias.

Exige verse exento de toda vigilancia y autoridad civil; exigencia monstruosa a los ojos de los revolucionarios, uno de cuyos principios esenciales es la inspección y regulación del elemento militar, siempre peligroso. «Si me nombráis, yo seré el responsable y, por lo tanto, deberé tener libertad de acción. Si el general que me precedió en este puesto se encontró en situación comprometida, culpa fue de los Comisarios del Pueblo. ¿O es que creéis que habrá que esperar a que el pueblo nos dé el permiso de tirar sobre él? Puesto que, sólo con nombrarme, me habéis comprometido, es muy justo que me dejéis obrar como mejor me parezca». El único hombre con el que aceptará compartir el mando es Barrás, el más poderoso de los jefes políticos, pero al que tiene en su mano. Los minutos pasan. No hay otra alternativa... Y, quince días después de haber sido borrado su nombre del cuadro de generales, Buonaparte recibe la misión de defender al Gobierno.

En aquellos siete últimos años, el populacho parisiense, cada vez que se ha sublevado, no ha encontrado frente a él sino una oposición improvisada. Y ésta es, sin duda, la causa de que siempre haya resultado victorioso. Buonaparte es el primero que se prepara en serio a la lucha. En una sola noche transforma la Convención en una fortaleza. Hasta a los diputados, en su mayoría pusilánimes y aterrados, se les suministran armas. Un joven oficial de caballería llamado Murat se encarga de traer a los suburbios cuarenta cañones de grueso calibre, iniciando así el mismo día que su jefe una carrera gloriosa. Afuera, en las calles, choca con las masas, igualmente en busca de cañones. Sin artillería gruesa, Napoleón no se compromete a defender la Convención.

Transcurren horas de terrible tensión, durante las cuales procede serenamente el nuevo general en jefe a la distribución de sus tropas, bien escasas realmente. ¡Por fin, a las cinco de la mañana, se oye el rodar de sus viejos amigos los cañones! Las fuerzas de Murat, gracias a sus caballos, han logrado apoderarse de ellos. ¡Adelante, pues! ¡A su puesto cada cual! Dentro de dos horas, todo estará dispuesto.

En secciones, repartida en compañías bien armadas, la muchedumbre avanza, amenazadora. Los legisladores de la Convención tiemblan empavorecidos. Orador tras orador, sucédense en la tribuna, preconizando una transacción con el adversario y la retirada de las tropas. A la luz del día, la situación parece tan desesperada, que los paisanos pierden el ánimo. La opinión flaquea, y a mediodía parte de las tropas pretenden fraternizar con el pueblo. La noche se avecina. ¿Ahora o nunca! ¿Dejará el general Buonaparte que la plebe triunfe? En circunstancias parecidas, él se ha burlado de la debilidad de Luis XVI. ¿Caerá él también en la misma flaqueza teniendo a su disposición los cañones?

Es probable que Napoleón ordenase el primer disparo después de arrancar la orden a Barrás, pero resueltamente declara en su informe que toda la culpa de «este crimen contra el pueblo francés era de sus adversarios». El caso es que el fuego comenzó. Los cañones truenan, el pavimento se llena de sangre, la muchedumbre se dispersa; y, dos horas después, las calles aparecen despejadas. Aquella noche, Napoleón escribe a su hermano: «Al fin, todo ha terminado. Mi primer impulso es el darte noticias mías. Una vez dispuestas nuestras tropas, el enemigo vino a atacarnos en las Tullerías...; hemos hecho gran matanza, sin tener, en cambio, más que treinta muertos y sesenta heridos. Hemos desarmado las secciones, y todo está ya tranquilo. Como de costumbre, no he recibido la menor herida. El General de Brigada Buonaparte. —P. S. La suerte me acompaña. Mis saludos a Eugenia y a Julia».

Tal es el primer boletín victorioso de Napoleón. Los enemigos son franceses; el campo de batalla, París; los culpables, revolucionarios; la mayoría de las bajas corresponden al bando contrario. La firma, que en las cartas anteriores y subsiguientes consiste sólo en el nombre, incluye hoy el título militar del que escribe. Todo aparece calculado para producir efecto. Pero sus verdaderos sentimientos se traslucen claramente, y en la posdata aparecen las dos cosas que más le preocupan e importan: la suerte y la mujer.

«Hay en mí dos hombres distintos —dirá más tarde—: el hombre de cabeza y el hombre de corazón».

XIV

Rodeado de sus oficiales, aclamado por la asamblea, sube Buonaparte a la tribuna de la Convención, que quiere saludar y expresar su gratitud al salvador. Pero él apenas nota los aplausos, ya insensibles a aquellos triunfos momentáneos. Contemplando fríamente la sala, piensa: «¡De manera que éstos son los que gobiernan al país! Los mismos que temblaban de miedo al oír el tronar de los cañones. ¡Ah, yo os prometo que no olvidaréis el temblar! Yo seré vuestro protector; yo continuaré protegiéndoos hasta que seáis mis humildes servidores».

Es designado para el mando del Ejército del Interior. Actualmente tiene un gran séquito: oficiales sin mando, que esperan subir siguiendo las huellas del general destituido; funcionarios que han temido la reacción; todos aquellos, en suma, que se sienten como rescatados. En cambio, la masa debe empezar a odiarle, pues en aquel trance centenares de ciudadanos franceses indefensos, de espectadores ociosos, de mujeres inocentes, han perecido. Mas ¿qué le importan a él esas muertes ni esos odios? Su fin no es ser amado.

Ahora, cuando súbitamente se encuentra con dinero, criados y carrozas a su disposición, no necesita nada para sí y todo se lo da a los suyos. Sus hermanos obtienen buenos puestos; su madre podrá de nuevo vivir a su gusto y satisfacer su antigua pasión de ahorro; José puede elegir entre varios empleos; hasta para los más lejanos parientes queda sitio. No obstante, sus cartas son cada día más escasas, y la primera nos ofrece una nota nueva: «Adiós, amigo mío; no olvidaré nunca de lo que pueda serte útil y contribuir a la felicidad de tu vida». De hermano se ha convertido en protector y cabeza de familia.

Durante estas semanas, en que se halla saboreando los goces y alegrías del triunfo, va a verse arrastrado por la única pasión de su vida.

Deseada ha dejado escapar su oportunidad. Unas cuantas semanas antes, Napoleón, escribiendo a José desde su oficina del Estado Mayor, le rogaba

que interviniese en su favor y reclamaba una respuesta inmediata de la muchacha. «Ardo en deseos de tener un hogar». Al mismo tiempo, en algunas de sus cartas encontramos referencias más frecuentes a mujeres bonitas, alusiones que delatan una perspectiva de éxito cada vez más segura. La mujer «de treinta años», en todo su encanto, en todo su poderío, se ha cruzado en su camino. Una tras otra, con un corto intervalo entre ambas, ha cortejado a dos mujeres de éstas: una de ellas, corsa y de noble cuna, amiga de su madre; la otra, una cortesana agraciada, querida de Chénier. Las dos eran de bastante más edad que él y ninguna de ellas le aceptó por galán. Pero el ambiente en que vivían estas expertas del amor, la atmósfera cargada de electricidad erótica de los nuevos salones habían ejercido su influencia. «Un beso a estas dos damas; a la una, en la boca; a la otra, en la mejilla», escribe. Y como hasta ahora apenas ha conocido mujer, su corazón solitario se torna cada vez más sensible.

A raíz de su nombramiento, el nuevo generalísimo promulga un decreto prohibiendo el porte de armas. Se lleva a cabo un registro general, y todas las armas encontradas en poder de los paisanos son confiscadas. Con este motivo, un muchacho de doce años, de modales suavemente simpáticos, acude al despacho del general con la súplica de que le devuelvan la espada de su difunto padre, que acaban de quitarle a su madre, que la conservaba como recuerdo. Napoleón concede lo pedido, y poco después recibe la visita de la madre, que viene a darle en persona las gracias. ¡Y qué deliciosa mujer! Bonita, elegante, seductora, ¿quién podría decir su edad? ¿Treinta..., acaso más? Pero ¿qué importa? Todavía es más encantadora que hermosa: esbelta, distinguida, con un ligero aire exótico y la tez morena de una criolla, nacida en la Martinica aunque criada en París. Durante los días del Terror ha aprendido que la gracia y los encantos personales pueden mucho.

Cuando el general le devuelve la visita en su villa de las afueras, su mirada, aguzada por su propia experiencia de la miseria, reconoce el esfuerzo llevado a cabo para disfrazar la penuria. Esto le tiene sin cuidado. Un militar que ahora, a los veintisiete años, dispone por vez primera de los medios necesarios para vivir a su antojo, estima el dinero, pero no a la gente rica. No ha apreciado nunca en el hombre más que sus méritos, y no aprecia en las mujeres sino sus cualidades personales, su belleza, su encanto personal y el uso que hacen de todo esto.

Y justo es confesar que Josefina sabe hacerlo excelente. En primer lugar, por lo mucho que lo necesita. De los bienes que poseía en la Martinica no

consiguió salvar lo más mínimo a la muerte de su marido, el vizconde de Beauharnais. Separada durante varios años de él, en una larga visita que realizó a isla natal, a su vuelta a París reunióse de nuevo con Beauharnais. Éste, durante el Terror, fue ejecutado como monárquico, pasando ella tres meses terribles en la cárcel, de la que no salió hasta después de la caída de Robespierre, el mismo día precisamente en que Buonaparte era detenido. Algunos amigos la habían ayudado en sus momentos más difíciles, pero su situación, así como las de sus hijos, Hortensia y Eugenio, continuaba siendo bastante precaria.

En esta pobreza dorada, Josefina pone a contribución sus hechizos personales. De todas maneras, es indudable que se trata de una coqueta innata, a la que su amor a los placeres basta a empujar hacia las aventuras amorosas. En aquellos días era la querida de Barrás, al que su amiga, la bella Tallien, había abandonado por un rico banquero, sin dejar por ello de compartir con su amiga el imperio que ejerce sobre el tribuno. El Comité de Salud Pública provee a ambas de caballos y carrozas.

Pero la Beauharnais, de origen aristocrático, sabe organizar reuniones y cenas deliciosas, manteniéndose en buenas relaciones con ambos partidos, aunque los condes y marqueses que acuden a sus fiestas suelen dejarse en casa a sus respectivas esposas. En una palabra: Josefina se ha convertido en una aventurera de la Revolución.

Pero ¿qué otra cosa es Buonaparte, el que un cambio cualquiera en el tinglado político puede privar de su posición? Si Murat no se hubiera apoderado de los cañones la otra noche, es seguro que el actual generalísimo habría sido fusilado. Su vida, como la de Josefina, es absolutamente insegura.

En estas circunstancias, nada más fácil, sin duda, que hacer perder el juicio a este hombre misántropo y misógino, en cuya alma taciturna hace ya tiempo que el dómine de Brienne descubrió el volcán escondido. Por primera vez en su vida se encuentra cogido en las redes de una mujer, y de una mujer realmente experta en el arte amoroso. Al poco tiempo, todo él arde y se consume de pasión por la linda criolla. A Josefina le parece una ocasión magnífica, que no es posible despreciar, y, con toda sangre fría, decide el matrimonio.

«Usted ha visto en mi casa al general Buonaparte. Pues bien, él es quien se empeña en servir de padre a los huérfanos de Alejandro de Beauharnais y de esposo a su viuda. Yo adivino el valor del general y su gran cultura... Pero

me asusta, lo confieso, el imperio que parece querer ejercer sobre cuanto le rodea. Su mirada escrutadora tiene algo de singular que no se explica, pero que se impone hasta a nuestros directores... Lo que debería complacerme, la fuerza de una pasión de la que habla con una energía que no permite poner en duda su sinceridad, es precisamente lo que detiene el asentimiento que muchas veces me siento dispuesta a dar. Habiendo pasado ya de la primera juventud, ¿puedo esperar conservar largo tiempo esta ternura violenta que, en el general, se parece mucho a un acceso de delirio?».

Esta mujer refinada no acaba de comprender lo que la amenaza; pero, no obstante, en el fondo de su alma, la sobrecoge el presentimiento de llegar a ser la presa de ciertas fuerzas irresistibles. Si este hombre que desea todo o nada y no puede descansar hasta tenerlo todo, este hombre que jamás se ha dado a nadie ni a nada, siendo como es su afán incesante el conquistar a todos y el apoderarse de todo, si Napoleón se entrega del todo, plenamente, con su ser entero, es casi seguro que su personalidad ha de aplastar a la mujer que tenga entre sus brazos y ha de devorarla con su llama.

«Me despierto lleno de ti. Tu retrato y la entrevista embriagadora de anoche no han dejado reposo a mis sentidos. ¡Dulce e incomparable Josefina, si tú supieras el extraño efecto que causas en mi corazón! Basta que estés enfadada, que te vea triste, que te sientas inquieta, para que ya tu amigo no tenga tranquilidad. Pero ¿acaso la tengo mayor cuando, entregándome al sentimiento profundo que me domina, encuentro en tus labios, en tu corazón, el fuego que me quema? ¡Ah! Anoche sí que pude darme cuenta de que tu retrato no eres tú. Partes la mediodía; te veré, pues, dentro de tres horas. Entre tanto, *mio dolce amor*, un millón de besos; pero no me des tú ninguno, pues me haces arder la sangre».

No le comunica sus proyectos y, sin embargo, le dice algo más: «¿Se figuran que necesito de protección para triunfar? Ya se darán por muy contentos algún día con que yo acceda a otorgarles la mía. Mi espada cuelga de mi cinto, y con ella iré lejos». «¿Qué dice usted —escribe Josefina— de esta seguridad en el triunfo? ¿Acaso no es la prueba de una confianza inspirada en un amor propio excesivo? ¡Un general de brigada protegiendo a los jefes del Gobierno! No sé, pero a veces esta seguridad ridícula se apodera también de mí, hasta el punto de hacerme creer que todo es posible a un hombre tan singularísimo».

Se siente como si estuviera ante una puerta de hierro que guardase un corazón humano incandescente, y se mirase por el ojo de una cerradura el

incendio de un alma.

Pero ¿por qué casarse con esta mujer que ya es suya? ¿A fin de tenerla solamente para sí? Su soberbia no admite esta razón, sin contar que sería un cálculo engañoso. ¿Para qué, entonces? En cuanto a dinero y a influencia, no puede Josefina ofrecerle nada que él no tenga. Claro está que podría serle en cierto modo útil esta mujer; por un lado, le halaga que sea de origen noble, y por otro sin duda no se le oculta que el hecho de haber tenido ella una cierta posición en el antiguo régimen contribuiría, una vez casados, a disipar las hablillas de si no es «otra cosa que un corso». Pero precisamente es el corso, con el sentimiento imperioso de las tradiciones familiares, implantado en su raza desde hace siglos, el que trata de casarse con una aristócrata. Además, ¿no es natural que un hombre tan egoísta y tan desmesuradamente concentrado en sí mismo desee apasionadamente perpetuar su propio ser?

La única cosa que Napoleón no puede hacer sin la colaboración ajena es un heredero, y es indudable que este heredero debe ser modelado en una materia noble. Él mismo no es un hombre del pueblo, sino venido a la luz entre las luchas y rivalidades de antiguos linajes y bajo un escudo de armas que lleva en su campo dos estrellas, que él trata ahora de fundir en una. Si él ha contribuido a echar por tierra los prejuicios contra la plebe ha sido simplemente por amor a la energía elemental de la acción y no por sentimientos humanitarios. ¿Por qué iba él a desear mezclar su sangre con la del pueblo? Cuando se casa con esta mujer, que desde hace algún tiempo nada tiene ya que concederle, la razón es que, tanto por la línea paterna como por la materna, Josefina descende de un rancio abolengo noble. Es su nacimiento, más aún que sus encantos personales, lo que la hace ser bien recibida en todos los salones, a pesar de su reputación y posición equivocadas. Desde el 13 Vendimiario, Barras, el más poderoso de los jefes del Directorio, ha considerado a Buonaparte como su principal instrumento; nada de raro tiene, pues, que desee asegurárselo, aunque sea sacrificando la posición de su amiga. En este ambiente de libertad amorosa sería ridículo insistir en viejos prejuicios, ya mandados retirar. En los tiempos que corren no hay ya caballeros andantes ni damas «de los pensamientos», sino ciudadanos y ciudadanas, simplemente, que se unen o se separan sin otra ley que la de su antojo.

Barrás tenía resuelto desde hacía tiempo dar a Napoleón el mando del Ejército de Italia. Cuando Josefina coquetea con Napoleón, pero vacila ante la idea de matrimonio, Barrás, para decidirla, empeña su palabra a este respecto;

contento, además, en el fondo, de enviar a este hombre peligroso al frente más difícil. El gran proyecto militar de Napoleón, que le procurara el puesto en el Estado Mayor, es ahora enviado a Niza, de donde es devuelto, con algunas notas al pie, por el general en jefe del Ejército del Sur. «Este plan —dice una de las notas— es la obra de un loco; que venga a ejecutarlo él mismo».

Esto era, justamente, lo que esperaba el Directorio. Sin más trámites, el general en jefe que ha puesto las anotaciones es reemplazado por «el loco».

La situación está asegurada; la prudente Josefina deja de vacilar. Un amigo notario tiene que certificar que, a causa del bloqueo, no puede obtenerse ninguna fe de nacimiento de la isla antillana en que Josefina viera la luz y que, por tanto, las autoridades civiles deberán dar por buena su declaración de edad, según la cual no tiene sino veintiocho años. Como en ello se quita cinco de un golpe, el novio es lo bastante galante para añadirse uno. El matrimonio comienza con una doble y mutua falsificación de fechas. Y aunque la vizcondesa no posee sino deudas y el general declara que su única propiedad es la del uniforme que lleva puesto y un poco de ropa blanca, se firma un contrato matrimonial asegurando la separación de bienes. En el anillo nupcial fueron grabadas las palabras: «¡Al Destino!».

Dos días después, Napoleón sale de París. Desde las once primeras etapas, Josefina recibe once cartas de amor delirante. En Niza se reúne al ejército y toma la dirección de una campaña que ha de llevarle más allá de las fronteras de Europa.

Es la estación de las tempestades del equinoccio. Desde una torrecilla contempla la costa enemiga y piensa: «He ahí el punto del que quería partir. Detrás de mí está París, la alcoba de Josefina, con sus espejos..., la felicidad que poseo. Allá abajo, al otro lado de esas montañas, en país enemigo, está la gloria a que aspiro. Y que tendré».

Al volverse, distingue en la lejanía azul un perfil familiar de sierras. Pero este espectáculo ya no retiene su atención.

Es la patria perdida..., su isla.

LIBRO SEGUNDO

EL TORRENTE

«Iluminación tan divina va siempre unida a la juventud y la fecundidad; y en verdad, que Napoleón fue uno de los hombres más fecundos que pasaron nunca por la tierra».

GOETHE

I

Inmensos muros blancos, de cimas dentadas, recortan sobre el azul de la mañana. Centelleantes de nieve, peligrosos como la aventura, se levantan los Alpes amenazadores por encima de la bahía, burlándose de los hombres que hormigean a sus pies; obstáculo simbólico puesto por la Naturaleza en el camino de Buonaparte, entre el país de sus abuelos y su nueva patria.

Buonaparte, para quien la Inteligencia prevaleció siempre sobre la Fuerza, no ha reflexionado en vano, durante tantos años, sobre el problema del paso de los Alpes. Aníbal los atravesó; él quiere rodearlos. Para atacar a este enemigo en su punto más débil, allí donde el Apenino se le junta y abre un angosto paso, conviene no esperar el verano. Cuanto menos avanzada la estación, más dura la nieve y menos temibles los aludes. Esperar sería perderse. No porque el ataque enemigo sea inminente: adormilados en sus cuarteles de invierno, los austríacos al este y los sardos al oeste de Lombardía, los numerosos principados y republiquititas, restos de una Italia desmembrada, no esperan al enemigo antes del deshielo. Pero los soldados franceses tienen hambre. París, amenazado de ruina por la desvalorización de la moneda, sólo envía irrisorios asignados, inmediatamente absorbidos por los proveedores del Ejército. «Francia se estremecería —escribe un general poco tiempo antes de la llegada de Buonaparte— si supiese el número de los que aquí mueren de hambre y de enfermedades». En estas condiciones; ¿qué podría hacer un nuevo jefe que no trae ni pan ni dinero?

—Soldados: estáis desnudos y mal alimentados; mucho os debe el Gobierno, pero, por ahora, no puede daros nada; la paciencia y el valor que mostráis en medio de estas rocas son admirables, pero no os proporcionan la menor gloria ni provecho. Yo quiero conducirlos a las más fértiles llanuras del mundo. Ricas provincias y grandes ciudades quedarán en vuestro poder. En ellas encontraréis honor, gloria y riqueza. ¡Soldados de Italia! ¿Será posible que carezcáis de valor y de constancia?

Un débil murmullo se levanta, a guisa de respuesta, en las filas así apostrofadas tras de haberles pasado revista por primera vez. Aquella noche, en los vivaques, se dice: «No tiene aspecto de hombre fuerte este mozo de tez amarillenta; es cierto que sabe hacer frases bonitas sobre las llanuras fértiles; pero que nos dé antes zapatos con que ir a ellas». No de otro modo hablaba el pueblo de Israel cuando Moisés hacía espejear ante sus ojos el prodigio de la tierra prometida.

El general sólo encuentra oposición. Pero, realmente, ¿quién le conoce en aquel ejército inmovilizado desde hace tres años en medio de las montañas? Una cuarta parte de los soldados se halla en los hospitales; otra cuarta parte ha muerto, ha caído prisionera o ha desertado. ¿Y los oficiales? ¿No es natural que, en lugar de ponerse fielmente a su servicio, sólo ofrezcan a aquel extranjero una sorda resistencia, como lo hicieran ya sus jefes en Auxonne?

Con sus cabellos empolvados y cortados en ángulo recto por debajo de las orejas, pero cayendo por detrás de los hombros, vestido con un uniforme apenas bordado, Buonaparte, sentado ante una mesa, escribe y calcula, o bien, en pie, pasea de arriba abajo, dictando sus órdenes en un francés muy incorrecto todavía, mal visto por todo el Estado Mayor, salvo tres o cuatro fieles que ha traído consigo y de los que uno relatará más tarde: «Se le tomaba por un matemático o un iluminado». ¿Y si, justamente, era lo uno y lo otro y a esta combinación debió su genio?

Al principio sólo parece ser un calculador. Inaugurando una lucha epistolar, que conduce paralelamente a la que ha de haber en los campos de batalla, escribe a los jefes del Directorio:

«Lo que ustedes me piden es que realice milagros, y esto no puedo hacerlo. Sólo la prudencia y la habilidad conducen a los grandes resultados. De la victoria a la derrota no hay sino un paso. Con mucha frecuencia he visto que una minucia decide las más grandes cosas». A Carnot, el gran organizador del ejército, al que puede confiar lo que no quiere decir oficialmente: «¿Creerá usted que no tengo aquí un solo oficial de ingenieros...? Ni siquiera uno que sepa por experiencia propia lo que es un asedio... No puede usted concebir mi desesperación, casi diría mi rabia, de no tener un buen oficial de ingenieros...».

En efecto, sólo tiene a su disposición 24 cañones de montaña, 4.000 caballos enfermos, 300.000 francos en metálico y víveres para 30.000 hombres, durante un mes, a media ración. ¿Y con estos despojos se le pide la

conquista de Italia?

Pero puesto que se ha arriesgado a la aventura, no le queda otro recurso que sacar el mayor partido posible de lo que ha encontrado. Gracias a su actividad incesante, transforma una patulea de hombres corrompidos y viles, unos cuantos cuerpos de ejército de los que algunos cantaban no hace mucho el himno real, en un ejército republicano.

Sólo en el registro de una jornada, la tercera después de su llegada, figuran: el envío de 110 obreros para la construcción de caminos, la represión de un motín en una brigada, el acuartelamiento de dos divisiones de artillería, órdenes a dos generales a propósito de un robo de caballos, respuesta a las preguntas de otros dos relativas a sus mandos, orden a un general de Tolón para el transporte de sus tropas a Niza, orden a otro general de reunir la guardia de Antibes, orden a un general de buscar los buenos oficiales de una brigada rebelde, una alocución al Estado Mayor y una revista de las tropas, más la orden del día. Durante los veinte primeros días se cursan 123 órdenes escritas concernientes a la alimentación del ejército y un sinfín de expedientes sobre malversación de fondos, pesos falsos y mercancías averiadas, y todo ello en marcha, desde doce cuarteles generales diferentes, entre seis combates. Pues, apenas ha franqueado los últimos desfiladeros, ha lanzado, siguiendo su nueva táctica, todas sus fuerzas contra uno y luego contra otro de sus enemigos, vencéndolos en dos combates y separándolos uno de otro. Pero, al fin y al cabo, no se trata sino de escaramuzas de vanguardia, como convienen al temperamento francés y a la instrucción de aquellas tropas, que no conocen aún los grandes despliegues en línea. La rapidez y la audacia de la ejecución son más eficaces que la ciencia en general.

Un día, en el curso de estas carreras desenfundadas por montes y valles, por barrancos y torrentes, en medio del tronar de sus cañones y de los de sus enemigos, se le rompe en el bolsillo el cristal que protegía una miniatura de Josefina. Palideciendo horriblemente, detiene su caballo y dice a Bourrienne: «El cristal se ha roto: mi mujer está enferma o me es infiel. ¡Adelante!».

A toda costa le es menester cumplir su temerario compromiso: si logra hacerlo, sus hombres le creerán, y si le creen, pronto le serán adictos. En efecto, dos semanas después de su proclama, el ejército alcanza la última cima que le queda por franquear. Gritos de júbilo saludan el término de la ascensión. Después de los interminables altos entre la nieve de repente se extiende ante ellos, hasta donde alcanza la vista, la llanura del Piamonte, en su lozanía primaveral, ofreciendo todo lo que desde hace tanto tiempo falta al

ejército. El Po y otros ríos corren a lo lejos: «El obstáculo que parecía una frontera infranqueable entre nosotros y otro mundo desaparece como por encanto. ¡Todo eso que veis es vuestro!».

Ya el general ha obligado al Rey de Cerdeña, uno de sus dos adversarios, a pedir el armisticio y se ha asegurado todos los productos de su suelo. Buonaparte ha obtenido su primera tregua por medio de una astucia guerrera; amenazando al enemigo con fuerzas enormes que no poseía y que no se hubiera podido procurar, atacado, como lo estaba, por dos lados a la vez. Los soldados se maravillan: ¡he ahí un hombre que sabe cumplir su palabra! En dos semanas ha realizado, punto por punto, lo que había prometido.

A partir de aquel día, el soldado será fiel en cuerpo y alma a «Bonaparte». Así afirma el primer documento de esta campaña. Puesto que Italia es ahora el enemigo, lo más lógico es que cambie su nombre italiano. Que no tardará en cambiar por segunda vez.

II

¿**P**or qué ha salido vencedor? ¿Por qué las victorias se suceden unas a otras? ¿Cuál es su secreto?

Su juventud y su salud, en primer lugar. Un cuerpo que ninguna marcha fatiga, un sueño que rige a voluntad, un estómago que lo soporta todo y prescinde de todo, unos ojos que lo abarcan todo. Pero es a la Revolución a la que debe el poder mandar como dictador a edad tan temprana, en plena posesión de sus fuerzas. Gracias a la nueva idea de la Igualdad, un hombre tan mozo, de pasado aventurero, puede convertirse tan rápidamente en jefe. La cuna no vale nada ya; sólo el mérito cuenta.

¿Cómo podría su adversario, el archiduque Carlos, con su nariz fina y degenerada de Habsburgo, rivalizar con él en la resistencia a las fatigas, para las cuales no lo ha preparado su educación? ¿Cómo podría juzgar él a los hombres con la misma seguridad? ¿Qué puede el general austríaco Beaulieu, con sus setenta y dos años, contra él, que apenas tiene veintisiete? El general Colli está gotoso y se ve obligado a hacerse conducir en litera; Alvinczy tiene más de sesenta años, y el otro adversario, el Rey de Cerdeña, es un anciano achacoso. ¿Qué puede hacer el honrado general Wurmser, que es sordo, tardo en sus movimientos, contra quien puede cambiar de cuarteles cada día, sólo se rodea de gente joven y tiene por divisa: «El tiempo es todo»?

El más viejo de los colaboradores de Bonaparte tiene cuarenta y dos años. Es el dócil Berthier, al que encontró en el ejército de Niza y conservó por su conocimiento del país; Berthier, que seguirá siendo durante varios años su fiel jefe de Estado Mayor. Allí está el ardiente Massena, quien, grumete en un principio y más tarde vagabundo, habiendo servido durante catorce años bajo los Borbones sin alcanzar el grado de sargento, es nombrado general al cabo de unas cuantas semanas. Allí está Augereau, el fanfarrón, desertor de tres ejércitos, aventurero, salteador de caminos; todos ellos de baja extracción, cuyo general, el más joven de todos, convertirá en héroes, jefes y, más tarde,

en reyes y príncipes.

En sus informes sólo propone para los ascensos a los valientes; un granadero, después de tres batallas, llega a coronel y subirá más alto aún. Por el contrario, se niega a conservar a los generales de servicio en el momento de su llegada, alegando: «Bueno para una oficina; no ha hecho nunca la guerra». Los que se dejan vencer, no incurren inmediatamente en su desgracia. «La suerte de las armas, querido Massena, cambia diariamente. Mañana recuperaremos lo que hemos perdido hoy». Hace comparecer ante él a una división desertora, y la insulta, pero cuando habla de poner una inscripción infamante en su bandera, todos gritan: «¡Mañana formaremos las líneas de vanguardia!». Al día siguiente, otros mil soldados le pertenecen por entero. Cuando son vencedores, los llama en sus órdenes del día: «¡Camaradas! ¡Amigos míos!». He aquí cómo conduce a los hijos del pueblo. Realmente, es un ejército del pueblo, un ejército nacional, lo que manda, segunda razón de su éxito, que debe igualmente a la Revolución. Su adversario está obligado a contentar a sus mercenarios, que cuestan caros, son difíciles de reemplazar y se reclutan en países más disgregados aún que los que formaban entonces el Imperio alemán; mercenarios que hablan seis lenguas diferentes y sin ninguna idea común. Francia es, en cambio, una nación de treinta millones de hombres decidida a no desaparecer aunque la guerra deba durar veinte años.

¿Por qué causa se baten los franceses? Se baten para difundir por el mundo una libertad nueva, porque quieren la Revolución mundial. No es este ideal, sin embargo, el que los ha empujado a pasar las fronteras; si las han franqueado es para defender la Libertad contra los reyes legítimos que se levantan en todas partes, más aún para salvarse a sí mismos que para proteger a los Borbones.

Rodeada de reyes y emperadores que tratan de impedir que sus pueblos sigan su ejemplo y procuran por todos los medios combatir las ideas nuevas, Francia se ve obligada a la ofensiva. Cuando un país se torna de este modo conquistador, sin habérselo propuesto, puede, con justicia, reclamar el derecho a presentarse como campeón de la Libertad. Y aquí tenemos una nueva causa del éxito.

Mientras el general conquista para Francia la Lombardía primero y luego Italia, desde el primer día proclama, en una serie ininterrumpida de manifiestos, que viene para libertar a los pueblos del yugo de los Habsburgo, del Rey de Cerdeña, de los príncipes y de los Senados. Todos los descontentos se sienten arrastrados por el ímpetu de su palabra. ¿Dónde no hay un

magistrado o un gobernador, un príncipe o un intendente, del que la muchedumbre oprimida no desea verse libre? Las ideas revolucionarias habían franqueado desde hacía largo tiempo las fronteras, levantando en muchas ciudades a los estudiantes y burgueses contra la tiranía. Había allí una juventud que imploraba en vano la libertad y jefes que deseaban *l'Italia unita*. La rebelión no ha conseguido aún romper las cadenas, pero las hacía ya sonar en torno al palacio de los reyes. Estos hombres, animados por el espíritu nuevo, creyeron en la alta misión del ejército que avanzaba con la rapidez del huracán.

En aquel general, italiano por el nombre y la sangre, cuya lengua materna es la suya, no ven ellos a un soldado francés, sino al heraldo de la Libertad y de la Fraternidad. Estas dos peligrosas palabras servían de encabezamiento a todas las cartas de Bonaparte. ¡Qué terrible decepción si llegase a resultar un opresor! Bonaparte comprende todo esto y ve en seguida la dificultad. ¿Logrará imponer una disciplina a estos soldados harapientos, como si se tratase de un ejército que acaba de abandonar una guarnición bien abastecida?

«El pillaje es cada vez menos intenso —escribe a París—. Esta primera sed de un ejército carente de todo se va aplacando. Los infelices son excusables; después de haber padecido tres años en las cimas de los Alpes, llegan a la tierra prometida y quieren gozar de ella... El soldado sin pan se entrega a accesos de furor que le avergüenzan a uno de ser hombre... Restableceré el orden o dejaré de mandar a estos bandidos... Mañana serán fusilados unos soldados y un cabo que han robado los vasos sagrados de una iglesia. En el término de tres días, la disciplina quedará severamente establecida e Italia, asombrada, admirará el comportamiento de nuestro ejército tanto como su valor. Todo esto me cuesta un enorme trabajo y me hace pasar muy malos momentos: se han cometido horrores que me hacen estremecer. Afortunadamente, el ejército piamontés, al batirse en retirada, los ha cometido aún peores».

Hace a sus hombres un llamamiento al sentimiento del honor: «Es menester que juréis respetar los pueblos que libertáis... De otra manera, no seríais los libertadores de los pueblos, sino su azote. Vuestras victorias, vuestro valor, vuestro triunfo, la sangre de vuestros hermanos muertos en la batalla, todo se perdería, todo, hasta la misma gloria y el honor. A mí y a los generales que tienen vuestra confianza, vergüenza nos daría mandar un ejército sin disciplina».

Pero la empresa, pese a todos sus esfuerzos, es difícil de llevar a cabo.

Penosamente arrastra tras sí, durante toda la campaña, una embarazosa cantidad de prisioneros acusados de pillaje. Se suceden unos a otros los decretos ordenando a los generales el fusilamiento de todos los que no hayan restituido, en un plazo de veinticuatro horas, lo que hubiesen robado, aunque no sea sino caballos o mulas.

Tiene que hacer frente a rebeliones, y las represalias se suceden. El clero, la nobleza y los agentes de los príncipes incitan las ciudades a la resistencia; mientras, en el otro campo, se incendia, se fusila sin piedad a todos los que se sublevan contra el nuevo amo. Estos procedimientos serán, no obstante, cada vez menos necesarios, pues Bonaparte sabe ganarse a los burgueses, mostrándoles los beneficios de una administración nueva, que se desenvuelve sin tropiezos. Comprende el temperamento italiano y hasta habla su idioma, lo que constituye, sin duda, un nuevo factor de éxito. Cita palabras, ejemplos, nombres históricos; sabe emplear el antiguo *pathos* capaz de conmoverlos: «Pueblos de Italia, el ejército francés viene a romper vuestras cadenas; el pueblo francés es amigo de todos los pueblos. Venid con confianza a su encuentro, y vuestras propiedades, religión y costumbres serán respetadas». Y les habla de Atenas, de Esparta y de la antigua Roma.

La Historia le obsesiona. Los conocimientos adquiridos leyendo a Plutarco, estudiando la Historia de todos los tiempos, le sirven ahora a diario. Sabe quién ha reinado sobre tal región, cómo ha sido constituido el Gobierno que derriba, y así puede tratar a cada país diferentemente. Tiene siempre presentes en su espíritu las grandes figuras de la Antigüedad, a las que procura igualar y aun superar. En su imaginación, sus actos se proyectan inmediatamente hacia la posteridad, y este sentido histórico se lo comunica al ejército, al país, y pronto se lo comunicará a Europa entera.

La magia de su palabra transforma los combates que le valieron sus primeros éxitos en grandes victorias, y todavía aumenta el alcance de estas victorias asignándoles inmediatamente un lugar en la Historia. Convence a los países de que son libres, a los soldados de que todo lo han hecho ellos y de que todo es para ellos:

«¡Soldados! Como un torrente os habéis precipitado desde lo alto del Apenino... Milán es vuestro... Somos amigos de todos los pueblos, y más en particular de los descendientes de Bruto, de los Escipiones y de los grandes hombres que hemos tomado por modelos. Levantar de nuevo el Capitolio y colocar en él con honor las estatuas de los héroes que lo hicieron célebre; despertar al pueblo romano, entumecido por varios siglos de esclavitud, tal es

el fruto de vuestras victorias; ellas harán época en la posteridad, y vosotros tendréis la gloria inmortal de haber cambiado la faz de la hermosa región de Europa... Regresaréis entonces a vuestros hogares, y vuestros conciudadanos dirán, señalándoos: sirvió en el ejército de Italia».

¿Qué general dirigió nunca a los pueblos, a los trabajadores, a los enemigos, palabras más seductoras? ¿Quién supo nunca como él hablar a la imaginación en vez de contar con la obediencia? En Arcola, grita a sus tropas: «¿Sois unos cobardes o los vencedores de Lodi?». Pocos meses después los incita llamándoles los *vencedores de Arcola*. «Hemos atravesado el Po; la segunda campaña se inicia», escribe al Directorio. Los informes que le dirige son verídicos, pero redactados con un arte tan consumado, que continuarán ejerciendo una acción viva al pasar del Gobierno a la Prensa y de ésta al extranjero.

Bonaparte completaba con la pluma las conquistas de su espada.

III

«**H**e recibido vuestro tratado de paz con Cerdeña; el Ejército lo ha aprobado».

A la lectura de esta frase, el Directorio se siente dominado por el terror y olvida la alegría de ver afluir las banderas enemigas a París. ¿Cuándo osó nunca un general hablar así a su Gobierno? Este héroe mozo merecería ser fusilado por semejante carta, gritan sus rivales. Pero sus victorias y la conquista de Lombardía le han asegurado ya una popularidad inatacable. El otro día, en el campo de batalla, ha cortado secamente la palabra a su compatriota Salicetti, comisario del Gobierno, y ha firmado él mismo el armisticio con Cerdeña. Habiéndose suscitado una discusión, sacó su reloj y rogó a los comisarios que se diesen prisa: «Alguna vez he perdido una batalla —dijo—, pero jamás se me verá perder un minuto por una confianza excesiva». Este armisticio fue el primero por el que despojó a un rey de su reino. Acto seguido negocia por cuenta propia, sin pedir instrucciones, con los príncipes y la Toscana, y, dentro de poco, negociará solo hasta con el mismo Papa. ¿Qué hacer con un vencedor tan peligroso?

Enviémosle un compañero, se dice el Directorio. Que comparta con Kellerman el mando y que Salicetti se encargue de la política.

Tal es la orden que recibe Bonaparte en Lodi, al día siguiente de la batalla.

Ésta fue, realmente, su primera victoria espiritual. Habiendo tomado por asalto el puente sobre el Adda, con un movimiento de audacia asombrosa, ha batido a los austríacos, en pleno desconcierto. Bonaparte conseguirá victorias mucho mayores, pero ninguna jornada tendrá una influencia mayor sobre su evolución.

Al final de esta batalla, que ha decidido la primera parte de su campaña, proporcionándole un enorme botín, sin grandes pérdidas, y dejándole dueño absoluto del país, este atardecer siente Napoleón por vez primera hasta qué punto los proyectos oscuros y las brillantes hazañas de guerra, el ensueño y la

realidad, se hallan mezclados. Y por primera vez tiene conciencia de las posibilidades sin límites que le reservan sus fuerzas. «Presiento que estoy destinado a acciones que el mundo no sospecha», dice a Marmont. Y mucho más tarde, mirando hacia atrás: «Sólo la noche de Lodi —contaba— se me ocurrió la idea de que muy bien podría llegar a ser un actor decisivo de nuestra escena política. Entonces nació la primera chispa de la más alta ambición».

¡Y en ese instante, justamente, le llega la decisión de París...! ¿Cómo? ¡Cuando ambiciona la conquista de otros continentes se le propone compartir el mando con Kellerman!

Con los labios crispados, va y viene por la estancia, y luego dicta la siguiente carta al Directorio: «Si me imponéis trabas de toda especie, si tengo que consultar todos mis actos a los comisarios del Gobierno, no esperéis nada bueno. Es indispensable tengáis un general que goce por entero de vuestra confianza. Si yo no lo fuese, no me quejaría, sino, antes bien, procuraría redoblar mi celo para merecer vuestra estimación en el puesto que me confiasteis. Cada uno tiene su manera de hacer la guerra. El general Kellerman tiene más experiencia y la hará mejor que yo; pero, unidos los dos, la haremos muy mal. Yo no puedo prestar a la patria servicios esenciales sino investido entera y absolutamente de vuestra confianza. Comprendo que se necesita mucho valor para escribiros esta carta. ¡Sería tan fácil el acusarme de ambición y de orgullo! Pero comprendo que os debo la expresión de todos mis sentimientos. No puedo servir gustoso con un hombre que se cree el primer general de Europa, y, por otra parte, creo que más valdría un mal general que dos buenos. La guerra, como el gobierno, es cuestión de tacto».

Se da cuenta el Directorio de que este hombre no parece dispuesto a hacer el menor lugar a nadie, sea quien sea. Si le impone la división del mando, será capaz de regresar acto seguido a Francia para derribarlo. Más vale, pues, no insistir. Después de esta callada victoria sobre el Gobierno, Bonaparte se siente el amo. A partir de este momento obra en el fondo como un rey que fuese su propio generalísimo. Pero no pudiendo obtener las tropas y refuerzos que necesita sino mediante instancias y reclamaciones continuas, redactará, todavía durante meses, todos sus informes en el tono de un subalterno, aconsejando en vez de amenazar. En realidad, obra ya como si se hallase en ese Oriente hacia el que le atrae su naturaleza dominadora.

El correo para París está listo, y su primer «no», en camino. Todavía una noche agitada en el campamento, y, al día siguiente, entra en Milán como un

triunfador romano. Los prisioneros no llevan cadenas, pero marchan a la cabeza, como antaño, seguidos de quinientos jinetes. Los burgueses, habituados a los brillantes uniformes, se asombran de sus trajes míseros, de los cabellos derrengados, de aquel hombrecito flaco montado en un caballo blanco, de los rostros extenuados de su comitiva. ¡Qué gris parece todo aquello en medio del esplendor de la primavera! Cuando, en la puerta de la ciudad, el viejo arzobispo, rodeado de duques y de príncipes, le da la bienvenida, Bonaparte desciende del caballo, pero no se aproxima a ellos y se limita a escuchar con un aire frío, cortés y condescendiente. Todos esperan su respuesta. Al cabo de unos instantes de silencio, pronuncia, al fin, una sola frase: «Francia se halla bien dispuesta con respecto a la Lombardía», y, montando de nuevo a caballo, saluda y continúa su camino.

La impresión producida sobre las autoridades y sobre la masa es inmensa. Nadie se entusiasma, pero el asombro es general. Todo denota en este vencedor, no el orgullo, sino la decisión, una voluntad ante la que todo tendrá que doblegarse. ¿Había calculado de antemano el efecto que produciría en estas circunstancias, nuevas para él? Y si su actitud es simulada, ¡qué nueva prueba de su penetrante psicología y de su arte de gobernar las masas!

Sin embargo, su pensamiento está ausente y algo falta a su corazón...

Mientras tanto, las calles resuenan con los alegres gritos de la muchedumbre, que mira con estupor el desordenado desfile de un millar de hombres fatigados, vestidos con uniformes remendados, que ni siquiera tienen tiendas y parecen hallarse en peor situación aún que los prisioneros.

El general descansa en el palacio del arzobispo, donde toma un baño. Es el único lujo que se permite y que conservará hasta su muerte. Tomará estos baños más prolongados cada día y más calientes; nada le hará renunciar a esta costumbre, única que descansa sus nervios.

Por la noche hay una recepción. «Seréis libres, y en situación más segura aún que Francia. Milán será la capital de esta nueva república, que cuenta ya cinco millones de habitantes. Tendréis quinientos cañones y la amistad de Francia. De entre vosotros, yo escogeré los cincuenta hombres que habrán de gobernar el país en nombre de Francia. Adoptad nuestras leyes, modificándolas con arreglo a vuestras costumbres... Sed juiciosos y estad unidos, y así todo irá bien. Tal es mi voluntad. Si los Habsburgo se apoderasen nuevamente de Lombardía, yo os juro que defenderé vuestra causa y que nunca os abandonaré. Si vuestro país perece, es que yo habré

dejado de existir».

Jamás, desde los héroes de Plutarco, había hablado así un jefe. Este discurso, uno de los primeros que pronuncia el conquistador, encierra ya todos los elementos de que se servirá para obrar por medio de la pluma y la palabra, durante veinte años, sobre toda Europa. Todo en él es sencillo y preciso. Su firmeza es tal, que todo el mundo le obedecerá. «Sois vasallos, pero libres... Yo soy vuestro amo, pero yo os protegeré... Quinientos cañones y la amistad de Francia... Tal es mi voluntad». Y nada más.

La rica ciudad lombarda celebra el acontecimiento, en aquella hermosa noche de mayo, con música y fuegos artificiales. El joven general se muestra en el balcón del palacio Serbelloni, donde se ha instalado; el banquete ha terminado, la entrada triunfal con que soñara en su adolescencia ha pasado y sólo duró el espacio de un instante. ¿Piensa en el pasado o en el porvenir? ¿Qué es lo que le preocupa? «¿Qué cree usted —pregunta a su edecán— que dirán de nosotros en París? ¿Estarán contentos?».

Y habiéndole contestado Marmont como es de suponer, Bonaparte le mira y agrega: «Todavía no han visto nada, y el porvenir nos reserva éxitos muy superiores a los que ya hemos conseguido. La fortuna no me ha sonreído hoy sino porque desdeño sus favores; es mujer, y cuanto más haga por mí, más exigiré yo de ella. Dentro de pocos días estaremos a orillas del Adige y toda Italia quedará sometida... Probablemente, saldremos sin demora para regiones más lejanas. En nuestros días, nadie ha concebido nada grande, y a mí me toca dar el ejemplo».

IV

Un lecho real le ha sido reservado en el palacio Serbelloni. Hasta ahora jamás había descansado tan muellemente, pero ¡qué grande es aquel lecho para él solo! ¿Dónde está Josefina? ¿Qué son sin ella las entradas triunfales, las victorias, las salvas y banderas...? ¿Por qué no ha venido? ¿Está realmente enferma? ¿Tiene un amante? Durante la noche permanece horas y horas desvelado. El respeto que desde el primer día inspira a generales de más edad lo compromete mostrando inmediatamente el retrato de su esposa a cuantos se le aproximan para asuntos ajenos al servicio. Y a ella le escribe: «Pero vas a venir, ¿no es cierto? ¿Vas a estar aquí, a mi lado, sobre mi corazón, entre mis brazos? ¡Toma alas y ven, ven!». Conoce la ligereza de Josefina y su propensión a entregarse a las impresiones nuevas, a los nuevos adoradores. ¿Qué la retiene en aquel momento? Él la espera; su ambición ha sido llegar de los campos de batalla a uno de estos palacios para ofrecer a su belleza y su coquetería el marco principesco, único digno de ella y de él.

No adivinaba que sus mismos triunfos la mantenían alejada. Después de tantos años pasados en una situación falsa de *demi mondaine*, Josefina desea brillar por fin en París como mujer legítima de ese general de quien habla todo el mundo y cuyo nombre llena los periódicos. ¿Cree acaso el insignificante Bonaparte que se ha casado con él por amor? Cuando llegan a París las primeras banderas tomadas al enemigo y el pueblo le aclama, Josefina se dice sin duda: «Esto es muy preferible a vivir entre soldados, en ciudades extranjeras y aburridas». Le escribe poco y lacónicamente. El desdeñado se hace cada vez más apremiante. «¿Tienes un amante, algún mozalbete de diecinueve años? Si es así, teme la mano de Otelo». Josefina ríe y sus amigas le oyen decir: «¡Qué gracioso es ese ingenuo Bonaparte!».

Otro día, abandonando momentáneamente asuntos urgentes, escribe a Carnot: «Estoy desesperado; mi mujer no viene. Algún amante la retiene en París. Maldigo a todas las mujeres». Por fin llega una carta de la deseada.

Como ya no puede pretextar el peligro y el desorden de la vida de campamento, inventa una excusa y le escribe que se halla encinta.

¡Estrepitosa alegría! ¿Se han reunido, pues, todos los buenos hados para bendecirle? En medio de tantos éxitos, sólo le quedaba por desear la realización de este sueño. Si está llamado a destinos cada vez más altos, como presiente, es lo lógico que ha de necesitar herederos. Pero vacila: ¿será realmente verdadera la noticia? ¿Será suyo el hijo? «¡Qué culpable me siento para contigo! ¡Yo acusándote, y tú enferma! —traza su escritura ilegible sobre el papel sellado con el membrete oficial del Generalísimo—. El amor que me has inspirado me quita la razón. Mi vida es una pesadilla perpetua. Un presentimiento funesto me impide hasta respirar; estoy casi sin esperanzas. Escríbeme diez páginas, sólo esto podrá consolarme. Estás enferma, me amas, te he afligido, te hayas encinta ¡y no te veo! ¿Quién cuida de ti? Supongo que habrás hecho llamar a Hortensia; mi cariño a esa encantadora chiquilla es mil veces mayor desde que pienso que puede consolarte un poco... ¡Vas a tener en brazos un bebé, adorable como tú misma! ¡Ah, si pudiese pasar un día entero en tu compañía! Tú sabes que no podría resistir saber que tienes un amante; verle y destrozarle el corazón sería para mí la misma cosa».

En este desordenado estado de ánimo busca un apoyo, e instintivamente se vuelve hacia su hermano. «Estoy desesperado —escribe a José—; mi mujer está enferma; no sé dónde tengo la cabeza, y horribles pensamientos agitan mi cerebro; te suplico le prodigues todos tus cuidados... Después de mi Josefina, eres el único que todavía me inspira algún interés; tranquilízame, dime la verdad; tú conoces mi amor arrebatado, sabes que nunca había amado, que Josefina es la primera mujer que adoro; su enfermedad me llena de desesperación... Si se halla bien, si puede soportar el viaje, deseo ardientemente que venga; tengo necesidad de verla, de estrecharla contra mi corazón; la amo furiosamente y no puedo permanecer lejos de ella. Si ella no me amase, no tendría ya nada que hacer sobre la tierra. ¡Ah, amigo mío! Haz de manera que mi correo sólo permanezca seis horas en París y regresa trayéndome la vida... Adiós, amigo mío, tú sí que serás feliz; yo, en cambio, fui destinado por la Naturaleza a no tener sino las apariencias de la felicidad».

El mismo día en que escribía estas dos cartas, dictaba, entre otros documentos una orden a Berthier para que ocupase Alejandría, un informe al Directorio sobre los refuerzos que necesita urgentemente, un ultimátum al Senado de Génova a propósito de ciertos asesinatos de soldados, una carta de presentación de Murat al mismo Senado la orden de vender los cañones que

se hallan aún en la Riviera, orden a Massena de proveerse de municiones en el Arsenal de Venecia, orden a Lannes de detener su avance, orden de enviar los prisioneros sospechosos a Tortona, orden de enviar una división a Tolón, comunicando a Kellerman notificándole que el dinero y las tropas están en camino.

Su carta al hermano produce el efecto deseado. José amonesta a Josefina y la persuade de que marche con él a Milán. ¿Qué más podría inventarse ya? Josefina suspira, hace las maletas, llora con ocasión de una gran fiesta de despedida en el Luxemburgo y, por fin, sube al coche. Por otra parte, estamos a fines de junio, la estación mundana ha terminado y los compañeros de viaje no son desagradables. José, su *vis-à-vis* en la carroza, es un adversario temible, pero Junot es un chico encantador; *Fortunet*, el perrito, tan adorable como siempre, y, por si fuera poco, allí va el joven Charles, otro oficial con quien ha trabado amistad recientemente y que no la abandona un momento. ¿Piensa éste en su carrera, o sólo busca conquistas amorosas? Hipólito..., ¡qué hombre tan singular! Pero ¡qué bonito uniforme de cazadores el que lleva, qué divertidas historietas las que cuenta, qué buen conocedor de chales y pelucas a la moda y qué piernas tan bien torneadas las suyas!

Milán: Bonaparte ha partido ya. ¿Se combate de nuevo en las proximidades de Verona? ¡Qué importa! La ciudad es agradable, y Josefina se complace en los homenajes que recibe, alojada en aquel hermoso palacio. Hipólito queda, naturalmente, *hors concours*; el tintinear de su espada sobre el piso es inimitable. ¡Pero es preciso tomar tantas precauciones...! Todo el mundo los observa. Afortunadamente, Hipólito es hábil y encuentra una escalera secreta...

De repente, un toque de clarines. El general llega de Verona. Durante dos días y dos noches, Josefina se convierte en la presa de su pasión volcánica.

V

Tres veces ha intentado el emperador Francisco librar a Mantua, llave de toda la región, del asedio de Bonaparte. Inesperadamente, el viejo Wurmser desciende del lago de Garda con un nuevo ejército y derrota al adversario. El ejército francés se ve obligado a dejar Mantua. El enemigo le ha cortado la retirada hacia Milán, causándole un terrible revés y poniéndole en un peligro máximo. Bonaparte sale precipitadamente de Milán y galopa por la llanura del Po, bajo el ardiente sol de julio, de un extremo a otro de su ejército, concentrando todas sus fuerzas, pues se lo juega todo en esta campaña.

En estos días de intensa actividad y de prodigiosa tensión de espíritu escribe a Josefina: «Desde que me he separado de ti vivo triste; mi felicidad es estar a tu lado. Repaso sin cesar en mi memoria tus besos, tus lágrimas, tus celos deliciosos, y los encantos de la incomparable Josefina atizan incesantemente una llama viva y quemante en mi corazón y en mis sentidos. ¿Cuándo podré, libre de toda inquietud y de todo otro asunto, pasar todos mis instantes junto a ti, sin hacer otra cosa que amarte y pensando solamente en la felicidad de decírtelo y probártelo...? Desde que te conozco, cada día te adoro más; esto prueba qué falsa es aquella máxima de La Bruyère que dice que *el amor llega de pronto*. En la Naturaleza, todo tiene su curso y diferentes grados de desarrollo... Sé menos bella, menos graciosa, menos tierna y, sobre todo, menos buena; no seas celosa nunca, no llores nunca; tus lágrimas me hacen perder la razón y me queman la sangre... Ven a reunirme conmigo, para que, al menos, antes de morir podamos decir: fuimos felices tantos días. Un millón de besos, hasta para *Fortunet*, a pesar de su maldad».

Jamás logró el general desembarazarse del falderillo, al que había encontrado, según contó más tarde, en el lecho de Josefina la noche de sus bodas: «Se me declaró que tenía que acostarme en otra parte o resignarme a compartir el lecho con el perro. Esto me contrariaba bastante, pero no había otro remedio, y tuve que resignarme. El favorito fue menos complaciente que

yo; todavía tengo la prueba de ello en esta pierna».

En medio del tumulto, arriba la generala a Brescia. Pero, apenas ha llegado, cuando tiene que partir de nuevo, y poco falta para que caiga en manos del enemigo. ¡Qué buen pretexto para negarse en lo futuro a reunirse con su marido!

Durante estas semanas, Bonaparte ha conocido horas de desaliento. En lugar de mandar reúne un consejo: sus generales se asombran. En la situación crítica en que se encuentra, preconiza una retirada tras el Po, pero Augereau, dando un puñetazo sobre la mesa, exclama: «¡Quiero tu gloria; tenemos que vencer!», y sale de la habitación apresuradamente. Los demás vacilan; Bonaparte se retira.

Solo, inclinado sobre sus mapas, busca una solución. En torno de las bujías, casi consumidas, revolotean las mariposas nocturnas; la noche estival es sofocante. Bonaparte presta oído, vagamente, al redoblar de tambores y a los gritos del campamento, que llegan de afuera, y piensa... La jornada próxima decidirá la suerte de Lombardía, de su gloria y tal vez de su destino. ¿Debe arriesgarlo todo a una sola carta? ¿Y si Wurmser fuese más fuerte de lo que dicen sus informes? A aquella misma hora, Josefina duerme en su gran lecho, o tal vez sonríe a uno de aquellos pisaverdes a que es tan aficionada...

Bonaparte se decide por el combate. Al día siguiente resulta vencedor en Castiglione.

Poco después escribe a su mujer: «Hace dos días que no recibo cartas tuyas. Hoy me he hecho esta observación treinta veces; sabes que esto es muy triste para mí; tú no puedes dudar, no obstante, de la tierna y exclusiva solicitud que me inspiras». Y Josefina, a una amiga de París: «Me aburro». Bonaparte está en medio del fuego de la lucha y las victorias; la generala, rodeada de homenajes y de fiestas; pero ambos encuentran monótona su vida; él, porque ella está demasiado lejos; ella, porque él está demasiado cerca. «El enemigo ha perdido, querida amiga, dieciocho mil hombres que hemos hecho prisioneros; el resto ha sido muerto o herido. Wurmser no tiene más recurso que el de retirarse sobre Mantua. Jamás habíamos obtenido éxitos tan grandes y constantes. Italia, Friul y el Tirol quedan asegurados a la República. Dentro de pocos días nos veremos; esto es la más dulce recompensa a mis fatigas y a mis penas. Mil besos amorosos y ardientes».

El político aprovecha cada instante de tregua entre combate y combate. Reúne en Módena, en una sesión solemne, a los diputados de los Estados de

la Italia del Norte para darles una Constitución; de ahora en adelante formarán un solo Estado, una nueva República.

Pero ¿es feliz Bonaparte? Su mujer, en Milán, debe de estar enamorada de otro; si así no fuera escribiría en otro tono. «Tus cartas son frías como si tuvieras cincuenta años —le contesta—; parecen escritas después de quince años de matrimonio. Se ve en ellas la amistad y los sentimientos de ese invierno de la vida. Esto en ti es una maldad, una traición. ¿Qué te queda ya por hacer para mi desgracia? ¿Dejar de quererme? ¡Ay, eso ya lo has hecho...! ¿Odiarme? Pues bien, lo deseo; todo envilece, menos el odio. ¡Todo antes que la indiferencia de un corazón marmóreo, una mirada sin vida, un aire soporoso...! Mil besos, tan tiernos como mi corazón».

Nuevas dificultades le reclaman de nuevo en el Norte. Llega, libra un combate y es rechazado. En aquellos sombríos días de noviembre, en que todo parece de nuevo en juego, no recibe el menor ánimo de su esposa. Sus familiares le informan discretamente de las diversiones de Josefina en Milán. Al día siguiente de la derrota de Caldiero, Bonaparte pide refuerzos a París desesperadamente.

Todo se complica, todos pierden el valor y se agrupan en torno de su jefe, que, mirando hacia todos lados a la vez, ve la amenazadora tempestad cernirse sobre Arcola. En estos días diríase que piensa con treinta cabezas. El mismo ritmo vertiginoso, la misma intrépida desesperación, le dictan aquella noche estas líneas febriles: «Ya no te amo en absoluto; antes, por el contrario, te detesto. Eres una mala persona, una tonta, una Cenicienta. Ya no me escribes, ya no amas a tu marido. ¿Qué hace usted, pues, durante todo el día, señora? ¿Qué asunto tan importante le roba el tiempo de escribir a su amantísimo esposo...? ¿Cuál puede ser ese maravilloso, ese nuevo amante que absorbe todos sus instantes y le impide ocuparse de su esposo? Josefina, ten cuidado: una noche de éstas derribaré las puertas y me verás aparecer ante ti. Realmente, me inquieta, amiga mía, no recibir noticias tuyas. Escríbeme pronto cuatro páginas, llenas de esas cosas encantadoras que colman mi corazón de emoción y de júbilo. Espero que dentro de poco te estrecharé entre mis brazos y te cubriré con un millón de besos, quemantes como bajo el Ecuador».

La esperanza y la desconfianza desgarran su alma. ¿Está ya deshonorado en su hogar este hombre asediado por la tempestad, la duda y la responsabilidad; este hombre que tal vez perderá mañana su honor sobre el campo de batalla y que, no obstante, desea enseñorearse del mundo entero? En estas

circunstancias, habiéndose suicidado uno de sus soldados, decreta: «Un soldado debe saber vencer el dolor y la melancolía de las pasiones».

Dos días después se encuentra en Arcola, sobre un puente del Adige, bombardeado por el enemigo. Sus soldados, rechazados, no consiguen atravesar el río. Cuando, por fin, sus exhortaciones logran hacerlos avanzar, le gritan: «¡No avance más, general; se haría matar y estaríamos perdidos!». Marmont, volviéndose para ver si sus soldados le siguen, ve al general en los brazos del ayudante Muiron, como si estuviese herido. Habiéndose detenido la columna, los demás retroceden y resbalan por la pendiente del ribazo. Bonaparte, recobrándose, cae en el foso. Marmont y su hermano Luis le sacan de allí. ¡Un caballo! Tumulto, gritos, disparos. Muiron cubre a su jefe con su cuerpo y cae. El general logra salvarse gracias a su caballo.

Aquella noche, sentado en el vivaque, se siente terriblemente deprimido. Un segundo ataque, intentado al día siguiente, fracasa igualmente. El río parece infranqueable.

El tercer día, no mejorando la situación, Bonaparte recurre a la astucia. En tanto que el combate continúa cerca del río, ordena a todos los tambores y trompetas disponibles que describan un gran círculo en torno del enemigo, bajo la escolta de una parte de la guardia. Al oír el estrépito, el pánico se apodera de los desfallecidos combatientes y una columna enemiga retrocede. Inmediatamente, las tropas francesas, reanimadas, transforman el desorden parcial en una desbandada general. La desesperación, el valor y la astucia han creado una nueva victoria y el nombre de una población se inscribe en el Libro de las Leyendas. En París se acuñan medallas en honor del triunfo: el general será representado de ahora en adelante sobre el puente de Arcola, con una bandera que no enarboló ni tuvo un solo instante en sus manos.

Por esta vez, el peligro queda sorteado. Abandonada por el enemigo, Mantua no tardará en caer. El general reorganiza sus tropas y regresa apresuradamente a Milán. Por fin va a poder reinar en la capital y estar al lado de Josefina.

Pero ésta es más difícil de tomar que Wurmser. «Llego a Milán, me precipito a tus habitaciones, dejándolo todo para verte, para estrecharte entre mis brazos..., y no te encuentro. Recorres en fiesta las ciudades, te alejas de mí cuando llego y no te cuidas ya de tu querido Napoleón. Un capricho te inclinó a amarle, la inconstancia te lo hace indiferente. Acostumbrado a los peligros, sé el remedio para las penas y dolores de la vida. No te preocupes

por los placeres; la felicidad está hecha para ti. El mundo entero se siente feliz al contemplarte, y sólo tu marido se siente verdaderamente desgraciada».

A la mañana siguiente: «La felicidad o la desgracia de un hombre al que no amas no tiene por qué interesarte. En cuanto a mí, amarte solamente..., he ahí el destino y el fin de mi vida... No te intereses por la felicidad de un hombre que sólo vive de tu vida. Cometo un error cuando exijo de ti un amor parejo al mío. ¡Por qué querer que el encaje pese tanto como el oro! Yo no tengo la culpa de que la Naturaleza no me haya dado atractivos capaces de cautivarte; pero lo que sí merezco, cuando menos, de parte de Josefina son ciertas consideraciones y un poco de estimación, puesto que la amo furiosa y exclusivamente. Cuando esté probado que no me puede amar ya, ocultaré mi dolor profundo y me contentaré con serle útil en lo que de mí dependa... Vuelvo a abrir mi carta para darte un beso. ¡Ah, Josefina, Josefina...!».

¡Qué confesión! Cuando la pasión y la ambición le dan alas para alcanzarle, el enemigo le escapa. ¿Qué hacer? El fracaso enseña que no se debe perder la confianza ni montar en cólera y si guardar su dignidad sin dejar de usar la inteligencia. Un poco de burla, mezclada a la cortesía, estaría en su punto. Al día siguiente reflexiona: ¿cómo reconquistarla? Inútil alabarse de sus hechos, que a ella le son totalmente indiferentes. Sólo dos cosas pueden ablandarla: los regalos y las lisonjas. Tal es su engañoso razonamiento. Él, que se impone como amo a los reyes, no cae en la cuenta de que la encantadora Josefina podría, si no adorarle, temerle al menos, y que nada la hace sentirse tan segura de sí misma como la certidumbre de la pasión que provoca.

El gran psicólogo comete este error por orgullo. Su amor propio le lleva hasta los límites de lo humanamente posible, pero a la larga le extraviará en el mayor de sus errores. Y el orgullo le impide ahora velar una pasión, que no domina porque no quiere. Después de todas sus frases tan cuidadosamente aderezadas sobre su deseo de serle útil, el corazón loco le arrastra, con un ademán de mozalbete enamorado, a abrir de nuevo el sobre con el solo objeto de «darte un beso».

VI

Y París ¿qué dice?

París está contento, después de tantos años, de tener un nuevo héroe al que adora. El retrato de Bonaparte se halla en todos los escaparates; se describen poemas comparándolo a los conquistadores de la Antigüedad; los actores anuncian sus nuevas victorias; sus trofeos se amontonan en el patio del Luxemburgo; sus informes, censurados por el Directorio, aparecen en el *Monitor*; circulan canciones, medallas y hasta caricaturas hechas en Inglaterra, y todo parece alegrar las calles de la capital.

Él lo sabe. Sabe también que, ante su creciente popularidad, el Directorio, al que desde hace largo tiempo no obedece, comienza a temblar. «Las victorias de este hombre van a conducirnos a la muerte», dicen. Un ejército nacional es invencible, pero se convierte en un terrible peligro en cuanto sus jefes no están en las manos del Gobierno. ¿No se amenaza con la guillotina, desde hace seis años, a todo general que intenta seguir una política personal? «Desembaracémonos de quien no se incline ante nuestras órdenes y reciba desdeñosamente a nuestros comisarios, aunque sea Bonaparte. Salicetti le es demasiado fiel; además, es corso y, habiéndole traicionado antes, no tiene la conciencia tranquila. Enviémosle, pues, a Clarke».

General también, hábil y orgulloso, elegante y altivo, Clarke, al partir para Milán, promete llevar fácilmente a término su empresa y meterse en el bolsillo a aquel hombrecito inhábil, de uniforme raído, que encontrara otras veces en casa de Barrás. Llegado al palacio Serbelloni, queda estupefacto. Bonaparte no ha crecido, pero al verle ir y venir, rodeado de todos los que le atienden y rinden homenaje, se le tomaría más por un soberano que por un hombre de guerra. El comisario es recibido con cortesía, pero es Bonaparte el que, en vez de revelar sus secretos designios, conoce al cabo de cuarenta y ocho horas los proyectos del Directorio, que Clarke debía callar. Clarke ha reconocido en Bonaparte al hombre del futuro y precipitadamente se ha

alistado en sus filas.

Los temores del general se confirman. En París, el Directorio sólo tiene en cuenta sus conquistas como un medio para facilitar las negociaciones de paz con Alemania. No entra en sus intenciones conservar Italia y mucho menos revolucionaria. Bonaparte, ahora que sabe los proyectos del Gobierno, va a ponerlo todo en acción para contrarrestarlos. Por el momento no puede romper todavía abiertamente con el Directorio: «Socorros, necesito socorros, refuerzos; pero no sólo de palabra, sobre el papel, sino en efectivo, en carne y hueso... Los heridos son la flor del ejército; todos nuestros mejores generales están fuera de combate, y todo lo que me llega ¡es tan inepto y tan incapaz de ganarse la confianza del soldado! El ejército de Italia, reducido a un puñado de hombres, está agotado... Se nos ha abandonado en el fondo de Italia... Los valientes que quedan ven la muerte segura, en medio de tan continuas aventuras y con fuerzas tan débiles. Tal vez esté pronta a sonar la hora del valiente Augereau, del intrépido Massena, de Berthier, de mí mismo. ¿Qué será entonces de estos bravos? Este pensamiento me hace reservado; no me atrevo ya a afrontar la muerte, que sería un motivo de desaliento y de desgracia para el objeto de mis solicitudes».

¿Se puede ser más hábil?

Pues todavía pone en juego otros medios. Cuando no los amenaza con una catástrofe, los halaga con presentes. Casi todos los meses envía al Directorio empobrecido, ahogado bajo un montón de billetes desvalorizados, oro contante y sonante. Es el primer general que, en lugar de pedir dinero, lo envía a su Gobierno. A estos envíos llega hasta a agregar pequeñas gratificaciones: «Mañana salen de Milán cien caballos de coche, los más hermosos que se han podido hallar en Lombardía; servirán para reemplazar los caballos mediocres que tiran de vuestros coches».

Cuando le escriben que las tropas que reclama son necesarias para el mantenimiento de la paz interior, replica: «Más vale que se peguen en Lyon y se conserve Italia que lo contrario...».

A los del Directorio, que le piden abandone los asuntos diplomáticos a los comisarios, contesta: «No sólo es menester un solo general, sino también que nada le estorbe en su marcha y operaciones. He hecho la campaña sin consultar a nadie; si me hubiese visto precisado a ponerme de acuerdo con otro, no habría hecho nada bueno. He ganado algunas ventajas contra fuerzas superiores y en medio de una carencia absoluta de todo, porque, persuadido

de que vuestra confianza reposaba en mí, mi marcha ha sido tan rápida como mi pensamiento... Con un ejército más débil es preciso hacerlo todo: detener a las tropas alemanas, sitiar las fortalezas, proteger la retaguardia, amenazar Génova, Venecia, la Toscana, Roma, Nápoles, todos aquellos puntos, en suma, donde deseemos ser los más fuertes. Esto exige una perfecta unidad en el mando militar, político y financiero de los asuntos... Cuantas veces vuestro general en Italia deja de ser el centro de todo, corréis grandes riesgos. No se atribuirá este lenguaje a la ambición; tengo honores de sobra y mi salud se halla tan maltrecha que temo verme obligado a pedir os un sucesor. Ya no puedo montar a caballo; sólo me queda el valor... Continúo esta negociación. ¡Tropas, tropas, si queréis conservar Italia! Bonaparte».

Cuanto más popular se hace, más insiste en lograr su retiro. En realidad está perfectamente de salud y todos los días rinde un nuevo caballo. Ya se cuidarán de no dar curso a su instancia.

Por otra parte, su nueva táctica consiste en afirmar su propia situación reforzando el poder de Francia en Italia. Sin querer dar a los italianos una libertad para la que no los considera preparados, logra, sin embargo, fundar una República cisalpina contra la voluntad del Directorio, en el que sólo Carnot es partidario de la libertad de los pueblos. Es la primera vez que Bonaparte sienta las bases de un organismo nuevo que, desde aquel momento, querrá cada vez más vasto, hasta englobar todos los Estados de Europa. Los Estados Unidos de Europa, tal será su fin. Hoy reúne la media docena de principados del Norte de Italia en un Estado único, al que da, en verdadero dictador, una Constitución nueva, juiciosa en su principio, flexible, y elástica en su engranaje.

Altisonantes proclamas anuncian al pueblo que es libre, quiéralo o no, y que debe pagarle al contado el privilegio.

«La República Francesa, que ha jurado guerra a los tiranos, ha jurado también fraternidad a los pueblos. Este principio, consagrado por la constitución republicana, es también el principio del ejército. El déspota que, desde hacía tanto tiempo, esclavizaba la Lombardía, ha causado grandes males a Francia... El ejército victorioso de un monarca insolente debía indudablemente esparcir el terror por la nación en que ganaba sus victorias; un ejército republicano, obligado a hacer una guerra a muerte a los reyes que combate, promete su amistad a aquellos pueblos libertados de la tiranía por sus victorias.

»Respeto la propiedad, las personas, la religión de los pueblos... Para asegurar la marcha de las tropas, les son necesarios abastecimientos que no pueden adquirir en Francia por la distancia que de ella se hallan y deben encontrarlos en la Lombardía, adonde sus victorias las han llevado; el derecho de guerra se los asegura, la amistad debe apresurarse a ofrecerlos. Las necesidades del ejército reclaman veinte millones de francos, que serán impuestos a las diferentes provincias de la Lombardía austriaca. Las fechas de los pagos, que deberían ser, en lo posible, lo más próximas, serán fijadas en instrucciones particulares. Retribución bien pequeña, al fin y al cabo, para tan fértiles comarcas».

Los impuestos, los campos, las fábricas, los arsenales, los dominios, procuran a Bonaparte cuanto necesita. En las cláusulas de cada armisticio exige dinero, ganado y obras de arte. Las pinturas y esculturas no sanearán la moneda, pero presiente que el amor propio de París quedará halagado, y lo que él procura ganar es la opinión pública. En aquel tiempo de penuria, Bonaparte envía al Louvre desde Italia obras de arte admirables, en cantidad que jamás pudo igualar un rey. Por otra parte, usa con los franceses que dilapidan los fondos públicos el mismo rigor con que reclama el dinero a los italianos. «El ejército consume cinco veces más de lo que debiera —escribe—; los almacenistas usan bonos falsos. El lujo, la corrupción y los fraudes alcanzan proporciones enormes. No hay sino un medio para poner término a esto: que se elija una comisión compuesta de tres personas, con facultades para poder, durante tres o cuatro días, fusilar a todos los concusionarios».

Cuando se descubre que las raciones de heno no tienen el peso debido, le parece «importantísimo que ningún bribón pueda escapar. Desde hace largo tiempo, los soldados y los intereses de la patria son presa de la concupiscencia». Innumerables documentos certifican su voluntad de refrenar el robo y el pillaje. Habiendo producido las mujeres disturbios y desórdenes en el campamento, hace publicar la siguiente orden: «Si dentro de las veinticuatro horas siguientes a la publicación de esta orden se encuentran todavía en el campamento mujeres sin autorización para ello, serán pintadas de negro y expuestas públicamente durante dos horas». Su severidad se humaniza, por el contrario, cuando se trata de reprimir costumbres de guerra crueles: «El uso bárbaro de apalea a los hombres que se supone tienen secretos importantes que revelar debe ser abolido. En todo tiempo se ha reconocido que esta manera de interrogar a los hombres por medio de la tortura no produce beneficio alguno. Los desgraciados dicen todo lo que se les ocurre y todo aquello que ven que se desea que digan. Por tanto, prohíbo el

empleo de un medio reprobado por la razón y la humanidad».

VII

Como diplomático, Bonaparte usa de todos los medios habituales: lisonja, amenaza, mentira, franqueza, brusquedad de soldado. Su habilidad se evidencia, sobre todo, frente al Vaticano.

Como verdaderos revolucionarios, los jefes del Directorio querían destruir el poder temporal de la Iglesia; este triunfo moral, acompañado de ventajas materiales, les parece mucho más provechoso que la organización de los Estados vecinos a que procede su general.

Exigen, pues, la marcha sobre Roma. Y he aquí a Bonaparte casi a la vista de la Ciudad Eterna, a cuyo nombre viniera, desde su infancia, asociando en su espíritu todas las ideas de gloria y de grandeza. Como César, va a poder ceñir el laurel en el Capitolio, ya que las tropas pontificias apenas podrán resistirle un momento.

No obstante, renuncia a ello. El Papa es el único príncipe al que los cañones no podrán derribar jamás; conoce el poder del ideal católico, su influencia milenaria sobre Francia y Europa y la fuerza activa y eficiente del martirio. Decidido a no combatir al Papa, simula solamente la marcha contra él. «La influencia de Roma es incalculable; se ha hecho muy mal al romper con este poder; todo ello redunda en ventaja suya».

Descendiendo hacia el Sur, pasa, de hecho, el Rubicón, se detiene luego y, usando de su táctica habitual, se prevalece de ser el más fuerte para ofrecer la paz.

El anciano Papa acepta, pues Bonaparte es lo bastante hábil para dejar en suspenso todas las cuestiones relativas a la Iglesia. Pío VI promete pagar a Francia una porción de millones, entregarle cien cuadros, vasos y esculturas, que serán escogidos por una comisión. (El general sólo designa dos obras, que le atraen particularmente: los bustos de Junio y de Marco Bruto, que están en el Capitolio). Pero como el Papa, llegado el momento, pone dificultades para el pago, Bonaparte marcha por segunda vez sobre Roma. Un ligero combate

basta para restablecer la paz; por otra parte, el general necesita sus tropas en el Norte, y si el Papa huyese llevándose consigo todos sus tesoros, ¿qué quedaría entonces a aquellos infelices del Directorio? Bonaparte, por su propia autoridad, concede el perdón a los sacerdotes franceses que, habiéndose negado a jurar la Revolución, habían buscado refugio en Roma. Por todas partes se hace amigos entre los eclesiásticos, compara el «ciudadano arzobispo» a un apóstol e insiste, en numerosas cartas a altas personalidades del clero, sobre «la ley del Evangelio, que reposa sobre la Igualdad, razón por la cual conviene mejor que otra cualquiera a las Repúblicas». ¿Qué dirá París, que ha suprimido a Cristo?

Por último, envía al Papa, que se dispone a huir, un mensaje tranquilizándole: «Decid al Santo Padre que Bonaparte no es un Atila, y, aunque lo fuese, recuerde el Santo Padre que es el sucesor de León». Tal es la actitud que adopta ante el trono más venerable de Europa. Pero cuando el Nuncio vacila en firmar, reaparece bruscamente el soldado, rompe el papel y lo arroja al fuego: «No se trata de paz, Monsignore, sino de una tregua». Y como entonces se atemorizan, Bonaparte reclama una copia del documento quemado y la obtiene. El Papa envía una carta a «su querido hijo» y otorga su bendición al hombre de la Revolución.

Éste jamás se rodea de misterio, a la manera de los diplomáticos de su tiempo. Una hora después de la firma de su primer armisticio, lo discutía abiertamente. «Mi ataque contra Cossaria era inútil —dice en la mesa de los piemonteses vencidos—, pero el movimiento que ejecutasteis el 17 era una obra táctica excelente».

Al final de la segunda campaña da una nueva prueba de su moderación y de su dignidad. Habiendo partido a Lombardía a comienzos de marzo, se encuentra en Estiria a fines del mismo mes, a pocas jornadas de Venecia. Que el ejército del Rin salga igualmente victorioso y podrán imponer la paz al emperador Francisco. Pero Bonaparte decide detenerse y proponer de nuevo la paz a los vencidos. Es verdad que aún no está allí el ejército del Rin y que Austria y Hungría prosiguen febrilmente sus preparativos de guerra; convendría esperar, amenazando al mismo tiempo; pero ello sería proceder como conquistador, y Bonaparte es hombre de Estado. El Directorio necesita la paz antes de las nuevas elecciones, y el general, por el momento, necesita al Directorio. ¡Ah, si lograra él, el soldado, dar por fin a Francia la paz que el país ansia desde hace cinco años! ¿Por qué había de compartir él esta gloria con sus competidores del Rin? La suerte de la guerra es insegura, y nadie que

no sea un insensato recurriré a ella sin verse obligado. Una vez más, ha derrotado a las tropas del Imperio, separándolas de los ejércitos del Rin. Desde hace un año, Europa empieza a temer a este nuevo hombre de guerra; pero Napoleón quiere que reconozca también en él al político, y a este fin hará un ademán de paz. Sin ceremonias, en un pie de igualdad, envía una carta a su adversario vencido, al hermano del emperador Francisco:

«Señor general en jefe: Los militares valientes hacen la guerra y desean la paz. ¿No dura aquélla desde hace seis años? ¿No hemos matado ya bastante gente y causado bastantes males a la pobre humanidad? Ésta se queja en todas partes. Europa, que había tomado las armas contra la República Francesa, las ha depuesto. Sólo vuestra nación continúa en armas y, a pesar de ser ella la única, la sangre va a correr de nuevo más abundante que nunca. Esta sexta campaña se anuncia con siniestros presagios; cualquiera que sea el resultado, mataremos de una y otra parte unos cuantos miles más de hombres, para acabar, sin embargo, por entendernos, puesto que todo, hasta las pasiones del odio, tiene un término... Usted, señor general en jefe, que, por su cuna, se halla tan cerca del trono y tan por encima de todas las pequeñas pasiones que animan con frecuencia a los ministros y a los Gobiernos, ¿no está decidido a merecer el título de bienhechor de la humanidad entera y de verdadero salvador de Alemania? No crea usted, señor general en jefe, que doy a entender con esto que le sea imposible salvarla por la fuerza de las armas; pero en la suposición de que la suerte de la guerra le fuese favorable, no por ello quedaría menos devastada Alemania. En cuanto a mí, señor general en jefe, si el paso que tengo el honor de dar puede salvar la vida de un solo hombre, me sentiría más orgulloso con la corona cívica, a que me consideraría acreedor, que con la triste gloria que pueda resultar de los triunfos militares».

Una carta semejante debía conmover profundamente al Archiduque. Hombre muy culto, enemigo declarado de la guerra, conservando sólo sus funciones por creerlo un deber, logró con este documento en sus manos modificar en Viena las ideas del Emperador y de los partidarios de la guerra. ¿Qué pasará, en efecto, si se rehúsa? Seguramente Bonaparte publicará las dos cartas y preconizará el ideal humano de la República, oponiéndole las ideas belicosas del Imperio. Y saqueará entonces a su antojo, tomando por excusa su obstinación. Ya el ejército francés avanza; la ciudad de Leoben ha caído en sus manos.

Los emisarios del Emperador llegan. El general sale a su encuentro hasta el último escalón, les habla con respeto del Emperador y del Archiduque, y

cuando le piden diez días para estudiar sus condiciones —en realidad, para seguir en Viena sus preparativos—, Bonaparte los invita a cenar. Al levantarse de la mesa, les concede cinco días.

Mientras el enemigo se tranquiliza en Viena, el Directorio se inquieta en París. ¡Cómo! ¿Este general quiere preparar por sí solo la gran paz? ¿Quién le impedirá derribarnos luego? Y cortésmente le ruegan que espere a sus delegados. Razón de más para que Bonaparte apremie a su adversario. Sabe lo que se piensa de él en París y envía al Directorio esta contundente carta: «En cuanto a mí, os pido reposo. He justificado la confianza con que me habéis investido; jamás me he preocupado de mis conveniencias en todas mis operaciones, y me he lanzado hoy contra Viena habiendo adquirido más gloria de la que se precisa para ser feliz y teniendo tras de mí las soberbias llanuras de Italia, como lo había hecho ya al comenzar la última campaña en busca de pan para el ejército que la República no podía seguir alimentando. En vano se esforzará la calumnia en prestarme intenciones pérfidas; mi carrera civil, como mi carrera militar, será una y simple». Ironías, bajo cuya máscara se encamina hacia sus fines ocultos.

Las negociaciones se eternizan. «Dadme Bélgica y Lombardía —les dice Napoleón—, y que Alemania indemnice a los príncipes desposeídos». Los Habsburgo aceptan en principio, pues ni el Emperador ni los príncipes alemanes sienten ya la atracción del viejo Imperio, próximo a derrumbarse. De este modo, Francia se reserva un derecho de inspección al otro lado del Rin. ¿Pero cómo se indemnizará a los Habsburgo de la pérdida de Lombardía?

En este momento llega de Venecia la noticia de que han estallado motines, seguidos de asesinatos, contra los franceses. Excelente ocasión para hacer el papel de justiciero. Escribe al Directorio para calmar sus escrúpulos, es decir, para permitirle dar explicaciones a la Prensa: «Venecia, en decadencia desde el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza y el renacimiento de Trieste y Ancona, podrá difícilmente sobrevivir a los golpes que ha recibido de nosotros. Población inepta, cobarde, incapacitada para la libertad, sin tierras, sin aguas, parece natural que sea dejada a quienes damos el continente. Tomaremos todos los barcos, despojaremos el arsenal, nos llevaremos todos los cañones, destruiremos la Banca y guardaremos Corfú y Ancona para nosotros». Debilitada de esta suerte, Venecia puede caer en manos de los Habsburgo.

En cuanto a los ancianos débiles, elegidos por algunas familias

aristocráticas que han sucedido a los hombres fuertes de antaño y hacen de su patria el más reaccionario de los Estados, apenas a Bonaparte se le da un ardite de ellos. «Vosotros habéis azuzado a los campesinos contra nosotros. En todas partes, gracias a vosotros —escribe al dux durante las negociaciones en el Tirol—, el grito de guerra es: ¡Mueran los franceses! Varios centenares de soldados del ejército de Italia han sido víctimas ya. Vosotros desaprobáis vanamente reuniones organizadas por vosotros mismos. ¿Creéis que en este momento, en que estoy en el corazón de Alemania, no puedo hacer respetar al primer pueblo del universo? ¿Y creéis que las legiones de Italia soportarán la matanza que estáis fomentando? La sangre de mis hermanos de armas será vengada. La guerra o la paz. Si no hacéis detener y entregar a mis manos a los autores de los asesinatos que acaban de cometerse, la guerra queda declarada».

Tal es el tono que adopta cuando quiere atemorizar a una docena de viejos patricios. Cuando los delegados del Senado llegan al campamento, simula una gran cólera y los apostrofa: «No quiero más Constitución ni Senado. ¡Para Venecia seré un segundo Atila! No quiero ya más proposiciones. ¡Soy yo quien os va a dictar vuestras leyes!». A poco de esto, en el acto, la rendición de la ciudad; el anciano dux, que tenía noventa años, cae muerto de repente. Éste fue el último dux de Venecia. Bonaparte no olvidó nunca esta escena.

¿Habrá, pues, terminado ya con Italia? ¿Acaso no ha alcanzado ya sus fines? Pero, en realidad, para él no hay fin alguno. Cada paso le abre nuevas perspectivas; Venecia le servirá de trampolín. El Adriático se extiende ante él, y las islas le atraen. Últimamente, desde Ancona, adonde había ido para obligar a Roma a la paz, sus miradas se han extendido hacia las islas jónicas y Turquía, que son, «desde todo punto de Vista, muy esenciales para nuestra correspondencia con Constantinopla; en veinticuatro horas se va de aquí a Macedonia». ¿No deseaba, en otro tiempo, cuando sólo era general de brigada en el Estado Mayor, hacerse enviar a aquel país lejano? En Ancona, por intermedio de sus agentes, entra en relaciones con los bajaes todopoderosos del Janina, Escutari y Bosnia.

Desde Leoben se asegura las islas de Venecia y hace ocupar Corfú y Zante. «Corfú y Zante nos hacen dueños del Adriático y de Levante. Sería en vano que quisiéramos sostener el imperio de Turquía; un día cualquiera veremos su caída; la ocupación de estas cuatro islas será para nosotros un medio de sostenerlo o de conseguir cuando menos nuestra porción».

En el fondo, esta política va dirigida contra Inglaterra. Francia deseaba

desde hacía mucho tiempo tener bases sólidas en el Mediterráneo, a fin de separar a Inglaterra de las Indias; pero fue en Bonaparte en quien estas aspiraciones encontraron, por primera vez, esa fuerza de realización que nace de la ambición personal. Sin embargo, Bonaparte no codicia el Oriente para combatir al enemigo secular, y si quiere suscitar conflictos con Inglaterra es para apoderarse del Oriente. Su imaginación, como siempre, precede a sus actos. Se siente ya demasiado estrecho en esta Europa de la que, sin embargo, sólo tiene una pequeña parte, y dice a Bourrienne: «Europa es una ratonera, y jamás ha habido grandes imperios y grandes revoluciones sino en Oriente, donde viven seiscientos millones de hombres».

VIII

En una alta sala abovedada, ornamentada al estilo barroco en blanco y oro, sobre un gran canapé de seda verde, está sentado, entre dos mujeres de cierta edad, un joven teniente de dieciséis años, zalamero y mimado como un paje. Una de las mujeres, su madre, sonrío con coquetería a los elegantes oficiales que la rodean; su mirada parece evocar los amores de su juventud y sugerir que las criollas son muy entendidas en el arte de amar. Un arrogante general, conocedor de la materia, está en pie a sus espaldas. Es Massena, el hombre del ataque, demasiado fogoso y demasiado iletrado para prepararlo, pero precioso en el peligro, cuando su ardor indomable agrupa en tomo suyo a las tropas. En la paz, necesita sentirse rodeado de mujeres (tan ardoroso de temperamento, que siempre ha de tener un par, cuando menos, en su séquito) y necesita dinero, que roba donde puede.

Todas las cualidades que le faltan las posee el otro, el hombrecillo de cabeza desproporcionada que da conversación a las damas. Feo, con una torpeza que conmueve, parece loco de alegría por el saludo que le dirige una de las bellezas de la familia Visconti, a la que parece haber conquistado, ¡sabe Dios cómo! Es Berthier, el jefe del Estado Mayor, siempre activo, ocupado hoy en organizar, en combatir mañana, y notablemente versado en la teoría y el arte de la cartografía.

También está allí Murat, engalanado con un traje de terciopelo verde y un enorme sombrero de plumas, hijo del pueblo, como la mayoría de los que componen aquel Estado Mayor. Ríe estruendosamente escuchando una anécdota picaresca que le cuenta Augereau, y él, que no teme a los cañones ni a los príncipes, se siente visiblemente atemorizado cuando la generala Bonaparte lo llama desde el otro extremo de la sala para que le repita el cuento que tanto le ha divertido. José, que tiene mucho mundo, le hace señas a Murat para que no diga nada, pues Elisa, su hermana, menos bonita que las otras, que se aburre con su marido, está sentada cerca de la ventana y aguza el oído en acecho de las picardías, que contará luego a madame Leticia, quien ya

reprueba bastante el tono licencioso que reina en la tertulia de Josefina...

Unos gritos alegres suben del jardín... Es la voz clara de Paulina. Ávida siempre de placeres, aprovecha estos últimos días de libertad, antes del matrimonio con el general que su hermano le ha destinado. Le encanta jugar al escondite con Hipólito, y tanto más cuanto que parece esto contrariar a Josefina.

Bonaparte, el amo y señor, pasea lentamente por la galería. Durante dos horas ha obligado al poeta Arnault, de París, a pasear de arriba abajo con él, contestando a sus preguntas sobre el ejército y las batallas con un largo discurso sobre sus propias acciones. Ya sabe él a quién se dirige; el poeta se encargará de dar curso a sus contestaciones. Acaba de hablar de la crisis del Gobierno, y concluye a media voz, al llegar a la sala, pero de manera que el poeta no pierda una sola palabra: «Dudo, no obstante, que se pueda salir del paso sin ir a refugiarse bajo el poder de un hombre único; pero ¿dónde está ese hombre único?».

A su entrada se hace un silencio absoluto. Todos los oficiales se levantan y se vuelven hacia su jefe. Sólo el paje continúa sentado en el canapé, pues para algo cuenta Eugenio con su protectora, que es la dueña omnipotente de esta casa...

Estamos en Montebello, cerca de Milán, en el omnipotente castillo a que viene Bonaparte a pasar la primavera y el verano. En espera de la paz, el armisticio de Leoben ha dado fin a la guerra. Bonaparte podía estar en París rodeado de los homenajes con que soñara en su juventud; pero considera preferible, en ese momento, mantenerse lejos. Cuando las consecuencias políticas de sus victorias se asienten sobre bases sólidas, cuando queden organizados los Estados con arreglo a su criterio, su tarea habrá terminado en Italia y pensará en París. Hasta entonces residirá durante seis meses en Montebello, que más parece una pequeña corte que un cuartel general.

Sin embargo, Bonaparte no tiene nada de advenedizo ni quiere aparentar otra cosa de lo que es: un hijo de la Revolución que ha proclamado la Igualdad. No teme las miradas de los duques y príncipes de Italia, sus huéspedes, cuando alguno de sus bravos generales comete cualquier incorrección. Lejos de ocultar su origen, lo pone bien de relieve. A la manera de un oriental, invita a toda su familia a instalarse a su lado y a aceptar los homenajes de quienes buscan sus favores, es decir, de la mitad de Italia. Ya su renombre se extiende a lo lejos; junto a los que tratan de compartir su fortuna,

hay otra masa de gentes que vienen a exponerle y consultarle sus asuntos, a las que recibe y aconseja sin hacerse rogar.

Su madre, mujer altiva y de rígidas costumbres, ha transigido difícilmente con Josefina, cuya reputación dejaba bastante que desear. Y aunque Bonaparte perdona todo a su esposa y no sabe negarle nada, la obliga a tener a su madre a su lado y a manifestarle su respeto. Madame Leticia no quiere a aquella criolla amable con todo el mundo y que no da hijos a su marido. Esta esterilidad es un deshonor a los ojos de una mujer corsa que ha traído al mundo trece hijos. Ciertas miradas despectivas acusan a su hijo, pero para ella la culpa no es suya, sino de aquella mujer gastada por el placer.

Cuando, después de sus batallas y victorias, se encontró por primera vez con su madre, ésta le examinó de arriba abajo, cuenta Bonaparte, y hallando que había enflaquecido se afligió por ello.

«—¡Te estás matando! —me dijo.

»—Me parece, por el contrario, que estoy bien vivo.

»—Di que vivirás en la posteridad, pero lo que es ahora...

»—Y bien, ¿es eso morir?».

Y cuando se separa de ella le dice: «Vele usted por su salud, madre, pues si usted muere, nadie más tendrá la menor autoridad sobre mí».

Sus hermanas, tres de sus hermanos y su tío Fesch llevan una vida alegre en Montebello. La encantadora Paulina, con sus dieciséis años, guarda rencor a Josefina por haberle impedido, siguiendo órdenes de Bonaparte, hacer un matrimonio de amor y tener ahora que casarse con el general Leclerc. Después de la bendición en la capilla del castillo, Napoleón obliga también a su hermano mayor a consagrar su matrimonio con una ceremonia religiosa, tan grande es la importancia que concede a gozar de una buena fama en el Vaticano. Su madre, que permanece ajena a todas estas fiestas, regresa acto seguido a Córcega.

«Esa isla, esa provincia», como la llama ahora Bonaparte cual si se tratase de una isla cualquiera, ha sido recuperada sin lucha, durante la campaña de Italia, de manos de Inglaterra, que la ocupaba desde el llamamiento de Paoli. Una noche, en medio de la niebla, mandó Napoleón desembarcar una veintena de hombres pertrechados de dinero y de armas. «Para animar a los patriotas» hizo distribuir unas proclamas, y envió allí a Salicetti, el amigo y adversario de otros tiempos, logrando así, a cien leguas de distancia, lo que antes, en tres

distintas ocasiones, intentara sin resultado.

«¿Es posible que sólo hayan pasado cuatro años desde entonces?», piensa Leticia al ser recibida por las aclamaciones de aquel mismo pueblo que antaño desterrara a su familia. ¿Y es ésta la fortaleza tan codiciada por Napoleón? Por orden de Bonaparte, el marido de Elisa toma el mando de las tropas, de las que desde hace ya tiempo es intendente Luciano. Sin duda, Bonaparte piensa ahora en su isla como en una mansión familiar, romántica y Vetusta, en la que instalar a sus parientes viejos.

Últimamente ha leído, sonriendo, la carta autógrafa en que el pretendiente de los Borbones le ofrecía el título de duque y hasta de «virrey de Córcega» si quería combatir a su favor.

Por primera vez separa Bonaparte en Montebello su vida íntima de su vida oficial, cosa que todo príncipe aprende a hacer desde la infancia. Confía la guardia de su palacio, cosa bastante sorprendente, no a franceses, sino a trescientos legionarios polacos que sirven a sus órdenes. Y desde que ha corrido, en el campo de batalla, el peligro de caer prisionero, se ha constituido, entre los más fuertes y mejores de sus soldados, una guardia de corps compuesta de cuarenta hombres, llamados «guías» y mandados por un oficial de valor a toda prueba.

Una nube de ordenanzas y correos le rodea. De todas partes llegan delegados: el león de San Marcos y las llaves de San Pedro se codean con los enviados de Viena, de Livorno, de Génova. Mantiene mesa abierta y, según la costumbre del país, autoriza a los curiosos para asistir al banquete desde lo alto de la galería; así podrán atestiguar que Bonaparte bebe el Nostramo, el vino del país, exactamente lo mismo que ellos. Los que tienen que visitarle para asuntos del servicio se sorprenden —todos los informes lo confirman— de la seguridad de este general de veintisiete años, vestido más modestamente que ninguno y que, sin sentirse jamás embarazado, con dignidad y sencillez sabe mantener a distancia a todo el mundo. Más bajo generalmente que cuantos a él se acercan, no hace el menor esfuerzo por parecer más alto. Así, al hablarle, todos se inclinan ligeramente, y este pequeño movimiento les da en seguida una actitud de solicitante. De este modo saca provecho hasta de un defecto físico cuyas consecuencias psicológicas han sido incalculables. «Si este hombre —escribía por entonces un visitante— no tiene la suerte de morir en un campo de batalla, dentro de cuatro años languidecerá en el destierro u ocupará un trono». Tres años de diferencia, y la profecía habría sido absolutamente exacta.

Bonaparte, que realmente se siente el hombre de su época, cuida de su reputación y mantiene junto a él, con este objeto, a un hábil periodista, primer «jefe de la Prensa», encargado de influir en su favor sobre la opinión pública de París y de luchar contra la acción solapada del Directorio. Discípulo de Plutarco, sabe cómo pasan los hombres a la posteridad, y se rodea de poetas, historiadores, sabios y artistas italianos. El año anterior, poco después de su entrada en Milán, en mitad de su trabajo, había escrito a un gran astrónomo estas líneas sorprendentes: «Las ciencias que impulsan el espíritu humano, las artes que embellecen la vida y transmiten las grandes acciones a la posteridad, deben ser honradas por todo el mundo, especialmente en los gobiernos libres. Todos los hombres de genio y todos aquellos que han obtenido una posición en la República de las Letras son hermanos, cualquiera que sea el país que los haya visto nacer». Los sabios han vivido hasta entonces apartados, pero ahora reina la libertad del pensamiento: ¡no más intolerancia ni despotismo; que se reúnan en torno suyo y le expongan sus deseos! Y todo el que quiera ir a Francia puede tener la seguridad de que se le dispensará la mejor acogida, pues «el pueblo francés concede mayor valor a la adquisición de un sabio matemático, de un pintor reputado, de un hombre distinguido, cualesquiera que sean las ideas que profese, que a la más rica y abastecida de las ciudades. Sea, pues, ciudadano, el portavoz de estos sentimientos ante los sabios del Milanesado».

Encarga a un joven agregado que, como la mayoría de sus colegas, no tiene nada que hacer, el catálogo de todo lo que los Estados italianos conservan en sus colecciones, mientras llega el momento de obligarlos a enviar sus piezas más preciosas a París.

Hace copiar la música italiana para el Conservatorio de París, pues «ésta es —dice—, entre todas las artes liberales, la que mayor influencia tiene sobre las pasiones y la que un legislador debe estimular más. Una cantata bien hecha emociona, entenece y produce más efecto que una obra de moral, que convence a la razón pero nos deja fríos y no altera la más leve de nuestras costumbres». Nombrado miembro del Instituto, hace constar este título a la cabeza de todas las cartas que escribe como general en jefe, y declara: «El verdadero poder de la República Francesa debe consistir, de hoy en adelante, en no permitir que exista una sola idea nueva que no le pertenezca». El soldado, dice familiarmente, debe considerar a su jefe como más instruido y juicioso que él: este título le inspirará respeto.

Todo esto caracteriza no solamente al hombre de Estado, sino más aún: al

hombre nacido para reinar. Cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras, escrita o hablada, aparece matizada con vistas al efecto que desea producir en el pueblo. Pero, a puerta cerrada, cuando se queda a solas con sus íntimos, su corazón se abre libremente.

«Emanaba de su personalidad —escribe por entonces uno de los hombres más eminentes de su época— un no sé qué que imponía a cuantos se le aproximaban. Aunque fuese un poco torpe en sus movimientos, había tanta firmeza en su mirada y en su palabra, que todos le obedecían. En público, todavía procuraba aumentar el efecto que producía, pero en la intimidad era sencillo y familiar, aficionado a las bromas pero sin molestar nunca a nadie. Con frecuencia tomaba parte en nuestros juegos. Trabajaba con una gran facilidad. En esta época, encontrándose menos apremiado por sus ocupaciones, se dejaba abordar fácilmente en las horas de descanso; pero, una vez que se había retirado a su gabinete, nadie debía molestarle... Tenía necesidad de dormir mucho, como todos los temperamentos nerviosos cuyo espíritu se halla constantemente alerta; con frecuencia estaba en el lecho durante diez u once horas seguidas; pero, si tenían que despertarle, lo soportaba muy bien, y descansaba cuando podía, en previsión de la fatiga venidera. Estaba dotado de la preciosa cualidad de poder dormir donde y cuando quería. Le agradaba el ejercicio violento y montaba mucho a caballo; pero, aunque más aficionado al galope que al paso, hay que reconocer que montaba mal».

Hablaba con gusto, pero todas sus conversaciones versaban siempre sobre la política o asuntos de orden general. Si la conversación languidecía, proponía contar anécdotas, y él mismo las inventaba, no sin humorismo. En vano las mujeres más hermosas procuran cautivarlo; su amor por Josefina continúa incólume, aunque menos ardiente que hace un año, cuando ella le engañaba y desilusionaba. Por lo menos, la llama de su pasión no es ya tan viva; ahora encontramos en sus cartas ternuras, sonrisas, ruegos. «Estás triste —le escribe desde el campamento—, estás enferma, ya no me escribes y deseas irte a París. ¿Es que ya no quieres a tu amigo? Esta idea me hace desgraciado. Dulce amiga mía, la vida me es insoportable desde que me he enterado de tu tristeza... Tal vez haga la paz con el Papa y pronto estaré a tu lado». Tres días más tarde: «La paz con Roma acaba de ser firmada; Bolonia, Ferrara y la Romaña han sido cedidas a la República... Ni una línea de tu mano. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para eso? Sin duda, sabes demasiado el absoluto imperio que sobre mí ejerces. Escríbeme, piensa en mí y ámame. Tuyo por toda la vida».

En Montebello goza por primera vez de la presencia constante de Josefina, cuya gracia en sociedad le encanta. De cuando en cuando se escapa con ella al Lago Mayor, en donde le agrada oír a la Grassini, la estrella de la Scala, cantar con su voz cálida una *appassionata* de Monteverde. Bonaparte, entonces, recogido en sí mismo, toma la mano de su compañera...

En el coche, nos dice uno de sus ayudantes de campo, «mostraba una constante solicitud hacia su mujer, y se tomaba con frecuencia ciertas libertades conyugales que nos dejaban un tanto cortados a Berthier y a mí, aunque todo ello era tan sencillo y tan natural que no podía uno darse por ofendido».

IX

¿**Q**ué sucede, mientras tanto, en París? Desde ayer se encuentra allí un sagaz observador. En el Consejo, en donde hasta entonces sólo se sentaban abogados, vigila hoy un hombre de Estado.

De la antigua nobleza francesa, obispo desterrado por el Papa como revolucionario, Talleyrand había esperado los acontecimientos en América. Acaba de regresar y se ha apoderado ya de una parte del poder. Las Cámaras, cuya mayoría es reaccionaria después de las últimas elecciones, habían atacado violentamente al Directorio; según ellas, su general quería revolucionar toda Europa y eternizar la guerra; la expoliación de Venecia era una vergüenza... Todo esto quizás era cierto, pero cuando semejantes acusaciones llegaban al campamento, el hombre todopoderoso sonreía con desprecio y enviaba a las Cámaras, por toda contestación, un verdadero cartel de desafío: «Os declaro, y hablo en nombre de ochenta mil hombres, que aquel tiempo en que los abogados cobardes y los miserables charlatanes hacían ejecutar a los soldados valientes ya ha pasado».

Anticipadamente, había enviado a Augereau para que defendiera al Directorio, como él mismo lo hiciera un par de años antes. El poder de los realistas y de los sacerdotes crecía y amenazaba cada vez más la Constitución republicana. Hubiera bastado con que uno de los Borbones entrase en Francia y se pusiera a la cabeza de los descontentos, para apoderarse del trono en un santiamén. Los miembros del Directorio ejecutan entonces un pequeño golpe de Estado: serán cinco en lugar de tres. Con esto sólo ya se sienten más afianzados en el poder y más seguros del porvenir.

Por primera vez, la política extranjera va a ser confiada a un hombre hábil e informado. Éste no tarda en reconocer al único competidor temible; adivina en él al hombre del porvenir y, deliberadamente, para ganar su confianza, se queda, por el momento, en segundo término.

Talleyrand es, en todo, lo opuesto a Bonaparte. Incapaz de reinar pero

hábil para negociar, sin pasiones como no sea la del dinero, frío, astuto, sin franqueza ni espontaneidad, mudable según las circunstancias, parece olfatear constantemente con su corva nariz el rumbo del viento. Durante cuarenta años su suerte permanece ligada a todos los regímenes en el poder: República, Imperio, Realeza; conservará el apoyo de todos sin abandonarse jamás a ninguno. A causa de su cojera, tuvo Talleyrand que vestir, en vez del uniforme militar, la sotana, bajo la cual Richelieu había gobernado a Francia en otro tiempo; Sólo él tiene fuerzas suficientes para medirse con Bonaparte; éste jamás podrá deshacerse de él, por grande que llegue a ser su odio. Y cuando, al fin, caiga Talleyrand —próxima ya también la caída de su amo— será para ir, renqueando y sonriente, a ponerse a las órdenes del adversario. A los ojos de los hombres, fue Talleyrand quien precipitó la caída de Bonaparte; a los ojos del Destino, no cayó sino por su propia culpa.

Por el momento, su vasta inteligencia y su carencia total de convicciones hacen una profunda impresión en Bonaparte. En estos días de septiembre, Napoleón acaba de trasladarse a Udine para firmar la paz preparada durante la primavera. Y en este retoño de la antigua nobleza, en este conecedor de hombres, en este frío nihilista, encuentra de repente el instrumento que necesita. Hasta entonces sólo había precisado de soldados; pero, ahora que se ha convertido en hombre de Estado, precisa de otros colaboradores. Al mismo tiempo que negocia con los austríacos, expone al nuevo ministro de Relaciones Exteriores su programa político en una larga carta (carta de esponsales podría decirse), que parece asociarlo a toda su actividad futura: «A pesar de nuestro orgullo, somos muy ignorantes en la ciencia política moral. Todavía no hemos definido lo que se entiende por poder ejecutivo, legislativo y judicial..., pero en un Gobierno en el que todas las autoridades emanan de la nación, en que el soberano es el pueblo, ¿por qué clasificar entre las atribuciones del poder legislativo las cosas que le son ajenas? La organización del pueblo francés se halla, pues, apenas esbozada».

«¡Qué sinceridad, qué franqueza!», se dice sin duda el destinatario, con una sonrisita de suspicacia, mientras continúa leyendo: «¡Qué desventura tan grande para una nación de treinta millones de habitantes, y en el siglo XIX, el verse obligada a recurrir a las bayonetas para salvar a la patria! Los remedios violentos acusan al legislador, pues una Constitución para los hombres debe ser calculada por hombres».

«¿Tan elevadas son sus aspiraciones? —se pregunta Talleyrand—. ¿Tan cansado está ya Bonaparte de la gloria de las batallas, que quiere imponernos,

como dictador, una nueva Constitución?». Y prosigue leyendo: «¿Por qué no habríamos de apoderarnos de la isla de Malta...? ¿Con esa intención mandé confiscar sus bienes a los Caballeros de Malta...? Con Malta y Corfú en nuestras manos, seríamos dueños de todo el Mediterráneo. Si aconteciese que, al hacer la paz con Inglaterra, nos viésemos obligados a ceder el Cabo de Buena Esperanza, tendríamos que apoderarnos de Egipto... Se podría partir de aquí con veinticinco mil hombres escoltados por ocho o diez navíos de línea o fragatas venecianas... Egipto no pertenece al Sudán. Desearía que tomase usted en París algunos informes para darme a conocer la reacción probable que ocasionaría en Turquía nuestra expedición a Egipto. El derrumbamiento del enorme Imperio turco, cada día más inminente, debe hacernos ir pensando en nuestro comercio de Oriente».

El diplomático de nariz aguda frunce cada vez más el entrecejo. Presiente que este hombre es seguramente un genio, tal vez el mismo diablo en persona... Pocas semanas después llega otra carta.

«Si se toma como base de todas las operaciones la verdadera política, que no es otra cosa que el cálculo de las combinaciones y probabilidades, seremos durante mucho tiempo una gran nación y el árbitro de Europa. Digo más: tenemos la balanza de Europa en nuestras manos; la haremos inclinarse hacia donde queramos, y aun, si tal es la orden del Destino, no veo la imposibilidad de que se llegue, en pocos años, a esos grandes resultados que la imaginación calenturienta y entusiasta entrevé y que sólo el hombre exteriormente frío, constante y reflexivo alcanza».

X

¡**Q**ué lentamente hacen las cosas esos diplomáticos alemanes! Desde hace varias semanas se discute hasta bien entrada la noche, y los príncipes no pueden resolverse a firmar lo que un hombre sensato habría hecho en dos horas. Tienen constantemente los ojos vueltos hacia Viena, hacia el Emperador, cuyo trono simbólico preside todas sus deliberaciones. «Mandad que retiren ese sitio antes de que comencemos —ordena el General—; jamás he podido ver un asiento más alto que los demás sin sentir el deseo de sentarme en él».

Los preludios que ha hecho oír a su nuevo ministro son como los monólogos de un hombre que se irrita de tener que emplear varias semanas en preparar la paz, aunque ésta sea esperada por Europa desde hace años. Termina por perder la paciencia y estalla en duras palabras. «He sido demasiado conciliador —gruñe ante los austríacos—; hubiera debido infligiros golpes más sensibles. ¡Me hurtáis un tiempo para mí precioso! ¡Soy el igual de los reyes! Y vienen a hablarme de un Congreso... Dentro de dos años, con los medios de que disponemos, podemos conquistar Europa entera. No digo que ésta sea nuestra intención. Queremos dar rápidamente la paz a los pueblos... Decís que vuestras instrucciones son tales y cuales, pero si en ellas se dijese que ahora es de noche, ¿lo sostendríais también?».

Luego, para atemorizarlos, finge una crisis de cólera, estrella un jarrón contra el suelo y acaba obligándolos a firmar una paz por la que cada uno obtiene lo que seis meses antes les había prometido Napoleón en Leoben.

Al conocer esta noticia, Europa exhala un suspiro de alivio. Pero ¿qué le pasa a Bonaparte? Al día siguiente de la paz de Campo-Formio, que ponía fin a una guerra de seis años entre Francia y Alemania, el General escribe a los miembros del Directorio, como si se tratase de la cosa más natural del mundo: «Es indispensable para nuestro Gobierno destruir cuanto antes la monarquía inglesa. De lo contrario, debemos esperar ser aplastados por la corrupción y

las intrigas de ese pueblo insular. El momento es favorable. Concentremos todos nuestros esfuerzos en la construcción de nuestra flota, y Europa quedará a nuestros pies». Luego dirige una proclama a la Armada: «Camaradas, cuando hayamos pacificado el Continente nos uniremos a vosotros para conquistar la libertad de los mares... Sin vosotros, sólo podríamos llevar la gloria del nombre francés a un pequeño rincón del Continente; con vosotros, atravesaremos los mares, y la gloria nacional alcanzará las más lejanas reglones».

Sumido en estos formidables proyectos, siguiendo su carrera desenfadada en el torbellino de la gloria, Bonaparte regresa a Milán para dar las últimas órdenes concernientes a Italia. Ahora que tiene en sus manos el tratado de paz, quiere marchar a París. Con el tono de un príncipe que habla a su pueblo, se dirigen estos momentos a la joven República Cisalpina: «Sois el primer ejemplo en la historia de un pueblo que conquista su libertad sin facciones, sin revoluciones y sin desgarramientos. Nosotros os hemos dado la libertad; sabed conservarla vosotros... Tenéis necesidad de penetraros del sentimiento de vuestra fuerza y de la dignidad que al hombre libre conviene... Si el pueblo romano hubiese hecho de su fuerza el mismo uso que el pueblo francés, estarían las águilas sobre el Capitolio y dieciocho siglos de esclavitud y tiranía no habrían deshonrado a la especie humana. Yo he llevado a cabo, para consolidar la libertad y atendiendo sólo a vuestra ventura, un trabajo que únicamente la ambición y el amor al poder habían emprendido hasta ahora... Dentro de pocos días me separaré de vosotros... Pero siempre me interesaré vivamente por la felicidad y la gloria de vuestra República».

¿Es un soldado el que así habla o un poeta al que el entusiasmo dicta las palabras que van a arrebatarse a todo un pueblo? Trémulo de impaciencia a la sola idea de su regreso a Francia, pasea Bonaparte por el parque de Montebello al lado de un diplomático, hombre hábil y discreto, que le escucha sin pronunciar palabra. De repente, en uno de esos accesos de franqueza que el genio se permite algunas veces, da libre curso a su pensamiento:

«¿Cree usted que el triunfo de Italia es para engrandecer a los abogados del Directorio? ¿O se figura que mi objetivo es la fundación de una República? ¡Qué idea! ¡Una República de treinta millones de hombres! ¿Con nuestras costumbres y vicios? ¿Cómo iba a ser posible? Pura quimera, con la que se han encaprichado los franceses, pero que pasará como tantas otras. Necesitan, es cierto, la gloria y las satisfacciones de la vanidad, pero ¿qué saben de la libertad? Vea usted el ejército: el éxito que acabamos de lograr y

nuestros triunfos han devuelto al soldado francés su verdadero carácter. Yo lo soy todo para él. Que se le ocurra al Directorio retirarme el mando y verá quién es el amo.

»La nación necesita un jefe, un jefe ilustre por la gloria y no por sus teorías de gobierno, frases ni discursos de ideólogos, de los que nada entienden los franceses... En cuanto al país de usted, hay en él todavía menos elementos republicanos que en Francia, y son menos necesarias aún las consideraciones y miramientos... Por lo demás, mi intención no es, ni mucho menos, la de concluir tan rápidamente con Austria. La paz no me interesa. Usted ve lo que soy y lo que puedo actualmente en Italia. Si se hace la paz y dejo de estar a la cabeza de este ejército que me sigue, me será preciso renunciar al poder y a la alta posición en que me he colocado, para ir a hacer la corte en el Luxemburgo a los abogados. Yo sólo quisiera salir de Italia para ir a desempeñar en Francia un papel semejante al que aquí desempeño, y el momento no ha llegado aún, el fruto no está todavía maduro... Se ha levantado un partido en favor de los Borbones; pero yo no quiero contribuir a su triunfo, pues, si deseo debilitar un día el partido republicano, quiero que sea en provecho mío y no en el de la antigua dinastía».

Éstos son los verdaderos proyectos de Bonaparte, y tiene razón cuando dice: «Todo sucedió como yo había previsto, y soy, sin duda, el único que no quedó sorprendido. Otro tanto sucederá en el futuro: llegaré hasta donde quiera».

En este momento deja escapar una porción de confidencias, que más tarde habría desmentido si alguien se hubiese atrevido a recordárselas. Lo que ha obtenido no le basta, pues cuando, dos años después, parte de Italia con Bourrienne, dice a éste: «Unos cuantos grandes acontecimientos como esta campaña y podré pasar a la posteridad». Y como su amigo responde que este lugar en la Historia le está ya ampliamente asegurado, Bonaparte replica, echándose a reír: «¡Ah! ¿Sí? ¿Te parece que he hecho bastante? ¡No seas tonto! Si yo muriese ahora, no tendría, dentro de diez siglos, ni media página en una historia universal».

XI

El patio principal del Luxemburgo ha sido transformado en anfiteatro, en el que las armas y banderas tomadas al enemigo, alternando con las declaraciones revolucionarias, decoran los mismos muros que vieron antaño a los pares de Francia agitarse solícitos en tomo de su rey. Todo París en fiesta se ha reunido, en aquel día de diciembre, para ver al famoso hombrecito de tez biliosa. Las bellas intrigantes se hallan en primera fila, ávidas de descubrir a quien, desde hace una semana, se empeña en esquivar las aclamaciones del pueblo.

De pronto dan la señal de empezar y los cinco miembros del Directorio toman asiento en la tribuna. Los coros entonan el himno a la Libertad, cuyo estribillo repite la muchedumbre. Inmediatamente se hace el silencio. Óyese un tintinear de espuelas y de sables. En todas las ventanas inclínanse las cabezas, atisbando. ¡Aquí viene!

Vistiendo el uniforme de campaña, serio y reservado, en la mano un rollo de papeles, avanza Bonaparte con paso firme, seguido de sus tres ayudantes y de un hombre que calza medias de seda y viste un traje recamado de oro. En este instante truena el cañón saludando al ex teniente de artillería. Estallan los aplausos, atronando el patio y el palacio y prolongándose hasta las calles, en las que millares de espectadores acechan su paso. Luego, una pausa, y Talleyrand toma la palabra. Su discurso, brillante y hábil, está lleno de reticencias que muy contados de los aludidos comprenden. En él se elogia la sencillez primitiva del hombre que ha salvado al país y su desprecio por la gloria, para terminar con estas palabras: «Francia entera será libre; pero tal vez no lo sea nunca, tal es su destino». Todo el mundo aplaude, pero ¿hay entre aquella muchedumbre, entre los mismos iniciados, uno solo que comprenda la profunda verdad de esta última frase y vea su punta acerada?

Bonaparte se adelanta. ¿Qué va a decir?

«Ciudadanos El pueblo francés, para ser libre, tenía que combatir a los

reyes...; la religión, el feudalismo y la realeza han gobernado sucesivamente a Europa desde hace veinte siglos; pero de la paz que acabáis de firmar data la era de los gobiernos representativos. Habéis llegado a organizar la gran nación cuyo territorio sólo se halla circunscrito por los límites que la misma Naturaleza le ha fijado. Pero todavía habéis hecho más. Los dos países más bellos de Europa, tan célebres antaño por las artes, las ciencias y los grandes hombres de que fueron cuna, animados por la más grande esperanza, ven surgir al genio de la libertad de la tumba de sus antepasados. Son dos pedestales sobre los que va el Destino a levantar dos naciones poderosas. Aquí tengo el honor de presentaros el Tratado de Campo-Formio, ratificado por S. M. el Emperador. Cuando la felicidad del pueblo francés esté basada sobre mejores leyes orgánicas, Europa entera será libre».

La voz del soldado calla, y el entusiasmo estalla, formidable. La arenga, sin embargo, no tiene nada de los brillantes discursos parlamentarios que se fijan en los muros de París, Todos quedan sorprendidos, temerosos algunos. La alarma y el respeto son los sentimientos predominantes. Los aplausos no van a las palabras, sino al hombre. Bonaparte había arengado a sus tropas y al pueblo de Córcega, pero jamás había hablado ante los parisienses ni ante los políticos.

Su discurso es el de un hombre de Estado. Probablemente, en el primer momento, sólo Talleyrand lo comprendió. Todo lo que dice de la era que empezaba entonces parece falso a primera vista. Inglaterra y América eran democracias desde hacía mucho tiempo, en tanto que Francia luchaba desde hacía diez años por hacerse reconocer como tal. Este reconocimiento se halla en el pergamino que el General tiene en sus manos y que asegura la paz de Europa. No obstante, la meta no está alcanzada todavía. Incisiva, amenazadora, la última frase de su discurso se dirige a los hombres del Directorio; éstos lo han comprendido claramente, pero Barrás se recobra en seguida, pronuncia unas palabras desbordantes de elogios y, por primera y última vez, abraza al joven general, a cuya mujer abrazara antaño mucho más calurosamente.

Josefina está ausente y nadie sabe a punto fijo dónde ha pasado estas últimas semanas. Un mes después llega, alegre, encantadora, pero un poco cansada. Y no tarda en reanudar sus antiguas costumbres y sus antiguas relaciones.

Mientras tanto, otra mujer se ha aproximado a Bonaparte. Es agraciada y poderosa (sin ella, Talleyrand no habría llegado a ser ministro), pero

demasiado cerebral para agradarle. Es la hija de Necker, la baronesa de Staël, que le agobia a fuerza de cartas y pone en juego todos sus recursos para atraerse al General, que no se dejará apresar. Cuando ella logra que se lo presenten, él la esquivo cortésmente. De todos modos, esta mujer le ha juzgado con mayor penetración que la mayoría de los hombres de su época. He aquí el interesante retrato que de él nos traza:

«Yo había visto hombres muy dignos de respeto, y había visto también hombres feroces; en la impresión que Bonaparte produjo sobre mí no había nada que pudiese recordarme ni a los unos ni a los otros... Su carácter no podía definirse con las palabras de que acostumbramos servirnos; no era ni bueno, ni violento, ni dulce, ni cruel a la manera de los demás hombres que conocemos. No teniendo semejante, un ser tal no podía sentir ni inspirar simpatía alguna; era, en suma, más o menos que un hombre. Su modo de ser, su espíritu, su lenguaje, llevaban el sello de una naturaleza extranjera, una ventaja más para subyugar a los franceses, como ya he dicho en otra parte.

»Lejos de tranquilizarme con el trato de Bonaparte, cada día me intimidaba más. Comprendía confusamente que ninguna emoción del corazón podía obrar sobre él. Para él, una criatura humana es un hecho, o una cosa, pero nunca un semejante. No odia ni ama, y solamente su “yo” existe para él; el resto de las criaturas no son sino cifras. La fuerza de su voluntad consiste en el imperturbable cálculo de su egoísmo; es un hábil jugador de ajedrez, cuyo adversario es el género humano, al que se propone dar jaque y mate. Sus triunfos dependen tanto de las cualidades de que carece como de los talentos que posee. Ni la piedad, ni la gracia, ni la religión, ni la adhesión a una idea cualquiera podrían apartarle de su dirección principal. Es para su interés lo que para el justo debe ser la virtud: si el fin fuese bueno, su perseverancia sería magnífica.

»Cada vez que le oía hablar quedaba sorprendida de su superioridad; no obstante, esta superioridad no tenía nada que ver con la de los hombres instruidos y cultivados por el estudio o la sociedad, que Inglaterra y Francia pueden ofrecer como ejemplos... Algunas veces relata los hechos políticos y militares de su vida de una manera interesante, y en los relatos que le permitían cierto humorismo, hasta tenía algo de la imaginación italiana... Yo adivinaba en su espíritu una ironía profunda, a la que nada grande ni bello, ni siquiera su propia gloria, podía escapar, pues despreciaba a la nación cuyos sufragios deseaba, y ni un asomo de entusiasmo venía a mezclarse a su necesidad de asombrar a la especie humana».

Si se tacha de estas líneas lo que el amor propio herido de esta mujer universalmente adulada tenía forzosamente que dejar traslucir, el resto es todavía lo bastante para damos que pensar. En cada una de sus frases, Mme. Staël trata de vencerlo y se confiesa vencida. Aunque mal preparada por Rousseau para comprender a un tirano, y aunque no haya podido prever la grandeza de su objetivo, que no aparecerá claramente hasta el final de su vida, le queda, no obstante, la gloria de haber sido la primera en reconocer su genio.

Por aquella misma época, escribe un alemán: «Imaginaos a un hombrecillo como Federico de Prusia, bien proporcionado, delgado pero fornido, de cabeza excesivamente grande, de frente noble, ojos de un gris oscuro, abundantes cabellos castaños, nariz griega ligeramente caída hacia la boca, que expresa la bondad y la gracia, barbilla breve, ligeramente prominente... Sus movimientos son vivos, pero, no obstante, jamás carecen de dignidad. Cuando desciende una escalera de cinco o seis saltos, apenas llegado abajo recobra toda su prestancia. Cuando se fija en un punto preciso, sus ojos se hallan casi siempre clavados en lo alto, y confieso que siempre he encontrado un especial placer en la contemplación de estos ojos tan hermosos, tan profundos, tan severos y benévulos a la vez, como los de Federico el Grande».

XII

A su regreso a París, Bonaparte había tenido que detenerse varios días en Rastatt para convenir con los delegados del Emperador la ejecución del tratado de paz y la evacuación de Maguncia. Se le esperaba con curiosidad y escepticismo. Hizo su entrada a la manera de un rey, reprendió y halagó alternativamente a los embajadores, según las intenciones que abrigaba a su respecto, y regaló a los duques austríacos relojes y hebillas adornadas con brillantes. «Los dos pobres embajadores, que tenían tan poco dinero, estaban asombrados de que yo tuviera tanto».

Despectivo y generoso a la vez para con sus semejantes, conservará siempre estos rasgos de oriental. Este hombre que exige a la hora del peligro el más grande heroísmo, recompensa los servicios prestados con la nobleza de un paladín a la terminación de un torneo. Cuando se pone en sus manos una bandera de Arcola en recuerdo de todas las que él ha ganado, la envía al general Lannes con estas líneas: «Hubo un momento en los campos de Arcola en que la incierta victoria necesitó de la audacia de los jefes. Lleno de sangre y cubierto de heridas, abandonó usted la ambulancia, resuelto a morir o vencer. Yo le vi constantemente en la primera fila de los bravos. Fue usted quien, igualmente el primero, a la cabeza de la columna infernal, atravesó el Adda. A usted toca ser el depositario de esta honrosa bandera que cubre de gloria a los granaderos».

Bonaparte conoce de antemano el efecto de cada palabra sobre los parisienses; vive frente al público y afrontará igualmente el odio y la venganza, la abdicación y la condena. Su oficio así lo requiere.

Por el momento, quiere hacer decir a todo París, a sus adversarios, a la Prensa: ¡qué modesto es este gran hombre! Dos fiestas serán dadas en su honor: la una le será ofrecida por Talleyrand, a quien había ido a ver al día siguiente de su llegada. Ninguno de los dos ha mostrado aún sus proyectos al otro, pero Bonaparte ha marcado en seguida su posición personal frente a

aquel hombre de la antigua nobleza. «Usted es sobrino del arzobispo de Reims, que está al lado de los Borbones...; también yo tengo un tío que es arcediano en Córcega y que fue quien me educó. Usted sabe que, en Córcega, ser arcediano es como ser obispo en Francia». De esta manera previene los prejuicios que podría alimentar el gentilhomme con respecto al advenedizo y corta de una vez sus pretensiones de aristócrata. Desde el primer encuentro ha reconocido en él al adversario.

Ahora vive Bonaparte con su mujer, sus hermanos y algunos amigos en la casita que Josefina arrendó en otro tiempo y que él ha comprado después. Con frecuencia viste de paisano, va y viene sin acompañamiento, evita mezclarse con los políticos y espera los acontecimientos. Cuando se le aclama en el teatro, se retira al fondo de su palco. ¿Es éste el hombre que mantenía en Milán una corte principesca? «Apenas me habrán visto tres veces cuando ya dejarán de mirarme. Si fuese al cadalso, el pueblo me precedería con la misma actitud».

La sociedad de los sabios es la que busca preferentemente. Se le ve en la mayoría de las sesiones del Instituto, se encarga de llevar a cabo ciertos informes, discute de matemáticas con Laplace y le muestra nuevos métodos italianos para la medición del círculo. Habla de poesía con Chénier y aun de metafísica, si se tercia.

Sin embargo, no deja de vigilar al Directorio, cuya autoridad disminuye cada día. Los evita y encarga a sus hermanos que los vigilen y le informen sobre la fuerza que ganan o pierden los partidos. Se pasea por el jardín con las manos a la espalda y reflexiona: «En París no se conserva el recuerdo de nada. Si permanezco mucho tiempo sin hacer nada, estoy perdido».

«Es aún demasiado pronto —se dice—: dejémoslos que se empeñen en asuntos difíciles hasta que no tengan salida. ¿Convertirme en su colega en el momento en que el edificio se tambalea? Afortunadamente, no tengo los cuarenta años que exige la ley... Es menester ocupar la imaginación del pueblo. ¿Cómo? El continente goza por fin de la paz, no hay ningún rival que temer. Hoche, el más peligroso, ha muerto. También él poseyó los encantos de Josefina; sí..., era muy guapo... ¡Qué fácilmente soportó ella el golpe! La verdad es que es fundamentalmente infiel... Carnot está al margen; Moreau, vencido; Augereau, comandante en jefe de los ejércitos del Rin, tiene celos de mí y me odia: será menester disminuir su importancia... Las antiguas tradiciones corsas están en decadencia y, sin embargo, aquella mujer que vino a ponerme en guardia contra un envenenamiento fue encontrada al día

siguiente asesinada, bañada en su propia sangre. Se urden complots. Es demasiado pronto... Es preciso desaparecer otra vez.

»¿Atacar a Inglaterra? ¡Si al menos esos imbéciles hubiesen conservado la flota! ¡Qué de informes redactados desde el asunto de Tolón...! Hemos perdido media docena de combates en cinco años de guerra naval. ¿Es posible hacer un desembarco? Quien venciese a Inglaterra sería el amo del mundo. Es preciso explorar el litoral, estudiarlo y, si no hay nada que hacer allí, volver al Mediterráneo. En Oriente, siquiera se tiene libertad de movimientos; desde allí se podría despertar la curiosidad de los franceses, encontrar en Egipto la ruta de Alejandro y vencer a Inglaterra...».

Después de largos trabajos preliminares, el General llega a las costas de la Mancha; calcula, inspecciona, interroga a todo el mundo, hasta a los pescadores y contrabandistas. Su inesperado regreso a París aterra a Josefina, pero él no se da cuenta de nada, ignora que su mano disimula rápidamente un billete dirigido al secretario de su antiguo amante. ¿Qué diría Bonaparte, que está acostumbrado a los mensajes secretos llevados por espías, si aquella noche leyese: «Bonaparte ha llegado esta noche. Le ruego exprese a Barrás mi sentimiento de no poder ir a cenar en su casa. Dígame que no me olvide. Usted conoce mejor que nadie mi situación. Adiós, sincera amistad. La Pagerie-Bonaparte»?

Tal es la situación a que se ha llegado en su matrimonio, sin que él lo sospeche. Barrás, el jefe impotente del Directorio, no tiene sino odio y desconfianza para el todopoderoso General. Josefina, indiferente, se entrega a uno y otro, mariposea del tocador de las mujeres a la alcoba de los hombres, y aunque también ama a Bonaparte, no deja de posponer su nombre al suyo de soltera, cuando firma, como si aún estuviese en libertad de elegir.

Al día siguiente de su regreso, Bonaparte escribe a Barrás y demás miembros del Directorio un largo informe, que comienza así: «Por esfuerzos que hagamos, no adquiriremos hasta dentro de muchos años el dominio de los mares. Verificar un desembarco en Inglaterra es la operación más audaz y más difícil que pueda llevarse a cabo. Si es posible, solamente lo es tomándolos por sorpresa... Para esta operación se requiere que las noches sean largas; por tanto el invierno... Así, la expedición a Inglaterra no parece posible hasta el año próximo, y, para entonces, es probable que las dificultades que sobrevendrán en el Continente se opongan a ella. El verdadero momento de prepararse para esta expedición ha pasado ya, y tal vez para siempre».

Después de tan excelentes razones para renunciar a esta expedición, expone otro proyecto que comprende ocho campañas navales, escalonadas desde España hasta Holanda, con sus condiciones y sus consecuencias políticas; en el caso de que los barcos y el dinero faltasen, más valdría emprender primero una campaña contra el comercio inglés en Egipto, de donde podría regresarse a Francia en el otoño y atacar entonces directamente a Inglaterra.

Al solo nombre de Egipto, los hombres del Directorio se ponen de acuerdo para ofrecerle el mando de la expedición y toda la ayuda que le sea precisa. ¡El caso es que se vaya lo más lejos posible este hombre peligroso! Lo mejor que podría ocurrir sería que encontrase allí la muerte. El plan no es nuevo; desde hace años se discute. Después de recibir una carta de Bonaparte, Talleyrand había propagado ya esta idea y escrito al exponerla: «Esta expedición no exigiría un jefe de gran talento». ¿Era esto deseo de guardar a Bonaparte en Francia o mera malevolencia? En todo caso, cuando Bonaparte, mucho más tarde, leyó estas líneas, escribió al margen esta sola palabra: «Idiota». Él mismo extiende su nombramiento de jefe del Ejército de Oriente. Tendrá plenos poderes y la misión de apoderarse de Malta y de Egipto, de arrojar a Inglaterra del mar Rojo y abrir el istmo de Suez para asegurar este mar a Francia. Febrilmente, se entrega a la organización de su nueva empresa. Desde hace largo tiempo, el problema le es familiar; el Mediterráneo es su patria. De niño veía la cabeza de moro en el escudo de Córcega, adonde arribaban entonces numerosos veleros procedentes de las costas africanas; y ¿no había él arrebatado sus flotas a Génova y Venecia y no se hallaba ya en relaciones con los turcos y los griegos, los albaneses y los bosnios? Por encima de todo, obsesionalmente el recuerdo de Alejandro, que había querido hacer de Egipto el centro de su imperio mundial.

Durante estas semanas de espera, las cualidades esenciales de Bonaparte alcanzan su más perfecta armonía. Su cerebro analiza, pesa, transforma y logra dar cuerpo a los proyectos de su ardiente imaginación. Preparando la expedición de Egipto, procura poner de acuerdo al calculador y al soñador, sin darse cuenta de que una parte de los supuestos es incalculable. Su imaginación le hace olvidar que no vive ya en la Antigüedad, que los califas y los conquistadores no disponen ya de millones de esclavos y que el progreso ha penetrado hasta los caseríos africanos. A partir de ese momento, Bonaparte se enmaraña en una contradicción inextricable, de la que hará vanos esfuerzos para salir. Nacido dos mil años demasiado tarde, prepara ya, con sus manos de semidiós, la catástrofe que debía aniquilarle; su propio genio marca los

límites de su destino.

XIII

«**S**i se puede pasar sin mí —escribe a su hermano—, permaneceré en Oriente; si todavía tienen guerra en Europa y si la opinión me llama, regresaré... Un campo de gloria suficientemente vasto se abre ante mí en Egipto». Y a Bourrienne, que le pregunta cuánto tiempo piensa permanecer ausente, le responde: «Pocos meses, o seis años».

En el último instante, el Destino parece querer hacerle una advertencia. En Rastatt, los austríacos se niegan a ceder la orilla izquierda del Rin; en Viena, Bernadotte, embajador, casi provoca una nueva guerra. ¿Tendrá que quedarse? Pero el Directorio le insta a partir, ya que todos los preparativos están terminados.

En un hermoso día de mayo, justamente dos años después de la entrada de Bonaparte en Milán, cuatrocientos veleros abandonan la rada de Tolón. Josefina, desde el muelle, le dice adiós, más preocupada sin duda por Eugenio que por su marido. A la señal del jefe, la inmensa masa se pone en movimiento y sólo entonces se enteran los capitanes del objeto del viaje. Todos se reúnen en el puente y ven desaparecer las costas de Europa. Bonaparte está en pie sobre el puente del *Oriente*, junto al palo mayor y los cañones de ocho pulgadas. Él es el único que no mira hacia atrás; sus ojos se clavan en el Sudeste.

A la misma hora, Nelson y otros tres almirantes británicos, desde el puente de sus navíos, recorren el horizonte con sus catalejos para descubrir al aborrecido enemigo que, según se cree, debe aparejar uno de aquellos días en dirección a Sicilia. ¿Dónde encontrarlo? Una violenta tempestad acaba de dispersar la escuadra de Nelson, y le son menester muchos días para reunirlos de nuevo. La tempestad, que retuvo un día a Bonaparte en Tolón, ha salvado a los franceses, que llegan antes a Malta y en un santiamén arrebatan a Inglaterra esta importante isla. Cuando el gato llega, el ratón ha partido de nuevo. Nelson se dirige a toda vela hacia Egipto y no encuentra a nadie, pues

se ha adelantado al enemigo. Va a Siria: ¡nada! A Sicilia: ¡nadie! «Este endiablado tiene la suerte misma del demonio», jura Nelson maldiciendo a su enemigo.

Bonaparte pasa las cuatro semanas de la travesía en su lecho, a fin de evitar el mareo. ¿Es ésta una nueva y misteriosa advertencia? El General, mareado siempre que se embarca, ¿podrá vencer nunca a la gran potencia marítima? Por esta vez sale del paso y, como no soporta el ocio, se entrega a la lectura. Aquellos barcos que bogan hacia Egipto transportan más de dos mil cañones, toda una universidad, cajas con instrumentos, libros. Bonaparte quiere fundar en el Sur una colonia francesa y basar en ella su gloria africana. Lleva consigo astrónomos, geómetras, mineralogistas, químicos, anticuarios, constructores de puentes y calzadas, orientalistas, economistas, pintores y poetas; en total, ciento setenta y cinco sabios; «los asnos», como los llaman los marineros. Pero Bonaparte toma su defensa y castiga severamente con la mirada al oficial que se atreve a criticar a los «holgazanes». Él mismo los ha escogido; también esta vez se ha ocupado de todo, hasta de los caracteres árabes que las imprentas del Estado no querían darle, y más especialmente de la biblioteca que el barco almirante transporta a Egipto. Las novelas son lectura adecuada para los oficiales. *Werther* y *Osián* le acompañan aún, pero ya no los abre durante este viaje.

Bourrienne le lee relatos de viajes por Egipto, que ha traído Bonaparte de Roma y otros lugares. Gusta de Plutarco, de Homero, de la historia de las campañas de Alejandro, por Arriano. El Corán, colocado junto a la Biblia y a Montesquieu, aparece clasificado en la serie de obras políticas.

Después de la cena se divierte reuniendo el «Instituto», con el que bromea alegremente, aunque tomando muy en serio sus debates. Propone un tema y designa dos contradictores; las matemáticas y la religión son los temas favoritos de este espíritu racionalista e imaginativo a la vez.

Allí está el célebre Monge, al que Bonaparte estima desde hace tiempo; Monge, el de la nariz encorvada, la frente abombada y la barbilla cuadrada. Está Desaix, al que ha hecho venir del Rin, con sus gruesos labios, que le asemejan un tanto a un negro; y no se sabe cuál de los dos tiene los ojos más inteligentes. Está Kléber, todo audacia, valor y decisión; Laplace, con su grave mirada, bajo las cejas espesas; Berthollet, con su cabeza de carnero. Kléber reniega de la geometría, pero, cuando el sabio quiere defender la ciencia, Bonaparte le hace señas de que no se tome ese trabajo y le muestra, sonriendo, a Berthier, que se ha dormido sobre las penas de *Werther*.

No tarda en aumentar el calor. Rodeado de sus íntimos, Bonaparte pasa la noche tendido sobre el puente para respirar la brisa refrescante. Se habla de los habitantes de los planetas, de la Creación. Estos hombres de la Revolución, discípulos de Voltaire, generales y profesores, están de acuerdo en reconocer que todo ha sido creado de una manera muy razonable y que es preciso, no Dios, sino un buen naturalista, para explicar el mundo. Silencioso, Bonaparte escucha. De pronto, mostrando las estrellas, dice: «Podéis decir cuánto queráis, señores, pero ¿quién ha hecho todo eso?».

XIV

Lentamente, a través de la arena del desierto, se dirige Bonaparte a caballo hacia la Esfinge. Sus miradas se cruzan. Como la Esfinge, Bonaparte sabe guardar silencio. Piensa: Alejandro y César estuvieron aquí... En aquella época, la Esfinge tenía más de dos mil años... Desde entonces han pasado otros dos mil... Imperios inmensos sobre los que el sol no se ponía extendíanse a una y otra orilla del Nilo; millones de hombres obedecían a un solo jefe y millares de esclavos realizaban sus sueños... Nada era entonces imposible. Descendiente de un conquistador, el Rey se decía hijo de los dioses, y los pueblos creían en él. Podía decirles: «Soy vuestro dios». Europa, en cambio, ¡qué ratonera!

Poco después, a pocas leguas de aquel lugar, Bonaparte dispone su ejército para la batalla, pues 8.000 mamelucos, los mejores jinetes del mundo, se disponen a atacarlo. Pasa revista a sus tropas y, señalando las pirámides, que se levantan a lo lejos, exclama: «¡Soldados, cuarenta siglos os contemplan!». En cuanto salen de sus parapetos, caen los mamelucos bajo el fuego de su artillería, y Bonaparte se apodera de su campamento. Los mamelucos se precipitan hacia el Nilo, y se arrojan a él, procurando huir a fuerza de remo o a nado, pero los franceses, sabiendo que siempre llevan consigo su oro, los persiguen durante varias horas por las orillas y en el agua, se apoderan de una parte del botín y los ponen luego en fuga.

En El Cairo, Bonaparte sabe ganarse a los jeques y bajaes. Finge amar y honrar a los turcos y al Sultán y asegura que sólo quiere combatir a los mamelucos, sus enemigos. A un hombre del Mediterráneo, medio oriental, como Bonaparte, no le sorprenden ni sus costumbres ni sus innumerables cumplidos y zalemas, ni las metáforas del ampuloso lenguaje con que complica sus embustes. Ya a bordo había dictado a su intérprete una carta dirigida al bajá de Egipto que comenzaba así:

«Tú, que debieras ser el amo de los beyes y al que no obstante privan

éstos en El Cairo de la autoridad y el poder, tú verás mi llegada con satisfacción... Sin duda estás ya informado de que no vengo a intentar nada contra el Corán ni contra el Sultán... Ven, pues, a mi encuentro y maldice conmigo la raza impía de los beyes».

Para aproximarse a los discípulos de Alá, juega con la Trinidad como un prestidigitador. ¿No ha vencido al Papa y a los malteses? Reconoce al dios del Corán y excita a los musulmanes a marchar contra los navíos que lleguen a la costa con estas palabras: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta. Al Diván de El Cairo, compuesto de los hombres más prudentes, más sabios y más ilustrados: que la bendición del Profeta sea con vosotros». Que se permita a esos barcos acercarse a la costa, para acabar luego con sus tripulaciones: «lo que será un hermoso espectáculo para la ciudad de El Cairo».

«En esa flota —agrega— vienen rusos, que sienten horror por los que creen en la unidad de Dios, porque, según sus mentiras, ellos creen que hay tres. Pero no tardarán en ver que no es el número de los dioses lo que hace la fuerza y que sólo hay uno, padre de la victoria, clemente y misericordioso, combatiendo siempre al lado de los buenos».

En este mosaico de confesiones, que termina de un modo más pagano de lo que él mismo parece sospechar, insistirá, siempre por política, sobre las convicciones poco cristianas de Francia, cuyas ideas, por tanto, no se oponen a la religión mahometana. Constantemente apela al Corán, que no sin objeto se halla clasificado entre las obras políticas.

Habiendo revocado en El Cairo a un cadí peligroso, justifica su acto con un pasaje del Corán, pues:

«Es de Dios de quien emanan todos los bienes, y él es quien da la victoria... Todo lo que yo emprendo debe triunfar. Los que se declaran mis amigos prosperan, y perecen los que se declaran mis enemigos».

«¡Ah, si hubiese nacido cuatro mil años antes! Sólo por la persuasión sería ya el amo de todos. Ahora, en cambio, estos bribones medio salvajes ni siquiera le creen a uno». Bonaparte desprecia a quienes elogia en términos lisonjeros, pero amenaza con graves castigos a los soldados que no respetan sus costumbres:

«Los pueblos a que nos dirigimos tratan a las mujeres en forma distinta a la nuestra, pero en todos los países el violador es un monstruo. El pillaje sólo enriquece a un corto número de hombres y, en cambio, nos deshonra a todos y

destruye nuestros recursos, haciéndonos enemigos de los pueblos cuya amistad nos interesa».

Prohíbe penetrar en las mezquitas y hasta reunirse en sus puertas. Por la lisonja, la tolerancia y la intriga, Alá y su espada, Bonaparte adquiere en pocas semanas una gran autoridad.

Por fin se siente amo en Oriente. Pero ¿es más feliz por ello?

Junot ha recibido de París noticias concernientes a Josefina. ¡Ah! ¿Por qué no cayó esta carta en manos de los ingleses, como tantas otras? Al menos, Bonaparte no hubiera sabido nada de lo que sucedía. Junot ha creído que se hallaba en el deber de comunicar estas noticias a su jefe, que es también su amigo. Hipólito, colocado por Josefina entre los proveedores militares, después de haber sido expulsado del ejército, acababa de encontrarse con la generala en casa del maestro de baile a la moda. Su antigua pasión se ha encendido de nuevo, pues él sigue tan seductor como siempre y, además, ahora es rico. Josefina ha comprado, pero no pagado, una hermosa propiedad en las cercanías de París: la Malmaison, donde el joven *dandy* vive con la bella Josefina.

Bonaparte va y viene por la costa, al lado de Junot; cada vez más pálido, se da algunas palmadas en la frente y su rostro se contrae. De pronto, se vuelve hacia Bourrienne, que se halla sentado ante la tienda: «¡Usted, caballero, no es buen amigo mío! ¡Las mujeres...! Josefina... ¡Si usted fuese mi amigo, me habría informado de todo lo que acabo de saber por Junot! Éste, éste es un verdadero amigo... ¡Josefina, Josefina...! Estoy a seiscientas leguas; usted ha debido decírmelo... ¡Josefina haberme engañado así..., ella! ¡Ah, que tengan cuidado...! ¡Exterminaré esa raza de mequetrefes pisaverdes...! ¡En cuanto a ella..., el divorcio...! Sí, el divorcio..., un divorcio público, ruidoso... Es menester que escriba... Lo sé todo... Es culpa suya... ¡Usted debía habérmelo dicho!».

Bourrienne procura calmarle y le habla de la gloria. «¡Mi gloria...! — exclama Bonaparte—. ¡Ah, no sé lo que daría porque lo que me ha contado Junot fuese mentira...! Amo tanto a esa mujer... Si Josefina es culpable, es menester que el divorcio me separe de ella para siempre... No quiero servir de burla a todos los inútiles de París...».

Como los ingleses interceptan y publican casi todas las cartas, apenas puede hacer alusión a estas noticias cuando escribe a su hermano. ¿Es este recato lo que da a su carta un tan doloroso encanto? Veinticuatro horas

después de haberle enviado un informe lleno de victoriosa energía, escribe a José:

«Egipto es el país más rico en trigo, lino, legumbres y carnes que existe sobre la tierra; pero la barbarie reina aquí en su más alto grado. No hay dinero ni siquiera para pagar a las tropas. Es posible que dentro de dos meses me encuentre yo en Francia. Te recomiendo mis intereses. Tengo muchas penas domésticas, pues se ha desgarrado el velo. Sólo tú me quedas sobre la tierra, tu amistad me es preciosa; ya sólo me resta, para acabar de convertirme en un misántropo, el perderla a ella y que tú me traiciones... Es una situación muy triste la de tener a la vez todos los sentimientos por una misma persona en un solo corazón. Tú me comprendes. Haz de suerte que encuentre a mi llegada una casa de campo, bien sea en las cercanías de París o en Borgoña; cuento pasar allí el invierno, encerrado, pues estoy harto de la humanidad. Tengo necesidad de soledad y aislamiento; las grandezas me aburren y he dejado de ser un sentimental. La gloria es insípida a los veintinueve años; lo he agotado todo, ya sólo me queda el acabar de convertirme en un egoísta empedernido. Pienso conservar mi casa y jamás cederla a nadie. Apenas me queda ya con qué vivir. Adiós, mi único amigo; jamás he sido injusto contigo, y espero me harás la justicia de reconocerlo, a pesar de mis deseos, a veces, de serlo... Ya me comprendes. Un beso a tu mujer y a Jerónimo».

Cinismo, sentimiento de odio y de venganza se pierden en una profunda melancolía... Desde las amargas líneas escritas en su diario a los diecisiete años, jamás habíamos oído acentos tan dolorosos. Su corazón, confiado siempre, a pesar de tan crueles decepciones, parece haber sido herido esta vez en lo vivo. ¡Qué le importan ya las conquistas, victorias y campañas de Alejandro! ¡Qué le importa la gloria, puesto que se ve injustamente herido, puesto que toda la ternura a que se abandonaba con su ardor juvenil se ve tan cruelmente traicionada! Su carta empieza refiriéndose al trigo y a las legumbres, y acaba con un acceso de misantropía y de asco. Ya no le queda sino su hermano. «Lo he agotado todo».

XV

Un terrible golpe reanima su valor.

De regreso de una excursión por el desierto, entra en la tienda de Marmont y no ve sino rostros desolados. ¿Qué ocurre? ¡La flota ha sido destruida! Ayer, en Abukir, Nelson la atacó y todos los barcos, salvo cuatro, fueron hundidos o apresados.

Los oficiales guardan silencio, comprendiendo la gravedad de esta derrota. Bonaparte palidece, pero comprende en seguida que sólo él puede restablecer la confianza y, al cabo de un instante, pronuncia estas admirables palabras: «Nos vemos, pues, obligados a permanecer en Egipto. ¡Está bien! Es menester saber erguir la cabeza por encima de un mar en borrasca, que ya acabará por calmarse. Tal vez estamos destinados a cambiar la faz de las cosas en Oriente. Tendremos que morir aquí o que salir tan grandes como los antiguos».

¡Qué terrible fracaso! Y ¿qué se dirá de él en París? Aunque no era él quien mandaba la flota ni dirigía la batalla, no por eso dejará de sufrir su prestigio. Además, ¿cómo regresar a Francia? ¿En barcos turcos? Pero ¿continuará el Sultán en su actitud tranquila? Vacilante entre Rusia y Francia, ¿no abandonará al vencido? ¿E Inglaterra? ¡Trece navíos de guerra destruidos! «Nos serán precisos diez años para estar de nuevo en condiciones de luchar contra ella. Alá es Alá..., pero ¿qué nube ha nublado mi estrella?».

En su informe oficial sobre la derrota no oculta nada; pero prueba que, al fin de salvarlo, la Providencia había diferido la llegada de Nelson hasta el momento en que él ya había puesto los pies en Egipto.

Transcurren semanas durante las cuales Bonaparte, en la inacción, espera las comunicaciones, las cartas o los periódicos que le informarán de la situación en Europa. Si Inglaterra vigila, ninguna carta podrá atravesar el mar... Por primera vez se pregunta qué podría hacer para engañar la espera. La administración de todo un ejército, la represión de las sediciones, la

fortificación de viejas ciudades, no bastan a su actividad. El caso es que se encuentra más nervioso y caprichoso que antes. Bourrienne procura calmarle: «Aguardemos el porvenir y veamos qué hace el Directorio». «El Directorio —le interrumpe vivamente Napoleón— no es más que una inmundicia... Me envidian y me odian; me dejarán perecer aquí».

Si al menos pudiese montar a caballo..., pero el calor se lo impide, tanto más cuanto que se ha tenido que endosar de nuevo el uniforme, después de haber probado a llevar el traje árabe. En la carencia de noticias, cae de nuevo en sus ensueños y divagaciones. «Adivine usted, Bourrienne, en qué pienso... Si alguna vez vuelvo a Francia, mi más grande ambición sería emprender una campaña en las llanuras bávaras. Quisiera ganar en ella una gran batalla para vengar a Francia de Höchstätt, después me retiraría al campo, en donde haría una vida apacible y dichosa». ¡Qué efervescencia, cuántos proyectos! En las llanuras del Po soñaba con Oriente; ahora, en Egipto, sus ojos se dirigen hacia Baviera, y de continuo su cerebro infatigable «ordena» batallas.

Ante la incertidumbre del mañana, ignorando si podrá volver a Francia algún día, a esa Francia donde ya ningún corazón le atrae, entra en relaciones con el *sha* de Persia y el sultán Meissur, enemigos de Inglaterra, a propósito de los relevos que hay que establecer en la ruta de las Indias. ¿No va a llevar hasta el fin las conquistas de Alejandro? Pero, ante las cifras, surgen las dudas: «No intentaré la expedición a las Indias mientras no queden aquí 15.000 hombres y pueda yo disponer de otros 30.000».

Las horas en que esboza inmensos y fabulosos proyectos son las más felices de su vida. «En Egipto me encontraba desembarazado del freno de una civilización molesta; soñaba un sinfín de cosas y veía los medios de ejecutar todo lo que había soñado. Creaba una religión, me veía en el camino de Asia, montando un elefante, con el turbante en la cabeza y en la mano un nuevo Corán, compuesto a mi gusto. Hubiera reunido en mis empresas las experiencias de ambos mundos, resolviendo en provecho mío el dominio de todas las historias, atacando el poderío inglés en las Indias y reanudando con esta conquista mis relaciones con la vieja Europa».

¿Es un poeta quien así habla, o bien el conquistador se halla tan vecino del poeta? A fuer de romántico genuino, se hace nombrar Sultán el Kebir. Es su tercer nombre, extraño como toda esta campaña de Egipto.

Su imaginación sobreexcitada, la ira contra su mujer infiel, el clima, la continencia, le llevan por aquel entonces a una escaramuza amorosa. Una

rubia de ojos azules, que se había introducido en el barco disfrazada de hombre, una modistilla seductora, hija natural de una cocinera, obtiene sus favores. Su marido, un oficial, es enviado a Francia por razones de servicio. Con una encantadora audacia, no tarda la damita en jugar a la Cleopatra, preside la mesa, sale de paseo con el General; pero como resulta penoso ver a Eugenio escoltar el coche en su calidad de edecán, se le concede una licencia.

Eugenio no ignora nada de la escandalosa conducta de su madre; Bonaparte mismo le ha dado toda clase de datos al respecto. ¡Qué extraña situación! Una coqueta que frisa en la cuarentena ridiculiza el nombre de su marido, héroe nacional, engañándole con un mozalbete, un nuevo rico apenas mayor que su propio hijo. Este hijo, edecán de su padrastro, tiene el deber de acompañar el coche en el que el jefe del Ejército, y nuevo bajá de Egipto, pasea a su querida por las calles de la capital. La modistilla, a la que el gentil edecán acaso gustaría más, ríe mostrando sus blancos dienteitos y trata de rivalizar en seducción con la criolla. Pero todo lo que Bonaparte pide a esta mujer es que le dé un hijo. Si le da el heredero que desde hace años desea, le promete casarse con ella, puesto que, de todas maneras, su divorcio es cosa resuelta. Poco importa que la madre de su hijo salga del pueblo, como sus generales; el hijo nacido de un Bonaparte tendrá, por este solo hecho, los derechos de la nobleza. La legitimidad hereditaria de los reyes no existe ya; la de los hombres de valer comienza. El sofisma con que entretendrá toda su vida.

Al cabo de algún tiempo, confía a uno de sus familiares su decepción: «¡Qué quiere usted, la tontuela no puede hacer más!». La muchacha, a la que se repiten estas palabras, se burla... «¡Caramba, la culpa no es mía!». Bonaparte, al oír esta respuesta, se ensombrece. No tiene más pruebas que ofrecerle que la seguridad de ser el hombre más fecundo que haya vivido nunca. Si la Naturaleza privase a este genio, que quiere dominar el mundo entero, del medio de perpetuarse, el resorte de toda su actividad se quebraría de golpe y su confianza en sí mismo se vendría abajo.

XVI

En el Instituto, el General es sólo el igual de los demás; jamás procura prevalecerse de la categoría durante los debates, no obstante ser con frecuencia los problemas discutidos de orden práctico y referentes al ejército, tales como: filtración de las aguas del Nilo, construcción de molinos de viento, hallazgo de materias primas para la fabricación de pólvora, etc.

Un día que se había encolerizado, Berthollet le dijo tranquilamente: «Estás en un error, amigo mío, y te estás volviendo grosero». Y como un médico de la Marina viene en su ayuda, Bonaparte exclama: «Veo claramente que estáis todos de acuerdo contra mí. ¡La química es la cocinera de la medicina, y ésta no es otra cosa que la ciencia de los asesinos!». «¿Y qué definiciones encontraría usted para el arte del conquistador, ciudadano general?», le replica el médico. El dictador tolera esta familiaridad en el seno de la república de las ciencias, aunque en ningún otro lugar se atreve nadie a contradecirle.

Durante semanas y semanas, la orden del día se termina con estas palabras: «Sin noticias de Francia». Todos vacilan, gimen, dudan. Sólo la Universidad ambulante extiende, sin descanso, el campo de sus admirables trabajos, en los que Bonaparte colabora. Siempre en segundo término, aprovecha este período de espera instruyéndose primero, dando consejos después. Los sabios emprenden el estudio del país, tanto desde el punto de vista geográfico como del geométrico. Estudian la fauna acuática del Nilo, los minerales, el mar Rojo, la flora del delta y la composición de la arena del desierto; estudian las posibilidades de explotación de las salinas y de los sedimentos de limo del Nilo; hacen investigaciones sobre los orígenes de la peste y del tracoma, que deja ciega a la mitad de la población indígena; imprimen un diccionario y una gramática; limpian los templos del Alto Egipto; descubren la fuente de Moisés. Un oficial trae de Rosetta una tableta de granito con una inscripción grabada a la vez en egipcio y en griego, y la clave de los jeroglíficos es encontrada.

Nada retiene tanto la atención del General como el canal de Suez. En el curso de largas excursiones por el desierto, persigue las huellas del antiguo canal y estudia las posibilidades de abrir uno nuevo. Todo lo que entonces anota será confirmado medio siglo después por Lesseps. Bonaparte no procede como un aventurero, sino como un conquistador que busca la manera de separar las tierras y unir los mares.

¡Por fin llegan noticias! Unos comerciantes se han deslizado con sus bajeles pequeños por entre las líneas inglesas. Se los hace comparecer y se los abruma a preguntas. La destrucción de la flota lo ha cambiado todo: el Sultán se ha aliado a los rusos y ha declarado la guerra a Francia; su general, Achmed Bajá, llega a través de Siria. Al conocer esta noticia, se subleva El Cairo. Los cañones mantienen a la ciudad bajo su fuego y las cabezas de los rebeldes se exhiben sobre las picas en señal de advertencia: «Esto les servirá, me parece, de buena lección».

En el fondo, Bonaparte se siente más satisfecho que atemorizado. Si los turcos marchan contra él, por fin podrá hacerles frente y vencerlos; pero no por esto dejan de quedar destruidos sus grandes proyectos. Había contado con hacer de Egipto su base de operaciones contra la India: «Si se tienen barcos, se puede atravesar el océano; si se tienen camellos, el desierto deja de ser un obstáculo». Quince meses habían sido previstos para la conquista y fortificación de Egipto y los preparativos de la campaña de las Indias, que él deseaba emprender con 40.000 hombres, otros tantos camellos y 120 cañones. De Francia debían venir importantes refuerzos de soldados, barcos y cañones.

La batalla naval de Abukir había echado por tierra todos estos proyectos; los ingleses bloqueaban la costa y los refuerzos no podían llegar; el Sultán se había convertido en un enemigo; la opinión pública se había vuelto contra él en Egipto.

Pero Bonaparte, acostumbrado a modificar sus planes según las circunstancias, va a obligar a los acontecimientos a volverse a su favor. Permitir a los turcos y a los ingleses el desembarco simultáneo sería una locura. Es menester, pues, atacar para no sucumbir. Es preciso tomar a los turcos sus almacenes y sus puertos, armar a los cristianos de Siria, sublevar a los rusos. Tomado San Juan de Acre, la opinión de El Cairo le volverá a ser favorable. «En el mes de junio estaremos en Damasco, nuestras vanguardias avanzarán hasta Táurida y proseguirán con 26.000 franceses, 6.000 mamelucos y 18.000 drusos hacia el Este; Desaix se nos unirá directamente. El Sultán permanecerá tranquilo, y como el sha de Persia nos ha autorizado

para atravesar Bassora y Schiraz, si Alá no se opone, en marzo estaremos en las orillas del Indo».

Bonaparte, acuciado por el peligro de la hora, esboza un plan inmenso y decide dirigirse hacia Siria. Su avance se hace a través de un país punto menos que sin caminos. Algunas veces hace 70 kilómetros en quince horas, marchando sobre todo de noche, sin agua, casi siempre con la vanguardia. Con ocasión de la caída de Jafa, se le rinden 3.000 turcos. ¿Qué hacer con ellos? ¿Guardarlos? Sus propios soldados no tienen qué comer; además, necesitaría un millar de hombres para vigilarlos. ¿Enviarlos a Francia? No tiene ya barcos. ¿Dejarlos en libertad? Irían a aumentar las fuerzas de San Juan de Acre. ¿Qué hacer? Bonaparte reúne el consejo. Todos opinan por la matanza de los prisioneros. El otro día, sin ir más lejos, decapitaron los enemigos a uno de sus parlamentarios. Las tropas se indignarían si viesan su ración disminuida en beneficio de estos hombres. Bonaparte vacila. Durante tres días reflexiona, y por último consiente en la matanza. Los prisioneros son conducidos al mar y pasados a cuchillo. Numerosos críticos militares, en especial alemanes, han aprobado más tarde esta medida, juzgándola inevitable.

San Juan de Acre continúa siendo una barrera en su camino; una vez tomada la fortaleza, renovará allí su provisión de armas y ¡adelante hacia el Norte! Comprometido en una lucha a muerte, en guerra con los turcos, con el paso cortado por todas partes, impulsado por la imperiosa necesidad, Bonaparte superará lo imposible; pero se reserva un cierto margen en la ejecución de sus planes y admite variantes: «Sublevo y doy armas a Siria..., marchó contra Damasco y Alepo; aumento mi ejército, a medida que avanzo por el país, con todos los descontentos. Anuncio al pueblo la abolición de la esclavitud y del gobierno tiránico de los bajaes. Llego a Constantinopla con masas armadas; derribo al Imperio turco, fundo en Oriente un nuevo y grande Imperio, que me asegurará un nombre ante la posteridad, y tal vez regrese a París por Andrinópolis o Viena, después de haber aniquilado la casa de Austria».

Son siempre las mismas visiones, pero amplificadas aún por una situación que exige un esfuerzo supremo. Y avanza, en efecto, hacia San Juan de Acre. La fortaleza no es importante, pero su armamento es moderno, y los oficiales ingleses y los artilleros aseguran su defensa. Resiste al primero, al segundo, al tercer asalto. Al mismo tiempo aparecen, amenazadores, los barcos ingleses en la rada.

En este momento le llegan de París las primeras noticias después de ocho meses. ¡Por fin! Pero ¿qué es esto? Talleyrand no ha ido a negociar con Turquía. ¿Habrá cejado el astuto diplomático? «He ahí lo que nos ha valido la guerra, y he ahí porqué estamos ahora al pie de este montón de piedras». La República está en guerra con Nápoles y Cerdeña; a Moreau y Augereau, sus rivales, se les ha encomendado mandos importantes. ¿A qué demonio permanecer allí bajo aquel sol de plomo? ¡Al ataque! ¿No acabarán nunca con aquel miserable fortín? ¿Quién dirige la defensa de éste? Uno de sus antiguos camaradas de la Escuela de Guerra de París, emigrado al servicio de Inglaterra. ¡Ahora verá él quién es Bonaparte! No obstante, Napoleón fracasa. ¿Por qué? Los sitios no son su especialidad; la paciencia que sería preciso emplear para vencer al enemigo por el hambre no cabe dentro de su temperamento. Jamás ha sostenido ningún sitio, y declara que las fortalezas y las mujeres hay que tomarlas rápidamente o dejarlas. Él no sabe ni solicitar ni esperar. El tiempo corre, no se puede esperar más. ¡Al asalto!

Las tropas comienzan a murmurar; aun entre los mismos oficiales corre un rumor de descontento: que tome el mando Kléber, que es benigno y humano.

Bonaparte, sentado bajo su tienda, se inclina sobre sus cálculos. Horas de angustia. ¿Sería invencible Inglaterra hasta por tierra, y en el mismo Oriente? ¿Acampar aquí durante meses? ¡Imposible! Europa resuena con el fragor de las armas. ¿Volverse atrás sin haber vencido? Impresión absolutamente nueva para él... Es menester, no obstante, resolverse a ello y dejar la obra sin concluir. Es menester regresar a Egipto.

Es exacto que la resistencia de San Juan de Acre detuvo la marcha de Bonaparte hacia la India; pero, de todas maneras, ¿no hubiera renunciado a ella después de las inquietantes noticias que acababa de recibir de Italia y otras partes? La decisión dependió, sin duda, de motivos imponderables. Contrariamente a su costumbre, Bonaparte permanece en la retaguardia y contempla, desde la cima de una colina, hasta la caída de la noche, con un rencor melancólico, la fortaleza inexpugnable.

Retirada terrible, sin caminos, sin agua, con la peste cebándose en las tropas. ¿Va el Destino a descargar su golpe sobre Bonaparte, en medio de aquellos arenales? Sin el menor temor visita a los enfermos en los hospitales y los anima. ¡Y que se abrevie la agonía de los que se retuercen en medio de sufrimientos atroces! Ordena, como un soberano responsable, rematar por medio del opio a una cincuentena de pestíferos que el médico considera perdidos. El médico se niega a obedecer esta orden sin precedentes. Pero «si

mi hijo —decía más tarde Napoleón— hubiese estado en una situación semejante, mi parecer hubiese sido él mismo».

Dos mil enfermos y seis mil hombres válidos se arrastran a través del desierto. Faltos de caballos, los que no están enfermos sostienen a los que sufren. Todo el Estado Mayor va a pie. Habiendo preguntado una mañana un palafrenero al General qué caballo deseaba montar, recibió por respuesta un latigazo. ¡Por fin se divisa El Cairo! Con una entrada brillante, precedidos por los trofeos, acompañados de proclamas y desfiles, se procura en vano engañar a los egipcios.

¿Y París? ¿Cómo presentar allí las cosas? ¿Contar que habían tenido que abandonar San Juan de Acre y dejar el país porque la peste se cebaba en él? El hecho sería certificado por un comité de sabios nombrados al efecto. Pero un médico se levanta y, único entre sus colegas, se niega a prestar su nombre a este fraude. Bonaparte lo mira con enojo, pero cede. Largo tiempo después se acordará de este hombre íntegro y le concederá el ascenso.

Mientras tanto, los turcos se aproximan por el mar. La suerte de Bonaparte se juega de nuevo en Abukir, un año justo después de la batalla naval. Esta vez el General los deja arribar y logra poner fuera de combate al adversario con un ejército considerablemente menos fuerte que el turco. Murat, encontrándose con Bonaparte al final de la batalla, lo abraza y le dice: «¡General, es usted grande como el mundo!». Bonaparte transmite a El Cairo la noticia en estos términos: «Sin duda tenéis ya noticias de la batalla de Abukir, una de las más hermosas que he visto. Ni un solo hombre del ejército enemigo ha escapado».

En esta época distingue entre los mamelucos que ha tomado a su servicio a un georgiano alto y buen mozo, de ojos azules, vendido tres veces como esclavo: Rustam. Sus ojos y los rasgos de su fisonomía expresan su fidelidad; Bonaparte le regala un sable decorado y le ordena dormir de allí en adelante a su puerta. Durante quince años, Rustam no abandonará a su amo.

Después de la victoria, Bonaparte entra en negociaciones, so pretexto de canje de prisioneros, con el almirante inglés, que se mantiene a la vista. En realidad, sólo desea noticias... Una Gaceta vale en aquel momento todo el oro del mundo. Y acaban por hallar una, que su edecán le lleva a la tienda. Bonaparte duerme. «General, le traigo una colección de periódicos europeos, en los que verá muchas noticias desastrosas». Bonaparte se levanta: ¿Qué ocurre, pues?

«Scherer ha sido completamente derrotado en Italia, que hemos perdido casi por completo». El General salta del lecho, se apodera de los periódicos y lee toda la noche, informa el oficial, interrumpiendo su lectura con gritos de cólera. Llegada la aurora, hace llamar al jefe de la flota, se encierra con él durante dos horas y parte luego para El Cairo.

«He decidido regresar a Francia y pienso llevarle a usted conmigo —dice en seguida a Marmont—. El estado de las cosas en Europa me obliga a tomar esta decisión extrema; la mala suerte persigue a nuestras armas y Dios sabe hasta dónde habrá penetrado el enemigo. Italia está perdida. ¿Pero qué esperar, también, de esos incapaces colocados al frente del Gobierno? Todo en ellos es ignorancia, estupidez o corrupción. Soy yo, sólo yo, quien ha soportado el peso y, por medio de triunfos continuos, dado consistencia a ese Gobierno que, sin mí, jamás habría podido elevarse y sostenerse. Ausente yo, todo tenía que derrumbarse... Se sabrá al mismo tiempo en Francia la destrucción del ejército turco de Abukir y mi llegada. Mi presencia, exaltando los espíritus, dará al ejército la confianza que le falta y a los buenos ciudadanos la esperanza de un porvenir mejor».

«Ese porvenir soy yo —se dice cuando queda a solas—. Se dirá que he abandonado mi ejército... Pero estará mucho mejor bajo las órdenes de Kléber. ¿No vine para fundar una colonia? Pues hela aquí, y a los turcos vencidos. Los refuerzos no pueden venir sino de Francia, y sólo yo puedo enviarlos. Mi actuación aquí ha terminado; los campos de batalla europeos me reclaman ahora. Dentro de unos días tendré treinta años... Viento contrario para volver hacia Tolón, declara el almirante, y el Mediterráneo, lleno de ingleses. Pero como no puedo ir a París en globo, no hay más remedio que tentar la suerte. ¡En marcha!».

XVII

Con todas sus luces apagadas, dos pequeñas fragatas, tomadas antaño a los venecianos, navegan en la noche... La que lleva al General ha recibido el nombre de Muiron, en recuerdo del teniente que en Lodi dio su vida por salvarlo; quince años después, Napoleón honrará este nombre más dignamente aún. El cabo Bon es el punto más peligroso del viaje. Las dos pequeñas embarcaciones se deslizan por entre los ingleses. ¡Mal haya el viento, que cede justamente en el momento del paso! Sombríos y desanimados permanecen todos sobre el puente durante aquella noche de agosto, a la débil luz de las estrellas. Se juega a las cartas, Bonaparte hace trampas y nadie se da cuenta, con gran regocijo de él, que al día siguiente restituye lo robado.

¡Qué diferente la travesía de hace quince meses! De cuatrocientos navíos, sólo dos quedan. La mitad del ejército ha sido destruido. Egipto está aún en manos de los franceses, pero ¿por cuánto tiempo? ¿En qué ha venido a parar el proyecto de derrotar a Inglaterra desembarcando en Dover y el de llegar a la India? ¿No se ha visto obligado a partir por temor a la sedición? El mismo Kléber no ha recibido el mando hasta después de su partida. Su última orden era seca y dura. Los sabios han sido enviados al Alto Egipto, pues Monge y Berthollet, los iniciados, que se hallan ahora a bordo, habrían podido comunicar la noticia a sus colegas. ¡Pero esos poetas! Uno de ellos, sospechando algo, se ha deslizado de un modo subrepticio en la fragata en el momento de partir. ¡Que venga, pues, también! Al fin y al cabo, son gente útil; los medianeros de la gloria, como quien dice. La última victoria garantiza la opinión favorable de París.

Durante semanas enteras, las dos fragatas viajan en constante peligro.

«¿Qué haréis si Inglaterra pone la mano sobre nosotros? —pregunta Bonaparte a sus compañeros—. ¿Aceptar el combate? ¡Imposible! ¿Rendirse? Nadie, seguramente, piensa en ello. No queda, pues, otro remedio, llegado el

caso, que el de hacemos saltar...». Todos callan. Monge palidece. «A usted le tocaría el cometido», agrega el General, volviéndose hacia él con una sonrisa maligna. Cuando, pocos días después, se descubre un barco al que se toma equivocadamente por un navío inglés, el sabio desaparece y se le encuentra a la puerta del polvorín. Tal era la autoridad de Bonaparte.

Después de seis semanas de travesía aparece por fin una isla bajo el azul de una mañana de octubre; una línea de montañas bien conocidas se dibuja en el horizonte. El capitán examina los mapas y trata de localizar el punto en que se halla. Bonaparte aparece y dice: «Es Córcega». ¿Ordenará que se ponga hacia ella la proa y se desplieguen todas las velas? Pero antes es preciso saber si todavía la isla es francesa. El viento empuja violentamente la ligera embarcación hacia la costa y cuesta trabajo resistir a la marea, pudiendo apenas aguantar su fuerza. Y Bonaparte se pregunta:

«¿Sigue siendo francesa? Antes, a cada viaje, me preguntaba: ¿es ya francesa? ¿Cuántos años hace de esto? Seis años..., yo tenía entonces veinticuatro. Toda mi ambición se reducía a mandar allí como amo. Después he tenido a mis pies a Italia, Egipto me ha obedecido, París me ha sonreído, y todo ello ha sucedido sencillamente, como por ley natural».

El viento aumenta su violencia. ¿Qué respuesta da la isla? Las banderas se agitan, el puerto está libre. La isla del sin patria ha vuelto a ser una patria.

Cuando arriban, todo Ajaccio se amontona sobre el muelle para ver a Bonaparte. Éste contempla con una mirada escéptica a todo aquel pueblo, que en otra ocasión le maldijo; estrecha con indiferencia todas las manos que se tienden hacia él, pero cuando una voz llama: «*Figlio, caro figlio!*», reconoce, emocionado, a su vieja nodriza Camila, una campesina robusta, de apenas cincuenta años.

Napoleón se instala en la casa de sus antepasados, revocada por su madre, que acaba apenas de abandonarla. Manda llamar a hombres seguros, que puedan darle noticias fidedignas, y por ellos sabe la suerte que han corrido todas sus conquistas: Mantua, Milán, casi toda Italia está perdida. Génova no resistirá ya mucho tiempo. Massena ha sido rechazado a través de Suiza y los ingleses han desembarcado en Holanda. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer primero? Ir a Niza, recuperar el mando y, con rápidas victorias, reconquistarlo todo. ¡Cómo! ¿Dos jefes del Directorio han sido destituidos? ¡De modo que el Gobierno, debilitado, no puede mantenerse sino usando de semejantes procedimientos! ¿Cómo, que el general Moulin es uno de los nuevos? ¿Y

quién es ese Moulin? ¿Y el otro nuevo, cómo se llama? ¿Siéyès? Pero... ¿no querrá eso decir que se prepara un golpe de Estado? ¡A París, pues! ¡En marcha, y que se lleve a remolque una chalupa!

Durante dos días se avanza en dirección a Tolón. Ya aparece la costa, al anochecer, cuando el vigía señala la vecindad de unos barcos ingleses. «¡Atrás!», ordena el capitán. «¡Adelante! —le grita Napoleón—; en último caso tomaremos la chalupa y remaremos hasta llegar a tierra». Una vez más su estrella ciega al enemigo, que, engañado por la posición de las velas, pasa cerca de él sin reconocerlo. La noche cae; imposible arribar a Tolón. ¡A desembarcar, pues, en Fréjus! ¿No conoce usted esos arrecifes? ¡Poco importa! En todas partes hay escollos. ¡Adelante! Después de siete semanas se tiene, por fin, la costa francesa al alcance. ¡A jugarse el todo por el todo!

¿Este italiano ama el país que vuelve a ver o Francia es para él tan sólo un buen violín, de mejor tañer que todos los demás instrumentos del mundo?

A la mañana del día siguiente, el nombre de Bonaparte corre a través del pueblecito de Fréjus. ¿Por qué se reúnen en el puerto centenares de barcos? ¿Por qué este entusiasmo del pueblo? ¿Qué ha realizado en África para que estas gentes lo acojan como a un triunfador? Un funcionario habla de cuarentena: «Preferimos la peste a los austríacos», grita la muchedumbre, y, delirante, escolta su coche por la ciudad. «¿Es posible que se halle Francia en tan mal estado? —se pregunta Bonaparte, contestando a las ovaciones—. Cualquiera diría que me esperaban. El caso es que llego en el momento oportuno, ni demasiado pronto ni demasiado tarde».

Y, continuando su camino durante una semana, interroga sin cesar a cuantos encuentra. Recibe de París la copia de una carta que no había llegado a su poder. «El Directorio le espera, General, a usted y a los valientes que dirige». Es el grito de un Gobierno enloquecido que busca un salvador. ¿Qué hacer ahora? Lo mejor, sin duda, será esperar unos días más y hacerse preceder por una carta.

«Egipto, al abrigo de todas las invasiones, nos pertenece por completo — escribe a París—. Los diarios no me han llegado hasta fines de julio; pero en cuanto supe el trance que atravesabais, me puse en camino. No he creído deber pensar en los peligros, sino en mi deber de estar allí donde mi presencia pudiera ser más útil. Animado por estos sentimientos, de no haber tenido ninguna fragata, me habría envuelto en mi capa y hubiese partido en una simple barca. He dejado a Egipto bien organizado y bajo las órdenes del

general Kléber. Ya estaba todo el territorio cubierto por las aguas, y el Nilo, más hermoso de lo que se había visto desde hace cincuenta años».

Estas líneas hábiles le servirían de heraldos. ¡Que al menos se sepa que regresa! La ruta se convierte en una verdadera vía triunfal; en todas partes se le recibe con salvas. ¡Valence! Entre la muchedumbre reconoce a su patrona de otro tiempo y, recordando el café y su cuartucho situado junto a la sala de billar, le regala un recuerdo de Oriente. En Lyon, quieras que no, tiene que detenerse dos horas para asistir a la representación de una obra compuesta a toda prisa en su honor: «El Héroe, de regreso». Ninguna de estas muestras de admiración prueban tan incontestablemente el enorme prestigio de su nombre como la muerte repentina del diputado Baudin, fulminado por la alegría al saber la noticia de su regreso.

Se aproxima a París. El General no deja de aguzar el oído; pero en lo que concierne a su vida privada, a Josefina, no se entera de nada y nada puede preguntar. ¿Está divorciado ya? ¿Dónde están sus hermanos? Desde el día anterior, su regreso es conocido en todo París. ¿Por qué ninguno de ellos viene a su encuentro? ¿Y ella? ¿La encontrará como siempre, sonriente, en su habitación rodeada de espejos? La débil claridad de la aurora penetra hasta su coche; ya están aquí los empleados del fielato, los bulevares exteriores; el coche penetra en una callejuela, el General distingue su casa. ¿Quién es esa mujer que le espera de pie, y sola, en el umbral?

Es su madre.

XVIII

La primera noticia del regreso de Bonaparte se esparció por los teatros de París el 21 Vendimiario y fue recibida con los gritos de: «¡Viva la República! ¡Viva Bonaparte!» y con tumultuosos aplausos, varias veces repetidos. ¿Traería la victoria y la paz, o derrotas y guerra? Se ignoraba, todos se perdían en conjeturas; pero en todos los rostros, en todas las conversaciones, se vio nacer de repente una esperanza de salvación y presentimientos venturosos. Los periódicos añadían una porción de detalles fantásticos sobre su persona, su aspecto y su indumento. La misma prensa de oposición, menos fácil de engañar, ponía todas sus esperanzas en él. «Su expedición a Egipto ha fracasado, pero ¡qué importa! Le basta el haberla emprendido; su audacia nos cuesta cara, es cierto; pero, no obstante, todo lo que él intenta reanima nuestro valor». Se le rinde homenaje y todos sus proyectos se afirman.

Josefina está ausente. La noticia del regreso de Bonaparte la sorprendió una noche en una comida en casa de Gohier. Los dos quedaron aterrados, pues ni uno ni otro tenían la conciencia tranquila. Súbitamente, sentíanse como al borde de un volcán. Barrás, a quien ella parece haber colmado de todos sus favores en esta época, le había aconsejado que se divorciara y se casase con el hermoso Hipólito. Ninguna carta de su marido le ha llegado; ¿fueron apresadas sus cartas por los ingleses, o no se escribieron nunca? La actitud de su cuñado no le deja presagiar nada bueno. Al anuncio de la victoria de Bonaparte sobre los turcos, noticia que electrizó a todo París, se había preguntado Josefina si no valía más seguir siendo la esposa del triunfador. Tan indecisa como despreocupada, había acariciado durante estos últimos tiempos la esperanza de una reconciliación, segura de obtenerla si realmente la deseaba; los hombres y su espejo le daban la seguridad del éxito.

En suma, Josefina recobra el ánimo; Gohier hace otro tanto, y acaban sonriendo y brindando por el regreso de Bonaparte. Ella vuelve temprano a su casa, se embellece cuanto le es posible y sale a su encuentro, pensando: «Es

preciso sorprender al enemigo. ¿No es éste, acaso, el secreto de su éxito? Antes de que los malignos rumores lleguen a su oído, le habré conquistado».

Pero llega tarde, se entera de que ha pasado ya, vuelve atrás y así pierde tres días preciosos, durante los que sus hermanos y hermanas, que se han apresurado a rodearle, relatan a Bonaparte la escandalosa conducta de su esposa. Sus amigos hacen cuanto pueden para ponerle en guardia contra el ridículo en que un divorcio le pondría ante los ojos de todo París; pero él les contesta: «¡No! ¡Es una cosa resuelta; no pondrá ya más los pies en mi casa! ¡Qué me importa lo que se diga! Murmurarán uno o dos días, y al tercero nadie hablará de ello». Y hace bajar las maletas y joyas de su esposa a la portería, para que no tenga que entrar siquiera en la casa ¿Se puede temer más claramente la propia debilidad?

Josefina llega, atraviesa el primer cordón de defensa y penetra en la fortaleza. Bonaparte se ha encerrado. Ella le llama, implora; su altivez se ha derrumbado en cuanto ha visto el entusiasmo que el nombre de su marido suscita... Pero la fortaleza continúa inexpugnable. Josefina llama entonces en su ayuda a Eugenio y Hortensia, que suplican y lloran por turno, durante toda la noche, a la puerta del General.

Éste, que tan bien conoce el alma humana, ¿se dejará, a pesar de todo, vencer por esta escena, de la que nadie ignora los motivos? ¿Será Bonaparte engañado, una vez más, por una mujer?

«Todos me han traicionado —piensa—. El Gobierno, los partidos, los camaradas; todos han procurado alejar del poder al peligroso competidor. Nadie ha deseado mi regreso, ni siquiera mis hermanos. ¡E iba yo a pretender que este ser encantador se consumiese todo un año en la espera de un marido cuyo retorno se hacía cada vez más improbable! Cuando estoy a su lado, es encantadora conmigo... Si hoy hago la paz, podré imponerle todas mis voluntades. ¡Qué seducción hay en su voz! No puede haber perdido en gracias, pues si así fuera no tendría tantos adoradores. Comparada a ella, la mujer del oficial no era más que una estúpida, incapaz hasta de hacer un chico. ¿Dónde encontraré una esposa, una amante más perfecta que Josefina? ¿Y no ha dado ya a luz dos hijos?».

Abre la puerta, heroico en su silencio, acallando para siempre los reproches que se le vienen a los labios. Una vez más ha tomado una decisión y la mantendrá. Al día siguiente, Josefina le confiesa que tiene deudas por valor de dos millones; él las paga sin decir una palabra.

Sus hermanos, y más aún sus hermanas, quedan muy cariacontecidos, como dice Paulina, pero ninguno se atreve a protestar.

Por lo demás, no es el momento de discutir. Los acontecimientos van a sucederse con rapidez. Sus hermanos no han perdido el tiempo; José, embajador en Roma y diputado luego en París, es un observador sagaz. Luciano, aun antes de haber llegado a la edad legal, es jefe de la oposición a los veinticuatro años. Excelente orador, temible por su violencia en la discusión, orgulloso, pero demasiado temerario para triunfar, acaba de discutir con Siéyès el golpe de Estado que prepara; sólo le faltaba un buen general para conducir las tropas. Cuando este general, en la persona de Napoleón, aparece en escena, Luciano le oculta sus intenciones y se eclipsa ante él, pero su decepción se cambiará en odio, pues él también es del temple de los grandes Bonaparte.

He aquí el cuñado de José, Bernadotte, con su nariz impertinente y su pérfida fisonomía, hombre peligroso, astuto, hipócrita, que ni siquiera ha ido a saludar a Bonaparte a su regreso. Cuando éste habla de la situación desesperada de Francia, Bernadotte dice: «Estoy seguro de que no tardará en contener a sus enemigos exteriores e interiores», y le lanza una mirada aguda como si él mismo fuese Bonaparte. Dos miradas autoritarias se cruzan. Bonaparte, siempre dueño de sí, vuelve a llevar la discusión al terreno político y sus peligros, y luego ataca con violencia al club de los Jacobinos. Bernadotte replica: «Sus hermanos fueron los principales fundadores de este club». Bonaparte, moderándose de nuevo: «Pues bien, sí, general, preferiría vivir en el bosque que en medio de un Estado que no ofrezca ninguna seguridad». Bernadotte, irónico: «¡Santo Dios!, y ¿qué seguridad le falta a usted?». Bonaparte iba a dejarse llevar por la cólera, cuando interviene Josefina. Ella es, sin embargo, la causa indirecta de su enemistad, pues Bernadotte se ha casado con Deseada Clary, la mujer que antaño cortejara Bonaparte y que le rechazó, para ser ahora desdeñada por él. Bernadotte le guarda rencor por esto. Durante toda su vida, Bonaparte procurará compensar por medio de incesantes presentes la decepción de Deseada y por ella elevará cada vez más a Bernadotte, aunque éste no cese de traicionarle.

Todo lo que sus hermanos y sus íntimos le relatan acerca de los acontecimientos del año transcurrido, el cuadro de corrupción anárquica, impotente y brutal, le deciden a obrar sin demora. Disminuir el número de los que detentan el poder, prolongar su mandato, reunir la fuerza dispersa del Gobierno actual en un triunvirato nombrado por diez años; tal es el plan que

se traza. En el Luxemburgo nadie se siente tranquilo desde que llegó; cada uno de los cinco miembros del Directorio desconfía de Napoleón y de sus cuatro colegas. ¿Quién está por el General? Siéyès es amigo de Luciano; Barrás, de Josefina; Gohier, de ambos. ¿Y Ducos? Y el general Moulin, ¿se podrá contar con él? El general Bonaparte ha enviado a este último, inmediatamente después de su llegada, un sable damasquinado, con incrustaciones de diamantes, que Moulin no ha podido rechazar.

Mientras tanto, el Directorio murmura, porque, en ocasión de su primera visita oficial, Bonaparte llevaba un indumento muy extraño para un general: traje de paisano, levita verde y sombrero redondo; en la mano, un sable de mameluco. Y sus largos cabellos ¿se los habrá cortado para dar una impresión de sencillez? Hoy vuelve en uniforme de general, escoltado por una brillante comitiva, y todo París le contempla asombrado. Esta pompa no presagia nada bueno. En presencia de sus superiores, los cinco del Directorio, es él quien pregunta; casi se diría un interrogatorio. Sus enemigos murmuran al oído de los jefes del Directorio: «¿Por qué os dejáis intimidar? ¡La expedición de Egipto ha fracasado! ¡Mandad, pues, que le detengan por haber abandonado su ejército!».

Durante este tiempo, Bonaparte recibe al jefe de los jacobinos y los agentes de los Borbones; da consejos a quienes se lo piden, no dice a nadie lo que piensa y se conduce como un hombre de mundo que, después de un largo viaje, escucha con un aire paciente y cansado el relato de las querellas de familia. Desde hace dos semanas se halla en París. La tensión aumenta. Los asuntos del Estado están, por así decirlo, paralizadas, pues los cinco jefes del Directorio intrigan en vez de gobernar; la confusión que reina en las dos Cámaras les ha quitado todo prestigio; una nueva Constitución flota en el aire, agitada por un viento que no se sabe de dónde sopla. ¿Quién detenta el poder civil? ¿Quién es el amo del ejército? ¿El general Moulin? ¿El general Bonaparte?

Mientras nadie sabe lo que reserva el mañana y todo son conjeturas, Bonaparte se dirige tranquilamente al Instituto y da una conferencia sobre el canal de Suez y la piedra de los jeroglíficos. El 1.º de noviembre se da un gran banquete oficial en honor de una victoria de Massena. ¿Dónde está Bonaparte? ¿No le agrada festejar a un camarada?

Aquella tarde se halla Napoleón en casa de su hermano Luciano, con el abate Siéyès, el más notable de los miembros del Directorio, al que por fin Talleyrand ha logrado poner en contacto con Bonaparte. Tan ambicioso e

inteligente el uno como el otro, helos aquí ya frente a frente: el hombre de la Constitución y el hombre del Poder. «Yo he hecho la gran nación», dice Bonaparte. «Porque nosotros habíamos hecho la nación», le replica Siéyès. Luego arreglan los detalles del golpe de Estado: el día fijado harán correr el rumor de una conspiración de los jacobinos a fin de que las Cámaras, atemorizadas, se trasladen a Saint-Cloud. Para mayor seguridad, Bonaparte será nombrado gobernador militar de París. Siéyès y Ducos están de acuerdo. Se obligará a los otros jefes del Directorio por la persuasión, la amenaza o el dinero. Pero ¿y Gohier? «¡Hay que terminar de una vez! Es preciso dispersar las Cámaras por la fuerza», aconseja Luciano. Pero a la noche, cuando se encuentra a solas, Bonaparte se dice:

«¡La fuerza! ¡Qué torpeza! Hace cuatro años se vio claramente adónde conduce la fuerza. El arte consiste en guardar la apariencia de la legalidad. Nada de cañones, ni de sangre, ni de arrestos: tal es el secreto para triunfar de un golpe de Estado. De otra manera, habría que volver a empezar dentro de un año. Agotada por diez años de revolución, la República está cansada de luchar; la amenaza aspira hoy a la protección de un hombre fuerte; ya no puede soportar nada más. ¿Se puede contar con Siéyès? ¡Cuántas ideas se esconden tras de aquella frente hundida...! Desde hace años redacta Constituciones; no es más que un ideólogo que busca un buen general, del que se desembarazará en seguida. Si yo no hubiese llegado, habría acudido a Moreau; yo me serviré de ambos ahora. Berthier, Bourrienne, Murat, Mermont y Leclerc son absolutamente seguros. ¿Y Luciano? Por el momento es seguro. ¿Y Bernadotte? Su mirada malévola me engaña, pero no hará nada por ahora. ¿Y Talleyrand? Es peligroso y más vale estar con él. ¿Y Moulin? Apresurémonos: verdaderamente, hay demasiados generales en París».

A la noche siguiente, nuevo conciliábulo con Talleyrand, en casa de éste. Talleyrand y Bonaparte se hallan solos, hablando y discutiendo hasta bien entrada la noche. De pronto, se oye ante la casa un ruido de caballos y patrullas. «Bonaparte palideció, y creo que yo también», contará más tarde Talleyrand. Ambos temen ser detenidos; apagan las luces y atraviesan cuidadosamente una galería, para ver mejor lo que sucede. Ha sido sólo un accidente callejero sin importancia. Respiran. Pero ¿por qué el Directorio no manda detener sencillamente a aquellos hombres sospechosos? El nombre de Bonaparte era ya demasiado poderoso.

El 6, gran fiesta en el Luxemburgo para festejar a Bonaparte y a Moreau, a quien se le reserva el puesto de honor. Si los Directores desconfían de

Bonaparte, éste los paga con la misma moneda, pues sólo come el pan y los huevos que un servidor le trae. Al cabo de una media hora parte para preparar con los suyos la caída de los que acaba de abandonar. A la noche siguiente, Talleyrand, Roederer y Siéyès se reúnen en su casa; se ha invitado, además, a los que se quiere ganar: Jourdan y Bernadotte. Después de la comida, Bonaparte se dirige a Jourdan: «¿Qué se debe hacer?». Dos generales que apenas se conocen se encuentran y contemplan. «¿Cuál es su parecer?», pregunta el uno, y en seguida el otro se lleva la mano al puño de la espada. Se gana a los vacilantes y se decide obrar en las cuarenta y ocho horas siguientes. Murat, Lannes y Marmont advertirán a los oficiales de las diferentes divisiones del ejército; Berthier avisará al Estado Mayor.

Luciano se encarga de dirigir los debates del Consejo de los Quinientos, del que ha sido elegido presidente (en honor de su hermano, claro está). El presidente del Consejo de los Ancianos será advertido igualmente y se pedirá a los ujieres que no convoquen a ciertos diputados para la próxima sesión. Inmediatamente después de su nombramiento, Bonaparte encargará a Lannes de las Tullerías y a Murat del palacio Borbón. Josefina invitará a Gohier y a su esposa para el primer almuerzo y Bonaparte mismo se hace anunciar para la comida del mediodía en casa de Barrás, con el fin de adormecer su desconfianza. José usa de su influencia sobre su cuñado Bernadotte para obtener que, al menos, permanezca tranquilo. Roederer redacta la proclama, que su hijo hará imprimir en casa de un amigo.

«¿Fue más intensa la emoción de Bruto? —se pregunta Bonaparte—. Y, sin embargo, también nosotros vamos a matar a alguien: ¡a la Anarquía! Una nueva época, un nuevo siglo, van a comenzar. ¡Cuántas bajezas, cuántas intrigas! Un campamento es más limpio».

XIX

Día 9 de noviembre; la pálida claridad de una mañana de otoño alumbra las calles: es la aurora del 18 Brumario. Ante la casa de Bonaparte van y vienen, a caballo, en coche, numerosos oficiales, en su mayoría antiguos compañeros de las guerras de Italia. ¿Se descargará, al fin, el golpe? Siendo su casa demasiado pequeña, se espera en el jardín, paseando de arriba abajo, discutiendo las probabilidades, tan alegremente como si se hallasen a orillas del Rin. Importa sobre todo que las apariencias se guarden bien y que no se vea ningún uniforme antes de las seis de la mañana. Todo va bien. Los agentes confirman la exacta ejecución del programa: las dos Cámaras han sido convocadas para las siete, con excepción de los diputados que hubieran podido poner obstáculos a la acción. Tan pronto como los primeros amigos iniciados llegaron, Luciano, en los Quinientos, y su colega, en los Ancianos, han hecho votar el nombramiento de Bonaparte como gobernador de París.

Un correo trae la carta sellada; luego todo ocurre legalmente. Bonaparte se presenta ante sus partidarios. En seguida parte a caballo, seguido por toda su escolta. La muchedumbre lo contempla, asombrada, pero sin conceder importancia a este desfile. En el bulevar de la Magdalena, un regimiento de dragones de la campaña de Italia se une a él sin esperar la orden de su coronel. Otros oficiales siguen con Duroc; Marmont los había hecho ir a su casa a la madrugada y les había proporcionado caballos, prestados en un picadero.

Los jardines de las Tullerías se llenan de oficiales que esperan a caballo. Bonaparte echa pie a tierra y penetra en la sala del Consejo de los Ancianos. ¿Va a hablar en aquella sala desconocida, oscura, ante gentes que desprecia? ¿Por qué no se contenta con prestar juramento a la Constitución? De lo alto de la tribuna se eleva su voz: «Vosotros sabéis que la República perecía, y vuestro decreto acaba de salvarla. ¡Que no se busque en el pasado ejemplos capaces de retardar vuestra marcha! Nada en la Historia se asemeja a la

terminación del siglo XVIII; nada, en los finales del siglo XVIII, se asemeja al momento actual. Queremos una República fundada sobre la verdadera libertad, sobre la libertad civil, sobre la representación nacional, y la tendremos. Lo juro en mi nombre y en el de mis compañeros de armas».

«¡Lo juramos!», responde a través de las puertas abiertas el eco de sus fieles soldados. Los señores abogados se sienten intranquilos. Bonaparte abandona la sala tranquilizado. Todos aquellos ojos, todas aquellas gafas, todos aquellos hombrecillos desmirriados... No se ha dado cuenta de que ha hablado con un tono orgulloso y de que este tono ha disgustado. Fuera, cuando desde lo alto de su caballo grita a sus tropas que salven la República, sus palabras y su voz suenan de una manera muy distinta.

Entre tanto, Luciano ha diferido para el día siguiente la sesión del Consejo de los Quinientos. Pero ¿qué ha sucedido? He aquí la guardia montada del Directorio. ¿Aliada o enemiga? «¿Es Siéyès quien los envía?». El oficial dice que no con el ademán, pero sonrío en señal de conformidad.

El pobre Siéyès, perplejo, se ha quedado en la puerta del Luxemburgo. Desde hacía quince días, el abate tomaba clases de equitación para poder unirse al nuevo general, montando un brioso caballo, a la cabeza de su guardia, y darle el abrazo de rúbrica ante la muchedumbre reunida. Pero la guardia ha partido sin esperar sus órdenes, y Siéyès, muy malhumorado, la sigue en coche, acompañado del dócil Ducos.

Moulin, el soldado, reflexiona; estima la fuerza del adversario en 8.000 hombres; se entera, además, por sus ayudas de campo, que Bonaparte tiene tomados todos los puntos de la ciudad, y como consecuencia de estas noticias se pone, por escrito, «a la disposición del General».

El honrado Gohier, fuera de sí, se ha quedado en casa. No ha aceptado personalmente la extraña invitación matinal, pero ha enviado a su esposa, como una especie de rehén; mientras ésta toma el té con Josefina, Bonaparte engaña a su marido, birlándole, no ya la dama, sino Francia.

Tan pronto como supo las primeras noticias, Gohier había invitado a sus colegas a una reunión, a la que nadie fue. Tres de ellos se habían pasado ya al campo enemigo, y Barrás envió a decir que se hallaba en el baño.

Cuando Talleyrand entra, como emisario, en casa de Barrás, le encuentra preparándose para afeitarse; realmente, parece tomar hoy un especial cuidado de su cuerpo. Bajo la mirada de Talleyrand, cede inmediatamente y se

contenta con pedir un salvoconducto. Al llevarle el secretario de Barrás la noticia, Bonaparte lo apostrofa violentamente delante de todo el mundo: «Yo había dejado a Francia tranquila y triunfante, y la encuentro humillada y dividida; había dejado numerosos y temibles ejércitos, y helos aquí destruidos o vencidos. ¿Qué se ha hecho de los cien mil hombres, compañeros de mis trabajos? ¡Todos han muerto, todos han perecido miserablemente! Los autores de semejantes desastres, de desgracias tales, no pueden mezclar por más tiempo sus nombres a los asuntos públicos; deben vivir en el retiro y la soledad». El infeliz secretario tiembla. En realidad, Bonaparte está absolutamente tranquilo, pero le agrada simular una gran cólera ante un centenar de personas, que repetirán sus palabras por todo París.

Gohier hace su aparición. Valientemente, se atreve a poner en guardia al hombre todopoderoso contra la violencia y recordarle sus deberes para con el Directorio: «¡Ya no existe el Directorio! —grita Bonaparte—. ¡La República está en peligro y yo quiero salvarla! Siéyès, Ducos y Barrás se han retirado». Llega una carta de Moulin. «¿No es usted un pariente de Moulin? ¿No? Pues bien, también él se ha retirado. No será usted el único que se niegue a dimitir».

El hombre íntegro defiende con firmeza su derecho. De regreso al Luxemburgo, él y sus amigos son vigilados por quinientos hombres hasta que todo ha terminado. En cuanto a Barrás, espera inquieto el regreso de su secretario. ¿Si Bonaparte fuese a vengarse hoy...? Josefina es caprichosa... Pero he aquí a Talleyrand que llega con el salvoconducto y un saquito de oro. Nadie supo jamás si Barrás recibió este dinero o si Talleyrand lo guardó en pago de sus servicios.

Así fue como privó Bonaparte del poder a los cinco jefes de la República. Pero sólo ha pasado el primer día. Mañana, en Saint-Cloud, la cosa será más ardua. Agitada reunión nocturna en casa de Bonaparte. Luciano lo sabe todo, ha estado en todas partes, y exclama con razón: «¡Habría debido concluirse todo en un solo día! Se les ha dejado demasiado tiempo. Ya en el Consejo de los Quinientos gritan que han sido engañados. ¡Quién sabe lo que ocurrirá mañana! ¡Es preciso disolver las Cámaras con la ayuda de las tropas y detener a los diputados más peligrosos!».

Sí, tal vez mañana surgirán complicaciones. Bernadotte trataba de hacerse nombrar general de la oposición por el Club de los Jacobinos, «pero esos canallas son demasiado cobardes». En vano conjuran sus íntimos a Bonaparte para que mande detener a todos los generales que no le pertenecen: él persiste

en querer conservar la apariencia de la legalidad: «Dirían que temo a los generales. Nadie debe poder acusarnos de haber obrado ilegalmente. ¡Nada de partidos, nada de fuerza armada! El pueblo entero debe haber tomado parte en la decisión mediante el voto de los diputados. Nada de guerra civil. Derramar la sangre de los ciudadanos es ir al encuentro de un fracaso seguro».

Aquella noche, por lo que pueda suceder, deja su pistola cargada al alcance de su mano.

XX

En una fila interminable, como si se tratase de una revista, coches, carrozas, carretas, jinetes y peatones se dirigen hacia Saint-Cloud. Bonaparte se dirige allí en coche para no llamar la atención de nadie. Respetar la forma de la Constitución hasta el último momento: tal es su decisión.

Al fin y al cabo, ¿qué ha sucedido ayer contrario a la ley? ¿No tienen, acaso, las Cámaras derechos para trasladarse, como medida de seguridad, fuera de la ciudad y dar un nuevo gobernador militar a París? ¿No tienen los jefes del Directorio derecho a dimitir? ¿No existe, en efecto, el peligro jacobino que se alegó como pretexto? Hoy mismo, las Cámaras modificarán por un voto público la Constitución; provisionalmente, se nombrarán tres funcionarios que se llamarán Cónsules, al modo de los triunviros romanos. Luego se prorrogarán las sesiones de las Cámaras. ¿No es todo esto conforme a la ley?

Los diputados no son de la misma opinión. Llenan el palacio, habitualmente desierto, con los gritos de sus discusiones y de sus protestas; como las salas, apresuradamente dispuestas para la sesión, no se abrirán hasta la una de la tarde, tienen tiempo de acalorarse en discusiones.

En una habitación reducida, con vistas al parque, los futuros cónsules esperan. Siéyès y Ducos permanecen sentados, pero Bonaparte recorre sin cesar la habitación de un lado a otro, escuchando, sin dejar de andar, las noticias que le traen. «A esos paisanos —se dice— les hace falta toda una mañana para instalar unos cuantos bancos; luego, un tiempo interminable para prestar, uno tras otro, un juramento que nuestros reclutas pronuncian en coro en menos de dos minutos. ¡Qué vergüenza tener que esperar en este gabinete la decisión de esos abogados!». Durante este tiempo, los Ancianos se reúnen en la sala de Apolo y los Quinientos en la *Orangerie*; pero también allí se encuentran espectadores en abundancia, gente segura toda ella. Cuando después del juramento se llega a los debates, que dirige Luciano, los

diputados de la oposición ganan terreno y, mostrando la fuerza armada bajo sus ventanas, exclaman: «¡Abajo Cromwell! ¡Abajo la dictadura!». Su partido gana la sala entera. Las noticias, transmitidas a la salita del fondo, son cada vez más alarmantes: los oficiales comienzan a inquietarse; «¡Que los dispersen! ¿Para qué, si no, tenemos aquí las tropas?».

Por toda respuesta, Bonaparte les lanza una mirada glacial; toma su espada y, sin decir una palabra, sube a la sala del Consejo de los Ancianos. Los que le siguen se miran entre sí meneando la cabeza. ¿Irá a ponerse a hablar, como ayer, en vez de abrir el fuego? Asombrado, el presidente le concede la palabra. «Ayer, cuando me llamasteis, estaba yo tranquilo en París..., hoy se me colma de calumnias. Todas las facciones se han amontonado en torno mío, tratando de ganarme a su causa. No hay tiempo que perder; que el Consejo de los Ancianos se pronuncie: yo no soy un intrigante; vosotros me conocéis; me parece que bastantes muestras de fidelidad he dado a la patria... ¿Temblaré yo ante las facciones, yo, a quien la coalición no pudo destruir? ¡Si soy un pérfido intrigante, sed todos y cada uno de vosotros un Bruto!».

Malestar, sonrisas. Pero ¿por qué demonios habla? Realmente, no parece estar muy seguro de lo que dice, pues continúa: «Francia entera debe conocer lo que nosotros queremos saber... Todas las facciones... se disponen a aprovecharse de la caída del Gobierno actual; todas han querido ligarme a ellas; yo he creído mi deber unirme al Consejo de Ancianos... Los medios de salvar a la patria están en vuestras manos; si vaciláis en hacer uso de ellos, si la libertad perece, vosotros seréis culpables ante el universo, la posteridad, Francia y vuestras familias».

Cada vez se enreda más; los Ancianos se agrupan en torno de la tribuna, le interrumpen, exigen nombres. De repente, Bonaparte se vuelve y señala con la mano las puertas, como si indicase las tropas que hay tras ellas. Como si buscase una escapatoria, apostrofa a los soldados invisibles. «Y vosotros, mis camaradas, que me acompañáis, vosotros, valientes granaderos que veo en torno de este recinto, volved en seguida contra mi corazón todas esas bayonetas con las que hemos triunfado juntos. Pero también, si algún orador, pagado por el extranjero, se atreve a pronunciar contra vuestro general la frase: ¡fuera de la ley!, que el fuego de la batalla lo fulmine en el acto. ¡Recordad que yo marché acompañado del dios de la guerra y del dios de la fortuna!».

¿No irán las risas burlonas a acabar con el orador y su golpe de Estado?

Bourrienne, abriéndose por fin un camino hasta él, le toma de un brazo y le dice en voz baja: «¡Cuidado, General, no sabe usted lo que dice! ¡Venga!». Bonaparte le sigue y abandona precipitadamente la sala, en tanto que uno de los diputados procura atenuar la mala impresión que ha causado.

¿Por qué su cerebro, que en medio del tumulto de las batallas guardaba siempre su plena lucidez, no ha estado esta vez al nivel de las circunstancias y le ha traicionado en el momento decisivo?

Porque, nacido para mandar, Bonaparte no sabe solicitar. Sabe, llegado el momento, halagar, amenazar, atenuar, mentir mejor que los viejos diplomáticos con quienes ha firmado tratados, pues, a más de tratarlos como a iguales, allí están sus cañones para el caso de que no obtuviese satisfacción; pero no soporta el doblegarse a una ley que él no ha dictado. La legalidad y el orden que respeta son los dictados por él, no los que antes de él fueron instituidos.

Sabe que es capaz de conducir un país a través del caos hacia una forma de gobierno tal que nadie tenga que sufrir los azares del nacimiento o de la pobreza. ¿Y es a aquellos representantes corrompidos, degenerados, divididos por diez años de luchas políticas, a quienes debe rogar e implorar para que accedan a concederle un poder que desde hace tiempo posee?

Él, que en el Instituto se ha mezclado a los sabios, preguntando e instruyéndose, comprende tan poco el espíritu de estas asambleas políticas, que cree ya ganada la partida, y manda decir a Josefina que todo va bien. Alienta a los suyos y corre al Consejo de los Quinientos. Felizmente, sus prudentes amigos le hacen acompañar por cuatro gigantescos granaderos; pero, para permanecer fiel a su resolución, no hubiera debido aceptar su escolta. A la cabeza de estos hombres entra en el Consejo de los Quinientos, sombrero y látigo en mano. «¡Bonaparte!». Instantáneamente, todos se vuelven hacia la puerta. Los jacobinos gritan: «¿Qué significa esto...? ¿Sables aquí...? ¿Hombres armados...?». Algunos se arrojan sobre él para golpearle, pero los granaderos le rodean y reciben los golpes que iban dirigidos a su General. Tumulto, confusión, lucha furiosa: paso a paso, retrocediendo, rodeado por los suyos, se detiene algunos momentos, aturdido, incapaz de hablar; pero no tarda en recobrase y pasa a la salita del fondo.

Durante las batallas de Italia, Bonaparte se colocaba con frecuencia en la primera línea. En Lodi hubo necesidad de retirarle del centro de la lucha; pero aquí acababa de encontrarse, por primera vez, en medio de una muchedumbre

contra la que no podía ordenar una carga o un fuego cerrado —situación que se repetirá al final de su carrera—. Sacar su espada le era imposible, puesto que tenía que suponer desarmados a sus enemigos, aunque algunos no lo estuviesen; recurrir en aquel momento a las armas habría sido comprometer el principio mismo de su golpe de Estado.

Pero el peligro a que acaba de escapar ha dado en tierra con sus principios; se ha usado de violencia contra él. Furioso, recorre la sala. Su orgullo está herido; de rabia, se lacera el rostro con las uñas hasta hacerse sangre. Esto le tranquiliza; ahora podrá mostrar a sus tropas cómo esos imbéciles han recibido al gobernador de París. El pensar que ha sido atacado primero le hace renunciar a sus propósitos.

En la sala, Luciano lucha por él. El grito terrible de: «¡Muera! ¡Que se le declare fuera de la ley!» resuena. Luciano agita su campanilla, procurando en vano calmar el tumulto. «¡Que se ponga a votación la prescripción de Bonaparte!». Se sabía lo que esto significaba en los tiempos de la Revolución. Luciano, el representante del Derecho de la Ley, no pudiendo obtener ya nada, se despeja con gesto dramático de su toga, declara que renuncia a sus funciones y sale corriendo. Con toda oportunidad, fuerza es confesarlo.

Luciano encuentra a su hermano con las tropas. Bonaparte había palidecido al saber la noticia de su prescripción y se había precipitado a la ventana, gritando: «¡A las armas!»; luego descendió y se dio cuenta en seguida de que el ardor de los soldados no era el suficiente para arrastrarlos a la lucha. Ya el crepúsculo invadía el parque; todos esperaban. En ese momento llega Luciano, y los dos hermanos pasan a caballo ante las tropas.

Tras la verja, escondidos en sus coches, dos hombres vigilan, decididos a huir o a reinar mañana, según el final de la jornada; son los dos futuros cónsules. Todos parecen haber perdido la cabeza.

Sólo Luciano domina la situación. Este novicio habla a las tropas más hábilmente que su hermano a los diputados: «¡Ciudadanos soldados! El presidente del Consejo de los Quinientos os declara que la inmensa mayoría de ese Consejo se halla en estos momentos bajo el terror de algunos representantes del pueblo que sitian con sus puñales la tribuna, amenazando de muerte a sus colegas y sosteniendo las más horribles deliberaciones.

»Yo os declaro que esos audaces bribones, pagados sin duda por Inglaterra, se han rebelado contra el Consejo de los Ancianos y se han atrevido a hablar de prescribir al General nombrado por la misma Cámara,

como si aún estuviésemos en el tiempo horrible de su reinado, durante el cual la palabra *proscrito* bastaba para hacer caer las cabezas más caras a la patria.

»Usted, General, y vosotros, soldados, y vosotros todos, ciudadanos, sólo reconoceréis por legisladores de Francia a los que van a seguirme: en cuanto a los que permanezcan en la *Orangerie*, ¡expulsadlos por la fuerza!».

Su hermano lo ha escuchado con los labios crispados. Cuando acaba, exclama a su vez: «Y si se resisten, ¡matad, matad! Seguidme; ¡yo soy el dios de las batallas!».

Luciano, temiendo un nuevo discurso, le suplica en voz baja: «¡Cállate! ¿Te figuras estar hablando a tus mamelucos?».

«¡Viva Bonaparte!», gritan los soldados, para quienes los dos hermanos representan la unión de los poderes civil y militar; pero no se mueven un paso. Todo está perdido si no avanzan inmediatamente. En este instante, Luciano arranca a un oficial la espada y, dirigiéndola contra el pecho de su hermano, exclama: «¡Juro atravesar el pecho de mi propio hermano si alguna vez llega a atentar contra la libertad de los franceses!». Esta frase arrastra a las tropas. Murat hace tocar inmediatamente a generala, ordena a un pelotón que le siga y grita con voz tonante: «¡Muchachos, echadme a toda esa morralla de la sala!».

Los hombres se echan a reír y, calada la bayoneta, pero sin herir a nadie, alegres y bromeando, sacan fuera a los diputados que aún intentan defenderse. Bajo el crepúsculo hay una confusión indescriptible de birretes, de togas rojas, de bonetes de policía. Los últimos diputados se escapan por las ventanas.

Entre tanto, el inapreciable Luciano ha corrido al Consejo de los Ancianos. Cuenta, exagerándolo considerablemente, lo que ha ocurrido a su hermano y, a favor del pánico, obtiene el nombramiento de los tres cónsules y la suspensión de la sesión hasta la noche. Hambrientos, los jefes parten en seguida a cenar a una pequeña hostería.

Los más devotos se reúnen una vez más en Saint-Cloud, en la sala destartalada. A la luz de las bujías, treinta hombres, que aquella noche representan al pueblo francés, estudian lo que se exige de ellos; una numerosa concurrencia, compuesta de jóvenes elegantes y de mujeres bonitas, asiste, con aire burlón, a esta ceremonia nocturna. En tanto que toda esta sociedad se divierte, el infatigable Luciano celebra dignamente una misa política y hace, a las dos de la mañana, prestar juramento a los tres cónsules. «¡Viva la

República!», gritan algunas voces fatigadas.

A las tres, el Cónsul regresa a París con Bourrienne. Durante el trayecto permanece silencioso, y sólo en casa, en presencia de Josefina, despliega los labios para preguntar:

—¿He dicho muchas tonterías, Bourrienne?

—Algunas, mi General...

—Esos imbéciles me han intimidado. No tengo la experiencia de las asambleas...

Pero entonces, en lugar de hablar del golpe de Estado y de sus enormes consecuencias, pues al día siguiente reinará sobre Francia, sólo piensa en sus enemistades personales: «Ese Bernadotte... Me han asegurado que ha tenido la audacia de agregar que, si era necesario proscribirme, él sería el primero en apoyar esa medida... Su mujer le domina. ¡Como si no hubiese hecho cuanto estaba en mi mano! Usted ha sido testigo. Por otra parte, me arrepiento de haber mimado tanto a Bernadotte, y voy a pensar en la manera de alejarlo de todos esos corrillos. No me puedo vengar de otra manera. ¡Buenas noches, Bourrienne! A propósito, mañana dormiremos en el Luxemburgo».

LIBRO TERCERO

EL RÍO

*Worüber trüb Jahrhunderte gesonnen,
Er übersieht's in hellstem Geisteslicht,
das Kleinliche ist alles weggeronnen,
nur Meer und Erde haben hier Gewicht^[*]*

GOETHE

I

En torno de una gran mesa oval se halla reunida una veintena de hombres jóvenes y viejos, de miradas firmes y penetrantes, vestidos casi todos con una sencilla levita, sin peluchas ni chorreras, a la moda de 1800; algunos llevan uniforme, sin galones ni condecoraciones. Hay entre ellos técnicos y teóricos, hombres venidos de las oficinas y de los campos de batalla, del vivac y del laboratorio, madurados antes de edad por diez años de Revolución y firmemente decididos a poner término a ella.

El frío y solemne esplendor de las Tullerías, donde reinaron los últimos Borbones, y el reflejo rojo dorado de las sedas y los tapices no sientan bien a su positivismo burgués. El Directorio había celebrado alegres fiestas en honor de sus bellas amigas, pero se mantuvo en el Luxemburgo, residencia de los pares de Francia. Parecía como si pesase una maldición sobre las Tullerías y como si estuviesen habitadas por fantasmas. Pero el Dictador ha conjurado con un gesto a estos demonios y, dos meses después del golpe de Estado, residía con los otros dos cónsules en el viejo palacio.

La llegada del primero de los burgueses, siete años después de la detención del último de los reyes, fue más burlesca que solemne, y los parisienses se divertían de lo lindo con los coches de alquiler, cuyos números aparecían bajo las etiquetas mal pegadas. ¡La Historia abunda en estos pequeños detalles! El humor del Primer Cónsul se mantenía al unísono de esta improvisada mudanza: «La cuestión no es estar en las Tullerías, sino el permanecer en ellas».

Más de uno de los que están ahora sentados alrededor de la mesa habían esperado en otro tiempo, en este mismo sitio, con la cabeza cubierta por la empolvada peluca, casaca bordada y chorrera de encajes, a que Su Majestad se dignase recibirlos. Algunos de ellos habían residido luego en el Luxemburgo, donde las leyes dictadas, revocadas luego, los decretos, las Órdenes, de arresto, las ordenanzas excepcionales se sucedían en una

verdadera zarabanda; donde tres Constituciones habían visto la luz y caído luego, como estallan y se apagan los fuegos de artificio. Esos últimos diez años evocaban la imagen de un vasto campo de batalla caótico y crepuscular, donde, entre el sonar de los tambores, los partidos políticos pasaban y repasaban entre el tintineo de sus armas; lucha del antiguo régimen y de las reivindicaciones nuevas, en una confusión de esperanzas fallidas y de envidiosos deseos de dominio, loca bacanal en que danzan la Libertad, la Igualdad y la Impostura y a la que asisten, invisibles, Rousseau, horrorizado, y Voltaire, irónicamente risueño ante la tempestad que ambos desencadenaron con sus libros.

Luego, repentinamente, la calma. Desde que el hombrecito de remendado uniforme preside la mesa ovalada, los partidos se han retirado a sus antros; satisfechos o descontentos, en todo caso se hallan reducidos al silencio. Debilitada por los clubs y la corrupción, por el terror y la demagogia, Francia, cansada de aventuras, cae en los brazos de quien va a convertirse en su amo.

Bonaparte era el hombre que necesitaba, y se rindió a él sin luchar apenas; precisaba una reorganización, un hombre que no se hubiese hallado nunca en el poder, que no perteneciese a ningún partido y estuviese sostenido por la opinión pública. Si Moreau hubiese sido más ambicioso y más hábil, habría podido ser un rival; todos los demás grandes generales estaban muertos u olvidados, y los competidores civiles no existían. El poder habría caído sin oponer resistencia alguna en manos de Bonaparte si éste no se hubiese obstinado hasta el ridículo en querer conservar la apariencia de legalidad.

Pero esta misma obstinación prueba su genio político. Él, que manejaba la espada como ninguno, conocía los límites de la fuerza armada: «Lo que más admiro en el mundo es la importancia de la fuerza para organizar cualquier cosa. Francia jamás tolerará el gobierno del sable. Los que lo creen se engañan. Serían precisos cincuenta años de abyección para que fuese posible. Francia es un país demasiado noble y demasiado inteligente para someterse al poder material y para sentir el culto de la Fuerza... A la larga, el sable es derrotado siempre por el espíritu».

Nunca este general, el primero de su tiempo, ha arrojado sobre la mesa su guantelete de acero. Lo mismo en París, como jefe del Gobierno, que en las negociaciones de paz, jamás consideró su espada sino como uno de los triunfos de que disponía. Durante quince años, sin dejarse aturdir por el ruido de las armas, se inclinará siempre atento hacia el rumor que sube de ese pueblo en el que sus cálculos no hallan asidero y que por esto mismo atrae

más su imaginación.

Y justamente porque Bonaparte coloca el espíritu por encima de la fuerza, hará converger sus esfuerzos, no hacia la guerra y las conquistas, sino hacia el orden y la paz. La historia de los diez años siguientes lo probará.

Para él, el orden es sinónimo de igualdad, pero no de libertad; su dictadura sólo retendrá una de las dos conquistas de la Revolución. A pesar de las apariencias y salvo algunas excepciones, Napoleón respetará siempre la Igualdad. Pero ¿y la Libertad? ¿Qué es la Libertad? «El hombre civilizado, como el salvaje, necesita un amo, un mago que tenga a raya su imaginación y lo someta a una severa disciplina, que le ponga un freno y le impida morder intempestivamente, que le corrija cuando sea preciso; el hombre está hecho para obedecer, no merece otra cosa y no tiene ningún derecho».

Estas despectivas palabras sólo expresan en parte su pensamiento, pues siempre le veremos conceder una gran importancia a los hombres de valor y elevarlos por encima de los demás. ¿No ha llegado él mismo al poder por su sola superioridad? Él es, en verdad, el hombre de la Revolución, y, en este sentido, lo seguirá siendo durante todo su reinado. Esto explica su sorprendente autoridad.

Cuanto más se extiende su poder, más sienten sus colaboradores asegurado su porvenir por un régimen que concede al mérito todo cuanto en honores, riqueza e influencia puede desear. Por lo demás, desde el comienzo pone sus principios en acción. Habiendo Siéyès propuesto en su informe el nombramiento de un presidente encargado únicamente de representar y firmar, Bonaparte tacha la proposición y la apostilla con estas enérgicas y breves palabras: «Nada de puerco que cebar».

Y es él quien toma en sus manos las riendas del gobierno. Realiza un trabajo enorme, ocupándose a la vez de la dirección de los ejércitos y de la política extranjera, nombrando todos los ministros, embajadores, consejeros de Estado, prefectos, oficiales y magistrados. Treinta senadores, nombrados por él, tienen el derecho de elegir, a su vez, sus colegas. Pero ni la Asamblea Legislativa, ni el Tribunal, ni el Senado, pueden proponer leyes. Estas asambleas no parecen haber sido creadas con otro fin que el de proporcionar a los políticos una tribuna y el de asegurar a los senadores el pago de ventajosos emolumentos.

Bonaparte, convertido en jefe todopoderoso, sólo se rodea de hombres de valer. El nacimiento y la intriga no llevan ya a ninguna parte; los puestos más

importantes, como los más modestos, sólo son ocupados por gente trabajadora, y el mismo principio se sigue en la elección de los miembros del Consejo de Estado.

El Dictador preside una verdadera «Mesa Redonda» de hombres de mérito. Allí está Laplace, al que nombra de repente, para honrar al Instituto, ministro del Interior; allí Roederer, funcionario y periodista, el hombre más independiente de cuantos rodean al Cónsul. Sus conversaciones con Napoleón se cuentan entre las más interesantes que hayan llegado hasta nosotros. Allí Tronchet, el primer jurista de su tiempo; allí realistas y jacobinos, todos ciudadanos libres e iguales en el cenáculo de la Inteligencia.

Un día, leyendo el acto de una sesión, el ciudadano-cónsul declara: «Importa conocer exactamente la opinión de las autoridades jurídicas, pues esto hace buen efecto; lo que nosotros, hombres de guerra y de dinero, pensamos, importa poco. Con frecuencia, llevado por el calor del momento, he dicho cosas que en seguida he reconocido como inexactas; no quiero parecer mejor de lo que soy». Cuando observaba que se opinaba de acuerdo con sus ideas, decía: «No están ustedes aquí para compartir mi parecer, sino para darme el suyo. Yo lo compararé en seguida con el mío para juzgar cuál es el mejor».

Estas sesiones, que con frecuencia no comenzaban hasta las nueve de la noche —el Cónsul se hallaba ocupado durante el día por el despacho de los asuntos urgentes—, no terminaban a veces hasta las cinco de la mañana. Y si algún consejero se amodorraba, o el mismo ministro de la Guerra se dormía tranquilamente, Napoleón los sacaba de su sueño: «Vamos, vamos, ciudadanos, despertémonos, que apenas son las dos; es preciso ganar el dinero que nos paga el pueblo francés».

Es verdad que él era uno de los más jóvenes de esta asamblea, puesto que acababa de cumplir los treinta años.

Tres campañas, la organización de un ejército de cien mil hombres, que ha conducido a través de los Alpes y más allá de los mares, hasta el desierto, le han preparado admirablemente para la administración de un país. Entonces, como ahora, le era preciso encontrar pan para sus hombres, dinero, asegurar la justicia, castigar, recompensar, velar por la obediencia y el orden.

El desorden provenía de la carencia de leyes. Hasta los comienzos de la Revolución no existía en Francia el Derecho bien establecido; se había reconocido la necesidad de él, pero al cabo de once años aún no se había

hecho nada en este sentido. Desde el día siguiente del golpe de Estado, Bonaparte invitó a dos comisiones a emprender el estudio del Código, llamado más tarde Código Napoleón. Tres eminentes juristas fueron encargados de redactarlo. Cuatro meses más tarde, su proyecto era estudiado por el Consejo de Estado; un año y medio después, las Cámaras votaban su aplicación.

Directamente inspirados por la Revolución, los principios de este Código, que continúa en vigor en Francia y que rigió hasta el año 1900 no sólo a los países de las conquistas napoleónicas, sino también a la mayor parte de Alemania, informa todavía hoy la legislación civil de Europa. Esta compilación de leyes, redactada por hombres de experiencia y a la que el mismo Dictador imprimió su personalidad sobre más de un punto, hizo surgir, de entre el caos de las ideas nuevas, el Derecho de Gentes.

No más títulos hereditarios; todos los hijos tienen derechos iguales a la herencia, todos los padres están obligados a sufragar las necesidades de sus hijos; no más medidas excepcionales; el matrimonio civil, y la posibilidad de romperlo para todos.

Sobre este último punto, como sobre muchos otros concernientes al derecho familiar, su penetrante psicología y su espíritu corso de familia se habían detenido largo tiempo: «Consultad las costumbres de la nación; el adulterio no es un fenómeno, sino una cosa muy corriente; es un asunto de canapé..., se precisa poner freno a las mujeres que se dejan llevar al adulterio por requiebros, versos, Apolo, las Musas, etc...».

Partidario del orden, es partidario del matrimonio y llega hasta a obtener que las mujeres sean obligadas a seguir a sus maridos en caso de destierro: «¿Podría, acaso, prohibirse a una mujer profundamente convencida de la inocencia de su marido el seguir en la deportación, pena a la vez humana y útil, al hombre a quien está más estrechamente unida? Y si cediese a su convicción, o a su deber, ¿sería acaso otra cosa que una concubina?». Y aprobaba la costumbre romana que transmitía solemnemente a la doncella de la tutela del padre a la tutela del marido: «Esto sería conveniente sobre todo para París, donde las mujeres se creen con el derecho de hacer lo que les viene en gana. No digo que esta medida produzca en todas su efecto; pero, desde luego, lo producirá sobre algunas». Y por las mismas razones, aunque partidario del divorcio, procuraba dificultarlo: «El simple alegato de incompatibilidad es voluntariamente contrario a la naturaleza del matrimonio, que se contrae para toda la vida... No existe el matrimonio en caso de

impotencia; el contrato es violado cuando hay adulterio. Éstos son dos casos ocasionales de divorcio... Los crímenes son causa determinada de divorcio. Cuando no existe el crimen, queda el consentimiento mutuo».

No solamente Bonaparte conocía el alma humana, sino que estaba dotado de una facultad de abstracción que le permitía reducir los hechos a teorías de orden general. El armonioso equilibrio que se establecía en él entre la teoría y la práctica, el poder de acción y el escepticismo le hacían particularmente apto para la creación de las leyes. Sus reflexiones sobre la infidelidad pasada y la fidelidad presente de Josefina, el interés ansioso que ella misma tomaba en la elaboración de ciertos párrafos iluminaban el combate que se libraba en él. La idea del divorcio por razón de Estado, que tal vez preveía, también inquietaba a Josefina, y mientras ésta usaba de su influencia para que la ley consolidase el matrimonio, Bonaparte debía buscar la manera de reservarse la posibilidad de romperlo.

Fue también un sentimiento personal lo que indujo al legislador, para evitar el escándalo y salvar el honor, a privar a los tribunales del derecho de juzgar los litigios conyugales antes de que una tentativa de conciliación se llevase a cabo entre los esposos. «Esta causa debe ser abierta por el consentimiento mutuo, que no es una razón de divorcio, sino un indicio de necesidad. El consejo de familia examina los hechos y decide. Las causas deberían ser juzgadas por el consejo de familia, a fin de evitar el escándalo de las acusaciones por adulterio».

Introduce la separación de cuerpos y de bienes, pero sólo después de haberse convenido entre esposos, pues para que quede, dice, una probabilidad de reconciliación es preciso que el asunto no haya sido tratado en público. Antirrevolucionario, partidario del orden, hombre de Estado, su fin será la protección de la vida familiar. Sería preciso, dice aún, que la mujer adúltera fuese castigada por una ley, si no lo estuviese ya por el divorcio.

La edad legal del matrimonio, fijada por la Revolución de los 13 a los 15 años, es cambiada por los 15 a 21 respectivamente. El siglo XIX realizará poco a poco los proyectos que fueron elaborados entonces en favor de los hijos. El hombre tendrá que reconocer al hijo nacido en el hogar, —salvo agrega Bonaparte— «en caso de que se hallase ausente de su casa desde quince meses antes del nacimiento». Y aún dice: «En cuanto exista la posibilidad de que el hijo sea del marido, el legislador debe taparse los ojos con la mano. El hijo debe ser considerado como un tercer interesado; no se trata aquí del interés de la mujer, sino del niño».

Se opone a la reducción de la pensión de los hijos mayores. «¡Queréis que un padre pueda arrojar de su casa a una muchacha de quince años! Un padre que tuviese sesenta mil francos de renta podría, pues, decir a su hijo: “Estás gordo y bien alimentado, ve a trabajar. Un padre rico o acomodado debe siempre a sus hijos el pan paterno”».

Cuando se trata de autorizar la adopción por una simple acta notarial, ataca un procedimiento tan simple: «La adopción no es un contrato civil ni un acto judicial. El análisis (del jurista) conduce a los más viciosos resultados. Sólo se puede gobernar al hombre por la imaginación; sin la imaginación es una bestia. No es por cinco sueldos diarios o por una mezquina distinción por lo que se deja uno matar; hablándole al alma es como se electriza al hombre. No es un notario el llamado a producir, por doce francos, este efecto. Es menester otro procedimiento, un acto legislativo. ¿Qué es la adopción? Una imitación por medio de la cual la sociedad quiere remedar a la Naturaleza. Es una especie de nuevo sacramento... El hijo de la carne y de la sangre pasa, por voluntad de la sociedad, a la carne y la sangre de otro. Es el acto más grande que imaginarse pueda. Da sentimientos filiales a quien no los tenía y, recíprocamente, da sentimientos paternos. ¿De dónde debe, pues, emanar este acto? De lo alto, como el rayo».

«En la discusión del Código Civil —dice Roederer— mostró el Primer Cónsul el poder de atención y la sagacidad de análisis que es capaz de concentrar durante veinte horas seguidas sobre un mismo asunto, si su explicación lo exige, o sobre diversos objetos, sin mezclar ninguno; sin que el recuerdo de la discusión que acaba de terminar, o la preocupación de la que va a seguir, le distraigan en lo más mínimo del objeto en que se halla actualmente ocupado».

Bonaparte se siente lleno de respeto por la lógica y la inteligencia del viejo Tronchet; éste, a su vez, admira el apretado análisis y el sentido de la justicia del joven Cónsul de treinta años, que, a cada decreto nuevo, pregunta: «¿Es justo esto? ¿Es útil?». Y no deja de informarse de las soluciones anteriores y de lo que los romanos y Federico el Grande tenían por equitativo.

No solamente se procede al examen de treinta y siete leyes, sino que el Cónsul plantea los problemas más diversos. ¿Cómo nos procuraremos pan, dinero? ¿Cómo afirmaremos la seguridad del Estado?

Exige de cada uno de sus ministros informes detallados, los abrumba de trabajo y aun les envía cartas a domicilio; es preciso contestar a la mañana

siguiente. «Se halla a la cabeza de todo —escribe uno de sus colaboradores—; gobierna, administra, negocia, trabaja cada día dieciocho horas con la inteligencia más clara y el cerebro mejor organizado; ha gobernado en tres años más que los reyes en ciento».

Interroga a cada uno en términos propios a su especialidad, de suerte que nadie puede pretextar que no le entiende. La precisión técnica de sus preguntas sorprendía hasta al más fervoroso realista.

Una memoria infalible le servía como un arma siempre apercebida. Habiendo presentado el Marqués de Ségur, después de un viaje de inspección, una Memoria sobre las fortificaciones del lado norte, le dice el Primer Cónsul: «He visto sus informes; son exactos. Pero ha olvidado usted en Ostende dos cañones de cuatro». Ségur nos da cuenta de su asombro cuando después de la verificación, advirtió, en efecto, que había olvidado dos cañones entre mil piezas diseminadas por todas partes.

Y, lentamente, la formidable máquina que durante diez años sólo había funcionado de una manera brusca e intermitente, vuelve a ponerse en marcha. Todas las provincias se quejaban en aquella época de la falta de seguridad, limpieza y orden; el luís de oro, que había valido veinticuatro francos, valía ahora ocho mil; el franco del Directorio, avalado por los terrenos, había caído al mismo tiempo. Los nuevos ricos habían comprado los dominios del Estado, los conventos y las tierras pertenecientes a la nobleza; pero nadie había pagado los impuestos. ¿Qué hará el Dictador?

Dos semanas después del golpe de Estado, las oficinas de recaudación se abrían en cada provincia. «La verdadera libertad civil depende de la seguridad de la propiedad, y no existe en un país en el que cada año se puede cambiar la cuota del contribuyente». Dos meses más tarde, el Banco de Francia era fundado y, al año siguiente, una nueva Administración de Aguas y Bosques y del Catastro queda instituida. En tanto que sus predecesores habían malbaratado los bienes del Estado, Bonaparte comienza a amortizar las deudas y sus intereses, renueva las Cámaras de Comercio, reglamenta la Bolsa, ahoga la especulación, que se aprovecha de la desvalorización de la plata, descubre el fraude de los proveedores del Ejército y de ciertos oficiales y reanima, por estas medidas de saneamiento, la industria disminuida a la mitad y más tarde al cuarto de su rendimiento.

¿El talismán, la varita mágica de todo ello?

Una inflexible e incorruptible energía en la dirección. Hombres de recio

temple, llenos de actividad y valor, a la cabeza de los ministerios, de las provincias y de las prefecturas; ausencia de cargos hereditarios y de aquellos que se obtenían por medios tortuosos, y abundancia, en todas partes, de hombres capaces, nombrados sin consideración de nacimiento o de partido. Todos, hasta los alcaldes, son nombrados por el Gobierno central, que crea, según su propia expresión: «una jerarquía de primeros cónsules en miniatura».

La oposición no existe ya. «Las gentes que eran antes agentes de un Gobierno inicuo y cruel están hoy empleadas por mí en la construcción del nuevo edificio social. Hay entre ellos buenos obreros; el mal estaba en que todos querían ser arquitectos. Por lo demás, he ahí al verdadero francés: difícilmente se encontraría uno que no se creyese capaz de gobernar el país».

Cuidadoso de no favorecer a ningún partido, da las carteras más importantes a dos hombres de política opuesta, a dos bribones de igual talento, que tendrían más tarde una trágica influencia sobre su destino. Bonaparte tiene derecho a decir: «¿Qué revolucionario no se fiaría de un régimen en el que el jacobino Fouché es ministro de Policía, y qué gentilhomme no viviría en un país en el que Talleyrand es ministro del Interior? El uno está a mi derecha, a mi izquierda el otro. Ante ellos abro una ancha vía, en la que cada cual tiene su puesto».

Los prefectos y los generales reciben la orden de prohibir los clubs y todo lo que pueda ayudar a la formación de partidos: «Decid con frecuencia a los guardias nacionales y a los diferentes ciudadanos que la Revolución ha terminado y que si hay algunos ambiciosos necesitados de odios y disensiones, las riendas del Estado se hallan en manos firmes y acostumbradas a superar todos los obstáculos».

Y la gran proclama que, pocas semanas después del 18 Brumario, recomienda al pueblo la nueva Constitución finaliza con estas palabras tan sencillas y altivas: «Ciudadanos, la Revolución se ha detenido en los principios que le dieron comienzo. La Revolución ha terminado».

II

Pero no así la guerra.

«De regreso a Europa, después de dieciocho meses de ausencia, encuentro nuevamente la guerra encendida entre la República y Vuestra Majestad. La nación francesa me llama a ocupar la primera magistratura». Así es como, antes de tomar nuevamente las armas, se dirige en persona al emperador de Alemania, altivamente, como si hubiese sido siempre el amo, con esa dignidad que le era natural y a la que muchas veces deberá su éxito. Su habilidad consiste en poner de relieve las faltas del enemigo. El emperador de Alemania no reacciona, pero el plan de Bonaparte está listo desde hace tiempo y sólo le resta llevarlo a la práctica.

Comienza por constituir una guardia nacional, cuyos miembros tienen que haber tomado parte en cuatro campañas: ni más ni menos que su General. Luego envía a Moreau al Rin y se prepara él para ir nuevamente a Italia. Esta vez no la atacará por la costa. A sabiendas de todos los espías austríacos, forma con los últimos contingentes algunos cuerpos de reserva endebles, les pasa revista y soporta, sonriendo, el sarcasmo de los periódicos de Viena. Al mismo tiempo equipa 32.000 hombres, los mejores, y prepara una campaña tan audaz como la de Egipto. ¿No franqueó Aníbal los Alpes? ¿No ordenó a las montañas que le abriesen paso? Hoy es preciso transportar los cañones. ¡Pues a talar las montañas y a vaciar los troncos para ocultar en su cavidad las bocas de fuego!

En la primavera que siguió al golpe de Estado atravesaba un ejército, por primera vez desde hacía dos mil años, la garganta del Gran San Bernardo. Los viejos monjes del Hospicio quedan atónitos ante el milagro. Milagro también para ese arriero mozo que conduce al General sin reconocerle y le cuenta sus penas y esperanzas y recibe poco tiempo después, como por encanto, el cortijo de sus ensueños. Los soldados mismos se maravillan de aquella fabulosa campaña y se disputan el honor de arrastrar los cañones. Siguen a su

antiguo jefe por aquella Lombardía que antaño se mostrara ante ellos como la tierra prometida, arrastrados irremisiblemente por el misterio y la rapidez de esta prodigiosa campaña. El enemigo está tan lejos de sospechar su avance, que un general austríaco escribe a una amiga suya, que se halla en Pavía, que no salga de la ciudad. Doce horas después, Bonaparte hacía su entrada en ella.

Sin embargo, el gran golpe que deseaba dar no parece que deba tener éxito. Cuando en el mes de junio obliga a los austriacos a aceptar la batalla, éstos, disponiendo de mayores efectivos, le rechazan. Desaix no llega con los refuerzos esperados y la desbandada parece inminente. De pie, al borde del camino, el General golpea nerviosamente el suelo con su látigo, mientras pasa ante él su ejército vencido. «¡Esperad! Las reservas van a llegar. ¡Esperad una hora todavía!». Pero todos huyen. ¿Irá la suerte a abandonarle? ¡He aquí, por fin, a Desaix! Precipitándose sobre los sorprendidos vencedores, los dragones cargan, el enemigo retrocede. La batalla de Marengo, que a las cinco de la tarde estaba perdida para Bonaparte, es ganada a las siete por Desaix, que muere sin conocer la victoria que ha alcanzado.

Bonaparte, dolorido, permanece en el campo de batalla. El mejor de sus generales ha muerto y, lo que es peor, él mismo ha sido derrotado. ¿Piensa, para atenuar su desilusión, que la llegada de Desaix a una hora dada estaba prevista en sus planes? O bien, ¿piensa que esta batalla que decide la segunda campaña de Italia, al igual que la del 18 Brumario, ha sido ganada por otros y no por él?

Afirmación difícil de sostener, puesto que a una legua del lugar en donde aquella noche dicta a Bourrienne el relato del combate se encuentra precisamente el punto que cuatro meses antes había señalado en el mapa con estas palabras: «Cuento con derrotarlos aquí».

Pero no era éste el momento para reflexiones semejantes. Hasta el último instante, hasta que tuvo los Alpes a su espalda, el hombre de Estado había continuado conferenciando con Viena: «Creo que para precipitar la paz es preciso llevar a un tiempo la guerra y las negociaciones». Y desde el campo de batalla escribe una segunda carta al emperador Francisco: «La astucia de los ingleses ha impedido el efecto que debía producir naturalmente en el corazón de Vuestra Majestad el paso que he dado, a la vez sencillo y franco. La guerra ha tenido lugar. Millares de franceses y de austriacos han dejado de existir... Esta consideración aflige de tal manera mi corazón, que, sin desalentarme por la inutilidad de mi primera tentativa, tomo sin vacilación el partido de escribir a Vuestra Majestad... Desde el campo de batalla de

Marengo, en medio de los sufrimientos y rodeado de 15.000 cadáveres, conjuro a Vuestra Majestad a que escuche el grito de la humanidad... Es a mí a quien toca hacer este llamamiento, puesto que soy el más cercano al teatro de la guerra. El corazón de Vuestra Majestad no puede estar tan emocionado como el mío. Las armas de Vuestra Majestad tienen ya suficiente gloria, y Vuestra Majestad gobierna un gran número de Estados. Demos el reposo y la tranquilidad a la generación actual. Si las generaciones futuras son lo bastante locas para batirse, después de algunos años de guerra aprenderán a ser prudentes y a vivir en paz». Esta larga carta, de la que no citamos sino las frases principales, es tan genial como su plan de batalla, tan fecunda en consecuencias como su victoria, y pone por primera vez a plena luz su ardiente deseo de paz. Con frecuencia le veremos escribir cartas semejantes después de triunfos decisivos.

¿Se había vuelto pacifista Bonaparte? En modo alguno, pero no hay nada en él del espadachín. La vista de un campo de batalla le impresiona siempre penosamente, y siempre continuó siendo escéptico respecto a los resultados intrínsecos de las victorias militares. Aunque le agraden los juegos del táctico y ame la vida de los campamentos, Napoleón es, ante todo, un hombre de Estado. Desde el día en que, desde esta misma llanura, ha comenzado a negociar con los reyes y los Estados, se ha aficionado a estas justas en las que triunfa la inteligencia. Jamás renunciará a su espada y nunca dejará embotar su filo; Europa no lo ignora y reconoce en él a un héroe. ¿A qué, pues, arriesgar todos los años su reputación?

Sabe que Francia tiene insaciable sed de gloria. No obstante, en aquel momento tiene, sobre todo, necesidad de reposo, necesidad de él. Ya no puede abandonarla durante años, como otras veces. Éstas son las razones múltiples que dictaron su carta al Emperador, carta que, sin duda, no tiene semejante en los anales de un vencedor. Después de esa tentativa de paz parte para Milán.

¿Estará, por fin, satisfecho París?

¡París! Comparable a Josefina, que, no contenta con todos los tesoros que pone él a sus pies, constantemente desea otros. Pero los parisienses están lejos de sentirse encantados con su nuevo amo. «Durante doce años enteros — escribe Roederer en su diario—, los ciudadanos se preguntan al levantarse, cruzando los brazos, condenados a la ociosidad: ¿Cuándo tendrán fin nuestros tiranos? Hoy es la actividad, estimulada por la esperanza, que de pronto se detiene y pregunta: Ese trabajo que emprendemos, este capital que arriesgamos, esta mansión que construimos, estos árboles que plantamos,

¿qué sería de ellos si fracasase Bonaparte? No fue en calidad de general como se le llamó al poder supremo, sino esencialmente como hombre de Estado. Sus victorias han hecho converger todas las miradas hacia él, pero son sus cualidades civiles las que hicieron converger hacia él todas las esperanzas». Así, los parisienses, aunque sin la menor malevolencia hacia él, sienten cierto malestar. Sólo Talleyrand, previendo el futuro, le escribe: «General, vengo de las Tullerías y no sabría pintarle el entusiasmo de los franceses y la admiración de los extranjeros... La posteridad se maravillará ante esta campaña milagrosa. ¡Qué presagios acompañan su regreso! Los imperios fueron fundados siempre sobre el milagro, y usted ha realizado uno».

Napoleón sonrío y piensa: «Este Talleyrand es algo más que un adulator, es un verdadero augur. Pero ¿por qué diablos expresa lo que yo apenas me atrevo a pensar? ¿Está representando el papel del romano que tentó a César?».

Otra carta de París. Es un informe policíaco de Fouché: Talleyrand ha reunido el otro día a un grupo de amigos para discutir lo que convendría hacer en el caso de que una derrota o un accidente sobreviniesen al Cónsul; la noticia de Marengo les llegó en el momento de la comida. «¡Ah, ha tenido miedo —se dice Bonaparte—; su conciencia se ha sobresaltado...! ¡Así son los amigos! Bajo su supuesta inquietud arde el secreto deseo de verse libre del amo».

¿Es una irónica sonrisa o un pliegue de profunda tristeza lo que crispa sus labios? En todo caso, ¡ya es tiempo de regresar a París! Pero la bella Grassini, a la que antaño desdeñara, canta aquella noche en la Scala; con su cálida voz le embruja, y la soberbia italiana cae en brazos del conquistador de Italia. No tardará en hacerla ir a la Ópera de París. ¿*Estrella* o amante? Se ignora...

El enemigo ha sido derrotado igualmente en Alemania; Bonaparte va a firmar en Lunéville una paz muy ventajosa, que reconoce a Francia las fronteras del Rin y de la República cisalpina. ¿Se puede obtener más en una campaña de unas cuantas semanas?

Sus colegas, y otros falsos amigos, se preparan a hacerle un recibimiento de héroe y, habiéndole consultado a propósito de las fiestas previstas, reciben la siguiente respuesta: «Llegaré a París de improviso. Mi intención es la de no tener arcos de triunfo ni ninguna especie de ceremonia. Tengo demasiado buena opinión de mí mismo para estimar semejantes garrambainas». Y agrega más modestamente, y más orgullosamente aún: «Acepto el ofrecimiento del monumento que deseáis levantarme: quede el sitio designado, pero dejemos al

próximo siglo el cuidado de construirlo, si ratifica la buena opinión que tenéis vosotros de mí».

Ya presentía que antes de veinte años sus adoradores de hoy abatirían sus águilas.

Tan pronto como regresa, el Dictador se dedica con todas sus fuerzas a asegurar la paz. Se supera a sí mismo: con la misma rapidez de marcha forzada con que se aseguraba la victoria, gana la amistad de sus enemigos por la habilidad diplomática; dos años después de su advenimiento al poder, Francia firmaba la paz con Austria, Prusia, Baviera, Nápoles, España, Portugal y, finalmente, también con Inglaterra. Después de la muerte del inflexible Pitt, Bonaparte había aprovechado la ocasión del nombramiento de Fox para invitarlo a ir a París, regresando Fox encantado del famoso «tragaingleses».

Nueve príncipes legítimos, y, por tanto, muy legitimistas, acaban de reconocer la República a la que combatían desde hacía diez años. Francia, expuesta todavía dos años a los peligros interiores y a las amenazas del extranjero, se trueca en la primera potencia del mundo.

No es ni el general Bonaparte ni el Emperador, sino el Primer Cónsul, el que ha puesto un término victorioso a la Revolución. No solamente obtiene de la Europa monárquica una paz basada en las ideas republicanas, sino que impone la constitución consular a los países limítrofes de Francia, Holanda y la Italia del Norte, sin encontrar resistencia alguna. Austria e Inglaterra no oponen la menor dificultad cuando, por medio de un golpe de mano, se apoderan del Piamonte, de Génova, de Luca y de la isla de Elba. Y cuando Bonaparte ve a los príncipes de las más antiguas casas alemanas agruparse solícitos a su alrededor para que los indemnice de la pérdida de sus estados en la orilla izquierda del Rin, su desprecio por la cuna, la herencia, la nobleza y los reyes no puede sino aumentar.

Sólo queda una laguna y él va a cegarla.

Al comienzo de la Revolución, Cristo había sido reemplazado por la Razón; esta idea anticristiana fue entonces la más popular de todas. Bonaparte la reprobó en seguida. Cuando su primera campaña de Italia, ya hizo cuanto pudo para halagar al Papa y, contraviniendo las órdenes recibidas, manifestó siempre al clero un gran respeto. Después de una guerra de diez años, va ahora a apresurar la reconciliación de Francia con la Iglesia. «Fui mahometano en Egipto y soy católico en Francia».

Sabe que este poder secular es invencible y que, por tanto, es menester vivir en inteligencia con él y procurar sacar partido de su alianza. «En el exterior, el catolicismo me conservaba al Papa, y con mi influencia y nuestras tropas en Italia no desesperaba, más pronto o más tarde, de un modo o de otro, de acabar por dirigir yo al Papa, y, logrado esto, ¡qué influencia, qué fuerza de opinión sobre el resto del mundo...!».

Para llevar a buen fin esta empresa, que suscitará en París, y él lo prevé, una viva resistencia, llega hasta a presentarse a los obispos como un filósofo, lo que para él es el peor envilecimiento. «También yo soy filósofo y sé que en una sociedad, cualquiera que sea, un hombre no podría pasar por virtuoso y justo sin saber de dónde viene y adónde va. La simple razón no podría instruirnos al respecto; sin la religión, se marcha continuamente en las tinieblas, y la religión católica es la única que da al hombre luces ciertas e infalibles acerca de su principio y su fin».

Roma escucha con asombro este discurso: pero ¿quién no encontraría en el Vaticano a su maestro? El cardenal Consalvi llega a París para las negociaciones. Cuando el Cónsul trata de imponérsele, en la audiencia pública, con su tono imperioso, el agudo príncipe de la Iglesia se contenta con sonreír. ¡Qué espectáculo para Talleyrand, que asiste silencioso a esta escena! Se acaba por llegar a un acuerdo; el celibato del clero, la elección de los obispos por Roma, las antiguas leyes de la Iglesia, entran de nuevo en vigor, pero el Estado remunerará a los sacerdotes, reservándose así una influencia preponderante.

Una gran fiesta en Notre-Dame festeja este convenio. El Cónsul, que sólo quería llegar con los dignatarios al *Te Deum*, consiente en oír toda la misa, pero sólo a condición de «que se le dispense de besar la estola y todo lo que pueda ponerle en ridículo».

Mientras se viste para esta fiesta, pregunta a su hermano:

«—¿Qué dice París de nuestra asistencia hoy a la misa?

»—Las gentes acudirán al espectáculo y lo silbarán si les desagrada.

»—Las mandaré echar fuera por mi guardia.

»—¿Y si también silban los granaderos?

»—No lo harán. Mis viejos *grogards* respetarán Notre-Dame como respetaron las mezquitas de El Cairo. Me mirarán, y, cuando vean que su General conserva su seriedad, harán otro tanto y dirán: “Es la consigna de

hoy”».

III

Pero el terreno aún no está firme bajo sus pies. ¡Quién sabe si dentro de ocho años no vendrá un rival a suplantar al Cónsul, elegido solamente por un período limitado! En todo caso, las elecciones y la opinión pública, que desprecia pero que procura siempre halagar, serán las llamadas a decidir.

¿Cuál es su situación ante las Cortes extranjeras? Éstas no concederán ninguna importancia a una especie de Presidente como el de los Estados Unidos. Bonaparte hace una insinuación en el Senado a este respecto. El Senado, que le debe todo y le es absolutamente devoto, propone que el Primer Cónsul sea nombrado desde ahora por un nuevo período de diez años. Bonaparte, poco satisfecho de esta enmienda, obtiene la fórmula de «Primer Cónsul vitalicio», pero exige, como César, que el pueblo sea consultado previamente. El plebiscito da como resultado cuatro millones de votos favorables, contra unos cuantos opositores. Sus poderes serán, pues, ampliados; será el único autorizado para tratar con las potencias extranjeras y para elegir a los senadores, que, a su vez, estarán autorizados para disolver las Cámaras. Bonaparte obtiene, además, el derecho de elegir su sucesor. Provisto de tales poderes, declara: «Ahora me siento al igual de los demás soberanos», y agrega este ingenuo sofisma: «puesto que tampoco ellos lo son sino durante su vida».

Sin embargo, sería de desear que todos los que votaron a su favor estuviesen realmente a su lado. Habiendo mostrado poco entusiasmo los parisienses con ocasión de su entrada solemne en el Luxemburgo, el Cónsul se encara con el ministro de la Policía.

«¿Por qué no ha preparado usted mejor la opinión pública?». Fouché: «Seguimos siendo descendientes de aquellos antiguos galos, de los que se decía que no podían soportar ni la libertad ni la opresión...»

»—¿Qué quiere usted decir?

»—Que los parisienses han creído ver, en las últimas disposiciones del

Gobierno, la pérdida total de la libertad y una tendencia demasiado visible al poder absoluto.

»—Yo no gobernaría ni seis semanas en este vacío de la paz si, en vez de ser el amo, sólo fuese un simulacro de autoridad.

»—Sea usted paternal, afable, fuerte y justo a la vez —añade el astuto zorro—, y reconquistará fácilmente lo que parece haber perdido.

—En eso que se llama opinión pública hay demasiada extravagancia y volubilidad, pero yo sabré encauzarla», concluye Bonaparte, volviéndole la espalda.

Esta corta conversación bastó para hacerle tomar una determinación. Releva a Fouché de sus funciones, no porque temiese a este sacerdote renegado, sino porque quiere disolver todo el ministerio de Policía y fundirlo con el de Justicia «para probar a Europa que mi política sólo aspira a la paz y cuánto amor me profesan los franceses». Fraseología con la que disfraza el Cónsul su política. Fouché, a manera de compensación, es nombrado senador, pero cuando al partir reclama dos millones y medio como fondo de reserva, Bonaparte le expresa su asombro y le concede la mitad, en «prueba de amistad personal». En la antecámara, Fouché sonríe y suma mentalmente todas las cantidades guardadas por cuenta propia...

Así procede Bonaparte con un hombre peligroso. Sabe halagar la opinión pública. La preocupación constante de no deber nada a nadie ni a ningún partido le ha llevado a querer que el pueblo sea consultado acerca de su nombramiento, de igual manera que, en 1799, había exigido que se pronunciase acerca del golpe de Estado; en ello ve la garantía del término de la Revolución. «El plebiscito tiene la doble ventaja de confirmar la prórroga y aclarar el origen de mi poder, que, sin eso, habría continuado siendo ambiguo».

En esta declaración se adivina ya la preocupación del problema que le atormentó toda su vida y al que jamás encontró solución: ¿qué posición adoptar entre la Revolución y la Legitimidad?

Si Bonaparte, a ejemplo de un general romano, reclama el poder absoluto en el Estado, no es porque sea el más fuerte, sino porque se siente el más capaz, y este poder no quiere recibirlo de los soldados que le aman, sino del pueblo, para quien es un extranjero. Quiere ser un tirano a la manera de los antiguos y del rey de Prusia, un tirano democrático, elegido por el pueblo, que le transmitirá así su soberanía. Frágil razonamiento, que imponía, no obstante,

el espíritu de la época. Bonaparte puede, sin vacilar, ampararse en el principio de la Revolución que exige que el poder sea confiado únicamente al talento; ¿acaso no tiene él más talento que cualquier otro? Así rebaja el origen glorioso de su poder sometiéndolo a un plebiscito obtenido casi por fuerza.

Bonaparte salva la Revolución, pero mata la República.

Su conducta no ha sido dictada por frías consideraciones políticas; emana del sentimiento, tan vivo en él, de la Antigüedad. Este sentimiento era el que le atraía hacia Oriente y el que le hacía desconcertarse ante las Cámaras el día del golpe de Estado. «Pertenece a los hombres de Plutarco», había dicho antaño Paoli, que fue el primero en adivinarlo. Bonaparte no tiene nada de demócrata. Hubiera debido nacer en la Antigüedad, en aquellos tiempos en que el genio, en vez de atrincherarse tras las Cámaras, podía mandar libremente, o en esos países de Oriente que se doblegan todavía hoy bajo el yugo de un solo hombre.

En su gabinete de trabajo de Saint-Cloud hay dos bustos que representan las dos encarnaciones del poder que mejor responden a su carácter: el de Escipión y el de Aníbal, y la verdad es que sólo la condición de emperador romano o de califa podría convenir a su temperamento.

Inmediatamente después del golpe de Estado, los Borbones se habían dirigido a Bonaparte con una ingenua franqueza. El conde de Provenza, el futuro Luis XVIII, hermano del rey decapitado, le había rogado en tres ocasiones que le restituyese su corona a cambio de una buena recompensa. He aquí los términos en que el Primer Cónsul contestó a su última carta:

«Señor, he recibido su carta; le doy las gracias por las amables cosas que en ella me dice. No debe usted desear su regreso a Francia; le sería preciso marchar sobre cien mil cadáveres. Sacrifique su interés al reposo y a la felicidad de Francia y la Historia se lo tendrá en cuenta. No soy insensible a las desdichas de su familia... Contribuiré con mucho gusto a hacerle grato y tranquilo su retiro».

En tan hábil carta y en la oculta ironía de estas palabras se cree reconocer a un príncipe legítimo; el advenedizo grosero es ese Borbón, sin tacto ni educación, que parece ignorar que es necesario tantear el terreno antes de comprometerse públicamente con una serie de cartas a las que no se contesta.

Bien diferente es la acogida que el Primer Cónsul reserva a los realistas que quiere atraerse. En un principio, éstos lo reconocen cuando, después de una larga espera, se presenta ante ellos vestido con un traje verde y con los

cabellos mal peinados. «Alistaos bajo mis banderas —les dice—; mi gobierno será el de la inteligencia y la juventud. Vosotros habéis luchado valientemente por vuestros príncipes, pero esos príncipes no han hecho nada por la gloria. ¿Por qué no estabais en la Vendée? Allí se hallaba vuestro puesto».

«La política nos ha detenido en Londres», aducen los ex nobles. «¡Haberse embarcado en una lancha de pescadores!», exclama apasionadamente Bonaparte, con una voz —dice su interlocutor— que salía del estómago. Así es como tiene derecho a hablar el hombre audaz que, para arribar a la costa francesa, no vaciló en afrontar la tempestad y la flota enemiga sobre una ligera fragata. Pero escuchadle halagar y amenazar al mismo tiempo:

«¿Qué quiere usted ser? ¿Quiere usted ser general, prefecto? Usted y los suyos serán lo que quieran... ¿O acaso se sentirían humillados de llevar un uniforme que lleva Bonaparte...? Pero si no hacen la paz, marcharé contra ustedes a la cabeza de cien mil hombres e incendiaré sus ciudades».

«No nos conquistará usted hasta que nosotros queramos, y, con el tiempo, destruiremos todas esas columnas de usted, hombre por hombre».

«¡Me amenazan ustedes!», grita Bonaparte con una voz terrible; pero se calma en seguida, al recibir una respuesta precisa. Los ex nobles se retiran descontentos, sin haber obtenido nada. Su acento extranjero los ha desconcertado «y su vivísima imaginación, que le hacía mezclar unas frases con otras, hacía su conversación muy difícil de seguir y dejaba mucho por adivinar».

El Primer Cónsul logra atraerse a muchos emigrantes, y los desarma atendiendo a sus necesidades. De esta manera regresan cuarenta mil familias. También llama Bonaparte a los jacobinos, aunque «con su metafísica serían capaces de perder a veinte gobiernos». La gran masa del pueblo está por él, porque se siente en seguridad bajo su Gobierno, porque París ha dejado de ser el palenque de la guerra civil y porque el Primer Cónsul busca por todos los medios posibles la manera de atenuar la miseria social.

En las ordenanzas de las municipalidades leemos:

«Si el frío fuese riguroso como en 1789, que se enciendan fuegos en todas las iglesias y lugares públicos para calentar a la mayor cantidad de gente posible». «El invierno será crudo, la carne cara; es preciso procurar trabajo a los parisienses. Haced proseguir los trabajos del canal de Ourcq y del muelle Desaix, y mandad pavimentar las calles adyacentes, etc.». «Habría que

mandar detener a todos los mendigos, pero esto sería absurdo y bárbaro. Que se los concentre para darles trabajo y pan. Tenemos precisión de muchos asilos en cada provincia». «Hay muchos zapateros, sombrereros, sastres y guarnicioneros sin trabajo. Arreglad las cosas de manera que todos los días se hagan quinientos pares de zapatos». El ministro de la Guerra recibe la orden de encargarse de arneses para la artillería, y el ministro del Interior recibe una carta en la que dice: «Es preciso asegurar trabajo a los obreros, sobre todo en estos meses que preceden a los días de fiesta. Que en mayo y junio, dos mil obreros del barrio de San Antonio fabriquen sillas, cómodas, butacas».

Suprime una ordenanza que prohibía el acceso a los jardines de las Tullerías a los ciudadanos en traje de faena. Cuando se trata de cerrar el gabinete de lectura: «Jamás consentiré en ello. Sé por experiencia lo agradable que es encontrar una sala caliente en la que se puedan leer los periódicos. No quiero privar a los demás de este consuelo». Los domingos se debe vender en el Teatro Francés todo el patio de butacas a precios populares, para que el pueblo pueda aprovecharse. Prohíbe los garitos en todo el país: «Son una causa de ruina para las familias y un mal ejemplo constante».

Una nueva ley escolar dota al país de escuelas de enseñanza primaria y secundaria, de liceos, de escuelas superiores. Se crean seis mil becas, de las que una tercera parte se reservan para los hijos de hombres de mérito. Tres años más tarde, Francia tiene 45.000 escuelas primarias, 750 colegios y 45 liceos. Bonaparte rinde homenaje al Instituto escogiendo una tercera parte de los senadores entre sus miembros. Se hace designar a «nuestros diez mejores pintores, nuestros diez mejores escultores, compositores, músicos, arquitectos y otros nombres de artistas cuyo talento merezca ser estimulado», y encarga grandes pinturas murales representando sus batallas. La estética se convierte en una cuestión de Estado. «¿Se quejan de que carecemos de literatura? La culpa es del ministro del Interior».

Pero a un pueblo tan ambicioso no le basta el bienestar y necesita, además, la gloria. En aquel momento no hay guerra ni Corte en que se pueda exhibir su vanidad. Esto lleva a Bonaparte a crear la Orden de la Legión de Honor. Lejos de ser una especie de club de oficiales, la Orden reúne a cuantos se distinguen por un mérito particular, lo que significa un buen número de partidarios ganados por su causa; los que hayan jurado solemnemente combatir toda tentativa de restablecimiento del régimen feudal no se rebelarán tan fácilmente contra él.

El primer Gran Canciller de la Orden es un naturalista. Cuando el Consejo

de Estado hace observar a Bonaparte la analogía entre esta institución y las que fueron abolidas, contesta a sus objeciones: «Desafío a que se me muestre una república antigua o moderna en la que no existan estas distinciones. ¿Se dice que éstas son cosas frívolas? Pues con cosas frívolas es como se maneja a los hombres. Yo no hablaría así al pueblo, pero en una asamblea de sabios y de hombres de Estado es mi deber hacerlo. No creo que los franceses amen la libertad y la igualdad, pues su carácter no ha cambiado en estos últimos diez años. Siguen siendo, como sus abuelos, vanidosos y ligeros, y sólo son sensibles a un sentimiento: el honor. Por eso es menester concederles distinciones. Al soldado hay que ganarlo por la gloria y la recompensa. En último término, es la creación de una nueva moneda, de un valor muy distinto de la que sale del tesoro público y cuya mina es inagotable, puesto que reside en el honor francés; de una moneda, en suma, que es la única que puede ser considerada como la recompensa de acciones tenidas por superiores a toda recompensa».

Palabras reveladoras, que nos muestran, a la vez, su desprecio por los hombres, el conocimiento profundo que de ellos tiene y ese espíritu crítico del extranjero que ha elegido a Francia por patria.

IV

La noche de Navidad, el Primer Cónsul sale en coche para la Ópera, con Josefina y su hija. En una calle estrecha se encuentra una carreta sin caballo, que es preciso hacer a un lado para poder pasar. Apenas ha pasado el coche cuando estalla una máquina infernal sobre la carreta, matando a veinte personas, pero ni el Cónsul ni los suyos han sido tocados. Al entrar en su palco, Bonaparte dice a los que le rodean: «Esos bribones han querido hacerme volar... Digan que me traigan un programa con la letra del oratorio». Se toca *La Creación*, de Haydn.

El Primer Cónsul parece muy tranquilo, pero, contrariamente a su costumbre, la música no le aparta esa noche de sus preocupaciones. Febrilmente reflexiona en las causas y consecuencias de ese atentado. Poco importa que los autores sean radicales, de la izquierda o de la derecha; él ya sabe a qué partido sería más provechoso echar la culpa. Las consecuencias de este atentado habrían podido ser considerables, por lo que está firmemente decidido a proceder con rigor, sin tener en cuenta que haya abortado, y a aprovechar este acontecimiento para resolver todo el problema gubernamental.

Cuando, al día siguiente, los Cuerpos constituidos le felicitan y pretenden que los culpables deben ser realistas, exclama, presa de una fuerte emoción: «¡Todos ustedes se engañan! El atentado de ayer es obra de las gentes que han deshonrado la Revolución y mancillado la causa de la Libertad con toda suerte de excesos y especialmente por la participación que tuvieron en los días de las matanzas de septiembre y otros semejantes».

Y cuando los consejeros de Estado proponen la creación de un tribunal extraordinario, corta bruscamente todos sus discursos: «Nada de eso; en este caso es menester perdonar como Augusto o tomar una gran medida que sea una garantía para el orden social. Francia y Europa se mofarían de un Gobierno que hiciese de este crimen un proceso criminal ordinario. Es preciso

considerar este asunto como hombre de Estado. Es necesario que haya sangre; es necesario fusilar a tantos culpables como haya habido y deportar a doscientos. No es posible contar con las simpatías de la clase intermedia de la Revolución mientras esta clase se vea amenazada por doscientos lobos rabiosos que no esperan sino el momento de arrojarse sobre su presa. Los metafísicos son una clase de hombres a los que debemos todos nuestros males».

El viejo Tronchet sacude la cabeza: los culpables son los emigrados y los ingleses, que están en todas partes. «¿Se quiere que deporto a diez mil sacerdotes ancianos, se quiere que persiga a los ministros de una religión profesada por la mayoría de los franceses y por las dos terceras partes de Europa? Nunca ha estado la Vendée más tranquila que ahora. En ese caso, será preciso, sin duda, que despida a todos los miembros del Consejo de Estado, pues, a excepción de dos o tres, se dice que también son realistas. ¿Nos toman, acaso, por niños? ¿Habrá que declarar la patria en peligro? ¿Ha estado nunca Francia, después de la Revolución, en una situación más brillante, con las finanzas en mejor estado, los ejércitos más victoriosos y el interior más tranquilo? Me agrada que los hombres a los que jamás he visto figurar en las filas de los verdaderos amigos de la libertad demuestren por ella tan vivas inquietudes. No creéis que os salvaríais diciendo: Hemos defendido a los patriotas en el Consejo de Estado. Todo eso está bien para los salones elegantes, pero no en un consejo de los hombres más ilustres de Francia». Y, bruscamente, Bonaparte suspende la sesión.

¿Le comprenden los consejeros? Poco le importa encontrar al agresor y vengarse. Lo que él quiere es aprovechar, como hombre de Estado, el incidente. ¿A quién es preciso atemorizar en el interior y calmar en el exterior?, se pregunta el Cónsul. Por otra parte, personalmente, sólo las medidas draconianas le ofrecen cierta seguridad. «Solamente cuando hice deportar a esos cabecillas de las grandes ciudades —dice más tarde— comencé a dormir tranquilo. El conspirador que se levanta a las nueve para ponerse una camisa limpia no me inspira el menor cuidado».

Un folleto anónimo, que el ministro del Interior ha dejado pasar, le enfurece. Este folleto, titulado: «Paralelo entre César, Cromwell y Bonaparte», pide la monarquía. ¿Quién se atreve a denunciar y recomendar así al pueblo sus pensamientos secretos? Cuando uno de sus familiares expresa la opinión de que aún no es tiempo de revelar sus proyectos, Bonaparte no contesta nada. Pero estos dos atentados contra su vida y sus

proyectos tendrán por consecuencia ciertas crueles trabas a la Libertad.

Bonaparte suprime una quinta parte del Tribunal y de las Cámaras. Constant, Chénier y otros demócratas probados quedan al margen. De setenta y tres periódicos, son suprimidos sesenta y uno, y todo folleto, toda obra teatral, deben ser sometidos a la censura. Cuando el Consejo de Estado recuerda la libertad de la prensa, dice: «¿Creen ustedes que en la situación en que se encuentra Francia no se correrían graves peligros permitiendo las reuniones...? ¿No es un periodista, en realidad, un orador y no forman sus abonados un verdadero club...? El mal causado por la calumnia es semejante a la mancha de aceite, que siempre deja huellas. La diferencia entre Francia e Inglaterra es notable. El Gobierno inglés es antiguo, el nuestro es nuevo... Si todos los días se hablase mal de mí, el temor a ser envenenado me haría pasar los días sin tomar alimento. Los partidos sólo están tranquilos cuando carecen de campo de batalla».

Todas ellas buenas razones, útiles para su Gobierno, pero mortales para la Libertad.

V

El hombre que ha dejado pasar este folleto, que lo ha escrito tal vez, causando así un gran perjuicio al Primer Cónsul, no es otro que el que le salvó el 18 Brumario: su hermano Luciano.

Mejor dotado que sus demás hermanos, seis años menor que Napoleón, Luciano ha llegado, más joven que éste y gracias a él, a los honores; pero, no obstante, su ambición no está satisfecha. El menor sufre hoy, a la sombra del genio y a causa de su protección y de sus favores, más aún de lo que sufrirá luego a causa de su enemistad. La escena del golpe de Estado está siempre presente en su memoria; no olvida que su hermano se lo debe todo; ¿por qué, pues, obedecerle y soportar el ser, como ministro del Interior, un simple instrumento entre sus manos? Situación intolerable para su espíritu crítico y su temperamento de rebelde.

Enemigo de Josefina, llega a serlo también de sus amigos, y de Fouché en particular, que no vacilará en hacer recaer las faltas sobre el ministro del Interior cada vez que la ocasión se presente. Tan desprovisto de escrúpulos como su hermano, Luciano se le asemeja, aunque no tiene su sagacidad ni su talento de estadista. La expresión de su rostro denota al hombre capaz de todo. Aunque a los veinticinco años haya llegado ya al poder, va, por despecho, a arrojarse más adentro aún en la aventura. Se casa con la hija de un hostelero, trafica con los monopolios, especula sobre los trigos y hace una vida dispendiosa en vez de trabajar. Compra el más hermoso castillo de las afueras de París, lo amuebla, lo reconstruye, lo vuelve a amueblar, da fiestas fastuosas, hace comedias, versos, y todo con el deseo, medio inconsciente, de perjudicar a su hermano.

La ruptura era fatal. Luciano echa en cara a su jefe la historia del 18 Brumario. Bonaparte, furioso, piensa desterrarle, pero se contenta con relevarle de sus funciones en París; para poner término a sus escándalos, y le nombra embajador en Madrid, donde nuevos millones saldrán de sus bolsillos

pero donde su habilidad servirá los intereses de Francia contra los ingleses. Habiendo quedado viudo, Luciano regresa pronto y se casa con su amante, una beldad cuya reputación vale lo que antaño la de Josefina. Furor del Primer Cónsul, que deseaba que su hermano contrajese un matrimonio político.

José, elegante y jovial, acepta la fortuna y los honores con que Bonaparte le colma, pero hace alianza con los escépticos y frecuenta abiertamente el salón de Mme. de Staël, donde la crítica se ceba en el Primer Cónsul. Ya no le basta a José ser embajador en Roma; rechaza la presidencia de la República italiana y el nombramiento de canciller del Senado: no puede olvidar que es el hermano mayor, el cabeza de familia.

Luis, poeta a sus horas, vacila todavía. Durante años ama a una parienta de Josefina y no a Hortensia, con la que se casará.

Jerónimo, el menor, buen chico, aturdido, es educado severamente por su hermano. «Le envío, ciudadano general, al ciudadano Jerónimo Bonaparte para que haga su aprendizaje en la Marina. Usted sabe que necesita mucha severidad. Exija que cumpla con exactitud todas las funciones del estado que adopta».

Sus hermanas, a quienes colma igualmente de honores y dinero, no le agradecen nada y le piden siempre más. Elisa se divierte en París haciendo mil locuras en compañía de Luciano, su hermano favorito, y aun se exhibe en *maillot* rosa en un teatro de aficionados, hasta que el Cónsul le llama la atención: «¡Esto es ya demasiado! ¡En tanto que yo me mato en la empresa de restablecer las buenas costumbres, mis hermanas y hermano se exhiben casi desnudos sobre un escenario!». Pero en cuanto él vuelve la espalda, todos hacen lo que les viene en gana.

Carolina, que se ha casado con Murat, comienza ya a conspirar con él y Bernadotte contra el Cónsul; pero sus intrigas fracasan y, cuando llegan a oídos de Bonaparte, éste dice, rechinando los dientes, que Murat merecía ser fusilado...

Paulina, que después de la muerte, acaecida en las colonias y poco sentida, de su primer marido, se ha convertido en la princesa Borghese, continúa, a pesar de todo su cinismo, muy apegada a su hermano; así los reproches que éste le dirige, cuando el eco de sus escándalos llega hasta él, se hallan atenuados por una afectuosa indulgencia.

Su tío Fesch, antaño sacerdote y luego proveedor del ejército, pertenece

en cuerpo y alma a su sobrino, que le ha hecho nombrar arzobispo y hasta cardenal.

En suma, todos se sirven de él para obtener gloria y fortuna y gozar de los placeres de la vida, que Bonaparte, entregado a un trabajo sobrehumano, se niega a sí mismo.

Sólo su madre se mantiene a su lado. Aunque sus relaciones con Josefina no se hayan hecho más cordiales y aunque haya conservado su dialecto corso, Bonaparte, inmediatamente después del golpe de Estado, la invita a que vaya a vivir a las Tullerías. Ella rehúsa y continúa en casa de José.

El día en que asiste desde el balcón, al lado de los altos funcionarios del Estado, a la primera revista que ha tenido efecto en el patio principal del palacio, va vestido de negro, y su misma sencillez revela una mayor nobleza que la elegancia de Josefina. Leticia Bonaparte desconfía de la gloria, pues conoce las vicisitudes de la vida. A los que, ante ella, expresan su admiración por su hijo, les contesta en su francés defectuoso: «*Pourvou que celà doure!*» («¡*Con tal que eso dure!*»).

El origen de tantos dramas de familia, de los que algunos terminan en farsa y otros en tragedia, hay que buscarlos en el mismo Bonaparte. Si éste no hubiese sido algo más que un vulgar advenedizo, sólo habría acordado sus favores a los suyos de mala gana o en signo de condescendencia; en todo caso, habría apartado de la vida pública a los numerosos miembros de la familia. Con cierta razón, a pesar de todo, pues si, por un lado, la madre del dictador francés no tiene más que hablar para recordar a los nacionalistas su origen extranjero, por otro lado, el hermano de un hombre que trata de igual a igual con los reyes indigna con su conducta a la Europa monárquica, que se apresura a señalar a la atención de todos las relajadas costumbres de ese ambiente de advenedizos. Sus hermanos exhiben una corrupción que, justamente, la Revolución, se había impuesto el deber de combatir. Y todo ello en París, la ciudad de la ironía y de la crítica por excelencia.

Pero no solamente Bonaparte tolera la presencia de los suyos, sino que continúa colmándolos de cargos y de honores. Más ávido de gloria que de riqueza, el italiano, el corso, nutrido de tradiciones más antiguas que las de muchas casas reales, defiende su casta contra el odio y la venganza de sus enemigos. A este sentimiento innato se agrega el deseo del conquistador de conservar para su familia las ventajas adquiridas por su genio.

Un destino trágico parece privar a este hombre de la descendencia que

seguramente deseaba con todas las fuerzas de su ser. Josefina, que había traído al mundo dos hijos, no tenía sino treinta años cuando Bonaparte, apasionadamente enamorado, se casó con ella. No obstante, más tarde Napoleón tuvo tres hijos. ¿Por qué fue estéril su matrimonio? Tal vez haya que culpar a aquellos refinamientos en el arte de amar que sedujeron a Bonaparte y lo tuvieron largo tiempo subyugado. Pero él tenía necesidad de un heredero, o, al menos, de una heredera. La impotencia de Josefina para realizar este vehemente deseo tuvo una importancia decisiva en la formación de sus planes.

¿Podía ser de otra manera, dado su formidable poderío? Ya desde el primer año, Roederer había abordado el asunto. «¿Quién sucederá a Bonaparte?», preguntan los realistas. «¿Qué será de nosotros si usted muere mañana? Indíquenos usted su sucesor».

—Lo que acaba usted de decir es de un político poco sagaz.

»—Yo solamente digo que habría más seguridad en Francia si se viese un heredero natural a su lado.

»—No tengo hijos.

»—Puede usted darnos uno por adopción.

»—Eso no responde al peligro del momento. Sólo se me ocurre una cosa practicable: que el Senado elija a un hombre en estado de ocupar mi puesto, y que el escrutinio sea sólo conocido por tres senadores y por mí. Pero ¿a quién nombrar?

»—Yo nombraría a un niño de doce años.

»—¿Por qué a un niño?

»—Porque sería un hombre de su escuela y usted podría educarle y amarle».

Finalmente, el Cónsul, acorralado, le lanza esta frase a la cabeza:

»—¡Mi heredero natural es el pueblo francés!».

Quien así habla no es un anciano, sino un hombre de treinta años, un funcionario elegido por diez años, que vislumbra ya claramente la monarquía, pero retrocede todavía ante ella.

Cuando busca herederos entre los que le rodean, sólo ve a sus hermanos. ¡Que le den ellos al menos un hijo de la sangre de los Bonaparte! Su cólera

contra Luciano no proviene de que haya contraído matrimonio con una mujer de mala reputación, y si exige su divorcio es porque ha elegido una mujer de baja extracción cuando él necesitaba un matrimonio principesco. Luciano resiste, más por odio hacia el hermano todopoderoso que por amor hacia su mujer. ¡Qué no sacrificaría este ambicioso con tal de llegar al poder! Entrando un día en la habitación de Josefina, después de una violenta escena con su hermano, Bonaparte, con una voz que revela aún su irritación, exclama: «Todo ha concluido, he despedido a Luciano».

Durante años, y por las mismas razones, estará en lucha con Luis, a quien Josefina quiere casar con Hortensia. Los dos jóvenes no pueden sufrirse, pero Josefina los obliga a este matrimonio, en que ella ve la salvación de su familia, y de ellos nacerá el hijo que Napoleón querrá especialmente y al que designará como su sucesor. Pero sus hermanas esparcen en seguida el rumor de que Bonaparte es el padre. La felicidad de toda esta familia, envidiada por Europa entera, hallase minada de semejantes intrigas.

Leticia se pone de parte de Luis, casado a la fuerza, y de Luciano, alejado por su indisciplina, y va a reunirse con este último a Roma, donde vive rica y dichosa, en la sociedad de las grandes familias romanas y principescamente recibida por el Papa.

¿Y si Bonaparte se separase de Josefina?

Sus hermanas, que detestan a la «vieja», hacen cuanto pueden por animarle a ello y le presentan a un gran número de mujeres hermosas. Desde que su amor por Josefina ha disminuido —Josefina envejece—, aprecia más su amistad, pero no rehúye ya las aventuras galantes, y no desdeña, por una tarde, por unas cuantas horas, a alguna actriz o a tal o cual «lectora» de su hermana.

Mademoiselle George, que le teme como todas las demás, se encuentra con «un hombre amable e indulgente», que bromea y juega con ella y obedece a sus «caprichos infantiles». También ella se llama Josefina, pero él prefiere llamarla *Giorgina*, italianizando su apellido. Cuando, a su regreso, ella le cuenta su historia, Napoleón la escucha atentamente, contento de ver que no miente, pues se ha informado de antemano.

A veces, durante la noche, los ayudas de cámara ven al Cónsul, descalzo, subir por una escalerilla de caracol a la habitación de la bella Duchâtel. Fina, rubia y delgada, encarna ésta el tipo de mujer que a él le gusta. Por la noche hace gustoso con ella una partida de naipes y le habla de amor, en tanto que la

desgraciada Josefina, desde la mesa vecina, procura sorprender sus conversaciones. Madame Duchâtel abandona el salón, y él no tarda en seguirla, para reunirse con ella en el lugar convenido. Josefina, incapaz de seguir soportando, sale a su vez y llama a la puerta, que Bonaparte abre furioso, para despedir a la celosa. Al día siguiente se habla de divorcio, pero Josefina llora... y sus lágrimas le vuelven a conquistar.

Abrumado de trabajo, tiene poco tiempo que conceder a la galantería, decidido, además, a no seguir el ejemplo de los últimos reyes y a evitar su prodigalidad y su debilidad, que permitían a las mujeres inmiscuirse en los asuntos del Estado.

Envejecido antes de tiempo, no está ya para los juegos del amor, y, no sin emoción, se lee, escrito por la pluma de este hombre de treinta años: «Mi viejo corazón, que conoce a los hombres...».

Josefina, celosa hoy como lo fuera ayer su marido, se adorna para gustarle; gasta en sus vestidos, sombreros y joyas más que la última reina, pero ha continuado siendo una mujer galante y le agrada pregonar ante sus doncellas las visitas nocturnas del Primer Cónsul. Bonaparte le perdona todo, y cuando ella está sentada junto a su lecho, leyéndole, con su voz dulce y grave, mientras él reposa, Bonaparte le da las gracias con una mirada afectuosa. El hombre de las grandes revoluciones es conservador en sus gustos. ¿Cómo iba a separarse él de esta mujer a la que ama, a pesar de sus defectos, cuando tampoco se separa casi nunca de sus generales y sus funcionarios?

En la Malmaison, donde Josefina le engañara con Hipólito, mientras él se hallaba en Egipto, Bonaparte corre y juega al escondite con Eugenio, Hortensia, Bourrienne, Rapp y algunos otros, riendo como un niño cada vez que se cae. Luego regresa a París, diciendo: «Voy a ponerme de nuevo mi collar de miserias».

VI

«**B**onaparte no escribe casi nunca; dicta, mientras se pasea por su gabinete, a un joven de veinte años, llamado Méneval, que es no sólo el único individuo que entra en su gabinete, sino también el único que se aproxima a las tres habitaciones que preceden al gabinete. Méneval no es hombre del que se pueda esperar una violación de este templo cerrado, a la que, por otra parte, no se atrevería. Sólo las notas que contienen sus cálculos más importantes son escritas por el propio Bonaparte, y la carpeta que las contiene, cuidadosamente hecha, la guarda el Primer Cónsul en persona. Esta llave es la única que guarda, y cada vez que el Primer Cónsul sale de su gabinete, Méneval queda encargado de colocar la carpeta en un armario de corredera situado bajo su escritorio y atornillado al suelo. Esta cartera puede ser robada; pero sólo Méneval o el ujier del gabinete, que enciende el fuego y hace la limpieza, son responsables, de manera que ambos se vigilan mutuamente. En esa carpeta debe hallarse todo lo que el Primer Cónsul ha escrito desde hace muchos años, pues es la única que lleva constantemente en sus viajes y va sin cesar de París a la Malmaison y a Saint-Cloud. Todas las notas escritas sobre sus operaciones militares deben de encontrarse en ella, y puesto que no se puede llegar a destruir su autoridad sino confundiendo sus proyectos, es indudable que la sustracción de esta carpeta lo conseguiría».

¿Quién ha escrito esto? ¿Un agente de los Borbones? ¿Un traidor de los íntimos del Cónsul?

¡Nada de eso! Lo ha escrito el mismo Méneval, al dictado de su mismo patrón, el Primer Cónsul. Esta carta es una nota para el agente provocador que el ministro de Justicia, por orden de Bonaparte, enviará a Munich, a fin de entrar en relaciones con los agentes ingleses de los Borbones y descubrir su complot. El Cónsul da todos los detalles al ministro: cómo se deberá obrar para ganarse al ujier realista, lo que se le dará como recompensa y el sitio donde podrá dormir en el camino cuando haya emprendido la fuga. Es todo un plan de campaña trazado por el General contra sí mismo.

Éste tiene motivos, en efecto, para mantenerse en guardia.

Parte del invierno se ha pasado en reunir los informes que centenares de espías han traído de Londres, de la Vendée y del mismo París. Es preciso obrar, dicen los impacientes. «Esperad aún», les contesta Bonaparte. Por fin tiene las pruebas en sus manos. Sus adversarios de los partidos extremos, jacobinos y realistas, se han puesto de acuerdo para suprimir a su enemigo común. Pichegru, el amigo de los Borbones, y Moreau, el portavoz de los republicanos, se han dado la mano para combatir la dictadura.

He aquí el momento de obrar.

El descubrimiento del complot conmueve a toda Europa. Los príncipes legítimos admiran la prudencia de Bonaparte, pero, convencidos de que sus enemigos son más numerosos de lo que dice el *Monitor*, fundan de nuevo en ellos grandes esperanzas. ¡Ministros ingleses comprometidos! ¡El gran Moreau, detenido! Bonaparte ha vacilado largo tiempo en mandarle detener, pues estima a su compañero de gloria, y, el día de su arresto, envía varias veces emisarios para que le informen de lo que haya sucedido. ¿Se acuerda Bonaparte de la noche —apenas hace cuatro años— en que él temió, en casa de Talleyrand, ser detenido por los jinetes que habían hecho alto de repente frente a la casa?

El proceso es laborioso y Moreau es reconocido culpable; el Cónsul no se atreve, sin embargo, a condenarle; le indulta y le envía a América. A Pichegru se le encuentra ahorcado en su celda. Trece conspiradores son condenados a muerte; uno de ellos, durante el interrogatorio, ha confesado que uno de los Borbones se halla mezclado en el complot.

El Cónsul aguza el oído: ¿un Borbón? Talleyrand agrega que, desde hace años, el duque de Enghien vive cerca de la frontera. ¿Es para contemplar con su catalejo las cosas que acontecen en su país? ¿Puede permanecer un hombre inactivo en la frontera de Baden, únicamente por amor a la sobrina del cardenal? ¿No es un nieto del gran Condé, un Borbón? ¿Por qué recibe una pensión de los ingleses? Probablemente, él fue quien conspiró, y de seguro que conoce a todos los agentes que pululan en la Alemania del Sur. ¡Sí, sí, sí, él debe de ser el príncipe sospechoso! Es necesario obrar con firmeza para que la familia destronada deje por fin de turbar la tranquilidad de Francia y el sueño de su amo.

El Cónsul ordena, por medio de un largo escrito, el ataque de la villa situada a la otra orilla del Rin; el nombre de los barcos y las raciones de pan

están indicados con precisión, como si se tratase del sitio de Mantua. Trescientos dragones penetrarán en el gran ducado de Baden y se apoderarán del Duque. Cuatro días más tarde, éste se halla en la fortaleza de Vincennes; todo se lleva a cabo en el más absoluto secreto. No existen pruebas de su culpabilidad; algunos amigos previenen al Cónsul, pero Talleyrand, que jamás pierde de vista su porvenir, le empuja a llevar al duque de Enghien ante un consejo de guerra y a obrar con severidad; el diplomático prevé las graves consecuencias morales que emanarán de esto para su amo. José reconoce el peligro y recuerda a su hermano con qué respeto recibieron antaño, en la Escuela Militar, a quien llevaba el gran nombre de Condé. ¿Es posible que ahora quiera hacer perecer a su único nieto? «Su indulto está decidido —le responde el Cónsul—, pero esto no basta; me siento lo bastante fuerte para tenerlo bajo mis banderas».

De regreso a su propiedad, José tranquiliza a Mme. de Staël y sus demás invitados.

Aquella misma noche, el duque de Enghien, dos años más joven que su adversario, príncipe sin gloria, por culpa de las mismas circunstancias que hacían inmortal al otro, se presentaba con noble valentía ante doce oficiales del Estado Mayor.

Un consejero de Estado le hace las preguntas redactadas por el Cónsul:

—¿Ha estado usted en relaciones con los agentes de Inglaterra?

—No.

—¿No debía usted entrar en Alsacia por el Rin, si el complot Pichegru hubiese tenido éxito?

—No.

—¿Ha recibido usted una pensión de Inglaterra?

—Sí.

—¿Tenía usted la intención de entrar al servicio de Inglaterra?

—Sí, para salvar a mi patria.

—¿Se ha puesto usted a la disposición de Inglaterra para hacer armas contra Francia?

—¡Un Condé no puede regresar a su patria sino con las armas en la mano!

El duque de Enghien es condenado a muerte. A la madrugada del día

siguiente cae como un valiente bajo las balas.

Esta condena fue ilegal. De ningún modo se hubiera debido pasar la frontera para apoderarse del Duque. Si hubiese sido detenido en Francia, habría podido ser condenado legalmente como culpable de haber procurado, según propia confesión, derribar al Gobierno, grave reserva y única que habría podido justificar un juicio semejante.

Según Talleyrand, la ejecución, más que un crimen, fue una torpeza. Durante las revoluciones, muchos otros caen más inocentes todavía que este príncipe, que, si no era del complot, habría acogido con júbilo la muerte del usurpador y entrado en París con las armas en la mano, para vengar la muerte de su primo. La ejecución de este joven oficial no habría suscitado ninguna protesta si no hubiese sido un Borbón; esto es, para la Europa realista, un símbolo fríamente suprimido por la voluntad revolucionaria.

Este acto fue una provocación para muchos príncipes y para millones de europeos que creían en la realeza por derecho divino, y fue la señal de un levantamiento contra el Dictador, que, no obstante, jamás había reinado por el terror ni se había hecho culpable, ni como general ni como hombre de Estado, de ningún acto de violencia.

El día que siguió a este acontecimiento, todo el mundo guardaba silencio a la hora de la comida; Josefina no había hablado de sus temores y Bonaparte nada había dicho de sus preocupaciones. Y ya se iban a levantar cuando, de pronto, el Cónsul, respondiendo a sus propios pensamientos, dijo con una voz seca y ruda: «Al menos, verán de lo que somos capaces, y, de aquí en adelante, nos dejarán tranquilos».

Después de la comida, sin cesar en sus idas y venidas, desarrolla ante los asistentes silenciosos sus razones y sentimientos. Habla con una emoción extraña del genio, del hombre de Estado y, especialmente, de Federico de Prusia, al que admiraba.

«¿Puede un hombre de Estado ser sensible? ¿No es, acaso, un hombre completamente excéntrico, siempre solo, a un lado, y con el mundo al otro? La política es su anteojo y él sólo debe cuidar de que éste ni aumente ni disminuya las cosas. Y mientras observa los objetos atentamente, es preciso que esté igualmente atento a mover los hilos que tiene en sus manos. El carro que conduce va tirado frecuentemente por caballos desiguales; ¡juzga, pues, si el hombre de Estado puede entretenerse tomando en consideración ciertas conveniencias sentimentales tan importantes para el común de los hombres!...

Y en la situación en que se encuentra, ¡cuántas acciones separadas del conjunto y que se critican, aunque deban contribuir a la gran obra que el mundo no percibe...! Estimulaos mutuamente, adelantaos al tiempo, engrandeced vuestra imaginación, y veréis que esos grandes personajes a los que creéis violentos, crueles, no son sino políticos. Ellos se conocen y se juzgan mejor que vosotros y, cuando realmente son hábiles, saben dominar sus pasiones, pues llegan hasta a calcular sus efectos».

Bruscamente se interrumpe y se hace leer las actas relativas al complot: «Esas gentes querían introducir el desorden en Francia y matar la Revolución en mi persona: yo me he visto obligado a defenderla y vengarla... El duque de Enghien conspiraba como cualquier otro y ha sido preciso tratarle como a cualquier otro... Todos esos insensatos podrían matarme, pero no vencerían con ello, pues pondrían en mi lugar a los jacobinos irritados. Ya ha pasado el tiempo de la etiqueta; los Borbones no saben salir de ella y, si los vieseis volver al poder, apuesto a que la primera cosa de que se ocuparían sería de la etiqueta. ¡Ah, otra cosa habría sido si se los hubiese visto, como a Enrique IV, sobre un campo de batalla, todos cubiertos de sangre y polvo! No se reconquista un reino con una carta fechada en Londres y firmada por Luis. Y, sin embargo, una carta semejante compromete a los imprudentes... Yo he vertido esa sangre porque tenía que hacerlo, y probablemente me veré obligado a verter más aún; pero lo he hecho sin cólera, simplemente porque la sangría entra en las combinaciones de la medicina política. Yo soy el hombre de Estado, y soy la Revolución Francesa: lo repito y lo sostendré». Y, con un gesto autoritario, despidió a todos los que le habían escuchado.

VII

Diez días después de la condena del duque de Enghien se presentaba en casa del Cónsul una delegación del Senado para someterle una nueva proposición autorizando el restablecimiento de la monarquía y la creación de un Tribunal de Estado. Hábil maniobra, por él preparada, mediante la cual se le transmite, aparentemente al menos, la voluntad del pueblo. ¿Hay algo más sencillo y más lógico? Para disipar todo temor y para defender al jefe del Gobierno contra los complots, dos cosas son indispensables: un tribunal de Estado y un heredero.

Siempre han sido los acontecimientos los que han decidido, en último término, los actos de Napoleón. También las circunstancias van a llevarle esta vez a fundar el Imperio. En este momento, lo mismo que en otras etapas de su vida, no advertimos un plan de conjunto definido y sistemático. Al partir para Italia, seguramente no ambicionaba él la corona de Francia ni la de Milán, pero, a medida que sube, el horizonte se amplía ante él e inmensas extensiones y mares ilimitados se ofrecen a su mirada; toda su vida prueba la justeza de su adagio: «No irá lejos el que sabe de antemano adónde quiere ir». Este don de improvisación no le impedía preparar minuciosamente la ejecución de sus proyectos al par que le dejaba una completa libertad de acción y una frescura de la que su genio salía rejuvenecido.

¿Fue un error esta comedia imperial? ¿Qué motivo le impulsaba a ella?

Como antaño en Egipto, como más tarde en Rusia, su imaginación se anticipó también esta vez a la fría razón. Su ideal lo arrastró. Nacido para el mando, nutrido desde su infancia por los grandes ejemplos de la Antigüedad, tendía con todo su ser a igualarlos. Poeta que transformaba su vida en una gran leyenda y asignaba, la misma noche del día en que librara sus batallas, el lugar que ellas ocuparían de la Historia, tenía los ojos siempre fijos sobre el futuro, y, tomando la posteridad por juez de sus acciones y de su gloria, tenía forzosamente que aspirar al título de Emperador.

El calculador, el conocedor y el despreciador de los hombres, sabrá utilizar este símbolo. Por otra parte, el hombre de Estado lo necesita para conservar su país sin tener que hacer la guerra constantemente, y el hombre del clan, el corso, debía sentirse apasionadamente atraído por ese título, el que no cree poseer nada cuando no posee sino lo llamado a perecer con él: «El nombre de rey está gastado, trae consigo viejas concepciones y haría de mí un heredero; no quiero descender ni depender de nadie. El título de Emperador es más grande, un tanto inexplicable e impresiona la imaginación».

He ahí, entremezclados, los verdaderos móviles de sus actos. ¿Reconoce el peligro hacia el que corre? ¿Se dejará caer en él? «¿Qué es un trono? Un pedazo de madera cubierto de terciopelo», dirá con frecuencia. Pero con ese pedazo de madera y ese terciopelo se domina a los hombres, lo mismo que con la Legión de Honor. Y por eso Napoleón concederá siempre más importancia a todo lo que rodea la corona que a la corona misma. En este mundo en que el simple ciudadano, el poeta o el filósofo pueden dirigirse libremente hacia el ideal, el hombre de Estado necesita los signos exteriores del poder, ante los cuales la turba estúpida se inclinará. ¿No adivina Napoleón, tan clarividente siempre, no adivina acaso el peligro que implica el símbolo de la corona? Bien sabe él que desde hace millares de años el pueblo asocia la idea de Dios con la realeza. ¿Cómo conciliar esta fe con su cinismo político? Y si esta corona le es dada a él por su genio, ¿qué valdrá transmitida a sus herederos sin el genio?

Comienza por hacerse conferir, según la costumbre romana, el derecho de adopción. ¡Él, que ha reconocido que el genio es autóctono; él, que ha visto desaparecer la realeza hereditaria, que aprobó la condenación del rey y sólo reprocha hoy a los Borbones su cobardía; él, que no concede honores y fortuna sino al mérito y al talento; él, Napoleón Bonaparte, que encarna la Revolución, se cree en el derecho de imponer su raza tan sólo porque es la suya!

¿Para llegar a este punto estudió a Plutarco, la historia de los emperadores romanos, y la de los reyes de Francia, Inglaterra y Prusia? ¿No ha aprendido a despreciar su decadencia sino para confiar, él también, la suprema magistratura al azar del nacimiento?

Por eso, y sólo por eso, quiere el hombre nuevo reconciliarse con el pasado, a fin de obtener, como él mismo dirá más tarde, con frase tan profunda, «la armonía que yo meditaba para el reposo y el bienestar universales. Si hubo en mi persona y en mi elevación un defecto, fue el de

haber surgido bruscamente de entre la masa. Yo sentía mi aislamiento, y por eso arrojaba por todos lados anclas de salvación al fondo del mar».

Al lado de tan altas palabras encontramos en él la expresión de simples sentimientos burgueses. Cuando Roederer le insta a casarse con otra mujer para asegurar su descendencia, exclama emocionado: «Soy justo, lo he sido constantemente desde que gobierno... Por la justicia no he querido divorciarme. Mi interés y el interés del sistema tal vez necesiten que yo vuelva a casarme. Pero yo me digo: ¿cómo repudiar a esta buena mujer a causa sólo de mi grandeza...? No, esto supera mis fuerzas. Tengo un corazón de hombre; no he sido engendrado por una tigresa». Después de la muerte de Josefina será libre.

Pero ¿cómo considera él el asunto de su sucesión? «He nacido en la miseria; mis hermanos han nacido como yo en la más absoluta mediocridad; pero yo me he elevado por mis acciones, mientras ellos han permanecido en el punto en que los colocó su nacimiento. Para reinar en Francia es preciso haber nacido en la grandeza, haber sido visto, desde la infancia, en un palacio, con guardias, o bien ser un hombre capaz de distinguirse por sí mismo de todos los demás». Esta última frase contiene ya el fatal error que debía conducirle a su pérdida.

En un principio, todo pasa con la mayor sencillez, sin aparato ni estruendo. Para hacer notar, una vez más, su voluntad de permanecer por encima de los partidos, exige un voto nacional, y los mismos hombres que hace doce años suprimieron no sólo al rey, sino también a la realeza, la restablecen hoy con más entusiasmo todavía que cuando el nombramiento vitalicio del Primer Cónsul. Todo queda arreglado en unos cuantos días: en el Senado no tiene en contra más que a tres de sus enemigos personales; en el Tribunado, sólo su gran admirador Carnot está por la Libertad. En un hermoso día de mayo, el Cónsul se hace presentar en Saint-Cloud el resultado del voto popular, y la nueva Constitución es promulgada el mismo día. El asunto es llevado con rapidez y precisión, como si sólo se tratase de agregar un nuevo artículo a la antigua Constitución.

En estas nuevas circunstancias, Napoleón conserva toda su sencillez. Pocos días después de su advenimiento al trono, le vemos sentado a horcajadas en una silla, junto a la ventana, con la barbilla apoyada en el respaldo, escuchando una conversación sostenida entre su mujer y Mme. de Rémusat. Se levanta, les dirige la palabra, bromea, ríe como un buen burgués y, de repente, con esa libertad que sorprendía entonces a los suyos y sorprende

todavía a la posteridad, comienza a desarrollar sus ideas: «¿Me guardan ustedes un gran rencor por la muerte del duque de Enghien? Como es natural, ustedes tienen sus recuerdos. Pero yo no dato sino del momento en que comencé a ser algo. ¿Qué significa un duque de Enghien; para mí? Un emigrado más importante que otro; razón de más para proceder con mayor firmeza. Desde hace dos años, la autoridad ha venido tan naturalmente a ponerse entre mis manos... Pero es verdad que el duque de Enghien me ha obligado a abreviar la crisis. Yo pensaba conservar todavía dos años más el Consulado aunque con esa forma de Gobierno las palabras no concordasen lo más mínimo con los hechos. No obstante, Francia y yo habríamos continuado así nuestro camino, pues Francia tiene ya confianza en mí y querrá todo lo que yo quiera. Pero aquella conspiración pareció conmover a toda Europa, y ha sido preciso desengañar a Europa y a todos los realistas. Yo podía escoger entre una persecución de detalle o un gran golpe; mi elección no podía ser dudosa. Así, pues, he impuesto silencio para siempre a los realistas y a los jacobinos. Quedan todavía esos republicanos, esos vacuos soñadores que creen se puede crear una república sobre una vieja monarquía y que Europa nos dejaría fundar tranquilamente un Gobierno federal... Ustedes, los franceses, aman la monarquía: es el único Gobierno que les agrada. Apuesto que usted, señor Rémusat, se siente cien veces más a sus anchas desde que me llama *Sire* y yo le llamo *señor*... Es preciso tener siempre satisfechas las vanidades de ustedes; la severidad del Gobierno republicano los habría aburrido mortalmente. La libertad es un pretexto. La igualdad es la manía de ustedes, y al pueblo le gusta tener por rey a un hombre surgido de entre las filas de los soldados. Hoy tengo a mi lado al pueblo y al ejército; bien tonto sería quien, con ellos, no supiese gobernar». Y, tomando de pronto un aire severo, da a M. de Rémusat una orden insignificante, con toda la sequedad de un amo absoluto.

Momentos únicos, durante los cuales nos es dado escuchar al joven Emperador de treinta y cuatro años, a caballo en una silla, vestido con un viejo uniforme verde, dejando correr su mirada oblicua a través del salón, andando a grandes pasos, revelando sus pensamientos íntimos en una especie de confesión, que interrumpe bruscamente con un gesto altanero. Tales escenas revelan a la vez una gran naturalidad y un cálculo muy hábil, una nota despectiva contra la antigua nobleza y el secreto deseo de agradarle, proyectos que las circunstancias modificarán fácilmente, una cínica opinión sobre la estupidez humana y esa libertad de espíritu que permite al extranjero gobernar a la hermosa Mariana con tan diestra severidad.

Delante de este auditorio sólo expresa móviles políticos, exagerando a propósito su desdén por el nuevo título. «José no quiere que se le llame monseñor ni príncipe. Escribe y dice a sus amigos que no quiere que haya ningún cambio entre ellos; así se lo ha escrito a Mme. Staël y a otros. Él cree esto muy grande y muy generoso. La grandeza y la generosidad están en no suponer que unas palabras huecas, unos títulos concedidos con arreglo a un sistema político, pueden cambiar nada en las relaciones de amistad, de familia o de sociedad. A mí me llaman *Sire* y *Majestad Imperial* sin que a nadie en mi casa se le ocurra siquiera que me he convertido en un hombre distinto. Todos estos títulos forman parte de un sistema; por eso son necesarios».

Y se dispone a cambiar de nombre por tercera vez; éste es el acontecimiento capital. Aunque las gentes más encumbradas del país, la antigua nobleza, hondamente emocionada de volverse a encontrar al cabo de quince años en el mismo palacio, se inclinan ante él con ocasión de su primera recepción solemne y le llamen *Sire*, nada de ello le conmueve y sus maneras no acusan ningún cambio. Las proclamas, cartas, notas, decretos, que durante ocho años llevaron la firma de «Bonaparte», serán de ahora en adelante firmados con un nombre que no ha oído desde hace diez años, con el nombre de su infancia, del que pronto su mano nerviosa no retendrá más que una letra. Josefina le ha llamado siempre por su nombre de General; sus hermanos y hermanas, a instigación de José, le llaman de «usted» desde hace largo tiempo. Sólo su madre, en algún que otro momento de intimidad, le ha llamado todavía algunas veces por ese nombre, pero siempre en su lengua natal: *Napolione*.

Hoy firma por primera vez: *Napoleón I, Emperador de los franceses*.

La contradicción inherente a este nuevo título aparece en seguida. Durante cuatro años las monedas llevaron su efigie con esta inscripción: «Emperador según la Constitución de la República». Cuando en el mes de julio llega el aniversario de la toma de la Bastilla, Napoleón lo celebra con una pompa absolutamente imperial. Gesto puramente político, pues esta fiesta será transferida primero al domingo, y pronto se dejará hasta de hablar de ella. El antiguo calendario ocupará de nuevo el lugar del calendario republicano.

Desde entonces todos vienen a él, y ciento treinta ciudadanos que votaron, hace una docena de años, la condena del rey, son investidos de cargos imperiales. ¡Mudanza de las cosas! ¿Y para este resultado ha corrido tanta sangre?

VIII

La antigua nobleza, a la que la muerte del duque de Enghien ha vuelto a lanzar en plena Fronda, adopta una actitud burlona, y en el barrio de Saint-Germain, que el Emperador observa con tanto cuidado como el de Saint-Antoine, se comentan regocijadamente las acciones del nuevo ocupante de las Tullerías. Como Emperador, se ha hecho más que nunca el punto de mira de la crítica. Por sí mismo no tiene nada que temer, pues su dignidad personal le pone a cubierto. ¿No reinó ya en Milán como simple general? Pero los miembros de su familia, en su ingenua curiosidad y sus celos pueriles, charlan sobre todo lo que pasa en palacio y se hacen blanco de las burlas de los descontentos, cuyas salpicaduras llegan hasta él.

Inglaterra mantiene a sueldo, a más de sus agentes, a una turba de escribas, cuyas anécdotas, inventadas con humorismo, divierten al público; así, unas caricaturas nos presentan a Talma enseñando al tenientillo a andar como un Emperador. ¡Cuando fue Napoleón quien, con gran frecuencia, enseñó a Talma la manera de representar los personajes reales de Corneille!

¿Cuál será la actitud de Europa ante el nuevo soberano? Muy sencillo: poner en solía la tragicomedia que comienza.

El Emperador sabe que le falta una Corte. Según su costumbre, se dirige, para constituir la, a los profesionales y llama a los cortesanos del antiguo régimen. El viejo mariscal de la antigua Corte deberá abandonar su pluma de poeta para empuñar de nuevo el bastón de maestro de ceremonias; Josefina, a la que pocas mujeres de la antigua nobleza reconocen en el primer momento, parece preocupada por el corte de su traje. ¿Dónde está la camarera de María Antonieta? ¡Que venga! Y es llevada a las mismas habitaciones en que tantas veces había vestido a la Reina, y, ante los mismos espejos, arregla los pliegues de la cola a los pies de la criolla.

El Emperador cuida de la organización de su Corte con tanta precisión y gravedad como si se tratase de formar el Estado Mayor de un nuevo ejército.

Pero conoce mejor que nadie la futilidad de estas cosas: «Sé muy bien que usted mismo, señor Roederer, usted mismo me reconoce un poco de ingenio, una lucecita de entendimiento. Sin embargo, debiera usted comprender por qué he dado el tratamiento de *Monseñor* a los mariscales de Francia, esto es, a los hombres más fieles a los principios republicanos. Simplemente, para asegurar a la dignidad imperial el título de Majestad. Así se han visto en la imposibilidad de rehusarlo o de darlo a disgusto, cuando han visto que ellos mismos recibían un título considerable».

Tales son las espaciosas paradojas en que de aquí en adelante va a dejarse extraviar.

Los dos excónsules, los únicos que han sido dejados a un lado por el nuevo Emperador, son nombrados archicanciller y architesorero del Imperio. Talleyrand, convertido en Gran Chambelán, vuelve a introducir en la vieja mansión las antiguas maneras. ¡Hubiera sido tan fácil al Emperador distribuir los cargos más importantes de su Corte a los grandes del antiguo régimen! Por el contrario, sólo llama a los hijos de los proletarios y burgueses que le han seguido en su ascensión: Bernadotte, Murat, Lannes, Ney, Davout. Catorce generales, de los que uno ha crecido en una panadería, otro en una cuadra, otros como mozos de café, grumetes o vagabundos, tienen que trocar hoy sus gloriosos uniformes por el traje bordado de los mariscales de Francia y desempeñar cargos cortesanos, llevar encajes y calzar zapato de hebilla. Sus esposas aprenden a hacer las grandes reverencias de la Corte, a andar sobre el suelo lustroso, a sentarse en rígidas sillas y arañar en las puertas en vez de golpear. El Emperador, antaño simple teniente, quiere mostrar a Europa que él sólo concede honores a los que se han distinguido por sus méritos. He ahí, por ejemplo, a Marmont, llevando su brazo mutilado en cabestrillo, vestido de seda, terciopelo y oro, pero cuya manga acuchillada echa a perder el elegante corte de su calzón.

No obstante, dos costumbres del antiguo ceremonial son suprimidas, por juzgarlas el Emperador degradantes: la presentación de la camisa al despertar y el besamanos.

Pero ¿cómo podría el encanto de la Corte de un Luis XV renacer bajo la autoridad de un soldado? Por mucho que se discuta acerca de los colores que llevarán en la caza la Emperatriz y sus Altezas, en el momento decisivo el Emperador, preocupado por sus asuntos, deja escapar el ciervo, al que los otros cazadores no se atreven a tirar en su presencia. «El ceremonial se ejecutaba como si estuviese dirigido a toque de tambor; todo se hacía, en

cierto modo, a paso de carga. Esta especie de precipitación, este temor continuo que él inspira, suprime en torno suyo todo bienestar y toda comodidad. De ahí una Corte fría y muda, más triste que nunca... Nosotros mismos nos veíamos, haciendo únicamente lo que nos estaba ordenado, como verdaderas máquinas, un tanto semejantes... a los sillones dorados y elegantes con que se acababa de adornar el palacio».

Napoleón se aburre en la sociedad de las mujeres. Las interroga con una precisión ingenua acerca del número de sus hijos; pregunta si los han criado ellas mismas, procura ser amable, pero piensa en otras cosas muy distintas. En Saint-Cloud, rodeado de un círculo de damas, se le oye repetir constantemente: «¡Qué calor hace!».

Todo el mundo se enriquece en la Corte. El Emperador concede sueldos principescos a los funcionarios de la Corte, escatimando solamente, con cierta malignidad, los de algunos miembros del antiguo régimen. Pero la mayoría de los que le rodean reciben millones, pues «la ambición es el móvil principal de los hombres. Éstos trabajan mientras esperan elevarse... Yo he creado senadurías y principados sólo para dejar algo que ambicionar y mantener así a mis órdenes a los senadores y mariscales».

Napoleón conoce el valor del dinero. Al lado de esa facultad genial de improvisación que asombra, en los momentos decisivos de su vida, encontramos en él un buen sentido absolutamente burgués. Se hace asignar veinticinco millones anuales, suma igual a la que recibía el Rey; pero en tanto que éste gastaba cuarenta y cinco, Napoleón ahorra doce. La Corte, a pesar de su esplendor, no cuesta sino la cuarta parte de lo que costaba la del último Borbón. Esa buena administración de los fondos que ellos mismos proporcionan la deben los franceses a un maestro que antaño cerraba su presupuesto con 90 francos al mes y que pretende, todavía hoy, poder vivir a sus anchas con un caballo y 1.200 francos anuales.

El Emperador no cambia en lo más mínimo su género de vida. Se le despierta a las siete, y a las nueve comienza a recibir. Durante todo el día, sus secretarios copian lo que él les dicta rápidamente; exige que todo se haga pronto y bien; de noche, cuando no duerme, Méneval está a sus órdenes para transcribir las inspiraciones del momento. Sus comidas duran apenas veinte minutos y jamás se fija en lo que come. En medio del lujo que le rodea, su traje y sus maneras son de lo más sencillos; cada vez que tiene que ataviarse para alguna ceremonia oficial se pone de mal humor, y cuando todo ha terminado exhala un suspiro de alivio; Saint-Cloud, restaurado, le disgusta, y

rechaza «todas esas habitaciones de mujer entretenida, que carecen de seriedad».

Se ha desinteresado de todo lo accesorio; no concede la menor importancia al lecho, a la comida, al alumbrado; la misma tabaquera, que siempre tiene en la mano, no es para él más que una especie de juguete. Las únicas cosas de que no puede prescindir son: el fuego de leña, los baños calientes, el agua de Colonia, el Chambertin y, dos veces al día, la ropa interior limpia.

Josefina derrocha el dinero locamente. Los setecientos trajes y doscientos cincuenta sombreros que encierra su guardarropa, sus piedras preciosas, sus chales y sus tocados cuestan millones, y, aunque el Emperador desea que mantenga un lujo que evita para sí mismo, a veces le hacen refunfuñar las cuentas fabulosas.

Sus hermanos y hermanas son igualmente extravagantes en sus gastos. El Emperador los colma, pero nunca están satisfechos. Una mezquina rivalidad se establece entre las cinco parejas —Luciano continúa desterrado— y Josefina, a la que todos detestan. De los seis grandes cargos del reino, el Emperador da cuatro a sus hermanos, a su hijastro y a su cuñado Murat. Sus hermanas se quejan de no ser «nada», mientras que sus hermanos son «Altezas Imperiales», lo mismo que Hortensia, la esposa de Luis. Napoleón las mira y les contesta con humorismo: «Cualquiera que os oyera creería que me comí la herencia de nuestro padre».

La gente se pregunta qué extraño prejuicio le ciega hasta el punto de hacerle distribuir durante diez años, con una indulgencia bonachona, que sorprende en él, coronas y países, honores y dinero, a hermanos y hermanas que nunca le obedecen ni le dan muestras de la menor gratitud. Solitario en su orgullo, demasiado altivo para ser familiar, Napoleón obedece, sin duda, una vez más, a motivos en parte inconscientes.

Su imaginación semiorienta debe de sentirse halagada ahora de repartir coronas como antaño distribuía sables y tabaqueras; pero, ante todo, trata de conseguir hombres de confianza, y, entre éstos, ¿quiénes más seguros que los unidos por los lazos de consanguinidad?

No obstante, sólo cosechará ingratitud, y su propia hermana le hará traición. Y esto, tal vez, porque ataca, en provecho de ellos, el principio de igualdad y la ley del más merecedor. Invierte a sus hermanos y hermanas de grandes empleos y los llama a su sucesión, sin poderles conceder la libertad

de acción que habitualmente otorga a sus generales. Obra con ellos como un ministro todopoderoso con los príncipes menores de edad, agriando así sus relaciones y suscitando su rencor.

José exhibe un desdén extremado por el Emperador. Por orden suya, sus hijas le llaman aún *Cónsul*; frecuenta los medios democráticos y rechaza el nombramiento de ministro, pero acepta el Luxemburgo y los dos millones del infantazgo imperial. Finalmente, Napoleón, no pudiendo soportar por más tiempo su conducta, da rienda suelta a su cólera: «¿Pero qué es lo que quiere, en fin de cuentas, José? ¿Qué pretende? ¿Por qué me hace la oposición y se reúne con mis enemigos? ¿Qué es lo que se le ha subido a la cabeza? No quiere ser príncipe. ¿Es que pretende acaso que el Estado le dé dos millones por pasearse por las calles de París luciendo su frac y su sombrero redondo? Yo he sacrificado todos mis goces personales para llegar a ser lo que soy. Yo tenía como cualquier otro los medios para triunfar en sociedad... Pero no es así como se gobierna. ¿Pretende disputarme el Poder? Estoy asentado en la roca... Dice que esta coronación es contraria a sus intereses, que concede a los hijos de Luis títulos de preferencia sobre los suyos, que perjudica los derechos de sus hijos porque hace de los hijos de Luis nietos de una emperatriz, en tanto que los suyos serán nietos de una burguesa... ¡Tener la imprudencia de hablarme a mí de sus derechos e intereses! ¡Ah, ya sabe él que así me hiere en mi punto sensible! Es como si dijese a un amante apasionado que ha besado a su querida o que espera triunfar de ella. ¡Pues bien, el Poder es mi querida! ¡Y me ha costado demasiado para dejármela arrebatada ni tolerar que nadie me la envidie!».

¡Así estalla de pronto el volcán en medio de una conversación insignificante! Habla con amargura de sus hermanos y hermanas y los compara con Hortensia y Eugenio: «Ella y su hermano están siempre de mi parte, y muchas veces hasta en oposición con su madre. Cuando ésta se enfada porque me he encaprichado por alguna chica bonita, o cualquier otra futesa semejante, ellos le dicen: “¿Y qué, acaso no es un hombre joven? Haces mal en ponerte así; bastante ha trabajado y bastante le debemos todos”».

Pero nada de esto impide que Napoleón continúe favoreciendo a su familia. Habiendo rehusado José todos los otros cargos, le hace entrar en el ejército: «¡Que se haga estimar, que conquiste la gloria, que se haga romper una pierna en la guerra! Y que renuncie a todas sus viejas ideas; que deje de temer la fatiga...». ¿No se diría un padre atento a la educación de un hijo

travieso?

Luis, al que le gustan los versos, tendrá el título de comandante de la Guardia Imperial, función honorífica que no le obligará a ir a la guerra. Murat vive fastuosamente con Carolina y sólo come en vajilla de plata sobredorada. A propósito de su hermana, dice Napoleón: «Con ella tengo que colocarme siempre en línea de batalla; para hacer entender mis puntos de vista de una mujercita de mi familia sería preciso que le espetase discursos tan largos como al Senado o al Consejo de Estado... Además, siempre me hablan de mi muerte... ¡Mi muerte, siempre mi muerte...! Es una idea muy triste para que a todas horas me la pongan ante la vista... Si en mi vida doméstica no encontrase un poco de dulzura, también yo sería muy desgraciado. Mi esposa es una buena mujer que no les hace ningún daño. Se contenta con jugar un poco a la emperatriz, tener diamantes, trajes bonitos y demás futesas de su edad. Jamás la he amado a ciegas. Si la hago Emperatriz es por justicia. Soy, ante todo, un hombre justo. Si en lugar de subir al trono hubiese sido yo arrojado a una prisión, ella habría compartido mis desventuras. Es justo que participe de mi grandeza. Siempre es el blanco de las persecuciones del resto de la familia. Últimamente ha llegado hasta a humillarse, pidiendo excusas a José. ¡Sí, será coronada, será coronada, aunque ello me costara doscientos mil hombres!».

Su lucha con una familia de la que, no obstante, sería tan fácil deshacerse es incesante. Sólo su madre se mantiene alejada y no le pide nada. Luciano escribe desde Roma: «Nuestra madre se halla preocupada por todos los cambios que se preparan. Cree que el Primer Cónsul hace mal en querer la corona de Luis XVI. Tiene malos presentimientos, que sólo a mí confía. Teme, sobre todo, que algún fanático republicano asesine al Emperador».

En tanto que en las Tullerías todos se preocupan por saber qué puestos, o qué títulos, o qué honores puede lograr cada uno, y si deben preceder o seguir a los príncipes, Leticia, orgullosa, bella todavía, a pesar de sus cincuenta años, permanece alejada. Pero, aunque teme los reveses de la vida, sólo a sus muy íntimos comunica sus inquietudes.

En París se la llama *Madame Mère*, y desde allí la llama Napoleón; pero ella, alegando diversos pretextos, se niega a ir. Requerida para asistir a la coronación de su hijo, parte por fin, pero viaja tan lentamente que llega tarde para la fiesta más sorprendente que pueda ver una madre. Los ecos de esta fiesta la alcanzan en el camino; pero, aunque oye y lee todos los relatos y comentarios que hacen los pueblos, estupefactos, no puede menos que

suspirar: «*Pourvou que celà doure!*».

IX

Más dócil que ella, su protector, el Papa, ha partido para París. ¿Cómo hubiera podido hacer otra cosa? El hombre todopoderoso le ha rogado que vaya y hay que aprovechar sus buenas disposiciones en vista del Concordato. Además, es un italiano a quien van a coronar. «Al fin y al cabo, es una familia italiana que imponemos a los bárbaros para gobernarlos», dice en el Conclave un cardenal. Todavía se le considera como un extranjero.

Pero ¿por qué no va Napoleón a Roma? ¿Por qué no se contenta con la unción tal como la han recibido los emperadores occidentales desde Carlomagno? ¿Para qué el Papa, si se siente el amo en París?

Una vez más, Napoleón procura reanudar con el pasado. Para comenzar, pasa en silencio todos los detalles y ruega solamente al Papa que vaya a «conferir el carácter de la religión a la ceremonia de la consagración y coronación del Primer Emperador de los franceses». Durante varias semanas se cambian una porción de cartas, de las que en ninguna se hace alusión a la ceremonia.

Y, sin embargo, Pío VI, oprimida el alma, se acerca a París. Por primera vez, un Papa obedece al llamamiento de un soberano. El Emperador recibe al Santo Padre en las puertas de la ciudad, sin darle las muestras de respeto del beso y la genuflexión. El Papa, que no encuentra en París ni grandes honores ni una fe muy ardiente, se mantiene a la defensiva.

Sólo Josefina es toda devoción. Confesándole que no se ha casado religiosamente, procura aprovechar la ocasión que se le ofrece para obtener la consagración de una unión que siente comprometida por su esterilidad. El Papa exige, en efecto, el matrimonio religioso para coronarla. Dos días antes de la gran fiesta, en la capilla de palacio, el viejo tío Fesch, revestido de la púrpura cardenalicia, une religiosamente a los dos esposos que hace ocho años renunciaron tranquilamente a toda ratificación oficial. Ningún testigo asiste a esta bendición, a fin de que nadie pueda sonreír...

El 2 de diciembre, Notre-Dame resplandece con el brillo de los cirios y las piedras preciosas; más se diría una sala de fiestas que una iglesia. En los preparativos se emplearon varias semanas. Una hábil copia del cetro de Carlomagno había sido presentada al Emperador; viejos pergaminos del tiempo del Rey Sol fueron consultados para que la coronación del hombre de la Revolución fuese en todo igual a la de los reyes legítimos. El marqués de Ségur había recogido todos los detalles protocolarios. Isabel, valiéndose de marionetas, hizo con anticipación un ensayo de la ceremonia.

El palacio, París, Francia entera, se hallan en movimiento. El Emperador está de buen humor; por la mañana ensaya con su propia mano la corona en la cabeza de su esposa. Por fin, el cortejo se pone en marcha hacia la catedral, con toda pompa. Vestido con un manto imperial a la antigua, Napoleón avanza hacia el altar mayor conduciendo a la Emperatriz, cuya gracia encantadora borra la impresión un poco penosa del momento. El Papa está sentado, rodeado de sus cardenales. El sonar del órgano y el rumor de los rezos llenan el templo.

Entonces, en el momento en que todos esperan que se arrodille el hombre al que nadie ha visto todavía inclinarse, éste toma la corona y, en pie, ante millares de miradas asombradas, volviendo la espalda al Papa, de cara al público, se corona a sí mismo, en presencia de su pueblo. Luego corona a Josefina, arrodillada. Sólo el Papa había sido avisado en el último momento de este propósito del Emperador y no se había atrevido a amenazarle con su partida. Quieras que no, tuvo que ungir y bendecir a los dos pecadores. La delgada diadema de laureles de oro que ceñía la frente de Napoleón no tenía, por otra parte, nada de una corona cristiana a sus ojos.

Todos los testigos dicen que el rostro del Emperador, en aquella hora solemne, estaba pálido y resplandeciente. Su semejanza con el emperador Augusto se afirmaba ya, y se acentuará cada día más, como bajo la influencia de una fuerza mística.

Así, en el momento decisivo, Napoleón hizo irrisión de todo el ritual de la realeza legítima. Llegó hasta a sustituir al Papa, que no se lo perdonó nunca. De un solo golpe, toda traza de imitación, toda esta parodia un poco ridícula del antiguo régimen, queda borrada. Sobre los escalones del templo se ha erguido un Emperador-soldado a la romana, que hace diez años nadie conocía, y no son milagros, sino acciones, lo que le han valido los laureles con que acaba de coronarse a sí mismo. Su manto, además, lleva bordada la abeja, emblema del trabajo.

Aquel día, el Emperador parece haberse sentido obsesionado por la conciencia de su asombroso destino. Ceñido de laureles, sentado sobre un trono adornado con la gran N, ante el Papa, murmura al oído de su hermano José: «¡Ah, José, si nos viese nuestro padre!». ¡Y qué emocionantes resultan estas palabras brotadas en aquel instante del fondo de su ser! Nunca hablaba de su padre, pero en esta hora, pensando en su juventud, en las luchas de familia, en la altivez y el orgullo de la tradición corsa, remóntase naturalmente hasta el tronco de que ha nacido...

Durante toda la solemnidad conserva su calma y, para atraer la atención de su tío el cardenal, le toca con la punta de su cetro. Cuando, después de la consagración, se dirige hacia la mesa con Josefina, exclama, con un suspiro de alivio: «¡Gracias a Dios que ha terminado esto! ¡Habría preferido un día de batalla!». Obliga a Josefina a conservar la corona durante la comida, como si representasen ambos una comedia. Encuentra deliciosa a su amada criolla en el papel de Emperatriz, y se ve con alegría como el hombre de la Revolución es el primero en burlarse de su simulacro imperial.

La libertad de espíritu y el escepticismo, no sin grandeza, que revelan estos pequeños detalles aparecen mejor aún en una conversación que tiene aquella misma noche con Decrès: «He venido al mundo demasiado tarde; los hombres están demasiado ilustrados. ¡Ya no se puede hacer nada grande...! Sí, convengo en que mi carrera ha sido hermosa y me ha abierto camino; pero ¡qué diferencia con la Antigüedad! Piense usted en Alejandro: después de haber conquistado Asia y de haberse anunciado a los pueblos como hijo de Júpiter, todo Oriente lo creyó, con excepción de Olimpia, que sabía a qué atenerse con excepción de Aristóteles y unos cuantos pedantes de Atenas. Pues bien, si yo me declarase hoy hijo del Padre Eterno y anunciase que, por esta razón, voy a ofrendarle un acto de gracias, no habría una sola pescadera que no silbase al pasar. ¡Los pueblos están hoy demasiado ilustrados, y ya no queda nada grande por hacer!». Así se expresaba con toda franqueza pocas horas después de su coronación. ¡Y cómo le atrae todavía Oriente!

Favorecido y agobiado al mismo tiempo por sus dotes prodigiosas, nada bastará ya a su ambición desde que sabe cuán fácilmente se inclinan los hombres ante quien, por su energía y su talento, los obliga a obedecer. ¡Qué le importa a él, al todopoderoso, la filosofía de Voltaire o de Rousseau! ¡Cómo podría él desear la soberanía del pueblo, la democracia, conociendo como conoce la cobardía de sus instintos y la infamia de sus conductores! Extender su dominio, llevar su nombre cada vez más lejos, ocupar en el libro de la

Historia algo más que aquella media página de que hablaba antaño, sacrificar su vida a los laureles de su corona, sin buscar ni placer ni reposo: he ahí lo único que puede todavía dar algún valor a su vida.

Cuando le presentan un boceto para el sello imperial, tacha el dibujo, que representa un león en reposo, y escribe al margen: «Un águila con las alas desplegadas».

X

Parece como si una fuerza extraña, inherente a la corona, actuase desde este momento sobre Napoleón. En vano procura él desprenderse del ascendiente milenario que ésta ejerce sobre él; en vano intenta renovar su sentido y ponerla en ridículo: por más que hace, sufre su influencia, y esta fuerza acabará por vencer al hombre nuevo.

Cuando, seis meses después de la consagración, pone sobre su cabeza la corona de hierro de los lombardos —pues, a ejemplo de la República Francesa, los países limítrofes van a ser transformados igualmente en monarquías—, hace resonar en la catedral de Milán la antigua forma carlovingia: *Dio me la diede; guai a chi la tocca!* Es el político quien así habla, sin creer en lo que dice, pero no siempre logrará resolver una contradicción de la que sin duda es la víctima.

Las nuevas circunstancias van a exigir medidas nuevas contra la libertad de pensamiento. No solamente será reorganizado el ministerio de la Policía, sino que Francia va a ser dividida en cuatro sectores; los más fieles consejeros de Estado, por intermedio de numerosos agentes, vigilarán la opinión pública. Napoleón quiere una estadística de la opinión. Talleyrand y Fouché, colocados a la cabeza del nuevo ministerio, van desde ese instante a estrechar cada vez más sus intrigas en torno del Emperador. Éste no ignora el doble juego que contra él dirigen y procurará en vano combatirlos con la ayuda de una vigilancia suplementaria.

Impresionantes personajes estos dos sacerdotes renegados, a los que detesta, que le detestan y de los que nunca podrá deshacerse. Fouché, al que difícilmente podría asignársele una edad, es un hombre frío, pálido, apergaminado, silencioso, de ojos penetrantes, semejante a una momia en uniforme de corte cuando aparece con el pecho cubierto de condecoraciones.

Talleyrand es el aristócrata; su personalidad múltiple e indómita hace pensar en una bola en movimiento, de la que todas las partes van ocupando

sucesivamente todas las posiciones; su peculiar atractivo, hijo de su flexibilidad, proporcionaba a aquel cojo las mujeres más hermosas. La afirmación de que traicionó a su amo únicamente para servir los intereses de Francia está ampliamente desmentida por su venalidad y su inmensa avaricia. Por el momento le sirve todavía, pero una desconfianza mutua marca desde un principio sus relaciones. En una ocasión, Talleyrand se mostró fiel servidor de Napoleón. Una noche, hallándose de viaje, el Emperador hablaba con él, desde el lecho, de los asuntos del Estado, cuando se quedó dormido; el ministro no se movió de su silla hasta la mañana siguiente, pretextando que no quería despertarlo. Una tal muestra de devoción es tan extraña al carácter de Talleyrand, que mejor se explicaría por el deseo que debió sentir de sorprender durante el sueño un secreto del amo.

Napoleón no sueña nunca. Como desprecia a los hombres y los juzga incapaces de sentimientos desinteresados, se verá obligado a consagrar una parte de su actividad a ganárselos por medio de dádivas o a reprimir sus peligrosas susceptibilidades.

Todos los años, en numerosas ocasiones, se presenta el asunto de Mme. de Staël, cuyas obras y persona tienen alejadas de París con una firmeza que frisa en admiración. Ella era, sin embargo, quien decía al Emperador: «Su mirada tiene una dulzura infinita cuando habla a las mujeres». En Europa entera, los campeones de la libertad se alejan de él. Lord Byron, que le había rendido brillantes homenajes, le reniega, y Beethoven le retira la dedicatoria de su *Sinfonía Heroica*. Nada debió disgustarle tanto como el homenaje del zar Pablo, el loco, que celebraba en el Primer Cónsul al hombre que había reprimido la Revolución.

Después de Marengo, todos sus esfuerzos tendían a consolidar la paz continental; durante cuatro años la había mantenido por cuantos medios tenía a su alcance. Ahora era preciso que la Francia imperial acabase con la animosidad que los príncipes alimentaban todavía contra la Francia republicana.

Dos muertes recientes favorecían sus proyectos. El Zar había sido asesinado, y a este enemigo de Inglaterra había sucedido su hijo, un mozo idealista, dulce y soñador, formado por los filósofos franceses, abierto a las ideas democráticas, lleno del deseo de ser un buen soberano. Desde su ascensión al trono, el joven Alejandro se había aproximado a Inglaterra, donde, después de la muerte de Fox, las débiles veleidades de acuerdo con Francia no habían resistido a los antiguos agravios.

No habiendo evacuado Malta los ingleses en la fecha convenida y habiendo impuesto a este propósito nuevas condiciones, la paz se había roto. Francia iba a encontrarse de nuevo ante una coalición de los Estados europeos, sostenida por la Gran Bretaña, con el fin de ayudar a los Borbones a reconquistar su trono. ¡Qué peligroso ejemplo para todos los demás pueblos la subida al poder de los hombres de talento! Un año antes de la coronación se había reanudado la guerra con los ingleses, guerra que sólo debía acabar con el mismo Napoleón. Más que en francas hostilidades, se encuentran en una especie de estado de guerra, motivo por el cual el gran general que es Napoleón no podrá poner fin a la situación ni ganar una victoria decisiva. Inglaterra tiene ventajas importantes sobre sus enemigos y sobre Francia en particular: es una isla y está en todas partes. Napoleón, con su sentido de la Historia, reconoce en ella el nuevo imperio de Alejandro, que antaño se extendía también hasta las islas de Asia y África y fue inatacable hasta el día de su desmembramiento.

Al día siguiente de la batalla de Abukir había previsto que se precisarían diez años para la reconstrucción de la flota francesa. Por lo pronto, apenas habían transcurrido cinco y el poder del enemigo era aún mayor. Las tropas de la expedición a Egipto habían sido repatriadas en barcos ingleses, aprovechando una corta tregua. Francia había reconocido a Inglaterra el Cabo y otras colonias, pero no podía consagrar todas sus fuerzas al renacimiento de su poder marítimo.

¿Qué era un navío para el Emperador? Éste sabía dibujar un cañón, fundirlo, reemplazar cualquiera de sus piezas. Conocía exactamente el rendimiento de una panadería de campaña, el tiempo y el dinero que representaba el armamento de todo un escuadrón; sus conocimientos técnicos le concedían una gran autoridad y hacían temer una inspección, que él emprendía a cada instante, al mismo tiempo que suscitaban el respeto por la ciencia del jefe y le garantizaban la perfecta ejecución de sus órdenes.

Pero es preciso haber crecido en un barco como al pie de un cañón. Cuando los almirantes expresan su admiración por la sorprendente rapidez con que el Emperador se asimila los asuntos navales, su juicio sobre el genial aficionado se halla impregnado de indulgencia. Y Napoleón lo sabe. Como un gran almirante le hace tanta falta como una buena flota, y como jamás confía a otro el mando de una campaña, inventará una nueva forma de guerra para derrotar a Inglaterra. Prohibirá la costa de Hamburgo a Tarento a los barcos ingleses, con objeto de aniquilar por medio de una guerra comercial a una

nación de comerciantes. De nuevo se presenta a su espíritu la idea de un desembarco en Inglaterra; si pudiera siquiera poner el pie sobre la isla, se encontraría en su elemento y se sentiría el amo...

Hele aquí en Boulogne, estudiando como antes de la campaña de Egipto las posibilidades de embarque y transporte. Napoleón, cuya ardiente imaginación se complace en los sueños audaces, en los que triunfa igualmente su ciencia de calculador, deja de ser en el mar el profesional de conocimientos exactos para convertirse en un *dilettante*, en un contemplativo.

Ya no encontramos en sus cartas íntimas frases como aquella que escribió a Josefina a propósito de una cañonera que había roto sus amarras durante la noche de tempestad: «¡Era un admirable espectáculo! Las campanas tocando a rebato, la costa cubierta de fuegos, el mar espumante y los hombres dominados durante toda la noche por la incertidumbre y el miedo. Pero entre la eternidad, el océano y la noche cerníase un buen genio. Todo el mundo fue salvado y yo fui a acostarme con la impresión de haber vivido un sueño épico y romántico, una situación capaz de hacerme creer que yo estaba solo en el mundo».

Napoleón se vuelve romántico, y no sin cierta emoción se le siente sorprendido, y hasta un poco atemorizado, al parecer, ante ese mundo romántico...

Como mal marinero que es, comete una falta. A pesar de la proximidad del mal tiempo, insiste en pasar revista a la flota; el almirante Bruix se niega a ello. Y el Emperador, cuando llega, se encuentra con que no han hecho ningún preparativo.

«—¿Por qué no ha hecho usted ejecutar mis órdenes, señor almirante?

»—*Sire*, se prepara una horrible tempestad. Vuestra Majestad puede verlo como yo; ¿quiere Vuestra Majestad exponer inútilmente la vida de tantos valientes?».

El Emperador, pálido, rodeado de sus oficiales helados de espanto, exclama:

«—He dado unas órdenes y de nuevo le pregunto por qué no las ha ejecutado usted. Las consecuencias me importan a mí solo... ¡Obedezca!

»—*Sire*, no obedeceré.

»—¡Es usted un insolente!».

Silencio impresionante. El Emperador, que tiene un látigo en la mano, avanza hacia el Almirante con un gesto amenazador. El Almirante retrocede un paso y, llevando la mano al puño de su espada:

«—*Sire* —dice palideciendo—, ¡cuidado!

»—Señor contralmirante Magon, hará usted ejecutar al instante el movimiento que he ordenado. En cuanto a usted, caballero, saldrá de Boulogne en el término de veinticuatro horas y marchará a Holanda. ¡Puede usted retirarse!».

En medio de una violenta tempestad tiene lugar la revista. Veinte chalupas se van a pique; los marineros luchan contra las olas desencadenadas. El Emperador salta a la primera embarcación para ayudar al salvamento; todos siguen su ejemplo. Al día siguiente, el mar arroja doscientos cadáveres a la playa. Este incidente, el primero en la vida de Napoleón como falta y como crueldad, provocando la desobediencia de un oficial, es una advertencia que no tardará en repetirse.

El año anterior había llegado a París un inventor inglés para presentar a la Marina dos nuevos modelos de barcos; se trataba de un navío impulsado no por los remos o el viento, sino por el vapor, y de una canoa submarina que podía bombardear al enemigo con una especie de torpedo. «Es un charlatán», dijo Napoleón después de haber hecho Fulton sus ensayos en el Sena, y rechazó sus ofrecimientos. Si le hubiesen presentado un cañón de largo alcance o un telégrafo de campaña, inmediatamente habría comprado a aquel hombre.

Napoleón no venció a Inglaterra porque le faltaba la fe en esta victoria; ante ello no tenía su seguridad habitual. ¡Ah, si se pudiese atacar a ese pueblo en tierra firme!

Expresa entonces de nuevo, como hace cinco años, su intención de llegar a las Indias por Herat; pero la organización de una expedición semejante requiere tiempo...

Por el momento, le importa ante todo la paz que su poder y su talento mantienen desde hace varios años. Inmediatamente después de su coronación escribe en este sentido el mismo día a seis reyes, dirigiéndose a cada uno según su carácter y vigilando los menores detalles de estilo y firma. Al sha de Persia: «La fama, que todo lo publica, te habrá hecho saber lo que soy y lo que he hecho, cómo he elevado a Francia por encima de todos los pueblos de Occidente y por qué brillantes pruebas he demostrado a los reyes de Oriente

el interés que me inspiran... Los hombres de Oriente tienen valor y genio; pero la ignorancia de ciertas artes y la negligencia de una cierta disciplina, que multiplica la fuerza y la actividad de los ejércitos, le dan una gran desventaja en la guerra contra los hombres del Norte y de Occidente... Tú me harás saber lo que deseas y renovaremos las relaciones de amistad y de comercio que han existido otras veces entre tu imperio y el mío... Escrito en mi palacio imperial de las Tullerías el 27 Pluvioso del año XIII y primero de mi reinado. Napoleón». El encabezamiento de esta carta lleva un título ficticio por el que sin duda quiere señalar su identidad con el célebre general de la campaña de Egipto. «Bonaparte, Emperador de los franceses».

Después de esta carta se encuentra otra, tan impresionante como admirable de habilidad política, dirigida en plena guerra al Rey de Inglaterra: «... Y tanta sangre vertida inútilmente y sin la perspectiva de objeto alguno, ¿no acusa a los Gobiernos en su propia conciencia? No veo deshonor en ser quien dé el primer paso. Creo haber probado suficientemente al mundo que no temo ninguno de los peligros de la guerra; por otra parte, ésta no tiene nada que yo pueda temer. La paz es el deseo de mi corazón, pero nunca la guerra ha sido contraria a mi gloria. Conjuro a Vuestra Majestad a que no rechace la alegría de dar la paz al mundo. ¡Que no deje esta dulce satisfacción a sus hijos! Jamás hubo mejor oportunidad ni momento más favorable para acallar todas las pasiones y atender únicamente al sentimiento de la humanidad y la razón. Una vez perdido este momento, ¿qué término asignar a una guerra a la que todos mis esfuerzos no habrán podido poner fin? Vuestra Majestad ha ganado en diez años más territorios y riquezas que extensión tiene Europa. Su nación se halla en el ápice de la prosperidad. ¿Qué puede esperar de la guerra?».

Pero ¿cómo se habría burlado él del adversario que le hubiese hecho un argumento semejante! Su llamamiento queda sin respuesta. Ni Inglaterra ni los Estados continentales quieren reconocer a la nueva potencia ni a su Emperador; una cuarta coalición amenaza formarse contra Francia.

Después de haber gozado de una vida relativamente feliz durante los años de paz —los suyos hasta le presentan como habiéndose divertido mucho en la Malmaison—, va a tener que prepararse para la guerra una vez más y reconocer «que está en la naturaleza y la fuerza de las cosas el continuar la lucha del pasado con el presente, pues esta coalición constante de nuevos adversarios nos obliga a batirlos para no ser aniquilados». Ésta es la verdad, sin amargura y sin exageración. Si Napoleón no ha creado este estado de

cosas, ha contribuido al menos a su mantenimiento. La primera guerra de la Francia revolucionaria fue únicamente una guerra defensiva, y sólo la valentía de aquel ejército nacional y el genio de sus generales transformaron las guerras siguientes en conquistas.

¿Puede sorprender que, a fuerza de ser provocado por adversarios a los que había vencido dos veces, sus proyectos, que permanecían siempre por debajo de su imaginación, hayan acabado por ampliarse? Sin duda el Emperador habría querido mantener la paz en Europa por una decena de años más y medirse con Inglaterra en Asia; solamente cuando se ve hostigado por Europa y sus ideas de desquite es cuando empieza a considerar la posibilidad de establecer un Imperio europeo. Admirable proyecto que, intentado ya antaño, debía ser reanudado por él para fracasar una vez más.

La idea política más alta de Napoleón nació, pues, de la necesidad de asegurar su propia defensa. En el momento en que una coalición nueva se levanta ante él, su ideal se modifica. Alejandro cede su lugar a Carlomagno. Con gran solemnidad, el Emperador visita la tumba de Aquisgrán.

«Sólo habrá tranquilidad en Europa —dice entonces a sus íntimos— cuando haya un solo jefe, un solo emperador que tenga por oficiales a los reyes y distribuya los reinos a sus capitanes... Se dirá que este plan no es más que una imitación... y que estas ideas no son nuevas; pero nada hay absolutamente nuevo; las instituciones políticas no hacen sino girar en círculo y con frecuencia volver a lo pasado».

La lenta transformación de su ideal debía traer consecuencias incalculables. La rapidez con que procura reconstruir desde entonces el Imperio de Carlomagno, como si sólo se tratase de anexionarse una provincia, es un síntoma nuevo en él, síntoma que indica la fiebre que le impulsaba hacia nuevos objetivos aun antes de haber alcanzado los antiguos.

XI

Desde la primavera, su ejército permanece en el Norte, dispuesto a la expedición, tantas veces diferida, contra Inglaterra. Pero en el otoño, cuando parece inminente un ataque de Austria, Napoleón decide en dos días trasladar sus tropas a la frontera del Este, y en menos de dos semanas el ejército entero atraviesa el Rin.

Desde la orilla, antes de partir, dicta a Daru su plan de ataque contra Austria: «Orden de las marchas, su duración, lugares de convergencia o de reunión de las columnas, ataques a viva fuerza, movimientos diversos y faltas del enemigo, todo estaba previsto en este dictado con dos meses de anterioridad y a doscientas leguas de distancia...».

Austria tenía serias razones para movilizar. En el cetro que blandía el nuevo Rey de Italia figuraba el león de Venecia; la toma de Génova era, por otra parte, una advertencia a los Habsburgo de no atravesar por tercera vez los Alpes; la batalla tenía que ser librada en Alemania. Inglaterra no regateaba su apoyo financiero y las fuerzas enormes de los rusos se habían adherido a la Coalición, como antaño durante la ausencia de Bonaparte en Egipto.

El joven Zar parecía firmemente decidido a desvanecer los viejos prejuicios que mantenía Europa contra Rusia; los papeles habían cambiado, y el Zar iba a atacar con todas sus fuerzas al tirano de Occidente. La táctica de Napoleón es conocida ya, así que podrán derrotarlo con sus propios medios.

Pero el genio lleva consigo nuevos recursos. Por medio de marchas forzadas, Napoleón rodea a los austríacos en Ulm y obliga a capitular a un ejército entero antes de que se haya disparado un solo tiro de fusil: «He realizado mi propósito: he destruido el ejército austríaco a fuerza simplemente de marchas. Ahora voy a dirigirme contra los rusos, que pueden considerarse como perdidos». Sus cartas se han hecho concisas, y sus victorias no le sorprenden ya. «Me he sentido, querida Josefina, más cansado de lo debido; hemos pasado una semana entera bajo la lluvia y con los pies helados».

Cuando la capitulación de Ulm, Bonaparte, en medio de sus mariscales, revestidos con sus recamados uniformes, que exhiben por primera vez ante el extranjero, se presenta vestido como un simple soldado, con un capote remendado y un sombrero sin escarapela, y permanece con los brazos cruzados ante la fogata del vivac.

De nuevo, como el día de Marengo, ofrece la paz a sus enemigos y dirige personalmente, con esa independencia que irritaba siempre a los diplomáticos, una carta al emperador de Austria: «Vuestra Majestad comprenderá que es justo que aproveche las circunstancias que me han sido favorables y que las condiciones de la paz que ofrezcan una garantía contra una cuarta coalición con Inglaterra..., pues yo consideraría como dichosas para mí todas las circunstancias que me permitiesen conciliar la seguridad de mis pueblos con su amistad, a la que le ruego me permita pretender todavía, a pesar del número y del poder de mis enemigos en torno de Vuestra Majestad». Y marcha sobre Viena.

Una mala noticia le llega en ese momento: dos días después de la victoria que acaba de ganar en tierra, Inglaterra ha derrotado a la flota francesa en Trafalgar. Dieciocho barcos han sido hundidos. Nelson ha muerto y el almirante francés ha caído en manos del enemigo. ¿Se repetirá la hora de Abukir? ¡Ánimo! Entonces la situación era cien veces peor; hoy el mar no les separa ya de París y no se necesitan barcos para regresar. Y apresura su marcha sobre la capital austriaca, que el enemigo le abandona sin combate.

Pero, después de Trafalgar, el emperador Francisco y el zar Alejandro se han vuelto más intransigentes y procuran ganar Prusia a su causa. Las negociaciones se eternizan. Napoleón procura en vano ofuscar al Zar haciendo relumbrar Turquía ante sus ojos. La entrevista de Brünn se reduce a ver quién engaña a quién. Sólo Napoleón hace una proposición precisa y escribe a Talleyrand, que es el encargado de las negociaciones: «No me opondré demasiado a dejar Venecia al Elector de Salzburgo, y Salzburgo a la Casa de Austria. Yo tomaré Verona... para el reino de Italia..., y el Elector, si así lo desea, podrá llamarse Rey de Venecia... El electorado de Baviera será erigido en reino de Baviera... Restituiré toda la artillería, los almacenes, las plazas fuertes..., se me darán cinco millones... Probablemente habrá mañana una gran batalla con los rusos, y eso que he hecho mucho por evitarla, pues será sangre vertida inútilmente. He mantenido correspondencia con el Emperador de Rusia: todo lo que he sacado de ella es que es un hombre bueno y digno, manejado por quienes le rodean... Escriba a París, pero no diga nada

de la batalla, pues esto no haría sino inquietar a mi esposa. No se alarme usted; me hallo en una posición fuerte; eso sí, me duele lo que costará, y que sea sin objeto... Comuniqué a París que, vivaqueando desde hace cuatro días en medio de mis granaderos, no tengo otra mesa que mis rodillas y, por tanto, apenas puedo escribir...».

He aquí la disposición de espíritu en que se halla el Emperador dos días antes de su victoria más célebre. En tanto que examina sobre el mapa el más pequeño villorrio moravo, la anchura de cada corriente de agua y el estado de los caminos, calentándose al fuego del vivac, piensa en sus ministros de París, que esperan sus órdenes; en su mujer, que podría inquietarse, y expone todo un programa nuevo para el reparto de cuatro o cinco Estados, la distribución de nuevas coronas, la reparación de los perjuicios de guerra, la restitución de las plazas fuertes. Su pesar por toda la sangre esparcida inútilmente ilumina en dos ocasiones su discurso con una pálida luz semejante a la del sol de diciembre que se levanta sobre el horizonte... ¿Es sorprendente que un hombre así derrote a los príncipes legítimos que, en ese mismo momento, no hacen sino divertirse en sus palacios?

Cuando conoce aquella noche las maniobras del enemigo, palmorea y se estremece de alegría. «¡Han caído en la trampa, se entregan! ¡Pasado mañana por la tarde será mío ese ejército!». Luego hace una frugal comida con su Estado Mayor en una cabaña de campesinos y permanece un rato de sobremesa, contra su costumbre. Con el espíritu despierto, habla largamente de la causa de la tragedia de Egipto. «Sí, si me hubiese apoderado de Acre, habría ceñido a mi cabeza el turbante y habría hecho adoptar el bombacho a mi ejército; sólo hubiera expuesto a mis hombres en el último extremo y hubiese hecho de ellos mi batallón sagrado, mis inmortales. Con los árabes, los griegos y los armenios habría terminado la guerra contra los turcos. En lugar de una batalla en Moravia, hubiese ganado una especie de batalla del Ixo, me hubiera proclamado emperador de Oriente y habría regresado a París por Constantinopla». Estas últimas palabras, escribe un testigo, fueron acompañadas por una sonrisa que procuraba enmascarar el abandono de sí mismo a uno de sus sueños habituales.

Pero ¿no se diría un sueño esta escena misma? ¿No hace, realmente, sino un siglo que un hombre, casi un semidiós, modeló Europa a su propia imagen? ¿No nos creeríamos más bien en la edad homérica, cuando los príncipes, en combates singulares, decidían la suerte de generaciones enteras? Hele ahí, como en los poemas legendarios, sentado en una cabaña de tierra

apisonada, en medio de una llanura desconocida. Tiene treinta y cuatro años. Mientras lleva a su boca una cucharada de patatas con cebolla, en vísperas del día en que quiere, mediante una sola victoria, hacer revivir el Imperio de Carlomagno, sueña con los desiertos de Asia, en los que antaño un montón de piedras le cerró el paso. Revive sus proyectos de entonces y sigue con el pensamiento al macedonio hasta las orillas del Ganges...

Comienza el día: día aniversario de su coronación. En una vibrante proclama recuerda esta fecha a sus tropas y termina prometiéndoles que esta vez no se expondrá al fuego enemigo. Hasta entonces, jamás había registrado la Historia una promesa semejante; todos los generales afirmaban, por el contrario, que desafiarían la muerte a la cabeza de sus tropas. Sólo Napoleón, a quien han visto sus granaderos en veinte batallas y a quien consideran como un protegido de la fortuna, puede ofrecer a sus soldados, como premio a su valor, la seguridad de que él no se expondrá al peligro.

El Emperador derrota a sus enemigos y confiere para siempre la gloria a una llanura sombría: la llanura de Austerlitz. «¡Soldados, estoy contento de vosotros...! Dad mi nombre a vuestros hijos, os lo permito, y si entre ellos se encuentra alguno digno de nos, yo le lego todos mis bienes y lo nombro mi sucesor...».

Es el antiguo *pathos*, destinado al ejército; a su esposa, le escribe sencillamente: «He derrotado a los ejércitos rusos y austríacos... Me he fatigado un poco, pues he vivaqueado ocho días al aire libre y con noches demasiado frescas. Hoy pernoctaré en el castillo del príncipe Kaunitz, donde dormiré dos o tres horas». Así es como narra su victoria, que a sus ojos no es más que un canto nuevo de la gran epopeya. Cuando al día siguiente el Emperador de Alemania invita al antiguo teniente a entrar en negociaciones, éste ha abandonado ya aquellos lugares y se le encuentra en un molino. Napoleón avanza amablemente al encuentro del Emperador y dice:

«Le recibo en el único palacio que habito desde hace dos meses». ¡Qué dignidad ante el Rey legítimo, qué divertida burla en los labios de un hombre que ha dejado en su capital suntuosos palacios, donde pronto se acumularán nuevas banderas y resonarán los cantos de victoria!

El emperador Francisco responde, humorísticamente; «Saca usted tan buen partido de él, que se debe hallar muy a gusto».

Sonríen y se contemplan. Después de diez años de combatirse, es la primera vez que se encuentran. Son de la misma edad y, aunque por vías muy

diferentes, han alcanzado ambos el poder hacia los veinticinco años. En aquel momento, ninguno de ellos sospecha cuán vivo es en el uno el deseo de la paz y cuán lejos está el otro de alimentar sentimientos de venganza.

«Ayer he visto en mi campamento al Emperador de Alemania. Conversamos durante un par de horas... Ha querido rendirme por los buenos sentimientos, pero me he defendido en este género de guerra, que tampoco me es, se lo aseguro, muy difícil... Hemos convenido hacer la paz rápidamente. Mi batalla de Austerlitz es la más hermosa de todas las que he librado: cuarenta y cinco banderas, más de ciento cincuenta piezas de artillería, los estandartes de la guardia rusa, veinte generales, treinta mil prisioneros, más de veinte mil muertos; ¡atroz espectáculo!».

¡Cómo se complace en las cifras! Pero el recuerdo de los muertos atenúa su alegría. A partir de esta época, expresará cada vez con mayor frecuencia su pesar por la sangre vertida.

En cuanto a las consecuencias políticas de esta victoria, Talleyrand no comparte el parecer de su señor: «Vuestra Majestad puede destrozarse ahora la monarquía austriaca o fortalecerla... La existencia de esta masa es necesaria e indispensable para la futura salud de las naciones civilizadas». Pero Napoleón firma la paz de Presburgo, y el Imperio alemán se derrumba y Austria y Alemania son arrojadas del suelo italiano.

¿Qué visión se presenta entonces ante su espíritu?

Una conferencia de los Estados europeos bajo la égida de Francia. Rusia es Asia; Inglaterra es una isla. Es menester organizar democráticamente el Continente y reunir sus diversos Estados bajo las águilas francesas. Después de Austerlitz, esta concepción nueva se precisa. Desde ahora está en su poder el realizar el más alto ideal a que puede aspirar un europeo: la unión de las potencias europeas en un solo Estado.

Napoleón no había emprendido la lucha con esta idea, como no había provocado las guerras que le sugirieron este nuevo proyecto. Desde Marengo deseaba la paz, pero Austria no podía aceptarla entonces; continuando las hostilidades, no hacía sino proseguir lógicamente su lucha por la legitimidad: los Habsburgo y la Revolución se excluían mutuamente de Europa.

Austerlitz resolvió el problema. Por fin iba a ser posible el renacimiento del Imperio de Carlomagno; pero Napoleón, dado su pasado, no podía emprender esta tarea por vías pacíficas. Los Estados Unidos de Europa sólo podían ser creados por la fuerza. Solamente diez años más tarde comprendió

Napoleón que había empleado medios equivocados para alcanzar su objeto. Lo comprendió al final de su doloroso destierro y cuando ya era demasiado tarde.

XII

«**D**iga al Papa que tengo los ojos bien abiertos, que sólo me engaño en la medida que yo mismo quiero, que soy Carlomagno, la espada de la Iglesia y su Emperador, y que como tal quiero ser tratado».

Tales son las amenazas que dirige a Roma. Si debe contentarse con una «ratonera», al menos quiere ser el amo absoluto de ella. Inmediatamente después de Austerlitz y Presburgo, su actitud cambia; todavía se halla en Austria cuando dicta órdenes en un tono que Europa jamás había oído hasta entonces. La Reina de Nápoles, a pesar de las órdenes expresas del Emperador, ha autorizado a los barcos ingleses para entrar en su puerto. Inmediatamente se da la orden siguiente: «La dinastía de Nápoles ha dejado de reinar». Al mismo tiempo escribe a su hermano José: «Mi intención es la de poner el reino de Nápoles bajo el dominio de mi familia. Como Italia, Suiza, Holanda y los otros reinos de Alemania, formará parte de mis Estados federativos o, por decirlo así, del Imperio francés».

La predicción que anunciaba que reinaría en Europa un solo emperador, con reyes por vasallos, comienza a realizarse. París, convertido en la capital de la Europa continental, festeja el regreso de su señor con entusiasmo.

El Emperador ha regresado en excelente estado. «Creo —dice— que si todos los reyes se coaligasen contra mí acabaría echando una panza ridícula». Y con este buen humor se prepara, desde su regreso, a los nuevos acontecimientos.

En unos cuantos meses funda y reorganiza toda una serie de reinos. José se convierte en rey de Nápoles; los príncipes de Baviera y Württemberg son elevados a la dignidad de reyes; el de Baden es nombrado gran duque, y una princesa bávara será la esposa de Eugenio; el príncipe heredero de Baden se desposará con la sobrina de Josefina, y una princesa de Gutenberg, con su hermano menor. Dieciséis Estados de la Alemania del Sur y del Oeste constituirán las provincias renanas, sometidas al Emperador y obligadas a

pagar un tributo y suministrar tropas. Estos dieciséis príncipes alemanes van a París para hacerle la corte al Emperador, con la esperanza de obtener algunos favores. Una docena de pequeños principados quedan suprimidos. Nuevos feudos son creados para Talleyrand, Berthier y Bernadotte. Entre tanto, Napoleón anuncia de modo bien rotundo: «Holanda no tiene poder ejecutivo, y necesita uno. Voy a darle al príncipe Luis. Haremos un contrato. Así lo he decidido; en caso contrario, la anexionaré a Francia. No hay momento que perder». ¿Por qué no hay momento que perder? Holanda se hallaba desde 1796 bajo la dominación francesa, pero aún no había sido dotada de un feudatario real. Napoleón va a subsanar esto dándole a su hermano Luis. ¿Que no lo quieren los holandeses? Que escojan entonces: o Luis o ser anexionados, sencilla y llanamente, a Francia. Luis alega su falta de salud y el mal clima de aquel país. «Más vale morir sobre un trono que vivir como un príncipe francés», le contesta el Emperador. ¡Es preciso a toda costa que Hortensia llegue a reina! Josefina espera con impaciencia el acontecimiento. Los holandeses son invitados a presentar solemnemente en las Tullerías una instancia que el Emperador recibe con indulgencia, llevando la ironía y el desprecio hasta hacer que su sobrino, el hijo mismo del nuevo monarca, recite, al salir de la ceremonia, la fábula de las ranas pidiendo rey.

¿Cómo? ¿Sus hermanas se quejan e intrigan? ¿No hay más reinos disponibles? ¡Qué fastidio! Menester será encontrarles algún gran ducado. Carolina se convierte, pues, en gran duquesa de Clèves y Elisa en gran duquesa de Toscana, en tanto que la hermosa Paulina Borghese llora porque sólo es princesa de Gustalla. ¡Cómo! ¿Tendrá que conformarse con un mísero villorrio por todo reino? Pero pronto los diamantes y los adoradores la consuelan.

Ninguno de los nuevos reyes está a la altura de su papel. En su primera proclama, el rey José compara el amor que por él siente su pueblo —un pueblo que acaba de conocer— al de los franceses por su Emperador. Con esto se cubre de ridículo y enfurece a Napoleón. El rey Luis se queja de las restricciones que se ve obligado a imponer al comercio de su país a causa de la guerra con Inglaterra y envía al Emperador sus quejas en lugar de tropas. «En verdad que es fatigarme inútilmente —le contesta éste en tono imperioso—. Todo ello me hace ver lo estrechas que son tus ideas y el poco interés que te tomas por la causa común. Te ruego que no me hables más de futesas. Sólo las mujeres lloran y se lamentan; los hombres se deciden y obran. Realmente, gobiernas tu reino con demasiada blandura. Y soy yo el que tengo que soportar todos los gastos de la guerra. Consigue treinta mil hombres y...

¡energía!».

Elisa hace de su marido lo que se le antoja; da a la Toscana una Constitución, pasa revista a sus tropas, cambia de favorito todos los trimestres y, por lo menos, hace reír al Emperador imitando su estilo. «Mi pueblo es dichoso; la oposición, anulada. Las órdenes de Vuestra Majestad son ejecutadas. Estoy muy satisfecha del Senado, que se inclina ante mi autoridad». Murat incurre en la censura del Emperador por un exceso de celo semejante. «He visto decretos dictados por usted que carecen en absoluto de sentido. Realmente, se necesita que haya usted perdido la cabeza». En cuanto a Paulina, hállase muy ocupada en hacerse inmortalizar por Canova en un mármol que sobrevivirá a todos los reinos de Napoleón.

Entre tanto, Jerónimo se ha casado en América con una burguesa. El Emperador, que tiene más coronas por distribuir que hermanos y hermanas, no puede prescindir de ninguno de ellos. Muy irritado por la noticia referente a Jerónimo, envía, por intermedio de su madre, la orden de que la recién casada no desembarque en Lisboa. Jerónimo, al despedirse de ella, le jura una eterna fidelidad y parte solo para París, en donde el Emperador, por medio de amenazas y promesas, logra fácilmente vencer su resistencia; la esperanza de ser nombrado Alteza Imperial, almirante o tal vez rey decide a Jerónimo a renunciar a su esposa. Ésta procura inútilmente desembarcar en el Continente, y acaba por dirigirse a Inglaterra, donde da a luz un niño. Por otra parte, allí encuentra un compañero de infortunio en la persona de su cuñado Luciano. Bien acogido por los ingleses, Luciano se ha instalado entre ellos con su mujer e hijos, alternando las fiestas con la composición de un poema épico titulado *Carlomagno*.

El único activo, serio y fiel es Eugenio. El Emperador le tiene verdadero cariño y le elogia públicamente en toda ocasión. Eugenio acaba de casarse con una princesa bávara y ha sido nombrado virrey de Italia. El Emperador le escribe: «Trabajas mucho, querido hijo. Esto está bien por lo que a ti respecta, pero no olvides que tienes una esposa joven... ¿Por qué no vas al teatro una vez por semana, al palco real...? Se puede trabajar mucho en poco tiempo. Yo hago la vida que tú haces, pero tengo una mujer vieja y también más preocupaciones».

Pide a su nuera que le dé un heredero varón, pues Hortensia sólo tiene un hijo y la dinastía necesita una mayor seguridad. «Sobre todo, cuidado con darnos una hija. Voy a darte la receta, aunque sé que no me crearás: toma todos los días un poco de vino puro». Y cuando su nuera, a pesar de todo, da a

luz una niña, le escribe: «Cuando se debuta con una niña, se puede asegurar que se tendrá una docena de hijos».

El gran estilista sabe tocar todos los registros: sabe atemorizar, halagar, recompensar, estimular, persuadir, incesantemente preocupado, en medio de tantos asuntos, por su familia, que, no obstante, le opone una resistencia continua.

Su madre, siempre alerta y conciliadora, vive en París todo lo retirada del mundo que le permite su hijo. Éste la ha instalado en el Gran Trianón y le pasa un millón de renta, del que ella economiza cuanto puede. Como pasa por avara, se justifica en estos términos: «El mundo no va siempre por los mismos caminos y, si algún día me caéis todos encima, ya veréis como entonces me agradeceréis lo que hago ahora». En sus recepciones muestra mayor dignidad que algunos de sus hijos coronados; pero cuando se discute el precio de los abalorios que emplea para sus labores, dice sonriendo: «No, no, en esto no hay quien me engañe; yo no me las echo de princesa como mis hijas». Madre de un emperador, de reyes y de príncipes, se queja de no tener a su alrededor nadie en quien poder fiar, y sólo se siente a sus anchas jugando una partida de revesino con viejos amigos o conversando con su fiel sirvienta. «¿Me crees feliz? Pues no lo soy, aunque madre de cuatro reyes. De tantos hijos, ya no tengo ninguno a mi lado. Cuando no estoy inquieta por el uno, lo estoy por el otro».

Según la antigua costumbre patricia, todos los domingos almuerza con sus hijos en las Tullerías. No siempre obedece al Emperador y no le perdona que a veces la obligue a ceder. Su hijo sabe que es demasiado orgullosa para inclinarse ante su voluntad. Cuando Napoleón se contempla en el espejo, ve en su frente, en su boca, en sus manos, acentuarse cada vez más el parecido con su madre.

A veces le dice bromeando: «Y bien, *signora* Leticia, ¿cómo se encuentra en la Corte? Se aburre, ¿verdad? Pues suya es la culpa; ¿por qué no recibe con más frecuencia? Imite a sus hijas... Debería usted gastar un millón por año».

«Muy bien, pero a condición de que me des dos. Está en mi naturaleza ser ahorrativa».

Como él, Leticia reconoce a los aduladores, y, llegado el caso, sabe amenazar dulcemente. Casi nunca pide nada para ella, pero solicita con frecuencia para los corsos, que la toman como eficaz mediadora. Un día, sin embargo, expresa al Emperador uno de sus más vivos deseos: que Ajaccio sea

la capital de Córcega. Todo su orgullo familiar se condensa en ese anhelo. El Emperador la satisface con un decreto. Además, la comprende, y dice, al salir de la habitación: «Mi madre está hecha para gobernar un reino».

Luciano es el único para quien Leticia nada consigue. Con frecuencia dice: «A él es al que más quiero, pues es el más desgraciado». El Emperador continúa inflexible: «Los que no se han elevado conmigo, tampoco serán ya de los míos».

XIII

En su despacho de París ha colocado Napoleón, como testigo de su actividad, el busto de bronce de Federico el Grande.

Había crecido en la admiración del célebre capitán. Simple teniente a la muerte del Rey de Prusia, habíase formado en su ciencia militar, como todos los generales de su época, y tenía en alto aprecio el ejército prusiano, aunque todavía no se hubiese medido con él y a pesar de que, una vez muerto Federico, dicho ejército combatiera sin gloria entre las tropas francesas. Napoleón conocía la estupidez y la debilidad de Federico Guillermo III. Quiso, no obstante, firmar un tratado con él y aprovechar la tirantez de sus relaciones con Austria y Rusia, a causa del respeto que conservaba por aquel ejército, tan famoso en el siglo precedente. Su estimación por Prusia no decayó hasta que descubrió su torpeza política.

El año anterior, antes de la victoria de Austerlitz, el Emperador había ofrecido la alianza al Rey de Prusia. Después de Trafalgar, cuando el emperador Francisco y el zar Alejandro procuraban acercarse a Prusia, y después de Austerlitz, cuando la situación era favorable a los franceses, el débil monarca, sin atreverse a tomar una decisión, se había atrincherado en su neutralidad. En cambio, ahora que Napoleón era más temible que nunca, Prusia aprovecha el primer pretexto para armarse contra él, invocando la violación del territorio prusiano por las tropas francesas, hecha el año anterior cerca de Ansbach.

En realidad, el Rey se ve arrastrado a la guerra por los demócratas, por el temor a contrariar el sentimiento nacional y, sobre todo, por la inquietud que le inspiran ciertos generales belicosos. Un librero había sido condenado a muerte en Nuremberg por un consejo de guerra y ejecutado por haber distribuido un libelo contra el ejército francés en los lugares en que éste tenía derecho a acampar. La emoción que provocó este proceso inmoral, aunque legal en su forma, fue enorme.

Napoleón comprendió todo su alcance y, para evitar la guerra, propuso la retirada de las tropas francesas y prusianas, haciendo saber al Rey, por mediación de su enviado, que estaba igualmente dispuesto a retirar sus tropas de Westfalia. Y escribió directamente al Rey: «Si, con su respuesta, Vuestra Majestad me da a entender que rechaza mis proposiciones y que sólo quiere confiar en la fuerza de sus armas, me veré obligado a aceptar la guerra que me habrá declarado; pero continuaré siendo el mismo, en los combates y después de las victorias, si la justicia de mi causa me las hace obtener. Siempre desearé la paz, considerando esta guerra como una gran injusticia». El Emperador, en su intimidad, se expresa a propósito de Prusia en términos hirientes; no puede creer «que Prusia sea lo bastante demente para lanzarse en semejante aventura. Su gobierno es despreciable, débil su soberano, y su Corte se halla dominada por unos cuantos oficialetes dispuestos a arriesgarlo todo». Quince días antes de empezar las hostilidades, creía la guerra imposible.

Pero se engañaba; la aristocracia prusiana, que había derrotado a los franceses a las órdenes de Federico, pero que después fue vencida por éstos, quiere rehabilitarse, y el partido burgués, arrastrado por su patriotismo, se siente capaz de todas las audacias. Se busca una protectora, y se la encuentra en la Reina de Prusia, que es partidaria declarada de la guerra desde la visita que hizo a Berlín su nuevo aliado, el zar Alejandro. Éste se ha retirado a su Imperio después de Austerlitz, en espera de una ocasión más favorable. Esta ocasión se ha presentado.

Napoleón se hallaba por aquel entonces presa de cierta inquietud, cuenta Talleyrand, pues la gloria militar de Federico el Grande llenaba aún el mundo. Por primera vez iba a batirse con un ejército célebre por sus victorias; no es extraño, pues, que declare: «Creo nos costará más trabajo que con los austríacos».

¡Razón de más para cruzar rápidamente el Rin! Ocho días más tarde, Napoleón derrota al enemigo. Y en el primer combate, junto a Saalfeld, caía Luis Fernando, el mejor de los príncipes prusianos.

La confusión se apodera de los vencidos y, en lugar de atacar quince días antes, como lo había aconsejado el general Scharnhorst, el Rey, indeciso, espera la ofensiva francesa. Cuando el Rey llega al campamento, nadie sabe si el cuartel general, está bajo sus órdenes o bajo las del general Brunswick; este último obedece en vez de mandar y, por razones jerárquicas, el ejército prusiano queda dividido en tres cuerpos, pues es inadmisibles que el príncipe

reinante en Hohenlohe combata bajo las órdenes de un duque. Una vez más, Napoleón ofrece la paz. Dos días antes de la batalla decisiva, confiando en su victoria, escribe de nuevo: «No quiero, en absoluto, aprovecharme de la ofuscación de los consejeros de Vuestra Majestad, que le ha hecho cometer errores políticos de los que aún se asombra Europa... Nosotros estamos en guerra; perfectamente, ¿pero a qué mandar nuestros súbditos al matadero? Yo no deseo una victoria comprada con la vida de tantos de mis hijos. Si me hallase en los comienzos de la carrera militar y si pudiese temer los azares de la lucha, este lenguaje sería impropio de un militar. Pero, *Sire*, Vuestra Majestad será vencida y habrá comprometido el reposo de sus días y la existencia de sus súbditos sin la sombra de un pretexto. Yo, por mi parte, nada tengo que ganar haciendo la guerra a Vuestra Majestad; nada deseo quitarle, ni he deseado nunca. ¡Esta guerra es una locura! Sé que esta carta herirá quizá los reales sentimientos de Vuestra Majestad, pero las circunstancias imponen la más absoluta franqueza, y digo a Vuestra Majestad lo que realmente pienso... Recobre Vuestra Majestad la paz y devuélvala a su país. Aun en el caso de que nunca pudiera llegar a ser un aliado, Vuestra Majestad encontrará siempre en mí a un hombre... cuyo mayor deseo es no tener que derramar sangre inocente haciendo la guerra a soberanos que, en realidad, no son adversarios de su industria, su comercio ni su política».

La reina Luisa, llegada a su vez al cuartel general, se halla animada de sentimientos demasiado pacíficos a juicio de los generales ambiciosos que la rodean. No obstante, termina por adoptar el parecer de éstos, para quienes todas aquellas sonoras razones de Napoleón no obedecen a otra cosa que al temor de un fracaso. No comprende que el Destino la ha colocado entre estos hombres para hacer triunfar el partido de la paz en el espíritu indeciso del Rey. En la incapacidad de comprender su misión, Napoleón aparece a sus ojos como «un monstruo nacido del cieno» y condenado a un fin inminente.

«Mis asuntos van muy bien y tal como podía desearlos —escribe el *monstruo* a su esposa—. La Reina se halla en Erfurt con el Rey. Si desea ver una batalla, tendrá ese cruel placer. Yo me hallo muy bien. He engordado después de mi partida, y eso que hago veinte y veinticuatro leguas por día a caballo o en coche. Me acuesto a las ocho y a medianoche me hallo ya en pie; algunas veces pienso que tú aún no te habrás acostado a esa hora».

La noche que precede a la batalla no duerme. Cuando, a las tres de la mañana, le aconseja uno de sus familiares que descanse un poco, exclama: «¡Imposible! Tengo mis planes aquí —y señala su frente con la mano—, pero

nada todavía en mis planos». Y comienza a desarrollar sus ideas: «¿Ha comprendido usted...? Monte a caballo, recorra el campamento y busque un lugar desde donde pueda dominar yo el campo de batalla. A las seis montaré a caballo». Luego se tiende en su cama de campaña y se duerme inmediatamente.

Cuando se anuncia en el cuartel general prusiano la extraña maniobra de los franceses, los oficiales se contentan con aplazar la deliberación para la mañana siguiente. A esta hora, Napoleón ha pasado ya revista a sus tropas, estimulando a sus hombres y recordándoles Austerlitz. Derrota a los prusianos en Jena, en tanto que Davout, el mismo día, gana la victoria de Auerstaedt.

Hallándose herido de muerte el valeroso duque de Brunswick, nadie se atreve a tomar el mando en las líneas enemigas; todos pierden la cabeza y el famoso ejército de Federico el Grande huye derrotado a través de Sajonia.

«Amiga mía, he hecho una hermosa maniobra contra los prusianos. Ayer gané una gran victoria. He cogido veinte mil prisioneros y cien cañones y banderas... Acampo aquí hace dos días. Me encuentro perfectamente. Adiós, amiga mía. Cuídate mucho y quíereme».

El Emperador se encuentra en Weimar con la duquesa reinante. El belicoso Carlos Augusto, enemigo desde hace veinte años de Napoleón, había tomado, en contra del parecer de su viejo ministro, el partido de Prusia, viéndose obligado, como general prusiano, a emprender la fuga después de Jena. La Corte había abandonado igualmente Weimar y sólo quedaban allí la Princesa y su ministro Goethe. Al verla, el Emperador le dijo: «La compadezco, señora. ¿Cómo ha podido el Príncipe...?». Pero, con gran sorpresa suya —dada la prevención que siente contra las mujeres reinantes y en particular contra las alemanas—, la Princesa responde con tanta sencillez, claridad y dignidad, y habla con tanta nobleza y firmeza de la amistad del Príncipe con Prusia, que Napoleón, sorprendido, vuelve a ser cortés. Por la noche celebra una nueva entrevista, y después de haber jurado que destruiría su dinastía, Napoleón promete a la Princesa respetar su país. ¿Por qué?

Porque esta mujer jamás se ha inmiscuido en política, y en esta ocasión lo ha hecho de tal manera que no parece haberse mezclado; ha defendido, como esposa amante, a su marido ausente y le ha defendido con altivez, sin adulación y sin resentimientos, con la mesura que conviene a los príncipes vencidos. Muchos años más tarde, el Emperador recordará aún a aquella mujer que con su noble actitud había salvado a su país.

Poco después, otra mujer iba a conmoverle en Berlín. El gobierno prusiano había encargado al conde de Hatzfeld de las negociaciones con el Emperador. El Conde cometió la imprudencia de dar a uno de los generales ausentes informes sobre las fuerzas enemigas, y su carta fue interceptada. El Emperador, furioso, decide llevarle ante el consejo de guerra y hacerle condenar a muerte. Berthier procura evadir esta orden y Rapp trata de apaciguar al Emperador. Con este objeto, le llevan a la condesa Hatzfeld, que se arroja a sus pies. Napoleón la invita a Potsdam. «Cuando le mostré la carta de su marido —escribe a Josefina—, me dijo sollozando con una profunda sensibilidad e ingenuamente: “¡Sí, es su letra!”. Mientras leía, su acento llegaba al alma; realmente, me causó pena... Ya ves, pues, que simpatizo con las mujeres buenas, ingenuas y dulces...».

Esta mujer no interesa al Emperador como mujer, pues apenas la ha mirado; pero su pasión, sus ruegos, sus lágrimas y su silencio le han conmovido de tal manera, que le entrega la carta y le dice: «Pues bien, señora, arroje esa carta al fuego; no seré lo bastante poderoso para hacer castigar a su marido...».

Así se comporta el vencedor con dos mujeres de la antigua nobleza cuyos maridos han combatido contra él, simplemente porque la actitud de aquéllas le ha conmovido.

En cambio, no puede soportar a la reina Luisa, la mujer que ha arrastrado a su marido y a su país a una guerra azarosa. Como ella fulmina contra él toda clase de insultos, vengan o no a cuento, Napoleón llega hasta a burlarse de ella públicamente en estos términos: «Es una hermosa mujer, pero carece de espíritu... Debe de hallarse torturada por el remordimiento de los males que la nación prusiana sufre por culpa suya. Su marido es un perfecto hombre de honor que deseaba dar a su país la paz y la felicidad».

Napoleón ha hecho una entrada triunfal en Berlín, seguido de una brillante comitiva, pero ataviado con su sencillez de costumbre. Nada le interesa tanto como el castillo de Sans Souci. Toma la espada del gran Federico en sus manos y se apodera de ella como el más inapreciable trofeo que le fuera dado alcanzar en su vida. Ni por el mismo trono de Prusia la habría cambiado. Esta admiración no le impide despreciar cordialmente a los sucesores de Federico, y ataca en público a la Reina: «En las habitaciones que ocupaba la Reina de Prusia en Potsdam se ha encontrado el retrato dedicado por el emperador Alejandro y las cartas del Rey. Estos documentos prueban cuán desgraciados son los soberanos que dejan a las mujeres inmiscuirse en los asuntos de

Estado. Las notas y los papeles de Estado olían a esencias de tocador y se encontraban mezclados con cintas y encajes».

No cabe duda de que el tono es de mal gusto. Napoleón parece olvidar el impulso patriótico dado por la Reina a su pueblo; pero léase lo que el mejor y el más grande de los prusianos de entonces, el barón von Stein, escribía sobre la reina Luisa y se comprenderá al Emperador, aunque no se le excuse. La destitución de los Hohenzollern parecía cosa decidida; sin embargo, Napoleón renuncia a ella en consideración al Zar.

En Berlín, el Emperador considera la situación desde el punto de vista europeo: «Desde el Elba y desde el Oder conquistaremos las Indias, las colonias españolas y el Cabo de Buena Esperanza».

Esta frase extraordinaria preludia el asombroso período que va a iniciarse. En el palacio de Charlottenburgo se dictó la menos sangrienta pero la más peligrosa e importante de las declaraciones de guerra de Napoleón, la que cerraba de ahora en adelante todos los puertos europeos a los barcos ingleses. ¡Ya que él no puede arribar a aquella isla, que los barcos ingleses no puedan tampoco arribar a Europa! Todas las mercancías, los paquetes, la correspondencia de Inglaterra y sus colonias serán confiscados; el inglés que se halle en Europa será considerado como prisionero de guerra. Pero ¿cómo vigilar la ejecución de este vasto programa? Lo que hasta entonces ordenara había sido ejecutado inmediatamente; pero hoy necesita de la colaboración de todos los Estados, y sobre todo de Austria y Rusia. Austria posee aún algunas parcelas de Polonia, que Rusia reclama. Polonia, por su parte, no quiere obedecer a ninguna de las dos potencias. Los polacos ruegan al Emperador omnipotente, al salvador de los pueblos, que les devuelva su libertad. ¿Qué hacer? ¿Cómo va a resolver Napoleón la cuestión polaca? «¿Se restablecerá el trono de Polonia y reanudará esta gran nación su existencia independiente? ¿Renacerá a la vida desde el fondo de su tumba? Sólo Dios, que tiene en sus manos la combinación de todos los acontecimientos, es el árbitro de este gran problema político».

Frase de gran habilidad política, que manda proclamar en Polonia y ante la que sólo Dios le ve sonreír. Mientras espera, exige que Polonia le suministre tropas. «Cuando tengáis un ejército de cuarenta mil hombres, seréis dignos de constituir una nación, y entonces tendréis derecho a mi protección». Propone a los austríacos cambiar la Galitzia por la Silesia prusiana, pero la clave real del problema se halla en el Bósforo. Invita al Sultán a arrojar a los rusos de la Moldavia y a reunírsele en las orillas del

Dniester, a fin de atacar a los rusos y a los austríacos atemorizados en la región del bajo Danubio.

Aquí le tenemos, en el palacete de Sans Souci, en el mismo despacho de Federico, cuyos viejos candelabros centellean sobre su cabeza. Desde una de las paredes, un retrato de Voltaire sonríe maliciosamente a su gran compatriota. Sentado, en espíritu, ante su mesa de ajedrez, Napoleón calcula los movimientos de su invisible contrincante, su mirada va siguiendo círculos cada vez más amplios... De pronto, las facciones de su nuevo antepasado experimentan un cambio: la frondosa barba rubia se desvanece, la nariz se hace menos aguileña, los ojos pierden algo de su imperio, para recobrarlo a los pocos segundos, y, en vez de Carlomagno, ve enfrente al gran Alejandro. Sí, ¡ahora realmente vencerá a los ingleses en la India! El dominio mundial resplandece ante sus ojos en la lejanía...

Un nuevo enemigo surge inesperadamente: un correo llega anunciando las insurrecciones de España. Al oír esta noticia, dice un testigo, Napoleón palidece. Sus proyectos peligran, pues si para vencer a Inglaterra necesita el apoyo de los rusos, para vencer a éstos o ganar su amistad necesita un punto de apoyo sólido. Una rebelión que estalla en Polonia viene a servir su objeto. Napoleón parte inmediatamente hacia Varsovia. Durante las largas semanas en que su infatigable cerebro dispone la suerte del mundo, se siente solo y escribe tiernamente a su esposa: «Te amo y te deseo... Todas estas polacas son francesas; pero para mí no hay más que una mujer. ¿La conoces tú? Yo te haría muy bien su retrato, pero sería preciso favorecerlo para que te reconocieses en él; sin embargo, mi corazón sólo podría decir cosas buenas de ella. ¡Ah, estas largas noches solitarias!».

Josefina, con el olfato de un perro de caza, presiente en seguida la aventura en que, sin embargo, todavía no se halla empeñado el Emperador, y, celosa, trata de reunírsele. Él contesta que todo depende de las circunstancias. «El fuego de tu carta me hace ver que las mujeres hermosas no conocéis obstáculos; lo que deseáis tiene que ser; pero yo me declaro el más esclavo de los hombres, y lo malo es que mi amo carece de entrañas puesto que es la misma Naturaleza».

Apenas ha terminado esta bella frase cuando le llega una gran noticia. La beldad que le había presentado Carolina el año anterior acaba de dar a luz un niño. ¡Un niño, por fin! La prueba está hecha: ¡es capaz de procrear! Volviéndose hacia Duroc, grita loco de alegría: «¡Duroc, tengo un hijo!».

XIV

En la resplandeciente sala de recepciones del viejo palacio real de Varsovia se han reunido, solícitas, las más bellas mujeres de Polonia, adornadas con sus joyas más preciosas. Polonia quiere mostrar esta noche al Emperador de los franceses la calidad del pueblo que tanto tiempo lleva sufriendo. ¿Le gustarán sus danzas y su música nacionales? ¿Serán de su agrado los lánguidos ojos de aquellas mujeres, en los que, de cuando en cuando, se encienden tan vivos resplandores? ¿Se dejará ablandar por los elogios y las ditirámicas comparaciones de los periódicos? El destino de la nación depende, por así decirlo, de todo esto. El desfile ha terminado. El Emperador, que se halla de buen humor, ha dirigido la palabra a cada uno; hele aquí ahora, en el marco de una ventana, compartiendo su atención entre el interlocutor y los bailarines; pero piensa en París, donde, desde hace siete años, ha pasado siempre el mes de enero.

De pronto su mirada se agudiza y descuida la conversación. Centenares de ojos siguen la mirada del cazador. ¿Qué presa persigue? Un momento después se acerca a un grupo, pregunta los nombres de algunos de los presentes, y con la mirada y la sonrisa, con esa cortesía nacida del corazón que sólo sus amigos íntimos conocen, señala a la dama que ha llamado su atención; una joven dulce y rubia, de dieciocho años, de mirada suave, graciosa, más bien baja que alta, distinguida, pero sin coquetería y vestida más sencillamente que la mayoría. El Emperador la invita a bailar una contradanza, elogia su gracia y el timbre de su voz, encuentra encantador su francés defectuoso, y en tanto que ella sonrío confusa, su nombre, que Napoleón apenas recuerda, rueda de boca en boca por los salones del palacio: la condesa Walewska. «¿Quién es?», pregunta el Emperador a Duroc. Y por éste se entera de que, de antigua nobleza arruinada, la condesa Walewska ha sido casada con un conde viejo y rico cuya nieta más joven tiene diez años más que la esposa.

«Sólo a usted vi —le escribe el Emperador a la mañana siguiente—, sólo a usted admiré, sólo a usted deseo. Deme pronto una respuesta que calme el

impaciente ardor de N.» Duroc regresa sin haber obtenido contestación. El Emperador queda confuso. Hace algunos años, el general de brigada Bonaparte pudo ser rechazado. ¡Pero no Napoleón! Las mujeres, lo mismo las princesas que las cortesanas, siempre se han apresurado a complacerle a la más leve indicación. Pero el mismo pudor que ésta muestra en su defensa la hace aún más deliciosa y apetecible.

«¿Le he desagradado, señora? ¡Y yo que esperaba lo contrario! ¿Me he equivocado? Mi pasión crece a medida que su afecto hacia mí disminuye. ¡Me roba usted el reposo! ¡Ah, dé usted un poco de alegría y de felicidad a un pobre corazón dispuesto a adorarla! ¿Es tan difícil obtener una respuesta? Dos me debe usted ya. N.» Esta segunda esquela no lleva en sí ninguna característica especial; si se encontrase en una colección de billetes galantes, nadie podría adivinar al autor. No es duro ni autoritario, patético ni literario; si acaso, un poco romántico. Pero tampoco esta vez obtiene respuesta. ¡Qué situación la del ayuda de campo que, por segunda vez, ha fracasado en el cumplimiento de una orden! El Emperador, pronto siempre a la cólera, se esfuerza en permanecer tranquilo y reflexiona: «Si ni mis ruegos ni mi jerarquía producen efecto en ese ser delicado, procuremos vencerle por una promesa velada». Y escribe: «Hay momentos en la vida en que una posición social demasiado elevada pesa como una carga, y es lo que siento yo ahora. ¡Ah, si usted quisiera...! Sólo usted puede apartar los obstáculos que nos separan. Mi amigo Duroc le facilitará los medios. ¡Oh, venga, venga! Todos sus deseos serán cumplidos. Cuando tenga usted piedad de mi pobre corazón, su patria me será más querida. N.»

Sin necesidad de la N mayúscula, podríamos reconocer en estas líneas su estilo usual. Y, sin embargo, ¡cómo dejan traslucir estas frases la soledad del hombre omnipotente! Esta tercera carta, hábilmente redactada, logra su objeto, pero nos permite descubrir el trágico destino de este hombre que, por obediencia a la ley que a sí mismo se ha impuesto, sacrifica su humana felicidad a su monomanía heroica. Con las manos a la espalda, va y viene por el suntuoso palacio, presa de una sorda tristeza. Siempre solo, viviendo desde hace meses lejos de toda mujer, se halla de pronto enamorado y nervioso. Despide a sus secretarios y se niega a recibir a los generales y a las diputaciones, y desiste de su paseo a caballo. Se ha detenido todo el mecanismo: que el palacio, el ejército, París y la misma Europa esperen. Él, el más esclavo de todos, no quiere hoy doblegarse a la imperiosa necesidad de las cosas. Este hombre de treinta y siete años, al que ya no tiraniza sensualmente su mujer, a la sazón más que cuadragenaria, se enamora de una

jovencita que le rechaza por dos veces, y, a fin de conquistarla, recurre a todos los medios de seducción, hace brillar ante sus ojos la libertad de su país, y todo para poderse entregar, después de diez años de indiferencia sentimental, a la dulzura de amar.

A la misma hora, la condesa Walewska, atemorizada, encuéntrase rodeada de sus parientes y amigos, que la animan a sacrificarse por la libertad de Polonia. En este estado, dirígese por fin aquella tarde a casa del Emperador. La primera entrevista dura tres horas, transcurridas por completo entre llantos; Napoleón la consuela dulcemente, y ella se admira de encontrar tan tierno al hombre de hierro que temía.

«María, mi dulce María, mi primer pensamiento es para ti, mi primer deseo es de volverte a ver... —le escribe al día siguiente—. Espero, según me dicen, verte en la cena. Te ruego aceptes el ramo que te envió; que él sea un lazo misterioso que establezca una relación secreta entre nosotros, en medio de la muchedumbre que nos rodea. Así, aunque expuestos a las miradas de la multitud, podremos entendernos. Cuando mi mano oprima mi corazón, sabrás que sólo de ti se ocupa, y, en respuesta, tú llevarás la mano a tu ramo. Ámame, encantadora María; que tu mano no abandone el ramo. N.»

Al cabo de tres días ha sido suya, y desde entonces va a verle todas las tardes. Napoleón se empeña en que ella asista a todas las fiestas. ¿Qué es ella para él? El único ser en el mundo, después de su madre, que no le pide nada. Jamás ha conocido a una mujer que no haya esperado de él todos los tesoros de la tierra: joyas, palacios, coronas, dinero. Ésta, en cambio, no quiere nada y lo da todo; la condesa Walewska es la tierna compañera que esperaba su alma impetuosa. La retendrá, pues, a su lado el mayor tiempo posible. «¡Una mujer encantadora, un ángel! Su alma es tan hermosa como su rostro».

¿Y Josefina vendrá ahora? Napoleón sonrío. Como Bonaparte, desde El Cairo, no ha tenido amante alguna en el curso de sus campañas, en tanto que sus generales se rodean de mujeres, vagos ecos de esta aventura han llegado rápidamente a París y a oídos de Josefina. Ésta espera que Napoleón la llame, pero éste engaña graciosamente, a su vez, a la que con tanta frecuencia le engañara, e invoca en su ayuda el mal tiempo, los caminos y la inseguridad pública. ¡No, es imposible que venga! «Estoy más contrariado que tú, pues me hubiera gustado compartir contigo las noches interminables de esta estación. Te ruego tengas un poco más de fortaleza. Me dicen que lloras constantemente. ¡Pero eso no puede ser...! Una emperatriz debe tener valor».

Y vuelve a engañarla: «Regresa a París y espérame allí alegremente, pues tal vez pronto esté de regreso. Me han hecho reír tus palabras de que, si has tomado un marido es para estar con él; en mi ignorancia, yo creía que la mujer estaba hecha para el marido, y el marido para la patria, la familia y la gloria; perdón por mi ignorancia; siempre aprende uno cosas nuevas de las mujeres hermosas... No sé a qué te refieres cuando me hablas de damas que se hallan en correspondencia conmigo; pero, si así fuese, te aseguro que tendría que ser tan bella como un capullo de rosa. Y ¿se hallan en este caso las que tú conoces?».

Se advierte el regocijo con que le escribe todo esto. Su corazón es a veces tan galante y ligero, que nadie diría que hubo una revolución en el mundo. Cuando, al cabo de unas semanas, vuelve a ponerse en campaña, promete a la condesa Walewska volverla a ver pronto.

Por primera vez, Rusia se ofrece a sus ojos semejante a un desierto. Estepas infinitas, cubiertas de nieve o de lodo, sin caminos y sin pan. El Zar se retira después de algunas ligeras escaramuzas. ¿Deberá perseguirle? Pero ¿hasta dónde querrá atraerlos? ¿Y quién alimentará al ejército? En esta tierra no hay nada de que echar mano, al revés de lo que sucede en la rica Alemania, y las provisiones no han llegado aún. Si, por medio de una hábil especulación, un centenar de judíos polacos no hubiesen facilitado el intercambio, regimientos enteros habrían perecido ya en 1807. Cuando el Emperador, cuyo coche es inútil en este país, parte a caballo para Pultusk, puede ya oír los rumores de descontento que profieren abiertamente sus soldados. Desde hace ocho años, desde San Juan de Acre, no habían llegado a sus oídos semejantes rumores. Se cuentan diversos casos de suicidio entre sus soldados, según le informan sus generales, y millares de hombres hambrientos desertan del ejército para merodear por cuenta propia. El Emperador no dice nada, porque nada puede decir. «Conozco a los franceses... Les enojan las expediciones largas... Francia es demasiado hermosa».

En estas condiciones, ¿es sorprendente que, cuando por fin obliga a los rusos al combate, se le escape, por primera vez, la victoria? No ha sido derrotado en Eylau, pero los ejércitos se separan sin resultado, después de haber sufrido en una y otra parte pérdidas considerables. ¡Primera advertencia de que no debe entrar en campaña contra los rusos! El informe redactado después de la batalla pone en su conocimiento que los soldados arrancan las patatas de la tierra, que los caballos se comen hasta la paja de los techos, que el país está lleno de soldados enfermos y que ningún coronel sabe ya cuántos

hombres le quedan. El Emperador dice: «Vamos a quedarnos aquí dos o tres días; luego nos retiraremos unas cuantas leguas; ustedes se establecerán en Thorn; se pondrán gendarmes en los puentes del Vístula y no se dejará pasar a nadie, ni enfermos ni heridos, con excepción de los mutilados. No perseguiremos a los rezagados y no habrá castigos». Pero semejante espectáculo le afecta ahora más que otras veces. Además, sufre de espasmos gástricos, dolencia que ya antes le aquejara en algunas ocasiones y que le hacía decir «que llevaba en sí el germen de un fin prematuro y que perecería del mismo mal que su padre». El cáncer es enfermedad hereditaria en su familia y de la que sucumbirá, en efecto, como su abuelo, su padre, su tío, Luciano y Carolina.

«Vivimos aquí en la nieve y el lodo, sin vino, pan ni aguardiente», escribe familiarmente a su hermano. En tanto que en Osterode, sus hombres, alojados en miserables cuarteles, comparten con él en un granja los alimentos que han podido encontrar, sus boletines anuncian a París una victoria completa, la fuga de los rusos y una tercera parte solamente de los muertos, afirmando que podrán permanecer allí un año, ¡tan a gusto se encuentran!

Por segunda vez observa que sus nervios no soportan la espera; allí, como antaño en Egipto, la inacción le es intolerable, Aquellos dos meses de reposo que acababa de pasar, lejos de París, no le será dado encontrarlos más que una vez en quince años de reinado: periodo de maduras reflexiones, de prudentes negociaciones, colmado por la efusión de una ternura que desde hacía largo tiempo no conociera su corazón.

Finckenstein, sólido fuerte prusiano, se convierte en su cuartel general mientras espera el deshielo. Hay allí grandes chimeneas en que pueden quemarse troncos enteros. «Levantándome con frecuencia durante la noche, me agrada ver el fuego». Las alas y el patio del edificio son suficientemente amplios para abrigar delegados y correos. Desde allí va a dirigir Napoleón, durante diez semanas, toda una parte del mundo.

En lo alto, en su gran alcoba, al lado del lecho suntuoso, manda colocar un angosto lecho de campaña, pero todos, excepto Constant, su ayuda de cámara, y Rustam, el mameluco, ignoran que la joven condesa polaca vive en la habitación vecina, de la que sólo sale de noche. Leyendo y bordando, espera pacientemente a que se abra la puerta. Cuando están juntos, sólo a ella pertenece Napoleón; dos veces al día hacen sus comidas los dos solos. En estas dos habitaciones, en el retiro de aquel palacio improvisado, el Emperador ha construido cuidadosamente el nido de su ensueño. Allí

terminan las reivindicaciones dinásticas, los celos, las cuentas de los joyeros, el deseo de brillar; vivir escondida, tal es el único deseo que expresan los ojos de aquella delicada criatura que también ha aprendido a quererle.

«Sé —le dice él— que puedes vivir sin mí... Sé que tu corazón no es mío, pero eres buena y dulce, ¡y es tan noble y tan puro tu corazón! ¿Podrías privarme de unos cuantos momentos de felicidad pasados cada día a tu lado? ¡Sólo de ti puedo esperarlos, y se me cree el hombre más feliz de la tierra!».

Un despacho le anuncia que su sobrino, su heredero, el hijo del rey Luis, ha muerto. Esta noticia le afecta profundamente. Sin embargo, al escribir a Josefina no le dice la razón principal de su emoción. ¿No había apremiado ya, en El Cairo, a aquella cortesana que fue su amante para que le diese un hijo? Y si esta bella y noble polaca a quien hoy ama le diese un heredero, ¿no sería su deber hacerla emperatriz? ¿Por qué no? Pero, aunque la mira con toda la pasión de su deseo, Napoleón no comunica sus pensamientos a la condesa Walewska.

Y París ¿qué dice?

Desde la lejana estepa polaca, tiende el oído hacia su capital, enterándose de que ha habido una baja en los valores y de que recorren los bulevares ciertas burlas malévolas. «¿Dónde se hallan nuestros valientes?», preguntan los parisienses. ¡Atención! Una leve agitación de las aguas precede con frecuencia a la tempestad, y el hombre que puede dar órdenes al rayo está lejos. Ofrece, pues, a los derrotados prusianos una paz por separado y les propone una conferencia; pero la Reina permanece fiel al Zar, y Austria no responde a sus solicitudes.

Entonces, a pesar de las dificultades de la hora presente, amenazado por todas partes, Napoleón vuelve a sus grandes proyectos de otras veces, a los planes de Alejandro. Del castillo de Finckenstein parten los correos cargados de gruesos pliegos sellados; otros llegan de las costas y de las montañas más lejanas. Un embajador de Persia se hace anunciar en el gran cuartel septentrional; el emisario del Rey de Reyes se inclina ante el Emperador de Occidente. Al día siguiente se decide que éste pedirá al Zar la entrega de Georgia al sha de Persia, quien, a cambio, sublevará el Afganistán y los pueblos de Kandahar contra Inglaterra, expedirá un ejército a la India y concederá el libre paso a través de sus Estados a las tropas del emperador de los franceses.

Apenas ha salido el persa del castillo cuando penetra, entre la gran

sorpresa de los centinelas, el brillante séquito de un turco, con regalos preciosos y un mensaje que un orientalista, calándose las gafas, traduce en seguida. Apoyado en la chimenea, en aquel antiguo castillo de Polonia, el Emperador, reduciendo a términos precisos el ininteligible lenguaje del oriental, contesta al Sultán: «He sentido que no me hayas pedido unos cuantos miles de hombres, en vez de pedirme sólo quinientos... Pide claramente, y todo lo que pidas te lo mandaré en seguida. Ponte de acuerdo con el sha de Persia, que es también enemigo de los rusos; comprométele a mantenerse firme y a atacar vivamente al enemigo común. Comprendo la necesidad que tienes de cañones y de tropas. Yo había ofrecido unos y otros a tu embajador, quien no quiso aceptarlos, por temor a alarmar la delicadeza de los musulmanes. Confíame tus necesidades. Soy bastante poderoso y me intereso lo suficiente por tu triunfo, tanto por amistad como por política, para rehusarte nada».

El mismo día envía a su hermano Luis, que le dirige llamamientos desesperados, una larga carta de cinco páginas, verdadero tratado para uso de reyes, y a José, instrucciones relativas a la conducta que deberá observar en Nápoles. En otra misiva pregunta a Jerónimo, que se divierte en Breslau con las actrices guapas en vez de atender al mando de sus tropas, por qué son siempre tan incompletos sus informes, rogándole que, de allí en adelante, le dé datos precisos: «Ya te he dicho que, si los habitantes quisieran, serían pasados a cuchillo quinientos hombres en Schweidnitz y cuatrocientos en Brieg y que, reunidos en un solo punto, se defenderían mejor... Dame detalles para que pueda conocer bien tu situación». Además, dirige una carta a cada obispo francés en particular, incitándolos a dar las gracias al Dios de la guerra, pero, en realidad, para tratar de influir personalmente sobre cada uno de ellos, pues ha sabido que la conciencia de los sacerdotes se halla cada vez más dividida entre su autoridad y la del Papa. Envía a Fouché una docena de órdenes concernientes a madame de Staël, su influencia y los salones aristocráticos del *Faubourg*. Pide que se le informe sobre la situación de los dos grandes teatros de París, sus finanzas y su repertorio: «Háganme saber dónde se halla mi bibliotecario; ¿se ha muerto o se halla en el campo? Sería ésta una manera muy cómoda de llevar a cabo su trabajo. Le he dado orden de que me envíe las novedades y los boletines de publicaciones literarias, y no ha obedecido».

Estudia la creación de una escuela de Historia, para que la juventud no sólo aprenda Historia antigua, sino también la de los tiempos modernos. AL ministro del Interior: «La literatura tiene necesidad de estímulo; propóngame

algunos medios para fomentar todas las diversas ramas de las bellas letras». Que se le informe acerca de la construcción de la Magdalena y de la nueva Bolsa. «Existen en la Biblioteca muchas piedras preciosas en bruto. Es preciso distribuir las a los buenos lapidarios; esto estimulará la industria y proporcionará trabajo a los artistas». ¿De qué manera deben repartirse seis millones a las manufacturas y cómo atender a este gasto? Que se tomen de su caja particular dos millones para el embellecimiento de sus palacios; que se publiquen en los periódicos de París algunos artículos que se dirán provenientes de Bucarest y de Tiflis, demostrando la situación desesperada de los rusos.

Sonríe, mirando a su silenciosa amiga: «¿Te sorprende esto? Debo desempeñar dignamente el puesto que me ha sido designado. Tengo el honor de mandar a las naciones; de bellota que era, me he convertido en encina. Sobresalgo por encima de todos los demás, y todos me ven, de cerca como de lejos. Esta situación me obliga a representar un papel que algunas veces puede no ser natural... Pero en tanto que para los demás soy una encina, me gusta volver a ser bellota para ti solo». ¡Dulce y tranquila sencillez! Ya sólo le queda una noche que pasar al lado de María Walewska; la primavera llega y va a recomenzar la guerra; el idilio toca a su fin. Pero están seguros de que se volverán a ver y, si el Emperador la olvidase algún día, podrá leer en la sortija que ella le da: «Si dejas de amarme, no olvides que yo te amo».

XV

En el Memel, ante Tilsit, se halla anclada una gran balsa, cuyos maderos, recubiertos de tapices, sostienen una tienda empavesada, resplandeciente bajo el sol de junio. Las banderas francesas y rusas flotan al viento; sobre las orillas del río se mantienen, de un lado, la guardia del Emperador de Occidente, y del otro, la del Emperador de Oriente; las barcas abandonan al mismo tiempo las orillas opuestas, y el Emperador y el Zar penetran juntos bajo la tienda de la Paz. Las tropas, que hace diez días se combatían, lanzan hurras y se transmiten la dichosa nueva: sus soberanos, ayer enemigos, se han abrazado y son amigos.

Inmediatamente después de una nueva gran victoria ganada en Friedland, Napoleón, según su costumbre, había tendido la mano al Zar, vencido, y desde la primera entrevista le había dado a entender —el Sultán no parecía ya entrar en sus cuentas— que un día podría tal vez colocar la Cruz sobre la cúpula de Santa Sofía.

El Emperador ha calculado de antemano el efecto de su proposición; sabe que se dirige a un espíritu débil, místico y romántico, y no se equivoca; el Zar acepta inmediatamente la paz. Y helos aquí hoy, frente a frente, a los adversarios de Austerlitz y Friedland. Fríamente, los ojos azulencos de Napoleón examinan a su rival. Desde el primer momento observa sus rasgos afeminados, su aire delicado, su tez sonrosada; el oído y la vista son defectuosos. «Me será fácil ganarme a este hombre», piensa.

En efecto, menos de dos semanas después, los adversarios se han hecho aliados. ¿Qué ha sucedido?

«Es un mozo amable y encantador, un héroe de novela», dice Napoleón; y, dado su odio a las novelas, esta opinión, en apariencia favorable, equivale en su boca a una severa crítica, pero agrega: «Es un muchacho listo, con más inteligencia de la que podría suponerse».

Más tarde dirá de él cosas muy profundas: «El emperador Alejandro es

una de esas figuras que atraen y que parecen hechas para ejercer un encanto personal sobre los que acaban de ponerse en contacto con ellas. Si yo fuese hombre que me dejase llevar por impresiones puramente personales, podría ligarme a él de todo corazón. Pero, al lado de estas grandes cualidades intelectuales y de este arte de cautivar a cuantos le rodean, hay en él algo que no puedo definir. Es un no sé qué que no podría explicar mejor diciendo que en todo le falta algo. Lo más singular es la imposibilidad de prever lo que habrá de faltarle en un caso dado o en una circunstancia especial, pues lo que le falta varía hasta el infinito». Todo su juicio acerca de este hombre afeminado, cuya amistad le es tan preciosa, se expresa en este abrumador cumplido: «Si el Zar fuese mujer, creo que haría de ella mi amante».

No hay nada de extraño en que este ser débil quedase inmediatamente conquistado por el hombre fuerte, ni en que más tarde le abandonara, con una inconstancia absolutamente femenina. Nadie ha retratado a Alejandro tan bien como Metternich: «El carácter de Alejandro ofrece una mezcla singular de cualidades viriles y de flaquezas femeninas. Su juicio se deja influir siempre por sus ideas favoritas, ideas que se le ocurren como por inspiración repentina. De ahí una pesada suma de obstáculos; de ahí esas pasiones súbitas y pasajeras por hombres y cosas separados por diferencias radicales... Entregándose por entero a quien en aquel momento gozaba de su favor, llegaba, sin darse cuenta, a no guardar de la convicción que anteriormente poseía más recuerdo que el de las obligaciones que esa convicción le había hecho contraer con cierto número de individuos. Sus inspiraciones eran vivas y espontáneas y, cosa extraña, se producían con una especie de regularidad periódica. Era hombre de palabra y fácilmente contraía obligaciones; pero, como sus ideas tomaban fácilmente la forma de un sistema y estaban sujetas a un cambio perpetuo, el respeto que tenía por la palabra dada embarazaba su conciencia, perjudicaba su actitud y le colocaba en una situación tan penosa para él como perjudicial para la causa pública... No había en su carácter la bastante fuerza para hacer de él un verdadero ambicioso, ni la bastante debilidad para mantenerle en los límites de la simple vanidad. Generalmente, obraba por convicción, y si a veces exhibía ciertas pretensiones, lo hacía más bien atendiendo a los pequeños éxitos del hombre de mundo que a los triunfos del soberano... Cada período o ciclo de los suyos comprendía poco más o menos un espacio de cinco años... Por aquel entonces era liberal, en la más amplia acepción de esta palabra, y el encarnizado enemigo de Napoleón, en quien detestaba a la vez al déspota y al conquistador. En 1807 se operó un cambio considerable en su manera de ver. En 1808 llegó hasta manifestar un

cambio en sus sentimientos personales, favorable al Emperador de los franceses».

Cinco años más tarde, exactamente, la guerra debía recomenzar entre ellos. Napoleón, gran conocedor de hombres, lo había presentido sin duda desde su primera entrevista bajo la tienda empavesada, donde, durante dos horas, se ocuparon del reparto del mundo. En todo caso, debió adquirir la íntima convicción de ello en el curso de sus largas excursiones y durante los festines interminables. Napoleón trata al Zar con una habilidad magistral. Caballeresco y cortés en un principio, le expresa su admiración sin límites por el heroísmo de los rusos; luego, seguro de que sus palabras serán repetidas al Zar, dice ante testigos que bien pronto se hará rodear de sus ministros por temor de sucumbir a sus encantos. En la mesa, contra su costumbre, habla gustosamente de su buena estrella y relata una maravillosa historia que dice haberle ocurrido en Egipto. Mientras dormía a la sombra de un viejo muro, este muro se había derrumbado sin rozarle siquiera; al despertarse, halló una piedra en su mano: era un camafeo de Augusto, de admirable belleza. ¿Qué dramaturgo compuso nunca una escena más hábil y mejor hecha para conmover la imaginación de aquel joven místico y supersticioso?

El Zar escucha con toda su alma al hombre admirable. ¡Ah, si él supiese todo lo que Napoleón sabe! «Comprendo que no soy emperador como usted: yo dependo de mis generales». Le hace mil preguntas sobre el arte militar y pregunta ingenuamente, en el curso de sus paseos a caballo: «¿Es ésta una posición? ¿Cómo se la podría atacar y defender?». «Yo le explicaba las cosas. Si yo tuviese una guerra con Austria, él mandaría 30.000 hombres bajo mis órdenes, para aprender el arte de la guerra».

¿Obraría más hábilmente para seducir a una mujer? La alianza ofensiva y defensiva no tarda en decidirse.

«Las tierras situadas entre el Elba y el Memel —dice una nota secreta— formarán una barrera entre los dos grandes Imperios, haciendo inofensivos los alfilerazos que preceden en general a los cañonazos». En este tratado, cada uno da para recibir en cambio. El Zar sacrifica Prusia, y el Emperador, Polonia, a pesar de que uno y otro han prometido a una mujer respetar su patria. Con una tranquilidad que roza la inconsciencia, en una casita de una ciudad perdida a orillas del Báltico, dos hombres se inclinan sobre un mapa, que recortan en fragmentos, como en la tragedia de Antonio y los triunviros. El Emperador cede al Zar Coburgo, Mecklemburgo, Oldenburgo, que son sus aliados, y se apodera, en cambio, de Cattaro y las islas Jónicas. Pero cuando

Alejandro pasa a la cuestión del Bósforo, Napoleón exclama: «¿Constantinopla? ¡Eso sería la dominación del mundo!». La palabra decisiva surge de pronto de entre la espesa maleza de notas y negociaciones en que se halla agazapada desde el principio. Cuando dos hombres quieren repartirse el mundo, la lucha estalla fatalmente entre ellos.

El Rey de Prusia es convocado. Como no muestra dignidad ni inteligencia, los dos emperadores le dejan a un lado. Napoleón no se recata de decir de él en la intimidad que es limitado, sin talento ni carácter, y critica todo lo suyo, hasta su uniforme de húsar. El Rey, temblando por Prusia y a fin de intentarlo todo para salvarla, ruega a la Reina que vaya, a su vez, a Tilsit. El Emperador, curioso de conocer a su bella enemiga, había dado a entender que la vería con gusto. So pretexto de neutralidad, no sale a su encuentro, pero le hace preparar una hermosa mansión que no habitará. Napoleón se presenta ante la Reina seguido de una brillante escolta, aunque, como siempre, muy sencillamente ataviado.

La Reina le espera en lo alto de la escalera, vestida con un traje de seda blanca, adornada con joyas antiguas, bella y sombría. Para romper la frialdad del primer momento, la Reina encuentra una frase encantadoramente sencilla:

«—Perdone Vuestra Majestad esta angosta escalera.

»—¡Qué no haría uno por alcanzar semejante fin!».

Pero cuando Napoleón, continuando en este tono ligero, le pregunta si la seda de su vestido ha sido fabricada en Silesia, ella le dice con dignidad:

«—*Sire*, ¿nos hallamos aquí para tratar de bagatelas? Soy esposa y madre y con estos títulos recomiendo a Vuestra Majestad la suerte de Prusia, país al que tantos lazos me ligan y donde nos han sido dadas tan emocionantes pruebas de cariño. Recuerdo el corazón generoso de Vuestra Majestad. A él me dirijo y en él confío.

»—¿Le gustaría a Vuestra Majestad volver a encontrarse en Berlín?

»—Sí, *Sire*, pero no en todas las situaciones. De Vuestra Majestad Imperial depende hacernos regresar allí sin dolor y deberle nuestra devoción y nuestro agradecimiento.

»—Señora, realmente me complacería mucho... —Y gravemente le pregunta—: ¿Cómo se ha atrevido Vuestra Majestad a hacerme la guerra con medios tan débiles como los que tenía?

»—Debo decirlo a Vuestra Majestad: la gloria de Federico II nos había hecho equivocar sobre nuestro propio poderío.

»—Sin embargo, yo he ofrecido la paz con harta frecuencia. Austria ha obrado más hábilmente después de Austerlitz. ¿No ha comprometido Vuestra Majestad mi simpatía por Prusia?

»—El corazón de Vuestra Majestad es demasiado noble; Vuestra Majestad une a sus grandes cualidades un carácter demasiado elevado para ser insensible a mis penas.

»—Desgraciadamente, Majestad, el interés general es con frecuencia contrario a las consideraciones personales.

»—Nada entiendo de política, pero no creo faltar a mi dignidad si ruego a Vuestra Majestad que...». Napoleón la escucha con creciente interés y ella observa «una vislumbre de bondad en su boca y en su sonrisa que le anunciaba el triunfo, cuando la entrada del Rey interrumpió la conversación».

Esta conversación, que tanto dice en honor de ambos, no tendrá consecuencias políticas, pero les acercará en una mutua estimación: «El Rey de Prusia entró ayer muy a propósito —dice el Emperador al Zar con cierta coquetería—: si llega un cuarto de hora más tarde, habría prometido a la Reina cuanto ella hubiese querido. Es una mujer encantadora. ¡Por mi honor que, en vez de despojarla de una corona, se sentiría uno tentado a poner otra a sus pies!». Después de haberla vuelto a ver en varias ocasiones, escribe a Josefina: «La Reina de Prusia es realmente encantadora; coquetea mucho conmigo, pero no sientas celos; soy una tela encerada sobre la cual todo esto no hace sino resbalar. Me costaría demasiado caro ser galante».

El efecto que produce sobre la Reina aquel a quien antaño llamara *monstruo* es más sorprendente aún. «Su cabeza —escribe— es hermosa, sus rasgos descubren al hombre que reflexiona; hace pensar en un emperador romano. Cuando sonrío, su boca expresa bondad».

Es ésta una de las más grandes conquistas de Napoleón. La reina Luisa tendría, no obstante, derecho a odiarle: se había humillado ante Napoleón y él había permanecido inflexible. Bien pronto la presencia de la Reina le irrita. Cuando todo ha quedado firmado, cuando el Emperador, por amistad del Zar, ha salvado a Prusia de la disolución total, acompaña a la Reina en su coche, y como ella insiste todavía en que se haga acreedor a su eterno reconocimiento, Napoleón rompe bruscamente la conversación y responde irónicamente: «¡Qué quien!, usted, señora, ¡hay que compadecerme! La culpa es de mi mala

estrella».

XVI

Y París ¿qué dice?

«No es posible que mientras yo me encuentro en el extremo de Europa, a dos mil leguas de distancia, los malos ciudadanos se encuentren en el campo libre para agitar mi capital». Ahora, después de una ausencia de diez meses, la más larga de todas, Napoleón va a tomar de nuevo enérgicamente las riendas del Gobierno, pues con espanto se da cuenta de que los parisienses frondistas comienzan a ponerse fuera del alcance de su autoridad. Ironías y canciones recorren los bulevares, y a él no le agrada que una ciudad se divierta a costa de sus expediciones y que, escépticamente, se burlen de él en vez de admirarle. Sí, los parisienses necesitan una mano de hierro cubierta por un guante de terciopelo; ahora van a tener ambas cosas, aunque tal vez el terciopelo esté un poco raído. ¡Qué ligereza de tono reina aquí! ¿Volverá de nuevo el tiempo del Directorio, cuando cada uno decía y escribía lo que le venía en gana?

De nuevo una severa censura cae sobre los periódicos y teatros. Las obras históricas sólo podrán hacer alusión a los acontecimientos acaecidos hace muchos siglos, y se suprimirán en Corneille, su autor preferido, los pasajes involuntariamente actuales. De ahora en adelante, el Emperador será consultado no sólo sobre la aceptación de una ópera, sino también sobre la elección del libreto; se prohíbe a los autores abordar temas religiosos; la mitología les es recomendada, en cambio.

Funda una universidad sobre el modelo de los colegios de jesuitas, que, no obstante, abomina; los profesores quedarán exentos del servicio militar, pero a algunos se les impondrá el celibato. Se ataca a Chateaubriand y se suspende su *Mercur de France*, porque se permite criticar al Emperador en los salones de la oposición y citar a Tácito como vengador del tirano Nerón. A pesar de sus instancias, niega a Mme. Staël el permiso para regresar a Francia, «pues esta mujer enseña a pensar a los que no sospechan esta función o la habían

olvidado». Escribe el archicanciller: «Mande llamar al señor R.; su esposa tiene un *boudoir* que es el escándalo de París». A Fouché: «No vigila usted París y deja el campo libre a la malevolencia, para que ésta haga correr toda clase de rumores. Haga vigilar las conversaciones que se mantienen en el restaurante Citerni y en el café de Fol». Y a fin de que la juventud sepa bien que él es el elegido de Dios, todos los niños de Francia deberán recitar el siguiente catecismo: «¿Cuáles son nuestros deberes para con Napoleón I? Amarle, respetarle, obedecerle y permanecer fieles a él..., rezar fervorosamente por su salud..., pues Dios, colmando a nuestro Emperador de dones, lo mismo en la paz que en la guerra..., le ha hecho a su imagen sobre la tierra».

¡A tanto ha llegado Napoleón! Tres años antes, el mismo día de su coronación, había dicho que no habría pescadera que no lo silbara si se hubiese atrevido a declararse hijo del Padre Eterno... ¿Acaso no es ya el mismo? Hoy, como ayer, rechaza, sin embargo, todo lo que es lujo y vana apariencia. Nada de nuevos gastos en su gabinete de estudio, amueblado solamente con su gran mesa de trabajo, una butaca en la que se sienta cuando no pasea de arriba abajo por la habitación, dictando; dos altas bibliotecas, un par de candelabros y el busto de Federico el Grande. En otra habitación contigua, también amueblada sumariamente, está el de César. Revisando unas facturas, dice: «Todo esto costaba mucho menos cuando yo era simple teniente. No quiero pagar más caro que los demás». Y cuando se trata de restaurar el teatro del palacio: «¡Pero si debo tener una porción de banquetas y arañas! Cuando la coronación, se compraron un sinfín de ellas, y por ahí deben de estar». El día en que M. de Rémusat rebasa el presupuesto de 20.000 francos destinados a su guardarropa, es destituido, y su sucesor recibe una larga lista hecha por el mismo Emperador: «Creo que se pueden hacer algunas otras economías. Tenga cuidado de que el sastre ponga buen género. Me presentará usted las prendas nuevas el mismo día en que sean entregadas, para que yo me las pruebe, y luego serán colocadas en mi guardarropa».

A propósito de los uniformes, que son entregados trimestralmente: «Esta levita deberá durar tres años. Se entregarán cuarenta y ocho calzones y chalecos blancos, a ochenta francos la pieza = 3.840 francos. Todas las semanas deberá entregarse un calzón y un chaleco, que deberán durar tres años; veinticuatro pares de calzado, a un par cada quince días, deberán durar dos años = 312 francos». Sólo las camisas son encargadas en gran número; necesita una docena por semana y deberán durar seis años.

En su vida privada, lo mismo que cuando se halla en campaña, Napoleón sigue siendo el mismo: un hombre sin necesidades. Pero, en cambio, no vacilará en sacrificar a la Corte, a la etiqueta, al tren imperial, a aquel mundo en decadencia, privado por él de todo poder, no solamente grandes cantidades, sino también su tiempo precioso y, lo que es más, su dignidad y su libertad.

Sonríe cuando los nobles del *faubourg* Saint-Germain llegan a la Corte, satisfecho de ver inclinarse ante él a los mismos que en otro tiempo, en la Escuela de Guerra, herían con su insolencia su corazón de cadete pobre. Todos ellos han vuelto a las Tullerías: los Montmorency, Montesquieu, Radziwill, Noailles, Narbonne, Turenne, todos los que juraron la muerte del usurpador. Y, entre ellos, los príncipes renanos, vestidos con sus uniformes alemanes, se pasean por las salas del palacio, haciendo sonar sus espuelas; el príncipe de Mecklemburgo hace la corte a la Emperatriz, y los príncipes herederos de Baden y de Baviera son autorizados para asistir al Consejo de Estado. Pasatiempo para la antigua nobleza y medio para el Emperador de ganarse también esta clase social.

En esta época, se realiza el acontecimiento más desconcertante de su reinado: Napoleón crea una nueva nobleza. Él, que no nombra capitán o teniente sino a los más merecedores; él, que comparte una granja con sus oficiales y el campamento con sus hombres, el mismo Bonaparte que ha abolido en su Código civil todos los privilegios hereditarios, ofreciendo la gloria y los honores a los hombres de mérito, sin importarle la clase a que pertenezcan, crea una aristocracia nueva, «porque es humano que un padre desee dejar a sus hijos, no solamente su fortuna, sino también las distinciones con que fue honrado». Distribuye títulos de príncipe, de conde, de duque, no ya para recompensar particularmente a tal o cual de sus mariscales, ministros o senadores, sino para que sus hijos y nietos, bribones tal vez, vagos enriquecidos, petimetres degenerados, gocen nuevamente de aquellos privilegios por cuya abolición corriera tanta sangre.

La misma Legión de Honor va a verse profanada por la nueva disposición que autoriza a sus miembros, de allí en adelante, para transmitir a sus hijos el sueldo y la insignia de esta institución, confiriéndoles así una gloria absolutamente ficticia. Los grandes dignatarios podrán legar igualmente sus títulos a sus herederos, sin ningún privilegio cívico especial, es cierto, pero contrariamente al espíritu del Código Napoleón. «La libertad —decía el Emperador— es la necesidad de una clase poco numerosa y privilegiada por la Naturaleza con facultades más elevadas que el común de los hombres. Así,

pues, la libertad puede limitarse impunemente. La igualdad, por el contrario, agrada a la multitud; y yo no la infrinjo en absoluto al conceder títulos a tales o cuales, sin parar mientes en la cuestión, hoy relegada, del nacimiento... Mis títulos son una especie de corona cívica; se puede uno hacer acreedor a ellos con su trabajo. Por otra parte, es una habilidad imprimir a aquellos a quienes se gobierna el mismo movimiento que le anima a uno. Como todo movimiento mío es ascendente, es preciso que un movimiento semejante agite a la nación... No dejo de comprender que todos estos nobles, sobre todo estos, duques que ahora creo, van a independizarse un poco de mí. Condecorados y enriquecidos, procurarán escapar a mi dominio y adquirirán, verosímilmente, lo que ellos llaman *el espíritu de su condición*; pero ¡ah!, no correrán tan de prisa que no encuentre yo el medio de alcanzarlos». Jamás error mayor fue defendido más hábilmente. Pocos meses antes, Napoleón había censurado duramente a su hermano la creación de títulos nobiliarios en Holanda, declarando, como si quisiera justificar de antemano sus propias intenciones, que la cuestión era muy distinta para un pueblo mercantil que para un pueblo militar. Pero precisamente el hecho de haber transformado Francia en un Estado militar es lo que constituía un gran peligro. Aumentado por el otro peligro que suponía la corona imperial, que, con una lógica inexorable, comenzaba a difundir su antiguo poder simbólico más allá de sus dominios.

Cuando Bonaparte era Cónsul, había podido, sin peligro, distribuir coronas cívicas, crear una Legión consagrada a la gloria y al honor y transmitir a los más humildes su propio movimiento ascensional; pero las tierras que daba entonces a los mejores de sus colaboradores traían consigo un título fatalmente hereditario; ¿cómo negar, pues, el mismo privilegio a los títulos de nobleza que distribuye hoy a los menos merecedores? El resultado de todo esto será que dentro de una generación habrá unos cuantos millares y dentro de tres o cuatro generaciones una veintena de millares de hombres, que llevarán el título sin merecimiento y sin gloria y gozarán, si no de privilegios políticos, al menos de aquellos privilegios sociales que provocaron la rebelión de las masas populares.

La traición y la ingratitud que cosechará le abrirán los ojos más tarde. Esta sentencia de muerte contra la Igualdad fue un crimen mayor que la muerte del duque de Enghien. Napoleón suprimió entonces a un descendiente del antiguo régimen; hoy, en cambio, prepara el retorno de la tiranía.

Año difícil para el Emperador, aunque no registre, en apariencia, ningún

fracaso. «No se han dado ustedes cuenta cabal de los motivos humanos —dice por aquel entonces a un demócrata—; ustedes no son diferentes a los demás; el interés personal desempeña siempre un papel en las acciones humanas. Vea a Massena: ha adquirido suficiente gloria y honores, pero no está contento, pues quiere ser príncipe, como Murat y Bernadotte, y mañana mismo se dejarían matar por ser príncipes. ¡Tal es el móvil de todos los franceses!».

Cada vez más autoritario, prohíbe a sus hermanos que le dirijan la palabra; no observa ya las horas de trabajo con regularidad, y prolonga sin razón las sesiones hasta bien entrada la noche. En Fontainebleau, en medio de las fiestas y las cacerías, sólo permite la representación de tragedias. Se levanta a mitad de la noche para dictar hasta la mañana, y sólo consigue calmar sus nervios a fuerza de baños muy prolongados. Su dolencia de estómago aumenta.

Napoleón está triste entonces como en su primera juventud; le agrada hablar del viento y del ruido del mar, y manda amortiguar el resplandor de las bujías para escuchar a los músicos italianos sus tonadas melancólicas. Nadie se explica su estado de ánimo; todo el mundo se sorprende, atribuyéndolo a razones políticas. Los que le rodean no comprenden que, en el momento en que su sueño comienza a realizarse, esta misma realización, que se cumple tan lenta y diferentemente de lo que él había soñado, le defrauda cruelmente. «Usted también pertenece al pueblo —dice con cólera a un ministro que le felicita por el tratado de Tilsit—. Hasta que haya firmado el tratado de Constantinopla no seré realmente el dueño».

El dominio del mundo y Asia le tientan de nuevo. Pero él, que busca siempre en las tragedias antiguas el reflejo de su propia imagen, tendría que acudir, para encontrarlo, a los versos que un poeta alemán acaba de escribir por entonces sobre la inquietud humana.

No obstante, un espíritu lúcido, que se complace en las cifras, no tarda en liberarse de la melancolía, y el Emperador dirige al otro amo del mundo, el Zar, este fantástico programa:

«Un ejército de 50.000 hombres, formado por rusos, franceses y tal vez, en parte, por austríacos, que marchara por Constantinopla sobre Asia, apenas llegase al Éufrates haría temblar a Inglaterra, obligándola a ponerse de rodillas ante el Continente. Un mes después de nuestro acuerdo, el ejército podría hallarse en el Bósforo. El golpe tendría su resonancia en la India. Todo esto no puede acordarse sino en una entrevista con Vuestra Majestad. Todo

puede quedar decidido y firmado antes del 15 de marzo. El primero de mayo, nuestras tropas pueden estar en Asia y, en la misma época, las tropas de Vuestra Majestad en Estocolmo. Entonces, los ingleses se verán aplastados bajo el peso de los acontecimientos que cargarán la atmósfera. Vuestra Majestad y yo hubiéramos preferido la dulzura de la paz y pasar nuestra vida en medio de nuestros vastos Imperios, pero es juicioso y político realizar lo que ordena el Destino. Entonces esa muchedumbre de pigmeos que no quieren ver que los acontecimientos presentes son tales que es preciso buscar sus iguales en la Historia y no en los períodos del último siglo, se dará por vencida. En estas cortas líneas expreso a Vuestra Majestad mi alma entera».

¿Su alma entera? Una parte solamente, pues estas líneas, llenas de sólidas realidades en cuanto a su fondo, se hallan cuidadosamente bruñidas a fin de que el idealista que las reciba vea brillar en ellas sus propios sueños. Expedición difícil, declara un general que regresa entonces de la India. Satisfecho de ver desvanecerse sus últimos escrúpulos, el Emperador le acaricia repetidamente el rostro con las dos manos y «se siente desbordar de una alegría casi infantil».

Hele de nuevo obsesionado por la sombra de Carlomagno. El año anterior había tenido la intención de ir a Roma para hacerse coronar allí Emperador de Occidente. El Papa sólo conservaría el poder espiritual y recibiría, en cambio, unos cuantos millones de renta; pero los cardenales habían declarado la cosa imposible. Inmediatamente, el Emperador amenaza: «Toda Italia quedará sometida a mi ley. No limitaré en nada la independencia de la Santa Sede, pero mis condiciones serán que Su Santidad tenga para mí en lo temporal las mismas consideraciones que tengo para él en lo espiritual. Su Santidad es soberano en Roma, pero yo soy el Emperador».

Esta actitud de reto, amenazadora, se halla en contradicción con los principios de derecho que gobiernan su Imperio. En Roma, como en la India, la obsesión de la Antigüedad falsea la visión de Napoleón. A partir de este momento, vemos su imaginación, exaltada por la Historia, adelantarse a su sentido de la realidad y conducirlo al trágico desenlace.

Por el momento, el Emperador sigue siendo el más fuerte; pero en tanto que hace diez años, como general mozo, defendiera tan afortunadamente el gran poder moral de la Iglesia contra los hombres del Directorio, tan poco hábiles, consolidándolo con el Concordato, a riesgo de comprometer su popularidad, ahora, en cambio, se ha vuelto tan autoritario y su fe en sus armas invencibles ha crecido de tal modo, que desconoce el poder de la

Iglesia. A propósito de una *Historia de los Papas*, escrita por un cardenal, escribe a Eugenio: «Si esa historia tiende a hacer conocer el mal que los Papas han hecho a la religión y a la cristiandad, hazla imprimir sin demora».

No habiendo roto el Papa sus relaciones con Inglaterra, el Emperador manda ocupar Ancona y apela a la protección divina: «Dios ha demostrado, con el triunfo logrado por mis armas, la protección que ha concedido a mi causa. Vuestra Santidad puede despedir a mi ministro, nadie se lo impide; como nadie le impide que acoja preferentemente a los ingleses y al califa de Constantinopla... Ruego a Dios, Santísimo Padre, que se conserve largos años para el gobierno de nuestra santa madre la Iglesia. Vuestro hijo devoto: el Emperador de los franceses y Rey de Italia, Napoleón». Burlescas amenazas; por otra parte, el año anterior había hecho decir a la Santa Sede, por intermedio de su tío Fesch, que él era el igual de Constantino, y había abierto de nuevo la antigua querrela de las investiduras. «Para el Papa soy Carlomagno, puesto que, como Carlomagno, reúno la corona de Francia a la de los lombardos, y mi Imperio confina con el Oriente... Si se conducen bien, no cambiarán en nada las apariencias; de otra manera, reduciré al Papa a ser obispo de Roma... Estableceré en ese reino el Concordato francés; siendo verdadera y no convencional nuestra religión, todo lo que puede salvar en Francia salve en Italia, y lo que no puede salvar en un país, tampoco en otro salva». Palabras, realmente, dignas de Lutero.

Napoleón, cuya imaginación se inflama cada vez que ve entrar sus actos en la mística de la Historia, vuelve a ser extremadamente lúcido cuando ve la mística religiosa servir de pretexto a los asuntos mundanos. Él se sentía atraído por el protestantismo, y si renunció a hacer de Francia un país luterano se debió a razones políticas. Decidido, sin embargo, a hacer caso omiso del Papa, que no ha roto abiertamente con Inglaterra, le agradecería apartar de su camino el obstáculo colocado en el corazón de Italia y unificar lo que erróneamente consideraba como un reino suyo. Así escribe a Eugenio, el virrey, en el estilo de sus decretos militares:

«El Papa actual es demasiado poderoso. Los sacerdotes no están hechos para reinar. ¿Por qué no quiere dejar al Emperador lo que al Emperador pertenece? No deja de turbar mis Estados. Tal vez no esté lejano el tiempo en que reuniré las Iglesias de la Galia, Alemania, Italia y Polonia y prescindiré de un Papa». Para asegurarse una mayoría, querría aumentar el número de los cardenales, pero el Papa se niega a ello, ofreciendo en compensación coronarle Emperador de Occidente. Desde que ve a su alcance la corona

simbólica, que todavía el año anterior perseguía con tanto ardor, pierde todo su atractivo y, cuando el Papa cede igualmente en asuntos de dinero, el Emperador aumenta sus exigencias y amenaza con «anexionar esos bienes de la corona al Imperio y suprimir la dotación de Carlomagno».

En suma: insaciable, quiere apropiarse de los Estados de la Iglesia. El Papa, indignado, rompe las negociaciones. El Emperador manda ocupar Roma, y en el mes de abril los Estados Pontificios pasan a la categoría de simples provincias.

Napoleón, que ha ido de El Cairo a Viena y de Madrid a Moscú, se ha abstenido siempre, bien por prudencia, bien por una especie de temor, de penetrar en Roma, su ciudad de elección, la única realmente a su medida; así conservará siempre intacta la imagen sagrada que de ella se ha formado. Sus generales ocupan por segunda vez la Ciudad Eterna. Entre los que lo rodean, nadie se atreve a protestar, y sólo su madre comprende el error que comete. El disgusto la hace enfermar, y ella, que hasta entonces se había limitado a decir: «*pourvou que celà doure*», dice proféticamente a sus íntimos: «Lo preveo; provocará su caída y la de toda su familia. Debería contentarse con lo que tiene. Quiriendo abarcar demasiado, lo perderá todo».

XVII

«**L**o que los pueblos de Alemania desean impacientemente es que aquellos individuos que no son nobles, pero si hombres de mérito, tengan un derecho igual a tu consideración y a los empleos, y que toda especie de servidumbre y de vínculos intermediarios entre el soberano y la última clase del pueblo sean abolidos por completo. Los beneficios del Código Napoleón, la publicación de los procesos, el establecimiento de los Jurados, caracteres distintivos de tu monarquía; y, si debo decirte por entero mi pensamiento, te confesaré que cuento más con sus esfuerzos para la extensión y afirmación de esta monarquía que con el resultado de las más grandes victorias. Es preciso que tus pueblos gocen de una libertad, una igualdad y un bienestar desconocidos a los demás pueblos de Germania. Esta manera de gobernar será una barrera más poderosa para separarlo de Prusia que el Elba, las plazas fuertes y la protección de Francia. ¿Qué pueblo querrá volver al gobierno arbitrario de Prusia cuando haya gustado los beneficios de una administración juiciosa y liberal? Los pueblos de Alemania, los de Francia, Italia y España desean la igualdad y quieren ideas liberales...».

Estas frases se dirigen no al público, sino a su hermano más joven, y tienen por objeto el exponer a Jerónimo la misión que le encomienda al confiarle el nuevo reino de Westfalia. Se trataba de llevar por vez primera los principios revolucionarios a Alemania y de enseñar a un pueblo, que siempre había obedecido ciegamente, a gobernarse a sí mismo. Las ideas de libertad no eran nuevas en Holanda e Italia. Los príncipes renanos podían introducirlas por ordenanza en sus Estados, pero ni sus tradiciones ni sus talentos podían hacerlas triunfar.

La misión del más joven de los Bonaparte debía ser la de ganar a la democracia cuatro millones de alemanes, de transformar unos simples vasallos en ciudadanos. Si hubiese logrado este propósito, habría evitado al pueblo alemán la vergüenza de volver a sufrir, después de las guerras de la Independencia, la arrogancia de sus soberanos.

Pero para aquel muchacho de veintitrés años que se había criado como un príncipe de la realeza, la corona sólo representaba placeres y aventuras galantes. Inconsideradamente pródigo de su dinero y de su juventud, hacía correr a mares el champaña y engañaba a su esposa, una princesa Wurtemberguesa, con innumerables amantes, dejando deudas e hijos en todas partes, escándalos que no divertían en lo más mínimo a su pueblo y comprometían gravemente la idea de que el poder debía corresponder sólo al mérito. «Si tenemos que sufrir los vejámenes de un príncipe —pensaban, no sin razón, los alemanes—, que al menos sea uno de los nuestros». Pero Jerónimo se burlaba del mundo y hasta de las reprimendas de su hermano.

Éste sentía cierta debilidad por aquel rey mozo, como podría sentirla un padre por su benjamín, y le causaba un placer secreto el hallar en él algo de su propio ardor. Además, Jerónimo era siempre amable, no tomaba nada en serio y soportaba que, después de haber perdido el mando supremo, se le tratase de la siguiente manera: «¿Te burlas de mí? ¡Tú! Cuando hayas hecho seis campañas y te maten seis caballos entre las piernas, entonces veremos».

Jerónimo partía a la guerra seguido de toda su Corte, sin la Reina, pero con sus damas de honor más guapas; lanzaba proclamas a la manera del Rey Sol y recibía en seguida, sin enfadarse, las reprimendas imperiales: «He visto una orden del día dictada por ti, que te pones en ridículo ante Alemania, Austria y Francia... Eres rey y hermano del Emperador: cualidades ridículas en la guerra, donde es preciso ser soldado y no tener ni ministro, ni cuerpo diplomático, ni pompa; donde hay que acampar con la vanguardia y permanecer día y noche a caballo y marchar a la vanguardia para informarse como es debido o quedarse en el serrallo. Haces la guerra como un sátrapa. ¿Es éste el ejemplo que te he dado? Yo, con un ejército de 200.000 hombres, estoy a la cabeza de mis tiradores, sin permitir siquiera a Champagny que me siga, y obligándole a continuar en Munich o Viena... Tienes muchas pretensiones, cierta inteligencia y algunas buenas cualidades, pero echadas a perder por tu fatuidad y una presunción extrema, y careces del más elemental conocimiento de las cosas».

El Rey se guardaba la carta y reía; pero ¿qué pensaba el Emperador? ¿No comprendía que el poder que concedía a los incapaces causaba un grave perjuicio a su propio poder y que estos farsantes coronados se convertían rápidamente en príncipes revoltosos? ¿No recordaba que Homúnculo, salido de la redoma, se burló de su amo? Esta incorregible debilidad para con su familia podría hacerle pasar por lo que menos era: por un condescendiente; a

pesar de lo cual, aunque siempre empieza por dar órdenes a sus hermanos, a menudo acaba por complacerlos. «Hermano mío, adjunta encontrarás la Constitución de tu reino», son las palabras con que comienza una larga carta política dirigida a Jerónimo, y, realmente, ¿no se creería leer una frase sacada de una opereta? Si está de buen humor, muchas veces termina una carta de severos reproches con una sonrisa paternal como la siguiente: «Te quiero bien, amigo mío; pero ¡qué terriblemente joven eres!».

Él, en cambio, no lo es ya. Los cargos que le abruman tenían necesariamente que darle a su carácter esa dureza que es el precio de una responsabilidad aplastante. Cuando diez años atrás había descendido como conquistador desde los Alpes hasta las llanuras lombardas dejando tras de sí una ancha estela de gloria, su juventud le adornaba con una aureola romántica y arrastraba a todos sus contemporáneos. Pero hoy el torrente impetuoso se ha convertido en un ancho río por el que navegan grandes barcos llevando todos los tesoros de la tierra, río cada vez más majestuoso, que desciende hacia el mar, donde pronto sus aguas irán a confundirse con las aguas del mundo entero. En sus facciones y en su corazón se advierte la huella de un trabajo de Atlante; las horas de recogimiento o de descanso se hacen cada vez más raras; heroico y cínico, yérguese ahora ante el mundo como una estatua de bronce.

Ha hecho venir a París a la condesa polaca y la ha instalado en una casa de la misma calle en que antaño viviera Josefina y donde, por una especie de superstición, suele alojar a sus amantes. Proporciona a la condesa Walewska un gran tren de vida y diariamente le envía su médico. La Condesa vive aislada, aunque la sociedad está enterada de su presencia; jamás ocupa en la Ópera la platea que le está reservada, y ve raramente al Emperador. Es solamente un intermedio entre un idilio y otro. ¿Le dará por fin María Walewska ese hijo cuyo nacimiento podría tener hoy consecuencias aún más importantes que ayer?

Napoleón no parece haber pensado seriamente en adoptar al hijo cuyo nacimiento le fuera anunciado el año anterior en Berlín. ¿Preveía que el heredero de una parte de su nombre —le había llamado León— sería más tarde un bribón, casi un criminal? Su madre era ya para él una extraña, y a su regreso de Polonia se había negado a recibirla, dándole en compensación una casa y rentas, pero sin volver a verla. Secretamente, había hecho que le trajeran al niño y había jugado con él; alegrías de una tardía paternidad, a las que no podía siquiera entregarse libremente, pues «la naturaleza de las cosas», ese tirano invisible, se lo prohibía. Sin embargo, este amo exige cada vez más

imperiosamente que contraiga un nuevo matrimonio. Napoleón y Josefina hablan de ello tristemente, y la Emperatriz no es la única en llorar después de estas dolorosas conversaciones. «¡Ah! —exclama él un día—. ¡Es terrible morir sin hijos!». Su cariño por Josefina no ha hecho sino crecer. Como sabemos, raramente se separaba de sus colaboradores; ¡cuál no debía, pues, ser su cariño por aquella que era el más antiguo testigo de su gloria!

«Separarme de ella —dice a Talleyrand, que le incita a tomar esta medida— será renunciar a todo el encanto de mi hogar. Primero, tendría que estudiar los gustos y costumbres de otra mujer. La Emperatriz se somete a todo y me comprende perfectamente; además, sería un ingrato abandonándola después de todo lo que ha hecho por mí». Razón y sentimiento, dignidad y comodidad, únense para retener burguesamente al marido junto a su mujer.

Pero las dificultades se agravan y reclaman una solución. Consciente del efecto moral que su divorcio produciría en Francia, donde Josefina es más querida que él, toma, sin embargo, una decisión que sorprende a sus familiares pero que, a su juicio, debe servirle doblemente: se acerca de nuevo a quien en las actuales circunstancias podría serle precioso y por quien su madre no había cesado de interceder: ordena a Luciano que regrese a su lado.

La conversación entre ambos, y repetida con talento y veracidad por el mismo Luciano, es el más interesante de todos los coloquios de Napoleón transmitidos a la posteridad. En ella, Napoleón se nos revela por entero.

XVIII

Luciano, que tenía por entonces unos treinta años, llega una noche de diciembre al castillo de Mantua, por orden del Emperador. El temor a ser arrestado no le ha abandonado durante todo el viaje. Atraviesa la sala resplandeciente de luz y oye al mameluco decir en voz baja:

«—*Sire*, su hermano Luciano».

El hombre al que se dirigen estas palabras no hace el menor movimiento. Hállase sentado ante una gran mesa redonda, cubierta casi en su totalidad por un mapa de Europa. Con la cabeza apoyada sobre su mano izquierda, clava con la otra mano sobre el enorme mapa alfileres de cabeza negra, roja y amarilla, que representan evidentemente los cuerpos de ejército o tal vez las diferentes nacionalidades. Luciano no dice una palabra, vacilando en reconocer al Emperador, a tal punto lo encuentra cambiado. Pasan varios minutos. Por fin, Napoleón se despereza contra el respaldo de su asiento, toma, bostezando, una campanilla y la agita violentamente. Entonces, el visitante, avanzando un paso, le dice:

«—*Sire*, soy yo, Luciano».

El Emperador se levanta rápidamente y toma una de las manos de Luciano, con la expresión contenida de un sentimiento casi tierno o, cuando menos, muy afectuoso. Luciano se cree en el caso de hacer un movimiento como para besarlo. El Emperador no se niega, pero se presta a ello fríamente, como si semejante manifestación le fuese ya extraña. Vuelve a tomar la mano de Luciano y, haciéndole retroceder un poco, dice, mientras le contempla:

«—Bien, bien..., ¿conque eres tú? ¿Qué tal, cómo estás? ¿Y su familia? ¿Cuánto tiempo hace que saliste de Roma? ¿Has tenido buen viaje? ¿Y el Papa, cómo se encuentra? ¿Estás bien con el Papa?».

Luciano nota la turbación mal disimulada bajo este flujo de preguntas; pero responde que está bien y que ve con placer que otro tanto le suceda a Su

Majestad.

«—Sí, estoy bien, pero —dice el Emperador golpeándose ligeramente el vientre— engordo demasiado y temo engordar todavía más. Le mira de nuevo y, después de tomar un polvo de rapé, continúa: —¿Y tú? Te encuentro muy bien. Antes eras demasiado flaco; ahora casi te encuentro guapo.

»—Bondad de Vuestra Majestad.

»—No, es la verdad; pero sentémonos y hablemos».

Y se sientan ambos junto a la mesa. El Emperador quita y pone maquinalmente los alfileres sobre el gran mapa. Luciano espera que su hermano hable, pero al fin se decide a iniciar el coloquio:

«—*Sire...*».

Pero no había acabado de pronunciar estas palabras cuando el Emperador, derribando de un golpe todos los alfileres y volviéndose hacia él, le pregunta:

«—Veamos, ¿qué tienes que decirme?

»—No le oculto a Vuestra Majestad que me atrevo a esperar me sea nuevamente propicio.

»—Eso depende exclusivamente de ti».

Luciano declara que está dispuesto a hacer todo lo que sea compatible con su honor.

«—Perfectamente, ahora conviene saber en qué basas actualmente tu honor».

Luciano habla de los deberes que le han sido impuestos por la Naturaleza y la religión.

«—¿Y la política, querido, y la política...? ¿No cuentas para nada con ella?»

Luciano se exculpa: él no es más que un oscuro particular...

«—De ti solo ha dependido el ser rey como tus hermanos.

»—*Sire*, el honor de mi esposa, el estado civil de mis hijos...

»—Siempre dices *mi esposa*, pero de sobra sabes que no lo es ni lo será jamás, pues jamás la reconoceré como tal.

»—¡*Sire...*!

«—No, jamás cambiaré sobre este punto; ya puede hundirse el cielo, que no cambiaré. He podido perdonarte tus errores, puesto que eres mi hermano, pero ¡a ella...! ¡Ella sólo tendrá siempre mi maldición...!».

Una larga diatriba obliga por fin a Luciano a decir, como en broma:

«—¡Ah, *Sire!* En cuestión de maldiciones vayamos poco a poco: el proverbio dice que *la processione torna dove esce*». Y por si el Emperador ha olvidado el italiano, Luciano repite en francés: «La procesión vuelve al lugar de donde sale».

Y como Napoleón sigue hablando de la esposa de su hermano como de una mujer de mala reputación, y Luciano parece sentirse ofendido, el Emperador agrega, a manera de retractación:

«—Ya sé que me dicen todo esto creyendo que así me causan un placer. Conozco lo bastante el mundo para comprender que en todo ello hay muchas calumnias, pero es igual; antes se derrumbará el cielo que ella sea cuñada mía. Por otra parte, la ley es terminante, una de nuestras leyes francesas fundamentales, como la ley sálica: todo matrimonio contraído por los miembros de la familia imperial sin el consentimiento del Emperador es nulo.

«—*Sire*, mi matrimonio es anterior a esta ley.

«—Sí, pero ha sido hecha para ti, que diste lugar a ella».

Y como Luciano no puede reprimir una ligera sonrisa al oír este argumento de lógica napoleónica, el Emperador añade:

«—¿De qué te ríes? Me parece que yo no me río. Sé muy bien todo lo que tú, tu mujer y mis enemigos, que son vuestros únicos amigos, dicen a este respecto. No hay un solo francés que apruebe tu actitud... No te hagas, pues, ilusiones sobre la opinión pública, que sólo volverá a serte favorable cuando vuelvas a entrar en mi sistema, como ha hecho Jerónimo».

Luciano, que se había jurado contenerse, no pudo resistir por más tiempo.

«—Si los cortesanos han podido aprobar la conducta de Vuestra Majestad para conmigo, como precio de los servicios que afortunadamente he podido prestarle, han hecho lo que debían; también mis criados encuentran que tengo yo razón».

Al oír estas palabras, la frente de Napoleón se nubla, sus ojos se encienden y las aletas de su nariz palpitan, «signo evidente de cólera en los hombres de nuestra raza». Pero Luciano, lejos de detenerse, continúa:

«—La nación no ha reclamado mi presencia; ¿qué necesidad tenía de mí? ¿Ni qué gratitud me debe? Habría podido ver en mí al salvador de aquel que podía salvarla..., pero no por eso dejo de pensar con orgullo que está más dispuesta a compararme con Vuestra Majestad que con Jerónimo. No, *Sire*, la opinión, más poderosa que todos los reyes de la tierra, nos pone a cada uno en nuestro lugar, digan lo que digan sus cortesanos...».

En lugar de enfurecerse, como temía Luciano, Napoleón se esfuerza por permanecer tranquilo y dice fríamente:

«—Tiene razón Talleyrand cuando dice que pones en este asunto un calor de club político. Pero esta elocuencia ya no está de moda. Sé muy bien lo útil que me fuiste el 18 Brumario, pero ello no demuestra que me salvaste. Y lo que sé y recuerdo perfectamente es que me disputaste la unidad del poder, que tan necesaria me era para salvar a Francia, y que la mitad de la noche se pasó solicitando, por mediación de José, hasta obtener, por fin, tu silencio cuando se discutiera en el Consejo el asunto... Sin contar que, después de la victoria, que sólo me ayudaste a ganar, te mostraste dispuesto a combatir mi elevación personal, lo que bastaba para eximirme de toda gratitud para contigo. En cambio, ¿no me la debes tú? Si es verdad que me salvaste en Saint-Cloud, no es menos cierto que yo te saqué del peligro más inminente, enviando a mis granaderos a que te librasen de las manos de tus asesinos. Por otra parte, si tú, mal ciudadano, hermano desnaturalizado y ciego a tu propio interés, no hubieses temido poner a votación aquella propuesta por la que se me quería declarar fuera de la ley, y el decreto hubiese sido aprobado, ¿crees que yo habría sido lo bastante estúpido para someterme a él tranquilamente? ¿Acaso no me quedaban bastantes partidarios para ayudarme a defender, con la ayuda de Dios, esta cabeza destinada a tantas coronas?».

Durante una hora entera, Napoleón evoca los días pasados y a los compatriotas que le han ayudado, y de pronto, entrando en un terreno más íntimo, habla de sus generales, de su fidelidad, de aquellos conflictos políticos en que los acontecimientos han venido a darle la razón contra sus hermanos. Luego, deteniéndose bruscamente, da otro giro a la conversación:

«—Ya hemos hablado bastante de estas cosas. Todo ello, como tu famosa jornada del 18 Brumario, pertenece a la historia antigua, y no es para recitar una lección de ella para lo que estamos aquí».

Pausa larga.

«—Escúchame bien, Luciano, y pesa bien todas mis palabras. Sobre todo,

no nos enfademos. Soy demasiado poderoso para querer exponerme al enojo... Tú has venido a mí con toda confianza. La hospitalidad corsa no puede ser traicionada por el Emperador de Francia. Que esta virtud de nuestros antepasados y de nuestro país te garantice la buena fe de lo que voy a decirte y la absoluta seguridad en que debes sentirte».

El Emperador, marchando de un extremo a otro de la habitación, parece recoger sus ideas. Al fin, llegando junto a Luciano, le toma la mano y, sacudiéndosela fuertemente, dice:

«—Estamos solos aquí. ¿No es cierto? Estamos solos; nadie nos escucha... Respecto a tu matrimonio, me he equivocado. Sí, sobre todo he ido demasiado lejos, conociendo tu carácter tenaz y tu amor propio, pues todo ello no es más que amor propio, que tú adornas a tus propios ojos con el nombre de virtud, de la misma manera que nosotros los soberanos llamamos política todo lo que a nuestras pasiones se refiere; yo no hubiera debido mezclarme en el asunto de tu matrimonio. Te repito que estoy convencido de que se calumnia a tu mujer ante mí, pero muchas otras personas se han atrevido a hablarme bien de ella, entre otras, mamá, que la quiere, según me ha dicho, porque te hace feliz y porque es buena madre... El cónsul Lebrun insistió tanto en su elogio, que Josefina llegó hasta el punto de acusar al buen hombre de estar enamorado de ella... En cuanto a mí, me divertía el despecho que mostraba mi esposa, que es mucho más maligna de lo que creen, no obstante su reputación de bondad. Aunque la verdad es que para mí puedo decir que es una mujer sin uñas. En cuanto a tu esposa, estoy, pues, muy lejos de despreciarla, pero no la quiero, hasta la detesto, ya que la pasión que te inspira es lo que me priva del hermano en cuyo talento más confiaba yo. Pero hay una cosa segura: que su belleza pasará, que tú te desilusionarás del amor y que, no obstante, te encontrarás en oposición con mi sistema, obligándome a perseguirte, aun contra mi voluntad. Pues si tú no estás conmigo, debo decirte que Europa es demasiado pequeña para los dos.

»—¡Vuestra Majestad se burla de mí!

»—No, hablo muy en serio, amigo o enemigo. Esto te es hoy más fácil que nunca. Mi política de familia ha cambiado, como vas a ver. Tus hijos, que hasta ahora me he visto obligado a mantener fuera de mi sistema dinástico, pueden serme útiles, pero es preciso legitimarlos dinásticamente. Tú sabes muy bien que, nacidos de un matrimonio que yo no he reconocido, no pueden heredar el derecho a mi corona, por eventual que éste fuera. Así, dime qué harías en mi lugar».

Luciano propone que sus hijos sean declarados aptos para la sucesión por el Senado.

«—Sé perfectamente que puedo hacerlo, pero no debo hacerlo; la opinión, como te decía hace un momento, la opinión nos acecha. ¿Qué diría la familia, y la Corte, y Francia, y Europa entera, que tiene los ojos fijos en mis más pequeñas acciones y mis menores gestos? Semejante palinodia me haría más daño que una batalla perdida».

Luciano le hace observar que él no puede, sin embargo, pedirle perdón por una unión contraída antes de su ascensión al trono:

«—*Sire*, atienda Vuestra Majestad a mis ruegos; jamás tendrá un servidor más fiel que yo; toda mi vida la emplearé en probarle mi gratitud».

Mientras Luciano hablaba, Napoleón no había cesado de tomar rapé, desperdiciando una gran parte. Parecía emocionado, casi nervioso, hasta el punto de parecer un tanto cortado.

«—¡Dios mío! —exclama por fin—. ¡Qué obstinado eres, y yo qué débil! No lo seré, sin embargo, lo bastante para hacer que el Senado apruebe el decreto... ¡No puedo reconocer a tu esposa!

»—Pero entonces, *Sire* —le dice Luciano con un temblor que no puede dominar—, ¿qué quiere Vuestra Majestad de mí?

»—Lo que quiero es un divorcio puro y simple.

»—Siempre ha dicho Vuestra Majestad que yo no estaba casado; ¿cómo, entonces, podría divorciarme?

»—A esa declaración quería llevarte. En suma, ¿qué sacas en consecuencia del divorcio que te pido? ¿No comprendes que con este divorcio quiero reconocer tu matrimonio, pero no a tu esposa? Y fíjate bien en que el divorcio no perjudica a tus hijos, como tampoco nada de lo que hasta ahora te has negado a hacer, a pesar de rogarte que lo hicieras, esto es: la nulidad del matrimonio, la separación y todo lo que ello supone.

»—Todo ello me parecerá deshonroso para mí y para mis hijos y nunca haré nada semejante.

»—¿Cómo es posible que no comprendas, con toda tu inteligencia, la diferencia que hay entre lo que te propongo hoy y mis anteriores exigencias? Al fin y al cabo, la anulación de tu matrimonio hacía de tus hijos unos bastardos».

Luciano expone la diferencia entre los derechos dinásticos y civiles de sus hijos:

«—Vuestra Majestad es dueño, *Sire*, de disponer de un trono que ha conquistado y afianzado con la punta de su espada, pero si se tratase de repartir el mezuquino patrimonio de Carlos Bonaparte, no podría Vuestra Majestad negarles su parte, pues, a los ojos de la ley y de la religión, mis hijos son tan legítimos como los que más. El mismo Papa me hizo el honor de dar a una de mis hijas el nombre de su madre.

»—¡Cálmate...! Un divorcio hecho por deseo mío implica, naturalmente, mi reconocimiento de tu matrimonio. No, no te obligaré a separaros; tu mujer sería honrada como lo merecería si hiciese de buen grado este sacrificio a mi política y al interés futuro de Francia, y yo mismo no tendría dificultad alguna en visitarla. Pero si ella no consiente, será acusada, al igual que tú, de haber sacrificado la grandeza real de vuestros hijos a una cuestión de amor propio. Vuestros hijos tendrán derecho a maldecir, y maldecirán, seguramente, vuestra memoria».

A la emocionante defensa de Luciano contesta el Emperador:

«—Vamos, ya veo que eres incorregible; siempre lo tomas todo por lo trágico. Pero yo no quiero tragedias, ¿me entiendes? Luciano se había despedido ya varias veces, pero el Emperador volvía siempre al mismo tema: quiere darle la República cisalpina, que sólo dio a Eugenio por la necesidad urgente de tener a alguien allí; tampoco está satisfecho de Hortensia, que se queja constantemente».

Paulina es la más razonable, al menos en ambición, pues es la reina de los cintajos y no piensa más que en embellecerse. Josefina, por su parte, se siente cada vez más vieja y teme el divorcio.

«—Imagínate que esta mujer, cada vez que tiene una mala digestión, asegura que la han envenenado los que quieren que yo me case con otra. Es lamentable... No tendré más remedio que acabar divorciándome, y, realmente, hubiera debido hacerlo ya hace tiempo, y ahora tendría hijos mayores, pues —agrega muy gravemente— conviene que sepas que no soy estéril, como decíais todos. —Y afirma tener actualmente varios hijos, de los que está absolutamente seguro. Habla, sin nombrarla, de la madre de León, y luego, con sorpresa de Luciano, de la Condesa polaca—: ¡Es una mujer encantadora, un ángel...! ¿Te da risa el verme enamorado? Sí, en efecto, lo estoy, pero siempre subordinado a mi política, que quiere que me case con

una princesa, aunque yo bien preferiría coronar a mi amante. Y así es como quisiera oírte hablar a ti respecto a tu mujer».

«—*Sire*, yo pensaría lo mismo que Vuestra Majestad si mi esposa no fuese más que mi amante».

El Emperador agrega que si su resolución de divorciarse está tomada, su elección no se ha decidido aún y que siempre se arrepentirá de no haber tomado para sí la princesa de Baviera, que había cometido la tontería de dar a Eugenio, que no sabía apreciarla...

«—Ya habría celebrado los esponsales de tu hija con el príncipe de Asturias o algún otro gran príncipe, y quién sabe si hasta con un gran emperador».

Y, descubriendo todo su pensamiento, agrega con insistencia que desea el divorcio de Luciano para que, a la sombra de este acontecimiento, dramatizado por tan larga resistencia, su propio divorcio pase inadvertido. Y como Luciano lo contempla con una mirada de asombro, el Emperador lo mira de arriba abajo y dice:

«—¿Por qué no?».

Luciano no puede contener una sonrisa ante lo que se le antoja un exceso de exigencia. El Emperador parece un tanto desconcertado, pero se recobra en seguida y prosigue imperturbable:

«—Así, mi querido presidente, servicio por servicio, es lo justo, y esta vez no seré ingrato...».

Luciano parecía hundido en «una especie de vago ensimismamiento, que no carecía de dulzura», hasta el punto de oír, sin prestar atención, los discursos que Napoleón continuaba pronunciando. El Emperador le confiesa que si este divorcio le interesa tanto es para atenuar el efecto de su propio divorcio. Y cuando Luciano le hace comprender delicadamente la inmensa ventaja que la juventud y la fecundidad dan a su esposa sobre la Emperatriz, Napoleón no se muestra ofendido en absoluto.

«—Tu esposa..., pues bien..., tu esposa..., ¿no te lo he escrito ya...?, será duquesa de Parma, y el mayor de sus hijos heredará de ella, sin tener que pretender a la herencia tuya como príncipe francés; éste es el primer título que te daré, en espera de algo mejor, esto es, de una soberanía independiente».

Y como Luciano sonrío al oír la palabra «independiente», agrega:

«—Sí, independiente, porque tú sabrás gobernar... Escoge, pues».

Pronunciando estas palabras, su mirada brilla y su mano golpea el inmenso mapa de Europa:

«—No hablo por hablar; todo esto es mío, o pronto lo será; desde ahora puedo ya disponer de lo que se me antoje. ¿Quieres Nápoles...? Se lo quitaré a José... ¿Quieres Italia, el más bello florón de mi corona imperial? Eugenio es sólo un virrey, y aunque espera que se la dé o, por lo menos, que se la deje, si me sobrevive, muy bien podría equivocarse sobre el particular, pues yo viviré noventa años, edad indispensable para la consolidación de mi Imperio... Por otra parte, Eugenio, una vez repudiada su madre, no me conviene ya en Italia... ¿España...? ¿No la ves caer ya en mis manos, gracias a los yerros de tus queridos Borbones? ¿Qué, no te agradecería reinar allí, donde sólo fuiste embajador? En suma, ¿qué deseas? Habla; cuanto quieras o puedas querer es tuyo, con tal que tu divorcio preceda al mío».

Estas últimas palabras tuvieron la facultad de desatar la lengua de Luciano, encadenada por la volubilidad vehemente y casi febril con que hablaba su hermano:

«—¡Ah, *Sire!* Sepa Vuestra Majestad que ni siquiera su hermoso reino de Francia me tentaría a cambio de mi divorcio, sin contar...».

Aquí Luciano se detiene, pero, como si contestase a su pensamiento, el Emperador le replica con tono seco y aire desdeñoso:

«—¿Por ventura te creerías más sólido en el terreno de tu vida privada que yo en mis tronos? ¿Crees que tu amigo el Papa es lo bastante poderoso para protegerte contra mí, si yo quisiera realmente atormentarte? En una palabra, y tenlo por dicho: todo para Luciano divorciado; nada para Luciano sin divorcio».

Luciano contesta a esta sentencia haciendo un ligero movimiento hacia la puerta, pero, reteniéndolo por la mano, el Emperador le dice con acento y aire indefinibles, pues de todo había en aquel tono y aquel aire:

«—Si yo me divorciase, no estarías solo conmigo, pues también José espera mi divorcio para declarar el suyo».

Madame Julia sólo había servido para engendrar hijas, mientras él lo que deseaba eran varones, ya que las hembras sólo servían para contraer alianzas, pero agregó:

«—¿No me dices que tu hija mayor tiene catorce años? Pues bien, es la edad; ¿no estarías dispuesto a enviarla a casa de mamá, por ejemplo? Dado el caso, te la mandaré pedir por mamá. Supongo que no temerás nada por tu niña mimada, ¿eh? Dile que seremos buenos amigos y que no le tiraré de las orejas... Tengo más necesidad de sobrinos que de sobrinas..., pues, una vez repudiada la emperatriz Josefina, como abuela de los hijos de Hortensia siempre será enemiga de mis hijos legítimos y aun de los adoptivos... No —murmuró en voz baja, como si hablase consigo mismo—, es preciso; no tengo sino un medio para paralizar la influencia de los hijos de Luis».

Y, volviendo a sus hijos naturales, añadió:

«—¿Crees, pues, que no tengo el poder suficiente para hacerlos legítimar, lo mismo que Luis XIV legitimó a sus bastardos, doblemente adulterinos, declarándolos aptos para la sucesión eventual a la corona?».

Añade que contaba con el divorcio de José, y como Luciano se niega a creerlo, exclama:

«—¡Sí, sí; José lo hará, y tú también! Lo haremos los tres a la vez, y nos volveremos a casar el mismo día».

Y agregó varias bromas, más o menos subidas de color, sobre el particular, en medio de las cuales se le antojó decir «que yo me había vuelto muy serio y que se sentía tentado de tomarme por un sabio de la Antigüedad. Deberías —continuó— permanecer conmigo estos tres días; te mandaré colocar una cama junto a mi alcoba».

Luciano, para escapar a su insistencia y poder marcharse, pretexta la enfermedad de uno de sus hijos.

«—Lo que quieres es ponerte de acuerdo con tu esposa; entonces, adiós nuestros proyectos de reconciliación.

»—Ser objeto del odio personal de Vuestra Majestad es una profunda pesadumbre para mi mujer. A veces, hasta temo que sucumba a las agitaciones y pesadillas de su posición.

»—¿De verdad? —responde el Emperador—. ¡Cuánto lo siento! Pero ten cuidado de que no se muera antes de divorciarse, pues entonces ya no podrías legitimar a tus hijos».

Luciano promete estudiar el asunto.

«—Está bien; vete, ya que así lo quieres, y cúmpleme tu palabra».

Y le tiende la mano, al mismo tiempo que la mejilla, sobre la que imprime Luciano un beso más respetuoso que fraternal.

Ya se hallaba Luciano en la segunda habitación situada al lado del salón, cuando oyó al Emperador que llamaba en voz alta: «¡Méneval!». Lo que le hizo apresurar el paso, temiendo de nuevo ser arrestado.

Nadie ha descrito tan admirablemente a Napoleón como lo ha hecho aquí su hermano; ningún poeta hubiera podido encontrar acentos más conmovedores y más verídicos para narrar esta escena. El Emperador se encontraba en un callejón sin salida; para salir de él necesitaba a su hermano. Así, pone en acción todos los medios capaces de influir sobre aquel carácter orgulloso. Le recibe inclinado sobre el mapa de Europa, y durante su conversación, sabiamente graduada, le atemoriza o le manifiesta su confianza, insultando y elogiando alternativamente a la mujer que es objeto de su discusión, empleando el lenguaje de los clubs políticos, llamándole ciudadano y matizando diversamente su patético lenguaje. Con el fin de engañarle más fácilmente, evoca Córcega, su común origen; Europa, que, según dice, es demasiado pequeña para los dos; a su madre, a Paulina, a José, a Luis; en suma, todos los nombres familiares a la infancia de ambos. Y, cosa maravillosa, derribando de pronto todos sus cálculos, su naturaleza generosa irrumpe a cada momento, corazón ardiente y cerebro vibrante, arrastrado por la pasión y la imaginación. Ante este adversario declarado, deja escapar ciertas confidencias sobre Josefina y sobre la Condesa, sobre sus hijos, su esposa, sus generales, sobre sus propias faltas y sus nuevos proyectos... ¿Por qué?

Porque Luciano, contrincante tan bien dotado como Talleyrand, es, a pesar de todo, su hermano. ¿Y no resulta conmovedor ver a Napoleón ingeniándose para retenerle aquella noche, procurando guardarle a su lado todavía algunos días, para mejor mostrarse a él, y a Luciano abandonándole, tan sólo por el temor de acabar cediendo a su genio? Es el más íntimo orgullo de ambos lo que se enfrenta en la lucha secreta que se libra entre ellos. Exactamente lo mismo que hace siete años, Luciano, convencido de la superioridad de su hermano, se niega a doblegarse ante él.

Y, sin embargo, le quiere a su modo; cada palabra de su relato se halla marcada por ese sordo rencor entre hermanos, tan próximo al cariño. Y también por esta razón no le perdona nada y le recuerda el 18 Brumario. Frases insólitas sobre la grandeza y la seguridad de Francia les suben a los labios, como si aquella noche no estuviesen en juego solamente sus pasiones.

Oyéndolos, se creería que hablaban para la galería, y, sin embargo, están bien solos, sí, absolutamente solos, a medianoche, en un palacio extranjero, bajo la luz de las grandes bujías que se consumen lentamente.

Hay, pues, que compadecer a este hombre, rico no solamente en diademas y reinos, sino también en inteligencia e imaginación; hay que compadecer a este ser que se ve cada día más envuelto en las redes que él mismo ha tendido. A pesar de todo su poderío, es esclavo de ese otro poder cuyos favores busca de continuo: la opinión pública. Ella es quien le impide hoy reconciliarse con su hermano, reconocer a sus hijos, casarse con la mujer que ama. Su debilidad apenas se esconde tras la afirmación de su fuerza omnipotente. ¡Qué alegría la de encontrar de nuevo al hermano, después de la larga separación que se impusiera como un sacrificio! ¡Ah, si al menos hubiese querido quedarse tres días, seguramente habrían acabado por entenderse! «¡Dios mío, qué obstinado eres, y yo qué débil!».

Durante aquella noche en que un emperador ofrecía a su hermano la elección entre los tronos de Europa, ¿no había evocado Napoleón a Carlos Bonaparte, pobre hidalgüelo de una isla perdida? El Emperador de los franceses, que niega ahora sin esfuerzo sus orígenes extranjeros, va a apelar a sus antepasados corsos, a los dioses lares, para implorar su ayuda contra el tenaz adversario.

¿No se diría, en verdad, una fábula esta entrevista nocturna en el palacio de Mantua? ¿Y no es la vida del tenientillo corso una leyenda? No obstante, esta leyenda se ha realizado sencillamente y sin milagros. Tan sólo a sus múltiples talentos se debe que Napoleón haya llegado a ser el amo de sus semejantes. Pero el tiempo urge; aunque decidido a alcanzar los noventa años, no le está permitido dejar que sus hermanos procreen hijas y vivan con mujeres a las que aman. Cuando todos los sobrinos que reclama se agrupen a su alrededor, él les opondrá otros; si los pesares deben llevar a una mujer a la tumba, que espere al menos para morir a haberse divorciado; cuando sus hermanos hayan abandonado a sus esposas porque éstas no les dan hijos o sólo les dan hembras, que tomen otra mujer el mismo día. Todo quedará así arreglado...

¡Y cómo se frota las manos de contento el mago diminuto ante el inmenso mapa! Pero cuando haya terminado de prender con alfileres las naciones en su colección, como si fuesen mariposas, las bujías se habrán consumido y ninguna aurora lucirá ya.

XIX

La dinastía parece pronta a derrumbarse en España. Poco tiempo después de la entrevista de Mantua, la guerra estalló en efecto. Un rey envilecido, que había llegado hasta ser el rufián de su esposa; una reina a la que sólo le faltaba audacia para ser una nueva Mesalina, un ministro pérfido, un padre y un hijo que se odiaban: tanto habían descendido los Borbones de España.

Quien quisiera destronarlos debería servirse de las mismas armas empleadas por ellos. Ningún acto de Napoleón parece más falto de escrúpulos que éste, ni jamás la depravación de sus enemigos sirvió mejor a sus fines. Para combatir una dinastía corrompida usará de aquella misma perfidia gracias a la cual todavía los Borbones se mantienen en el trono. En cuanto al pueblo español, tan diferente de sus amos, Napoleón pagará luego el hecho de haberlo desconocido.

«Quien está con Inglaterra, está contra mí». Este principio, del que se había servido para expulsar a la familia real de Portugal, le autoriza ahora a intervenir en España. Napoleón explota en su favor las disensiones entre el Rey y el príncipe heredero. Después de haber colocado a éste en el trono, le exige que abdicue en favor de su padre; luego, reuniendo en Bayona a todos los partidos, logra por medio de amenazas y astucias que se le conceda la corona. Es menester que el Mediterráneo le pertenezca desde Gibraltar hasta Cattaro; todas estas costas le son necesarias en su lucha contra Inglaterra.

En un principio, la invasión se hace fácilmente. Sus generales no tropiezan con ninguna dificultad particular. «¿Sabe usted por qué entro en España? —dice por aquel entonces a Metternich—. Porque necesito tener bien cubiertas las espaldas». ¡Y, realmente, desgraciado de él cuando deje de tenerlas!

Después de haber obligado a los soberanos españoles a aceptar una especie de muelle cautividad, el Emperador, embriagado por su nueva corona,

ambiciona inmediatamente, por encima de España, su inmenso Imperio colonia e antaño. «Sobre este asunto —nos dice un testigo—, Napoleón habló, o mejor dicho, poetizó a la manera de Osián, durante largo tiempo..., como un hombre desbordado por su sentimiento impetuoso..., en el estilo animado, pintoresco, lleno de fuerza y de imágenes y de originalidad que le era familiar..., sobre la inmensidad de los tronos de Méjico y Perú, sobre la grandeza de los soberanos que los poseyesen... y sobre el resultado que el establecimiento de estas monarquías tendría para el universo. Yo le había oído con frecuencia, pero en ninguna circunstancia le había visto desplegar tales riquezas de imaginación y de lenguaje. Fuera abundancia del tema, fuera que todas sus facultades hubiesen sido incitadas por la escena de que acababa de salir y todas las cuerdas del instrumento vibrasen a la vez, lo cierto es que estuvo sublime».

Sólo falta un ocupante para el trono vacante, ya que Luciano no se ha dejado sobornar. El Emperador se va a ver obligado a un cambio general en sus «escalafones», ascendiendo a todos al grado inmediato. Por lo pronto, como el reino de Holanda no es visible, decide hacer de él una provincia y destituir a Luis. Pero éste se resiste: «Yo no soy un gobernador de provincia. Un rey sólo es rey por la gracia de Dios... ¿Con qué derecho exigiría yo el juramento de fidelidad a un pueblo, si no mantengo el que presté a los holandeses al subir al trono?».

He ahí las consecuencias de la idea dinástica. Si Napoleón, como verdadero romano, hubiese nombrado en sus provincias a generales o gobernadores, habría podido destituirlos a su antojo en todo momento. Pero el armiño de que ha revestido a eso fantoches, todo el aparato de la coronación, de la misa, de la consagración, han hecho renacer pretensiones que precisamente él habría querido ahogar. El rey Luis está en su perfecto derecho al oponerle una negativa.

José es más flexible; rey de Nápoles ayer, ¿por qué no habría de serlo hoy de España? Poco tiempo después de la maniobra de Bayona, José I hace su entrada en Madrid, acogido, si no por el entusiasmo del pueblo, al menos con homenajes y salvas de encargo.

Para acceder al deseo de su hermana, que desde hace largo tiempo desea una corona, Napoleón nombra a Murat rey de Nápoles. La ambiciosa pareja tendrá, pues, de ahora en adelante, un campo de acción más vasto para sus intrigas y para su futura traición.

¡Cuántos sinsabores reserva España a Napoleón! La tempestad se cierne sobre aquellas tierras, que no aceptan la invasión sin resistencia. Y, del otro lado del Rin, en Prusia como en Austria, todos los que odian al Emperador van a poder justificar ataques por el temor a sufrir una suerte semejante.

Napoleón, que estando en Berlín, en las orillas del Elba, pensaba conquistar el Ganges, no comprende que desde el Tajo hasta la región del Danubio se está creando enemigos. Para someter a España, le sería preciso que el Zar mantuviese a Austria en jaque. Así, fuerza le será ver a su aliado, ya que a este ser débil sólo puede ganársele por sugestión, como lo demostrara la entrevista de Tilsit. Inaugurando un nuevo método de acción política, la conferencia, el Emperador propone entrevistarse con el Zar en Alemania, a medio camino entre ambos Imperios.

Nunca hasta ahora le había sucedido a Napoleón salir de Francia sin sus cañones; las negociaciones habían sido hasta entonces la consecuencia de los combates, pero esta vez, por el contrario, tendrán como fin el evitar la batalla. Erfurt fue escogido como lugar de reunión.

En la preparación de esta asamblea puso Napoleón el mismo cuidado que ponía en la organización de su ejército. Diariamente manda venir a Erfurt nuevos dignatarios de la Corte. «Es preciso que mi viaje sea magnífico... Me parece que no figuran en la comitiva grandes nombres, y los necesito, ya que, en verdad, sólo ellos saben representar dignamente un papel en la Corte». Hay que pensar en que el Zar no vendrá solo; los dos grandes astros arrastran tras de sí otras constelaciones. ¿Cómo causar una gran impresión a los acompañantes del Zar?, se pregunta el Emperador. Ante todo, con representaciones teatrales, que son el ardid con que se descubre la conciencia de los reyes. El escenario, pues, pasa a primer plano. El mismo Napoleón hace el programa, estudia cuidadosamente la distribución de los papeles, indica los cortes que se deben hacer y señala a Talma, con el que tiene cierta amistad, los pasajes que deben recalcarse. Todo está calculado teniendo en cuenta el auditorio: «Vais a representar ante un público de reyes».

Helos, pues, reunidos todas las noches: cuatro reyes, treinta y cuatro príncipes y, en un palco, los dos emperadores de Oriente y Occidente, rodeados de cuanto puede realzar su esplendor. Ante ellos se desarrollan las acciones heroicas de los reyes de la leyenda y de la Historia, y oyen a Talma declamar en el papel de Orestes:

Les dieux sont de nos jours les maîtres souverains,

*mais, Seigneur, si notre gloire est dans nos propres mains
pourquoi nous tourmenter de leurs ordres suprêmes?
Ne songeons qu'à nous rendre immortels comme eux mêmes,
et laissant faire au sort, courons ou la valeur
nous promet un destin aussi grand que le leur.*

«Los dioses son en nuestros días los dueños soberanos,
pero, Señor, si nuestra gloria está en nuestras propias manos
¿por qué atormentarnos por sus órdenes supremas?
Pensemos sólo en hacernos inmortales como ellos mismos,
y dejando hacer a la suerte, corramos adonde el valor
nos promete un destino tan alto como el suyo».

Al día siguiente se representa el Mahoma, de Voltaire, obra que el Emperador aprecia particularmente, y oyen entonces al discípulo del profeta exclamar:

*Les mortels sont égaux, ce n'est point la naissance,
c'est la seule vertu que fait leur différence.
Il est de ces esprits favarisés des cieux
qui sont tuot par eux-mêmes et rien par leus aïeux.
Tel es l'homme, en un mot, que j'ai choisi pour maître;
lui seul dans l'Univers a mérité de l'être.*

«Los mortales son iguales, y no es el nacimiento
sino la virtud la que crea la diferencia.
Hay espíritus favorecidos por los cielos
que son todo por sí mismos y nada por sus abuelos.
Tal es el hombre, en una palabra, que he escogido por dueño.
Sólo él en el Universo ha merecido serlo».

En aquel momento ¿hay un solo corazón en aquella asamblea que no palpita de amor o de odio por el conquistador? Los príncipes legítimos, evitando posar sus ojos en él, se buscan con la mirada; no se atreven a sonreír,

pues todos tiemblan ante él, ante este hijo de la revolución que, vestido con su modesta levita verde, escucha atentamente las palabras que caen de labios de los actores:

*Vois l'Empire romain tombant de toutes parts,
ce gran corps déchiré dont les membres épars
languissent dispersés, sans honneur et sans vie;
sur ces débris du monde élevons l'Ambie.
Il faut un nouveau culte, il faut de nouveaux fers,
il faut un nouveau Dieu pour Faveugle univers*
«Ved el Imperio romano derrumbarse por todas partes,
enorme cuerpo desgarrado cuyos miembros dispersos
yacen esparcidos, sin honor y sin vida;
sobre estos escombros del mundo, levantemos la Arabia.
Es menester un nuevo culto, son menester nuevos dogales,
es menester un nuevo Dios para el ciego universo».

Ciertas palabras parecen resumir toda la política del Emperador de los franceses:

*Qui l'a fait roi? Qui l'a couronné? La Victoire.
Au nom de conquérant et de triomphateur
il veut joindre le nom de pacificateur*
«¿Quién lo ha hecho rey? ¿Quién lo ha coronado? La Victoria.
Al nombre de conquistador y de vencedor
quiere agregar el nombre de pacificador».

En este momento, todos los ojos se vuelven hacia él como para interrogarle; Napoleón, con un ligero movimiento, hace señas de que tal es, en efecto, su voluntad; cuando, al día siguiente, Edipo exclama: «*L'amitié d'un grand homme es un présent des dieux*», los dos emperadores se ponen de pie y se tienden la mano.

Napoleón sabía que Alejandro no era un hombre fuerte y que su amistad no era, ni mucho menos, un don de los dioses; así, juzgaba necesario, para

ganar a sus ideas este carácter vacilante y para ampliar y reforzar su pacto de Tilsit, someter todos los días al Zar a su influencia personal. Rara vez lo abandona y en todo lo trata como a una mujer a la que quisiese conquistar. Talleyrand es el único capacitado para ayudarle en esta tarea.

Aún marcha cojeando tras de su amo, no obstante haber estallado recientemente entre ellos una violenta escena. Más clarividente que, los demás, el astuto diplomático ha descubierto ya la secreta grieta del edificio construido por el Emperador. El año anterior, después de la indecisa batalla de Eylau, había entrevisto el posible derrumbamiento del poder napoleónico en el seno de la inmensidad rusa y había concebido en seguida un grandioso plan de traición. Decidido a no asociarse por más tiempo directamente a una política que juzga extraviada por la alianza rusa y otras fantasías carlovingias, renuncia a sus funciones, pero logra, bajo hábiles pretextos, cambiar su cartera por un cargo ampliamente retribuido de gran dignatario del Imperio. Ambos pensaban ganar con este cambio: el Emperador se prometía vigilar mejor a Talleyrand, y éste esperaba sorprender más fácilmente en su nueva posición los secretos del soberano, pues continuaba siendo gentilhomme de cámara, y su sucesor, Champagny, sólo era un motivo de burlas para el Emperador. Talleyrand continuaba siendo, pues, a pesar de la separación, gran favorito y podía reafirmar su influencia por medio de insinuaciones cuya responsabilidad no cargaba ya.

Los asuntos de España vinieron a confirmar sus previsiones. Tan pronto como vio los ojos del Emperador fijarse en aquella nueva presa, reconoció el peligro de la aventura y empujó a ella a su amo. Desde Luis XIV, le dijo, la corona de España había pertenecido siempre a la casa reinante de Francia. Cuando hubo logrado, por medio de argumentos de esta índole, embriagar por completo a Napoleón, la ocupación de Cataluña fue decidida, «hasta firmar la paz con Inglaterra». Habiéndole dado el Emperador la misión poco gloriosa de distraer durante su cautiverio, en su castillo de Valençay, a los Infantes de España, el intrigante servidor no pudo reprimir una sonrisa. Los príncipes españoles debían servir a sus miras con respecto a Inglaterra; deseaba su mediación, no solamente espiar los movimientos de los ingleses, sino también darles informes. De esto a consumir la traición sólo había un paso, y Talleyrand lo dio. Toda su carrera política conducía a este fin; de ahora en adelante, transmitirá «informaciones» privadas a los embajadores del Zar y del emperador Francisco en París. ¿Cómo se justificará ante su amo, al que debe todo? Haciéndole una escena.

«—¿Ve usted adónde han conducido sus predicciones sobre las dificultades que encontraría yo para arreglar los asuntos de España según mi criterio? Todos han caído en las redes que yo les había tendido.

»—Creo, *Sire*, que con los acontecimientos de Bayona ha perdido Vuestra Majestad más de lo que ha ganado.

»—¿Qué quiere usted decir?

»—Bien claro está; se lo demostraré a Vuestra Majestad con un ejemplo. Si un hombre comete mil locuras en sociedad, mantiene queridas, se porta mal con su esposa y llega hasta faltar gravemente a sus amigos, seguramente que se le echará en cara; pero si es rico, poderoso y hábil podrá encontrar todavía la indulgencia de la sociedad. Pero si este hombre hace trampas en el juego, inmediatamente será expulsado de la sociedad, que jamás le perdonará».

El Emperador palideció, cuenta Talleyrand, y ya no le dirigió la palabra en todo el día. Ahora bien, ¿por qué Napoleón no le despedía sin miramientos? ¿Por qué no lo desterraba a las Indias Occidentales? ¿Es posible que Napoleón reciba una bofetada moral de mano de un aristócrata y le conserve a su lado? O bien ¿habrá mentido Talleyrand? Pero sus Memorias son tanto más dignas de fe cuanto que fueron escritas veinte años más tarde, después de la Restauración, con el fin de mostrar que siempre había jugado un doble juego por devoción a sus príncipes legítimos. Si, realmente, Talleyrand ha hablado así al hombre a quien no se atrevían a decirle la verdad, y, con mucha más razón, a hacerle una afrenta, ¿por qué no fue despedido? «Es el único que me comprende». Era mucho decir por parte de Napoleón. Pero su falta de conciencia hacía de Talleyrand un precioso instrumento del que el Emperador podía servirse a su antojo.

Otros tenían principios o vacilaciones que vencer, pero Talleyrand, por avaricia, derribaba sin escrúpulos todos los obstáculos; de su cerebro no podía brotar una de esas ideas geniales por cuyo medio Napoleón había logrado hacer surgir su Imperio del caos, pero el gran espíritu de Napoleón y el buen sentido de Talleyrand parecían hechos el uno para el otro. «Lo que en uno había de inventiva, de fecundidad, de audacia, de ímpetu, se completaba con lo que había en el otro de frialdad, de perspicacia, de precisión. Uno tenía el genio de la acción, el otro el del consejo. Todo lo que había de grande, lo proyectaba Napoleón, en tanto que Talleyrand evitaba todo lo que de peligroso había, y la fogosidad creadora del uno podía ser atemperada

felizmente por la lentitud circumspecta del otro». Se comprendían, pero solamente en los límites de sus caracteres. Napoleón no descubrió nunca por completo la traición de Talleyrand.

Por fin, en Erfurt, ha sonado la hora de Talleyrand. En tanto que los soberanos se agrupan solícitos en torno suyo, él ha hecho su elección y, abandonando a los príncipes de menor importancia, se dirige directamente al que paga mejor, en especies sonantes y en ventajas políticas.

Éste es Alejandro. El soberano ruso, instruido por su embajador en París, arde en impaciencia por conocerle. Se encuentran en los salones de la princesa de Thum y Taxis, que recibe todas las noches después del espectáculo. Diez años más tarde, Talleyrand podrá escribir en sus Memorias: «... Todo el arte que yo creía necesitar me fue inútil con el emperador Alejandro. Desde la primera palabra me comprendió, precisamente como yo quería ser comprendido».

Al día siguiente, seguro de ser entendido a medias palabras, Talleyrand dice al Zar: «¿Qué ha venido Vuestra Majestad a hacer aquí, *Sire*? A Vuestra Majestad le toca salvar a Europa, y sólo lo logrará haciendo frente a Napoleón. El pueblo francés es civilizado, y su soberano no lo es. El soberano de Rusia es civilizado, y su pueblo no lo es. Toca, pues, al soberano ruso ser aliado del pueblo francés».

Esto no es más que una frase, pero durante las largas veladas íntimas, entre dos tazas de té, Talleyrand, que también conoce el arte de seducir, siembra en el espíritu de Alejandro los gérmenes que quiere hacer crecer en él. Pronto le prueba el Zar hasta qué punto le son preciosas sus indiscreciones, prometiendo para el sobrino de Talleyrand la mano de una princesa rusa, la más rica heredera de Oriente.

Así es como Alejandro, a quien ya los suyos habían predicado prudencia y desconfianza, encuentra ahora la fuerza de resistir a Napoleón. Durante la permanencia en Erfurt, a pesar de su aparente intimidad, el uno se ingenia en burlar al otro; el entusiasmo de Tilsit no existe ya.

Napoleón vacila. Ordena a Talleyrand que prepare el nuevo tratado de alianza y, después de haberlo copiado de nuevo con su propia mano, se lo entrega a Alejandro, haciéndole jurar que no mostrará a ningún ser viviente el documento secreto. La misma noche, bajo juramento de absoluta discreción, éste era comunicado a Talleyrand, que se enteraba así de las modificaciones introducidas por su señor en el proyecto primitivo. El tratado no debía ser

firmado nunca.

Aquella noche, Napoleón hace llamar a Talleyrand, que desempeña el papel de Yago con un arte consumado.

«—Nada he podido conseguir del emperador Alejandro; le he dado vueltas por todos lados, pero es un espíritu sordo y no he podido adelantar un paso —dice el Emperador.

»—Pero Vuestra Majestad ha hecho mucho desde que está aquí; el emperador Alejandro se halla cautivado por completo.

»—Así lo finge él ante usted, pero no se deje usted engañar. Si tanto me quiere, ¿por qué no firma?

»—*Sire*, hay en él algo de caballeresco que se siente un tanto ofendido ante ese lujo de precauciones. Sin duda se cree más ligado a Vuestra Majestad por su palabra y el cariño que le tiene que por todos los tratados.

»—No volveré a insistir sobre el asunto, pues sería mostrarle un interés demasiado vivo... Pero no comprendo la inclinación de usted hacia Austria, cuya política tanto recuerda la de la vieja Francia.

»—A mi juicio, *Sire*, ésa debería ser también la política de la nueva Francia y, me atrevo a decirlo, la de Vuestra Majestad».

Pocos días después, las relaciones de ambos soberanos parecen ser más cordiales; no se observa ya ninguna etiqueta y se corre de un lado a otro con absoluta libertad. Sigilosamente, Napoleón tiende sus redes y dice al Zar: «La vida agitada me fatiga, tengo necesidad de reposo y sólo aspiro al momento en que podré entregarme sin inquietud a las dulzuras de la vida interior, a la que todos mis gustos me llaman. Pero esta dicha —agregó con aire conmovido— no ha sido hecha para mí. ¿Es posible un interior sin hijos? ¿Puedo yo tenerlos? Mi esposa tiene diez años más que yo. Le pido a usted perdón: todo lo que estoy diciendo puede ser ridículo, pero cedo al movimiento de mi corazón, que gusta de confiarse al suyo». Una pausa. «Pero ya sólo falta un minuto para la comida, y es menester que vuelva a adoptar toda mi seriedad para dar a *monsieur* de Vincent su audiencia de despedida».

He aquí cómo «el hombre de vivac», como le llaman los reyes de salón, sabe tratar un asunto delicado pocos minutos antes de la comida, de manera que no haya tiempo más que de enunciarlo... Por la noche, ya en la cama, manda llamar a Talleyrand, habla, pregunta, combina y ordena: «Mi destino lo exige y la tranquilidad de Francia me lo pide. Carezco de sucesor. José no

es nada y sólo tiene hijas. Soy yo quien debe fundar una dinastía; sólo puedo fundarla aliándome a una princesa que pertenezca a una de las grandes casas reinantes de Europa. El emperador Alejandro tiene hermanas; hay una cuya edad me conviene. Hable de esto a Romanzeff; dígame que, una vez terminado mi asunto de España, me pondré en todo de acuerdo con él respecto al reparto de Turquía; no le faltarán a usted otros argumentos, pues sé que es usted partidario del divorcio».

Al día siguiente, Talleyrand habla directamente al Zar. Éste se halla aún bajo la impresión de las melancólicas palabras del Emperador. «Nadie —dice— tiene una idea verdadera del carácter de ese hombre. Lo que hace de inquietante para otros países, lo hace forzado a ello por su posición. ¡Nadie sabe lo bueno que es! Usted, que le conoce bien, piensa como yo, ¿no es cierto?».

Talleyrand no está dispuesto en lo más mínimo a decir lo que piensa, pero es bastante hábil para hablar en aquel instante de las intenciones de Napoleón. «Si sólo se tratase de mí —le responde el Zar—, gustosamente daría mi consentimiento..., pero mi madre ha conservado sobre sus hijas un poder que yo no debo dejar de reconocer».

Luego los soberanos tienen una larga conversación, cuyo tenor desconocemos. De todo esto resulta una más grande intimidad y nuevas reuniones con Talleyrand por la noche, en casa de la Princesa. Sin embargo, no se llega a ningún resultado. Ni la alianza ni el matrimonio debían ser concluidos en Erfurt. A pesar de los desusados honores de que se ha rodeado a Napoleón, éste partirá de allí desilusionado, sin prometida y sin tratado. El único que ha obtenido algo es Talleyrand, que se lleva los millones de la nueva sobrina.

Entre tanto, los treinta y ocho príncipes han sido adulados o amenazados, recompensados o ignorados por el Emperador. «No he visto en Erfurt una sola mano —dice Talleyrand— que pasase noblemente sobre la melena del león. El espectáculo que ofrecía su palacio aquel último día no se borrará nunca de mi memoria. Napoleón se hallaba rodeado de príncipes cuyos ejércitos habían sido por él destruidos, cuyos Estados habían sido reducidos o rebajados en su existencia. Y entre todos ellos no se encontraba uno solo que se atreviese a hacerle una demanda; solamente se quería ser visto, y visto el último, para permanecer en su memoria. Tanta descarada baja fue su recompensa».

Mientras estos acontecimientos se desarrollan, Napoleón supone que en

Viena se creará firmada la alianza y que el solo temor le asegurará lo que el tratado le habría dado. Ignora que, mientras tanto, Talleyrand le ha traicionado igualmente con Metternich, al que ha dicho: «Sólo de usted depende el estar en tan buenas relaciones con los rusos como antes de Austerlitz. Sólo esta alianza podrá salvar la poca independencia que aún queda en Europa». Y el austríaco agrega alegremente estas palabras a su informe: «Por fin hemos entrado en una nueva era, en que los aliados se nos ofrecen desde el interior del Imperio francés».

La hora del adiós ha sonado. El Emperador, rodeado de reyes, abraza a Alejandro; todos contemplan la escena, llenos de respeto por la amistad de los omnipotentes soberanos. Últimamente, Talleyrand, sombrero en mano, sonríe, sabiendo que, en el curso de las veladas en casa de la princesa de Thurn, ha logrado minar esta amistad.

Dentro de cuatro años su trabajo producirá sus frutos; frutos envenenados, de los que morirá Napoleón.

XX

Sobre el opaco fondo de esta asamblea real se destaca, luminosa, la antorcha del espíritu alemán. «Al separarme de usted, me llevo una ilusión para mí preciosa: la de que conservará usted de mí un buen recuerdo», dice el Emperador al abandonar el Parnaso de Weimar. En Erfurt, como en Weimar, ha pasado muchas veladas con esos príncipes de la inteligencia para los que el genio, como en el caso suyo, equivalía a una ilustre ascendencia. Les manifestó su admiración, y la estimación que le inspiran compensó el desprecio que tan abundantemente había cosechado en Erfurt. Sus obras le eran desconocidas, así que sólo podía juzgarlos por el puesto que entonces ocupaban en la república de las letras alemanas.

Dos años antes, en Postdam, había mandado llamar a Johann von Müller. Nada prueba mejor la importancia de esta entrevista que la reserva en que éste la envolvió. Con la claridad propia de su espíritu, sin el menor preámbulo, Napoleón había abordado ante él todos los grandes problemas de la Historia.

Habló de Tácito, trató de trazar las épocas principales del desarrollo del espíritu y elogió la victoria maravillosa ganada por la cultura griega sobre la civilización romana bajo la influencia del cristianismo, el arte con el cual Grecia, vencida por Roma, había sabido reconquistar el dominio espiritual del mundo. Estas palabras, dirigidas, pocos días después de Jena, a un sabio prusiano, contenían casi un homenaje, y llegó al colmo en sus favores proponiéndole lo que jamás propuso a ningún sabio francés: que escribiese su historia. También se trató de los principios propios a todas las religiones y de su necesidad. «El Emperador habló de los países, de las naciones... Cuando más interesante se hacía su conversación, más baja era su voz, de tal manera, que me tuve que inclinar materialmente sobre él y nadie en la habitación pudo oír sus palabras. Me dijo, entre otras, algunas cosas que no repetiré jamás».

Las últimas frases de este corto relato prueban la extrema reserva del hombre grave que era Müller, así como también la sorprendente franqueza del

Emperador para con los hombres que juzgaba dignos de ella.

En Weimar, el viejo Wieland le interesa particularmente; lo compara a Voltaire, pero le reprocha el mezclar la novela a la Historia. «Los géneros, en un hombre superior como usted —le dice—, deben ser categóricos y exclusivos. Todo lo que mezcla conduce fácilmente a la confusión». Y cuando Wieland se justifica espiritualmente y aduce la virtud como ejemplo, el Emperador le interrumpe con su habitual brusquedad: «¿Sabe usted lo que sucede a quienes muestran la virtud en sus ficciones? Que hacen creer que las virtudes no son sino quimeras».

Luego vuelve a Tácito, al que persigue por todas partes, como si pudiese, al igual que Mme. Staël, inquietar la opinión. Durante un gran baile, expresa a este propósito sus ideas sobre los hombres de acción. «Tácito no ha penetrado las causas y las razones íntimas de los acontecimientos. Hubiera debido profundizar más en el misterio de las acciones y de las opiniones para permitir a la posteridad dictar un juicio imparcial. Su obra crítica debería haber abrazado a los hombres y los pueblos según la época y las circunstancias en que éstos vivieron. He oído elogiarle por el temor que causa a los tiranos, atemorizándolos con el fantasma de los pueblos y como si ello no fuera lamentable para estos mismos pueblos. ¿No le parece, señor Wieland? Pero sin duda le estoy molestando. No estamos aquí para hablar de Tácito. Mire usted qué bien baila el emperador Alejandro».

Entonces Wieland, que esperaba el momento favorable para tomar la palabra, defiende en un bello discurso al antiguo romano contra el romano moderno. Los grandes de la Corte le escuchan con admiración; el Emperador le ha seguido atentamente; todas las miradas convergen en él, ¿qué irá a contestar? ¿Cerrará amablemente el debate?

Pero, mientras Wieland hablaba, Napoleón se preguntaba, como en el curso de una batalla, en qué punto de su discurso podría atacar al adversario. «Este discurso no ha sido improvisado —se dice—. Pero ¿por qué ha escogido Wieland a Tácito?». Como un relámpago, el recuerdo de su conversación con Müller, dos años atrás, atraviesa su memoria.

«El adversario es demasiado fuerte, señor Wieland, y usted no descuida ninguna de sus ventajas. ¿Está usted en correspondencia con el señor de Müller, a quien conocí en Berlín?».

Las personas que los rodean sonrían, y Wieland el primero, pues el ingenio está para él por encima de todo amor propio, y contesta con una

perfecta sinceridad:

«Sí, *Sire*, y por él he sabido que Vuestra Majestad se complace en hablar de Tácito, que tan poco le gusta».

«Todavía no me considero completamente derrotado», replica el Emperador, y, volviendo a sus ideas sobre Grecia y el cristianismo, confiadamente se abandona, pues ha reconocido en el viejo poeta a un escéptico. «Tal vez —le dice, inclinándose hacia él— Cristo no ha existido».

Singular encuentro éste del conquistador y del poeta, el primero en plena posesión de su fuerza, salvador de la religión cristiana, precipitada al abismo por la Razón; el segundo, espíritu pagano, al que se acaba de comparar con Voltaire, instigador de la lucha entre la Razón y Cristo, anciano ya caduco, que busca, en diversas ocasiones, una silla en que apoyarse. Inclinados el uno hacia el otro, ambos hombres se confían, en voz queda, que tal vez Cristo no ha existido.

Pero el viejo poeta, que por algo es desde hace cincuenta años el espíritu más agudo de Alemania, contesta sin vacilar, con mucha gracia: «Sé que existen algunos locos que dudan de su existencia, pero tengo la duda por tan estúpida como dudar de la de Julio César o de la de Vuestra Majestad». Y así Wieland salvó, con una espiritualidad absolutamente francesa, a Cristo y al honor del espíritu alemán a la vez. El Emperador, sin entrar en nuevas honduras, le da una palmadita en el hombro. «Muy bien, muy bien, señor Wieland». Y continúa exponiendo en voz alta los beneficios de la religión cristiana. En este momento, Wieland dio a entender claramente que no podía permanecer por más tiempo en pie, y la conversación tuvo fin, cuando, con la simple ayuda de dos sillas, habría podido prolongarse del modo más interesante.

Goethe fue uno de los testigos de esta conversación.

Unos cuantos días antes, en Erfurt, el Emperador había conversado con él durante una hora entera, en una de esas salas en que, cuando se hallaba de viaje, tenía la costumbre de almorzar, recibir, dar órdenes, filosofar y firmar documentos.

Fue éste el encuentro de los dos más grandes espíritus de la época, encuentro henchido de todos sus secretos pensamientos y desbordante de la mutua admiración que ambos se profesaban. Goethe, que había profundizado minuciosamente las ciencias naturales pero que sólo buscaba en el hombre la confirmación de sus intuiciones, debía conceder a esta conversación mayor

importancia que el Emperador. Pues sí, desde hacía diez años, el poeta seguía con asombro la vida de Napoleón y debía, en su vejez, pronunciar las palabras más profundas que sobre él se hayan dicho, el Emperador no sabía nada de Goethe e ignoraba incluso la admiración que éste le profesaba, pues Goethe sólo se había confiado a raros amigos. *Werther*, que el Emperador había leído muchas veces en aquella época en que su imaginación insaciable se alimentaba de melancolía, no convenía ya a su estado de alma actual. En este momento apenas había un centenar de alemanes y quizá ni un solo francés que apreciaran en su justo valor al poeta, ya viejo, poco conocido y poco popular. El Emperador sólo recordaba que escribía extrañas obras dramáticas, que nadie de su comitiva conocía, y que el año de la batalla de Jena era ministro en la Corte del príncipe sajón que tan violentamente le irritara. Cuando Napoleón mandó llamar a Goethe, debió de esperar de él menos que de Müller o de Wieland.

Pero a hombres de este valor bastábales una mirada para comprenderse en seguida. Napoleón almorzaba en una amplia mesa redonda, con Talleyrand a su derecha y Daru a su izquierda, cuando vio al poeta en el marco de la puerta; le hizo señal de que se aproximase y miró con asombro avanzar a aquel hombre de sesenta años, noble y hermoso, radiante de salud y de esa paz interior que Goethe había adquirido a costa de grandes esfuerzos y que pronto debía perder de nuevo. El Emperador le contempló un instante y luego, como si hablase consigo mismo, dijo:

«—*Voilà un homme!*».

Esta palabra, surgida espontáneamente, como una flecha de oro, iba directamente a dar en el blanco. Precisamente porque el amo del mundo ignoraba todo lo que a aquel otro amo del mundo se refería, esta palabra, que jamás había dirigido y que ya no debía volver a dirigir nunca a nadie, prueba la divina comunión del genio.

Desgraciadamente, su conversación no ha llegado íntegramente hasta nosotros. Goethe —sin duda por prudencia— sólo la relató mucho tiempo después e incompletamente; otras Memorias sólo nos han comunicado fragmentos.

Napoleón comienza por hacer el elogio del *Werther*, pero «no me gusta el fin de su novela».

«—Lo creo, *Sire*; Vuestra Majestad sin duda preferiría que una novela no tuviese fin alguno».

El Emperador, sin tomar en cuenta este apenas disfrazado epigrama, le reprocha el haber hecho intervenir la ambición en los motivos del suicidio de *Werther*. El poeta ríe —libertad tan inusitada en presencia del Emperador, que el mismo Goethe cuida de referirse a ella en dos cartas— y contesta que la crítica es justa, pero que es preciso perdonar a los artistas el que se encariñen con ciertos efectos encontrados tras muchas dificultades.

Satisfecho de la pequeña victoria que ha ganado, el Emperador empieza a hablar del drama y expone ideas muy interesantes acerca del teatro trágico en general, teatro que parece haber estudiado con gran atención. Sentía profundamente lo que separaba al teatro francés de la naturaleza y la realidad; en cuanto a las tragedias en que interviene el Destino, no podía admitirlas.

«—Aquellos tiempos han pasado —dice—. ¿A qué hablarnos todavía del Destino? ¡El Destino es la Política!».

Opinión que justifica en seguida a su manera, dirigiéndose a Daru, a propósito de contribuciones, y luego a Soult, que acaba de entrar. Y, dirigiéndose nuevamente a Goethe, pasa con habilidad a las cuestiones personales:

«—¿Le agrada a usted la permanencia aquí?».

Goethe, que también sabe coger al vuelo el momento favorable, responde:

«—Mucho, y espero que estos días traigan alguna utilidad para nuestro país».

«—¿Es feliz su pueblo? —pregunta el Emperador, sin observar que le habla como a un soberano. En realidad, Sajonia no le interesa en absoluto y, en su fuero interno, se pregunta cómo podría utilizar a su interlocutor. ¡Qué lástima que no sea historiador! Pero, como novelista, podría, al menos, relatar este Congreso y, como dramaturgo, representar la historia de César. Seguramente lo haría mucho mejor que un escritor francés, y además, viniendo de un extranjero, la obra tendría más peso. Razones éstas que hacen decir al Emperador—: “Debería permanecer usted aquí, señor Goethe, durante el tiempo que estemos nosotros y escribir la impresión que haga en usted el gran espectáculo que le proporcionamos. ¿Qué dice usted de esto, señor Goethe?”».

Interrogaciones harto diferentes de la manera de hablar habitual del Emperador. El poeta contesta prudentemente:

«—¡Ah, *Sire*, se necesitaría la pluma de un gran escritor de la

Antigüedad!».

«Es el diplomático quien habla», piensa el Emperador, y agrega:

«—Iré a Weimar, adonde el Duque me ha invitado. Durante algún tiempo, el Duque se ha portado mal, pero ahora se ha corregido».

«—*Sire*, si ha obrado mal, la corrección ha sido un poco fuerte; de todos modos, yo no puedo ser su juez; el Duque protege las ciencias y las letras, y sólo elogios tenemos para él».

«Muy bien —piensa el Emperador—. Defiende a su señor y deja entrever al mismo tiempo que éste es un imbécil. Es preciso que este hombre escriba una tragedia sobre César. El efecto en Francia sería mayor que el de una batalla». Así, pues, le dice:

«—Una buena tragedia debe ser considerada como la mejor escuela de los hombres superiores. Debería usted escribir una tragedia sobre la muerte de César, y de manera más grandiosa que lo hizo Voltaire. Éste podría ser el más hermoso trabajo de su vida, su obra maestra. Sería preciso mostrar al mundo en esta tragedia qué felicidad habría dado César a la humanidad si le hubiesen dejado tiempo de realizar sus grandes proyectos. ¡Vaya usted a París! Se lo exijo, allí tendrá usted una amplia vista sobre el mundo y encontrará numerosos temas para nuevas obras».

El poeta da amablemente las gracias al Emperador por el honor que le hace.

«No insistamos más —se dice Napoleón—, pues me creería demasiado interesado. Es extraño, no quiere nada de mí y ni siquiera procura brillar. ¿Cómo ganar a este hombre incorruptible? Que al menos asista a nuestras representaciones; el amor propio le incitará a hacer cosas mejores». Y le dice:

«—Vaya usted esta noche al teatro; verá allí un buen número de soberanos. ¿Conoce usted al Príncipe Primado? Le verá usted dormir sobre el hombro del rey de Wurtemberg. ¿Ha visto ya al Emperador de Rusia? Si hace usted algo sobre la entrevista de Erfurt, habrá que dedicárselo».

Ésta es la tercera invitación. ¿La dará, al fin, Goethe por recibida? Pero se contenta con sonreír amablemente, y dice con franqueza:

«—*Sire*, no acostumbro hacerlo; cuando comencé a escribir, me impuse como principio no hacer dedicatorias, a fin de no tener que arrepentirme nunca de ellas».

Napoleón se siente ligeramente molesto, y apela de modo bastante inesperado al Rey Sol:

«—Los grandes escritores del siglo de Luis XIV no pensaban así».

«—Cierto, *Sire*, pero ¿puede Vuestra Majestad asegurarme que jamás se arrepintieron?».

«A fe que tiene razón», piensa el Emperador. Y cuando Goethe hace ademán de retirarse —nueva derogación de la etiqueta—, Napoleón no le retiene.

De esta sorprendente conversación entre aquellos dos grandes hombres, nos queda la impresión extraordinaria de que el Emperador, que debía conceder al diálogo menos importancia que Goethe, hace inútilmente cuanto puede por conquistar al poeta.

La razón es sencilla: el Emperador quería servirse del escritor, pero el escritor no necesitaba del soberano. Napoleón esperaba de Goethe obras nuevas, pero Goethe conocía la vida de Napoleón, fuente preciosa para sus meditaciones sobre el genio, y no necesitaba ir a París para ello.

Y aunque el poeta no hubiese respondido a la invitación del Emperador con un homenaje de su pluma, Napoleón, en un momento trágico, se acordará aún de aquél a quien con una frase significativa había distinguido entre todos sus contemporáneos.

XXI

Dos meses después de esta entrevista, encontramos a Napoleón en Madrid, ante el retrato de Felipe II. Ha recorrido el palacio, visitado rápidamente las galerías y ahora contempla tan largamente la efigie del Rey, que el silencio se ha hecho en torno suyo; su comitiva asiste muda al coloquio en que parecen sumidos... «No se pone el sol en mis dominios», dice Felipe II. Y Napoleón piensa que nunca le será dado a él decir semejantes palabras... ¿Se necesita para ello la Inquisición, que justamente acaba él de prohibir a la llegada de sus tropas a España? ¿Es demasiado clemente, demasiado democrático? ¿No había dictado la Libertad a una docena de países para que aprendiesen a inclinarse a la voluntad del dictador? Tal vez se habla y se escribe demasiado hoy día. Seguramente este hombre de ojos impenetrables era un silencioso. En todo caso, no tiene el aire de un hombre feliz; pero ¿quién es feliz?

Una lamentable campaña había conducido al Emperador hasta Madrid. Los procedimientos poco limpios que había empleado para entrar en España se volvían ahora en contra suyo. Ciertamente, los reyes y príncipes que en la primavera de aquel año habían destronado no merecían otra cosa, pero el Emperador había desconocido al pueblo español. Cuando éste se había sublevado para reconquistar su dignidad, Napoleón se rió de los rebeldes y los trató de incapaces: «dignos de Don Quijote. Ignorancia, arrogancia, crueldad, cobardía, he ahí el espectáculo que nos ofrecían. Los monjes y la Inquisición habían embrutecido al pueblo. Las tropas españolas combatían parapetándose en las casas, como los árabes; los campesinos no valían más que los *felahs* egipcios; los monjes eran ignorantes y disolutos, y los nobles, degenerados, no tenían ni fuerza ni influencia».

Partiendo de este error, no se dio cuenta de que, aunque vencedor, esta victoria sería efímera. Mañana, el pueblo español, sostenido por Inglaterra, para quien España es una base sólida, se parapetará de nuevo tras de las casas para disparar sobre sus tropas. Nadie podrá impedirlo. Ya el Emperador

comienza a darse cuenta y habla francamente a Vincent, viejo camarada de las primeras campañas:

«—Es la tontería mayor que he cometido nunca... Deme las ideas que se le ocurran para sacarme de este atolladero.

»—No veo que sea tan difícil renunciar a lo que tantos inconvenientes tiene para Vuestra Majestad y para Europa.

»—Habla usted muy a la ligera. Póngase en mi lugar. Yo soy un usurpador; para llegar a ello me ha sido preciso poseer la mejor cabeza y la mejor espada de Europa. Para sostenerme es menester que todo el mundo continúe convencido de ello. Debo salvar y no rebajar la reputación de la cabeza y la reputación de la espada. No puedo decir a la faz del mundo que me he equivocado gravemente y retirarme con un ejército derrotado. Le hago a usted juez: ¿es posible hacerlo? ¡Deme usted un buen consejo, se lo ruego!».

¿Es el joven Bonaparte quien así habla o un Napoleón envejecido? ¿No había derrotado en ocho días al famoso ejército de Federico el Grande? En ocho meses apenas si había obtenido nada en España. Vencer en países con carreteras y caminos, con ciudades bien abastecidas, capaces de alimentar a sus tropas, le parece fácil; pero las operaciones en estas provincias sin comunicaciones, en estos desiertos —estepas polacas o montañas de Andalucía—, son demasiado inciertas para su cerebro de matemático y demasiado contrarias a su impaciencia.

En vez de secundarle en esta precaria situación, el Rey, su hermano, le suscita toda clase de dificultades. José ha adoptado una personalidad española y pretende ganarse a su pueblo por el sentimiento. Entre los hermanos tienen lugar algunas escenas violentas, pues José se siente en ridículo, y ya se ha visto obligado una vez a huir sin poder regresar a su reino más que a la retaguardia de los ejércitos franceses. Napoleón se queja de José a Roederer:

«Quiere ser amado por los españoles y pretende hacerles creer en su amor. Los sentimientos de los reyes no tienen nada que ver con esas ternuras de nodriza, pues ante todo deben hacerse temer y respetar... El Rey me escribe que quiere volver a Morfontaine, y cree ponerme en un aprieto con ello, aprovechando un momento en que tengo otras preocupaciones... Dice que quiere ir a Morfontaine antes que permanecer en un país comprado con una sangre injustamente vertida... Pero ésta es la sangre de mis enemigos, de los enemigos de Francia... Si el Rey es rey de España lo es por su propia voluntad. Si hubiese querido quedarse en Nápoles, allí estaría aún... Si cree

que me pone en un aprieto, está muy equivocado. Nada me detendrá... No tengo necesidad de mi familia; yo no tengo familia que no sea francesa. Y mis hermanos no son franceses. Sólo yo lo soy... ¡También el Rey de Holanda habla de su vida privada...! De los tres, el más capaz de vivir en Morfontaine soy yo...».

¿Por qué no se separa de José? ¿Por qué no da al mariscal Soult, que tiene el mando allí y al que pone por encima de todos sus generales, la corona de España, lo mismo que dio la de Nápoles a Murat?

José le escribe que si tiene en más a otro, que le nombre rey. «¡Pues claro está que hay otras personas a las que estimo tanto y más que a él! No es por estimación por lo que me he determinado a colocarle en el trono. Si yo hubiese coronado al mérito, habría escogido de otro modo. Le he hecho rey porque mi familia me era necesaria para asegurar mi dinastía; le he hecho rey por sistema».

Sostenido por una ínfima minoría, amenazado por Inglaterra, odiado por el pueblo, el Emperador organiza en Madrid, por simples decretos, todo un nuevo estado de cosas. Personalmente, ninguna fatiga le detiene. Napoleón, que escribía a su esposa desde Weimar, en octubre anterior, que el Zar bailaba, pero él no, «pues cuarenta años son cuarenta años», y se burlaba de su gordura, atraviesa a pie el Guadarrama la noche de Navidad, bajo una tempestad de nieve, como si aún fuese el general mozo de Lodi. Derrota a los ingleses, pero la nieve y el lodo le obliga a abandonar, como antaño en Friedland, la persecución y ve, rechinando los dientes, a los enemigos salvarse en sus barcos. ¿Empezará la caza de los que quedan en las montañas? ¿Se alejaría más aún de Francia? Pero ¿qué sucederá en París mientras él se halla en Castilla?

Al fin, el correo llega al campamento de Astorga con noticias. Al leer una carta, Napoleón empieza a temblar de cólera; durante una hora, sin abrir los labios, va y viene nerviosamente, sin que sus íntimos sepan la causa de su ira. Ordena la partida inmediata de su cuartel general, confía su ejército a los generales y, a toda marcha, llega a Valladolid, desde donde parte hacia Francia.

«¡Ah, el rey Felipe, con sus ojos impenetrables, tenía mucha razón!», se dice el Emperador en su coche. Se habría debido establecer la Inquisición en Francia, en lugar de abolirla en España. ¡Una conspiración en París! Fouché y Talleyrand, que le servían de algo sólo porque se detestaban, se vigilaban y se

denunciaban de continuo mutuamente, se han reconciliado para conspirar con Murat.

Eugenio y Leticia le advierten. Ésta no asiste a las brillantes fiestas, pero vela por los hijos en la hora del peligro. Se ignora hasta dónde llega la traición de Talleyrand y cuánto tiempo hace que le traiciona. El Emperador ignora que acaba de aconsejar a Austria que ataque a Francia en el momento en que su ejército y su jefe se hallen ocupados en otro sitio. No existen pruebas escritas de su felonía, y, aunque las hubiera, el Emperador no podría mandar detener a tan poderosos personajes. Lenta e insensiblemente, su poder ha pasado a manos de sus enemigos. Durante las dos semanas que dura el viaje, Napoleón siente acumularse su cólera contra ellos.

Apenas llegado a París, convoca en Consejo de Estado a senadores y ministros, a fin de que sean testigos de su venganza. Los dos acusados se hallan presentes. El Emperador comienza por dirigirse a Talleyrand: «Es usted un ladrón, un cobarde, un hombre sin fe; no cree usted en Dios y ha engañado y traicionado a todo el mundo; para usted no hay nada sagrado; vendería usted a su mismo padre. Yo le he colmado de bienes y, sin embargo, no hay nada que no fuera usted capaz de hacer contra mí; después de diez años tiene usted el impudor, porque supone caprichosamente que mis asuntos en España van mal, de decir a quien quiera oírlo que siempre ha criticado usted mi empresa en aquel reino, siendo así que usted fue quien me dio la primera idea y quien sin cesar me ha empujado a ella... Merecería usted que le hiciese pedazos como un vidrio; tengo poder suficiente para ello, pero le desprecio a usted demasiado para tomarme la molestia de hacerlo». Y así, en este tono, durante media hora. Los que le oyen se hallan petrificados de sorpresa. Sin una palabra, Talleyrand se inclina y se retira, diciendo: «¡Qué lástima que un hombre tan grande esté tan mal educado!».

Luego el Emperador acusa a Fouché de no haber orientado la opinión pública en el sentido conveniente y de haber sostenido a sus enemigos. Sin replicar una palabra, Fouché se inclina y continúa allí. El Emperador exige que, de allí en adelante, los altos funcionarios no se permitan ninguna opinión personal y sean únicamente sus instrumentos. Amenazador, declara que «la traición comienza con la duda y se completa cuando de la duda se pasa al disentimiento». A tal extremo llega ahora su tiranía.

Todo el país espera ver a los dos culpables desterrados o por lo menos prisioneros. No obstante, ni uno ni otro son despedidos, y Fouché continúa en su puesto, pues ¿cómo reemplazar a un hombre que sabe estar en todas partes

a la vez? Talleyrand reaparece en la Corte, sonriente, habiendo conservado uno de sus cargos. Se coloca de tal suerte, que el Emperador lo ve, y responde a las preguntas que éste dirige a su vecino; así, Lannes decía graciosamente de él que «si, mientras hablaba con uno, recibiese un puntapié en el trasero, su rostro no diría nada a su interlocutor». Poco después, se le ve de nuevo en las fiestas de las Tullerías salir cojeando de los salones del baile para seguir al amo a su gabinete de trabajo, pues «es el único hombre con el que puedo hablar», dice el Emperador.

Los asuntos en discusión son de importancia. Alemania, despertando de su letargo, se agita. Todas las miradas se hallan fijadas en Austria. El Rey de Prusia vacila, como de costumbre, y el barón von Stein ha sido desterrado de Prusia por una orden fechada en Madrid. El Tirol se halla en rebeldía, como España. Austria, aliada de Inglaterra y Turquía, se prepara para una quinta guerra. ¿Qué importa entonces a Napoleón la toma de Zaragoza después de un combate heroico? De todos modos, de España no se puede retirar un solo soldado, y ¿cómo no se aprovecharía Austria, sabiendo que se hallaban retenidos allí 250.000 hombres?

Sólo Rusia puede sacarle de este mal paso. El Emperador prodiga regalos y promesas a Romanzoff, el embajador ruso; habla de evacuar Prusia y de hacerse agradable al Zar de todos modos, si éste consiente en proclamar públicamente su acuerdo, a fin de inspirar un saludable temor a Europa.

Alejandro, con su habitual irresolución, tranquilizado por Viena, Berlín y Londres, cede, sin pasar por esto a su lado, a las amenazas de los príncipes alemanes que detestan a Napoleón, pero niega la mano de su hermana al Gabinete de Viena, que se la pide para el Archiduque, y permanece neutral.

Esta falta de fidelidad afecta al Emperador más de lo que podría creerse; su amor propio se siente herido, burlada su confianza y perdido su trabajo. Literalmente, no le queda otro recurso que hacer surgir un ejército de tierra: la quinta del año próximo es llamada, acude a todos los medios para allegar recursos. Los fondos públicos habían bajado a 78 a consecuencia de los fracasos de España. Austria se halla preparada antes de lo que el Emperador había previsto. En el mes de abril, la telegrafía óptica avisa que su ejército se ha puesto en marcha. Son las diez de la noche cuando Napoleón recibe el aviso. Inmediatamente ordena la partida de sus tropas, y se enfurece cuando le dicen que su inmenso ejército no estará dispuesto a partir hasta dentro de cuatro horas.

Cuando llega a Baviera y descubre los errores cometidos por el ejército enemigo: «Serán míos —exclama, y sus palabras y sus gestos descubren su alegría—; están perdidos. Dentro de un mes estaré en Viena». Error: estará allí dentro de tres semanas. Hace caminar a sus tropas más de cien kilómetros en cuarenta horas y derrota al enemigo en una serie de cinco combates. Ésta fue, dirá él más tarde, su más hermosa maniobra. En el curso de la última batalla, una bala le hiere en el pie; como para desmentir aquella invulnerabilidad en que cree su ejército y acaso él también, la bala le hiere en el talón de Aquiles.

Napoleón continúa su carrera a través de Alemania. Su coche, muy sencillo de aspecto, está cómodamente dispuesto; puede dormir y reinar allí como en las Tullerías o en su tienda de campaña. Si no viaja tan rápidamente como ahora nosotros, viaja, sin embargo, más rápidamente que viajara nadie hasta entonces; en cinco días va de Dresde a París. Numerosos cajones contienen los uniformes, los oficios, las listas; una linterna colocada en el fondo ilumina el interior del coche; ante él cuelga un indicador de los lugares en que esperan los caballos de relevo. Cuando un correo le alcanza, Berthier, o cualquier otro dignatario, escribe en seguida sus órdenes más urgentes, y los ordenanzas se dispersan en todas direcciones para llevarlas, al galope, a su destino.

Sólo el mameluco viaja con él, sentado en el pescante; dos postillones conducen los seis caballos, y el coche del Emperador va siempre rodeado por una nube de escuderos, pajes y ordenanzas, y toda esta escolta, amontonándose cuando la vía se hace estrecha, pasa como una tromba envuelta en polvo, en el calor o en la bruma, noche y día, de tal suerte que los campesinos, atónitos, se preguntan si Satán no se ha escondido en el cuerpo del gran Napoleón. Fácilmente se pueden seguir sus huellas por el torbellino de papeles que deja tras de sí, pues no sólo los sobres y papeles inútiles, rotos en pequeños fragmentos, sino también los informes que ya no necesita, todos los periódicos y hasta los libros, que hojea rápidamente cuando tiene tiempo, vuelan por la ventanilla de su coche hasta el lodo del camino.

Dondequiera que llegue, aunque sean las dos de la mañana, le espera un baño caliente; dicta todavía hasta las cuatro, duerme hasta las siete, y luego ¡otra vez en marcha! Cuando baja del coche, cuatro ordenanzas se colocan en cuadro en torno suyo, siguiendo sus movimientos, mientras él escruta con su antejo los alrededores, y cuando para esta inspección requiere su gran antejo de campaña, uno de los pajes de servicio le sirve de soporte. Lo

mismo en su coche, que en la tienda, que en el vivac, el mapa de las operaciones debe estar siempre desplegado ante él, y desgraciado del que no sepa, al instante, señalar con el dedo el lugar que él busca. El Emperador injuria y rechaza violentamente hasta al mismo Berthier, príncipe de Neuchâtel. A través de todos los países y durante su vida entera, el mapa, atravesado por alfileres multicolores, iluminado de noche por una veintena de bujías, le ha seguido por todas partes; es el altar de su verdadera devoción, la patria del sin patria.

Sin lucha, Napoleón se apodera por segunda vez de Viena, y ocupa en Schönbrunn las mismas habitaciones que el año de Austerlitz; pero la guerra no ha concluido.

Las noticias que llegan de su inmenso Imperio son malas y alientan a sus enemigos. Sus asuntos andan mal en España. En la Italia del Norte, Eugenio se ha dejado derrotar. Para que Murat, viniendo de Nápoles, pueda reunírsele, Napoleón, como ya lo había hecho antaño en Hohenstaufen, va a tratar sin consideración a Roma. En la misma mesa en que cuatro años antes suprimía con un simple decreto la casa reinante de Nápoles, va a suprimir ahora el poder temporal de los Papas. Obligado a defenderse por todos lados, Napoleón no se detiene ya hoy a pesar de las consecuencias morales y políticas de sus actos; es preciso, ante todo, que sus ejércitos de Italia puedan reunirse.

Quizá también obró así por venganza. A comienzos del año, hallándose en España, recordó que Roma le había ofendido. «El Papa tiene por costumbre mandar cirios a las diferentes potencias. Escribirá usted a mi agente en Roma que yo no los quiero, ni tampoco el rey de España. Y escriba a Nápoles y a Holanda que los rechacen. Es preciso no recibirlos, ya que el año pasado se tuvo la insolencia de no enviarlos. He aquí cómo quiero que se lleve este asunto: mi encargado de negocios hará saber que el día de la Candelaria mi cura me envía cirios benditos y que no es la púrpura ni el poder lo que da valor a estas cosas. En el infierno, lo mismo puede haber curas que Papas; así, el cirio bendecido por mi cura puede ser cosa tan santa como el del Papa. Yo no quiero recibir cirios del Papa, y otro tanto deben hacer todos los príncipes de mi familia».

Cólera de verdadero luterano, de revolucionario. He aquí al Napoleón de las guerras de España. Hoy, en Schönbrunn, priva al Santo Padre de su poder temporal, le señala por domicilio el Vaticano y le asigna una renta de dos millones.

Son muchos los asustados por esta temeridad. Los católicos de su comitiva tiemblan; dentro de cinco días es la Pentecostés; ¿no acaba de desafiar a Dios? Los acontecimientos confirman fácilmente las murmuraciones de los supersticiosos. En efecto, cinco días después, en la Pentecostés, Napoleón era derrotado por primera vez en su vida.

La batalla de Aspern y de Essling puede, en todo caso, ser considerada como indecisa, pero nunca como una victoria. Si el gran puente sobre el Danubio cedió aquel día, fue por uno de esos azares que en Lodi, en Rívoli, en Marengo y en otras ocasiones Napoleón había sabido por su genio hacer redundar en beneficio suyo. Uno de sus amigos de infancia, el mariscal Lannes, ha caído. Napoleón se apresura a ir al sitio en que se halla el moribundo, que, según dicen, le lanzó una mirada hostil... Aquella noche, el Emperador permaneció largo tiempo solo, sin querer ver a nadie.

«¿Estoy vencido? —se pregunta, dominado por ideas sombrías—. ¿Mi herida me ha traído la desgracia...? El tirador apuntó mejor que Talleyrand... Pero ¡no!, sólo yo he tenido la culpa. Atravesar el puente frente al enemigo era demasiado temerario. Lannes tenía razón... Él había franqueado ya casi el puente...». ¿Cómo comunicar a París esta mala noticia? Inquieto, regresa a Schönbrunn. ¡Qué triste este inmenso palacio, situado en pleno país enemigo! Si al menos la hermosa Walewska estuviese a su lado... Pero se halla muy lejos, en el último rincón de Polonia, aunque sin duda sus pensamientos están aquí... El año pasado no les trajo el hijo tan ardientemente deseado.

Y el Emperador la manda a buscar.

Extrañas noticias le llegan de Roma: el Papa, al conocer su disposición, ha excomulgado al Emperador. ¿Irá Napoleón a atemorizarse? Pero no, lo que hace es reírse de esas costumbres medievales, y, como soldado, como hombre que sólo conoce su propia voluntad, se dice:

«¿Es ésta su venganza por haber cogido yo mismo, en Notre-Dame, la corona? ¿Qué es lo que es sagrado...? Es dudoso que Jesús haya vivido nunca, pero es seguro que de él se puede sacar partido. En estos tiempos de escepticismo, sólo las nodrizas y los niños temen el anatema. ¿No se me maldijo en Córcega y el 18 Brumario? ¡Estas bromas me traen buena suerte!».

Visiblemente reanimado, se prepara a tomar su desquite y gana la victoria de Wagram; sus armas malditas vencen a las del piadoso duque Carlos. Al final de esta larga batalla, que duraba desde hacía dos días, sintiendo decaer sus fuerzas, el Emperador ordena a su mameluco que extienda una piel de oso

sobre el campo de batalla y le despierte al cabo de veinte minutos; pasado este tiempo, se levanta fresco y dispuesto. La guerra ha terminado y se acuerda el armisticio. Al día siguiente, escribiendo a su mujer para anunciarle su nueva victoria, agrega: «Estoy completamente quemado por el sol».

Se siente rejuvenecido y de excelente humor. En Schönbrunn encuentra a la condesa Walewska. ¡Cuántas mujeres hermosas no se habrán deslizado ya furtivamente, para placer de los Habsburgo, por las puertas disimuladas y las estancias secretas de este inmenso palacio...! Todas las noches, Napoleón manda llamar a la Condesa, a la que ha alojado no lejos de allí recomendando con insistencia a su ayuda de cámara que tenga mucho cuidado de que el coche no vuelque en los malos pasos. Su vida en común se reanuda durante tres meses: ya se lo habían prometido así en Finckenstein, pero era la Historia la que debía decidir el lugar de su encuentro.

Pocas semanas después, la Condesa está encinta. ¿Le dará, por fin, el hijo que espera de ella? A su idilio viene a agregarse un nuevo interés. Durante la noche del 15 de agosto, hallándose con su amiga, el Emperador piensa en los cañonazos que retumbarán mañana, en las campanas echadas al vuelo en París, en todo su Imperio, para festejar el cuadragésimo aniversario de su nacimiento, día al que transfirió complacientemente el Papa la fiesta de San Napoleón. La primera en felicitarlo será esta joven extranjera de veinte años, que no habla correctamente ni el francés ni el italiano y que se expresa, por otra parte, mucho mejor con una mirada que con palabras. Tal vez recuerda también que hace diez años, justamente, hallándose en Egipto, había decidido volver a Francia, a riesgo de caer en manos de los ingleses. Hoy es otro hombre, pero no más dichoso, pues se ha convertido en el esclavo de «la naturaleza de las cosas».

Su situación ha cambiado mucho desde Finckenstein. Creador entonces de un nuevo Imperio, hacia el que se apresuraban a correr los embajadores de los reyes de Oriente y Occidente, necesita ahora defender ese mismo Imperio y usar de sus victorias con prudencia.

El día de su victoria en Wagram han cometido una gran estupidez en Roma, de la que acaban de informarle. «Siento mucho que hayan detenido al Papa; esto ha sido una gran locura. Era necesario detener al cardenal y dejar al Papa tranquilo en Roma». Había podido burlarse del anatema contra él pronunciado, porque en el fondo ésta era una sentencia vana, cuyo olvido podían aparentar los obispos de Francia, pero el político comprendió en seguida el alcance de la detención del Papa; esto era un grave yerro, que le

dejaba en muy mala situación, pues el Papa desterrado tiene una influencia mayor que el Papa desterrando.

Cartas de España le anuncian que los ingleses recuperan el terreno perdido y que el pueblo español se atrinchera, de acuerdo con ellos, en las montañas. Se entera también de que Fouché, en París, desobedeciendo sus órdenes, ha llamado a las armas a la Guardia Nacional, medida tomada evidentemente para aumentar en el país el temor a Inglaterra y provocar el descontento de los así alistados.

Situación crítica que se va agravando. Los despachos de París y de Roma son de hace ocho días y los de España de dieciséis. Mientras sus órdenes lleguen a Valladolid, todo puede haber cambiado. ¡Ah, si pudiera confiar al viento sus mensajes! Entonces gobernaría el mundo desde su despacho. Lo importante ahora es que las negociaciones terminen. Alentada por Inglaterra y Hungría, Austria las ha ido demorando durante semanas. Cuando el Emperador exigió una tercera parte del territorio de la monarquía comprendiendo nueve millones de habitantes, sus condiciones fueron consideradas inaceptables. Esta vez va a seguir otro camino. Con esa sorprendente franqueza que desconcierta siempre a los diplomáticos viejos, expone al conde Bubna, en una de sus largas conversaciones —que duró siete horas—, sus propias dificultades:

«He cometido un error en Aspern y por ello he sido castigado, pero la confianza de mis tropas se halla intacta». Luego explica su táctica en detalle: «Voy a decirle el error que cometen ustedes siempre. Ustedes toman sus posiciones la víspera de la batalla, cuando todavía ignoran los movimientos del enemigo y sólo conocen el propio terreno. Yo, por el contrario, nunca doy órdenes antes del combate y, sobre todo por la noche, soy muy prudente. Tan pronto como se levanta el sol, envío a mis hombres en reconocimiento, me informo yo mismo y mantengo mis tropas reunidas mientras resuelvo lo que se debe hacer... Luego me precipito sobre el enemigo y le ataco según las exigencias del terreno... Tiene usted razón al recordarme las pérdidas que causa la artillería. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Mis tropas están fatigadas y quieren la paz; esto me obliga a economizar las bayonetas y a hacer funcionar la artillería más que antes».

Y habla de las alianzas: «Hoy aún estoy seguro del Zar. En cuanto a Prusia, sé que desde hace largo tiempo vacila entre ustedes y yo». Súbitamente, disminuye sus exigencias hasta la mitad, desautoriza a su ministro y ofrece una alianza. Cambio de partido forzoso, pues le urge

regresar a París. La nueva base de las negociaciones será la siguiente: Austria abandonará una parte del territorio a las provincias renanas y otra a Rusia. Napoleón se abrirá entonces un paso hacia los Balcanes. Todavía pasan muchas semanas en negociaciones; los lindos ojos de la joven polaca apenas logran calmar su impaciencia.

En el mes de octubre, pasando revista el Emperador a sus tropas en Schönbrunn, un joven intenta aproximarse a él. Detenido, se le encuentra un gran cuchillo de cocina y el retrato de una muchacha. Conducido al puesto de guardia, se niega a dar toda explicación como no sea al mismo Emperador.

Federico Staps, hijo de un pastor protestante, muchacho rubio y serio, de dieciocho años, se halla ante el Emperador sin manifestar el menor temor. Napoleón le interroga en francés. Rapp sirve de intérprete.

«—Sí, quería matarle a usted.

»—¿Está usted loco, joven, o es usted un iluminado?

»—No estoy loco, e ignoro lo que es un iluminado.

»—Entonces, ¿está enfermo?

»—No estoy enfermo. Me encuentro perfectamente.

»—¿Por qué quería usted matarme?

»—Porque hace usted la desdicha de mi país.

»—¿Le he hecho a usted algún daño?

»—Como a todos los alemanes.

»—¿Quién le ha enviado a usted? ¿Quién le ha impulsado a este crimen?

»—Nadie. Ha sido la íntima convicción de que matándole a usted haría el mayor servicio a mi país y a Europa, lo que ha puesto el arma en mi mano.

»—¿Es la primera vez que me ve usted?

»—Le vi en Erfurt, con ocasión de la entrevista.

»—¿No tenía usted todavía la intención de matarme?

»—No; creía que no volvería usted a hacer la guerra a Alemania y era uno de sus mayores admiradores.

»—Le digo a usted que está loco o enfermo.

»—Ni lo uno ni lo otro.

»—Que venga Corvisart.

»—¿Quién es ese Corvisart?

»—Es un médico», le contesta Rapp. Y quedan en silencio hasta la llegada del doctor, permaneciendo Staps impasible. Corvisart llega y Napoleón le dice que tome el pulso al muchacho.

«—¿Verdad que no estoy enfermo?

»—Está perfectamente», contesta el doctor dirigiéndose a Napoleón.

Éste, un tanto perplejo ante tal aplomo, reanuda el interrogatorio:

«—Es usted un cabeza exaltada que ocasionará la ruina de su familia. Le concederé a usted la vida si me pide perdón por el crimen que ha querido cometer y del que debe usted estar arrepentido.

»—No quiero perdón. Siento el más vivo pesar por no haber tenido éxito.

»—¡Demonio! Parece como si un crimen no tuviese para usted la menor importancia.

»—Matarle a usted no es un crimen, sino un deber.

»—¿De quién es el retrato que se le ha encontrado?

»—De una muchacha a quien amo.

»—En ese caso, sentirá mucho la aventura de usted.

»—Sentirá que se haya frustrado; ella le odia tanto como yo».

«Preciosa muchacha —piensa el Emperador contemplando su retrato—; hay que salvar a este mozo, hay que perdonarle; ¿qué me importa que me odie?». Y Napoleón mira de nuevo al joven alemán y le dice:

«—Pero, en fin, si yo le perdono, ¿me lo agradecerá usted?

»—No por ello cejaré en mi proyecto».

Napoleón queda estupefacto. Da orden de que se lleven al prisionero y habla luego largamente con Champagny, que ha asistido al interrogatorio, y de pronto, sin transición, le dice:

«—Es preciso hacer las paces; una diferencia de cincuenta millones de contribuciones nos separa de los plenipotenciarios austríacos. Partan la diferencia; le autorizo a transigir en setenta y cinco millones, si no puede conseguir más; haga lo que pueda y que la paz quede firmada dentro de

veinticuatro horas».

La impresión que le ha producido el muchacho alemán es tan profunda, que el Emperador, para ganar un día, impulsado por una especie de pasajera aberración, confía a su ministro la firma de un tratado cuyas negociaciones han durado tres meses.

Hace sufrir un nuevo interrogatorio a Staps, pero el joven exaltado rechaza su perdón.

A las seis de la mañana del día siguiente, el ministro presenta a su señor el tratado firmado durante la noche. El Emperador, muy satisfecho, le felicita calurosamente.

El mismo día, Staps es ejecutado.

En el momento de partir la guardia, el Emperador, refiriéndose de nuevo al asesino, dice: «No hay ejemplo de que un muchacho de esa edad, alemán, protestante y bien educado, haya querido cometer un crimen semejante. ¿Cómo ha muerto?».

Le cuentan que, ante los fusiles, Stamps ha gritado: «¡Viva la libertad, muerte al tirano!».

El Emperador escucha sin decir una palabra, pero manda que guarden el cuchillo de cocina.

XXII

La Emperatriz yace desvanecida en el suelo. Napoleón llama al prefecto de palacio para que la transporten a su habitación, en tanto que él mismo la precederá con las luces. Como la escalera es demasiado estrecha, entrega las luces a su ayuda de cámara, ayuda a llevar a su mujer y la deposita con precaución en su lecho; luego, muy emocionado, abandona la habitación. Apenas ha salido cuando Josefina entreabre los ojos; sus gritos y su desvanecimiento eran fingidos. El prefecto de palacio ha contado más tarde que la Emperatriz le había dicho en voz baja que no la sujetase tan fuertemente, pues le hacía daño.

Y, sin embargo, su dolor es absolutamente sincero, pues va a tener que abandonar las Tullerías, donde reinara diez años. El Emperador acaba de informarla de esto, poco después de su regreso de Schönbrunn. No tiene más remedio que dar este paso; todos esperan su muerte. En el exterior, los alemanes —como lo prueba el atentado de Staps—, y en el interior, Fouché, intrigando con Inglaterra. Necesita un hijo, un hijo de una hija de reyes. Tal vez a estas razones políticas se mezcla el despecho de no poder hacer subir al trono a la hermosa polaca, de la que, al fin, espera un hijo. Lo que parece seguro es que en esta fecha todavía ignora el nombre de su nueva esposa.

Unos días después, su madre, sus hermanas y sus hermanos se hallan reunidos alrededor de una gran mesa, en consejo de familia. También Josefina está presente y oye, a pesar del silencio que todos guardan, estallar en sus corazones la alegría de haber alcanzado su objeto: al fin van a verse libres de «la vieja». Con voz insegura, emocionadísimo, el Emperador les comunica que, habiendo perdido toda esperanza de tener herederos de la Emperatriz, se ve obligado a separarse de ella: «Comprendo la necesidad de separarme de una mujer de la que ya no puedo esperar la paternidad, pero esto me repugna, pues me duele separarme de la persona a quien más he amado; durante mucho tiempo he venido retrasando esta determinación, pero ella se ha resignado voluntariamente y con la abnegación que siempre ha tenido para conmigo.

Acepto su sacrificio porque es indispensable». Josefina, muy digna, manda dar lectura de su consentimiento al Gran Canciller.

En seguida todos firman el protocolo de separación. La firma de Napoleón es aquí más visible que en otros documentos de Estado; un largo rasgo final subraya enérgicamente su nombre escrito con todas sus letras; así pone término, virilmente, a este grave asunto. Josefina firma tímidamente, poniendo su nombre junto al suyo, como si todavía quisiera buscar su protección. *Madame Mère* estampa su M e imita a su hijo en la firmeza de la rúbrica.

Por la noche, con gran sorpresa de Napoleón, Josefina llega hasta su lecho con el cabello en desorden y gran profusión de lágrimas. Al día siguiente, sostenida por él, abandona, como una Niobe, las Tullerías, para ir a la Malmaison, no sin haber, por una última y pueril coquetería, recomendado a Méneval que hablase con frecuencia de ella a su señor.

El Emperador se traslada entonces al palacio del Trianón para celebrar allí una misa mortuoria, tal como ningún amante celebró nunca por su amada muerta o para siempre perdida. Durante tres días permanece inactivo, acontecimiento tan sorprendente como el que un santón budista hubiese realizado durante tres días el trabajo de Napoleón. No recibe a nadie, no dicta una palabra, no lee ni anota nada: durante tres días, la rueda que desde hace quince años giraba a una velocidad prodigiosa se halla parada. Algún tiempo después va a ver a Josefina a la Malmaison y le escribe luego: «Amiga mía, te he encontrado hoy más débil de lo que debieras estar...; es preciso que no te entregues a una funesta melancolía, que estés contenta y, sobre todo, que cuides de tu salud, que tan preciosa me es. Si me quieres, debes ser fuerte y recobrar la alegría. No puedes poner en duda mi constante y tierna amistad, y conocerías muy mal los sentimientos que me inspiras si supudieses que yo puedo ser feliz sin tú serlo... Me ha entristecido mucho el volver a ver las Tullerías; el gran palacio me ha parecido vacío, y me he sentido aislado de él. Adiós, amiga mía; duerme bien, no olvides que así lo quiero». He aquí como se expresa un hombre a los cuarenta años, después de gozar durante quince de su intimidad, y cómo sigue siendo natural, agradecido y, no obstante, autoritario. Le concede una renta anual de tres millones y además: «He ordenado que te paguen tu aderezo de rubíes, que será tasado por la intendencia, pues no quiero raterías de joyeros. Así, esto me costará 400.000 francos. En el armario de la Malmaison encontrarás de 500.000 a 600.000 francos; puedes tomarlos para mandar hacer tu servicio de mesa y tu ropa

blanca. He mandado que te hagan una magnífica vajilla de porcelana, con arreglo a tus órdenes, a fin de que sea bien hermosa... El paje que te vio esta mañana me ha informado que lloraste... Haré mis comidas absolutamente solo... ¿Has perdido realmente toda la alegría de vivir desde que estás en la Malmaison...? No obstante, ese lugar está todo impregnado de nuestros sentimientos, que no deben ni pueden cambiar nunca, al menos por mi parte. Tengo muchos deseos de verte, pero antes necesito saber que estás fuerte y no débil; yo también soy un poco débil y esto me hace un daño atroz... Adiós, Josefina, duerme bien».

De nuevo se hallan marcadas sus cartas por una profunda ternura; diríase que toda su pasión por la infiel Josefina, cantada antaño en Milán por toda una orquesta sonora, llora hoy en las salas de las Tullerías sobre un violoncelo de timbre dolorido.

Pocos días después, en un baile de máscaras, un dominó verde aparta, asiéndola de un brazo, a la princesa de Metternich, exembajadora de Viena en la Corte de París. La Princesa reconoce a Napoleón, pues si nadie conocía a fondo a éste sin máscara, nadie se engañaba nunca con el Emperador disfrazado. Después de algunas bromas, Napoleón le pregunta si cree que una archiduquesa se hallaría dispuesta a aceptar su mano.

«—Lo ignoro, *Sire*.

»—Si fuese usted archiduquesa, ¿aceptaría usted mi mano?

»—Seguramente la rechazaría —contesta riendo la vienesa.

»—Es usted cruel. Escriba usted a su marido preguntándole qué piensa él sobre el particular.

»—*Sire*, hable Vuestra Majestad al príncipe Schwarzenberg, que es ahora el embajador».

Por medio de esta nueva improvisación, con esta sorprendente franqueza que conserva de los tiempos revolucionarios, Napoleón aborda la cuestión de su nuevo matrimonio. Aquella misma noche encarga a Eugenio que transmita a la mañana siguiente su petición al embajador. Los Habsburgo no comprenden la rapidez y la sencillez de esta manera de obrar, tan natural al Emperador.

El Zar había permanecido mudo. Viena, vencida en cuatro campañas, aspiraba a la paz. ¿Qué mejor solución podía encontrarse? ¿Y para qué el divorcio, si no se toman sin demora las medidas capaces de conducir al objeto

deseado? Su anhelo de un hijo frisa ya en el ridículo, y el instinto de la familia, tan vivo en el corso, despierta de nuevo. El que en plena guerra no celebraba apenas consejos, reúne a todos los suyos para consultarlos acerca de su proyecto de matrimonio, como ya lo hiciera para su divorcio.

Helos aquí a todos como hace seis semanas, sentados en torno de la mesa ovalada. También los grandes dignatarios han sido convocados. En todos ellos advertíase un cierto azoramiento, cuenta uno de los presentes. El Emperador les expone su voluntad de asegurarse un heredero y agrega: «Si me encontrase en situación de consultar solamente mi sentimiento personal, sería entre las hijas de los valientes de Francia donde iría a buscar una compañera, y daría por Emperatriz a los franceses a aquella que sus cualidades y virtudes hiciesen más digna del trono. Pero fuerza es ceder a las costumbres del siglo, a los usos de los demás Estados y, sobre todo, a las convenciones que la política ha convertido en deberes. Ha habido soberanos que han deseado la alianza de mis parientes, y creo que no hay uno solo actualmente al que no pueda ofrecer con absoluta confianza mi alianza personal. Tres familias reinantes podrían dar una emperatriz a Francia: las de Austria, Rusia y Sajonia. ¿Cuál es la opinión de ustedes?».

Su aspiración a la soberanía legítima va a abatirse sobre él como una maldición, y será la roca contra la que se estrellará. ¿Por qué no puede casarse con la condesa Walewska, a la que ama? ¿Por qué no escoge a una francesa? ¿A una hija cualquiera de aquellos héroes a los que gratificara con reinos? ¡Haber revolucionado al mundo, colocado dos coronas sobre su frente, hecho esperar a reyes auténticos en su cámara, arrojado a uno de estos reyes para colocar en su lugar al hijo de un hostelero, y terminar separándose de una compañera amada para conformarse a «las costumbres del siglo», costumbres que él mismo había derribado como un semidiós!

Pero ninguno de los que se hallan allí reunidos, en medio del frío esplendor del palacio imperial, tiene el valor de sugerir la elección de una francesa. Eugenio y Talleyrand opinan que Austria; Murat se pronuncia en contra, porque María Antonieta trajo la desgracia a Francia; algunos se sienten inclinados en favor de Rusia; otros en favor de Sajonia. El Emperador los escucha a todos, levanta la sesión y no hace sino lo que ya antes había decidido: aquella misma noche envía un representante a Viena. Sólo un ministro había visto claro aquel día e insistido vivamente en favor de Rusia, pero sólo en la intimidad se atrevió a descubrir el fondo de su pensamiento: «Estoy moralmente seguro de que antes de dos años nos hallaremos en guerra

con aquella potencia cuya hija no se ha casado con el Emperador. Ahora bien: una guerra con Austria no me causa la menor inquietud, y, en cambio, tiemblo a la sola idea de una guerra con Rusia».

El Emperador manda decir a San Petersburgo que se le ha hecho esperar demasiado; que, por otra parte, un pope sería indeseable en las Tullerías, y, finalmente, que «teniendo la gran duquesa Ana quince años, no se hallaba aún madura para el matrimonio, pues a veces las muchachas permanecen dos años entre los primeros signos de nubilidad y la madurez, y permanecer tres años sin esperanza de hijos contrariaba las intenciones del Emperador». Estas consideraciones ginecológicas cortan de raíz el proyecto matrimonial esbozado en Erfurt.

Los Habsburgo, en cambio, habían tenido siempre muchos hijos, y su fecundidad estaba, por así decirlo, garantizada. Cuando Napoleón se entera de que la madre de la joven Princesa que desea ha tenido tres hijos, y sus abuelas diecisiete y hasta veintiséis, exclama: «¡Ése es el útero que yo necesitaba!». No dudaba lo más mínimo de que el emperador de Austria acogería favorablemente su petición y la joven archiduquesa de dieciocho años se inclinaría ante la voluntad paterna. Sin demora, Napoleón le envía una primera carta, de su puño y letra, escrita con gran trabajo a pesar de la ayuda de Méneval:

«Querida prima: las brillantes cualidades que distinguen su persona nos han inspirado el deseo de servirla y honrarla. Al dirignos a su padre, el Emperador, para rogarle que nos confíe la felicidad de Su Alteza Imperial, ¿podremos esperar que acepte los sentimientos que nos conducen a dar este paso? ¿Y podemos lisonjearnos de que esta aceptación no sea determinada únicamente por la obediencia debida a sus padres? Por poca parcialidad que los sentimientos de Su Alteza Imperial tengan para con nosotros, es nuestro propósito cultivarlos con tanto cuidado y a tal punto considerar como un deber complacerla constantemente en todo, que esperamos llegar a serle agradable algún día; éste es el fin que queremos alcanzar y respecto al cual rogamos a Su Alteza nos sea favorable. Napoleón».

¿Escribió nunca un gran espíritu nada más ridículo? El Emperador sabe de sobra que ella sólo le aceptará por obediencia filial, que no puede alimentar ninguna inclinación hacia quien despojara sucesivamente a su padre de todas sus provincias y al solo nombre del cual se le había enseñado a persignarse. También sabe perfectamente que tiene otros deberes que el de complacer a una doncellita que no es ni bella, ni inteligente, ni capaz de valor o de pasión

y cuyas únicas cualidades radican en pertenecer a la raza de los Habsburgo. Es la ambigüedad de su situación lo que obliga a Napoleón a escribir semejante carta; a él, a quien toda petición le es odiosa.

Con su innata generosidad de oriental, entrega para su prometida a Berthier, que va a representarle en Viena, su retrato rodeado de diamantes y un aderezo cuyo valor asciende a millón y medio. En la ceremonia del matrimonio, celebrado en la capilla del palacio de los Habsburgo, le reemplazará el tío de la novia, el gran duque Carlos, el mismo a quien venciera en una docena de batallas.

El Emperador, entre tanto, se preocupa más por la instalación que por los asuntos del Estado; escoge muebles y telas, encarga para María Luisa un equipo de cinco millones, en tanto que ella sólo aporta medio millón como dote. Estudia en todos sus detalles el viaje de María Luisa, para evitar toda falta de etiqueta de que pudieran burlarse los Habsburgo; se manda hacer levitas a la moda, zapatos de hebilla, va de caza, monta a caballo para adelgazar y hasta vuelve a tomar lecciones de baile.

María Luisa recibe en el camino una carta muy tierna pero ilegible, de la que sólo puede descifrar la gran N final. En todas partes la esperan flores. Y mañana, en Compiègne, verá por vez primera al hombre temible, que la espera con toda su familia.

Pero, de pronto, el Emperador, en su juvenil impaciencia, rompiendo las rancias reglas de la etiqueta, monta con Murat en un carruaje sin escudo, cambia su bordado uniforme por su vieja levita y parte al encuentro del cortejo de su prometida. Cuando llega a su encuentro, diluvia materialmente y están cambiando los caballos. Napoleón quiere sorprender a María Luisa, pero el escudero le reconoce y apenas ha abierto la portezuela y gritado: «¡Su Majestad!» cuando ya el Emperador se halla sentado al lado de María Luisa. Despide a la dama de honor y besa a su esposa, riendo; está chorreando agua. En su confusión, María Luisa tiene una frase encantadora: «El retrato de Vuestra Majestad no estaba nada favorecido».

No es bonita, se dice él; tiene señales de viruela, sus labios son gruesos, sus ojos de un azul intenso, su pecho demasiado abultado para su edad, pero siquiera es joven y fresca.

Por la tarde, los maestros de ceremonias se sienten horrorizados al ver el programa vuelto al revés, aquel programa que habían elaborado tan minuciosamente durante semanas enteras.

Toda la familia imperial está allí, cada uno va y viene a sus anchas, las damas de honor se ven obligadas a abreviar sus cumplidos, pues todos se hallan mojados hasta los huesos y tiritan de frío.

El Emperador manda improvisar una comida íntima, de la que participa Carolina con los esposos.

A la una de la mañana todo el mundo se retira. Pero antes el Emperador ha preguntado en secreto a su tío el cardenal si María Luisa es ya su esposa con la celebración del matrimonio en Viena. «Sí, *Sire*, según las leyes civiles».

Al despertar, el Emperador manda servir el desayuno en la alcoba de la Emperatriz. Una hora más tarde, todo el palacio se halla uniformado.

A su suegro, que no sospecha nada, le escribe maliciosamente: «María Luisa colma todas mis esperanzas y desde hace dos días no he cesado de darle y de recibir pruebas de los tiernos sentimientos que nos unen. Nos convenimos perfectamente. Haré su felicidad y deberé a Vuestra Majestad la mía. Permítame, pues, que le dé las gracias por el hermoso presente que me ha hecho».

El tío no los bendice religiosamente hasta después de su entrada triunfal en París. Como en el caso de Josefina, en que llegó con un retraso de ocho años, también aquí llega la bendición quince días más tarde.

El Emperador encuentra encantadora a María Luisa. «Casaos con una alemana —dice a sus íntimos—; son dulces, buenas, inocentes y frescas como una rosa».

María Luisa vive en buena armonía con su nueva familia, cosa que Napoleón le agradece, pues la paz doméstica es cosa nueva para él. Da su parecer sobre los trajes de ella, le acaricia las mejillas y la llama «Queridita mía». (*Ma petite chérie*).

Pocas semanas después recibe la noticia de que el hijo concebido en Schönbrunn acaba de nacer en Polonia y de que es varón. Extraños sentimientos agitan entonces al Emperador, pues su nueva esposa no responde, ¡ay!, a sus esperanzas. Perplejo, manda venir a la condesa Walewska a París.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, María Luisa se da cuenta de que se halla encinta. El Emperador se siente «en un estado de alegría imposible de describir», escribe Metternich a Viena. Se anuncia con gran solemnidad la noticia al pueblo y al Senado. Se harán rogativas por el heredero del trono y

una gran fiesta celebrará el acontecimiento, como en los tiempos paganos.

Cuando María Walewska llega a París, el Emperador le concede cuanto ella puede desear; ve al pequeño, le mimó, le hace conde imperial y le da por tutor al Canciller; pero no reanuda sus antiguas relaciones con ella: Napoleón es un marido burgués.

Por aquel entonces se establece una afectuosa simpatía entre las dos mujeres que ha amado. Josefina, que antaño hubiese sacado los ojos a la polaca, la invita a la Malmaison. María le lleva al hijo de Napoleón, cuya presencia aviva tantas nostalgias en Josefina. Se reúnen las dos en la terraza, ya próxima a su vejez la una, resplandeciente de juventud la otra; nacida la primera en las Antillas, reducida luego a prisión, más tarde emperatriz de los franceses; la segunda, criada en un castillo extraviado de Polonia, casada con un viejo rico, arrancada luego, en una noche de baile, por azar de un encuentro, al curso normal de su vida. Cerca de las dos mujeres juega el hijo del hombre que las amó y las abandonó a ambas, para que una chiquilla tonta de la casa de los Habsburgo inmortalizase su nombre, ya desde hace tiempo inmortal.

Al llegar la hora del parto, Napoleón se ve precisado a tomar una decisión terrible. París y Francia entera saben que María Luisa está a punto de dar a luz. Todos esperan al heredero; sus enemigos le temen antes de haber nacido, y el pueblo, siempre animado en estos momentos por el sentimiento dinástico, reza fervorosamente. Napoleón, después de haber velado toda una noche a la cabecera de su esposa, se ha retirado a sus habitaciones, cuando el médico, con la voz trémula, llega a advertirle que la presentación del feto es defectuosa y que hay peligro de muerte para la madre y el hijo.

El Emperador ve de un solo golpe tambalearse el edificio que ha construido. El hombre de hierro, al que interroga el médico antes de intentar una intervención, ¿ordenará que salve, ante todo, al hijo cuyo primer vagido esperan todos sus súbditos? ¿Qué es, al fin y al cabo, María Luisa? Su misión en este mundo quedará cumplida en cuanto le haya dado un hijo viable. Sin embargo, el Emperador responde: «Salvad a la madre, es su derecho; obrad como lo haríais con la mujer de un burgués de la calle Saint-Denis».

Dos horas después, la madre y el hijo están salvados. Todo París, presa de la más viva impaciencia, cuenta los cañonazos: diecinueve, veinte, veintiuno, número que anuncia el nacimiento de una princesa; pero retumba el cañonazo veintidós y la ciudad entera estalla en júbilo. En tanto que los gritos de

entusiasmo suben en torno del palacio de los Borbones, mientras el cañón continúa tronando, el oficialete de artillería, desde la ventana, calcula maquinalmente el calibre de las piezas de artillería y deja correr sus miradas sobre la muchedumbre, pensando en los tiempos pasados, en el lejano porvenir...

Y en sus grises ojos de acero brillan las lágrimas.

LIBRO CUARTO

EL MAR

«El hombre tiene que volver a la nada..., pero como todo aquí abajo procede por vías naturales, los demonios se encargarán de prepararle celada tras celada. Y así fue como hasta el mismo Napoleón acabó por sucumbir».

GOETHE

I

La lucha entre las matemáticas y la imaginación que continuaba librándose en el alma de Napoleón iba a conducirlo al desenlace y a decidir la historia de su dominación mundial.

Llegado, en esta época, al punto culminante de su destino, fortalecido por los lazos que le unen a los Habsburgo gracias al matrimonio en cuyas aras sacrificó su ternura por Josefina, fortalecido por el heredero que viene a afirmar su azarosa dinastía, dueño de todos los partidos, Napoleón ve abrirse ante él el camino y despejarse el horizonte, lo mismo que hace once años, cuando la batalla de Marengo le dio la seguridad interior, indispensable para la realización de su obra. Si Inglaterra no había sido vencida aún, si Rusia, aunque en actitud amistosa, continuaba vacilante y si España no había sido dominada, Europa, en cambio, de Reggio a Hammerfest, estaba a su merced. Por última vez en su vida, Napoleón era aún el dueño de su propio destino y podía decidir libremente.

De haber sido sólo un matemático, habría podido contentarse con crear los Estados Unidos de Europa bajo la égida de Francia y con dominar un Imperio tan vasto como el de Carlomagno; pero el visionario que había en él continuaba anhelando el Imperio de Alejandro, e Inglaterra sólo era el pretexto de su marcha hacia la India. Por desgracia, esta mezcla del matemático y el visionario, que constituyera hasta entonces su singularidad y su fuerza, le pone ahora en grave peligro.

El calculador, el soldado, que tan bien sabía enumerar sus municiones y sus cuerpos de ejército, desconoció un hecho esencial y hartamente real, aunque no pudiera ser reducido a cifras: el estado de ánimo del pueblo español y del pueblo alemán, factor que, por su misma naturaleza imprecisa, habría debido tener en cuenta el visionario.

Durante los años sucesivos que siguieron al nacimiento de su hijo y precedieron a la campaña de Rusia, su espíritu se vio alternativamente

dominado por sus dos impulsos fundamentales, dependiendo el futuro de cuál de ellos prevalecerá cuando llegue el momento de la acción. ¿Le pondrá en guardia su imaginación contra los peligros del odio popular, o le advertirá su sentido de la realidad de los peligros de una expedición demasiado lejana? Una simple equivocación en el manejo de estas dos fuerzas, y el mundo entero arderá en llamas.

Napoleón se siente envejecer, y un sentimiento nuevo nace en él: el de su destino. Palabras hasta entonces inauditas, o raramente expresadas, brotan ahora de sus labios: «Me siento impulsado hacia una meta que desconozco. Cuando la haya alcanzado, cuando nada me impulse a ir más allá, un solo átomo bastará para derribarme... Hasta entonces, ninguna fuerza humana podrá nada contra mí..., mis días están contados».

Lo están, en efecto, y en estas palabras proféticas se adivina el presentimiento de un próximo epílogo, aunque no adivine aún cuál podrá ser éste.

Diríase que, a medida que el trágico desenlace se va aproximando, sus ideas se oscurecen. Habla de su campaña contra Rusia como del «quinto acto», y escuchamos, en nuevas modulaciones, la melancólica elegía de su juventud. «Lo he agotado todo», escribía, a los treinta años, a orillas del Nilo; ahora, a los cuarenta y tres, dice al Consejo de Estado: «Todo esto durará lo que dure yo; a mi muerte, mi hijo se considerará feliz con tener 40.000 francos de renta anuales».

Desde el día en que le parecía «haberlo agotado todo», el lado pasional de su naturaleza se había acusado más fuertemente. Las campañas de Alejandro habían continuado siendo su ideal más acariciado, y hoy, por primera vez en posesión plena de los medios para realizarlo, ¿iría a renunciar a ello por simples razones de orden práctico, al fin y al cabo sin mayor fuerza que las razones de orden imaginativo? Cuando el Archicanciller le desea un feliz año, el Emperador, repentinamente rejuvenecido, le dice: «Para que pueda usted expresarme ese mismo deseo dentro de treinta años, no tendré más remedio que ser prudente».

Pero si nunca llegó a ser prudente, por lo menos continuó siendo hábil. Como la guerra comercial con Inglaterra perjudica a su país, pasa por encima de sus propias prohibiciones y concede licencias para la importación de ciertas materias primas provenientes de Inglaterra e indispensables al comercio y al lujo parisiense. Pero no pasará mucho tiempo sin que se

trafique con estas licencias como si fuese moneda corriente, y los contrabandistas importarán por la costa del mar del Norte y del Báltico aquellas mercancías coloniales de que el bloqueo debía, precisamente, privar a Europa. ¿Cómo? ¿Se vería Napoleón defraudado por unos contrabandistas? Para evitarlo, decide tomar la cuestión por su cuenta y grava todos los productos coloniales descubiertos en Europa por sus agentes con un impuesto del 50 por 100. La orden que ha dado de quemar en todas partes las lanas inglesas va a convertirse para muchos especuladores, y a pesar de las severas sanciones recaídas sobre toda contravención, en una oportunidad de ganancias fraudulentas. Todo ello inaugura una serie de guerrillas semejantes a las de España, dirigidas por un pueblo de comerciantes contra el Emperador.

Es también una guerra mantenida a golpes de decretos. Puesto que París ha prohibido el comercio de las mercancías inglesas, Londres exigirá fuertes sumas a todos los neutrales para autorizarlos a entrar en los puertos bloqueados. París replica entonces declarando presa legítima todo navío que después de este decreto haya hecho escala en Londres o Malta. Londres contesta haciendo circular sus mercancías por toda Europa bajo falsos pabellones; París ordena inmediatamente el registro de los barcos neutrales del Mediterráneo; Los norteamericanos prohíben a sus conciudadanos todo comercio y, en ciertos momentos, hasta toda relación con Europa. El Emperador les promete, en cambio, licencias a condición de que no toquen jamás en ningún puerto inglés. Es decir, que, justamente cuando se trataba de obtener la libertad de los mares, se llega a esta paradoja, «gracias a la limitación ejercida contra el comercio marítimo».

La ambición de Napoleón crece. La libra ha descendido a diecisiete francos y los Bancos ingleses se vienen abajo. En el Parlamento, la oposición vota contra la continuación de la guerra, pero las nuevas proposiciones de paz son, no obstante, rechazadas. Es preciso buscar en España la razón y la consecuencia de la obstinación inglesa.

Todavía se hallan en España 250.000 franceses, que no pueden dar cuenta de los 30.000 hombres de Wellington; las partidas de insurrectos, a las órdenes de oficiales y monjes, diseminados en mil puntos, disparan desde sus escondrijos sobre los invasores. Las disensiones entre el Emperador y el Papa avivan la hostilidad del clero, y en tanto que sobre la vertiente norte de los Pirineos los niños franceses aprenden que Napoleón ha subido al trono por voluntad divina, en la vertiente sur se enseña a los niños españoles que Napoleón es el diablo en persona y que la muerte de todo francés es agradable

a los ojos de Dios.

En un país fanatizado, en el que ya pronto no habrá tropas regulares que combatir, los generales franceses pierden el gusto de la guerra y, lo que es peor, no se ponen de acuerdo. Napoleón envía entonces a Massena contra Portugal y retira cuatro provincias al rey José; cuando éste exige la anulación de tal decreto, el Emperador declara sencillamente que su hermano renuncia a sus provincias, nombra en ellas a sus generales como gobernadores y coloca a su cabeza a un mariscal. Y he aquí cómo, tras de no haber sufrido (y hecho, a su vez, sufrir) sino decepciones a causa de las coronas distribuidas a su familia, instituye por fin el sistema romano de los gobernadores. Luchas terribles, agravadas por las enfermedades y el hambre, obligan a Massena a retroceder. El Emperador, fuera de sí, le manda llamar.

¿Irá a presentarse él mismo en España, ya que ninguna necesidad particular le retiene en otro lugar por aquel entonces? Sus mariscales, sus oficiales y especialmente sus soldados, así lo esperan. Él lo sabe, pero, sin embargo, no va a España. ¿Teme los atentados de un pueblo fanático o que se renueven las conspiraciones en Francia, como le sucedió estando en Astorga? ¿Se detendrá en España, en el momento en que Europa entera se halla en juego? Pero, al fin y al cabo, ¡qué le importa a él España! Así, límitase a enviar a Marmont, el más antiguo de sus compañeros de armas, para que éste ponga fin a la guerra.

También el rey Luis acaba de defraudar sus esperanzas. Después de haberle arrebatado todo el territorio holandés situado sobre la orilla izquierda del Rin, el Emperador había irritado, con sus aranceles excesivos, y sobre todo con su intransigencia respecto a Inglaterra, a aquel pueblo de comerciantes y marinos. Contando con que sus hermanos lucharían en sus respectivos países contra las corrientes nacionales, si así lo exigía su servicio, Napoleón había cometido el error de desdeñar los sentimientos populares y los sentimientos de honor de que los nuevos reyes no podían prescindir. En cambio, como simples gobernadores no habrían tenido que responder de una tradición histórica.

Luis, no pudiendo soportar por más tiempo la tutela del Emperador, acababa de abdicar en favor de su hijo menor y había huido del reino. Se ignoraba el punto donde a la sazón se hallaba.

Los agentes del Emperador lo buscaban por toda Europa, y finalmente lo encontraron en Austria. Napoleón rechina de dientes, pero, reconociéndose

más culpable que su hermano, se contenta con enviarle un médico, ya que el Rey neurasténico había alegado que se hallaba enfermo. «Luis ha sido encontrado», escribe el Emperador a su madre, y le dice que no se inquiete por él, pero que «su conducta es tal, que sólo puede explicarse por un estado enfermizo. Su devoto hijo, Napoleón». Firma excepcional para el Dictador, que se contentaba casi siempre con poner una N en las innumerables cartas por medio de las cuales imponía su voluntad a la trémula Europa. Ya tranquilo, el Rey tráfuga hace en Gratz la vida anónima y sosegada de un poeta, escribiendo en tres volúmenes la historia de aquel su amor de antaño que Napoleón destruyera. Pero cuando José quiere seguir su ejemplo y retirarse a sus propiedades, en vez de ser un simulacro de rey, una mano de hierro se lo impide. Napoleón juzga más peligroso el dejar a su hermano intrigar con los demócratas en París que confiarle un gobierno ilusorio. José reanuda, pues, el ejercicio de las armas, para el cual, con no poco descontento del Emperador, mostraba tan escasas disposiciones.

Entre tanto, Jerónimo y Paulina, los miembros más frívolos de la familia, pasan su tiempo en aventuras amorosas. Murat y Carolina intrigan, y Elisa hace publicar tantos relatos de sus fiestas y cacerías, que el Emperador, impaciente, le declara que «a Europa la tiene sin cuidado lo que hace la gran duquesa de Toscana». Pero todavía en esta época, Napoleón no ha descubierto al más peligroso de sus parientes. A causa de su amistad con Inglaterra, el viejo Rey de Suecia se había visto obligado a abdicar en favor de uno de sus tíos. Éste, absolutamente fiel al Emperador, había declarado la guerra a Inglaterra y, no teniendo hijos, creyó no poder encontrar mejor modo de ser agradable a Napoleón que nombrando para sucederle a un miembro de la familia imperial. Y así fue como Bernadotte, el cuñado de José, que durante las guerras se había granjeado algunas amistades en la Pomerania sueca, se convirtió, gracias a las intrigas y a la ayuda de Fouché, en príncipe heredero de Suecia. Si ya le era difícil al Emperador oponerse a que un general francés ascendiese a un trono extranjero, todavía lo era más tratándose de un antiguo rival que estuvo a punto de derribarle el 18 Brumario, casado, además, con la mujer a quien primero pensara en hacer su esposa, «Yo no le encuentro talento alguno para reinar —dice el Emperador—; es un militar, simplemente. Por lo demás, estoy encantado de verme libre de él y no podía desear nada mejor que verle lejos de Francia. Es uno de esos antiguos jacobinos de cabeza atolondrada, y no es así como se sostiene uno sobre un trono. Si vuelve usted a verle, sondéele un poco y será de la misma opinión que yo. De todas maneras, no puedo negarme a esta combinación, aunque no fuese sino por la

consideración de que un mariscal francés sobre el trono de Gustavo Adolfo es una de las más bonitas jugadas que pueden hacerse contra Inglaterra. Sí, me alegro mucho de quitármelo de encima».

Pero ¿realmente está tan contento como dice? Antes, en París, tenía siempre bajo su vigilancia a aquellos que le inspiraban cierta inquietud.

¡Bernadotte, pues, triunfa! No tardará él también en ceñir una corona, y una corona que no deberá a ese execrado Bonaparte. Bernadotte escribe una carta agridulce a aquel que ayer todavía era su jefe, ofreciéndole, en su calidad de príncipe heredero de Suecia, soldados y hierro a cambio de dinero. El Emperador sonrío, pues sabe lo que bajo aquellas líneas se oculta... No contesta siquiera y le hace saber que no sostiene correspondencia con los príncipes herederos. Réplica mordaz, que jamás perdonará Bernadotte y de la que dos años más tarde habrá de vengarse.

Napoleón ve con amargura estallar el incendio que su inconsiderada indulgencia para con su familia ha encendido en todas partes. Confiesa a sus familiares su decepción: «Tenéis razón; esta consideración, que me es personal a mí y a mi nombre, me ha hecho sentir con frecuencia no haber colocado a Murat en el trono de Nápoles; pero sólo a la larga se hace uno prudente. Yo he subido a un trono restaurado por mí mismo, no he entrado a participar en la herencia de otro; he tomado lo que a nadie pertenecía, y allí debí detenerme, nombrando solamente gobernadores y virreyes. En cuanto a los mariscales, tiene usted razón sobrada, sobre todo si se tiene en cuenta que ya ha habido algunos que han soñado con grandezas y la independencia».

¡Al fin ve las peligrosas consecuencias de la comedia imperial! Su sistema había nacido del deseo de asegurar la continuidad de su dinastía y de abrir al genio una vía normal y legítima; había nacido en momentos de desaliento, en los que, dudando de la inmortalidad de la gloria, Napoleón había experimentado la necesidad de sobrevivirse en los suyos. ¡Ah, qué pronto van a levantarse contra él sus hermanos, sus cuñados, sus mariscales, todos aquellos hombres que vivían del reflejo de su gloria! Lo que no impide que, más tarde, todavía procuren deslumbrar a Europa con el brillo hurtado al astro para siempre desaparecido.

Napoleón tenía en su buena suerte una fe supersticiosa, fe que acaba de afirmarse aún más con el nacimiento del heredero. Entre los cortesanos que en esta ocasión fueron a felicitarle se encontraba, acompañado de su mujer, el embajador de Austria, Schwarzenberg, cuya mediación fuera tan importante

cuando el matrimonio del Emperador. Éste, en un impulso de gratitud, sacando del bolsillo de su uniforme un rico alfiler, lo ofreció a Mme. Schwarzenberg con estas palabras: «Encontré esta piedra en Egipto, en las tumbas de los faraones; desde entonces la he llevado siempre conmigo como un talismán. Guárdela usted; ahora ya no tengo necesidad de talismanes». Audacia inaudita, que prueba el parentesco que une la superstición al genio. Napoleón, gracias a su hijo, se siente al abrigo de todos los peligros; de allí en adelante, todo le saldrá bien; el talismán es inútil; «ya no necesito de él».

¡Ah, qué lamentablemente todos aquellos hermanos, convertidos en reyes, habían reemplazado al hijo! Ahora, ante su propio hijo, advierte claramente su error y las fatales consecuencias de la esterilidad de Josefina. Demasiadas luchas, demasiados años, demasiados sacrificios han precedido al nacimiento de su heredero, venido con excesivo retraso para el gran papel a que se le destinaba. En una vida de ritmo tan precipitado, en la que se es teniente a los veintidós años y emperador a los treinta y cuatro, un hijo a los cuarenta y un años llega demasiado tarde. El hombre que ha gastado semejante suma de energía envejece pronto y no queda siquiera la posibilidad de esperar que un niño entre en la vía por tal hombre preparada.

¡Qué emocionante espectáculo el verle ahora mecer sobre sus rodillas al hijo tanto tiempo deseado! Le prueba su sombrero, juega con él, le tiene consigo mientras se desayuna, hasta le permite entrar en su despacho y revolver los peones de madera que él acaba de distribuir sobre el suelo para preparar la batalla contra Wellington en España; mimos más aún de abuelo que de padre. Ríe, hace muecas para distraerle, ciñe al chiquillo de dos años la espada con que ha conquistado Europa, confundiendo con su profundo instinto de jugador la vida seria, el sueño y la realidad...

Encuentra al pequeño «orgulloso y sensible. Me gusta que sea así... Mi hijo es robusto y goza de una salud magnífica que espero conservará. Tiene mis pulmones, mi boca y mis ojos. Espero que cumplirá su destino». ¡Sí! escribe a su vieja amiga Josefina; llanamente, obligándola a guardar de esta manera un tono de camaradería con él. Por cierto que, habiéndole llamado ella, después de su separación, «Vuestra Majestad», él le hubo de contestar:

«Amiga mía, he recibido tu carta, que viene redactada en mal estilo. Yo soy siempre el mismo, mis sentimientos no cambian nunca... No te digo más hasta tanto no hayas comparado esta carta con la tuya; después, te hago juez para que decidas quién es más y mejor querido entre tú y yo». Este tono natural no lo tiene con nadie más, salvo quizá con Berthier, al que algunas

veces llama «mi mujer». No obstante, las deudas de Josefina le irritan. ¿Por qué, en lugar de estas deudas, no economiza un millón y medio de los tres millones que él le pasa? «Esto te formaría en diez años una reserva de quince millones para tus nietos... Dime que te hayas en buena salud: me dicen que estás engordando como una buena campesina normanda». Y como Josefina continúa sus gastos extravagantes, Napoleón ordena al intendente de su fortuna que no le suministre más fondos hasta que se haya demostrado que no tira el dinero.

Pero ya no la ve casi nunca y ha alejado igualmente de su intimidad a sus amigas de otros tiempos. El Emperador vive como un marido burgués y, lo que vale más, como un soberano que quiere dar buen ejemplo a sus súbditos. Como María Luisa no experimenta ningún sentimiento hacia su antigua patria y, mudable e infiel por naturaleza, se ha afrancesado sin trabajo, su vida conyugal no tropieza con obstáculo alguno. El Emperador siempre tiene tiempo que dedicarle; cuando la Emperatriz aprende a montar a caballo, la acompaña sin impacientarse, y él, que nunca ha sabido esperar, la espera hasta cuando se retrasa para la comida. María Luisa no le teme lo más mínimo y tiene hasta la audacia de decir al embajador de su padre que cree inspirarle algún temor. Al Emperador le importa mucho que Viena reciba buenos informes. Teniendo un día necesidad, por razones políticas, de que el Gabinete austríaco conozca la felicidad de María Luisa, conduce a Metternich hasta la Emperatriz, lo deja a solas con ella, los encierra y sólo viene a libertarlos al cabo de una hora, preguntando maliciosamente a Metternich si se ha convencido de que su mujer es dichosa.

Todo ello no pasa de ser una broma, pero el solo hecho de bromear en tiempos tan críticos indica que su ánimo no se halla demasiado abrumado por las preocupaciones, y, realmente, el único mérito de María Luisa en estos años será haberle procurado, gracias a su juventud y su frescura, un cierto solaz interior.

En cambio, su matrimonio no le ha traído el descanso político que había esperado. La *felix Austria*, habituada a enriquecerse por medio de los matrimonios, había esperado vanamente recibir en cambio algunas provincias. El emperador Francisco, decepcionado, no perdonaba al pequeño corso esta *mésalliance*; una vez cerradas las puertas de la Hofburg, el matrimonio le había aparecido infamante. Para calmar sus escrúpulos de rey legítimo, el viejo Habsburgo había hecho buscar los antecedentes de Bonaparte en los archivos toscanos, pero cuando comunicó a su yerno que había podido

encontrar la huella de sus abuelos en Trevisa hasta el siglo XI, el primero y el último de los Bonaparte le dio esta sorprendente respuesta: «Muchas gracias, Sire; prefiero ser el Rodolfo de mi linaje».

Esta última independencia del advenedizo hería profundamente al monarca legítimo, y estas humillaciones pesarán fuertemente en la balanza en el momento en que el emperador de Austria tenga que decidirse por o contra su yerno. Napoleón mismo así lo reconoce, pero demasiado tarde: «Si me hubiese prestado a sus carantoñas, quién sabe si hubiésemos tenido ante nosotros, en la llanura de Leipzig, cien mil hombres menos».

En cambio, el revolucionario admira ciertas costumbres conservadas en las viejas familias reales, y un día que ve una carta de su mujer dirigida a su padre en estos términos: «A su Sacra Majestad el Emperador Apostólico», Napoleón elogia altamente este uso. ¿Acaso no se decía Alejandro hijo de Júpiter?

«El Emperador Apostólico» le guarda rencor, sobre todo, por su actitud hacia el Papa. Napoleón apretaba cada vez más el círculo en torno de éste, conservándolo a la sazón en Savona, en un disfrazado cautiverio. Aprovechando que el jefe de la Iglesia era muy poco versado en Derecho canónico, le había privado de sus consejeros habituales y hasta le retiró sus papeles, a fin de tornarle más dócil. Un cisma parecía inminente. Tres cardenales se habían negado a asistir al matrimonio del Emperador, porque el divorcio, pronunciado por Fesch, no había sido reconocido por el Papa; a lo que contestó Napoleón mandando llevar a París las arcas conteniendo los archivos del Vaticano, como si pensara hacer de su capital la sede de la cristiandad. Reúne un concilio, al que acuden los prelados de su Imperio; obtiene la ratificación de un decreto que priva al Papa de la investidura, en caso de cisma, decreto que el Papa suscribe, al menos en lo que concierne a Francia.

Dividida por estos graves asuntos, Europa entera se agita. Los rusos y los polacos se regocijan de las humillaciones infligidas a Roma; Prusia e Inglaterra no están menos contentas, pero todos se sorprenden de que los súbditos de los Estados de la Iglesia se declaren también en pro del Emperador. Aunque doblemente privados de su soberano, acogen con reconocimiento el Código Napoleón, una instrucción moderna, una buena administración, la construcción de caminos, la desecación de las lagunas pontinas, y así como el hijo de la Revolución llevara a París ya hace tiempo el espíritu de la antigua Roma, así vivifica ahora a Roma con el soplo de la

Revolución. Tal es el modo que tiene Napoleón de tender puentes por encima de la Historia.

El Emperador excomulgado pone en juego toda su astucia para hacer recaer el anatema sobre el Papa. Al recibir al clero en la Holanda anexionada, apostrofa así a los arzobispos en presencia de los protestantes: «¿Perteneceís a la religión de Gregorio VII? Yo no. Yo pertenezco a la religión de Jesucristo, que ha dicho: dad al César lo que es del César, y, obedeciendo este mismo evangelio, doy a Dios lo que es de Dios. Yo he recibido el cetro de Dios. Blando mi espada temporal y sabré servirme de ella. Dios repone los tronos; no soy yo quien ha tomado el mío, sino Dios quien me lo ha dado. ¿Y vosotros, desventurados, queréis resistirme? ¿No queréis rogar por vuestro monarca porque el sacerdote romano lo ha excomulgado? ¿Creéis, acaso, que estoy hecho para besar los pies del Papa? Probadme con vuestro evangelio, ¡oh ignorantes!, que Jesús ha designado al Papa como representante suyo en la tierra y que éste posee el derecho de prescribir a un monarca... Yo os protegeré si sois buenos ciudadanos... Firmad el Concordato, y usted, señor prefecto, tome las disposiciones necesarias para que yo no vuelva a oír hablar de este asunto».

He aquí a qué grotesco disfraz de su pensamiento ha llegado Napoleón. Evidentemente, no cree nada de lo que expresa con tanta vehemencia, y en la intimidad se burla, como en el pasado, de sus *boutades* oficiales. Pero no por eso deja de infundir a la áurea corona de laurel con que antaño se ceñera él mismo la frente ante el sumo sacerdote romano una gracia y un derecho divinos que la hacen bastante más pesada y menos airosa.

II

«**H**ágame saber por qué el precio de la sal ha sufrido un aumento de un sueldo en la región de Estrasburgo», escribe al ministro de la Guerra, y, el mismo día, al ministro de Marina: «que se construyan dos grandes flotas en el curso de los tres próximos años, la una para cruzar el océano, la otra para el Mediterráneo, una contra Irlanda, otra contra Sicilia y Egipto; una vez que los asuntos de España vayan mejor, lo que será para 1812, las dos flotas se unirán para una expedición a El Cabo, y evitando los cruceros enemigos, transportarán de 60.090 a 80.000 hombres tanto a Surinam como a la Martinica». Las observaciones precisas del estadista se mezclan a los fabulosos proyectos del conquistador. En esta época, por primera y última vez, el poder de Napoleón se halla a la altura de su sueño

«¿Se desea saber adónde vamos? Una vez que hayamos acabado con Europa, nos lanzaremos como ladrones sobre otros ladrones menos valerosos para apoderarnos de la India, que hoy es suya... Alejandro partió de un punto tan lejano como Moscú para llegar al Ganges; desde San Juan de Acre me lo he dicho... Hoy, desde un extremo de Europa, pienso entrar en Asia para herir allí a Inglaterra... Suponga Moscú tomado, Rusia abatida, el Zar reconciliado o muerto en algún complot palaciego, tal vez otro trono nuevo y subordinado, y dígame si un ejército francés, reforzado por fuerzas auxiliares provenientes de Tiflis, no podría llegar al Ganges, y una vez allí, de un solo golpe de nuestra espada, derrumbar todo el andamiaje de grandeza mercantil que han levantado los ingleses en la India... De esta manera, y de un solo golpe, Francia habría conquistado la independencia de Occidente y la libertad de los mares». Al decir esto, «sus ojos resplandecían con un extraño brillo, y continuaba —dice un testigo— acumulando los motivos, pesando las dificultades, los medios y las probabilidades».

Reconciliarse con el Zar o vencerle, tal es el tema del año 1811. Los cálculos y presentimientos de Napoleón le inclinan a desear la alianza con Alejandro mejor que la guerra. No le interesa en absoluto la derrota de los

rusos y, por el contrario, parece temer esta guerra y trata de evitarla, como siempre, pero a condición de que el Zar permanezca fiel a su promesa de tomar parte, como aliado, en el gran combate final. Mientras observa a Alejandro, viéndole escapar cada vez más a su influencia, escribe a uno de los príncipes renanos estas extrañas palabras: «La guerra tendrá lugar a pesar suyo (del emperador Alejandro), a pesar mío, a pesar de los intereses de Francia y de los intereses de Rusia».

Nunca el Emperador ni el Primer Cónsul habían declarado que una guerra fuese inevitable; pero, no pudiendo atribuir a ésta ninguna causa razonable, Napoleón se cree obligado a presentarla como fatal. El primer germen había sido sembrado cuando la entrevista de Tilsit, y crecido solapadamente al amparo de una amistad creciente y gracias a la traición política de Talleyrand; cuando los Emperadores se abrazaron en Erfurt, ya la serpiente de la enemistad se había insinuado entre ellos. El fracaso de los proyectos matrimoniales que debían aproximarlos no tuvo en absoluto por causa ni el azar ni la mala voluntad del Emperador, sino la desconfianza del Zar, desconfianza que, a partir de Erfurt, no hizo sino aumentar, y no sin razón. Era imposible que los dos hombres que querían repartirse Europa se contentasen cada uno con su amistad. Si en un principio su deseo de paz fue sincero, no tardaron en comprender que un acuerdo permanente era imposible entre ellos.

El duelo era fatal. «Es el único que todavía pesa sobre la cima de mi edificio. Mi rival es joven, sus fuerzas aumentan diariamente, en tanto que las mías decrecen». Llevado por esta sombría convicción. Napoleón va a precipitarse al encuentro del peligro. Es fácil disimular sus profundas razones bajo pretextos políticos.

Algún tiempo antes el Emperador había pedido al Zar que decretase el embargo de los navíos neutrales, como él mismo lo hiciera, a fin de dar el «golpe de gracia» a Inglaterra. El Zar no podía satisfacer esta demanda sin perjudicar gravemente sus propios intereses marítimos; así, pues, se comprometió solamente a apoderarse de las mercancías que viajasen bajo pabellón falso. Pero como Alejandro necesitaba los productos coloniales vendidos por intermedio de los neutrales, Napoleón se ve obligado, para tapan esta grieta del bloqueo, a reforzar su vigilancia en las costas alemanas; se apodera, pues, de las desembocaduras del Weser y el Elba, de las ciudades hanseáticas y de la parte del Hanover. Con esto, arrebató al Zar la ciudad del Oldenburg, justificándose en estos términos: «Las circunstancias exigen estas

nuevas garantías contra Inglaterra».

Procedimiento lógico en sí, pero que tenía necesariamente que herir al Zar. Éste lo considera como una ofensa y como una infracción al tratado de Tilsit, que le garantizaba la propiedad de Oldenburg. Sus diligencias ante otras potencias para obtener la reparación de esta injuria equivalen casi a una declaración de guerra. ¿Cómo puede, al fin de su nota, tratar de hacer creer que es todavía aliado de Francia? Dado este primer paso, el Emperador de todas las Rusias concede por un decreto la libre entrada a las mercaderías coloniales y grava los vinos y la seda, productos franceses, con derechos realmente prohibitivos.

En San Petersburgo y en París examinan el mapa. ¿Sobre qué punto se podrá herir mejor al enemigo? El Zar quiere firmar la paz con Turquía; el Emperador, por su parte, empuja a Austria para que se apodere de Serbia y avance hasta Moldavia y Valaquia, prometiendo mantenerse cruzado de brazos. Metternich asiente, pero no da paso alguno.

¿Y Polonia? ¿No ha agregado Napoleón la Galitzia al Ducado de Varsovia? ¿Quién garantiza que no restablecerá al Rey de Polonia? Caulaincourt, el embajador francés en Rusia, que es afecto al Zar y desea la paz, sale garante de ello, pero el Emperador no quiere ratificar este acuerdo sino secretamente, pues cuenta con servirse eventualmente de Polonia como base contra Rusia y, a fin de mantener a los polacos en sus manos, no quiere quitarles toda esperanza de independencia. Pero justamente por esta razón el Zar exige un acuerdo público.

La derrota de Massena en España hace nacer en el espíritu de Napoleón ciertas dudas acerca de la oportunidad de una guerra con Rusia. Caulaincourt, de regreso en Francia, procura confirmarlo en sus vacilaciones y le habla de una manera insistente; se atreve hasta a tomar la defensa del Zar y a garantizar su deseo de mantener la paz. En un principio, el Emperador recibe muy mal a Caulaincourt, pero luego se ablanda y le interroga detalladamente acerca del Zar, su Corte, su devoción, la nobleza, los campesinos, y tirándole de la oreja, lo que en él era signo de especial favor, le pregunta:

«—¿Está usted enamorado de él?

»—No, *Sire*, estoy enamorado de la paz.

»—Yo también, pero no permito que me den lecciones. ¡Evacuar Dantzic! No tardarían en tener que pedir permiso a Alejandro para revistar mis tropas en Maguncia. Usted es un ingenuo; pero yo, en cambio, soy un viejo zorro

que conoce a su gente... Es menester privar al coloso ruso y a sus hordas de la posibilidad de invadir nuevamente el Sur... Avanzaré hasta el Norte o restableceré las antiguas fronteras de la vieja Europa». Malas razones, engañosos pretextos. Caulaincourt le repite las amenazadoras palabras del Zar: «Sacaré provecho de sus lecciones, que son lecciones de maestro. Dejaremos a nuestro clima el cuidado de hacer la guerra; los franceses están menos acostumbrados al frío que nuestros hombres, y sólo se producen milagros allí donde está el Emperador en persona; afortunadamente, éste no puede hallarse a la vez en todas partes». Napoleón va y viene, presa de una gran agitación; su conversación se prolonga durante varias horas. Como no puede dar ninguna razón válida, contesta evasivamente, disimulando sus gigantescas esperanzas: «Una buena batalla pondrá término a las buenas resoluciones de su amigo Alejandro. Es falso, ambicioso y débil; tiene el carácter de un griego. Abriga intenciones secretas; créame usted, él es quien quiere la guerra... Mi matrimonio con una archiduquesa es el motivo de nuestra separación; se ha enfadado porque no me he casado con su hermana».

Y cuando el otro le prueba lo contrario: «Había olvidado esos detalles...». ¿Olvidado? Éta es una palabra nueva en su boca; señal de que siente decrecer sus fuerzas y de que descuida voluntariamente los hechos que hasta aquel momento tomara siempre, minuciosamente, en cuenta. Napoleón envía entonces un delegado menos conciliador ante el Zar, y cuando San Petersburgo propone cambiar Oldenburg por Varsovia, el Emperador contesta al enviado ruso con un tono amenazador, haciendo de manera que le oigan en la sala entera: «Ni una sola población polaca».

Toda esta política no cambia el curso del Destino. Agitado por mil proyectos, mordido por deseos insatisfechos, Napoleón se esconde más cuidadosamente a Caulaincourt, el inteligente servidor, que al peligroso Fouché, del que no ha podido deshacerse nunca. Relevado el año anterior de sus funciones por hallarse demasiado manifiestamente vendido a Inglaterra, no por esto había sido despedido Fouché, como no lo fue cuando la conspiración. El Emperador le hizo, por el contrario, el honor de nombrarlo senador y se contenta con agregar a su carta esta frase significativa: «Aunque no desconfío de su devoción y fidelidad, me veo, sin embargo, obligado a una vigilancia perpetua que me fatiga y a la que no tengo por qué someterme». Le destituye y le hace vigilar, pero no puede prescindir de él, y le cuenta las cosas más íntimas:

«Desde que me casé se han creído que el león dormía; ya verán si esto es

así. Necesito 800.000 hombres y ya los tengo; arrastro a toda Europa tras de mí, y Europa no es sino una vieja mujer, de la que haré lo que se me antoje con mis 800.000 hombres. En otra ocasión me dijo usted que consideraba la característica del genio el no encontrar nada imposible. Por otra parte, ¿qué puedo yo hacer, si un exceso de poder me arrastra a la dictadura mundial? ¿No han contribuido a ello usted y tantos otros que me critican hoy y que querían hacer de mí un rey complaciente? Mi destino no se ha realizado aún; quiero acabar lo que apenas está esbozado. Necesitamos un código europeo, un tribunal de casación europeo, una misma moneda, los mismos pesos y medidas, las mismas leyes; es menester que yo haga de todos los pueblos de Europa, un solo pueblo. Éste es, señor Duque, el único desenlace que me conviene».

Y he aquí claramente la idea napoleónica de los Estados Unidos de Europa, plan grandioso, transmitido a la posteridad por un hombre que, sin embargo, debía tratar de perjudicar al Emperador. Éste ya no llama a Europa «la ratonera», como en Milán y Rívoli, cuando todo adversario parecíale indigno de su genio naciente. Hoy, quince años más tarde, Europa representa para el Emperador, para el legislador, para el organizador, para el enemigo de la anarquía, una materia noble, con la que el escultor sueña en crear una obra de perfecta belleza. No en vano había recorrido en quince años un tan largo camino; he aquí los fecundos resultados a que debía conducir una vía ensangrentada por tantas hecatombes. Napoleón había hecho suyas las grandes ideas de Carlomagno sobre la Europa confederada, pero, en la hora actual, prevé que el Espíritu vencerá siempre a la fuerza, y que aquello que desea obtener con la ayuda de 800.000 hombres se hará un día, por razón y por necesidad, sin recurrir a la violencia. Sabe que los pueblos no formarán entonces más que un solo pueblo.

«Éste es, señor Duque, el único desenlace que me conviene».

III

En tanto que Napoleón se confía a Fouché, el dinero de Alejandro colma los bolsillos de Talleyrand, que sin duda lo repartía con Fouché. La Banca en que el conde Nesselrode, el nuevo secretario de la embajada rusa, depositaba los fondos, suministraría indudablemente interesantes informes sobre las sumas con que el Zar pagaba las informaciones de Talleyrand. Mensualmente, Alejandro se entera con toda comodidad del punto en que se hallan los preparativos de guerra en Francia y de la fecha en que se cree estará todo dispuesto; ¡y quién no imaginará la sonrisa diabólica del cojo al verse pagar por Rusia en licencias comerciales autorizando a las mercancías inglesas el desembarco en los puertos rusos, licencias que él revende en París contra un oro bien contante y sonante!

¿Es el Zar más rico que el Emperador? En todo caso, el Zar, aunque sea todavía su aliado, ha cerrado el mercado ruso a los célebres vinos franceses de 1811. Como Inglaterra y España no compran ya nada en Francia, su comercio ha disminuido considerablemente, pero cuando el ministro de hacienda aconseja mantener la paz en vista de la mala situación económica de Francia, el Emperador le interrumpe: «Al contrario, precisamente necesitamos la guerra porque la situación económica es mala».

Este argumento era justo antaño. El general Bonaparte había enviado de Italia dinero a los jefes del Directorio, cargado de deudas; las guerras habían enriquecido al Cónsul y al Emperador, pero esta vez el Estado, víctima de su propio bloqueo, registra por primera vez un déficit, aunque de poca importancia, es cierto, ya que no pasa de 50 millones. Todavía aquel año el Emperador se veda todo empréstito; «cosa inmoral»; pero crea impuestos indirectos y acuerda nuevos monopolios. Ciertamente, una guerra con Rusia puede abrir nuevas salidas a los productos franceses y mejorar las finanzas, pero a condición de que se salga vencedor en ella.

Ardientemente expone a las Cámaras de Comercio sus nuevos proyectos:

«Inglaterra se ha causado el mayor perjuicio a sí misma con su bloqueo, pues nos hemos acostumbrado a prescindir de sus productos y dentro de algunos años Europa se habrá acostumbrado a nuestro régimen alimenticio. Pronto tendré suficiente azúcar de remolacha para prescindir del azúcar de caña. Anualmente entran en caja 900 millones, producidos sólo en mí país, y tengo 300 millones de reserva en las bodegas de las Tullerías. La Banca de Francia tiene una gran cantidad de plata acuñada y Francia mil millones en efectivo; Austria se ha declarado ya en quiebra; Inglaterra y Rusia están a punto de hacerlo. Soy el único que tiene dinero».

A pesar de esto, nadie tiene ya confianza. Para poder exigir impunemente nuevos contingentes militares. Napoleón se ve obligado a velar con más severidad que nunca por el orden interior del país y su dictadura pesa terriblemente sobre sus súbditos. Más de tres mil detenidos políticos esperan indefinidamente en las prisiones, el uno «porque detesta al Emperador», el otro «por sus opiniones religiosas» o «por palabras antigubernamentales expresadas en cartas particulares». Una nueva Oficina de la Prensa, con el grotesco nombre de «Oficina de la Opinión pública», redacta las noticias políticas. Habiendo expresado un diario holandés la idea de que el Papa tiene derecho a proscribir a los reyes, no sólo es suprimido el periódico, sino que su director es detenido. Si se encuentra en una obra un pasaje aprobando la Constitución inglesa, este pasaje será mutilado. Un libro titulado *Historia de Bonaparte* deberá llevar el título de *Campañas de Napoleón el Grande*.

En estos tiempos de represión intelectual, el imperialismo se reafirma una vez más: Monge, Laplace, Guérin, Gérard y otros artistas más aceptan el título de «barón». En Hamburgo se prohíbe la representación de *Los bandidos*; los viejos republicanos, si es que aún existen, deben acordarse, no sin amargura, de que este drama valió precisamente a su autor, hace unos veinte años, el derecho de ciudadanía en Francia.

Pero ¿qué importa a Napoleón la opinión de esos ideólogos! Prisionero de su propio poderío, desdeña ahora el efecto moral al que antaño concediera tanto valor. Así como en otros tiempos se informaba en toda ocasión de la opinión pública, de ahora en adelante dejará a la famosa Oficina el cuidado de dirigirla: «¡Qué me importa la opinión de los salones y de las cotorras! Ni siquiera la escucho; sólo una opinión me interesa: la de los campesinos». Éstos eran evidentemente sus más devotos vasallos, pues veían en él la salvaguardia del nuevo orden creado por la Revolución. Pero ahora que la guerra de España ha devorado ejército tras ejército, los campesinos pagan por

un sustituto hasta 8.000 francos. Ya millares de estos desgraciados emprenden la fuga; nada subsiste del entusiasmo con que antes corrían tras las banderas; para alistarlos se necesitan ahora columnas especiales y la amenaza de castigar en sus familias y comunas la falta de fidelidad y obediencia.

¿Podría sorprender a Napoleón este cambio de la situación? ¿No había entrado en guerra el general Bonaparte para llevar a los pueblos oprimidos las nuevas ideas de la Revolución? El Primer Cónsul y el mismo Emperador no habían hecho otra cosa que defenderse de los ataques de la coalición monárquica. Si, gracias a estas guerras que le fueron impuestas, obtuvo algo más que la libertad de la patria; si Austerlitz, Jena, Wagram, le dieron nuevas provincias, fue gracias a su genio, que exaltaba en sus hombres el amor a la gloria. La lucha contra Inglaterra no sorprendía a los franceses; ¿no habían combatido ya acaso sus abuelos al enemigo secular? Pero ¿qué podía pensar el campesino provenzal de las guerras contra España y Rusia? Su Emperador no podía hablarle de los Estados Unidos de Europa, de manera que el campesino sólo veía el hecho doloroso de la pérdida, en aquellas llanuras andaluzas de hombres extraños, de los hijos con que contara para apoyo de su vejez y, refunfuñando, rescataba a sus hijos a precio de oro.

¿Y qué dirían los campesinos alemanes, con mayor razón aún, cuando, designados con el nombre de «contingentes», veíanse obligados a acudir al llamamiento de su rey para seguir a un emperador extranjero hasta lejanos países? Millares de campesinos del Maine van a partir para España. Jerónimo envía 30.000 hombres de Westfalia a las orillas del Oder, los sajones cubren las riberas del Vístula, los bávaros son enviados hacia el Este. «Si los príncipes renanos —escribe el Emperador a uno de ellos— muestran la menor vacilación en tomar parte en la defensa general, los declaro perdidos, pues prefiero los enemigos a los amigos dudosos». He aquí la consigna del amo. Para con los Habsburgo guarda mayores consideraciones, y llega hasta prometerles la Silesia cuando todo haya terminado.

Alemania, compuesta de numerosos Estados pequeños, sirve a las mil maravillas a Napoleón para el reparto de naciones a que proceda según las necesidades del momento. Sus tres Estados meridionales han experimentado ya diversos cambios en varias ocasiones. Ahora, como Eugenio ha cedido su reino al hijo del Emperador, nombrado así rey de Roma, recibe, en cambio, el gran ducado de Francfort, constituido rápidamente al efecto.

Y de Prusia, ¿qué será? ¿Para qué conservarla? ¿No la había respetado Napoleón en Tilsit únicamente por consideración a Alejandro? Diversas notas

e informes indican que Prusia debía ser desmembrada poco antes de la campaña de Rusia. Pero ¿ignora Napoleón que Prusia se halla, desde hace un año, ligada por un tratado secreto con el Zar, que le ha prometido ayuda y recursos? Sea como sea, el Emperador se ha cansado ya de «ligas patrióticas», de la oposición de las universidades, de los cuerpos de voluntarios y de sus cantos sediciosos y, a pesar de la «tolerancia y la frialdad de los alemanes del Norte», acordándose de España, encuentra más prudente servirse del ejército prusiano antes de disolver Prusia.

El valiente Scharnhorst insiste vehementemente ante su señor para que obre, pero Metternich engaña en Viena al general prusiano, que había ido para firmar una alianza, y le aconseja que se ponga esta vez de acuerdo con Rusia más bien que con los Habsburgo. Es preciso que Prusia se tome enemiga para poderle arrebatarse por fin la Silesia. En cuanto a Hardenberg, como siempre, se halla indeciso. El Rey de Prusia, que no se atreve a nada, pues considera a Napoleón invencible, se alía finalmente con él, pero demasiado tarde para conseguir buenas condiciones, pues ya Silesia y Polonia están ocupadas por las tropas y Prusia cercada. Tratada como vasalla, Prusia tiene que sufrir la requisa, el paso de tropas y tolerar que sus propios fuertes y su propio ejército sean mandados por mariscales extranjeros. Metternich tiene la inmensa satisfacción de escribir a su soberano: «Prusia no se puede contar ya entre las potencias».

¡Y, sin embargo, sin embargo...! Aunque a comienzos de 1812, Napoleón manda en Europa de Capua a Tilsit y del Cabo de Finisterre a la Bukovina, siente todo lo que hay de incierto en su nueva campaña y, levantando los ojos por encima de sus largas listas y sumas, exclama ante el conde de Ségur: «No, indudablemente no hay nada, en torno mío, ni siquiera mi propia casa, preparado para una guerra tan lejana. Menester será demorarla tres años».

Pero la máquina está en movimiento, la rueda gira, y nadie podría ya detenerla. Napoleón se siente arrastrado por una fuerza invencible, por el encadenamiento de los hechos que le han llevado hasta el poder; las sombras del pasado le empujan hacia delante y el Emperador, que ha construido diversos puertos para refugiarse en ellos en caso de tormenta, es arrojado finalmente a alta mar, con mayor violencia y celeridad de lo que él mismo habría deseado. Con un gesto enérgico de gran aventurero, empuña entonces el timón, que durante tanto tiempo manejara con la prudencia del estadista: «¿No veis —exclama ante su hermano— que sólo puedo sostenerme en este trono mediante la gloria que me lo ha dado, y que un particular que se ha

elevado hasta la soberanía no puede detenerse y tiene que continuar su ascensión so pena de perecer?».

En su agitación febril desea el combate final y, por otra parte, aún trata de evitarlo. Su carta al Zar, que, como de costumbre, precede a las hostilidades, es todavía cordial. Hasta dice a un comandante ruso que actuaba de espía en París: «Como el zar Alejandro es joven y yo debo vivir largo tiempo, creí que la mejor garantía de la tranquilidad europea serían nuestros cordiales sentimientos recíprocos. Los que yo le he manifestado continúan siendo siempre los mismos. Puede usted asegurárselo de mi parte y decirle que si la fatalidad quiere que las dos grandes potencias de la tierra luchen por bagatelas de señoritas, lo haré como galante caballero, sin el menor odio, sin la menor animosidad; y, si las circunstancias lo permiten, lo invitaré a almorzar reunidos en las avanzadas... Abrigo la esperanza de que aún podremos entendernos, dispensándonos de verter la sangre de un centenar de miles de bravos simplemente porque no nos hallamos de acuerdo sobre el color de una cinta».

¡Cómo se adivina su propia inquietud bajo estas hábiles palabras, pronunciadas con el único objeto de conmover el carácter adamado de Alejandro! ¿Quién sospecharía en esta amable y galante provocación al intrépido hombre de guerra? ¿Se trata realmente de una querrela de señoritas, del color de una cinta, o bien de la dominación mundial?

IV

¿**C**uál es el estado de ánimo de Alejandro?

En desacuerdo con la nobleza, hostigado por su madre, engañado en sus esperanzas de obtener Santa Sofía, siempre inquieto respecto a Polonia, que su adversario amenaza libertar, busca entre sus cortesanos y entre los políticos que le rodean amplias justificaciones que le permitan aprobar en su fuero interno su cambio de actitud con respecto al Emperador. Metternich había previsto que este cambio sentimental se produciría en un término de cinco años a partir del tratado de Tilsit. Este período tocaba a su término y aunque en este hombre nervioso todo dependía de la influencia del momento, es posible que la alta significación de esta lucha se le presentase como se le presentaba a Napoleón. Pero lo que falta a Alejandro es un fin, una idea fecunda; un zar no se bate por la libertad, ni un ideólogo por el dominio del mundo; Alejandro no se bate siquiera por la gloria de vencer al dominador. Un vago misticismo que trata de ahogar inconscientemente su antigua amistad por el mago de Tilsit le arrastra ahora a la guerra. Para poder reunir sus fuerzas es preciso que la paz reine al norte y al sur de su Imperio. Por medio de dos hábiles maniobras, Alejandro obtiene la neutralidad del Sultán y la alianza de Suecia, alianza cuyas consecuencias serán considerables.

Alejandro encuentra a Bernadotte en la frontera de sus reinos, y es allí donde el Zar de todas las Rusias sucumbe por segunda vez a la sugestión de un revolucionario francés. Que Rusia promete a Suecia, expuesta a la venganza de Inglaterra, darle como recompensa a Noruega, que pertenece a los daneses francófilos, y la identidad de sus intereses aparecerá claramente.

Pero no es esta respuesta lo que decide a Bernadotte; a él, rey contra la voluntad de Napoleón, tan sin cuidado le tiene su nuevo pueblo como los tienen sin cuidado los suyos a los reyes coronados por obra y gracia del Emperador. Y el mismo Zar tiene otro proyecto en la cabeza; prevé, si sale victorioso, no sólo la derrota de Napoleón, sino también su caída, y, en tanto

que Napoleón avanza con el más formidable ejército que viera jamás la Historia, el Zar promete al irreductible enemigo de Bonaparte nada menos que el trono de Francia.

Así se enfrentan aquel estío, en su vuelo altanero, las dos águilas imperiales.

El Emperador pasa revista a sus tropas en Dresde, ante todos los príncipes, reunidos de nuevo como en Erfurt. El único que falta es precisamente aquel a quien se va a combatir. Pero, en cambio, el Emperador de Austria está presente. Hasta entonces, Napoleón sólo le había visto una vez, en un molino, al día siguiente de Austerlitz. Después había entrado dos veces en su desierta capital y había hecho que le llevaran su hija a París.

En la mesa, María Luisa se halla sentada entre su esposo y su padre; exteriormente, parece que una perfecta armonía reina entre ellos. Napoleón ha obtenido la alianza de su suegro y ha nombrado regente a la Emperatriz. Pero en vano le ha prohibido que rivalice en esplendor de joyas con su madrastra. La Emperatriz de los franceses llora ante esa prohibición, y la Emperatriz de Austria llora igualmente porque sus perlas son demasiado pequeñas... Los eternos celos de los poderosos provocan hoy escenas de familia que constituyen el regocijo de los cortesanos, y cuando bebe a la salud del bebé, que es el único lazo de unión entre ellos, los dos hombres y las dos mujeres procuran disimular vanamente sus pensamientos secretos. En cuanto a los soberanos, jamás debían volverse a ver.

Medio millón de hombres esperan entre Königsberg y Lemberg. Su general en jefe parte para Posen, desde donde anuncia la apertura de la segunda campaña de Polonia, que no tiene por objeto, dice, sino el arrebatarse Polonia al Zar, por lo menos hasta Smolensk. «Voy a abrir la campaña pasando el Niemen. Tendrá su término en Smolensk y Minsk. Allí me detendré. Fortificaré estos dos puntos y ocuparé Vilna, donde se establecerá el gran cuartel general durante el próximo invierno y desde donde reorganizaré Lituania, que se halla impaciente por verse libre del yugo de Rusia. Ya veremos cuál de los dos se cansa primero, si yo de alimentar mi ejército a costa de Rusia, o Alejandro de sustentarlo a costa de su país». Todas las etapas se hallan reguladas de acuerdo con este plan. ¿A costa de Rusia? Pero ¿conoce él exactamente los recursos de este país lejano?

En Gumbinnen, interrogando a un funcionario prusiano, le pregunta a propósito de las provisiones de harina que ha reunido en los puertos alemanes

y que quiere mandar transportar a Kovno: «¿Hay suficientes molinos en Kovno?». «No, *Sire*, hay muy pocos». Al oír esta respuesta, Napoleón se ensombrece y mira a Berthier.

En esta mirada del jefe supremo a su jefe de Estado Mayor se lee la primera de las decepciones que el país allende el Niemen iba a reservarle. El asunto de los molinos le inquieta menos que el hecho de haber sido sorprendido. Había preparado esta campaña durante un año entero; de siete reinos diferentes, entre los cuales los principados renanos no figuran más que como un solo Estado, habían venido tropas, parques de municiones, cuerpos de reserva, mil cuatrocientas piezas de artillería, nuevos parques de sitio, puentes y pontones; ocho fortalezas de las costas del Báltico servían de almacenes de reserva, centenares de barcos y millares de carros transportaban el arroz y la harina, una parte de estos últimos tirados por bueyes, destinados a la matanza más tarde. ¡Y resulta ahora que en aquel país no había molinos! Evidentemente, se pueden construir, pero ¡qué pérdida de tiempo y de hombres! ¿Le esperan acaso nuevas sorpresas? Imposible transportar el forraje para ciento cincuenta mil caballos; por eso se había esperado hasta el mes de junio, en que la hierba está verde. ¿Los engañará la estepa también en esto? ¿Y si la moral de los hombres llegase a flaquear?

Ya en la frontera se escuchan las primeras advertencias. ¿Los soldados bisoños no soportan las marchas ni resistirán el fuerte calor que les espera? En Dresde, Murat había procurado en vano obtener una licencia. Una noche, cenando éste en Dantzig con el Emperador, Rapp y Berthier, Napoleón, cuenta Rapp, en medio del silencio sombrío de todos, tomó de repente la palabra: «¿Qué distancia hay de Dantzig a Cádiz?». «Demasiada, *Sire*», se atreve a contestar Rapp. Y Napoleón replica: «Veo claramente, señores, que no tienen ustedes la menor gana de seguir haciendo la guerra; el rey de Nápoles no quiere salir de su soberbio hotel de París».

No contestan nada, pues el Emperador ha dicho la verdad, y nunca hasta entonces había encontrado éste en sus generales un estado de ánimo tan semejante.

Llegado al Niemen, la idea de penetrar por fin en el territorio ruso le emociona a tal punto, que atraviesa antes que nadie el río y avanza solo, durante una legua, en el interior del país, para regresar luego, lentamente, hacia su ejército. Esta vez, el Rubicón había sido definitivamente pasado. Por orden suya, han entrado en Polonia tres ejércitos: el Emperador ha tomado el mando principal, confiando a Eugenio el segundo y el tercero a Jerónimo.

¿Cómo pudo dar a este *dilettante* incapaz, que se cubrió de ridículo durante la última guerra, el mando de un ejército entero? No obstante, puede hacerlo sin peligro, puesto que el enemigo sólo tiene, a lo sumo, trescientos mil hombres que oponerle.

Pero ¿dónde está el enemigo? Los dos ejércitos rusos, bajo el mando de Barclay de Tolly y de Bagration, esperan en Lituania, pero sólo tienen ciento setenta mil hombres. El error de cálculo que cometió entonces Napoleón le hizo incurrir en una grave falta; si hubiese llevado consigo menos hombres, habría podido alimentarlos más fácilmente. ¿Por qué lo ha organizado todo en una escala tan excesiva? Con cuarenta mil hombres habría vencido el general Bonaparte a un enemigo numéricamente muy superior, atacando sus alas una tras otra. Este inmenso ejército, difícil de movilizar por su misma importancia, es como un símbolo de la edad y del poder que, en vez de dar un mayor impulso al hombre, lo aplastan con su peso. ¿Acaso no es ya Napoleón el gran capitán de Rívoli?

En cierto sentido aún lo es; y, a pesar de este ejército gigantesco, tratará de atravesar las líneas enemigas. Su primer ejército, avanzando de Tilsit sobre Vilna, dividirá el ejército ruso en dos fragmentos, que en seguida podrá atacar separadamente. Pero las distancias considerables impiden el ejercicio de su influencia personal; no puede estar en todas partes a un tiempo sobre aquel frente inmenso. Sus generales se hallan demasiado independientes unos de otros —Davout y Murat han estado a punto de batirse en duelo— y demasiado independientes de él. Nunca como en esta campaña le faltó a Napoleón el medio de comunicación a distancia; para él, centro de toda la acción, el telégrafo hubiese sido mucho más útil que para su adversario.

Los rusos se hallan conscientes de su inferioridad. Ninguno de sus generales se atreve a tomar posiciones. Ambos se retiran, sin plan determinado, con el vago objeto de reunir sus ejércitos más lejos, en el interior del país. Táctica poco genial, pero hábil, a que los conduce el miedo y el respeto al adversario; son los instrumentos conscientes del Destino.

El Emperador cree en una trampa. «Si monsieur Barclay se imagina —dice en Vilna— que voy a correr tras él hasta el Volga, se engaña. Le seguiremos hasta Smolensk y el Dvina, donde un combate nos asegurará nuestros cuarteles de invierno. Pasar el Dvina este año sería ir al encuentro de un desastre. Yo regresaré a Vilna, donde mandaré venir una compañía del Teatro Francés y otra de la Ópera. Terminaremos en mayo próximo todo este asunto, a menos que la paz haya sido firmada durante el invierno».

En este momento le llegan buenas noticias. Por fin, Norteamérica ha declarado la guerra a Inglaterra y ganado ya una victoria en el mar. La oposición, que exige la paz, va ganando terreno en Londres. Tampoco en España van las cosas tan mal. ¡Adelante, pues! ¡Libremos una hermosa batalla!

Pero ¿dónde se halla el enemigo? En Kovno, adonde el Emperador mismo, acompañado de un oficial, ha ido para señalar el punto más favorable para el paso de sus tropas, no hay nadie. Y tampoco el menor asomo de tropas en la otra orilla. La inquietud crece de día en día; sus hombres, desembarazados de todo bagaje, avanzan demasiado de prisa; una parte del ejército se encuentra separada ya de la retaguardia; el mal estado de los caminos, el calor y la lluvia agravan las consecuencias. En Vilna, el Zar, al que la víspera se sabía allí, ha desaparecido. Llega la noticia de que los carruajes que traían los refuerzos se han quedado atascados, los barcos se han hundido y diez mil caballos han muerto a causa del forraje demasiado verde. Las tropas, al saber estas noticias, se precipitan en la ciudad y la saquean completamente; los que vengan tras ellos no encontrarán nada.

En vano procura el Emperador ganarse a los habitantes. Le horroriza el pillaje, que trae consigo el caos; pero los lituanos han observado que también esta vez engañó a los polacos. Las promesas los dejan insensibles; no le suministran nada, no le ayudan en nada y apenas si aceptan sus falsos rublos, de los que ha mandado imprimir en París unos cuantos millones. Los lituanos se contentan con rezar.

¿Qué hacer? Éste es sin duda el momento de ganar al Zar. «Todo lo que hasta ahora ha pasado —le escribe el Emperador— se halla en oposición con el carácter de Vuestra Majestad y con la estimación personal que algunas veces me ha demostrado. Antes de atravesar el Niemen hubiese yo enviado a Vuestra Majestad, un ayuda de campo, siguiendo la costumbre que en campañas precedentes he seguido, pero Vuestra Majestad se negó a recibir al enviado, y también el ministro se negó a oírle y a conferenciar con él. Comprendí entonces que la suerte había sido echada y que esa Providencia invisible, cuyos derechos e imperio reconozco, había decidido sobre este asunto, como sobre tantos otros... Ya sólo puedo terminar rogando crea Vuestra Majestad que los sentimientos particulares que le profeso se hallan al abrigo de los acontecimientos y que, si la fortuna favoreciese de nuevo mis armas, me encontraré siempre lleno de amistad y de estimación por sus grandes y hermosas cualidades y siempre deseoso de probárselo».

Esta larga carta, en la que sólo la inquietud y el fatalismo son sinceros, ha sido precedida por una conversación con un general prisionero, que será el encargado de transmitirla. El Emperador apostrofa así al ruso: «¿Qué es lo que espera el Zar de esta guerra? Ya soy el amo de una de sus más hermosas provincias sin haber disparado un tiro y antes de que sepamos uno y otro por qué venimos a batirnos... ¿No os da vergüenza?».

Durante más de una hora abruma de reproches al oficial. ¿Por qué haber cometido tales faltas? ¿Por qué no haber defendido Vilna? Napoleón le habla como si se dirigiese a sus generales de España. «¿No les da vergüenza?», repite como un estribillo. Exalta el valor de los polacos, para quienes, habitualmente, no ha tenido más que desprecio. Jura que tiene tres veces más tropas que el Zar y mucho más dinero y que podrá hacer la guerra durante tres años. Profiere todas estas mentiras simulando una gran cólera, paseándose sin cesar de un lado a otro. El ruso miente entonces a su vez y asegura que están preparados para sostener la guerra durante cinco años. De pronto, el Emperador, en un acceso sorprendente de franqueza, se abre a este interlocutor fortuito, a fin de que sus palabras sean repetidas al Zar:

«Yo soy un hombre de cálculo. He visto que me era más ventajoso el marchar de acuerdo con Rusia que romper con ella. También esta vez podría suceder esto. El Emperador ha hecho la paz conmigo cuando la nación no lo quería, y ahora la nación no quiere la guerra y él me la hace. ¿Cómo puede el emperador Alejandro, hombre de honor y probo, cómo pueden rodearse de gentes que carecen de fe y de ley? ¿Cómo pueden conducirse las operaciones militares por medio de un Consejo? Yo, a medianoche, a las dos o a las tres, en cuanto se me ocurre una buena idea, no se pasa un cuarto de hora sin que esté ya dada la orden, ni media hora sin que quede ejecutada por los puestos de vanguardia. Además, ¿qué clase de medidas son las que toman ustedes? He aquí una carta interceptada. Déjela, o mejor, llévesela consigo para distraerse en el camino. Diga al emperador Alejandro que le aseguro bajo mi palabra de honor que tengo quinientos cincuenta mil hombres de este lado del Vístula. Pero yo soy un hombre de cálculo y no un hombre de pasión; no soy opuesto a las negociaciones ni a la paz. ¡Qué hermoso reino sería el suyo si no luchase conmigo!».

Ante esta serie de confesiones, el general se atemoriza. Por la noche, invitado a comer con el Emperador y tres mariscales, se ve de pronto tratado altivamente y abrumado a preguntas como un explorador:

«—¿Tienen ustedes regimientos de quirguices?»

»—No, pero tenemos como modelo uno o dos regimientos de bashkiles y de tártaros, que se asemejan a los quirguices.

»—¿Es cierto que el emperador Alejandro va todos los días a tomar el té a casa de una beldad de Vilna? ¿Cómo se llama?

»—*Sire*, el Emperador Alejandro es, por regla general, galante con todas las mujeres.

»—Dígame: ¿Stein ha comido con el emperador Alejandro?

»—*Sire*, todas las personas de distinción son admitidas a la mesa de Su Majestad.

»—¿Cómo puede sentarse un Stein a la mesa del Emperador de Rusia? ¿Es que ha podido creer el Emperador que Stein podía llegar a ser un adicto suyo? El ángel y el diablo no deben encontrarse juntos nunca... ¿Cuántos habitantes tiene Moscú? ¿Cuántas casas? ¿E iglesias...? ¿Por qué tantas?

»—Porque nuestro pueblo es muy devoto.

»—¡Bah! En nuestros días no hay ya devotos. ¿Cuál es el camino de Moscú?

»—Los rusos, como los franceses, dicen que todo camino lleva a Roma. Para ir a Moscú, lo que sobran son caminos. Carlos XII tomó el de Poltava».

Después de esta mordaz respuesta, que hace alusión a la derrota del Rey de Suecia, Napoleón calla, pero el general ruso es lo bastante inteligente para informar a San Petersburgo hasta qué punto le pareció nervioso el Emperador.

Esta nervosidad aumenta de hora en hora. El Emperador busca la batalla, los rusos la evitan; Barclay, esperando a Bagration, retrocede siempre. Bagration no llega, porque cree tener ante él no a Jerónimo, sino al ejército principal. De todas maneras, las lentitudes de Jerónimo obligan a Davout a dejar escapar al enemigo. El Emperador, furioso, retira el mando a su hermano, que, ofendido, parte para Cassel. Davout es encargado de su ejército, pero demasiado tarde. Su debilidad por Jerónimo ha hecho perder al Emperador la ocasión de librar la batalla decisiva. Empujado por el creciente peligro, Napoleón redobla la rapidez, pero la rapidez redobla el peligro. Nada tiene con que alimentar a sus hombres, pues los rusos incendian, en su retirada, los almacenes y en parte alguna se encuentran pan ni legumbres; lo único que no falta es la carne, pero se declara una epidemia de disentería. Los caballos comen la paja de las techumbres y sus cadáveres van jalonando el

camino. Durante este avance, y sin que hubiese habido batalla, el príncipe de Baviera cuenta hasta novecientos muertos por día sólo en su cuerpo de ejército.

Y en París ¿qué se dice?

El Emperador recibe pocas noticias; la misma Emperatriz apenas le escribe. ¿Interceptarían su correo? Por fin llega una carta del ama, hablando de la salud del niño. El Emperador le contesta: «Espero saber muy pronto que le han salido los otros cuatro dientes. He concedido a la nodriza todo lo que me ha pedido. Confírmesele».

Napoleón se halla en la estepa calcinada; ante él humean las poblaciones incendiadas; detrás queda el hedor de los cadáveres. La mala alimentación y el calor abrumador acentúan sus dolores de estómago; no puede montar a caballo y, como los carruajes son inútiles en aquellos malos caminos, recorre a pie grandes distancias, acompañado de todo su Estado Mayor, impulsado hacia delante por el pensamiento: ¿dónde libraremos la batalla? Pocos correos y ninguna noticia capaz de arrancarle a esta preocupación obsesionante.

Pronto llegará a Witebsk. ¿Qué distancia hay de allí a París?

«—Demasiada distancia, *Sire*», responde de nuevo la voz invisible.

¡Por fin lo tenemos! Barclay ha sido detenido por Murat. Mañana cuenta con escaparse hacia Smolensk. La hora ha sonado, pero el Emperador está enfermo y, en parte, indeciso. Manifiesta una consideración desusada por sus hombres y no quiere enviar en seguida a las líneas de fuego a unas tropas agotadas por las marchas y el calor. Quiere reunir con prudencia más tropas de las que necesita, a fin de preparar al enemigo un nuevo Austerlitz. Se espera, pues, hasta el día siguiente.

Los rusos se aprovechan de esta demora. Favorecidos por una espesa niebla, que sólo hasta bien avanzada la mañana no se disipará, operan su retirada y cuando el día comienza no queda nadie, ni la menor huella de su fuga. Cuando el Emperador regresa a mediodía de su inspección, arroja su espada sobre la mesa y declara: «La campaña de 1812 ha terminado; la de 1813 hará lo que falta... La guerra de Rusia es una guerra de tres años».

Ya es tiempo de reconstruir el desorganizado ejército. Casi un tercio tiene que ser borrado de las listas, y eso que no ha habido batalla; es el país el que ha devorado a los hombres. ¿Dónde están los prusianos de Macdonald? ¿Y los austríacos de Schwarzenberg? No se tienen noticias precisas. Están demasiado

lejos. ¡Qué país! ¿Para qué venir aquí si no es posible batirse? No hay más remedio que esperar. Al menos, en El Cairo había sabios y toda una región que explorar...

Una carta breve pero significativa revela en Napoleón un estado de ánimo que recuerda la época en que era teniente: «El Emperador desearía —escribe a su secretario— recibir algunos libros divertidos. Si hubiese algunas buenas novelas nuevas, o viejas que él no conociese, o algunas Memorias de lectura agradable, harían bien enviándoselas, pues tenemos momentos de ocio que no es fácil entretener aquí».

Se le puede imaginar, de pie ante su tienda, enfundado en su vieja levita verde, con la tabaquera en la mano, escrutando de cuando en cuando la llanura con un pequeño antejo de campaña. Un granadero trae un pliego; el Emperador lo lee y lo deja a un lado, sin decir palabra. En la penumbra de su tienda, sus dos secretarios acechan un gesto del amo, como animales domesticados que esperan el gesto del domador. Rustam, sentado a la turca, es el único que jamás se queja del calor. Todo está en suspenso; no se puede avanzar ni retroceder... En ese momento, el Emperador ordena a Méneval que encargue algunas novelas.

¡Por fin llegan noticias! Inglaterra ha logrado firmar un tratado con Rusia y con el regente español. Es el comienzo de una nueva coalición, tal vez un cerco. ¿Es necesario, pues, esperar aquí, en ocio, las decisiones que tome Europa? Smolensk está lejos, y sólo allí puede decirse que comienza Rusia. Los dos ejércitos rusos se han unido allí; no evacuarán ni quemarán la antigua ciudad de Nuestra Señora, como han hecho con las poblaciones polacas y lituanas. Si sale vencedor en Smolensk, puede dirigirse, a voluntad, contra Moscú o contra San Petersburgo. El Emperador pide su parecer a sus generales. Algunos de ellos le aconsejan cautela; pero, no obstante, Napoleón decide: «Todavía no se ha derramado sangre y Rusia es demasiado grande para ceder sin combatir. Alejandro no puede entrar en negociaciones sino después de una gran batalla. Si es preciso, iré a buscar esa batalla hasta la misma, *ciudad santa*, y la ganaré».

En el momento en que habría podido trabarse combate, Napoleón pasa al otro lado del río, para no librar una «batalla ordinaria» tras la cual pudieran los rusos retirarse. Los dos ejércitos enemigos, por fin reunidos, retroceden siempre según el sistema, y los asaltos del ejército francés se estrellan contra los muros de la ciudad. Los más viejos piensan en San Juan de Acre. Smolensk acaba de caer, pero el vencedor no encuentra más que un montón

de cenizas. ¿Comprende el Emperador entonces la fuerza moral de este pueblo, que prefiere quemar sus santos a abandonarlos al enemigo? El agotado ejército de Napoleón no tiene ante sí más que un desierto.

Situación terrible para el Emperador, verdadero rey Lear en la estepa. Su poderío cae pedazo a pedazo; todos sus esfuerzos son vanos: la risa estridente de Europa resuena a lo lejos y viene a perderse en el silencio de la estepa. Es preciso acabar de una vez. No pudiendo escribir por segunda vez al Zar, ya que su carta de Vilna ha quedado sin respuesta, quiere enviarle un mensajero y, al efecto, manda traer a su presencia a otro general ruso prisionero. Después de haberse entregado ante él a toda suerte de consideraciones, le dice bruscamente:

«¿Puede usted escribir al Zar? ¿No? Pero ¿puede usted escribir a su hermano lo que voy a decirle? Escríbale, pues, que me ha visto usted y que yo le he encargado que le escriba. Dígale que me haría un verdadero servicio dando parte al Zar o al Gran Duque de que mi más vivo deseo es hacer la paz. ¿Por qué nos batimos? ¡Ah, si se tratase de los ingleses! Los rusos no me han hecho nada. ¿Quiere usted comprar el café y el azúcar en mejores condiciones? Está bien; nos ocuparemos de ello. ¿Pero cree usted acaso que sea tan fácil derrotarme? Que un consejo de guerra examine la situación y, si cree posible una victoria rusa, que designe el campo de batalla. De otro modo me veré obligado a tomar Moscú y tal vez no pueda salvar la ciudad de la destrucción. Una capital que ha sido ocupada por el enemigo es como una mujer deshonrada. ¿Cree usted que alguien podría oponerse al Zar si éste quisiera la paz?».

Ni como general, ni siquiera como teniente, había pedido nunca nada Napoleón: sólo sabía mandar. Como Emperador, sólo dos veces le había acontecido desempeñar el papel de solicitante; una ante el Papa, cuya bendición quería, y otra ante el emperador Francisco, cuya hija deseaba. Pero ¿qué pensará el prisionero, al que ha sido devuelta su espada? «¿Es éste el amo del mundo? —se preguntará—. ¿No me ha rogado a mí, pobre diablo, que le preste un servicio?». ¡Cómo! ¿El emperador Napoleón no tiene un mensajero más digno que él? ¿Es, pues, únicamente por una cuestión de azúcar y café por lo que perecen aquí centenares de miles de hombres? El gran hombre de guerra les incita al combate como si sólo se tratase de jugar bien una partida de ajedrez... Y, mientras tanto, Rusia está en lágrimas y sus ciudades caen convertidas en ceniza, una tras otra.

La carta al hermano del general prisionero, censurada por Berthier, es

enviada, sin obtener respuesta. Entonces el Emperador decide bruscamente ponerse de nuevo en marcha. A Rapp, que pregunta si es para avanzar o para retroceder, contesta Napoleón: «El vino está servido, hay que beberlo. Quiero ir a Moscú. He sido mucho tiempo emperador y es menester que vuelva a ser general». Es el mes de septiembre. Sobre la landa sagrada, cerca de Borodino, Kutusow, sucesor de Barclay, se ve por fin obligado al combate. Los ejércitos tienen fuerzas iguales; es la partida que Napoleón deseaba. Nadie duerme aquella noche, pues mañana, por fin, va a librarse la batalla. Moscú, la ciudad dorada, pedirá gracia y todas sus miserias tendrán fin, A medianoche llega un correo de París. El Emperador, inclinado sobre sus mapas, manda abrir el pliego. Sin una palabra, su secretario le entrega un despacho de España: Marmont ha sido derrotado en Salamanca por Wellington. El Emperador lee y, sin decir una palabra, continúa trabajando. No es éste el lugar ni la hora de reflexionar sobre las consecuencias de la victoria obtenida por los ingleses al otro extremo de Europa. Amanece. Y los granaderos gritan: «¡Viva el Emperador!».

Les manda mostrar entonces el retrato de su hijo, llegado por el mismo correo, y los viejos *grogards* admiran al hijo de su Emperador. Pero cuando vuelven a traerle el retrato, Napoleón tiene estas palabras de poeta: «Guardadlo; es demasiado joven para ver un campo de batalla».

Una serie de encarnizados combates; los puntos estratégicos son ganados uno a uno, vueltos a perder y reconquistados nuevamente. «Que se nos deje tomar parte en el combate —pide la Guardia—, y aquí, en la Moscowa, como tantas otras veces, haremos nuestra la victoria. Sus generales y familiares se empeñan inútilmente en lograr esta orden de Napoleón. Por primera vez, no se ha movido de su puesto durante la batalla; temblando de fiebre, jadeante, tosiendo, con las piernas hinchadas, permanece todo el día a caballo, sin poderse resolver a hacer intervenir la Guardia, de la que, no obstante, parecía depender el éxito: “¿Y si hubiese mañana una nueva batalla, con qué la libraría yo?”. Por la noche, los rusos se retiran. Al día siguiente, se cuentan entre muertos y heridos graves 70.000 hombres. El Emperador dice: “La fortuna es una verdadera ramera. Lo he repetido con frecuencia y ahora lo compruebo”».

Pero la ruta de Moscú está libre. Quinientos mil hombres habían partido para llegar a aquel punto; de ellos sólo quedan cien mil. Y cuando, a la caída del sol, el Emperador, desde lo alto de una colina, descubre la ciudad de las mil cúpulas, dominada por el Kremlin, dice, más cansado que emocionado:

«¡Moscú! Ya era hora».

V

«¿**D**ónde están las llaves de la ciudad? ¿Dónde las autoridades civiles?».

Durante la mitad de la tarde, sus tropas han desfilado ante él y Napoleón continúa esperando las llaves de Moscú. En Viena, en Milán, en Madrid, en Berlín, había entrado como triunfador. ¿No conocen, pues, estos salvajes, la noble costumbre romana? Nadie viene. Se oye a lo lejos, detrás de las murallas de la ciudad, el ruido que hace en su retirada el ejército de Kutusow, vencido apenas a medias. Su retaguardia choca casi con la vanguardia francesa. Entrada silenciosa; la ciudad está casi vacía. «Podremos dormir en estas casas —se dicen los soldados, agotados— y en ellas encontraremos que comer».

Lentamente, el Emperador, con su Estado Mayor, penetra en la ciudad. He aquí el Kremlin, meta de la expedición. Asombrados, los hombres contemplan aquellos extraños muros; todo está abierto, pero nadie los espera para guiarlos. He aquí abandonadas, desiertas como en un sueño, las salas decoradas de rojo y oro; una de ellas, reconocible por su dosel debe de ser la antigua sala del trono de los Zares, pero el trono se halla enfundado.

¿Qué le falta en aquel instante a Napoleón? Le falta la paz, y para lograr la paz le falta la victoria. ¿Quién le ha frustrado en su intento? La enorme extensión desconocida; la estepa le ha vencido hoy, como hace trece años el desierto. ¿Por qué no libertó a los campesinos lituanos y se creó nuevas tropas y se proveyó de guías, como tuviera antaño la intención de hacer con los árabes? ¿Y si todavía ahora recurriese a este medio? ¿Si llamase a los campesinos a la ciudad abandonada para pactar con ellos? Somos los amos, y todavía puede entregarnos este enigmático Imperio lo que de él esperamos... Es de noche, pero el Emperador no puede dormir: «Trabajemos para distraernos», dice a Caulaincourt. Despliega el mapa de Polonia, se prueba a sí mismo que no podía permanecer allí y que dentro de seis semanas estará en

San Petersburgo. El compulsar sus listas de tropas, especie de Biblia, de las que no se separa nunca, le hace bien: «Dentro de un par de semanas tendré aquí 250.000 hombres. Encontrarán techos bajo los que abrigarse. Es menester asegurar los víveres. ¡Nada, nada! ¡El desierto en todas partes, y el hambre!».

Una luz inesperada ilumina de pronto la ventana. ¡Fuego!

El Emperador, en un principio, no presta atención; pero, de pronto, ordenanzas, generales, correos, se precipitan en la sala, anunciando que, al decir de los soldados, el fuego ha prendido en los cuatro costados de la ciudad y las bombas de incendio han sido robadas. ¿Irán esos fanáticos a quemar su Ciudad Santa? Y el Emperador, ¿qué hará? Ségur, que se halla en aquel momento junto a él, ha relatado la escena:

«Se le habría creído devorado por el fuego que le rodeaba. A cada instante se pone en pie, da unos pasos y vuelve a sentarse bruscamente. Recorre sus habitaciones con paso rápido; sus gestos, secos y vehementes, demuestran una cruel turbación; tan pronto abandona como vuelve a reanudar y abandona de nuevo un trabajo urgente, para precipitarse a las ventanas y contemplar los progresos del incendio. Bruscas y breves exclamaciones se escapan de su pecho oprimido:

“—¡Qué pavoroso espectáculo! ¡Y ellos mismos! ¡Tantos palacios! ¡Qué extraordinaria resolución! ¡Qué hombres! ¡Son verdaderos escitas!”.

»En aquel instante corre el rumor de que el Kremlin está minado; algunos criados pierden la cabeza, de espanto; los militares esperan impasiblemente lo que las órdenes del Emperador y su destino decidan, y el Emperador no contesta a esta alarma más que con una sonrisa de incredulidad. Pero continúa paseándose de arriba abajo convulsivamente, y parándose ante las ventanas contempla el espectáculo del terrible elemento victorioso devorando con furor su brillante conquista, apoderándose de todos los puentes, de todos los pasos de su fortaleza, estrechando su cerco, como un verdadero asedio.

»Habiendo redoblado en violencia el viento del equinoccio, no respirábamos ya sino humo y cenizas. Entonces se vio llegar apresuradamente al rey de Nápoles y al príncipe Eugenio. Acercándose al Emperador, suplican y tratan de arrancarle de aquel lugar de desolación. Pero sus esfuerzos son vanos. Napoleón, dueño por fin del palacio de los Zares, se obstina en no ceder esta conquista ni al mismo fuego, cuando de pronto un grito: “¡El fuego se ha declarado en el Kremlin!”., hace salir al Emperador, a fin de juzgar el

peligro... Un soldado de la policía acaba de ser encontrado en el arsenal. El incendiario es un ruso; ha ejecutado la consigna a la señal dada por su jefe. El Emperador hace un gesto de desprecio y de mal humor, y el desgraciado es conducido al primer patio, donde los granaderos, furiosos, lo matan a bayonetazos.

»Este incidente decidió a Napoleón. Desciende rápidamente la escalera del norte y ordena que le guíen fuera de la ciudad. Pero las llamas bloqueaban todas las puertas de la ciudadela e hicieron fracasar los primeros intentos de salida que se hicieron. Después de algunas rebuscas, se descubrió, a través de las rocas, una poterna que daba sobre la Moscowa. Por este estrecho pasadizo lograron Napoleón, sus oficiales y su guardia escapar del Kremlin. Pero ¿qué había ganado con esta salida? ¿Cómo avanzar, cómo lanzarse a través de las olas de aquel mar de fuego? Los que habían recorrido la ciudad, ensordecidos por la tempestad, cegados por las cenizas, no podían orientarse ya, pues las calles desaparecían bajo la humareda y los escombros.

»Una sola calle, estrecha, tortuosa y en llamas, se ofrecía más como una entrada que como una salida de aquel infierno. El Emperador se lanza a pie y sin vacilar por aquel peligroso paso. Avanzó a través del chisporrotear de aquellas hogueras, entre el crujido de las bóvedas y la caída de las vigas calcinadas y las techumbres de hierro candente que se derrumbaban en torno suyo. Un aire devorador, cenizas centelleantes, llamas desprendidas, abrasaban nuestra respiración corta, seca, anhelante y ya casi sofocada por el humo. Nuestro guía, incierto y turbado, se detuvo. Tal vez allí hubiese terminado nuestra vida aventurera si unos merodeadores del primer cuerpo no hubiesen reconocido al Emperador. Corriendo hacia nosotros, nos guiaron a través de los humeantes escombros de un barrio reducido a cenizas. Fue entonces cuando se encontró a Davout, que, herido en la Moscowa, se hacía llevar por entre las llamas para arrancar de ellas a Napoleón o perecer a su lado. El Emperador, en cuyos brazos se había precipitado, le acogió bien, pero con esa serenidad que nunca le abandonaba en el peligro».

Al cabo de cuatro días, pasados en el castillo de Petrofisky, cerca de la ciudad, donde aguardó la terminación del incendio, Napoleón regresaba al Kremlin, apenas perjudicado por las llamas. Al quinto día, su paciencia se agota y escribe a Alejandro por tercera vez. Aunque dueño de la capital, vive en la incertidumbre, a tal punto cercado por el enemigo, que de nuevo se ve obligado a servirse como emisario de un oficial prisionero. Hoy es un comandante. Le recibe en la célebre sala del trono. ¿Comprendería el lado

trágico y ridículo de la situación? Un oficial subalterno, un desconocido, representa aquí a la Santa Rusia. Napoleón le dirige la palabra, discute, pone sus condiciones como si todavía se hallase en Tilsit y este comandante fuese el Zar.

«—Hago una guerra puramente política —repite—, y sólo exijo la ejecución de nuestros tratados. Si yo hubiese tomado Londres, no lo abandonaría tan presto, pero quiero partir pronto de aquí. Si el Zar quiere la paz, que me lo haga saber. Le devuelvo a usted la libertad, con la condición de que se vaya a San Petersburgo. El Zar verá con gusto a un testigo de los acontecimientos de Moscú. Usted se lo relatará todo.

»—No seré recibido, *Sire*.

»—Diríjase usted a Tolstoi, el gran mariscal de la Corte. Es un hombre de bien. También podrá usted hacerse anunciar por su ayuda de cámara o acercarse al Zar durante uno de sus paseos».

El comandante está aterrado; le parece que se le obliga a cometer un atentado. Trabajosamente, logra decir que no puede prometer nada. «Pues bien, escribiré una carta a su soberano y usted la pondrá en sus manos». Esta última carta es la más extraña de las tres:

«Hermano mío... La hermosa y soberbia ciudad de Moscú no existe ya... Este proceder es atroz y sin objeto. ¿Se intenta privarme así de algunos recursos? ¡Pero si estos recursos se hallaban en bodegas que el fuego no ha podido alcanzar! Además, ¿cómo destruir una de las ciudades más hermosas del mundo, obra de siglos, para alcanzar tan mísero objetivo...? La Humanidad, los intereses de Vuestra Majestad y los de esta gran ciudad pedían que me fuese confiada en depósito, ya que el ejército ruso la abandonaba. Se han debido dejar en ella administradores, magistrados y policías. Así se ha hecho dos veces en Viena, en Madrid, en Berlín. Y así es como nosotros mismos hemos obrado en Milán, cuando la entrada de Suvarof... En cambio, mientras se llevaban las bombas de incendio de Moscú, se abandonaban ciento cincuenta cañones de campaña... He hecho la guerra a Vuestra Majestad sin odio; una nota de Vuestra Majestad, antes o después de la última batalla, habría detenido la marcha, y ojalá me hubiese hallado en situación de sacrificarle la misma ventaja en la toma de Moscú; si Vuestra Majestad conserva por mí todavía algún resto de sus antiguos sentimientos, sabrá recibir de buen grado esta carta. De todos modos, Vuestra Majestad no podrá dejar de agradecerme que le haya dado cuenta de lo que

sucede en Moscú».

Es la carta de un preceptor a su discípulo, o de un moralista a un pillo. ¿La recibirá el Zar «de buen grado»? ¿Surtirá el efecto esperado?

En San Petersburgo, el avance del enemigo, su amenazadora proximidad, el incendio de Moscú, han ensombrecido todos los corazones. La Corte desea la paz. Puesto que Napoleón, cada vez más inquieto propone negociar, ¿no ha llegado ya el momento propicio? El gran duque Constantino, habitualmente tan temerario, la misma Zarina madre, que detesta al advenedizo, le ha negado su hija y ha sido su irreductible enemiga desde Tilsit, todos aconsejan que no se rechace la mano que les tiende.

Sólo el Zar permanece firme, sostenido en su resolución por dos hombres, uno de ellos francés: Bernadotte, al que acaba de ver en Finlandia y que no ha dejado de incitarle a la resistencia, llegando hasta devolverle el cuerpo de ejército que había puesto a su disposición para combatir a Noruega. Su odio hacia Napoleón sólo lo iguala su ambición de subir al trono de Francia, que Alejandro le ha prometido.

El otro es un alemán, el mejor hombre que produjera este pueblo en su decadencia y en su lucha por la libertad. Desde hacía cuatro años, von Stein, desterrado por Napoleón, vive lejos de su patria, convertido en mentor del Zar. Desde todos los puntos de vista, Stein es el reverso de Napoleón. La lucha está declarada entre ellos, y esta vez triunfará Stein.

VI

Entre los hombres inteligentes y activos que desde hacía dieciséis años se levantaban en todas partes contra el General, el Cónsul o el Emperador, Talleyrand y Stein fueron los únicos de talla suficiente para medirse con él. El primero, oponiendo a la voluntad creadora de Napoleón el genio de la astucia; el segundo, levantando contra un poder de acción amoral una intensa fuerza moral. Stein era el prototipo de las virtudes alemanas, como lo era Napoleón de las virtudes italianas. Estos dos mundos se excluían tan poco, que Stein, de ser francés como Carnot, al que se parecía, hubiera podido llegar a ser el más seguro consejero del Emperador. Su altivez y su espíritu positivo los habrían aproximado uno a otro, pero es probable que una estimulación recíproca no habría bastado para colmar el abismo que separaba a las dos naturalezas tan esencialmente opuestas.

Napoleón no era un patriota, propiamente hablando; igual habría realizado su destino en otros países que no fuesen Francia, y si tan alto ponía a ésta debíase a que era ella quien le había escogido. Stein, por el contrario, vivía únicamente por y para su patria: su pesadez, absolutamente alemana, y su gravedad eran demasiado diferentes de la vivacidad y la facilidad con que en todas partes se encontraba Napoleón como en su casa. Atento ante todo a la grandeza de Alemania, Stein hubiese derribado con gusto a sus malos príncipes para mejor unir a todos los pueblos de raza alemana. Europeo ante todo, Napoleón combatía a esos mismos príncipes para realizar la unidad europea.

Stein, hidalgo independiente, cuyos antepasados habían reinado desde hacía setecientos años sobre el mismo rincón de tierra alemana, no abandonó sus bienes sino para mejor servir a su patria, y debía ver con desconfianza —y pronto con desprecio— como los príncipes alemanes se vendían a sí mismos y vendían la libertad, sus súbditos y sus tierras al extranjero triunfante. Napoleón, hidalgo pobre, sin patria, arrojado desde su infancia del suelo natal, despreciaba como Stein a los soberanos que así se inclinaban ante él y sólo

estimaba el corto número de los que le resistían; pero, en tanto que Napoleón contemplaba con una alegría maligna la decadencia de las familias reinantes, Stein sufría profundamente.

La unidad de estas familias, que justificaba a los ojos de Napoleón su propia ascensión, conmovía las convicciones del aristócrata que despreciaba al Rey de Prusia tan sinceramente como odiaba al Emperador de los franceses. Si el barón von Stein hubiese sido rey, habría defendido la idea de la realeza legítima mejor que lo hicieran los Habsburgo, los Hohenzollem y otras familias reales. Exceptuando al duque de Brunswick y a algunos príncipes jóvenes, Stein fue el único que salvó el honor de la nobleza alemana.

Por fin llega para él la hora de entrar en el juego. La orden de destierro que antaño había dictado en Madrid el Emperador contra el ministro prusiano va a volverse contra Napoleón. En efecto, nada ha ejercido tanta influencia sobre el Zar como el valor y el fervor del gran alemán desterrado. El Emperador lo sabía, y ésta era la razón de que se expresase a su respecto con tanta violencia. Stein es un idealista enérgico, un monárquico valeroso; en los momentos decisivos, su influencia sobre el Zar, idealista pero débil, será capital. Stein también es buen psicólogo; como sabe que el Zar aspira a reinar según la moral, le pinta, con los más negros colores, la amoralidad del usurpador. No procura seducir a Alejandro con la promesa de nuevas conquistas, sino haciendo resplandecer ante sus ojos los más nobles principios, despertando en él la ambición de llegar a ser el primero de los soberanos modernos.

En la Corte de Rusia, Stein es el único que no espera ningún provecho personal de sus consejos. Privado de su patria, está dispuesto a cambiar este asilo por cualquiera. El Zar sabe muy bien que, extranjero y desinteresado, Stein no pone su mira en un ministerio, y por esto deposita en él más confianza que en su propio ministro francófilo. Tal vez también ha sabido Alejandro que la otra noche, al tener noticia del incendio de Moscú, von Stein había levantado su vaso y pronunciado estas admirables palabras: «Tres o cuatro veces he perdido en mi vida todos mis bagajes, pero fuerza es acostumbrarse a arrojarlos por la borda; ya que es preciso morir, seamos valientes».

Pronto, en Moscú, su enemigo decide hacer otro tanto. Ya ha perdido cinco semanas y se aproxima el invierno. En esa sombría expectativa, en esa inactividad que tan mal soportaban sus nervios, Napoleón, para engañar la

espera, recurre a las novelas encontradas en la biblioteca del castillo, a falta de las que aún no han llegado de París; pero apenas las hojea, y los familiares le ven, después de las comidas, que prolonga más de lo acostumbrado, permanecer tendido durante horas, con un libro en la mano y la mirada en el vacío.

¿Qué hacer en esta ciudad incendiada, en la que nada puede organizarse? Durante una o dos noches ha mandado representar obras francesas por una compañía que allí quedó por azar. Emplea sus ocios en revisar los estatutos de la Comedia Francesa y envía a París sus instrucciones al respecto. Una parte de la jornada se pasa en dictar órdenes al ejército, órdenes que suenan tan clara y rotundamente como siempre. Pero las provisiones disminuyen y el frío amenaza. Cuando reúne el consejo, en octubre, sabe que un solo camino le queda abierto.

Daru es de parecer que se pase el invierno en Moscú, se esperan los refuerzos que deben llegar de Lituania y se dirijan en la primavera contra San Petersburgo. Napoleón le escucha, pensativo, y dice luego: «Es el consejo de un león; pero, y París, ¿qué dice? ¿Quién puede prever las consecuencias de una separación de seis meses? Francia no podrá acostumbrarse a mi ausencia, y Prusia y Austria se aprovecharán de ella». No queda otro recurso que el regreso. El Emperador manda bajar entonces la inmensa cruz de oro de San Iván, colocada sobre la cúpula del palacio de Moscú, para llevarla a París y colocarla sobre la cúpula de los Inválidos. Pero ¿no habrá otra venganza mejor contra el enemigo perjuro, que acaba de rechazar por tres veces su mano tendida? Y Napoleón ordena que se haga volar el Kremlin.

Hele aquí, a tres horas de Moscú, esperando las noticias de la explosión. El Gran Ejército desfila ante él, descansado pero harapiento, impedido en su marcha por los enfermos, los heridos y el botín que transporta. Llega un correo; la explosión no se ha producido. El Emperador no dice una palabra y, cuando Rapp le expresa sus temores con respecto al frío, responde brevemente: «Estamos hoy a 19 de octubre; vea usted qué hermoso día hace; ¿no reconoce usted en ello mi estrella?».

Desde hacía largo tiempo no hablaba ya de su estrella. Muy preocupado en el fondo, sabe muy bien que los bagajes van a demorar la marcha de su ejército y, sin embargo, no quiere obligar a aquellos valientes a separarse de ellos. Las tropas rusas se hallan por todas partes; ¿no han amenazado el otro día, y rechazado dentro de la ciudad, a los escuadrones de Murat? Tanto como el Emperador deseaba combatirlos a la venida, teme combatirlos ahora, al

regreso: «Sobre todo, nada de batallas. Vamos rápidamente a Smolensk, a establecer nuestros cuarteles de invierno».

Como en Egipto, el ejército avanza, llevando en el centro sus bagajes, obligado, como antaño, a defenderse contra los enemigos que surgen por todas partes. Un día, el Emperador se salva gracias exclusivamente a la presencia de ánimo de los suyos. «¡Los cosacos! ¡Atrás!», exclama Rapp señalando un bosquecillo, y, como el Emperador no quiere esconderse, el ayuda de campo, tomando las bridas de su caballo, le obliga a ello: «¡Es preciso!». Jamás había oído Napoleón estas palabras. ¿Qué hará? Lo único razonable será huir. Rodeado de Rapp, Berthier y Caulaincourt, espada en mano, como ellos, Napoleón espera; el enemigo no está más que a cuarenta pasos. Los oficiales de su séquito logran cubrir al Emperador hasta que llega la caballería de la Guardia y dispersa a los cosacos.

Pero esta aventura le deja una nueva inquietud. ¿Le llevará Alejandro prisionero tras de su carro de guerra? Napoleón hace que su médico le entregue un veneno, que, de allí en adelante, llevará colgado al cuello, en una bolsita de seda negra, para el caso en que cayera prisionero. Desde este momento, la ambición de todos los cuerpos de guerrilleros rusos es apoderarse de la persona del Emperador. El Estado Mayor ruso ha promulgado una orden de detención contra él y mandado a todos sus comandantes de cuerpos de ejército que pasen revista a «todos los prisioneros de corta estatura», en la esperanza de encontrar a Napoleón entre ellos.

Lo mismo que el calor en Egipto matara a centenares de hombres, el frío de Rusia los hace sucumbir a millares. La nieve y la escarcha hacen caer a los caballos; las piezas de artillería se quedan atascadas; es preciso hacer saltar los convoyes de municiones. La caballería marcha a pie. Los cuerpos helados jalonan de nuevo el camino.

Sólo 50.000 hombres llegan a Smolensk; una décima parte de los que habían partido. No habiendo allí provisiones, es imposible invernar en la ciudad. El transido ejército tiene que continuar la marcha. Ya millares de soldados han abandonado sus armas, pero cuando la Guardia también comienza a flaquear, el Emperador la arenga: «¡Granaderos, nos retiramos sin haber sido vencidos por el enemigo; no lo seamos por nosotros mismos! ¡Ya muchos de vosotros han abandonado sus águilas y hasta sus mismas armas...! ¡A nuestro honor confío vuestra disciplina!». Y se pone a su cabeza. Una columna silenciosa, informa un testigo, conducida por generales, de quienes sólo unos cuantos disponen aún de un caballo, espectros envueltos en

andrajos, flacos, terrosos, hirsutos, mudos, encorvados: prisioneros del Destino. Luego, la Legión Sagrada, formada de oficiales, la mayoría ayudándose a caminar con bastones, los pies envueltos en trozos de piel de cabra; en seguida, los supervivientes de la Guardia a caballo.

Por último, tres hombres a pie: a la derecha, el rey de Nápoles, ya sin ánimos de pavonearse; a la izquierda, el virrey de Italia. Entre ellos, un hombre más pequeño, apoyado en una cayada de abedul, vestido con un gabán polaco de pieles, la cabeza cubierta por un bonete de zorro, atraviesa a pie, silenciosamente, el territorio interminable de Rusia.

VII

Y París, ¿qué dice?

Napoleón no lo sabe. Por primera vez desde que estuvo en Egipto, sus cálculos en relación con París no tienen el menor fundamento de hecho. No saber lo que está ocurriendo en la capital, ¡terrible situación, semejante a la del viajero que se figura le está engañando su mujer mientras él se halla fuera! Escribiendo a Maret, que se halla en Vilna, le dice: «Hace quince días que no he recibido ninguna noticia, ninguna estafeta, y no sé nada de nada. El ejército es numeroso, pero terriblemente desbandado. Se necesitarían quince días para arreglar las cosas, y ¿de dónde sacarlos? Pronto estaremos en Vilna, pero ¿podremos sostenernos allí? Si es posible resistir ocho días, sí; pero, en cambio, si nos atacan durante los ocho primeros días, dudo de que podamos continuar allí. ¡Viveres, viveres, viveres! Celebraré que no haya en Vilna ningún agente extranjero; el ejército no está hoy muy lúcido de ver, que digamos. De manera que, si hubiese algunos, convendría alejarlos».

¡Por fin, he aquí un correo! Pero ¿por qué palidece el Emperador? ¿Qué terribles noticias le han llegado de París? ¿Habría sucedido allí algo peor de lo que está pasando personalmente en la actualidad? El hecho es que, gracias a los periódicos ingleses, a las cartas particulares y al rumor público, Francia se ha enterado hace ya tiempo de la verdad, que el Emperador ha tratado de ocultarle en sus boletines oficiales. Los parisienses son un tanto tornadizos y tan propensos al entusiasmo como a la desesperación. Muchos de ellos han dado ya por muerto al Emperador. La alarma, el rencor y el descontento se han apoderado de los bulevares. Pero ¿qué es esto más...? Un golpe de Estado se había preparado cuidadosamente. Por fortuna, ha abortado: pero ¡qué fondo sombrío el que revela! Malet, general en tiempos de la República, se vio años atrás complicado en una conspiración, detenido, encarcelado y, por último, recluido en un manicomio. Habiendo llegado hasta él rumores falsos y noticias deformadas sobre los desastres del Emperador y el incendio de Moscú, se había escapado del manicomio y, con la complicidad de unos

cuantos descontentos, había conseguido lanzar a la publicidad un despacho falsificado anunciando la muerte de Napoleón. Los conspiradores se apoderaron del ministro de Policía y declararon la formación de un Gobierno provisional, engañando a la Guardia Nacional, a la milicia, a los prefectos y aun a los generales veteranos. Al final, sin embargo, dos oficiales un poco más avisados habían descubierto el infundio, apoderándose de los conspiradores y gritando desde el balcón del palacio gubernamental: «¡Viva el Emperador!». El fantasma, como es consiguiente, se había desvanecido en el acto.

No obstante, encerrado en su tienda, sobre la que no cesa de caer la nieve, el Emperador clava los ojos con desaliento en el comunicado. ¡Noticias todavía peores que las llegadas recientemente de Salamanca! Los culpables habían sido fusilados, y la cosa no tuvo consecuencias. Pero, durante algún tiempo, los conspiradores habían sido los dueños de la policía de París, lo que equivale, realmente, a ser dueños de Francia. Los coches no se arriesgaban todavía por las calles de París. Y a un anciano aristocrático que había preguntado qué ocurría, un obrero le había contestado, riendo: «¡Ciudadano, el Emperador ha muerto, y a mediodía proclamarán la República!». Sacudido y quebrantado por las nuevas recibidas, Napoleón deja caer el periódico que contiene estos detalles y dice a sus íntimos: «¿Y la dinastía? Nadie ha pensado en mi mujer, en mi hijo, en las instituciones del Imperio... No tengo más remedio que ir a París».

Las peligrosas posibilidades reveladas por este incidente pasan, relampagueantes, por su espíritu: «El obrero que ríe es el pueblo. Yo, trabajando día y noche, durante años, en mi gran edificio, separándome de la mujer amada, a fin de poderme casar con la hija de un emperador y de que nuestro heredero, la prenda de la inmortalidad terrestre, crezca en nuestro palacio..., ¡y que baste que un imbécil cualquiera, un oficialete absolutamente desconocido, tenga la ocurrencia de gritar que el Emperador ha muerto, para que inmediatamente un clamor de *ciudadanía* y de *república* se levante otra vez en el pueblo! ¿Y la Regente, el heredero, el Consejo de Estado..., es que nada de esto cuenta ya? ¡El tonel sin fondo de las Danaides! ¡Sí, pero yo le daré un fondo! ¡Como los Capeto, yo mismo coronaré a mi hijo y pasará revista a mis fieles en París!».

Fortificado por la misma proximidad del peligro, el Emperador empuña de nuevo las riendas con mano firme. «Está muy pálido, pero su fisonomía está serena; nada en su rostro delata sus sufrimientos». Su salud también ha

mejorado. El ejército se acerca ya al Beresina. Habiendo recibido informes falsos respecto a la vecindad de los ejércitos auxiliares, manda estrechar las tropas en un bloque más compacto y quemar el resto del convoy de equipaje, a fin de aprovechar los caballos para el arrastre de los cañones que aún quedan. ¡Con tal que encuentre intacto el puente! «Si el enemigo —escribe— se hubiese apoderado de la entrada del puente y lo hubiera destruido, sería para nosotros una gran desgracia».

Al día siguiente llegan al río. Ni puentes ni barcas; al otro lado, dos ejércitos, muy superiores en número al francés, y, en medio, un ancho río, de márgenes pantanosas, que hay que cruzar. Pero la dificultad está, precisamente, en cruzarlo.

Napoleón concibe entonces uno de aquellos planes atrevidos y sagacísimos que hicieron glorioso al general Bonaparte. Tenderá una celada a los rusos, atrayéndolos hacia otro punto. Con mil ochocientos jinetes de la Guardia sin caballo, de los que sólo mil cien conservan todavía sus armas, forma dos batallones. Luego manda quemar las águilas de todos los regimientos, pues aun en esta hora tremenda piensa Napoleón en el honor y la gloria y no quiere que sus banderas puedan correr el peligro de caer en manos del enemigo. Hasta pasadas las doce de la noche no se retira a descansar a su tienda, desde la cual oye a Duroc y a Daru, que le creen dormido, discutir en voz queda la posibilidad de una catástrofe. La frase «prisionero de Estado» llega hasta su oído. Instintivamente, sus dedos palpan el saquillo negro que lleva colgado al cuello, e incorporándose en el lecho pregunta:

«—¿Cómo? ¿Creéis que se atreverían?

»—No sería yo quien confiase en la magnanimidad del enemigo — contesta Daru con firmeza.

»—Pero ¿y Francia? ¿Qué diría Francia?».

La respuesta de Daru es una evasiva; pero, al fin, apremiado, replica:

«—Creo, señor, que cuanto antes esté Vuestra Majestad en París, mejor. Estando allí Vuestra Majestad, seguramente podrá salvarnos mejor a todos.

»—¿Eso quiere decir que soy aquí un estorbo?

»—Sí, señor.

»—¿Y que no queréis ser prisioneros de Estado?».

Largo silencio. Por último, el Emperador resume:

«—¿Han sido quemados todos los informes de mis ministros?

»—Hasta ahora, señor, Vuestra Majestad no ha querido permitirlo.

»—Pues bien; vayan ustedes a destruirlos, pues hay que reconocer que nos encontramos en una situación muy apurada».

Ésta es la única confesión de este género hecha por el Emperador durante la campaña de Rusia. En realidad, es la voz de un hombre que se considera ya a sí mismo como un *moriturus*. Pero la Naturaleza es más clemente que el Destino, y pocos momentos después nuestro héroe dormía profundamente.

A la mañana siguiente, mientras el enemigo había sido atraído astutamente más abajo del río y era mantenido a distancia por el fuego de la artillería, los zapadores, sumergidos en el agua helada, entre los témpanos de hielo a la deriva, construían a toda prisa dos puentes. El paso del río dura dos días más. Con la caballería, que cruza la corriente a nado, el ejército consta todavía de unos veinticinco mil hombres. El Emperador, no obstante el peligro de caer prisionero, cada vez más inminente, permanece atrás hasta que todos han cruzado, y, por último, al tercer día, rodeado de la vieja guardia, pasa a su vez el río. Pero todavía hay algunas tropas rezagadas, que perecen los días siguientes entre el hielo y el fuego enemigo.

La semana que sigue, la vida del Emperador se ve por dos veces en peligro. La primera, a causa de un ataque de los cosacos. La segunda, en una conspiración tramada para asesinarle, en la que algunos franceses se encuentran también complicados. El 5 de diciembre, por la mañana, el coronel Lapie, ante la tienda del Emperador, incita al crimen a los oficiales de la guardia de honor prusiana: «¡Éste es el momento, señores!». Se ha convenido que el viejo capitán prusiano degollaría primero al mameluco y luego acabaría con Napoleón. Probablemente, los conspiradores habían visto el *Wallenstein* de Schiller en Alemania. El prusiano, llegado el momento, pretende que el francés sea el ejecutor, pero Lapie dice que no se halla lo bastante seguro de sus hombres. En ese instante, Caulaincourt, a quien la actitud de los conspiradores inspira ciertas sospechas, sale de la tienda, da una palmada y dice: «¡En marcha, señores! ¡Es hora de partir!».

Aquella tarde, el Emperador, que no ha sabido ni una palabra del asunto, reúne a sus mariscales y les dice: «Cuando hable desde mi trono en las Tullerías, seré más fuerte de lo que soy ahora, al frente de un ejército medio destruido por el frío... ¡Ah, si yo hubiese sido un Borbón nacido para reinar, qué fácil me habría sido no cometer ninguna equivocación!». Luego,

apartándose un momento con cada general, les pide su opinión; halaga, encomia, alienta, sonrío y, como de costumbre, acaba seduciendo a todo el mundo. Evidentemente, su objeto es prevenir la posibilidad de un movimiento revolucionario.

Inmediatamente, manda leer a Eugenio su último boletín, el primero en que reconoce el desastre: «Aquellos a quienes la Naturaleza no dotó de un temple lo bastante fuerte para sentirse por encima de todas las veleidades del Destino y de la suerte, pareciendo quebrantados, perdieron su buen humor y no vieron ya sino desgracias y catástrofes; aquellos, en cambio, a quienes creara superiores a todo, conservaron su alegría y su manera de ser habitual, y vieron una nueva gloria en las dificultades que había que vencer». Sólo el frío ha derrotado al ejército. «La salud de Su Majestad nunca ha sido mejor».

¡Qué acento tan metálico y tan, cortante! Una vez más oímos al general Bonaparte, que, habiendo recuperado la confianza en su sino y la salud, se halla en condiciones de emplear nuevamente el antiguo lenguaje. La sentencia incisiva que cierra el comunicado no hay que decir que va dirigida a París, donde hace varias semanas que nada se sabe de su salud. Pero, en conjunto, el tono con que pone fin a la campaña de Rusia, a los seis meses exactamente de iniciada, es de un cinismo heroico. El mando del ejército es concedido a Murat, que queda encargado de volver a nueve mil supervivientes a Francia, y, cosa nueva, sin precedentes: el Emperador abraza a todos los generales presentes. ¿Es el último ardid de un seductor que trata de fortalecer su lealtad vacilante? ¿O bien es la expresión de un sentimiento sincero? En todo caso, cada uno de aquellos veteranos sintió latir contra su pecho, aquella noche, el corazón del Emperador.

Al día siguiente, acompañado de Daru y Caulaincourt, Napoleón parte en trineo. A fin de evitar todo riesgo, viaja con el nombre de su secretario. Su quinto nombre, por así decirlo, ya que el cuarto había sido el de Napoleón.

Galopando a través de la nevada llanura polaca, manda de pronto detener el trineo en una encrucijada. Por allí cerca debe de estar el castillo de la condesa Walewska... ¿Y si le hiciera una visita? Huyendo de Rusia, con el cerebro desbordante de proyectos, abandonando su ejército porque París le necesita y él necesita a París..., y, no obstante, súbitamente, la lírica nostalgia de su idilio frustrado se apodera de él. Pero las súplicas y razonamientos de sus compañeros, que le hacen ver los peligros de la situación, rodeados como se hallan de cosacos que recorren la comarca, pueden más que su deseo y le hacen renunciar. Envolviéndose más apretadamente en sus pieles, busca el

consuelo en el sueño. Cinco días después manda parar el trineo junto a un puente, en las cercanías de Varsovia, y a eso de mediodía penetra con Caulaincourt en la ciudad. Si alguien, por casualidad, lo reconoce, ambos están dispuestos a hacerle frente y declarar que está loco o ve visiones. Napoleón envía a Caulaincourt a la Embajada, mientras él, con objeto de guardar el incógnita, se dirige al Hotel de Inglaterra. La habitación, baja de techo y encalada, que allí le asignan está helada; no hay sino leña todavía verde, y la criada no consiguió encender la estufa. En vista de ello, Napoleón tiene que seguir envuelto en sus pieles, con sus botas de montar y el gorro calado hasta los ojos, mientras pasea de arriba abajo por la habitación, golpeándose el cuerpo con los brazos, como un cochero cualquiera, para entrar en calor.

Así lo encuentran los dos hidalgos polacos a quienes ha mandado a buscar a la Embajada. Éstos apenas pueden dar crédito a sus ojos, pero el aparecido ríe a carcajadas de su estupefacción y les dice:

«¿Cuánto tiempo en Varsovia? ¿Ocho días? Pues bien, no: un par de horas tan sólo. De lo sublime a lo ridículo no hay sino un paso... ¿Cómo está usted, señor Stanislas? ¿Peligros? ¡En absoluto! Mi vida es agitación; mientras más me ajeteo, más valgo. Solamente los reyes holgazanes engordan en los palacios; yo, a caballo y en el campamento. ¿Sabe usted que los encuentro aquí demasiado alarmados? ¡Bah! El ejército está magnífico; tengo 120.000 hombres y he derrotado constantemente a los rusos. Ahora voy en busca de 300.000 soldados. Dentro de seis meses estaré de nuevo en el Niemen».

«¡Ah, mucho peores las he visto! En Marengo me derrotaron hasta las seis de la tarde, pero al día siguiente era el dueño de Italia. En Essling me hice dueño de Austria. Aquel archiduque se figuró que podría detenerme; pero claro está que yo ni nadie puede impedir que el Danubio suba dieciséis pies en una noche. ¡Ah, sin eso, la monarquía austriaca era cosa acabada! Pero ¡estaba escrito que me casaría con una archiduquesa de Austria!».

»Igualmente, en Rusia tampoco puedo impedir que hiele ni que cada mañana vengan a decirme que he perdido 10.000 caballos en una noche. ¡Qué se le va a hacer! Nuestros caballos normandos son menos resistentes que los rusos, y lo mismo pasa con los hombres. Quizá no faltará quien diga que me estuve demasiado tiempo en Moscú, pero hacía un tiempo hermoso y esperaba allí la paz. ¡Ah, es un magnífico escenario político! Quien nada arriesga, nada gana. De lo sublime a lo ridículo no hay sino un paso. Pero la verdad es que ¿quién se iba a figurar que se les ocurriría un golpe como el

incendio de Moscú? Jamás me he sentido mejor, y cuando tenga el diablo en el cuerpo, todavía me sentiré mejor, si cabe».

Tal es el diapason de las palabras que durante un par de horas brotan sin cesar de la boca de un hombre que, habiendo sufrido las pérdidas más terribles se empeña, no obstante, en dar la impresión de un valor desesperado.

Napoleón ha vuelto a ser el aventurero. Para impresionar a los polacos, que se apresurarán a divulgar lo que diga, inventa un ejército desde hace tiempo desaparecido, un frío y unos hielos que en realidad no hicieron sino rematar la destrucción iniciada por otras fuerzas, y batallas que nunca existieron. Entrevera todos estos infundios con paralelos históricos de significación mundial; habla de lo que acaba de suceder como si ya fuera historia antigua; apela a la Providencia poniéndola por testigo y repite nada menos que cuatro veces el aforismo grandioso y cínico sobre lo sublime y lo ridículo, que trata de embotar por adelantado el filo de toda crítica. Aunque un gran realista, el mundo, y lo que está haciendo con él se convierten en drama ante sus ojos, y Napoleón, en el momento precisamente en que su estrella comienza a declinar, asciende lentamente hacia la ironía suprema.

Los dos polacos no ven nada de todo esto. Sus pensamientos se concentran en las deudas del país, y todo su esfuerzo tiende a conseguir algún dinero de este hombre que todavía cuenta entre los grandes de la tierra. Apenas encuentran un resquicio en el torrente verbal del Emperador, aprovechan la ocasión, consiguiendo un bono sobre el Tesoro de seis millones, que Napoleón les otorga pensando que aquello le conquistará cierta popularidad en Polonia. Por último, los dos visitantes le despiden y, no sin cierta burla escondida, miran alejarse en su trineo al ilustre viajero.

Día y noche, noche y día, resbala el trineo hacia Occidente, pues también Alemania se halla cubierta por la nieve. Día y noche, noche y día, preguntas, proyectos, órdenes, bullen y se entrechocan en el espíritu de Napoleón. Realmente, ¿será invencible Inglaterra? Ahora, los ingleses podrán comerciar con toda libertad en el Báltico, y sus productos tendrán libre acceso a Cádiz y encontrarán abierto el camino hacia Levante... Sí, habrá que renunciar a la conquista de la India; pero, en cambio, de sus otros proyectos no rebajará ni un ápice... ¿Y la Confederación del Rin le obedecerá aún, como antes? ¿Y el desastre de Rusia, cómo explicarlo? Pues no cabe duda de que no es posible ocultarlo indefinidamente... Por otra parte, ¿podrá levantar en Francia otros 120.000 soldados? El año próximo habrá que llamar a la quinta con anticipación. Y que hacer inmediatamente las paces con el Papa y con España,

a fin de no tener que guardarse las espaldas. La Guardia Nacional: no cabe duda de que ésta fue la mejor ocurrencia de la Revolución. De este modo podrá disponer dentro de tres meses de un millón de ciudadanos armados...

«—¿En dónde estamos?

»—En Weimar, señor.

»—¿Weimar? ¿Cómo está la Duquesa? ¿Y cómo está el señor Goethe?».

VIII

Cuarenta espinazos doblados reciben a su vuelta a la patria al vencido caudillo. El espectáculo le confirma en su convicción de la estupidez y debilidad de los hombres, que realmente no desean sino vivir en cadenas, al par que le reaviva el desprecio por la humanidad en general. Pero esta vez los barrotes dorados de la jaula en que se encerrara el hijo de la libertad interceptan su mirada, habitualmente tan sagaz. No advierte que el pueblo está cansado e insatisfecho, y, en lugar de seguir el ejemplo de su propia juventud, en lugar de reconocer sus faltas, con esa franqueza que desarma a la misma malevolencia, adopta la actitud del César ante sus funcionarios serviles y echa la culpa a los elementos confabulados en su contra, olvidando que ayer mismo se vanagloriaba de poder dominarlos y dirigirlos a su antojo.

Durante los nueve días que ha durado el viaje de Varsovia a París, el humor incierto y azaroso del aventurero ha ido cediendo el sitio paulatinamente a la ambición flexible y a la voluntad autoritaria del dominador. Aunque el invierno ha sido en Rusia más tardío que de costumbre, no vacila en afirmar lo contrario, y declara: «Mi ejército ha sufrido pérdidas considerables, pero el rigor prematuro de la estación ha tenido la culpa... El Rey de Nápoles no está capacitado para el mando; en cuanto me marché, perdió la cabeza... Sin embargo, todavía tengo trescientos batallones, sin necesidad de retirar un solo hombre de España».

¿Será posible que su desprecio a los hombres haya llegado al punto de poder contar semejantes fábulas a personas inteligentes y enteradas, que saben a qué atenerse desde hace ya meses? Pero la conciencia de estos hombres no se halla tranquila. Se sienten responsables del movimiento de octubre, o, cuando menos, culpables de no haberlo ahogado en germen cuando todavía era tiempo. En cambio, el Emperador, aunque en su fuero interno no tenga más remedio que acusarse a sí mismo, se siente encantado de poder asumir el papel de acusador de los demás, irritado como se halla contra ellos de que, en el momento decisivo, todos olvidaron a la Emperatriz y al heredero del trono.

Y en palabras memorables, a la primera recepción en las Tullerías, se las cantará bien claras a sus consejeros:

«Los soldados tímidos y cobardes pierden la independencia de las naciones, pero los magistrados pusilánimes destruyen el imperio de las leyes, los derechos del trono y el mismo orden social. Cuando emprendí la regeneración de Francia pedí a la Providencia un determinado número de años. Pues si se destruye en un momento no es posible reedificar sin el auxilio del tiempo. De nada precisa tanto el Estado como de magistrados animosos. Nuestros padres tenían por divisa: *¡el Rey ha muerto; viva el Rey!* Estas pocas palabras contienen las principales ventajas de la monarquía. Yo creo haber estudiado a fondo el espíritu de que mis pueblos han dado muestras en estos últimos siglos, y he reflexionado largamente en cuanto fue llevado a cabo en las diversas épocas de nuestra historia, y todavía seguiré reflexionando... A esta tenebrosa metafísica que, buscando con sutileza las causas primeras, trata de fundar sobre esta base la legislación de los pueblos en vez de apropiarse las leyes al conocimiento del corazón humano y a las lecciones de la Historia, conviene atribuir todas las calamidades sufridas por nuestra hermosa Francia...».

Si no fuera por esta bonita frase sobre la Historia y el corazón humano, nada habría en este discurso que no hubiera podido suscribir el emperador Francisco u otro soberano cualquiera, en calidad de exposición ortodoxa de la doctrina monárquica. ¿A qué, pues, seguir riñendo sobre el particular? Desde el momento que el mismo hijo de la Revolución reconoce la supremacía de la tradición, ¿a qué continuar la vieja disputa entre una y otra? ¿Qué importa que un heredero se apellide Borbón o Bonaparte, con tal que sea legítimo? Comparando los dos padres, veremos que ambos vienen, al fin y al cabo, a ser lo mismo. Y he aquí cómo su matrimonio con la hija de un soberano por derecho divino ha venido a complicar el problema y a sofisticar su propio genio.

¿O bien... no cree sino a medias en lo que está diciendo? No hay que olvidar que ya antes de iniciar la campaña rusa había expuesto francamente sus planes a Metternich: «He puesto una mordaza al Cuerpo Legislativo. Así, no tendré más que cerrar con llave la puerta de la sala de sesiones y guardármela luego en el bolsillo. Francia se presta menos a las formas representativas que otros muchos países. Daré una nueva organización al Senado y al Congreso. Continuaré nombrando a los senadores para todos los puestos... De este modo tendré una verdadera representación, compuesta toda

ella de personas avezadas y expertas. Nada de charlatanes, nada de ideólogos, nada de oropel. De esta guisa, Francia será un país bien gobernado, aunque salga un monarca haragán, como seguramente saldrá. Bastará para ello el modo de educar a los príncipes».

Estas ideas cesaristas delatan al monárquico; pero también al escéptico. Aunque cada vez que enseña a la gente el retrato de su hijo asegura que es el niño más hermoso de Francia, él sabe de sobra que las dinastías suelen durar mucho más tiempo que el genio que las originara y que es más fácil transmitir el poder que la inteligencia. Previendo la decadencia de su propia sangre, y sabiendo lo que esta decadencia es por los anales de las otras casas reinantes, trata de eliminar ya a todos los irresolutos y dudosos a fin de fortificar de antemano la situación de su heredero. Por lo mismo que conoce la debilidad paradójica de la monarquía, intenta construir la suya sobre cimientos de roca.

Por el momento, se trata sobre todo de consolidarla por medio de la espada. ¿Cuál ha sido el fruto de estos movimientos marciales con que llevara sus legiones a través del tablero de Europa? ¿Cuál el resultado de aquellas carpetas de cuero, que, si contenían la sentencia de muerte de miles de mozos, también encerraban el bastón de mariscal para los mejores de ellos...? De la antigua Guardia, 400 hombres, 800 de la guardia montada, han conseguido llegar a Königsberg, y unos cuantos millares de oficiales y sargentos, enfermos o inválidos en su mayoría, han sobrevivido a las borrascas de la guerra. Excepción hecha de las tropas auxiliares, que no se hallan bajo las órdenes directas de Francia, eso es todo lo que queda de las huestes del Emperador. El mariscal Ney, en su huida de Rusia, recuerda a un héroe de la tragedia griega, cuando al llegar a Prusia y entrar en la primera oficina prusiana que se encuentra en el camino, responde con un gesto soberbio a quienes le preguntan incrédulamente, resistiéndose a reconocerlo: «¡Soy la retaguardia del Gran Ejército!».

A toda costa es preciso constituir ahora un nuevo ejército, y constituirlo en unas cuantas semanas. La quinta de 1813 suministrará 140.000 reclutas, pero y los demás ¿de dónde sacarlos? ¡No importa! El Emperador tiene una varita mágica y puede hacer brotar de la tierra los hombres que necesita. Hacer votar una nueva ley bastará para que pueda disponer de la Guardia Nacional y para sacar otros 80.000 hombres de las provincias francesas. A los que habrá que añadir otros cien mil pertenecientes a las quintas antiguas y los mozos de la quinta siguiente, que, en realidad, no deberían ser llamados a las filas hasta 1814. El caso es que pronto tendrá otra vez medio millón de hombres en

armas.

«El pueblo francés —como dice al representante de Prusia— me seguirá a todas partes, y, si es preciso, armaré a las mujeres».

Con voluntad inflexible, hace brotar de la nada la maquinaria innumerable que exige su industria. Pero ¿cómo explicar al pueblo estas medidas inesperadas? El enemigo, al fin y al cabo, está lejos de las fronteras.

En este trance, un excelente pretexto viene a servir sus planes. Al finalizar el año, el general prusiano Yorck, de *motu proprio*, concluye un acuerdo con sus vecinos de Rusia, según el cual declara neutrales las fuerzas de su mando, abriendo así la puerta a un cambio de la situación militar, que desde hacía tiempo viniera deseando el pueblo alemán. Pero, por lo pronto, el incidente va a servirle a Napoleón para atizar el entusiasmo de los franceses. De momento, la traición del aliado le cuesta veinte mil hombres, pero, en cambio, le sirve de pretexto para un manifiesto al pueblo de París y para escribir en términos amenazadores a los príncipes de la Confederación del Rin, declarándoles que en manera alguna necesitaría de su ayuda si no fuese porque el abandono de Yorck le obligaba a trasladar su ejército.

El ultimátum es obedecido. Los príncipes alemanes, empezando por el Habsburgo, reúnen una vez más tropas y dineros. Uno de ellos hasta es lo bastante servil para mandar a decir que se encuentra «encantado de que el Emperador le ofrezca la ocasión de ganar nuevos laureles». El Rey de Prusia, por su parte, destituye a Yorck y ratifica al Emperador la seguridad de su alianza. A pesar de lo cual se las entiende bajo cuerda con el Zar, se traslada a Breslau e intenta conservarse entre dos aguas, mientras una oleada de entusiasmo nacionalista inunda Prusia, amenazando desbordar de sus fronteras y anegar en su ímpetu al endeble monarca. La juventud, los políticos y los escritores toman parte en el movimiento y hacen una propaganda ahincada. En ese momento surge Stein, y todo el mundo ve en él al hombre más indicado para negociar por cuenta del país con el Zar. Stein se deja convencer y parte para Königsberg, con objeto de iniciar las negociaciones.

Pero el Emperador continúa alerta. En una circular pone en guardia a los príncipes alemanes contra las intrigas de aquellos que «por medio de la rebeldía y la revolución tratan de dar a Alemania un nuevo régimen, sin tener en cuenta que, de conseguir insuflar a los príncipes alemanes ese espíritu de rebelión, las consecuencias para el país serían terriblemente calamitosas».

Napoleón comienza a sentir el palpitar del nuevo espíritu. Por vez primera

parece advertir el desarrollo de un sentimiento nacional entre los alemanes, lo mismo que entre los españoles. Poco antes de la campaña de Rusia había dicho que, para mantener tranquilos y en paz a los alemanes, seguramente sobraba con alguno que otro sereno o vigilante nocturno. «Como los alemanes no tienen América alguna en que refugiarse, ni mares para protegerse, ni muchas fortalezas que digamos, y puesto que no hay entre ellos los ingleses que se encuentran en España, nada puede temerse de ellos, aunque fuesen tan supersticiosos y tan clericales como los españoles. ¿Qué temer, realmente, de un pueblo de buenas personas, tan razonables, tranquilas y pacientes, y tan poco inclinadas a los excesos que ni un solo asesinato se ha producido en toda Alemania durante la guerra?».

Pintura singularmente exacta de los alemanes, aunque haya en ella un ligero error de cálculo. Napoleón advirtió el romanticismo latente de este pueblo, que constituye una de sus características esenciales y que es preciso tener muy en cuenta para su genuina comprensión. Pero claro está que un italiano, de imaginación fogosa, no podía advertir la naturaleza de una imaginación como la alemana, lenta y sosegada. Por otra parte, Napoleón, que sabía lo monárquicos que son en su sentir los alemanes, creyó sin duda que, con tener a los monarcas en su poder, era ya también dueño absoluto del pueblo alemán.

Además... ¿constituían, realmente, un pueblo los alemanes? ¿Era este reino, en liquidación diez años antes por la abdicación del último de los emperadores, otra cosa que un «concepto metafísico»? La unión, no obstante, de estos pueblos alemanes, aunque efectiva, sólo duró un instante, dos años apenas. En cuanto la fuerza del enemigo quedó rota, volvió a prevalecer la separación. Y tendrá que pasar todavía medio siglo, y que amenazarlos de nuevo otro Napoleón, para que, al fin, lleguen a formar una nación..., por fragmentaria que ésta sea. Pero, de momento, tan atrofiado estaba en Napoleón el sentido de la nacionalidad, que las querellas y envidias de los príncipes alemanes le hicieron creer, de buena fe, en la imposibilidad de una unión por parte de los pueblos que regían, cuando, en realidad, de haber sido capaz de comprender la verdadera naturaleza de las fuerzas en acción, habría visto que precisamente aquellas querellas de las casas reinantes eran el único obstáculo que venía retrasando la fusión de pueblos tan íntimamente afines.

Pero el azar de la Historia determina a veces el ritmo de una época, aun en contra de la voluntad del genio que la anima. El espíritu revolucionario cambia, por aquel entonces, de campo, y así como Bonaparte, en nombre de la

libertad, venciera a los príncipes incitando a los pueblos a levantarse contra ellos, así ahora, en nombre de la libertad, se levantan los pueblos contra él, rey de reyes. Sin duda, este gran movimiento del Destino se halla complicado y deformado por un sinfín de elementos menores y mezquinos y seguramente que no es la fuerza del legitimismo la que ahora, al cabo de veinte años, concentra y aguza sus energías contra el espíritu de la revolución. Pálidos, trémulos, desunidos, sin una sola gran figura entre ellos, los príncipes de la liga hacen frente al gigante solitario, que reina en virtud de su propia fuerza.

Pero el hecho de que los pueblos de España y Alemania empujen a sus soberanos a la lucha presta al trágico derrumbamiento del usurpador una cierta apariencia de justicia, y ésta es la razón de que los espectadores encontremos más soportable el espectáculo de la matanza del león, saeteado por tan numerosa cáfila de cazadores novicios.

IX

Llena de ansiedad, Leticia contempla a su hijo. El rostro de éste aparece nublado, aunque no dé suelta a sus pensamientos sombríos. ¿Qué podrá hacer ella para ayudarlo...? ¿Sus íntimos? Muchos de ellos, bien claramente lo ve ella ahora, le están traicionando. Sus hermanos, en cambio, aunque él no tenga en gran cosa sus capacidades intelectuales, le podrían servir de algo; aunque no fuese más que de apoyo moral...

Así, sin más reflexiones, Leticia escribe a Londres y a Graz, allanando el camino de la reconciliación. Y, al fin, un día, después de diez años de ausencia, llega una carta del ambicioso Luciano, que asegura estar siempre a las órdenes de Napoleón.

Pero el Emperador no puede creer que él, el más poderoso de la familia, necesite la menor ayuda de los demás. Aunque siempre consideró a Luciano como el más capaz de los hermanos, le contesta, por mediación de su madre y con gesto imperial: «Le ruego tenga la bondad de escribirle en mi nombre que su carta ha impresionado mi corazón. Le he destinado el trono de Toscana; que reine en Florencia y haga revivir allí los tiempos de los Médicis, ya que es aficionado a las artes». Pero recibirle en el centro mismo de la acción, junto a él, eso ya es otra cosa... En cuanto a Luis, el exrey de Holanda, que también se ofrece a consagrar sus esfuerzos a la causa de Francia (en la medida compatible con su honor, claro está), y que une a la carta su último volumen de versos, todavía recibe una respuesta más seca y altanera: «La idea que te haces de mi situación es absolutamente equivocada. Tengo un millón de hombres en pie de guerra y doscientos millones en mis arcas. Y Holanda continúa siendo francesa... Por otra parte, siempre te acogeré como un padre que te ha educado».

El Emperador lee esta carta a su madre antes de enviarla. Ella trata de atenuar su aspereza con una larga carta llena de halagos, encomiando la hermosura de los hijos de Luis e instándole a venir cuanto antes a París, y

termina: «El Emperador ha olvidado entregarme tus poesías, pero se las voy a pedir y en mi próxima carta te hablaré de ellas».

Al día siguiente, la infeliz encuentra un artículo violentísimo en el *Monitor*, por el que se entera de que el Rey de Nápoles tiene que mandar regresar a sus delegados de Viena. Y cuando pregunta qué significa ello, sus amigos la informan, a medias palabras, de que Carolina ha hecho que Murat intrigue con los Habsburgo, de lo que resulta que la tal pareja está jugando con dos barajas. Leticia escribe inmediatamente regañando a su hija. Pero en este momento recibe una carta de José, que está muy irritado contra Napoleón, porque se le figura que éste no le ayuda como debiera en la guerra de España. Y he aquí, de nuevo, a la pobre vieja tratando de apaciguar al hijo mayor y al resto de la progenie: a Jerónimo, que el Emperador ha desterrado, después de reprenderle públicamente, y a Hortensia, que se empeña en evitar la vuelta de Luis a París.

Cumplidos ya hace tiempo los sesenta, Leticia Bonaparte dedica todos sus esfuerzos a mantener la paz en el seno de la familia, entre hijos, hijas, yernos y nueras. Pero no puede menos de pensar que esa grandeza y esa gloria que todo el mundo envidia a su familia no les ha traído, realmente, sino discordias, celos, odios y traiciones. Su pensamiento se vuelve hacia su isla natal, donde todos sus consanguíneos formaron siempre un solo haz, estrechamente unido, frente a las demás familias, igualmente unidas. Sus ojos, además, aunque viejos y cansados, son penetrantes y clarividentes, y no pueden menos de advertir que la estrella de los Bonaparte palidece ya en el firmamento.

El Emperador, impasible, apenas cuida de estas cuestiones. En su actual situación, no las considera sino desde un punto de vista puramente político. Sin duda no tiene más remedio que confesarse a sí mismo que Murat y Carolina le son traidores; pero a él lo que realmente le importa es el medio de conservar a sus órdenes las tropas de Murat. Y, con ese objeto, escribe a Carolina en tono conciliador e informa a Murat sobre la próxima campaña, pidiéndole algunas tropas, que Murat accede, por fin, a enviar, pues tanto él como Carolina piensan que, al fin y al cabo, es muy posible que Napoleón resulte nuevamente victorioso, y ambos temen por su trono. Pero, al mismo tiempo, deseando estar a cubierto por el otro lado, pactan secretamente con los ingleses y con el ex Rey de Sicilia, cuyos dominios vienen, por otra parte, usurpando.

El mismo Napoleón trata de reconciliarse con Bernadotte, aunque todo le

prueba que el príncipe heredero de Suecia es un pariente felón y enemigo de su dinastía. Como prenda de alianza y recompensa de victoria le ofrece la Pomerania. Pero a Bernadotte no le parece suficiente, y, aunque francés, prefiere sumarse a la coalición contra Francia. Su ambición es reinar en ella. ¿Qué es Pomerania en comparación con Francia? Por si fuera poco, Bernadotte concluye un acuerdo especial con Prusia. En Berlín se encuentra con Mme. Staël, y ambos compatriotas del Emperador, unidos por su odio común, conspiran contra él en medio de aquellos prusianos desorientados y oprimidos.

Un tercer enemigo, al que intenta atraerse Napoleón durante aquellas semanas de fiebre, es el Papa, todavía cautivo en Fontainebleau. Con la ayuda de algunos prelados adictos a la causa imperial y poniendo en juego toda su seducción personal, el Emperador consigue al fin persuadir a Pío VII. ¿Cuál no será el poderío de la Iglesia cuando se haya restablecido el catolicismo en toda Alemania! Tal es el tema del Emperador. Y mediante algunas insignificantes concesiones de forma, acaba, a fuerza de habilidad y de astucia, por asegurarse un nuevo Concordato que le permite, por lo pronto, la recluta de nuevos soldados católicos en todos los países que se hallan bajo su férula. Una semana después, el Papa, cambiando de humor o de manera de pensar, intenta revocar el Concordato, pero entonces le dice Napoleón, sonriendo: «¡Vuestra Santidad es infalible y no puede haberse equivocado al firmar este convenio!».

Durante estas semanas, su súbito deseo de paz parece extenderse por toda Europa. El Papa quiere la paz en el Vístula, y Metternich la quiere en Londres. El conde Bubna, con quien Napoleón negociara años antes en Schönbrunn, no puede ni conceder ni negar las tropas pedidas por el Emperador. Así, en este mes de febrero, con sólo pedirla, se habría tenido la paz en excelentes condiciones. ¿Qué razón, pues, pudo tener Napoleón, necesitando como necesitaba la paz más que nadie, para poner condiciones inaceptables?

Durante diez años ha tenido el Emperador que sufrir una guerra tras otra, como consecuencia de sus primeras victorias. Hoy, en cambio, que se encuentra en mayor peligro que nunca y en un aislamiento creciente, el deseo y la voluntad de la guerra laten en él como en los primeros tiempos de su carrera. Invencido, no habría tenido inconveniente en envainar la espada; pero ahora, que ha sido, al fin, derrotado, le roe el ansia de nuevos triunfos. Pero aunque su gloria se haya empañado en Rusia; aunque su alma arda en el deseo

de nuevas victorias para sí mismo y para Francia, ello no es sino simple pretexto del Destino. En realidad, es un carácter obstinado, y en los tres congresos de este año de 1813 demostrará su obstinación inflexible. La verdadera razón es que todos los elementos de su ser han desencadenado al fin y arrollan impetuosamente cuanto encuentran delante, avanzando, «de acuerdo con la naturaleza de las cosas», por un camino del que ya no le será dable apartarse, hasta llegar a su fin tremendo...

¡Adelante! Puesto que la guerra es inevitable, en todas partes los aliados se preparan a ella. Inglaterra trata con Suecia y Prusia; para congraciarse con esta última, el Zar renuncia a sus pretensiones sobre la Prusia oriental; Prusia llama a toda Alemania a las armas; Austria concierta una tregua con Rusia y trata de llegar a un acuerdo con Sajonia y Baviera y hasta con el rey Jerónimo. El emperador Francisco retira sus tropas de Cracovia, so pretexto de tenerlas en reserva para la próxima campaña.

«¡El primer paso hacia la deserción!», exclama Napoleón al recibir la noticia. En vista de lo cual tendrá, a su vez, que retirar sus tropas del Vístula al Oder. Una vez más, ofrece Silesia a Viena. Pero el ofrecimiento es rehusado amablemente, pues el papel de Austria deberá ser el de mediador en armas.

Mientras el mundo entero se prepara así para la lucha y, a mediados de marzo, se da en París la primera señal con la declaración de guerra de Prusia, Talleyrand, desde su emboscada invisible, dice sonriendo: «Ha llegado el momento en que el emperador Napoleón va a convertirse en rey de Francia». Singular ejemplo de videncia por parte de un hombre que no podía sino esperar que no se llegara a una solución tan sensata; aunque no por eso, en el fondo, dejara menos de desearla.

Sin embargo, las cosas han ido ya demasiado lejos, y no sólo por lo que se refiere al reclutamiento de las tropas, sino también por lo que al espíritu de los espectadores atañe. Todo el mundo sabe que la lucha final y decisiva es inminente y que nada puede ya evitarla. El único que habría podido detener la marcha de los acontecimientos, y se negó a hacerlo, es un hombre a punto de agotamiento y desterrado por su propia falta, casi a pesar suyo. Y cada vez hay más señales que demuestran este agotamiento y cansancio crecientes...

Ante todo, la sencillez, la falta de aparato que exige en torno suyo. «Quiero llevar conmigo mucha menos gente, menos cocineros, menos vajilla, menos utensilios de tocador... Tampoco quiero ningún paje conmigo, pues de

nada sirven... Disminúyase igualmente el número de las cantinas; en lugar de cuatro camas, no llevar más que dos; en lugar de cuatro tiendas, dos solamente, y los muebles en proporción». Al mismo tiempo ordena que le hagan el plano de un palacio pequeño, más bien agradable que hermoso, dos cualidades que son incompatibles; «deberá estar situado entre jardines y patios; quiero poder pasar de mis habitaciones al jardín y trasladarlas a mi antojo del lado del mediodía al lado norte. Que los planos sean concebidos como si se tratase de una casa para un particular acomodado... Este hotelito deberá ser un lugar de reposo o la mansión de un hombre al declinar de su vida».

En 1805, en la plenitud de sus facultades, ya había dicho: «Un hombre sirve poco tiempo para la guerra. Calculo que todavía podré ser guerrero otros seis años; pasados éstos, tendré que renunciar al oficio de la guerra».

Cuatro meses después de su regreso de Rusia está de nuevo en campaña. Su aspecto es sereno, aunque un tanto cansado, en el momento en que sube a la carroza de viaje que le aguarda en el patio de Saint-Cloud. Reclinado en los cojines, se lleva la mano a la frente y bruscamente le confiesa a Caulaincourt, que le acompaña, su contrariedad. «Me habló con emoción de lo que sentía tener que separarse de su querida Luisa y de su hijito. “Envidio el destino del último aldeano de Europa —me dijo—. A mi edad, ya ha pagado su deuda a la patria y puede quedarse en casa, rodeado de su mujer y de sus hijos. A mí, en cambio, otra vez el Destino inexorable me conduce al campo de batalla”».

Todo esto siete años nada más después del programa antes citado. En presencia de este estado de alma en que parece predominar la depresión, de estas sombras que entenebrecen su espíritu, se pregunta uno si serán simplemente la consecuencia de la catástrofe de Rusia. ¿O no serán más bien las causas esenciales de las nuevas derrotas? En todo caso, tal es el humor melancólico de un hombre prematuramente viejo, cuya obra se ve con frecuencia interrumpida por la enfermedad y que cada vez siente predominar más en él las inclinaciones naturales de un hombre que se va acercando a la cincuentena. Él sabe que su cuerpo, rápidamente consumido en la llama violenta de su actividad, no llegará a la robusta senectud de su madre y algunos otros de los suyos, y aspira ya solamente a pasar el anochecer de su vida en paz junto a sus ares...

Estado de espíritu muy semejante al que echara en cara a sus mariscales, no hace todavía un año, en Dantzic, cuando los acusó de preferir una vida regalada en sus fincas a la más gloriosa, aunque también más dura, de una

campana con él. Pero, al fin y al cabo, ¿no es el deseo natural en un hombre que lleva veinte años de trabajo incesante y que ha escogido la abeja por emblema?

Desgraciadamente, aquellos a quienes la Parca concedió las alegrías más embriagadoras en la juventud, tienen más tarde que pagarlo en la edad madura. Glorias y triunfos como los suyos pueden alguna que otra vez alcanzarse, pero no debe esperarse poder gozar de ellos. Desafió a los dioses, y los dioses aceptaron el reto...

X

La primera revista en Maguncia sólo reúne 180.000 hombres en vez de los 300.000 que había esperado encontrar Napoleón. El ejército se halla muy escaso de fuerzas de caballería e insuficientemente equipado a causa de la premura; los mejores cañones se han perdido en Rusia o se encuentran inmovilizados en España; el Estado Mayor ha sido diezmado; los servicios sanitarios dejan bastante que desear. Napoleón advierte todas las faltas, pero, aun así, pese a toda su imperfección, este ejército recuerda antiguos tiempos y felicidades pretéritas. Evoca aquellos días abriales en Cannes y Niza, diecisiete años antes, cuando tomó el mando de un ejército hambriento y andrajoso, para llevarlo, más allá de los Alpes, hacia la victoria. Estos recuerdos, que invaden tumultuosamente su espíritu, despiertan las antiguas energías, y la nueva campaña es inaugurada con estas palabras oscuras, en que vibran a la vez el ardimiento y la desesperación: «Conduciré esta guerra a lo general Bonaparte».

Tal es la divisa, mezcla de ímpetu y de reserva, con que se lanza a la primera batalla. En Lützen se expone al peligro más de lo que viniera haciendo en los últimos años. Durante el primer día de lucha puede decirse que no cierra un momento los ojos; el segundo día, como todo va bien, manda extender por tierra su piel de oso, en medio del cuerpo de ejército de Marmont, y consiente, al fin, en descansar; pero una hora más tarde, cuando, por orden suya, vienen a comunicarle el estado de la batalla, que toca ya a su fin triunfalmente para él, se pone en pie de un salto y exclama irónicamente: «Aquí sí que podría decirse que la fortuna viene durmiendo».

Pero apenas ha ganado el general esta victoria, cuando ya el político prevalece de nuevo envía cartas a derecha e izquierda anunciando la noticia y exagerando su alcance; obliga a decidirse al vacilante Rey de Sajonia y habla a los príncipes de la Confederación del Rin de la Providencia y los destinos de la guerra, una y otros constantemente en su favor; envía a sus ministros a las avanzadas rusas; bruscamente, y fuera de todo protocolo, ofrece Polonia al

Zar, a cambio de Prusia, e insinúa otras combinaciones territoriales, hasta que Alejandro acaba por hacerse el desentendido. Hasta escribe al emperador Francisco, haciendo, contra su costumbre, su propio elogio: «Aunque habiéndome empeñado en dirigir personalmente todos los movimientos de mi ejército y habiéndome encontrado a veces al alcance de la metralla, no he sufrido el menor accidente». En suma, sus palabras, como sus actos, son los de un hombre que se siente débil y trata de aparentar la fuerza. A partir de este momento, las advertencias del hado menudean.

No obstante, poco después logra otra victoria en Bautzen, aunque esta vez no coge ningún prisionero. El segundo día de la batalla, acompañado de Caulaincourt y de su amigo Duroc, que desde hace diez años no le abandona un instante en el combate, le vemos cabalgando bajo el fuego enemigo, entre los muertos y los heridos. Seguido de sus ayudantes, se dirige hacia un altozano próximo, envuelto en una nube de humo y de polvo. Un árbol, junto a él, salta hecho astillas por un proyectil enemigo. Impasible, Napoleón continúa galopando, sin fijar la atención en nada de lo que ocurre cerca de él. Una vez llegado a la cima del otero, un oficial le comunica, tartamudeando, la noticia:

«—Acaban de matar al mariscal Duroc...

»—¿Duroc? ¡Imposible! Si hace un momento estaba a mi lado...

»—La granada que partió el árbol mató, de rebote, al duque de Friul».

El Emperador regresa lentamente hacia sus cuarteles y dice a Caulaincourt:

«—¿Cuándo se cansará el Destino...? ¿Cuándo acabará esto...? ¡Ah, Caulaincourt, mis águilas aún triunfan, pero la suerte que las acompaña ha huido...!».

Duroc no ha muerto instantáneamente; todavía le queda un soplo de vida. Angustiosa entrevista del Emperador con el moribundo, cuyo aspecto, medio destrozado como se halla por la granada enemiga, es tremendo. Ambos hombres se despiden con los ojos arrasados en lágrimas. Y Duroc susurra: «En Dresde te lo dije..., la voz secreta no me ha engañado... ¡Ah, todo no ha acabado aún...! Dame opio...».

Este acento, este súbito tuteo, la súplica postrera de un hombre que nunca temió la muerte... El Emperador abandona la choza con paso inseguro.

Junto a una granja vecina contempla largamente el sitio en que cayó su

amigo; luego continúa hacia el lugar donde ha acampado la guardia, en torno a la tienda imperial. Y aquella noche pasa la velada solo, sentado en un escabel, aparte de su séquito, envuelto en un capote gris, sombrío, cejijunto... Con oído distraído escucha los rumores del campamento, el bullicio de los soldados, que acaban en ese momento de cenar, el grito monótono de los centinelas. En la lejanía resuena una canción entonada a coro por unos cuantos soldados. Las hogueras arden en la penumbra de esta noche de mayo; dos aldeas, incendiadas, iluminan el horizonte como dos gigantescas antorchas... Un oficial, que se acerca con paso indeciso, vacila un momento antes de darle la noticia. Pero ya el Emperador la adivina sin oírla. Duroc ha muerto.

Al día siguiente manda comprar un terreno donde erigir un monumento conmemorativo, y él mismo compone la inscripción: «Aquí el general Duroc, duque de Friul, Gran Mariscal del Palacio del Emperador Napoleón, herido gloriosamente por una granada enemiga, murió entre los brazos de su amigo el Emperador».

Realmente, el general Bonaparte no acostumbraba antaño tener tiempo de sobra para estos sentimientos. Y si los experimentaba, ocultábalos cuidadosamente, sin detenerse un instante en su carrera vertiginosa, al punto que ni aun la traición de Josefina pareció, por aquel entonces, hacer mella en él. Perseguir a los rusos, a través de Silesia, hasta Polonia; aprovechar las vacilaciones de los aliados y, mediante una rápida sucesión de victorias sobre sus enemigos, convencer a los austríacos titubeantes de que abracen, por fin, su causa: tal era la misión y la línea de conducta que ahora parecía imponérsele. Años después hubo de confesar francamente que el no llevarla a cabo fue, sin duda, el mayor error de su vida. Pero, una vez más, las consideraciones políticas del Emperador prevalecen sobre las actividades del caudillo. Y, realmente, fuerza es confesar que no sin cierto motivo, pues las cartas y los informes particulares que le llegaban de Francia demostrábanle el ansia de paz que se hacía sentir en todo el país. «Lo que especialmente me llevó a proceder de aquel modo fueron los preparativos de Austria para la guerra y el deseo de ganar tiempo. Ello fue lo que me indujo a interrumpir la serie de mis victorias». A comienzos de junio conviene en Silesia una tregua de seis semanas, dando así tiempo a sus adversarios para acabar de ponerse de acuerdo en los congresos de Reichenbach y Praga.

¿Se engañará acaso respecto al estado de ánimo de los príncipes alemanes, a la sazón un tanto vacilantes? Napoleón los conoce a todos: «los sajones son

tan alemanes como los demás y de buena gana seguirían el ejemplo de Prusia; el Rey me es adicto, pero no me fío de las tropas. La imprudencia de Austria no tiene límites. Con palabras melosas trata de arrancarme la Dalmacia y la Istria... Nada más pérfido que la Corte de Viena. Si le concediera hoy lo que me pide, mañana reclamaría Italia y Alemania». Ahora, que ve al monarca Habsburgo dispuesto a pasarse al enemigo, aunque demasiado tarde comprende el error que ha sido su casamiento, con el que nada ha ganado, perdiendo, en cambio, mucho. Su propio sentimiento patricio de familia le hizo creer que debía haber también un sentimiento de familia imperial y que la ayuda mutua, sin duda, era también un dogma entre los soberanos. Engañado a este respecto y convencido de la equivocación, nuevamente se deja sentir en su acento el antiguo desprecio por los monarcas hereditarios. Una y otra vez repite sin ambages a sus íntimos lo que piensa de los reyes de nacimiento:

«Entre esos hombres nacidos en el trono, los lazos de la Naturaleza no tienen el menor valor; el interés de su hija y de su nieto no harán que Francisco se aparte ni un ápice de lo que decida el Gabinete austríaco... ¡Ah, por las venas de esos hombres no es sangre lo que corre, sino política helada...! Mi magnanimidad fue un error. Pude haberlos aplastado en Tilsit y fui generoso con ellos... Pero la posteridad me vengará. Esos reyes por la gracia de Dios y mía parecerán unos pigmeos al lado de Napoleón... Mi clemencia fue una sandez. Un simple colegial habría sido más hábil que yo y, aprovechando mejor las enseñanzas de la Historia, habría sabido que estas razas degeneradas no tienen ni fe ni ley... Ahora, Inglaterra llena de oro sus arcas. ¡Pero al final hemos de ver si no resulto un estadista superior a esos reyes de nacimiento, que no saben salir de sus jaulas doradas!».

En esta atmósfera de intriga, teniendo que codearse con soberanos que no se atreven a luchar ni con él ni contra él, los traidores y felones son sus mejores confidentes.

El Emperador manda llamar a Fouché y le dice: «Sus amigos Bernadotte y Metternich son mis peores enemigos. Bernadotte puede hacernos muchísimo daño, encontrándose, como se encuentra, en disposición de dar a mis enemigos la clave de nuestra política y de explicarles la táctica de nuestros ejércitos... El que los príncipes legítimos le busquen y halaguen le ha hecho perder por completo la cabeza». Y aquí tenemos una vez más la palabra cuyo místico poder explicar en gran parte la perpetua inquietud de Napoleón. Cada vez que habla de los soberanos legítimos no puede contener un

estremecimiento, mezcla de desdén y de envidia. Lo mismo cuando trata de imitarlos que cuando hace burla de ellos, se muestra preocupado sin cesar por el problema del nacimiento y los derechos heredados, en oposición a su calidad de advenedizo.

En lugar de atender a la voz de los pueblos, que ya empieza a predominar sobre la barrulería de los príncipes, sólo presta atención al ajedrez de la diplomacia, no sin cierta maligna complacencia. Observa cómo Inglaterra regatea los subsidios prometidos a Prusia; cómo Alejandro y Francisco se las entienden a espaldas de su mísero aliado el Rey de Prusia; cómo Federico Guillermo, en su temor a la revolución, disuelve los entusiastas cuerpos de voluntarios, niega el gobierno a Scharnhorst y a Stein, el más valiente y el más sagaz, respectivamente, de sus consejeros, y destituye y destierra a Schleiermacher por un discurso en que se permite reflejar el sentir del pueblo. El emperador envía a Fouché en misión secreta (esto es, en calidad de espía) al Congreso de Praga.

En España, entre tanto, aunque Napoleón haya fortalecido su situación en el Norte con dos victorias consecutivas, José ha sido absolutamente derrotado por Wellington en Vitoria, y el Rey de España ha tenido que emprender la fuga. Como es natural, al enterarse los aliados en Praga de que el sur de Francia se halla expuesto a la invasión inglesa, su intransigencia aumenta; mientras el Emperador, que ha prestado a José sus mejores generales, se enfurece: «¡Toda la culpa es suya! El informe de los ingleses muestra sobradamente la inepticia con que este ejército fue dirigido; inepticia realmente sin ejemplo en el mundo. Claro está que el Rey no es militar, pero sí es el responsable de su propia inmoralidad, y no hay mayor inmoralidad que el ejercer un oficio que no se conoce... Haga usted comprender claramente al Rey que no debe recibir a nadie hasta mi vuelta... De otro modo, su casa en París se convertirá en un centro de intrigas, y ello me obligaría a mandar detenerle, pues mi paciencia ha llegado ya a su fin... Y no estoy dispuesto a correr más peligros simplemente por un exceso de consideración a unos cuantos majaderos que no son ni soldados ni estadistas».

A tal punto ha llegado, como se ve, las cosas, que este hermano, el mayor y el más íntimo de todos, su confidente de antaño, se le antoja de pronto más temible en su casa de París que sobre el trono de España. ¿O querrá ello decir que, al fin, Napoleón, instruido por la experiencia, comenzará a no fiarse de sus hermanos? Pero no; desgraciadamente, no será así. Prueba de ello es que hasta Jerónimo tiene ahora de nuevo un ejército bajo su mando, para

continuar haciendo de las suyas, naturalmente. Así, transmitirá a uno de los generales una orden de marcha muy distinta de la que realmente ha recibido, asegurando, no obstante, que emana del mismo Emperador, quien se entera de ello cuando ya no es tiempo de rectificar, teniendo que contentarse con escribirle: «Esta conducta tuya, que no quiero calificar, me causa demasiados perjuicios para poder tolerarla. La segunda vez que vuelvas a permitirte una cosa semejante, mandaré publicar en la orden del día que, de allí en adelante, no se haga caso alguno de tus instrucciones... Con estos procedimientos podrías llegar a perturbar la marcha de mis ejércitos. Es una verdadera falsificación, que nadie más que tú se habría permitido».

Poco tiempo después, Junot, uno de sus más antiguos compañeros, se siente atacado de megalomanía; habiendo perdido una batalla en Iliria, presa de un verdadero acceso de vesania, se tira por una ventana; Bourrienne, por su parte, en otro tiempo destituido por especulaciones ilícitas y nombrado luego representante en Hamburgo, ha tenido que ser nuevamente destituido por causa de reincidencia en el mismo pecado. «La primera vez que escriba o se cuide directamente de los asuntos de Francia en Hamburgo, le mandaré detener y le haré restituir cuanto ha robado en dicha ciudad». Bernadotte, el más traidor y pérfido de todos, acaba de desembarcar en Pomerania con sus suecos, aconsejando la resistencia a los aliados, a quienes acabará traicionando lo mismo que traicionara a Napoleón. Y, para colmo de males, un enemigo irreconciliable de Napoleón se dispone a unirse al grupo de sus adversarios: el general Moreau, desterrado a América por su participación en el complot de Cadoudal, viene ya de viaje y no tardará en sumarse al grupo de los enemigos de Francia, compartiendo con Bernadotte la ignominia de luchar contra su patria.

En esta situación, frente a tantos contratiempos, demasiado cauto para sacar el máximo provecho de sus victorias y demasiado fuerte para aceptar las condiciones de paz que tratan de ofrecerle, el Emperador recurre a la táctica de costumbre. Invita a Metternich a Dresde y trata de seducir al diplomático austríaco. La entrevista es típicamente napoleónica, durante nueve horas consecutivas. El Emperador no ganó nada, en último término, con ella, pero su interés para la posteridad es extraordinario.

«Napoleón —cuenta Metternich— me esperaba de pie en medio de su despacho, con la espada al cinto y el sombrero bajo el brazo. Después de preguntarme por la salud del Emperador, me habló en estos términos:

»—¿De manera que quieren ustedes la guerra? Pues bien, la tendrán. En

Lützen aniquilé al ejército de Prusia; en Bautzen derroté a los rusos; ahora quieren ustedes que les toque el turno, ¿no es así? Perfectamente. Les doy cita a ustedes en Viena. Los hombres son incorregibles. Tres veces he restablecido en su trono al emperador Francisco; le prometí no hacerle en toda mi vida la guerra y me casé con su hija. Ya entonces me dije: Haces una locura. Y hecha está. Hoy no puedo ya sino lamentarla».

Como puede verse, no está de humor dulce ni cortés, tratando más ásperamente al representante de su suegro de lo que tratara a éste al día siguiente de Austerlitz. Metternich habla de la paz mundial, sólo posible si el Emperador renuncia a una parte de sus actuales dominios. Por lo tanto, sería necesario devolver Varsovia al Zar e Iliria al Emperador de Austria, conceder la libertad a las ciudades hanseáticas, y acceder al engrandecimiento de Prusia.

«—¿Qué es, entonces, lo que exigen de mí? ¿Qué me deshonre a mí mismo? ¡Jamás! Sabré morir antes que ceder una sola pulgada de territorio. Los otros monarcas, nacidos en el trono, pueden dejarse vencer veinte veces y volver cada vez tan tranquilos a sus capitales; pero yo no puedo, pues para eso soy un soldado advenedizo. Mi dominio no sobrevivirá ni un día a aquel en que haya dejado de ser fuerte y, por tanto, de ser temido... Pero fue el frío lo que me venció y arruinó. Lo he perdido todo, menos el honor. Vea usted, pues, mi ejército. Le pasaré revista ante usted». Y cuando el ministro le dice que «precisamente es el ejército el que desea la paz», el Emperador le interrumpe con uno de esos sorprendentes arranques de franqueza, tan usuales en él:

«—No, no es el ejército el que quiere la paz; son mis generales. Ya no tengo generales. El frío de Moscú los ha desmoralizado. He visto a los más valientes llorar como niños. Hace quince días, aún me era posible hacer la paz; hoy ya no puedo. He ganado dos batallas y no haré la paz.

»—En todo lo que Vuestra Majestad acaba de decirme veo una prueba más de que Europa y Vuestra Majestad no pueden llegar a entenderse — responde el ministro rozando apenas el problema—. Los tratados de paz no han sido para Vuestra Majestad otra cosa que armisticios. Los reveses, como los éxitos, le han empujado siempre a la guerra. Pero ha llegado el momento en que Europa y Vuestra Majestad van a arrojarse mutuamente el guante».

El Emperador ríe maliciosamente y replica:

«—¿Creen ustedes que van a derribarme por medio de una coalición?

Pero ¿cuántos aliados son ustedes? ¿Cuatro, cinco, seis, veinte? Mientras más numerosos sean, más tranquilo estaré. ¿Cuentan ustedes con Alemania?».

Y a renglón seguido pone a Metternich en guardia contra Alemania, cuya población se basta para mantener en orden con sus soldados y en la fidelidad de cuyos príncipes fía, por el temor que éstos tienen a Austria. Por otra parte, mientras Metternich habla de intervención armada, Napoleón aconseja a Austria la neutralidad armada, mediante la cual consentirá negociar en Praga.

Sutilezas de la vieja diplomacia, encaminadas a disfrazar el abismo que los separa. Luego, durante una hora entera, discuten sobre las fuerzas relativas de ambos ejércitos, cada uno de ellos alardeando de poseer los informes más exactos sobre el campo del enemigo.

«—Tengo informes detalladísimos sobre las fuerzas contrarias —asegura Napoleón—. Hemos puesto en campaña un verdadero ejército de espías y mis informes alcanzan hasta el número de los tambores. Pero yo sé mejor que nadie el valor que puede concederse a semejantes informes. Mis cálculos descansan sobre una base matemática; por eso son tan seguros. En fin de cuentas, nunca se tiene más de lo que se puede tener».

Y el Emperador muestra al delegado austríaco los cuadros del ejército austríaco, que hasta ayer mismo formaban parte de la alianza francesa. Así Metternich podrá ver por sí mismo si las cifras son exactas. Luego el Emperador pasa un largo rato hablando de su campaña en Rusia. Pero cuando el ministro le hace observar que el ejército francés se halla a la sazón compuesto de soldados bisoños y mozos y le pregunta lo que hará cuando este ejército de muchachos sea devorado por la guerra, a ejemplo de los anteriores, Napoleón se enfurece. Su rostro palidece, sus facciones se contraen y, sin poder contenerse, grita a Metternich:

«—Usted no es un soldado ni sabe lo que ocurre en el alma de un soldado. Yo he crecido en los campos de batalla, y a un hombre como yo le tiene sin cuidado la vida de un millón de hombres».

Mientras grita estas palabras, arroja violentamente su sombrero a un rincón de la estancia. Y su cólera, ahora, nada tiene de simulada; antes por el contrario, revela su más íntimo sentir.

El hombre que palidece a la vista de un caballo herido y no puede soportar el espectáculo de la muerte, es el mismo que permanece igualmente impassible cuando, sobre un papel, suma las cifras de efectivos o tacha y deduce los miles de bajas. ¿Acuso no se hace la guerra con vidas humanas y termina

siempre en cadáveres? ¿A qué reprochar a un artesano que emplee los utensilios de su oficio? Pero, de todos modos, en lo que se refiere a la moral, el ministro lleva ventaja en la argumentación y, según él mismo nos confiesa, se habría alegrado de que toda Francia hubiese podido oír las palabras de Napoleón.

«—Los franceses no pueden quejarse de mí —añade el Emperador, ya más tranquilo—. Por consideración a ellos sacrifiqué a los alemanes y polacos. Perdí trescientos mil hombres en la campaña de Rusia, sí; pero, entre ellos, no había más de treinta mil franceses».

Y recogiendo del suelo el sombrero (cosa que seguramente no había hecho desde hacía diez años), se planta enfrente del ministro austríaco y, mirándole cara a cara, le dice:

«—Sí, he hecho una gran tontería casándome con una archiduquesa de Austria. Quise unir el presente y el pasado, los prejuicios góticos y las instituciones de mi siglo, pero hoy comprendo toda la extensión de mi error. Ello me costará quizás el trono, pero sepultaré al mundo bajo sus ruinas».

Esta trágica confesión es el punto culminante de la entrevista y el eje del problema de la paz o la guerra. La actitud en él suscitada por su propia equivocación le aguija y empuja hacia delante, cegándole a toda consideración y prudencia y precipitándole a la lucha contra una coalición cuyas fuerzas están con respecto a las suyas en una proporción de tres a uno. Como uno de esos jugadores empedernidos que comprenden han cometido una falta irreparable, pero no obstante se empeñan en ganar la partida, aunque sea arriesgándolo todo en una jugada, así se obstina Napoleón en querer demostrar que, pese a todas las torpezas, él puede ganar siempre.

Cuando, por fin, despide a Metternich, ya ha recobrado todo su dominio de sí mismo. Con la mano en el picaporte de la puerta, le dice:

«—Espero que nos volveremos a ver».

»—A las órdenes de Vuestra Majestad —responde el ministro—; pero la verdad es que no confío mucho en lograr mi objetivo.

»—Pues bien —replica Napoleón dándole un golpecito en el hombro—, ¿sabe usted lo que sucederá? ¡Que no me harán ustedes la guerra!».

Al cabo de tres días de negociaciones, Metternich quiere marcharse, pero el Emperador teme una ruptura definitiva. Después de enviarle varios recados, le invita a que venga a hablar con él por la mañana temprano en el jardín.

«¡Caramba, parece como si estuviese usted enfadado! ¿Por qué?». Y paseando de arriba abajo, en diez minutos de plática conviene una prolongación de la tregua y hablan de una nueva reunión en Praga. Todo queda, pues, en suspenso, y en el memorándum que firma con Metternich, el Emperador reconoce oficialmente la situación de neutralidad armada de su suegro, que no puede ser sino una situación transitoria a la guerra declarada. Luego se dirige a Maguncia, con objeto de ver una vez más a la esposa, que es también hija del referido monarca austríaco. De nuevo la ha nombrado regente, con residencia en París, pero ha prohibido a sus ministros que sometan a su consideración cierta clase de documentos. «No está bien —dice— mancillar el espíritu de una mujer joven con ciertos detalles».

De haber sido la archiduquesa de Habsburgo una esposa leal y una buena hija, habría ido entonces a Viena y provocado una reconciliación, para lo cual no había, realmente, otro obstáculo que el amor propio herido de dos hombres. María Luisa, por otra parte, distaba mucho de ser tonta. Pocas semanas antes, el mismo Emperador, escribiendo a Francisco, había declarado: «Desempeña el puesto de primer ministro completamente a mi gusto». No es probable que Napoleón, en el momento más crítico, haya dejado de tenerla al corriente de los sucesos, aunque no fuera sino para asegurarse de que ella, en caso de una ruptura, estaría de su parte. Pero, a pesar de ello, María Luisa, con su falta de iniciativa acostumbrada, no dio el menor paso, sin otra preocupación que la de seguir asombrando a sus parientes con los magníficos regalos que les enviaba de continuo.

En Praga, ambos adversarios tratan de engañarse mutuamente, mientras Fouché, con sus eternas comadrerías, hace a su soberano todo el daño que puede, y Bernadotte se ocupa en cimentar la alianza con sus nuevos amigos. Cuando, en el último momento, parece que el Emperador se dispone a ceder, Alejandro y Federico Guillermo se alarman de tal modo ante la posibilidad, que obliga a Metternich a aumentar sus exigencias, convencidos de que no volverá a presentarse oportunidad tan favorable. El Emperador, como es natural, se indigna y retira su palabra, con el resultado de que, apenas expirado el armisticio, recibe la declaración de guerra de su suegro. Sin duda, en el intervalo, ha recibido refuerzos; pero, en cambio, ya no puede seguir confiando en la Confederación del Rin y tendrá que vigilar estrechamente a sus auxiliares alemanes. Sus tropas ocupan Sajonia y Silesia, haciendo frente a Schwarzenberg, que ostenta el alto mando de tres ejércitos, dos de ellos bajo las órdenes directas de Blücher y Bernadotte, respectivamente. Con Schwarzenberg, además se halla Moreau, que acaba de llegar y que, en su

anterior visita a Alemania, lo hiciera como conquistador de aquellos mismos territorios que hoy defiende.

Composición realmente paradójica de las fuerzas combatientes en esta problemática partida del ajedrez militar: a las órdenes del Emperador de Francia luchan tres reyes alemanes contra un general alemán que poco tiempo antes hiciera con el Emperador toda la campaña de Rusia, mientras, en cambio, luchan contra Napoleón dos generales franceses, uno de ellos hijo, como él, de la Revolución y por él ascendido a la más alta dignidad militar, que hoy aprovecha para asumir el mando de las tropas prusianas. Blücher es, pues, su único enemigo leal, ya que nunca combatió a sus órdenes, habiendo sido, por el contrario, derrotado siete años antes por las tropas imperiales. El único elemento a la sazón favorable para Napoleón es la absoluta ignorancia de la guerra de los otros tres soberanos germánicos que se hallan en el campo de Schwarzenberg, al que sólo pondrán dificultades y trabas.

A fines de agosto, el Emperador inicia la segunda campaña de Sajonia con una resonante victoria en los alrededores de Dresde. Pero al tercer día, en el momento en que habría debido perseguir y dispersar a los aliados, se siente presa de un violentísimo ataque de espasmos gástricos. Durante una hora, figúrase que ha sido envenenado, e, incapaz de tomar ninguna decisión, en vez de perseguir al enemigo, se bate en retirada. Como consecuencia, pierde un cuerpo de ejército, preparando así «el desastre de 1813», según declara Daru, su compañero inseparable.

En esta primera batalla contra el odiado Bonaparte muere Moreau. ¿Será un augurio? Al saber la noticia, el Emperador, inflamada de nuevo la antigua rivalidad de los años juveniles, exclama, sin poderse contener: «¡Moreau ha muerto! ¡Mi estrella!».

Su otro ejército ha sido derrotado por Blücher en Katzbach. Una vez más, las razones del estadista prevalecen sobre las del militar. Pensando en la manera de dividir intestinamente al adversario, Napoleón decide eximir a Bohemia del desastre de la guerra por consideración a Austria, donde la derrota de Dresde ha suscitado ya la alarma, y dirigirse a marchas forzadas contra Berlín, atrayendo así a los prusianos fuera de Silesia.

Pero lo que hace años dijo el Zar continúa siendo verdad: los milagros no se producen sino allí donde está Napoleón, y éste no puede estar a la vez en todas partes. Así, esta gran empresa tropieza con un sinfín de dificultades. La falta de espíritu combativo, las deficiencias de la alimentación, el número

creciente de desertores, le obligan de continuo a visitar los diferentes sectores de su ejército, teniendo que desplegar una tal actividad, que este incesante ir y venir acaba de ganarle el apodo de «el mensajero de Bautzen». Pero sus ejércitos cada día sufren más la falta de víveres, y hace ya tiempo que dieron fin a los recursos naturales del territorio que ocupan.

Sin embargo, Napoleón considera insuficiente el número de sus efectivos. Como la quinta de 1814 se encuentra ya bajo las armas, ordena al Senado que llame la quinta de 1815, y aun a aquellas reservas que, pasada ya la edad reglamentaria, creían hallarse exentas del servicio, obligando así a servir a aquellos mismos aldeanos que, al ponerse en marcha para esta campaña, en un momento de abandono y de compasión a sí mismo, envidiara tan patéticamente, por el cobijo de su hogar y el sosiego de su vida campestre. Pero ¿cuándo llegarán estos refuerzos? ¿Quién los instruirá y en cuánto tiempo? Inútilmente envía ahora, a fines de septiembre, un delegado a su suegro, con objeto de concertar la paz; él está dispuesto a «los mayores sacrificios, con tal que accedan siquiera a oírle». Pero Francisco permanece inmovible, y hasta consigue abrir una brecha importante en la Confederación del Rin, separando de ella al Rey de Baviera.

Hondamente preocupado ante este horizonte cada vez más sombrío y amenazador, el gran ajedrecista confiesa ansiosamente a su viejo camarada algo que hasta entonces se negara del continuo a admitir:

«—Marmont, mi juego se embrolla».

Con esta confianza, el hado propicio de Napoleón despliega las alas y levanta el vuelo, abandonándole definitivamente...

XI

En el castillo de Düben, en Sajonia, el Emperador prepara su marcha contra Berlín. Derrotar a Bernadotte primero, luego a Blücher, contrarrestar los proyectos de sus enemigos por medio de una rápida victoria, tal es su plan.

De pronto se ve interrumpido en su tarea por unos generales que solicitan audiencia. Se adelanta hacia ellos, sabiendo de antemano lo que allí los trae, pues sus íntimos le han informado del descontento creciente entre sus jefes de ejército y de su deseo de invernar en el Rin. «Ya no soy dueño de mi ejército», informaba el general Ney unos días antes. Vacilantes, alegando malas razones, cada uno toma la palabra para formular una petición unánime: no marchar contra Berlín, sino contra Leipzig. El Emperador los escucha en silencio y, finalmente, les dice: «La derrota de Baviera es inminente. Un retroceso sobre Leipzig desmoralizaría a las tropas. Voy a pensar en ello». Solo durante todo el día, sin recibir a nadie, permanece inclinado sobre sus mapas. Caulaincourt, que acecha a la puerta, únicamente oye el viento aullar en torno del castillo. Al fin, se le autoriza a entrar. El Emperador va y viene; murmura entre dientes: «Los franceses no saben soportar los reveses», y se abisma en una especie de meditación interior.

Al día siguiente, el Emperador anuncia la salida para Leipzig; es el primero de octubre. Movimiento general, las órdenes vuelan, la moral es excelente. Hablando con Marmont de la manera de ser de los Habsburgo, Napoleón concluye: «Prefiero un hombre de honor que mantenga su palabra, a un hombre concienzudo. El emperador Francisco ha hecho lo que estimaba más útil para el bien de su pueblo; es un hombre concienzudo, pero no un hombre de honor».

Dos días después se entabla la batalla de las Naciones. El Emperador tiene tan sólo ciento ochenta mil hombres que oponer a los trescientos mil coaligados; el primer día, su ventaja se limita a un sector del campo de

batalla. A la mañana del día siguiente aparece Bernadotte con sus tropas. El Emperador considera de mal augurio su llegada y preferiría retirarse; pero no puede decidirse a dar a sus enemigos el espectáculo de una apariencia de derrota. Nuevamente procura salir del paso por medio de negociaciones. Devuelve la libertad, bajo palabra, al general Merveldt, prisionero, y le encarga que solicite del emperador Francisco un armisticio. «Si así lo desean, me retiraré tras el Saale; los rusos y prusianos se dirigirán hacia el Elba y usted se quedará en Bohemia, permaneciendo Sajonia neutral». Y, animándose cada vez más, le expone nada menos que una reorganización de Europa. Hannover será para Inglaterra, las costas del norte volverán a ser libres; quien así lo desee podrá salir de la Confederación; Polonia, España y Holanda serán independientes, pero no quiere que Italia caiga en manos de los austríacos. «¡Vaya usted, su misión de pacificador es hermosa! Si sus esfuerzos son coronados por el éxito, ello le asegurará el amor y el reconocimiento de un gran pueblo. Si se rechaza nuestra propuesta, sabremos defender la inviolabilidad de nuestro territorio hasta el último aliento».

Lleno de asombro, el general parte para el campo austríaco, donde se considera increíble su informe. ¿Cómo, en plena batalla, renunciaría Napoleón a la mitad de Europa? ¿Y es a un prisionero a quien encarga de esta proposición? ¿Es posible que a tal punto sea débil?

El Emperador espera nerviosamente en su tienda el regreso de Merveldt. Difiere, hasta muy avanzada la noche, sus órdenes, habla largamente de su familia, de su mujer, de su hijo. Bruscamente, un espasmo estomacal le detiene y, poniéndose muy pálido, se tiene que apoyar en la pared de la tienda. Se piensa en avisar al médico, pero él se opone:

«—Os lo prohíbo; la tienda de un soberano tiene la transparencia del cristal. Para que cada uno continúe en su puesto, tengo yo que permanecer en pie.

»—Pero acuéstese Vuestra Majestad...

»—Imposible; debo morir en pie.

»—*Sire*, permítame Vuestra Majestad que llame al médico.

»—Le digo a usted que no; a un soldado enfermo, se le puede mandar al hospital con un permiso... Pero ¿quién podría darme a mí un permiso de soldado raso?».

¡Cruelles momentos! «No será nada... Tened cuidado, sobre todo, de que

nadie entre».

Media hora después de esta crisis, da la orden, no de retroceder, sino, por el contrario, de marchar sobre Leipzig. Sus efectivos sólo representan ya la mitad de los de sus enemigos.

Al día siguiente, Napoleón se detiene junto a un molino. El enemigo ha lanzado sus tropas al ataque por tres lados a la vez. En medio del tumulto corre la noticia de que Bernadotte ha convencido a los sajones de que vuelvan sus cañones contra los franceses. «¡Qué infamia!», exclama el Emperador. Los oficiales sajones que le han permanecido fieles rompen sus sables. Un dragón de su escolta hace dar media vuelta a su caballo y se precipita contra el enemigo. «Sabremos prescindir de ellos. ¡Cobardes! Aquí están vuestros franceses... ¡Viva el Emperador, muerte a los sajones!». Toda la escolta se une a él. Un oficial mozo regresa al galope, trayendo al Emperador un águila arrancada a los sajones, y rueda sin sentido a sus pies. «¡Cuántos recursos tiene Francia con hombres así», murmura el Emperador.

El segundo día, Napoleón ha perdido sesenta mil hombres. Es derrotado, pero los mismos críticos alemanes han estado todos de acuerdo en decir que «los aliados no lograron la victoria decisiva que había derecho a esperar de su aplastante superioridad».

Mientras su ejército retrocede a través de Leipzig el Emperador dicta a Berthier sus órdenes para la retirada. «Se le había llevado un taburete de madera —escribe un testigo—, sobre el que cayó agotado de fatiga, durmiéndose con las manos sobre las rodillas. Los generales, silenciosos y sombríos, permanecían cerca del fuego; a lo lejos oíase el desfilar de las tropas».

A la mañana siguiente, el avance del enemigo provoca tumultos en la ciudad; un puente salta demasiado pronto, obligando así a la retaguardia a rendirse; un mariscal se salva a nado, otro perece, otros son heridos o hechos prisioneros. Cuando Macdonald se encuentra con Augereau, al que había estado esperando con sus tropas, este último se burla de él: «¿Me toma usted por un loco que va a hacerse matar en un barrio de Leipzig por ese insensato?».

He aquí expresada por primera vez, y por uno de sus más antiguos compañeros de armas, la indiferencia por la victoria y la gloria del Emperador que se va apoderando de su séquito. Ya no existe para ellos otra cosa que el instinto de conservación, instinto natural en el soldado, pero indigno de unos

mariscales de Francia. Un camarada de juventud escribe al Emperador para quejarse de no haber sido citado en el informe del ejército, siendo así que durante diez horas había mantenido él solo una parte del campo de batalla, acción cuyo mérito había sido atribuido a otro. «Jamás le he servido tan fielmente como en esta ocasión, *Sire*, y no conozco nada peor para mí que el que no se reconozcan mis servicios en tales circunstancias». El que así se queja es Marmont.

Y, signos premonitorios de la suerte: Marmont y Augereau serán quienes traicionen al Emperador en la hora decisiva.

Aquel mismo día, a pocas leguas de distancia, hallándose Goethe sentado en su despacho de Weimar, el retrato de Napoleón cayó de la pared. Los cañones de Leipzig tronaban a lo lejos y la primera noticia del desastre flotaba en el aire. En tanto que sus mismos generales ignoraban aún si, una vez más, iría a hacer suya la victoria, el poeta, que hace unos meses tenía al Emperador por invencible, presiente ya su destino y escribe el mismo día de su retirada estos versos, que dan al acontecimiento una perspectiva y una grandeza casi legendarias:

*Wer Mut sich fühlt in königlicher Brust,
er zaudert keineswegs, betritt mit Lust
des Stufenthrones untergrabene Bahn,
kennt die Gefahr und steigt getrost hinan.
Des goldnen Reifes ungeheure Last,
er wägt sie nicht; entschlossen wie gefasst
drückt er sie fröhlich auf das kühne Haupt
und trägt sie leicht, als wie von Grün umlaubt.
So tatest du. Was noch so weit entfernt,
hast du dir anzueignen still gelernt,
und was auch Wildes dir den Weg verrannt,
du hast's gesehn, betrachtet und erkannt...
Ein froher Tag erschien, er rief dich an,
man rief dich aus, und so war es getan...
Und stehest noch trotz dem, was du empfandst,*

*und trotz der Feinde, die mit Krieg und Tod
von aussen und von innen dich bedroht...*

*Die Völker gaffen, reden, wännen viel —
was wollen sie denn andres als ein Spiel?...*

*Die falsche Welt, sie buhlt um unsern Schatz,
und machst du je dir den Geliebten gleich,
nich Liebe gnügt, er will das Königreich.*

*So war auch dieser! —Und nun sprich es aus:
dein Leben trugen sie mit ihm hinaus.*

*Der Mensch erfährt, er sei auch, wer er mag,
ein letztes Glück und einen letzten Tag.*

«El que siente su pecho real henchirse de ardimiento,
no se estremece, pisa alegremente
el camino minado que conduce a las gradas del trono,
conoce el peligro y, sin embargo, sube confiado.

El peso tremendo de la diadema de oro,
no lo sopesa; resuelto y tranquilo,
la coloca animosamente sobre su frente ardida,
y la lleva ligeramente, como si fuese una corona de laurel.

Así hiciste tú. Lo que parecía tan lejano,
tú aprendiste tranquilamente a hacerlo tuyo;
y por terribles que fuesen los obstáculos que cortaban el camino,
tú los viste, los contemplaste y los comprendiste...

Un día radiante se levantó para ti, te reclamó,
te glorificó, y transcurrió así...

Y así continúas en pie a pesar de cuanto te aconteció,
a pesar del enemigo, que, con guerra y muerte,
te amenaza desde fuera y desde dentro...

Los pueblos miran, hablan, llenos están de vanos pesares, —
¿qué otra cosa que el espectáculo les importa?

El mundo pérfido codicia nuestros tesoros,
nuestros honores, nuestra posición,
y, aun cuando por amor lo haga uno su igual,
el amor no le basta, desea el reino entero.

¡Así fue con este hombre! —Y, ahora, proclámalo fuera,
aunque te cueste la vida: todo hombre, sea lo que sea,
conoce una última felicidad y un último día».

Al mismo tiempo Schelling escribía: «No creo que el fin de Napoleón esté próximo. Si algo entiendo de esto, creo que el Destino no le hará su víctima hasta que no le hayan abandonado todos sus colaboradores; vivirá lo bastante para apurar hasta las heces el cáliz de la humillación».

Cuando, poco después, los bávaros desertan definitivamente de las banderas francesas, Hegel escribe a su vez: «El pueblo ha aclamado en Nuremberg a los austríacos con los más odiosos gritos de alegría; jamás ciudad alguna se condujo con mayor bajeza».

He aquí el eco suscitado por la batalla de las Naciones en tres de los más luminosos espíritus de Alemania.

En realidad, se está lejos de haber dado la última batalla; el Emperador prosigue su retirada en medio de una serie de combates victoriosos. En Erfurt, Murat se despide de él para regresar a su reino. Napoleón le deja partir y le dice: «En el mes de mayo tendré doscientos cincuenta mil hombres sobre el Rin». Ya sólo cuenta por centenares de millar... En Maguncia, el tifus se declara en el ejército y el Emperador se apresura a transportarlo al otro lado del Rin. Durante toda esta retirada se halla en pie y trabaja desde las tres o las cuatro de la mañana hasta las once de la noche.

En cuanto a los príncipes alemanes, uno a uno se alejan de él y van a caer, uno tras otro, al cuartel general de los aliados, donde el perdón es rápidamente concedido. Uno de ellos ha sabido, no obstante, juzgarlos: «¡Qué me dice usted de la conducta de esos miserables! Han sido tratados mejor de lo que merecían. Todos esos principillos son hombres débiles, a los que se conceden más honores de los que su lamentable conducta merece... Conservar su

soberanía, hecha de arrogancia, de placeres y de despotismo, no les ha costado evidentemente más que la sangre de sus súbditos».

He aquí lo que dice el barón von Stein de sus pares, los príncipes alemanes.

XII

Leticia, sentada junto a la chimenea, tiene entre sus manos una carta fechada en Maguncia, en la que su hijo enumera las condiciones que pone a su mediación con Luis; pero no son estas condiciones las que la han agitado tan violentamente, sino una corta frase por medio de la cual el Emperador la pone al corriente del curso fatal de los acontecimientos: «En las actuales circunstancias, cuando toda Europa se levanta contra mí y mi corazón se siente herido por tantas pesadumbres...». Nunca le había puesto ella en guardia contra el peligro; su altivez le había prohibido siempre dar este paso, pero ¡cuántas veces no expresó su angustia ante sus íntimos con aquellas palabras «*pourvou que celà doure*»! Jamás tembló por el peligro que pudiera amenazarla personalmente, pero siempre ha temblado por los suyos. ¿Quién los ayudará, si sobreviene una catástrofe? ¿En quién puede aún apoyarse el Emperador?, se pregunta ahora.

A su regreso de Alemania, la pobre mujer tiene el dolor de ver la traición de sus propios hijos. Murat, influido por Carolina, firma una tregua con Inglaterra y una alianza con Austria. Elisa escoge a Fouché por consejero, pues éste prefiere evitar la vecindad de París hasta la caída del Emperador. «El único medio de salvarlo todo —le dice Fouché— es que el Emperador muera». Sus preocupaciones políticas no impiden a Elisa informarse por su madre de los bailes que dará París durante aquel invierno... Luis, no pudiendo ya vivir en Austria, infringe la prohibición que se le ha hecho y llega a París. El Emperador le ordena que no se aproxime a más de cuarenta kilómetros de la capital. Luis protesta. *Madame Mère* interviene. Tiene efecto una entrevista entre los dos hermanos, cuyo único resultado es el de alejarlos aún más. Jerónimo, Rey de Westfalia, ha huido de Cassel, abandonando reino y súbditos. José, a quien el Emperador trata nuevamente de utilizar, rechaza el gobierno militar de París. Luciano, irreconciliable, continúa en el extranjero.

Tales son los hermanos y hermanas con los que el Emperador, desde hace diez años, procura afianzar su dinastía. ¡Cuáles no serán, pues, los

sentimientos de su madre, cuyo corazón se inclina siempre hacia el hijo más desgraciado!

En Morfontaine, en cambio, reina el buen humor. Allí se encuentra el Rey de España, rey sin reino, así como la mujer de Jerónimo, reina en las mismas circunstancias. El gran inquisidor español, arrojado de su patria, dice la misa en el castillo. También se ven allí a los patriarcas indios y unos cuantos cortesanos italianos, alemanes y españoles; toda una regocijada compañía que espera el final del espectáculo. Entre esta gente hay una mujer que se promete, más y mejor que las otras, beneficiarse de la crisis: la mujer de Bernadotte, la cuñada de José, aquella que casi fuera la prometida de Bonaparte. Ella sabe que su marido, jefe de las tropas coaligadas, se halla ya sobre el Rin. «Pronto —sueña— colocará en Notre Dame, sobre mis cabellos, todavía hermosos, la corona de Josefina».

En aquel castillo se urden contra el señor más intrigas de las que sospecha el mismo castellano, pues José, aunque negligente y vanidoso, no es en realidad un intrigante. El Emperador se da cuenta de todo, pero demasiado tarde, y dice a Roerer:

«Uno de mis errores es el haber creído a mis hermanos necesarios para asegurar mi dinastía. Mi dinastía está segura sin ellos. Se habría asegurado por sí sola, en medio de las tempestades, por la fuerza misma de las cosas. La Emperatriz basta para ello... Todo ha estado tranquilo este año... José se cree todavía mi hermano mayor: ¿hay nada más insensato? ¡Mayor, él...! Sin duda, por lo que se refiere a la viña de nuestro padre. No tiene otro interés que las mujeres, la casa, los muebles, y se pasa la vida tirando, a los conejos y jugando al escondite con las mujeres. Yo no tengo apego a nada. No hago caso de mis posesiones, no me cuido para nada de las mujeres, y sólo mi hijo puede interesarme un poco».

Para Napoleón todo es vanidad, incluso su Corte; exceptuando su hijo, nada vale, como no sea la pasión dinástica, que absorbe su ser.

En aquel momento restituye el trono de España al rey Fernando, o, más exactamente, le devuelve la libertad, pero exigiendo, aconsejado por Talleyrand, que las Cortes aprueben esta medida. Así, las cosas se realizarán lentamente, el ejército francés se verá retenido más largo tiempo en España y los aliados, en beneficio de quienes trabaja el traidor, acabarán más fácilmente con Francia. A las protestas de José contesta el Emperador: «Mi situación no me permite pensar en una corona extranjera; me estimaría feliz

con obtener una paz que me garantizase las antiguas fronteras. Todo amenaza derrumbarse. Mis ejércitos están aniquilados; las pérdidas que han sufrido tardarán en repararse; he perdido Holanda, no puedo contar con Italia... Bélgica y las provincias renanas se hallan descontentas; las fronteras españolas, en manos de los enemigos. ¡Cómo habría de pensar, atravesando una situación así, en ningún trono extranjero!».

Y cuando el prefecto de policía le aconseja el mantenimiento de un importante contingente de la Guardia Nacional en París durante su próxima campaña, el Emperador le replica: «¿Quién me garantiza su fidelidad? ¿Puedo dejar una fuerza semejante tras de mí?».

Temores a través de los que se adivina la desesperación; su familia, sus aliados, todo le es sospechoso tras el cambio de opinión que ha seguido a Leipzig. El conde Lavalette, Director de Correos, uno de los hombres más leales de París, a quien el Emperador llama ahora con frecuencia por la noche a su habitación, le encuentra de pie ante la chimenea, profundamente desmoralizado. Aunque hombre valiente, Lavalette le aconseja la paz y le pone en guardia contra la inconstancia de los franceses, pero cuando se atreve a pronunciar el nombre de los Borbones, que acaso heredarían sus despojos, Napoleón se aparta del fuego y se deja caer sobre el lecho. Lavalette, aproximándose unos minutos después, ve que el Emperador se ha dormido. Estas sanas reacciones prueban un renuevo de vitalidad en él. Napoleón, a dos dedos de su caída, presintiendo la catástrofe, no puede soportar que se mezcle a los Borbones en sus asuntos; sus nervios ceden, y se duerme.

Al despertar, ve más claramente los peligros de la situación: simpatías de las provincias del Norte por los Borbones, baja de los fondos, que han caído hasta 50; las acciones del Banco de Francia cotizadas a la mitad de su valor, y advierte la dificultad de poner en pie una Guardia Nacional. En estas circunstancias, acoge favorablemente una proposición de los aliados, fechada en Francfort. Éstos se hallan tan divididos como pudiera desearlo el Emperador: Metternich, estadista antes que nada, no quiere marchar contra París; el Zar, como verdadero romántico, quiere vengar Moscú con la destrucción de las Tullerías; finalmente es Austria quien gana la partida, y se ofrece a Francia que vuelva a sus fronteras naturales: el Rin, los Alpes y los Pirineos. El Emperador se tranquiliza y decide inmediatamente aceptar estas condiciones, y ya había Maret redactado su respuesta cuando repentinamente Napoleón cambia de parecer.

¿Por qué? Tal vez ha irritado la resistencia de las Cámaras. Éstas han

osado, por primera vez, darle su parecer: sólo aprobarán nuevos armamentos para la defensa del territorio, y exigen que el Emperador garantice la ejecución de las leyes que aseguren su libertad. La Cámara aplaude estruendosamente al orador; es la primera vez, desde hace quince años, que se atreven a formular una crítica contra Napoleón. En su odio contra todo Parlamento, prohíbe la impresión del discurso, cierra la Cámara y apostrofa en esta forma a ciertos diputados:

«¿Qué es el trono? El trono en sí mismo no es más que el conjunto de unos cuantos trozos de madera forrados de terciopelo. El trono es un hombre, soy yo, con mi voluntad, mi carácter y mi gloria. Si Francia quiere otra Constitución, que escoja otro monarca. ¿Os parece que hablo altivamente? Es porque tengo valor y porque Francia me debe su grandeza». Después de estas palabras, dignas del Rey Sol, les advierte que los hará vigilar. Esto acontece el primero de enero.

El mismo día, Blücher franqueaba el Rin.

Después de veinte años de esfuerzo, después de seis grandes guerras, el principio monárquico, personificado a la sazón por un mariscal prusiano, atravesaba el río que separaba del país de la Revolución, en tanto que el heredero de las ideas modernas dispersaba a los representantes del pueblo y amenazaba su libertad.

En Notre Dame, donde desde hace veinte años los *Te Deum* celebraban las victorias del Emperador, se elevan hoy las rogativas por el éxito militar de Francia. Pero los soberanos de los pueblos vencidos, que hasta ahora habían oído proclamar que la fortuna de las armas francesas llevaba la libertad a su país, se proclaman, a su vez, libertadores del pueblo francés.

Aunque los aliados habían terminado por apropiarse la técnica de combate y las vibrantes proclamas de su gran enemigo, esta vez sólo deberán la victoria a su superioridad numérica y al agotamiento de una nación que, después de veinte años de gloria, sólo aspiraba al reposo. Pero, por lo pronto, comprometen todo arreglo exagerando sus reivindicaciones. El día en que ya sólo ofrecen a Francia las fronteras de 1792, el Emperador rompe las negociaciones y se prepara a partir para el frente, que ha logrado reforzar, a pesar de todas las dificultades.

Napoleón se halla en buen estado de ánimo. Habiéndole aconsejado un hombre piadoso que mandase a la Emperatriz y su comitiva implorar la protección de Santa Genoveva, rompe a reír: «¡No le faltaba a usted más que

ser un santurrón! ¡Yo voy a batirme!».

¿En manos de quién pone, en aquella hora crítica, su capital? ¿A quién otorga su confianza? A José.

José, que nada entiende de la guerra y que recibe a los enemigos del Emperador, se convierte en capitán general y asume el mando de París. ¡Con qué nueva luz ilumina esta tentativa de acercamiento los sentimientos familiares del Emperador, su desconfianza y su soledad! Poco tiempo antes de su partida, planteó secamente a José la alternativa de reconocerse públicamente colaborador de la Emperatriz regente o de permanecer desterrado lejos de París. «Si yo vivo, vivirás tranquilamente; pero si muero, serás asesinado o detenido. En Morfontaine no me serás útil a mí, ni a la familia, ni a tus hijas, ni a Francia, pero, por lo menos, no me perjudicarás ni estorbarás. Escoge rápidamente y decídete sin demora».

Es el tono de un hombre que lucha por su trono. Como si previese su muerte, destruye muchos papeles, asegura el porvenir de sus hijos naturales, crea una renta a León y concede un pingüe mayorazgo al hijo de la condesa Walewska. En cuanto a su heredero, que pronto cumplirá los tres años, lo toma en sus brazos y, avanzando hacia los oficiales de la Guardia Nacional, les dice: «Dejo a vuestra custodia lo que tengo de más querido en el mundo; vosotros me responderéis de él». Reitera sus recomendaciones: a José, que sea tenaz en la resistencia; a María Luisa, que vele valientemente por el Imperio de su hijo. Y a la mañana siguiente sale de París, adonde sólo debía regresar mucho más tarde y tras largos rodeos.

XIII

Pocos días después era derrotado.

Todavía había tenido éxito en una primera maniobra. Cerca de Brienne, rechaza a Blücher. Obligado a sacar la espada para defenderse, se ha detenido un momento bajo un árbol. Árbol en el que reconoce aquel a cuya sombra leía al Tasso cuando tenía doce años. Recuerdo romántico de sus primeros sueños... En un momento semejante, el sentimiento de su propio destino alcanza una épica grandeza.

Inmediatamente, un nuevo desastre: Blücher le derrota en La Rothière. París se halla amenazado. El Emperador parece destrozado. Caulaincourt por carta y Maret de viva voz le suplican que ceda. Pero apenas si escucha a Maret, mientras hojea distraídamente un volumen de Montesquieu: «Lee en alta voz —le dice, señalándole un pasaje—. No conozco acción más magnánima que la resolución de un monarca de nuestros días prefiriendo sepultarse bajo los escombros de su trono antes que aceptar proposiciones indignas de un rey». «Pues yo, *Sire* —replica Maret—, conozco algo más noble aún: el desdeñar la propia gloria para colmar el abismo en que caería Francia con su soberano».

«—Perfectamente, señores; hagan ustedes la paz. Que la haga Caulaincourt, que firme cuanto sea preciso para obtenerla. Podré soportar la vergüenza de ello; pero no esperen ustedes que yo dicte mi propia humillación».

Maret escribe, pues, a Caulaincourt, ocupado en Châtillon en nuevas negociaciones con el enemigo. Espantado, aquél pide instrucciones más precisas. El Emperador, entonces, vacila y escribe a José: «Mantente firme en las barreras de París, haz colocar dos piezas de artillería en cada puerta y que se provea a la Guardia Nacional de fusiles y de escopetas de caza, con sus postas correspondientes... En cada puerta debe haber cincuenta hombres armados con fusiles de ordenanza, cien hombres armados con escopetas de

caza y otros cien armados con picas, lo que harán un total de doscientos cincuenta en cada una de las puertas principales».

Creso convertido en mendigo. Seis meses, tres meses antes, habría agregado por lo menos tres ceros a estas cifras; ahora, en cambio, quiere que París, amenazado por tan numerosos ejércitos, se defienda con dos cañones y cien escopetas de caza. El Emperador se da cuenta claramente de la gravedad de la situación, pues se halla tan desanimado que Maret logra hasta hacerle dictar las condiciones de paz: Bélgica y la orilla izquierda del Rin quedarán libres, e Italia será sacrificada. Todo lo que Bonaparte y Napoleón han conquistado será restituido para que el Emperador conserve París y cuatro travesaños de madera forrados de terciopelo. Mañana firmará; los que le aman temen aquel momento en que, con un rasgo de su pluma, borrará todas las conquistas de su espada.

Pero la suerte ha decidido las cosas de otra manera. Por la noche llegan nuevos informes: el enemigo no ocupa posiciones tan favorables como ayer se creía. Napoleón recobra de un solo golpe toda su energía y, cuando el ministro llega por la mañana a pedirle su firma, le encuentra inclinado sobre sus mapas y sólo obtiene estas palabras por respuesta: «Ahora se trata de algo muy distinto: estoy disponiéndome a derrotar a Blücher». A José, que escribe que París se halla en peligro, dicta, sin dejar de dar órdenes, la siguiente áspera y firme respuesta:

«París no será ocupado mientras yo viva... Te he dado órdenes con arreglo a las circunstancias sobre lo que debe hacerse con respecto a la Emperatriz, el Rey de Roma y nuestra familia... Tengo derecho a ser ayudado por los hombres que me rodean, por lo mismo que yo los ayudé a ellos. Si Talleyrand participa de la opinión de que se debe dejar a la Emperatriz en París en el caso de que nuestras tropas evacúen la ciudad, es que deben de preparar una traición. Te repito que desconfíes de ese hombre. Desde hace dieciséis años le conozco y hasta le he otorgado mis favores, pero seguramente es el mayor enemigo de nuestra casa, ahora que la fortuna nos abandona desde hace algún tiempo. No olvides los consejos que te he dado. Yo sé más que toda esa gente. Si por acaso perdiera la batalla y muriese yo, recibirás instrucciones antes que mis ministros... Ya te he dicho que pensaba que Madame y la Reina de Westfalia, alojada en casa de Madame, podrían permanecer en París. Pero en manera alguna dejes caer a la Emperatriz y al Rey de Roma entre las manos del enemigo. Puedes estar seguro de que, desde ese momento, Austria dejaría de interesarse en la cuestión y se los llevaría a

Viena. Harían aceptar a los franceses cuanto el regente de Inglaterra y Rusia pudieran sugerirles, y todo nuestro partido se vería así destruido...

»También es posible que haga la paz dentro de pocos días... Desde que el mundo es mundo, jamás he sabido que un soberano se dejase prender en ciudades abiertas... Pero, si yo vivo, se me debe obedecer, y, si muero, mi hijo reinante y la Emperatriz regente deben, por el honor de los franceses, no dejarse prender y retirarse hasta el último villorrio con sus últimos soldados. De lo contrario, podría decirse que he abandonado el trono de mi hijo. Recuerda lo que decía la mujer de Felipe V... Una vez la Emperatriz y el Rey de Roma entre las manos del enemigo, tú y cuantos quisieran defenderse serían rebeldes. Preferiría que degollasen a mi hijo a verlo educado en Viena como un príncipe austríaco. Jamás he visto representar Andrómaca sin condolerme de la suerte de Astyanax sobreviviendo a los suyos y sin pensar que habría sido una felicidad para él no sobrevivir a su padre. Tú no conoces la nación francesa; las consecuencias de este gran acontecimiento son incalculables».

¡Palpitaciones de la vida profunda en este hombre acosado! Por primera vez desde su juventud, ve claramente ante sí la muerte o el derrumbamiento, tal vez una y otro. Los dos elementos esenciales de su ser se exaltan en esta hora trágica; fríamente, calcula las funestas consecuencias que tendría la retirada de los austríacos, desinteresados de la guerra, pero al mismo tiempo su imaginación se apodera del porvenir y le traza la suerte de los suyos. Hoy, como antaño, regula su conducta por los grandes ejemplos de la Historia: la gloria y el honor iluminan aquellas líneas con un reflejo heroico. Glacial y ardiente a la vez, esta carta es realmente la de un estadista y un poeta.

Y también la carta de un caudillo militar. Como tal, acaba de dividir en dos partes sus tropas y de derrotar a Blücher mediante una brillante ofensiva, ganando seis victorias en nueve días, entre Champaubert y Montereau. Esta rapidez de acción recuerda los tiempos del general Bonaparte, pero los nombres de sus batallas son ahora nombres franceses. En Montereau, volviendo a ser artillero, coloca por sí mismo sus cañones como en Tolón. y grita: «¡Adelante, camaradas! ¡No temáis nada, la bala que ha de matarme no ha sido fundida aún!». Blücher es derrotado. ¡Y ahora con Schwarzenberg! Pero éste, temiendo por la gloria de sus armas, no quiere medirse con el Emperador y se dirige directamente a Berthier, a fin de firmar sin demora un armisticio en Châtillon. Apenas ha entrado en conocimiento de esta proposición, cuando redobla el ardor bélico del Emperador. Escribe a José una

carta vibrante de intrepidez, de inteligencia y de voluntad: «He visto con pena que has hablado a mi mujer de los Borbones... Te suplico que evites esas conversaciones. No quiero ser protegido por mi esposa. Esta idea la echaría a perder y nos traería complicaciones íntimas... Jamás he buscado los aplausos de los parisienses. No soy un personaje de ópera. Por otra parte, es menester ser más práctico de lo que tú eres para conocer el espíritu de esa ciudad, que nada tiene de común con las pasiones de tres o cuatro mil personas que meten ruido. Es más sencillo y expeditivo declarar que no se puede hacer una leva de hombres que el intentar hacerla... Un abrazo».

¿Desde hace cuántos años no habíamos vuelto a encontrar esta fórmula al final de sus cartas? Desde Marengo no había vuelto a escribir en esta forma ni a sus hermanos ni a sus generales, y José es uno y otro. Su corazón late con más fuerza; su voluntad de imponerse es evidente.

Al día siguiente escribe a Savary una carta más vehemente todavía y toda impregnada de la exaltación de las batallas: «Que sepan bien que yo soy el mismo hombre de Wagram y de Austerlitz, y que no quiero ninguna intriga en el Estado... Sepa usted que si hubiese circulado un manifiesto contrario a la autoridad, yo hubiera mandado detener al rey José, a mis ministros y a cuantos lo hubiesen apoyado. No quiero en absoluto tribunales del pueblo; que no se olvide que soy yo el gran tribuno».

En cuanto a los aliados, no se hallan de acuerdo. El Zar quiere que un gobernador ruso gobierne en París hasta que el pueblo francés haya optado por Bernadotte o cualquier otro. Austria declara que sólo aceptará a un Borbón. Schwarzenberg desea una paz rápida y, mejor que librar batalla, aconseja «conservar una actitud militar». Entre tanto, Blücher, repuesto de su última derrota, reanuda su marcha hacia delante. Cuando por segunda vez se propone al Emperador que acepte las antiguas fronteras de Francia, exclama: «¡Cómo! ¡Pretender que yo firme un tratado semejante!». Y cuando se le informa de que la superioridad numérica de sus enemigos es tal que triplica su ejército, da esta respuesta heroica: «Tengo 50.000 hombres y yo, lo que hace un total de 150.000».

A comienzos de marzo, a punto de revolverse nuevamente contra Blücher, busca, para asegurar el contacto con el resto de su ejército, a un general en quien poder tener absoluta confianza, y escoge, en aquella hora decisiva, a su más antiguo camarada de armas: Marmont.

Pero el espíritu de rebelión, cuyos primeros síntomas había conocido el

Emperador el año último en el castillo de Düben y que creciera después, bajo el influjo de sus hermanos, va a llevar a ciertos generales hasta la traición sobre el campo mismo de batalla. Marmont, que fue el primero en servir a Napoleón, será también el primero en traicionarle. Ya Oudinot y Macdonald han perdido la batalla de Bar-sur-Aube. En Laon, Marmont sólo combate por pura fuerza; abandonando su artillería sobre el campo, deja escapar la victoria y se deja sorprender en el campamento. «Había en todo ello motivo suficiente para atravesarle el cuerpo con la espada —dice Berthier—, pero tiene tal debilidad por él, que se ha apaciguado y le ha dejado el mando».

¿Hay algo más natural que el fiarse en semejantes momentos de los amigos de su juventud? Sin embargo, Marmont no es el único en traicionarle. Augereau, que antaño combatiera en Rívoli, comienza a entrar secretamente en relaciones con Austria y evitar el encontrarse con Napoleón cuando éste requiere su presencia. ¡Con qué acento amistoso le dirige el Emperador sus reproches y hasta qué punto se siente viva en él la vieja camaradería de armas!

«¡Cómo! ¿Seis horas después no se hallaba usted aún en campaña? Seis horas de reposo eran más que suficientes... ¡Qué pobre razón me da usted, Augereau! ¿Que no hay dinero? ¿Que carece usted de caballos...? Le ordeno que se ponga en marcha dos horas después de recibir la presente y que entre en campaña en seguida. Si continúa siendo usted el Augereau de Castiglione, conserve el mando. Si sus sesenta años le pesan, abandónelo y póngalo en manos del más antiguo de sus oficiales. La patria se halla amenazada... Sea usted el primero en afrontar las balas... Es preciso volver a calzar las botas y la resolución del 93. ¡Cuando los franceses vean su penacho en la vanguardia, hará usted de ellos lo que quiera!».

Es el general Bonaparte quien habla. La luz del astro en su declinar recuerda su deslumbrante aparición.

En Arcis-sur-Aube, el Emperador, privado de refuerzos a consecuencia de la retirada de Marmont, se encuentra con unos cuantos miles de hombres frente a todo un ejército. Fatalmente sucumbirá. Cuando en lo más ardiente de la batalla los dragones ven avanzar sobre ellos una enorme nube de polvo, emprenden la fuga gritando: «¡Los cosacos!». El Emperador, espoleando su caballo, se lanza entonces en medio de ellos: «¡Alto, dragones, qué hacéis! ¡Aquí estoy yo; apretad las filas, dragones; adelante!». Y desenvainando la espada, se precipita en línea recta contra el enemigo, seguido de su Estado Mayor y de su guardia de corps. Seis mil cosacos son puestos en fuga. Al

cabo de muchos años, es ésta la primera carga de caballería dirigida por Napoleón. Habiendo sido herido su caballo, monta otro: «Evidentemente, aquel día el Emperador buscó la muerte», dice Berthier.

Pero no la encontró. Como César, Cromwell o Federico el Grande, no estaba destinado Napoleón a caer como un héroe sobre el campo de batalla. Hombres semejantes son más que generales: conductores de pueblos, deben seguir su destino hasta el fin, aun cuando éste se halle en la lucha contra su propio país.

Desde entonces, los golpes del hado van a sucederse, henchidos de significaciones. ¿A quién podría sorprender que el despreciador de los hombres se vea abandonado por los hombres? ¿Y que aquellos soldados que él ha hecho príncipes prefieran sus principados a la muerte del soldado? ¿Y que una mujer de la más antigua casa reinante, casada a la fuerza con un advenedizo, le reniegue y vuelva a los Habsburgo? ¿Y que sus hermanos, a los que tanta confianza ha demostrado, no piensen más que en sí mismos en el momento de la catástrofe, en vez de socorrer a quien todo se lo deben?

María Luisa, a quien el Emperador ha rogado que escriba a su padre, se resuelve a hacerlo tras muchas vacilaciones; pero le escribe blandamente y, en vez de amenazarle con imitar el ejemplo de María Teresa, da a entender, con palabras encubiertas, sus verdaderos sentimientos. Cuando en el cuartel general austríaco se sabe que los ingleses han desembarcado en Burdeos, donde se ha izado la bandera de los Borbones, y que una carta interceptada del Emperador a su mujer anuncia su intención de replegarse tras el Marne, los aliados deciden marchar contra París sin demora.

Aunque cercado por todas partes, todavía concibe Napoleón un plan audaz. Piensa en armar a los campesinos, que seguramente le seguirán, tan grande es su odio hacia el invasor. En este momento llega la noticia de que Marmont se ha hecho derrotar por segunda vez y que retrocede con Morthier hacia la capital. Como el que se entera de que el fuego ha estallado en su casa, el Emperador se precipita en seguida hacia París; deja el mando de sus tropas a Berthier y parte con su guardia de corps. Bruscamente abandona toda escolta y se lanza en su carruaje con Caulaincourt, a fin de llegar más pronto y tomar de nuevo las riendas del Gobierno.

¡Cuántas veces después de la batalla se acercó así a las puertas de su capital! En tal circunstancia, pensaba siempre: ¿Qué voy a encontrar en París? Aquella noche, sólo una cuestión le obsesionaba: ¿se mantendrán firmes

aquellos a quienes ha confiado su Imperio, la Emperatriz regente; José, comandante de la plaza, y Marmont, que tiene bajo sus órdenes el cuerpo de ejército más importante?

Por la noche, en un relevo, se encuentra a un grupo de soldados con un oficial. Este último informa al Emperador de que tiene órdenes del mariscal Mortier para asegurar el alojamiento de las tropas que se repliegan.

«—¿Las tropas que se repliegan? ¿Dónde está la Emperatriz, dónde el rey José?

»—Su Majestad partió ayer para Blois con el Rey de Roma. El rey José ha salido hoy de la ciudad.

»—¿Y Marmont?

»—No lo sé, *Sire*».

Un sudor frío baña la frente del Emperador, sus labios se crispan. Después de haber escuchado estas terribles noticias, grita: «¡Adelante! La Guardia Nacional y la población me sostendrán... Una vez entre los muros de París, sólo saldré muerto o vencedor».

Caulaincourt le disuade con gran trabajo de continuar adelante. El Emperador ordena que el cuerpo de ejército de Marmont se retire tras el Essone, y dice al ministro: «¡Vaya volando a París! Vea si todavía es posible intervenir en el tratado... Estoy entregado y vendido. No importa, parta, parta al instante; le doy plenos poderes. Aquí le espero, la distancia no es larga... ¡Vaya!».

A un centenar de metros, el Emperador divisa el Sena; pero ¿qué ve reflejarse en sus aguas? Las fragatas del enemigo, cuyas avanzadas acampan sobre la otra orilla, entonando cantos. Napoleón, en pie junto a las dos sillas de posta y algunos servidores, clava los ojos en la noche.

Luego ordena volver atrás y se dirige a Fontainebleau.

XIV

A la mañana del día siguiente, Talleyrand —el ministro de la Revolución llevaba aún peluca como bajo el reinado de Luis XV— se hallaba entregado a los cuidados de su ayuda de cámara cuando de pronto la puerta se abre bruscamente y, antes de ser siquiera anunciado, el conde Nesselrode entra y saluda alegremente a su viejo amigo. «Al entrar quedó cubierto de polvos de arriba abajo», cuenta Talleyrand. Dos horas más tarde, el Zar se aloja en su casa, no habiendo querido quedarse en el Elíseo por temor a las bombas. He aquí llegado, por fin, el instante que el ministro de Napoleón ha venido preparando desde hace seis años; he aquí, por fin, la recompensa de sus esfuerzos. Los vencedores se estrechan la mano riendo, con la agradable impresión de haber hecho triunfar la virtud.

Después de veintidós años de vanas tentativas, las puertas de París acaban de abrirse por fin ante los tres soberanos legítimos: ¡qué gran día para los reyes! Algunos partidarios de los Borbones los han acogido como a libertadores, el *faubourg* Saint-Germain ha acudido en masa, pero los parisienses han permanecido impassibles, esperando saber, escribe un testigo, quién será mañana el amo, si Napoleón o Luis.

José, habiendo emprendido cobardemente la fuga y dejado en París a Talleyrand, el más hábil y peligroso enemigo de los suyos, debía precipitar el fatal desenlace. El pueblo francés no había reclamado en absoluto la abdicación de su señor vencido; en cuanto a los cuatro soberanos aliados, no se hallaban de acuerdo sobre la suerte que habían de imponerle. Napoleón no sucumbirá, pues, sino gracias a las intrigas de servidores perjuros y de amigos infieles. Talleyrand era uno y otro. Él es quien, bajo los auspicios del Zar, regirá los acontecimientos durante los diez días que van a sucederse. Jamás el abate ha tenido odio al Emperador; si le ha condenado, lo ha hecho sencillamente al observar los primeros signos de su derrumbamiento. Como no tiene ningún interés en vengarse ofreciéndose el espectáculo del Emperador prisionero, la desaparición de este hombre sería para él la solución

más cómoda. Con este fin, manda llamar a un tal Maubreuil, oficial monárquico de un pasado infame, a quien ofrece una fuerte recompensa por la ejecución de una «comisión muy importante en el camino de Fontainebleau». Pero el aventurero, presa de temor en el último momento, sólo ataca a la mujer de Jerónimo, a la que arrebató sus joyas, en vez de asesinar al Emperador. Al mismo tiempo, Blücher, por propia iniciativa, envía un destacamento con la orden formal de asesinar a Napoleón.

¿Qué espera Francia entre tanto?, pregunta el Zar al abate. Talleyrand, que desde hace largo tiempo ha escogido a su antiguo rey, no consulta menos respetuosamente al Zar. Éste, vacilando, pronuncia el nombre de Bernadotte; Talleyrand sonríe: «Francia no quiere más soldados por años. Si quisiéramos uno, guardaríamos al que tenemos, que es el primero del mundo. Después de él, ningún otro conseguiría reunir ni cien hombres». Tales son las palabras que se atreve a decir frente al vencedor. ¡Cómo se habría asombrado Napoleón en Fontainebleau de oír semejante homenaje en tal boca!

Al día siguiente, Talleyrand convoca al Senado, que confirma la necesidad de la deposición imperial. Todos abandonan ya su partido. Sólo Caulaincourt lucha todavía en su favor y procura atraer al Zar a su causa, logrando reanimar por un momento la antigua amistad en aquel corazón tornadizo y obteniendo su promesa de interceder ante los aliados para que la corona de Francia pase al Rey de Roma.

En tanto que Caulaincourt asedia al Zar para que obre en favor de la casa de Bonaparte, Talleyrand, aquel mismo 3 de abril, manda venir a París a Marmont, cuyos 12.000 hombres representan todavía una fuerza, mientras el grueso de las tropas enemigas no entra en París.

He aquí, pues, al más viejo compañero de armas de Napoleón frente a su más viejo ministro. Los razonables argumentos del hábil diplomático se deslizan astutamente en el corazón del soldado, que, por otra parte, apenas si le escucha. Desde hace largo tiempo, Marmont está cansado de todo aquello. En España perdió su fe en Napoleón. «¿Debe uno solidarizarse con un hombre acabado? —se pregunta—. ¡El Rey ha muerto; viva el Rey...! En la Escuela de Guerra, todos éramos monárquicos... Su derrota prueba lo bien fundado de las reivindicaciones de los Borbones... Nos han relevado de nuestro juramento... Pero ¿y nuestra vieja amistad...? ¡Bah! Todavía el otro día, después del asunto de Laon, me maltrató...». Y, bajo la influencia de Talleyrand, Marmont escribe a Schwarzenberg, el general en jefe: «El ejército y el pueblo se hallan desligados, por el decreto del Senado, del juramento de

fidelidad prestado al Emperador. Estoy dispuesto a contribuir a un acuerdo entre el pueblo y el ejército, que prevenga toda posibilidad de guerra civil, y a impedir la efusión de sangre francesa». Bajo la máscara de estos falsos pretextos, a los que siempre han recurrido los traidores, el más antiguo de los mariscales del Emperador provoca el derrumbamiento de éste. Poco después, Augereau imitaba su ejemplo con una injuriosa proclama.

En el mismo instante en que el ministro procura ganar a Marmont, el Emperador pasa revista, en Fontainebleau, a su Vieja Guardia: «Unos franceses indignos, unos emigrados..., han enarbolado la escarapela blanca. ¡Cobardes! ¡Ya recibirán el premio de este nuevo atentado! ¡Juremos vencer o morir y hacer respetar la escarapela tricolor de la gloria!». Napoleón los saluda alegremente y sube a grandes pasos la escalera, atropellando a los pocos ministros que le han permanecido fieles.

Pocos instantes después, el carruaje de Caulaincourt penetra en el patio. Aunque pálido y extenuado, dirígese inmediatamente hacia el Emperador. «¿Y bien, amigo mío —le pregunta Berthier—, en qué situación nos encontramos?».

«Esta pregunta y el tono en que fue hecha me disgustaron. Encontré al Emperador disponiéndose a trabajar.

»—Vamos a ver, ¿qué es lo que le trae, qué se me quiere?

»—Vuestra Majestad está llamado a grandes sacrificios para garantizar a su hijo la corona de Francia —insinúa Caulaincourt.

»—O sea que no quieren tratar ya conmigo; que quieren hacer de mí un ilota, objeto de burla y de compasión, destinado a servir de ejemplo a quienes por el solo ascendiente de su genio mandan a los hombres y hacen temblar a los reyes legítimos en sus tronos podridos».

¡El acento de Bonaparte! La vista de su Guardia, de sus tropas, de sus mapas, le han transportado. Caulaincourt le transmite la proposición del Zar de que abdique en favor de su hijo y entonces se determinará la cuestión de la Regencia. Cuando le habla de la posibilidad del regreso de los Borbones, el Emperador exclama:

«—¡Vamos, están locos! ¡Restablecer a los Borbones en Francia! Ni un año siquiera resistirían en el trono. Los Borbones son antipáticos a las nueve décimas partes de los franceses. Nunca mis soldados lo serán suyos. ¿Podrá olvidarse que durante veinte años han vivido de las limosnas del extranjero,

fuera del seno de su patria, en guerra abierta con los principios y los intereses de Francia? En el Senado se hallan hombres honrados, quienes, o en ciertos casos sus padres mandaron a Luis XVI al cadalso. ¡Y yo! ¡Yo era un hombre nuevo! Yo no tenía nada que vengar y sí reedificarlo todo. Se puede aprovechar el estupor en que el hecho de la ocupación ha sumido a la capital y abusar del derecho del más fuerte desterrándome a mí y a mi familia; pero hacer reinar tranquilamente a los Borbones, ¡nunca!».

Semejante a una epopeya, su vida se desenvuelve de nuevo ante sus propios ojos. Vuelve a ser soldado. «¿Se exige mi abdicación? A ese precio, ¿acceden a conservar la corona a mi hijo? Pero yo tengo 50.000 soldados a mis órdenes. Mis hombres me piden a grandes gritos que los conduzca a París. Después de la victoria haré juez a la nación y no descenderé del trono hasta que los franceses me arrojen de él». El estadista se halla ya dispuesto a abdicar en favor de su hijo, pero el soldado reserva su decisión.

En tanto que las tropas se exaltan a la idea de proteger a su Emperador, sus mariscales, descontentos, se reúnen en consejo. Ignoran aún la deserción de Marmont, pero también ellos hurtarían el cuerpo con mucho gusto si encontrasen una razón válida para justificarse. Este desacuerdo entre los sentimientos del simple soldado y los de sus jefes era el resultado fatal de los títulos y ventajas materiales con que el Emperador colmara a sus oficiales, convertidos en mariscales. Al día siguiente, los más antiguos, entre ellos Ney, Macdonald, Oudinot y Lefèvre, deciden hacer presentes, respetuosamente, a Napoleón las ventajas de una abdicación.

El Emperador les indica sus mapas, en los que ha clavado una porción de alfileres; les explica la mala posición en que se encuentra el enemigo, enumera las tropas que todavía posee. Es en vano. El descontento que había comenzado a reinar en se yergue implacablemente ante Napoleón, que despide a sus mariscales sin una palabra y medita un nuevo plan. Ha hecho la cuenta exacta de sus cuerpos de ejército; su posición no es desesperada; su renuncia al trono no es, en suma, sino un armisticio, una prórroga.

Pocas horas después de esta audiencia, el Emperador manda llamar a Caulaincourt. «Tomando de su escritorio un papel enteramente escrito de su mano, me lo presentó: “Ahí tiene mi abdicación; llévela a París”».

El ministro lee:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, el emperador

Napoleón, fiel a sus juramentos, declara que está dispuesto a descender del trono, a abandonar Francia y aun la vida misma por el bien de la patria, inseparable de los derechos de su hijo, de los de la regencia de la Emperatriz y del mantenimiento de las leyes del Imperio».

Un documento en forma de acta, una fraseología de política prudente e inocua, redactada por los diplomáticos de la vieja escuela; ni la más leve huella del lenguaje napoleónico. Para una misión tan importante, el ministro pide que le sean agregados dos grandes oficiales del Imperio: «Tome usted a Marmont y Ney. Marmont es el más antiguo de mis compañeros de armas».

«—Marmont no está aquí».

«—Entonces Macdonal».

Tres horas después, avanzada ya la noche, los tres ministros plenipotenciarios franceses se hallan sentados frente a los soberanos coaligados y sus ministros. Durante la mayor parte del tiempo es el Zar quien discute con Caulaincourt. Este último insiste sobre la poca popularidad de que gozan en Francia actualmente los Borbones; sus palabras producen cierto efecto, pero de repente entra un oficial y hace en ruso una comunicación que los franceses no comprenden. «Señores —dice entonces el Zar—, pueden ustedes contar con la fidelidad de las tropas del Gobierno imperial; acabo de saber que la vanguardia, el sexto cuerpo, se ha pasado a nuestras filas».

Alivio general. Se exige la abdicación inmediata sin condiciones. Caulaincourt recibe, una tras otra, varias notas del Emperador:

«Si no quieren negociar conmigo, ¿a qué hacer un tratado...? Le ordeno que me traiga de nuevo mi abdicación. No firmaré ningún tratado».

A las seis de la mañana siguiente, un capitán, ayuda de campo de Mortier, se hace anunciar al Emperador, que trabaja con Berthier.

«—¿Qué hay de nuevo?»

»—El sexto cuerpo acaba de abandonar la causa de Vuestra Majestad y se ha puesto en marcha hacia París».

El Emperador le coge del antebrazo y, estrechándolo con fuerza, le interroga:

«—¿Está usted absolutamente seguro? ¿Sabían las tropas adónde se las conducía?»

»—Sin duda, no; según su costumbre, han obedecido en silencio.

«—¡Ah! Tienen que engañar a mis soldados para quitármelos. ¿Ha visto usted al duque de Ragusa?

«—No, *Sire*.

«—Y la caballería, ¿ha seguido el movimiento?

«—Sí, *Sire*; todos se han puesto en marcha en la misma dirección.

«—¿Qué hace Mortier?

«—Me envía, *Sire*, para que asegure a Vuestra Majestad su fidelidad. Somos fieles en vida y muerte al Emperador, ha dicho; la Guardia joven y toda la juventud de Francia están dispuestas a morir por él».

El Emperador se aproxima al mensajero, le mira de frente y, con un gesto familiar, pasa su mano bajo la charretera del capitán, como si, ya vacilante, procurase apoyarse en la juventud francesa.

Al volver Caulaincourt para traer las nuevas exigencias, sólo viene acompañado de Macdonald.

«—¿Y Ney?».

Silencio. Caulaincourt le informa acerca de las nuevas condiciones. ¡Cómo! ¡Abandonar su dinastía, renunciar al resultado hacia el que tienden todos sus esfuerzos desde hace diez años!

«—¿Mi renuncia a la corona no les ha bastado? ¿Quieren también que despoje a mi mujer y a mi hijo? ¡No puedo hacer tal cosa! ¿No he conquistado mi trono gracias a mis acciones?». Paradoja tan fuertemente anclada en él, que ni siquiera se da cuenta de ella. De nuevo comienza a sumar sus tropas:

«Tengo aquí, a mis órdenes, 25.000 hombres de mi guardia; 18.009 que llegan de Italia; los 15.000 soldados de Souchet y los 40.000 que se hallan esparcidos bajo las órdenes de Soult. ¡Todavía estoy en pie!».

Una parte de los soldados le permanecen fiel; pero los jefes se hallan impacientes por regresar a sus castillos, y los burgueses desean vivir en paz. ¿Por qué, hallándose en estas condiciones, no se pone el mismo Napoleón a la cabeza de sus granaderos? Porque sus mariscales se le han hecho indispensables; en aquella atmósfera de feudalismo ha perdido el contacto directo con sus hombres.

Sus generales vuelven a la carga; esta vez, el mismo Berthier se ha unido a ellos. Fontainebleau corre el riesgo de ser cercado, dicen. Napoleón los

escucha con dignidad, y luego les pregunta secamente si están dispuestos a marchar con él hasta el Loire o hasta Italia para reunirse con Eugenio. Una nueva aventura se esboza... Pero los hombres que tiene ante sí son mariscales y además franceses. Hablan de guerra civil y aconsejan la abdicación; han obtenido para él la isla de Elba, que Napoleón acepta sin demora. Una vez que se han ido, dice el Emperador:

«—Estas gentes no tienen corazón ni entrañas. Más vencido estoy por el egoísmo y la ingratitud de mis hermanos de armas que por la misma suerte. ¡Es horrible! Ahora todo está consumado».

Los cortesanos y grandes dignatarios se han reunido en los salones de palacio; se habla en voz baja, como en vísperas de la muerte de un rey. Todos esperan la firma del acta de abdicación; el Emperador no recibe a nadie y los cita para el día siguiente. Por la mañana, los embajadores le encuentran en bata, tendido sobre un sillón junto a la chimenea. Después de una noche de insomnio, el Emperador, enfermo, parece destrozado. Le comunican los resultados de las deliberaciones sostenidas la noche anterior: el acuerdo, por el que se le asegura la isla de Elba y tres millones de renta, está firmado. Se autoriza a Napoleón a conservar el título de Emperador y a llevar consigo cuatrocientos hombres de su Guardia. Talleyrand había propuesto Corfú y hasta la misma Santa Elena, temiendo que la isla de Elba se hallase demasiado próxima; en cuanto a Fouché, invita al Emperador, en términos dulzones, a ir a América para comenzar allí una nueva vida. (Que se vaya lo más lejos posible de las costas de Europa, piensa).

Todo esto deja indiferente al Emperador, preocupado como se halla por otras cosas. Comparando la conducta de Macdonald con la de sus demás oficiales, se da cuenta de que no lo ha apreciado en su justo valor y, queriendo subsanar esta injusticia, le dice:

«—Demasiado tarde aprecio su lealtad y siento sinceramente hallarme en una situación en que no puedo reconocerla ni manifestarle mi gratitud más que con estas palabras. Pero usted puede aceptar un testimonio de otro género, sin herir su delicadeza. Éste es el sable de Murad-Bey. Consérvelo en recuerdo mío y de mi amistad».

Y, mientras todos esperan que firme al fin la abdicación, el Emperador manda traer el sable turco y abraza a su General; luego firma la siguiente acta:

«Habiendo declarado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador

Napoleón, fiel a su juramento, declara que renuncia, para él y para sus herederos, a los tronos de Francia e Italia y que no hay ningún sacrificio personal, incluso el de la misma vida, que no esté dispuesto a hacer por el interés de Francia».

Todo se ha cumplido. De nuevo se respira libremente. Generales y cortesanos abandonan Fontainebleau; con excepción del ministro Maret, todos parten para París. El mismo Berthier se pone a disposición del Gobierno provisional, a cuyo frente se hallan Fouché y Talleyrand.

Sin embargo, aún debía permanecer el Emperador nueve días en su palacio de Fontainebleau. No está allí solo. Su Guardia, fuerte de 25.000 hombres, vela por él. Sus hermanos se han esquivado, y Josefina, en la Malmaison, después de haber llorado y jurado que seguiría a todas partes al abandonado Emperador, recibe, adornada con todas sus joyas, a aquel que le ha vencido. El Zar, que quiere conducirse como un galante caballero, se entrega al encanto de la primera Emperatriz; pero, en cambio, Hortensia le acoge fríamente y se reúne en Fontainebleau con el Emperador, del que no se separará hasta su marcha al destierro.

En un principio, sólo su madre había permanecido a su lado; el Emperador la ha obligado a partir con Jerónimo, como medida de seguridad. Cuando la emperatriz María Luisa, en el momento de despedirse de Leticia, le había rogado, en un tono de fría etiqueta, que continuase distinguiéndola con su cariño, la anciana, comprendiendo que su nuera sólo pensaba en su placer y en su seguridad, había contestado a la hija de los Habsburgo: «Señora, eso dependerá de usted y de su conducta en lo futuro».

El Emperador no recibe la menor noticia de su esposa y de su hijo, aunque envía correos y cartas en pos de ellos. En tanto que para él no ha pedido ni tierras ni dinero, escribe a María Luisa, que se ha convertido en duquesa de Parma, según los términos del nuevo tratado, que se haga entregar la Toscana o, cuando menos, los territorios próximos a la isla de Elba, a fin de estar menos alejados el uno del otro. Le indica los relevos en que podrá pasar las noches de viaje, le recomienda que tome consejo de Corvisart a propósito de las aguas que mejor le sentarían y que lleve consigo su tesoro personal. También escribe al intendente de la Emperatriz para que devuelva a Francia todos los diamantes que no son de su propiedad privada o de la Emperatriz.

Pero, entre tanto, el Gobierno ha enviado a un hombre de confianza a las Tullerías para que confisque el tesoro imperial. Todos los objetos de oro u

otras materias preciosas, los ciento cincuenta millones que representaban la fortuna personal que el Emperador se había constituido haciendo economías durante catorce años, de su lista civil; la vajilla de plata, los objetos personales, las tabaqueras de oro y hasta los pañuelos marcados con su inicial, son confiscados, esto es: robados. Y esta orden de expoliación lleva, entre otras, la firma de Talleyrand. El Emperador, ayer todavía el hombre más rico de Europa, no posee ya más que tres millones, que se llevará consigo a la isla de Elba.

Napoleón está tranquilo. ¿Qué podría conmoverle ya? ¿La conducta de sus hermanos y hermanas? Al día siguiente de la abdicación, Luciano ha escrito al Papa y se convierte en príncipe romano. Siguiendo el consejo de Fouché —él es quien ha dirigido todas las intrigas de las últimas semanas—, Murat, impulsado por Carolina y de acuerdo con Inglaterra, que ha ocupado la Toscana, ha entrado en Roma y hecho avanzar sus tropas hasta el reino de Elisa. Ésta, habiendo apostado en el último momento a la mala carta, ha permanecido fiel a su hermano por error. Huye ante las tropas de su hermana Carolina, da a luz un niño en una hostería de la montaña y cae luego prisionera de los austríacos en Bolonia. Jerónimo y su mujer son los únicos que obran correctamente.

Los últimos días transcurren en Fontainebleau en un silencio impresionante. Si un coche entra en el patio, todos los oídos se aguzan: ¿quién vendrá a despedirse del Emperador? Nadie, fuera de aquellos que llegan para despachar asuntos corrientes. Sin embargo, pocos días antes de su partida llega al palacio una mujer velada: es la condesa Walewska. No habiendo sido anunciada, espera durante una noche entera; por la mañana, parte dejando una esquela. Napoleón la manda buscar en seguida, pero en vano. Entonces escribe:

«María..., los sentimientos que te animan me conmueven vivamente; son dignos de tu alma hermosa y la bondad de tu corazón... Piensa en mí con alegría y nunca dudes de mí. N.»

El Emperador encuentra un renuevo de fuerza en la calma interior que ha recobrado. ¿No le queda acaso una isla en la que aún poder actuar? Ordena que le traigan una obra sobre la isla de Elba y la estudia desde el punto de vista geográfico y estadístico. «El aire es sano en ella, y excelentes los habitantes; no me encontraré demasiado mal allí, y espero que María Luisa tampoco se hallará mal». Luego escoge sus cuatrocientos hombres; todos sus bravos quieren acompañarlo, aun aquellos que dejan tras de sí mujer e hijos.

Siendo todavía capitán y mozo, ya se los había ganado para siempre. ¿No le han seguido, acaso, de El Cairo hasta Moscú, a través de sesenta batallas?

Napoleón ha recobrado todo su equilibrio, y hablando al prefecto de palacio de la Providencia y de la muerte, que le han respetado en el curso de los últimos combates, le dice:

«Una muerte que sólo tuviera por causa un acto de desesperación sería una cobardía. El suicidio no conviene a mis principios ni al puesto que he ocupado en la escena del mundo...». Después de haber dado unos pasos por la terraza, agrega con una sonrisa: «Reconozcamos que un granuja vivo vale más que un emperador muerto».

Todas las formalidades se han cumplido; los cuatro comisarios nombrados por los aliados para acompañarle hasta la isla de Elba han llegado. La partida ha sido fijada para aquella tarde. El Emperador se lo anuncia muy sencillamente a su mujer y termina así su carta: «Adiós, mi buena Luisa. Puedes contar siempre con el valor, la serenidad y la amistad de tu esposo. N. Un beso para el reyecito».

La partida no será penosa, puesto que no hay que despedirse de nadie. Pero, sí... En el patio, formados en cuadro, le esperan sus viejos granaderos. Desde que aparece en lo alto de la escalinata, millares de ojos se clavan en él. ¿Irá a hablarles? Desde hace veinte años, sólo se ha dirigido a ellos antes del combate o después de la victoria, estimulándolos primero, dándoles las gracias luego. Da un paso. «¡Viva el Emperador!». Avanzando entonces hasta colocarse en medio de ellos, pronuncia estas palabras:

«—Soldados de mi vieja Guardia, yo os digo adiós. Desde hace veinte años, siempre os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en aquellos de nuestra prosperidad, no habéis dejado de ser modelos de valor y de fidelidad. Con hombres semejantes a vosotros, nuestra causa no estaba perdida..., pero hubiera sido la guerra civil... Yo he sacrificado, pues, todos nuestros intereses a los de la patria, y me voy. Vosotros, amigos míos, continuad sirviendo a Francia. Su dicha era mi único pensamiento y seguirá siendo siempre el objeto de mis deseos. No lamentéis mi suerte; quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos. ¡Adiós, hijos míos! Quisiera estrecharos a todos contra mi corazón; dejad que bese, al menos, vuestra bandera... ¡Adiós otra vez, mis viejos compañeros! ¡Que este último beso llegue hasta vuestros corazones!».

El general le tiende la bandera; Napoleón abraza al oficial y luego posa

sus labios sobre el glorioso lienzo. «¡Adiós, amigos míos!».

Ya sube al coche. «¡Viva el Emperador!».

Sus viejos granaderos estallan en sollozos; su padre se les ha ido. Nunca les había hablado así. Ya ni elocuencia patética, ni imágenes audaces, ni símbolos; el Emperador ha hablado como un jefe del ejército: virilmente, sobriamente. ¡Y qué emocionante gesto ese beso a la bandera! Movimiento espontáneo, que no había tenido nunca. Los viejos granaderos hablarán de ello a sus nietos, éstos a los suyos, y así es como la leyenda se transmitirá hasta nosotros.

Apenas ha abandonado Napoleón a los militares cuando se encuentra con el populacho. Después de los sollozos de su vieja Guardia, ¡qué rechifla, qué imprecaciones! En tanto que su carruaje atraviesa la Provenza, sólo oye los gritos de un pueblo desencadenado: «¡Abajo el tirano, el bribón, el aventurero!».

En las poblaciones en que hay cambios de caballos, las mujeres enfurecidas se reúnen ante la portezuela para insultarle; apedrean su carruaje; se quiere obligar al cochero a gritar: «¡Viva el Rey!».

En otro pueblo, un maniquí hecho a su imagen y embadurnado de sangre es suspendido en el relevo de las diligencias y la multitud aúlla: «¡Muera el asesino!».

Los cocheros fustigan a los caballos; el viaje se convierte en una fuga desesperada, la primera en la vida de Napoleón.

Inmovilizado en una especie de espanto, el Emperador mira, escucha. ¿Son éstos los que antaño corrían tras su carruaje para obtener una de sus miradas y le juraban un agradecimiento eterno por la gloria que daba a Francia? Sí, son los mismos, y lo que hoy sufre, lo había sentido Napoleón cuando su primera entrada triunfal en París. Pálido y mudo, permanece hundido en el rincón de su carruaje; a cada parada, los comisarios extranjeros acuden para defenderle. ¿Lo soportará todo sin sacar la espada? Pero ya no lleva espada, como tampoco su viejo frac verde. El Emperador tiene que abandonar Francia vestido de paisano. La única vez que se había visto en una situación análoga, el 18 Brumario, tampoco había desenvainado la espada; ante los radicales, como hoy ante la muchedumbre, había permanecido impotente. Napoleón no era un tribuno. Sólo sabía batirse en el campo de batalla.

¡Ejercicio! ¡Aire! Manda detener el carruaje en un camino desierto, desengancha un caballo, y luego, tras de haber puesto una gran escarapela blanca en su sombrero redondo, parte al galope, seguido de su ayuda de

cámara. Llegado a las proximidades de Aix, vuelve atrás y se detiene en una pequeña hostería, en la que se presenta como un comandante inglés, de nombre Campbell. Y es el sexto que usa en su vida.

La muchacha provenzal que le sirve no cesa de charlar: «¡Ya le cogerán por el gaznate antes de que llegue al mar!». «¡Sin duda, sin duda!», contesta él a todas sus frases. Habiéndose quedado solo con su ayuda de cámara, se apoya sobre su hombro y se duerme, después de dos noches de insomnio, con un sueño bienhechor. Al despertarse, los gritos y visiones de los últimos días vuelven a su memoria; entonces tiembla de horror y dice en voz casi imperceptible: «No, no seré más feliz en la isla de Elba de lo que hasta ahora he sido. Ya sólo me ocuparé en la ciencia. No desearé corona alguna de Europa. Ya has visto lo que es el pueblo. ¿No tenía yo razón al despreciar a los hombres?».

Cuando los carruajes le alcanzan, toma la precaución de cambiar de traje y, en su precipitación, se pone el uniforme de general del comisario austríaco Koller, la gorra del comandante prusiano Truchsess y el manto ruso de Schuvaloff. En tan extravagante vestimenta debía huir el emperador Napoleón de su país.

Por fin llegan a Fréjus. He aquí el puerto al que llegara antaño el general vencido de regreso de Egipto, habiendo perdido todos sus barcos, abandonado su ejército y merecido ser citado ante un consejo de guerra. Aureolado por sus antiguas victorias, había sido recibido, no obstante, por las aclamaciones de la muchedumbre y acompañado hasta París por el entusiasmo creciente del pueblo, que buscaba un amo, de este mismo pueblo que acaba de silbarle durante todo el camino. En el curso de los quince años que separan estos dos viajes, ha reedificado el Estado y procurado a la nación una gloria inmortal; quince años colmados por el estruendo de las armas, los soldados muertos pudriéndose en el fondo de los fosos, los regresos embriagadores del vencedor, la gloriosa carrera de los mariscales, la efervescencia de los espíritus por la nación victoriosa o en contra de ella, y, dominando todo esto, la frágil corona de áureos laureles que un corso se ciñó a la frente con la ingenuidad de un hombre que todo lo debía a su propio genio.

XV

—¡**Q**ué grande es Córcega! ¡Qué altas sus montañas! Bastia es realmente un bonito puerto; con la ayuda de un anteojo de larga vista se distinguen sus fuertes... Si se atacasen por el Oeste...

Cuando el soberano de la isla de Elba pasea a caballo por las alturas de su dominio, distingue a lo lejos la silueta de su antigua patria. Todo en ella es más grande que aquí: su territorio es cuarenta veces más extenso y tiene una población diez veces mayor: Napoleón tiene todas las cifras en su cabeza. La isla de Elba no es sino una ratonera...

A su llegada, una clara mañana de mayo, después de haber escuchado el discurso de bienvenida de los campesinos y de los pequeños burgueses de Porto-Ferrajo, Napoleón había rehusado, con gran sorpresa de todos, los banquetes que querían ofrecerle y partió inmediatamente a caballo para inspeccionar las fortificaciones de su nuevo reino. Desde el día siguiente, las órdenes corrían por la isla dormida: que se instalen en Pianosa dos baterías más; es preciso agrandar el puerto y reparar todos los caminos. Los isleños ven con sorpresa desembarcar a los cuatrocientos granaderos. Su nuevo señor no tarda en formar una legión extranjera y una especie de guardia nacional, que viene a aumentar su número. En poco tiempo, Napoleón se encuentra de nuevo al frente de mil hombres, y pronto de una flotilla. ¿Para qué?, se dirá. Por necesidad, simplemente, de cuidar de sus soldados.

Forma un Consejo de Estado en el que toman parte Bertrand y Drouot, los dos generales que le han acompañado, y una docena de habitantes de la isla. Se delibera bajo su presidencia y se trata de las mejoras que pueden introducirse en las minas de hierro y las salinas. ¿No se cultiva la morera aquí? Las sederías de Lyon pagan bien, y si gravan su mercancía con derechos de aduana, ¡pues bien, la venderán a Italia!

Ante todo hay que hacer economías. No tienen gran cosa y Francia no parece muy dispuesta a enviarles las rentas prometidas. La casa de allí es

mucho más pequeña y modesta que la de Ajaccio, pero no tienen dinero para edificar. Cuando el «gran mariscal», Bertrand le presenta la lista de los colchones y ropas de cama, el soberano corrige los errores, pues sabe exactamente lo que posee.

¿Es que no ve acaso el ridículo que significa para él el administrar así esta isla exigua, este pequeño ejército y esta casucha? No. En buena salud y de excelente humor en este primer período de su destierro, Napoleón probó en la isla de Elba que nunca fue la grandeza de los medios lo que le tentó. Organizar, construir, educar a su manera a los hombres, son los fines a que le lleva su destino de artista, y como no modela en arcilla, sino en una materia perpetuamente viva e insumisa, sólo puede realizar su obra violentando y conquistando a los hombres. No habiendo sido jamás ni un diletante ni un advenedizo, gobernará este minúsculo Imperio con la misma seriedad que tuviera en el manejo de su inmenso Imperio de otro tiempo. Después de haber atendido a lo esencial y como su inactividad le comienza a pesar, no obstante los trabajos de matemáticas que realiza, se esfuerza en considerar su situación desde un nuevo punto de vista.

«No es difícil —escribe— formarse una vida contemplativa cuando se llevan consigo las posibilidades de ella. Trabajo mucho en mi despacho y, cuando salgo de él, tengo momentos felices contemplando mi vieja Guardia... Los reyes nacidos en el trono deben sufrir cruelmente al ser destronados, pues el fasto y la etiqueta forman parte de su existencia. Para mí, que fui siempre un soldado y que sólo fui rey por circunstancias fortuitas, esas cosas no fueron nunca otra cosa que una carga. La guerra y la vida de campamento me convienen mucho más, y por eso sólo echo de menos a mis soldados; de mis tesoros y coronas, lo que tengo de más precioso son los pocos uniformes franceses que me han dejado».

Palabras de un rey doméstico. ¿Quién lo habría creído? Europa no tarda en olfatear bajo todo esto un misterio y se mofa de la etiqueta que mantiene Napoleón en su reino liliputiense; pero la dignidad natural a Napoleón, que antaño obligaba al respeto a aquellos que le aventajaban por el nacimiento, impone ahora a los visitantes y paraliza sus burlas. Cuantos le ven, admiran la noble sencillez con que el abandonado Emperador continúa haciéndose llamar «Majestad» en una modesta casa, sin amparo, sin Corte ni ministros, conservando por toda grandeza su gloria pasada.

Su regreso a la tierra italiana le procura un descanso. El campesino le responde en su lengua materna; el mar en cuyas riberas ha crecido y el paisaje

familiar le recuerdan su juventud. Hay aquí higueras, rocas, blancas casas de techumbres planas perdidas entre las viñas, velas sobre el mar, redes que se secan en el puerto y, en casa del poblador, el orgullo de su raza. Los domingos las mujeres van a la iglesia con un pañuelo en la cabeza; en suma, todo le reconduce dulcemente a las imágenes de su infancia, calmando sus nervios sobreexcitados. El Emperador recobra la salud; le parece que este maravilloso viaje al país natal es un sueño; sólo la vista de sus granaderos le recuerda súbitamente todo lo que ha pasado entre Córcega y la isla de Elba.

«El Emperador se halla muy satisfecho aquí —escribe una de las personas de su acompañamiento—, y parece como si hubiese olvidado el pasado. Se ocupa en su instalación y busca un lugar favorable para hacerse una casa de campo; montamos mucho a caballo, salimos en coche y con mucha frecuencia nos hacemos a la mar en un velero».

Como tiene horas de ocio y necesita hacer economías, cuida de los menores detalles; escribe a Bertrand: «Mi ropa se halla en un estado deplorable. Todavía hay aquí parte de la que había quedado en mis maletas, y aún no se ha hecho un inventario general. Ordene que se coloque toda la ropa en armarios y que no se entregue a nadie de la casa sin un recibo... Nos hacen falta sillas corrientes para todas nuestras casas; es preciso buscar un modelo de sillas a cinco francos pieza. Escoged el modelo más agradable entre las que se hacen en Pisa».

Europa ríe; todo el mundo se sorprende, pero todo el mundo admira su valerosa resignación.

Sin embargo, una tarde en que se halla en la cima de la montaña, desde la que se ve toda la isla, un suspiro se escapa de su pecho: «¡Demonio! Hay que confesar que esta isla es demasiado pequeña». Nostalgias conmovedoras en este hombre que no se ha sentido a sus anchas en Europa entera y que se ahogaba en la atmósfera razonadora y democrática del siglo XIX.

Su madre llega en el verano. Actualmente es feliz; ya no está expuesto su hijo a los atentados ni a los peligros de las batallas. Todo aquí es tranquilo; el tiempo es bueno, casi como en Córcega; la vida en común con el Emperador le recuerda los buenos tiempos pasados. Su llegada es, por otra parte, providencial, pues lleva a su hijo sus economías, y quién sabe si ambos sonrían cuando ella le entrega sus billetes... Y el día de su cumpleaños le ofrece una fiesta campestre.

Leticia había asistido una docena de veces a la celebración de la festividad

de San Nicolás en París. Los cañones de los Inválidos tronaban entonces: se decía la misa en las Tullerías y en seguida desfilaba toda la Corte, el Senado, los ministros y el cuerpo diplomático; pero por la noche, cuando se congregaba en las salas iluminadas la sociedad más elegante de París, en tanto que estallaban ante las ventanas los fuegos artificiales y que aparecía sobre el estrellado fondo de la noche estival una gran N formada por innumerables lamparitas, Leticia, silenciosa y altiva entre sus reales hijos, sentía la inquietud morderle el corazón. Hoy está alegre; esta fiesta sencilla y dichosa le recuerda su villa de Ajaccio, y sin duda se dice, por primera vez, que realmente su familia no ha dejado de abrirse camino.

Leticia ha vencido en Roma las dificultades que se habían suscitado a consecuencia de los acontecimientos recientes. El Papa, de regreso a la Ciudad Eterna, ha perdonado a la madre de su enemigo. Habiéndolo presentado todo desde hace largo tiempo, la anciana no se asombra de nada, ni siquiera de que toda la Corte, y hasta su secretario, un joven corso, se hayan pasado a los Borbones. Pero Leticia se niega a ver de nuevo a su hija Carolina. En cambio, Paulina, la alegre princesa Borghese, la más afectuosa de las hermanas del Emperador, que había tenido el buen juicio de preferir a las coronas efímeras los verdaderos diamantes y las dulces noches de amor, desembarca en la isla de Elba y distrae a su hermano con su charla pintoresca y amena.

El Emperador recibe escasas noticias de sus hermanos. Un día, sin embargo, le llevan una carta de Luciano. ¿Qué desea? Luciano, que vive ahora en Roma con una fastuosidad principesca, ¿irá a ofrecerle generosamente su ayuda y su apoyo financiero? Príncipe de Canino, por la gracia del Papa, Luciano posee altos hornos, y el Emperador unas minas de hierro que podrían alimentarlos... Luciano ha rehusado oro y coronas, pero querría el hierro que aún posee el Emperador. ¿Cómo es posible que él, que presume de poeta, no comprenda lo cómico de esta historia de los altos hornos?

Josefina ha muerto en la Malmaison pocas semanas después de la partida de Napoleón. Se ignora si, en el intervalo, le escribió; deja tres millones de deudas, que él deberá pagar. Hortensia, separada de su marido y convertida en duquesa, ha ido a hacer su reverencia a los Borbones en la misma sala en que reinara tanto tiempo con su madre. León, que Leticia tuviera algún tiempo a su lado en Roma, se parece mucho a su padre y es un diablillo, según dice... Esto es todo lo que el Emperador sabe de su familia.

Un hermoso día de verano, un barco inglés conduce al puerto a una joven, la misma que vanamente intentó ver al Emperador en Fontainebleau.

Napoleón recibe a la condesa Walewska en sus tiendas instaladas bajo los castaños. Permanece dos días y dos noches con ella, separándose apenas para dar sus órdenes. Su hijo, ya de cuatro años, juega en los prados, vistiendo el traje de polaco, con los viejos granaderos. El Emperador quisiera conservar a su amiga a su lado, pero todavía espera que su mujer irá a reunírsele y no quiere dar el menor pretexto para que se abstenga de hacerlo. Por segunda vez, Napoleón sacrifica su felicidad a una ilusión. Habiéndose levantado una violenta tempestad en el mar después de la partida de la Condesa, el Emperador se siente sumamente inquieto hasta que recibe noticias de su desembarco en Liorna.

¡Qué maravillosa historia se va tramando así en torno del mago! He aquí al soberano de la isla de Elba recibiendo en su pequeño reino a la bien amada, a la que no había vuelto a ver íntimamente desde Schönbrunn. En el intervalo, el amante había ido a aquel mismo palacio para pedir por esposa a una princesa austriaca. Hoy, el hijo de los amores de Schönbrunn, nacido en un triste castillo de Polonia, juega con los generales del Emperador bajo los umbrosos árboles mediterráneos, vestido con el traje nacional de un pueblo al que Napoleón ofreciera la libertad. Tantos acontecimientos, ¿han sucedido en cinco años o en un siglo? Más bien se creería estar leyendo un cuento fabuloso: hace mil años, un gran emperador vivía desterrado y abandonado en una isla, cuando una joven extranjera, bella y triste, atravesó los mares para llevarle a su hijo...

Realmente, se hallaba abandonado por su esposa y su hijo, y esto debe ser para él, que es en sus sentimientos un burgués y un conservador, tan doloroso al menos como la misma pérdida del poder. En todas las etapas de aquel *vía crucis* que fue para él el viaje a través de su país escribió a María Luisa. Llegado a la isla, le manda preparar unas habitaciones y dibuja los planos de su nueva casa. No recibiendo de ella ninguna carta, supone que las suyas son interceptadas y llega, por amor a su mujer, hasta a rogar al duque de Toscana, tío de María Luisa, que le dé noticias suyas, pues «me enorgullezco pensando que, a pesar de los acontecimientos que a tantas personas han cambiado, Vuestra Alteza Real me conserva alguna amistad. En este caso, yo le rogaría fuese favorable a este pequeño cantón, que comparte los mismos sentimientos que Toscana por su persona».

Así escribe el soberano de una islita de 20.000 habitantes al poderoso

Gran Duque. Como éste ni siquiera le responde, Napoleón vuelve a sentir toda su indignación contra la indiferencia humana: «Los soberanos que, después de haber traído a mi lecho a una hija de su raza, después de haberme llamado hermano suyo, me han tildado luego de usurpador, se han escupido al rostro queriendo escupirme a mí. Han envilecido la majestad de los reyes y la han cubierto de lodo. ¿Qué es, al fin y al cabo, el nombre de Emperador? Una palabra como tantas otras. Si sólo tuviese yo este título para presentarme ante la posteridad, ésta se reiría en mis narices».

¿Qué pensará el Emperador al saber que su hijo, a la edad de cuatro años, se negó enérgicamente a abandonar el palacio de su padre el día del pánico y del desorden y que al ver por primera vez a su abuelo dijo estas ingenuas palabras: «He visto al Emperador de Austria: no es nada hermoso»? Lo que Napoleón temía por encima de todo sucede: su hijo sufre la suerte de Astyanax y, aunque sin duda se le dan pruebas de cariño, el niño comprende claramente que no debe hablar de su padre. El pequeño Napoleón Francisco, cuyo solo nombre simboliza ya la desastrosa alianza de dos mundos, no tardó en ser llamado solamente «Francisco» en la Corte de los Habsburgo. Habiendo ido a despedirse el secretario de la Emperatriz, el muchacho le conduce a un rincón y le dice en voz baja: «Dile a mi padre que siempre le quiero mucho».

¿Qué pensará también el Emperador de un Neippberg, oficial austríaco, cuyo nombre sólo retendrá la Historia porque una Habsburgo, esposa de Napoleón, le colmó de sus favores? Sus íntimos no se asombran de ver llorar al Emperador ante el retrato de su hijo.

Pero llega Paulina, siempre alegre, encantadora todavía, y le hace desarrugar el ceño remedando los rostros espantados de las buenas gentes — sastres, zapateros y cónyuges respectivos— a las que el Emperador preguntó en la recepción semanal cuántos hijos tenían y si no querían construir un hospital. Los visitantes italianos son cada vez más numerosos. Historiadores, poetas, aristócratas hasta los mismos ingleses, son recibidos por el Emperador que les habla durante horas, pero solamente del pasado y sin abordar jamás el futuro. Si los italianos deploran la restauración del régimen austríaco, Napoleón se siente satisfecho, sin que esto impida que rechace a los conspiradores que querían ponerle a la cabeza de un movimiento sedicioso en Italia. Otras riberas retienen sus pensamientos, que lentamente se transforman en planos.

Y París ¿qué dice?

Ésta es la gran pregunta que de continuo le obsesiona. Las noticias que, dos veces por semana lee en los periódicos y las que le llevan los visitantes le hacen entrever otras posibilidades futuras. Tampoco esta vez tiene Napoleón un plan preconcebido; al abordar a la isla de Elba ignoraba si alguna vez regresaría de ella. El gran aventurero que había vuelto a ser después de Moscú, gustaba de decir: «Un granuja vivo vale más que un emperador muerto». Lentamente, siguiendo el curso de los acontecimientos, esboza su plan, lo rechaza, vuelve a tomarlo entre manos, lo reforma; todo depende de París y de Viena.

¿Cómo ha acogido París a los Borbones? Apenas había partido el Emperador cuando hicieron éstos su entrada, y a pesar de los mentirosos relatos de los periódicos, todavía amordazados por la censura napoleónica, el Emperador, en su isla, había sabido la grotesca llegada de los cuatro personajes en un diminuto carruaje, que suscitó la risa de los burlones parisienses. El obeso rey, vestido de paisano, con anchas charreteras, sonrío por encima de su triple papada; a su lado, una matrona con aire noble y agrio: la duquesa de Angulema, con los ojos velados por las lágrimas al recuerdo del tiempo pasado. Frente a ellos, el viejísimo príncipe de Condé y el duque de Borbón, vistiendo el uniforme del antiguo régimen. Este carruaje y estos ocupantes, que parecían unos resucitados, vienen escoltados por la Guardia del emperador Napoleón: rostros sombríos, capotes usados, símbolos de las luchas gigantescas que se habían desarrollado durante los veintidós años transcurridos entre la partida y el regreso de los Borbones.

El Emperador se muestra ávido de detalles sobre su sucesor y se entera con cierto placer de que ha tomado posesión de sus habitaciones sin cambiar nada de ellas. El nuevo rey no parece tener, evidentemente, una prestancia muy regia: «Es muy gordo —dice un alemán— y está completamente privado del uso de sus piernas. Calzado con pantuflas de terciopelo negro, hay que sostenerle por ambos lados, pues una brizna de paja le haría tropezar. Lleva una especie de guerrera azul con cuello rojo y grandes charreteras de oro». El Emperador ríe de buena gana. Durante diez años, las caricaturas y los periódicos ingleses le habían achacado a él modales de palurdo, y el soberano legítimo, vuelto al trono por la misma Inglaterra, parece una caricatura de rey...

Pero ¿qué hace el nuevo soberano para ganarse a su pueblo? ¿Es cierto que le ha dado una Constitución? Pero no tarda en saberse que este insigne favor no existe, realmente, sino en el papel; la antigua desigualdad, todas las

prerrogativas de clase por las que fue decapitado Luis XVI, su hermano, reaparecen. Los nobles quedan exentos del servicio militar, el plebeyo no podrá pretender ya los puestos elevados. La antigua nobleza se burla de la nobleza del Imperio. El viejo rey, que sería razonable, se deja guiar por su hermano, el sombrío conde de Artois, en torno de quien se reúnen los emigrados rencorosos, que reclaman ahora sus bienes. Todos estos ociosos son nombrados pares y el Rey les concede grandes pensiones.

¡Cómo! ¿También el clero ha reconquistado todo su poder? Conformándose a las ideas de la nobleza, obtiene de los moribundos, bajo la amenaza del infierno, que despojen en favor suyo a sus herederos, y la gente permanece silenciosa en la iglesia los domingos por temor al castigo, siendo así que la nueva Constitución garantiza, no obstante, la libertad de cultos. Las procesiones vuelven a cruzar las calles, pero la Iglesia se niega a enterrar religiosamente a una actriz adorada por los parisienses y la rebelión estalla.

El pueblo comprende ahora todo lo que debía al libertador extranjero. El desterrado contempla con satisfacción una caricatura que representa al rey Luis llevado a la grupa por un cosaco y galopando hacia Francia por encima de los cadáveres franceses. Wellington, el vencedor de las guerras de España, nombrado ahora embajador británico en París, es visto con malos ojos. ¿Y qué medidas adopta el Gobierno ante los millares de hombres que ya no son soldados? Se concede la mitad del sueldo a los oficiales, pero aquellos que no son buenos católicos son despedidos. En cambio, una nueva guardia del Rey, formada por nobles, es ampliamente subvencionada, y la Escuela Militar abre de nuevo sus puertas a la nobleza, pero los colegios para los huérfanos de los miembros de la Legión de Honor son suprimidos. La decepción crece en Francia más rápidamente de lo que había previsto el Emperador.

No obstante, no se adoptan posturas de jacobino en Porto-Ferrajo. Napoleón no abandona nada de su sistema, sin dejar por ello de reconocer sus errores: «Francia tiene necesidad de una aristocracia; el tiempo y las tradiciones son indispensables para fundarla. Yo he creado príncipes y duques, les he dado tierras y fortuna, pero no podía improvisar nobles de antiguo abolengo. Ésta es la razón por la cual he procurado unirlos por medio del matrimonio a las viejas familias, y si se me hubiesen concedido los veinte años que yo pedía para constituir la grandeza de Francia, hubiera realizado grandes cosas. El Destino decidió otra cosa».

Confiesa las faltas que le han perdido, como lo haría «un jugador de ajedrez después de la partida. ¡Qué le importa el interlocutor! Confiesa ante

los ingleses que habría debido firmar la paz de Dresde, pero cuando éstos le preguntan por qué no la firmó en Châtillon, Napoleón les da esta altiva respuesta: “No podía firmar una paz deshonrosa para Francia. Bélgica formaba parte de su territorio cuando yo subí al trono. Yo podía renunciar a los países que había conquistado, pero nunca volver a las fronteras de los Borbones. He nacido soldado; me he visto en medio de la Revolución; el trono estaba libre, lo tomé y lo guardé cuanto pude. Ahora he vuelto a serlo que era: un simple soldado. Sólo el cobarde teme los sufrimientos”».

Los que conocen a Napoleón lo ven por entero en estas palabras; siempre la asombrosa franqueza con que habla del pasado. Jamás procuró, desde la isla de Elba, engañar al mundo sobre su propia historia. Y, sin embargo, creyó de verdad que su carrera había terminado y, sin soñar ya con ningún golpe de Estado, hasta estudió seriamente la posibilidad de llegar a ser juez de paz en Inglaterra: «¿Qué harían conmigo si fuese a Inglaterra? ¿Me lapidarían? El populacho de Londres es peligroso». Los ingleses a quienes de este modo muestra el Emperador sus intenciones le aseguran que encontraría entre ellos la más franca hospitalidad. Más tarde habrá de acordarse de estas afirmaciones.

El Congreso de Viena va a sacar al Emperador de su inactividad. Cuatro monarquías se reúnen contra una República a la que sólo han podido vencer después de diez años de esfuerzos. Cinco monarcas se han reunido para reorganizar Europa; pero, como ya no les amenaza ningún enemigo, los celos no tardan en dividirlos. ¡Cómo! ¿El Zar quiere apoderarse de Polonia, y Prusia de Sajonia? ¿Pero qué será entonces de Galitzia y de este buen Rey de Sajonia, pariente de los Borbones? En el año nuevo, tres meses después de la apertura del Congreso, se disuelve la coalición.

Potentados y ministros, al día siguiente de celebrar sus victorias con una serie de fiestas, van a traicionarse ahora unos a otros: los Habsburgo Finnan con Inglaterra y Francia una alianza contra Rusia y Prusia, junto a las cuales todavía combatían ayer.

«La ligereza, la pereza y las intrigas de Metternich —dice el barón von Stein— presidieron las deliberaciones: los virtuosos monarcas se dejaron guiar por él». «El Rey de Prusia —escribe desde Viena un gentilhombre sajón— es la viva imagen de la cólera y la indignación... El Rey de Dinamarca se muestra complaciente y a veces razonable... El Rey de Baviera es grosero como un carretero; el Gran Duque de Baden, enorme, sombrío, vacío de pensamientos y rebosante de salud; el duque de Weimar continúa llevando su

alegre vida de viejo verde...».

Los acontecimientos de Viena, seguidos atentamente en la isla de Elba, reaniman las esperanzas de Napoleón. Cuando los congresistas rompan las negociaciones, el momento propicio habrá llegado. El Emperador es secretamente informado de todo lo que acontece en Viena gracias a la fidelidad de Maret. Pero en tanto que el Congreso, agitado por el vendaval de intereses contrarios, transcurre entre fiestas e intrigas, Talleyrand vigila, inquieto, y hace vigilar por sus agentes en Liorna todo barco que se dirige a la isla de Elba.

De este modo, los viejos adversarios se observan y se espían por encima de las montañas, los mares y los diplomáticos. Todos los demás sólo parecen comparsas destinados a animar la partida de estos grandes jugadores. ¿Se acuerdan éstos de que hubo una hora, poco antes del 18 Brumario, en que, oyendo un ruido de caballería al pie de su ventana, palidieron ambos, temiendo ser arrestados?

Lo seguro es que Talleyrand conservó durante el Congreso toda su clarividencia, aconsejando alejar al hombre peligroso hasta las Azores, a quinientas millas de tierra firme. Sólo su codicia le hizo aplazar este proyecto, pues Murat, igualmente astuto y luchando por conservar su reino, promete ayudarle a vender en condiciones ventajosas su principado de Benevento. Talleyrand, entregado a estas nuevas preocupaciones, descuida el asunto de las Azores. Más tarde medita otro plan: el de hacer raptar al Emperador. La cosa no es posible, aseguran los esbirros de Livorno, más que a condición de ganarse a uno de los cuatro capitanes que mandan sus barcos.

Basta que Napoleón sospeche estos proyectos para que su Sangre de *condottiero* corso comience a hervir. Manda preparar sus cañones y da orden a sus artilleros de que se ejerciten en el lanzamiento de bombas: «Soy un soldado; se me puede fusilar, pero no quiero ser deportado: que ataquen antes mi ciudadela». Nadie piensa en ello. En Viena parecen encontrar un terreno de conciliación; una brusca ruptura parece menos probable, pero el descontento sigue creciendo en Francia. Todo induce al Emperador a apresurar su decisión.

«Si esperamos —se dice— a que los miembros del Congreso se separen después de haber estampado todas las firmas, nos encontraremos ante una falange monárquica robustecida. En cambio, ahora todavía se halla vacilante y bastará un hábil golpe de mano para echarla abajo. Francia refunfuña contra

los Borbones, París se burla de ellos y la coalición que los protege se ha hecho detestar... El ejército, según lo demuestran innumerables indicios, se halla dispuesto en favor de su Emperador... Los Borbones son cobardes y emprenderían la fuga... Cuando de nuevo me haya asegurado el poder, mi hijo volverá...».

Nunca había calculado Napoleón tan fríamente. No obstante, a pesar de todas estas previsiones exactas y de orden material, funda todas sus esperanzas en el factor psicológico: «Cuento con el estupor y la irreflexión, con el entusiasmo de los ánimos repentinamente conmovidos por una empresa audaz e inesperada». Y agrega: «Yo soy la causa de las desdichas de Francia, y yo soy quien debe repararlas».

A fines de febrero manda llamar a su tesorero: «¿Tiene usted bastante dinero? ¿Cuánto pesa un millón en oro? ¿Cuánto pesan cien francos? ¿Cuánto pesa una valija llena de libros...? Pues bien, tome mis valijas, ponga en ellas el oro y cúbralo con libros de mi biblioteca, que Marchand le entregará; despida a todos sus empleados y páguelos... Creo inútil decirle que todo esto debe mantenerse en el más absoluto secreto».

Asustado, el tesorero corre a casa del general Drouot; sus miradas se cruzan, pero ni uno ni otro dicen una palabra. Al día siguiente, una orden retiene todos los barcos en el puerto. El Emperador lo ha preparado todo; en pequeño, es la expedición a Egipto.

La noche de la víspera juega como de costumbre su partida de *écarté* con las damas, pero no tarda en levantarse, pasando al jardín, de donde no se le ve regresar. Su madre lo encuentra al pie de una higuera. Después de un momento de vacilación, nos ha contado ella, Napoleón le puso la mano sobre la frente y dijo:

«—Sí, es menester que se lo diga, pero le prohíbo que diga a nadie lo que voy a confiarle. Ni la misma Paulina debe saberlo. —Y en tono de mando, como si hablase a Berthier, añade—: Le prevengo que parto esta noche.

»—¿Para ir adónde?

»—A París; pero ante todo le pido su parecer».

Para su madre es un golpe en la mitad del corazón. Todo lo que desde hacía meses constituía su alegría, la presencia de su hijo, la calma, la seguridad en que éste vivía, toda su dicha, se derrumba; pero, orgullosa e inteligente, Leticia, sabiendo que nada podrá detener a su hijo y que sus

quejas perjudicarían su firmeza, le dice:

«—¡Déjame olvidar que soy tu madre! Sigue tu destino. El cielo no permitirá que mueras envenenado, ni en un reposo indigno de ti, sino espada en mano. ¡Esperemos que Dios, que te ha protegido en tantas batallas, te protegerá nuevamente...!».

Por la tarde, las autoridades son invitadas a presentarse ante su soberano. «Voy a partir —les dice éste—; estoy extremadamente contento de la conducta de los habitantes, y a ellos confío la defensa de este país, al que concedo gran valor; no puedo darles una prueba mayor de mi confianza que el dejar a mi madre y a mi hermana bajo su custodia...».

El comandante y el alcalde le expresan su vivo pesar de que se marche; todo pasa como si se tratase de un huésped de marca que se despidiese de un lugar agradable después de haber pasado en él unos meses de reposo placentero.

El Emperador se embarca y, al rayar la aurora, siete pequeñas fragatas se hacen a la mar, con mil hombres y unos cuantos cañones. Se dirigen a las costas francesas. Napoleón permanece sobre el puente y ve la isla de Elba perfilando sobre los cielos su mudable silueta. También ve la silueta de Córcega, la tierra en que emprendiera el vuelo, en medio de tantos obstáculos... Cuando Niza y Cannes emergen de la bruma en aquella mañana de marzo, el Emperador se pregunta:

«¿Qué es lo peor que puede acontecerme en esta aventura? El fracaso y la muerte. ¿Y lo mejor? La dominación de Europa entera. Pero no, el sueño de los Estados Unidos de Europa ha terminado; no se trata ya de recomenzar tal sueño ni de sacrificar un millón de franceses; los pueblos no están preparados todavía para ello... Es preciso dar una Constitución a Francia y acomodarse a las Cámaras. El tiempo de las dictaduras ha pasado. Por lo demás, aún no nos hallamos en París. ¿Cuál será la actitud de las tropas?».

El que ahora arriba a la playa tan conocida es un hombre de cuarenta y cinco años, con un pasado glorioso y un porvenir incierto, demasiado viejo ya para afrontar nuevas tempestades, pero demasiado joven aún para renunciar a la aventura; un alma en que habitan a la vez el valor y el espíritu de sacrificio.

XVI

Montañas y valles resuenan con los gritos de entusiasmo. De población en población crece la breve tropa que se ha unido en el pueblo de Cannes a los mil soldados del Emperador. La muchedumbre delirante rodea a la Vieja Guardia, que conserva a través de toda la Historia su rostro impasible, ni triste ni alegre. Estos mismos montañeses habían visto llegar antaño hasta ellos a un joven general desconocido, pequeño, enclenque, que los había libertado del pillaje de los soldados llevándoselos al otro lado de los Alpes. Los campesinos, testigos de este milagro, han presentido siempre que la carrera prodigiosa del Emperador había comenzado entre ellos. ¡Hele aquí, pues, de nuevo con sus granaderos, aclamados como profetas y libertadores! Aquellas buenas gentes descienden de las montañas seguidos por sus mujeres e hijos, improvisan canciones contra el Rey y obligan a las autoridades de los pueblos por donde pasan a salir al encuentro del Emperador. En un recorrido de cincuenta leguas, Napoleón sólo encuentra campesinos.

Todo ello había sido previsto. Por nada en el mundo hubiera vuelto a pasar por Aix, Aviñón y la Provenza monárquica. Prefiere abandonar algunos cañones en los nevados senderos y llegar rápidamente al Delfinado. Las tierras de la mayoría de los montañeses de esta región provenían de los bienes nacionales, propiedad antaño de la nobleza; nada de sorprendente, pues, que estos campesinos alimentasen una gran cólera contra el Rey, los sacerdotes y los emigrados, que amenazan ahora con recobrar los bienes de que ellos vienen gozando desde hace veinticinco años. ¿No había sido hecha la Revolución por el pueblo y en favor del pobre? El Primer Cónsul les había exigido sus hijos, y estos montañeses de pensamiento tardo no han dejado nunca de considerarle como uno de los suyos.

El mismo estado de ánimo había acogido a Bonaparte quince años antes, a su regreso de Egipto; todo el Mediodía de Francia le había saludado como a un libertador. ¿Qué ha pasado, pues, para que el hombre menospreciado hace

diez meses sea recibido hoy con estos gritos de alegría? El Emperador había atravesado entonces otra región de Francia; el país, agotado por sus desventuras, buscaba un culpable. El odio del pueblo contra Napoleón fue tan corto como rápido había sido el derrumbamiento del Imperio. La fe en él debía durar tanto como su gloria.

¿Qué harán los primeros soldados que salgan a su encuentro? A su partida, él mismo había incitado a las tropas a servir a la patria, es decir, al Rey; así, pues, las tropas llevan su escarapela blanca, comen su pan, y los oficiales del antiguo régimen sin duda han procurado ensombrecer la imagen de su antiguo jefe. Napoleón sabe que todo dependerá de su influencia personal. Al salir de Cannes, ve a su izquierda el puerto de Antibes... Tal vez reconoce la torre enrejada en que antaño lo encerraran a la caída de Robespierre. Los Borbones lo encarcelarán en una torre semejante y Europa lo ejecutará contra un muro parecido a éste si mañana su mirada y su palabra no obtienen la victoria.

Cerca de Grenoble, en Mure, el primer batallón del Rey avanza a su encuentro. Los oficiales, que han prestado juramento al Rey como lo hicieran antes al Emperador, ordenan atacar. ¿Será éste el comienzo de la guerra civil? Durante toda su vida, Napoleón la ha evitado. ¿Se convertirá este camino en campo de batalla? El Emperador desciende del caballo, avanza hasta hallarse a diez pasos de ellos y exclama:

«¡Soldados del 5.º, yo soy vuestro Emperador! Reconocedme. ¡Si hay entre vosotros un soldado que quiera matar a su Emperador, aquí me tenéis!», y entreabre su capote gris. Silencio terrible; ¿qué va a suceder? Un grito se levanta. «¡He aquí a nuestros hermanos! ¡He aquí a nuestro General! ¡Lo hemos visto en tantas batallas, en tantos campamentos!». Y los antiguos recuerdos les hacen olvidar su nuevo juramento. El batallón grita: «¡Viva el Emperador!». Y la Guardia contesta: «¡Viva el Emperador!». Los oficiales se miran unos a otros: «¡Viva el Emperador!». Confusión general. Clavan sus morriones en la punta de sus bayonetas y, una hora después, en vez de mil hombres, son dos mil los que marchan tras el jefe.

Este encuentro en el camino de Grenoble fue decisivo. Una vez más, Napoleón ha triunfado por su valor; el soldado canoso ya ha reconquistado el poder por la magia de su mirada y de su palabra. ¡Adelante, hacia Grenoble! Un manifiesto va a comunicar al pueblo sus intenciones:

«¡Franceses...! Después de la caída de París, mi corazón quedó destrozado, pero mi alma permaneció incommovible; mi vida os era y debía

seros aún útil... En mi destierro he oído vuestras quejas y vuestros deseos; acusabais mi prolongado sueño, me reprochabais el sacrificar a mi reposo los grandes intereses de la patria. He atravesado los mares en medio de peligros de toda especie y llego hasta vosotros para entrar de nuevo en posesión de mis derechos, que son los vuestros...

»¡Soldados! No hemos sido vencidos; dos hombres, salidos de nuestras filas, han traicionado nuestros laureles; vuestro General, llamado al trono por voluntad del pueblo y elevado sobre vuestros paveses, os es devuelto; ¡venid a uniros a él! Empuñad de nuevo aquellas águilas que os acompañaban en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Eylau, en Wagram, Friedland, Eckmül, Esslín, Smolensk, la Moscowa, Lützen, Montrnirail. Vuestros bienes, vuestros puestos, vuestra gloria, los bienes, los puestos y la gloria de vuestros hijos, no tienen mayores enemigos que estos príncipes que los extranjeros nos han impuesto... ¡La victoria marchará a paso de carga; el águila con los colores nacionales volará de campanario en campanario!».

¡Viva el Emperador! El regimiento de Grenoble, con sus viejas águilas, se pasa a Napoleón, que se dirige hacia Lyon con 7.000 hombres. Lyon se une a él. Massena, que ha servido al Rey, llega de Marsella para ponerse a su disposición.

«¿Dónde está Ney?». Embarazoso silencio. «¿Con el Rey?».

Y el Emperador se entera de la historia del Consejo de guerra de París. Desde que han sabido la aterradora noticia, el obeso Rey y su pequeña Corte tiemblan de miedo. El *Monitor*, que durante quince años ha mentido para el Emperador, miente ahora para el Rey y anuncia que Napoleón ha muerto. En tanto que el Rey delibera sobre las medidas que conviene adoptar, el viejo duque de Condé entra en la habitación; desearía saber si su real primo puede el Jueves Santo cumplir por sí mismo el rito del lavatorio de pies... El Rey escribe un manifiesto para el ejército. ¿Pero quién es, entonces, su consejero? ¿Quién es el verdadero jefe del ejército de los Borbones?

El mariscal Ney. Durante la retirada de Rusia, Napoleón, creyéndole perdido, había exclamado: «¡Daría trescientos millones de mi tesoro para rescatar la pérdida de tal hombre!». El Emperador ignora que Ney, investido de plenos poderes por el Rey, abandona aquel mismo día el salón de sesiones, jurando aniquilar a su antiguo amo. Cuando el eco del entusiasmo general llega a sus oídos, Ney vuelve del revés su casaca y enarbola la escarapela, tricolor, y escribe desde Besançon al Emperador diciéndole que antes de verle

quisiera justificarse por carta. «Dígale —contesta Napoleón— que le quiero siempre y que mañana le abrazaré».

¡Qué habilidad! Le perdona, pero le deja en la inquietud hasta el día siguiente. Ney le dice: «Pertenezco a Vuestra Majestad, *Sire*, pero la patria ante todo... Si Vuestra Majestad no hubiese venido a arrojarlos, nosotros nos disponíamos ya a hacerlo». Pero ¡qué pálido y vacilante!, piensa el Emperador, interrogándole.

El conde de Artois ha huido. Aquella misma mañana, la Guardia montada le había jurado fidelidad, y a mediodía se pasaba al Emperador. Esta conducta disgusta al Emperador, que mantendrá este sector de la Guardia al margen. En cambio, manda venir al único hombre que no ha abandonado al rey Luis hasta haberlo conducido a lugar seguro y lo condecora por su propia mano con la Legión de Honor.

A medida que crece la masa de soldados que avanza sobre la capital, las arengas que el Emperador dirige a los magistrados y a los ciudadanos de las poblaciones que atraviesa se hacen más moderadas:

«La guerra ha concluido. ¡Viva la paz y la libertad! Es menester proteger los principios de la Revolución contra los ataques de los emigrados y respetar los tratados firmados con Europa. Francia reconquistará su gloria sin hacer la guerra. Es preciso contentarse con ser la nación más considerada, sin reinar por eso sobre las demás».

¿Comprende el pueblo las nuevas miras del Emperador y, si las comprende, las cree sinceras? ¿Es preciso contentarse con ser la nación más considerada? ¿La gloria sin guerra? Napoleón se explica con un alto funcionario, al que encuentra y con el que se alegra de poder hablar, pues durante el camino sólo ha podido entenderse con oficiales y burgueses de alcances limitados:

«El espíritu público ha cambiado mucho; en otro tiempo, sólo soñábamos con la gloria; hoy sólo pensamos en la libertad... Yo no le escatimaré la gloria a Francia y tampoco le escatimaré la libertad, pero nada de anarquía; la anarquía nos conduciría de nuevo al despotismo de los republicanos... Sólo conservaré el poder indispensable para gobernar».

Esta última frase, en su ingenuidad, plantea todo el problema del momento: el Emperador está decidido a hacer triunfar por sí mismo los principios democráticos que el pueblo reclama.

Pero hay un punto sobre el cual no ha variado desde el 18 Brumario: ¡nada de partidos! «No, no quiero escribirles —contesta a quienes le incitan a perdonar a los trásfugas—; me consideraría como su obligado, y no quiero tener obligaciones con nadie». El Emperador se halla de buen humor; riendo, pregunta:

«—¿Qué se ha hecho de las Tullerías?

»—Nada en ellas ha cambiado, *Sire*; ni siquiera se han quitado las águilas.

»—Seguramente les pareció que las había arreglado y bastante bien. ¿Y los espectáculos? ¿Qué hace Talma? ¿Ha estado usted en la Corte? Se dice que todos ellos tienen el aire de advenedizos y que no saben decir una palabra ni dar un paso con oportunidad».

¡Qué malicia en su curiosidad y cómo se regocija de llegar pronto a París! Para vengarse, se burla a su vez de quienes se mofaron de él durante tanto tiempo. Se le habla de la parsimonia que reinaba en la Corte, y cuando le muestran la efigie del Rey en una moneda de veinte francos, dice:

«—Mirad: han quitado el *Dios proteja a Francia* para reemplazarlo por su *Domine salvum fac regem*. He aquí como han sido siempre: todo para ellos, nada para Francia». Luego se informa, en menos de tres minutos, acerca de una veintena de personas y, al saber que Hortensia se ha convertido en duquesa, dice sencillamente:

«—Debió llamarse simplemente madame Bonaparte; este nombre bien vale por cualquier otro».

Una nueva época parece anunciarse: si el Emperador recobra su nombre de Bonaparte, si se conforma a la Constitución y concede libertades, si verdaderamente no usa de más poder del que necesita para gobernar, podrá convertirse en rey de Francia. Habrá sacado de su destierro y de su abortado tentativa de unificar Europa lecciones que le permitirán dar todavía el buen ejemplo de un soberano moderno, rey por la gracia del espíritu. Llamado por segunda vez al poder, podrá asombrar al mundo por su moderación, él que con tanta frecuencia lo sorprendió por la audacia de sus vuelos. El camino está abierto.

También el camino de París se abre ante él; el Rey ha huido; la mayoría se declara en favor del Emperador. Los que temían una resistencia por parte de las tropas del Rey se han equivocado. Aún no se hallaba el Emperador a cuarenta horas de la capital cuando ya huía la guardia real. Las tropas

imperiales, en cambio, que han alcanzado al Rey, le permiten llegar a un retiro seguro y se contentan con arrebatárle sus cañones, así como el dinero que llevaba su comitiva en sesenta carruajes. Francia ríe de la fuga del Rey gordinflón que, después de haberse hecho acompañar desde Inglaterra hasta París por las tropas enemigas, vuelve a partir para el extranjero escoltado por las tropas francesas.

París, que ha olvidado ya el obrar por cuenta propia, se halla tranquilo y pasivo. El tono de la prensa durante los veinte días que median entre el desembarco del Emperador y su llegada a París refleja los movimientos de la opinión.

«El demonio se ha escapado de su destierro... El fantasma corso ha desembarcado en Cannes... El tigre ha sido visto en Gap. Han sido enviadas a su encuentro tropas que le harán perecer como un miserable aventurero en las montañas... El monstruo ha podido llegar a Grenoble gracias a una traición... El tirano ha pasado por Lyon, donde fue general el terror... El usurpador ha tenido la audacia de aproximarse a sesenta horas de la capital... Bonaparte llega a pasos de gigante, pero nunca entrará en París... Napoleón estará mañana a las puertas de la ciudad... Su Majestad se encuentra en Fontainebleau».

Cuando el Emperador, sin haber tenido que disparar un cañonazo, sube las gradas de las Tullerías, de donde saliera trece meses antes, sus tropas ocupan la ciudad; los emigrados han partido con el Rey; todo está tranquilo. Napoleón presta oído a los rumores y dice, asombrado de aquella indiferencia: «Me han dejado regresar del mismo modo que han dejado partir al otro».

Primera decepción. La marcha hacia París ha sido demasiado hermosa; Napoleón pudo llamarla, en verdad, el momento más espléndido de su vida. Pero habría querido encontrar mayor entusiasmo en la ciudad misma, en esta ciudad cuyos sufragios le importaban más que nada, que le había costado más trabajo que ninguna de sus conquistas y que jamás consiguió ganar del todo. Pero París, fatigado, no era ya capaz de entregarse a risueños transportes. ¿Qué hará, pues, Napoleón?

Ante todo, observar lo que pasa en Viena.

Ocho días después del desembarco en Cannes, Metternich, que se ha acostado a eso de las tres de la mañana, es despertado a las seis por un comunicado urgente; mira el encabezamiento: «De parte del Consulado I. R.

de Génova». Furioso, da media vuelta y vuelve a dormirse. Unas horas después lee el texto del comunicado: «El comisario inglés Campbell acaba de llegar al puerto para informarse de si han visto a Napoleón en Génova, pues ha desaparecido de la isla de Elba. Habiendo sido negativa la respuesta, la fragata, sin demorarse más, se ha hecho de nuevo a la mar».

La noticia cae como un rayo. Todos aquellos que ayer manejaban unos contra otros sus sordas intrigas, se juran ante el nuevo peligro una amistad eterna, olvidando cuantas veces la han roto y reanudado en estos últimos años. La proposición de declarar a Napoleón fuera de la ley es presentada por von Stein, el mismo a quien Napoleón declarara, a su vez, cinco años antes, fuera de la ley. Se reúnen en consejo. Los Habsburgo vacilan y quieren antes consultar a María Luisa. Durante cuatro años, ésta ha estado sinceramente ligada al Emperador y jamás ha dirigido a su padre o a una amiga la más mínima queja a su respecto. ¿De qué, en efecto, hubiera podido quejarse? Napoleón satisfacía todos sus deseos; cuidada y mimada, tenía en él un marido perfecto, y juntos habían jugado con su hijo. ¿Recordará ella ahora todo esto y protestará en su favor?

Pero María Luisa, amante de un oficial austríaco, prefiere declarar solemnemente, en una carta dirigida al Congreso, que no tiene nada de común con Napoleón y que se pone enteramente bajo la protección de los aliados. He aquí cómo agradece lo que el Emperador hizo por ella cuando tuvo que decidir entre la vida de su hijo y la suya. Una vez conocida su respuesta, Napoleón es declarado fuera de la ley: «Las potencias declaran que Napoleón Bonaparte... se ha colocado fuera de las relaciones civiles y sociales y que, como enemigo y perturbador del reposo del mundo, se ha hecho acreedor a la vindicta pública».

Esta noticia lo deja impasible. ¿No habían lanzado el anatema tres veces contra él? Primero en Córcega, luego en la *Orangerie* de Saint-Cloud y finalmente en Roma, desde donde lo excomulgara el Papa. Estas tres maldiciones nada habían podido contra él, a tal punto parecía invulnerable; pero hoy ya no lo es.

Napoleón continúa, a pesar de todo, poniendo su confianza en los Habsburgo. En el Congreso Imperial que convoca bajo el nombre carlovingio de Campo de Mayo quiere hacer coronar a la Emperatriz y a su hijo, contando con asegurarse de esta manera la amistad de Austria. Escribe entonces a su esposa:

«Soy el dueño de Francia. El pueblo y el ejército se hallan en el más vivo entusiasmo. El Rey ha huido a Inglaterra... Te espero aquí con mi hijo en el mes de abril».

La idea dinástica continúa indestructiblemente anclada en él.

«En el momento en que la Providencia me vuelve a conducir a la capital de mis Estados —escribe al emperador Francisco, que acaba de declararle fuera de la ley—, mi más vivo deseo es el de ver muy pronto al objeto de mis más dulces afectos, a mi esposa y mi hijo». La Emperatriz no puede dejar, dice él, desear vivamente su regreso. «Mis esfuerzos tienden únicamente a consolidar este trono y a legarlo, afirmado sobre bases inconmovibles, a mi hijo. Siendo esencialmente necesaria la duración de la paz para alcanzar este fin sagrado, nada anhela mi corazón tanto como mantenerla con todas mis fuerzas...».

Una carta semejante, ¿es ridícula o sublime? Napoleón ha renunciado a la guerra, ha renunciado a Europa; de aquí en adelante se contentará con Francia; los soberanos que, le han vencido han formado de nuevo una coalición contra él y lo han declarado fuera de la ley; el Emperador de Austria, con la autorización expresa de su hija, ha suscrito estas medidas; María Luisa ha abandonado a su marido después de la derrota y ha abandonado la regencia, llevándose consigo a su hijo; actualmente vive con otro hombre. El Emperador no ignora nada de esto, pero, en vez de inaugurar un período nuevo, rompiendo totalmente con el pasado, solicita la amistad de los Habsburgo y apela al parentesco de la antigua dinastía que ha triunfado de la suya. He aquí la verdadera maldición, he aquí el trágico anatema bajo el cual sucumbirá por segunda vez.

XVII

Por el momento, la cuestión es ganar partidarios.

El Rey ha tenido la habilidad de rodearse de hombres de talento; todos habían seguido a las charangas que tocaban el himno real; hoy, no sabiendo claramente qué actitud adoptar, esperan.

Ahora toca al Emperador poner en juego todos sus medios de seducción. Los fieles, los que le han seguido al destierro, Maret, Davout, Caulaincourt, recuperan automáticamente sus cargos. En cuanto a los ingratos, el Emperador los trata a cada uno según su actitud. Por la mañana, entre los funcionarios, oficiales y dignatarios que han vuelto por entonces, reaparece un viejo conde de antigua nobleza que se había unido de nuevo al Rey, no obstante haberlo llamado Napoleón del destierro y haberlo nombrado senador. Al acercarse al Emperador, el viejo gentilhomme alza los ojos al cielo como para tomarlo por testigo de las insondables voluntades de Dios... El Emperador sonrío; silencio; el conde no reaparece más. Pero cuando aparece cierto general que había pronunciado unas palabras decisivas en el Consejo de guerra reunido en casa de Marmont cuando la derrota, el Emperador deja de sonreír y le apostrofa en estos términos: «¿Qué desea usted de mí? ¿No ve usted que ya no le conozco?».

He aquí a Oudinot, camarada de veinte años, que acaba de servir al Rey como el más celoso de sus mariscales:

«—Ya ve usted, Oudinot; usted era el ídolo de los loreneses; 200.000 campesinos se habrían arrojado al fuego por usted; ahora será preciso que yo le proteja contra ellos».

He aquí a Rapp; ha tardado más que los otros, y vuelve a su señor vacilando:

«—Por fin está usted aquí, señor general Rapp; bien se ha hecho desear. ¿Quería realmente batirse contra mí?»

»—Sin duda, mi deber...

»—¡Caramba, eso es ya demasiado! Pero los soldados no le habrían obedecido; sus paisanos de Alsacia le habrían apedreado.

»—Convendrá Vuestra Majestad, *Sire*, en que la situación era penosa; Vuestra Majestad abdica, parte, nos compromete a servir al Rey; luego Vuestra Majestad regresa...

»—¿Iba usted con mucha frecuencia a las Tullerías...? ¿Cómo le trataban aquellas gentes...? Mimado en un principio, arrojado a la calle luego. He aquí lo que les esperaba a todos... ¿Ha leído usted el libelo de Chateaubriand, que ni siquiera en el campo de batalla me concede valor alguno? ¿Seré acaso un cobarde...? Ahora es cuando van a acusarme de ambición; el eterno reproche; no saben decir otra cosa... ¡Como si pudiera estar tan gordo como yo cuando se tiene ambición...! Vamos, señor mío, es necesario servir a Francia una vez más, para poder luego retirarnos tranquilamente.

»—Convenga Vuestra Majestad, *Sire*, en que cometió un error no firmando la paz en Dresde... Vuestra Majestad calificaba mis informes de libelos y me hacía reproches.

»—Usted ignora lo que habría sido una paz semejante... Pero ¿te daría miedo, te daría miedo a ti recomenzar la guerra, tú que has sido durante quince años mi ayuda de campo? Con ocasión de tu regreso de Egipto, cuando la muerte de Desaix, cuando no eras más que un soldado, hice de ti un hombre; hoy puedes pretenderlo todo... Jamás olvidaré tu conducta en la retirada de Moscú. Ney y tú habéis sido del pequeño número de los que tienen un alma fuertemente templada. Además, en tu sitio de Dantzig, hiciste más de lo posible. Vamos, un bravo de Egipto, de Austerlitz, no puede abandonarme. Tomarás el mando del ejército del Rin, en tanto que trato con los prusianos y los rusos. Espero que de aquí a un mes recibirás a mi esposa y a mi hijo en Estrasburgo. Quiero que desde esta misma noche empieces tu servicio de ayuda de campo a mi lado».

¿Habría visto representar el Emperador en Alemania *La muerte de Wallenstein*? A toda costa considera indispensable ganarse de nuevo a Rapp, que es fundamentalmente honrado y valiente, el oficial del Gran Ejército que cuenta más heridas. Las promesas no producen efecto en este hombre, que se ha pasado al servicio del Rey por espíritu de deber. No obstante, al cabo de un cuarto de hora, Rapp se entrega de nuevo al Emperador y hasta acepta, a pesar de su alto grado en el ejército, el puesto de ayuda de campo, sabiendo que el

Emperador necesita, en esta hora, de servidores fieles.

El caso de Ney es más delicado. Ha vuelto al Emperador desde los primeros días, pero los remordimientos le roban el sueño. Con el rostro contraído, se presenta un día ante el Emperador y balbucea:

«—Tal vez haya sabido Vuestra Majestad, *Sire*, que, antes de dirigirme a Besançon, había yo prometido al Consejo de guerra..., había prometido al Rey...

»—¿Qué?

»—Traer a Vuestra Majestad en una jaula de hierro ante su trono».

El Emperador, después de un momento de estupor, contesta:

«—Es absurdo; a un soldado no se le ocurren ideas semejantes.

»—Desengañese Vuestra Majestad, *Sire* —exclama el mariscal, presa de una emoción cada vez más viva—; déjeme Vuestra Majestad terminar... Lo dije, sí, pero era para ocultar mis intenciones».

El Emperador se encoleriza; Ney se retira precipitadamente y no reaparece hasta dos meses más tarde, en el momento de entrar en campaña. Privados de la voluntad que los avasallaba, solicitados por el deber y la amistad, aquellos duros cerebros de soldado se entregaban a la locura. Berthier, pasado también al Rey, es otro ejemplo.

«¡Qué asno! —dice el Emperador, que le conserva cierto cariño—. Es un buen hombre; sólo le pido que me proporcione el gusto de verle en uniforme de capitán de la guardia de Luis XVIII». Pero, después del regreso de Napoleón, Berthier corre como un loco a través de las salas de su castillo, acabando por arrojarlo desde lo alto de un balcón y estrellándose contra el suelo, como Junot.

¡Continuemos! No tenemos tiempo de demorarnos. ¿Qué nos falta todavía? Madame Staël, rompiendo de nuevo el silencio, escribe al Emperador que le admira y que, si le devuelve los dos millones que Francia debe a su padre, su pluma le pertenecerá por completo; malhadada condición que la condena sin remisión a los ojos de la posteridad. Su antiguo enemigo le manda contestar, maliciosamente, que su ofrecimiento le ha conmovido y que siente vivamente no ser bastante rico para aceptarlo.

En cuanto a Marmont y Augereau, el Emperador los declara «fuera de la ley» por haber vendido su patria a los extranjeros. El mismo anatema es

pronunciado finalmente contra Talleyrand. Y es así como, entre los rayos lanzados de Viena a París y de París a Viena, se acaba una amistad y una enemistad de dieciocho años. Pero Fouché, el otro dióscuro, continúa siempre allí. Ministro de la Policía, trabaja contra el Emperador y dice a su respecto: «Hele aquí de nuevo, aunque ninguno deseábamos su regreso; vigilémosle de cerca ahora; este hombre ha vuelto más loco de lo que se ha ido. Se agita mucho, pero apenas si tiene para tres meses».

Mantiene correspondencia con Metternich, cosa que los espías del Emperador no tardan en descubrir. «Es usted un traidor», le dice Napoleón. Lavalette, que está de servicio, oye estas palabras a través de la puerta entreabierta: «¿Por qué continúa siendo ministro de Policía si quiere traicionarme? Sé que se escribe usted con Metternich por intermedio de un empleado de Banca de Basilea. Sólo de mí depende el mandarle ahorcar, y todo el mundo aplaudiría».

La respuesta de Fouché nos es desconocida. Le salvan las convicciones radicales a las que, en principio, ha permanecido fiel desde la época de Robespierre. El Emperador se sirve de él como de un cebo para los demócratas. Fouché no se contenta con traicionar a Napoleón con Metternich, sino que traiciona también a Metternich con los radicales, pues tiende hacia una República de la que pudiera erigirse en jefe.

Por primera vez desde el Directorio, Carnot, que fue un enemigo más irreductible del Rey que el mismo Emperador, forma también parte del Gobierno.

Pero el que se convierte en jefe verdadero es Benjamín Constant, el amigo de Mme. Staël, enemigo encarnizado del Emperador desde hacía quince años, a quien aún pocos días antes comparaba en virulentos artículos con Atila y GengisKan. Napoleón necesita a los demócratas de 1813 porque desea reinar con el apoyo de las Cámaras. Manda llamar a Constant y examina abiertamente con él la situación en todos sus aspectos. Esta entrevista, cuyo relato detallado nos ha sido transmitido por el mismo Constant, muestra claramente, sin rodeos y sin frases, la evolución sufrida por Napoleón hombre de Estado:

«La nación quiere, o cree querer, una tribuna y asambleas. No siempre las ha querido. Cuando yo llegué al poder, se arrojó a mis pies... He asumido menos autoridad de la que se me invitaba a asumir... Hoy todo ha cambiado. Parece que ha vuelto el gusto por las Constituciones, los debates y las

arengas... Sin embargo, sólo la minoría es quien los quiere, no se engaña usted. El pueblo, o la plebe, si usted prefiere, sólo a mí quiere... No soy solamente, como se ha dicho, el emperador de los soldados; lo soy también de los campesinos y de los plebeyos de Francia... Así, a pesar de todo lo pasado, vea usted como todo el pueblo vuelve a mí... A los reclutas, hijos de campesinos, yo no los halagaba, los trataba rudamente, pero no por eso dejaban de rodearme y de gritar: “¡Viva el Emperador!”. Es que entre ellos y yo hay una misma naturaleza... Yo he deseado el imperio del mundo, ¿y quién, en mi lugar, no lo habría deseado? El mundo me invitaba a regirlo. Soberanos y vasallos se precipitaban bajo mi cetro... Expóngame usted sus ideas; discusiones públicas, elecciones libres, ministros responsables, libertad de la prensa, todo eso lo quiero yo... Soy el hombre del pueblo; si el pueblo quiere realmente la libertad, yo se la debo... Ya no soy un conquistador; ya no puedo serlo. Sé lo que es posible y lo que no lo es. Sólo tengo una misión: engrandecer a Francia y darle un Gobierno que le convenga...

»Yo no odio en absoluto la libertad. La eché a un lado cuando obstruía mi ruta; pero la siento, he sido educado en sus ideas... Además, la obra de quince años está destruida y no puede recomenzarse. Se necesitarían veinte años y dos millones de hombres que sacrificar... Por otra parte, deseo la paz y sólo la obtendré a fuerza de victorias. No quiero darle a usted falsas esperanzas; dejo decir que hay negociaciones entabladas, pero no es cierto. Preveo una lucha difícil, una guerra larga. Para sostenerla, es preciso que la nación me apoye; pero, en recompensa, creo yo, exigirá la libertad. La tendrá... La situación es nueva. No pido otra cosa sino que me ilustren. Me siento envejecer. A los cuarenta y cinco años no se es ya lo que se era a los treinta. El reposo de un rey constitucional puede convenirme y seguramente todavía convendrá más a mi hijo».

Éstas eran las ideas fundamentales del Emperador cuando partió de la isla de Elba para convertirse en rey de Francia. Su realismo nos garantiza su sinceridad. No se trata aquí de un hombre que exige con ostentación una evolución interior, de un héroe que se hubiese convertido en santo, sino de un soberano que ha gobernado siempre según las circunstancias y prestado oído a la opinión pública. Napoleón ha reconocido que una era nueva estaba a punto de comenzar. Si no ha creado él este nuevo estado de espíritu, lo ha preparado, por su derrota, pero ningún país Napoleón está convencido de ello puede pasar de la dictadura del genio a la dictadura del derecho divino. Si el espíritu de la Revolución había podido encarnarse en él, era preciso que, a su caída, un nuevo organismo le reemplazara, y éste no podía ser otro que la

democracia.

El Emperador se muestra, en efecto, más duro que otras veces para con los emigrados; confisca sus bienes, licencia la guardia real y toma al final de su reinado una medida que hubiese debido tomar al comienzo: revoca la antigua nobleza, cuyo mantenimiento le había costado tan caro. Este decreto encierra en sí más espíritu revolucionario que once años de régimen imperial. He aquí la explicación que da a las autoridades:

«Como en otro tiempo de Egipto, he regresado ahora porque la patria estaba en peligro... No quiero hacer más la guerra. Es menester olvidar que hemos sido los amos del mundo... Antaño, yo perseguí el fin de fundar los Estados Unidos de Europa, y para esto era necesario permitir ciertas instituciones que debían garantizar la libertad de los ciudadanos. Ahora, mi única mira es el afianzamiento de Francia y su tranquilidad, la salvaguardia de la prosperidad, la libertad del espíritu, pues los príncipes son los primeros servidores del Estado».

Sin embargo, son muy numerosos los que hace un año, en plena catástrofe, oyeron decir al Emperador: «El Estado soy yo». A pesar de lo cual tienen confianza en la nueva Constitución presentada por Constant.

Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Un acta adicional? ¿De nuevo se nos engaña? Entre tanto, llega la noticia de que las potencias reunidas en Viena han decidido combatir a Napoleón, respetando a Francia. ¡Desde hace veinte años —murmura el país—, deseamos la paz, y ahora que podríamos tenerla será necesario renunciar de nuevo a ella! «No puedo ocultarle, *Sire*, que las mujeres son sus enemigos declarados —dice un consejero de Estado al Emperador—; y las mujeres, en Francia, son un enemigo peligroso». No se quieren más levadas en masa: 60.000 hombres, en vez de 250.000, contestan al llamamiento.

La declaración de los aliados, dictada por el resentimiento de los príncipes y no por la voluntad de sus pueblos, tan ávidos de paz como el pueblo francés; la prescripción del Emperador, debida a un deseo de venganza personal más que a una razón política, minan su poder. Francia estaba en un comienzo de parte de Napoleón, pero, puesto que los aliados están en contra suya, se niega a consentir en nuevos sacrificios. Los fondos, que habían subido a su regreso, bajan de nuevo.

El Emperador se asusta. Habiéndole contestado un íntimo al que preguntara acerca del reclutamiento: «Su Majestad no estará solo», Napoleón

dice en voz baja: «Tema que sí».

Se ha vuelto más obeso, más pesado; su fisonomía muestra los rasgos cansados y necesita largos baños calientes y mucho sueño. «Se hallaba preocupado —escribe uno de sus familiares—; no tenía ya ni la seguridad ni el tono de autoridad de otras veces». Cuatro semanas antes parecía, sin embargo, rejuvenecido. ¿De qué proviene este cambio?

Ante todo, de la decepción que le ocasiona su esposa. Una carta semianónima de Viena, dirigida a Lavalette, que confirma el desdén de María Luisa por Napoleón y sus relaciones con Neippberg, es transmitida al Emperador.

Aquella noche lo ven, apoyado contra la chimenea, en su gabinete débilmente iluminado, con esa carta en la mano, carta llena de detalles humillantes.

Cuando Méneval regresa de Viena, adonde había acompañado a la Emperatriz, encuentra al Emperador, no obstante la gravedad de la hora, tendido sobre un sofá y sumido en un profundo ensueño. Napoleón hace hablar a su secretario, durante horas, de todo lo que ha observado en la Corte austriaca. El lenguaje del Emperador «aparecía impregnado de una serena tristeza y una resignación, que me produjeron una viva impresión. No le encontré animado por aquella certidumbre del éxito que en otro tiempo le hiciera confiado e invencible. Parecía como si la fe en su fortuna, que le había sostenido en su marcha milagrosa a través de Francia, le hubiese abandonado al entrar en París». Méneval tiene que darle hasta los más mínimos detalles acerca de su hijo. Envejecido y abandonado, el Emperador va y viene por el jardín, y pregunta a un extraño a quién se parece su hijo...

Napoleón está sombrío. Ahora que quiere reinar democráticamente, porque el espíritu del tiempo así lo exige; ahora que está animado por el sincero deseo de mantener la paz, los extranjeros van a impedirselo.

Si nadie en Europa hubiese intentado entonces llevar por segunda vez al rey Luis al trono, Napoleón habría reinado, sin duda, concediendo todas las libertades prometidas, sobre una Francia reducida a las antiguas fronteras. Pero las potencias extranjeras, que no tienen nada que reconquistar, pues ya se les ha devuelto todo lo que poseían antes de la Revolución, vuelven a blandir los argumentos de 1792: no se sentirán en seguridad mientras un Borbón contemple desde la costa inglesa el reino de sus abuelos.

Jamás guerra alguna fue más claramente impuesta a Napoleón que la que

viera precisarse al término del Consejo de Viona, y nunca como en esta peligrosa crisis tuvo una necesidad más urgente de los medios de ejecución rápidos que le aseguraban antaño la dictadura y la censura.

En el momento en que el deseo de paz es general, Napoleón se ve obligado a preparar la guerra, y la libertad que acaba de devolver a las Cámaras iba precisamente a estorbar su acción.

En cuanto a la obra de renovación anunciada, hubo de limitarse, en definitiva, a poca cosa. El «pueblo soberano» fue invitado sencillamente a ratificar las actas adicionales, como ratificaba antaño los decretos importantes. Los sesenta y siete artículos elaborados por Constant contienen, sin embargo, todos los elementos de una Constitución democrática moderna: marcan un progreso decisivo sobre el derecho constitucional inglés y servirán de ejemplo a todos los legisladores del siglo. Nadie podrá sustraerse ya a su juez natural; nadie podrá ser encarcelado o desterrado sin un juicio legal; toda libertad es devuelta a la prensa y al ejercicio de los cultos. El Cuerpo Legislativo es transformado en una Cámara de Representantes, el Senado en una Cámara de Pares. Todos los privilegios son abolidos, las discusiones serán de ahora en adelante públicas; las dos Cámaras tendrán derecho a proponer leyes y al rechazar el presupuesto, los ministros serán responsables ante ellas y los diputados serán los encargados de presentar las leyes nuevas.

Cada derecho nuevo supone un golpe asestado al dictador. Napoleón cede, sin embargo, salvando dos puntos: la transmisión hereditaria de la patria, que se vería invadida de nuevo por la nobleza al cabo de «dos o tres batallas», dice, y el derecho a la confiscación, «sin el cual me hallaría sin armas ante los partidos. Yo no soy un ángel, sino un hombre que no se deja atacar sin defenderse».

Estos dos artículos producen tan mal efecto como la palabra «acta adicional», y como Napoleón no soporta ningún debate, prefiere recurrir, como antaño, a un plebiscito ilusorio. Los liberales, descontentos, protestan y ni siquiera advierten lo que hay de excelente en las propuestas que les son sometidas. En vez de cuatro millones de votos, como en el pasado, el plebiscito sólo recoge un millón y cuarto, habiéndose abstenido la mayoría de los burgueses.

Unos cuantos, sin embargo, se atreven a hablarle francamente. «Esa acta adicional —le dice el honrado Carnot— no satisface al pueblo ni responde a los compromisos que ha adquirido Vuestra Majestad. Prométame modificarla.

Debe decirle la verdad, porque su salvación y la nuestra dependen de su tolerancia».

¡Qué acento nuevo! Desde la época en que era teniente, nadie se había atrevido a hablar así a Bonaparte, que inicia un movimiento de protesta; pero Carnot prosigue: «Sí, *Sire*, su tolerancia ante la voluntad nacional, por mucho que la palabra le asombre».

«El enemigo se halla a nuestras puertas —le contesta el soldado—; que me ayuden primero a arrojarlo, y en seguida me tomaré el tiempo necesario para tratar del liberalismo». Por clara que vea la necesidad de inclinarse ante las exigencias de los tiempos nuevos, le es imposible discutir con los representantes del pueblo.

Napoleón sólo sabe mandar.

XVIII

Las praderas soleadas resuenan con los gritos de alegría de los parisienses, como en los más alegres días de fiesta. En el Campo de Mayo, tropas veteranas y soldados bisoños animan el aire con el ruido metálico de sus armas; los pabellones tricolores flotan en las tribunas. Seiscientos diputados y unos doscientos pares esperan al Emperador, que debe prestar hoy juramento a la Constitución.

Es la primera vez desde hace dos o tres años —el rigorismo del rey Luis había agotado todo ímpetu— que la capital puede entregarse de nuevo a la alegría.

Aquí viene ya el cortejo, que sale de la ciudad; ya se oyen las trompetas; dentro de algunos instantes veremos realizarse la hermosa ceremonia marcial que conviene al momento, ya que dentro de unos días el Emperador va a ponerse a la cabeza de sus ejércitos para defender su trono. Dicen que continúa vistiendo su viejo frac verde, el más popular de sus indumentos.

Pero ¡cómo! Precediendo a las águilas, avanza la guardia de honor; luego, como en un friso alegórico, desfilan heraldos y pajes en traje de Corte, y finalmente, en la carroza de la coronación, tirada por ocho caballos, aparece un hombre vestido de seda blanca, que parece abrumado por su gran sombrero de plumas de avestruz y aún más por el manto de la consagración. ¿Es éste el Emperador?

Aterrado, el pueblo contempla con estupor este espectáculo cesáreo, que corta de golpe su entusiasmo.

Después de la misa, el presidente de la nueva Cámara avanza hacia el Emperador y pronuncia con voz fuerte estas palabras, que resuenan a lo lejos:

«Confiando en vuestras promesas, nuestros diputados examinarán nuestras leyes y las pondrán de acuerdo con la Constitución. En otros términos: la Constitución no nos satisface, queremos algo más que esa acta

adicional». En seguida el ciudadano hace un llamamiento a la victoria para que acompañe a las águilas imperiales.

El Emperador, reprimiendo su irritación, manda proclamar en seguida la nueva Constitución y presta su juramento. Ahora les toca el turno a las tropas, pero éstas apenas reconocen a su jefe en aquel hombre abigarradamente cubierto de oro y de plumas. ¿Dónde está su héroe de verde uniforme y la escarapela en el tricornio? Indolentemente han jurado. «No eran aquéllos los gritos de Austerlitz ni de Wagram —escribe un testigo—, y el Emperador no dejó de darse cuenta de ello».

Ocho días más tarde, en el discurso del trono con que inaugura la sesión de las Cámaras, Napoleón evita «todo lo que desagradó en el Campo de Mayo». La Cámara de Representantes le concede las fuerzas necesarias para la defensa de la patria, pero declara que «la voluntad del Príncipe, y aun del vencedor, no podrá llevar a la nación fuera de sus propios límites». Los pares le advierten también que «el Gobierno francés no se dejará arrastrar nunca por las victorias». Napoleón escucha y calla, aunque tiembla de ira y quisiera enviarlos a todos al diablo.

Luciano, que por fin ha llegado, ocupa un lugar entre los nuevos pares; una mirada y un apretón de manos han reconciliado a los dos hermanos. Por primera vez en su vida, Luciano se llama «Príncipe» y «Alteza Imperial». Acompaña al Emperador, pronuncia discursos, dicta conferencias literarias en el Instituto y acapara dinero. Luis, enfermo, no ha podido venir. Jerónimo, siempre complaciente, procura servir. Hortensia reemplaza a la ausente dueña de la casa: sus hijos recobran importancia, en cuanto el Emperador se halla privado del suyo; Napoleón se muestra en el balcón con sus sobrinos, a fin de que Francia vea bien que, de todos modos, cuenta con herederos. Escena de amarga ironía, epílogo a la trágica historia de su locura dinástica.

Napoleón ha ido con Hortensia a la Malmaison, empeñándose en entrar solo en la cámara mortuoria de Josefina, de la que sale sin decir palabra.

Mañana partirá de nuevo para la guerra; desea que ésta sea su última campaña, y lo será, en efecto.

Carnot, que acaba apenas de ser advertido de sus proyectos, le aconseja vivamente que espere: su ejército, demasiado débil, necesita refuerzos; ni los rusos ni los austríacos podrán movilizar antes de fines de julio; Inglaterra y Prusia, por lo tanto, no atacarán antes. Durante seis semanas, el Emperador podría duplicar sus efectivos, convertir Francia en un campo atrincherado,

fortificar París por el lado que la ciudad se halla abierta. Napoleón mueve la cabeza: «Necesito una victoria; no puedo hacer nada antes de haberla logrado».

Sabe, no obstante, lo que se juega en esta batalla; sabe también que pasará por agresor si ataca primero, y, a pesar de todo, él, el hombre de los cálculos exactos, no quiere tomarse el tiempo necesario para reforzar su ejército. «Necesito una victoria». Razonamiento de héroe vencido, pero recuerdo también del tiempo pasado, cuando, simple general, poníase en campaña con un pequeño ejército, rápidamente transportable de un punto a otro, táctica que no se había atrevido a emplear desde su época juvenil. Su plan es impedir que sus cuatro adversarios se reúnan; separar a los prusianos de los ingleses y derrotarlos por separado. La maniobra que el Emperador emprende ante Charleroi es la misma que un general desconocido había inaugurado en Millesimo contra los austriacos y los piamonteses. La última batalla debía recordar la primera.

Pero todos los generales de Europa habían acabado por conocer esta táctica, cuyos efectos él mismo agotara. Por otra parte, no puede resistir ya la rapidez que exige una acción semejante; como en el curso de las últimas campañas, los escrúpulos vienen a estorbar su audacia. Una vez tomado Charleroi, no persigue a Blücher con todos sus efectivos; envía a Ney con la mitad de su ejército hacia Bruselas para combatir a los ingleses y solamente al mediodía se da cuenta, con terror, de que tiene ante sí a todo el ejército prusiano. Llama entonces a su mariscal con estas palabras: «La suerte de Francia está en sus manos». Que Ney, en vez de avanzar, procure cercar al enemigo. Pero en Quatre-Bras, Ney, en lucha ya con Wellington, sólo puede destacar un cuerpo de ejército. Éste llega demasiado tarde y Ney, separado de una parte de sus fuerzas, pierde la batalla contra los ingleses.

Aquel día todavía logra, sin embargo, Napoleón una victoria en Ligny. Es la última. Blücher, que ha caído del caballo, pasa por muerto, pero Gneisenau, gracias a su sangre fría, asegura la retirada e indica Wavre como punto de reunión a sus aliados.

El Emperador, con una apatía singular, pero explicable en un hombre que envejece y se halla enfermo, pierde toda una jornada después de su victoria y envía demasiado tarde a Grouchy con treinta mil hombres en persecución de los prusianos. Éstos, a lo que piensa, no podrán rehacerse tan pronto ni operar en unión de los ingleses, después de las grandes pérdidas que han sufrido. Con los setenta mil hombres que le quedan, el Emperador cuenta vencer a los

ingleses al día siguiente, del mismo modo que ha derrotado la víspera a los prusianos. Pero, por primera vez, calcula por lo bajo las fuerzas del adversario, así como el valor de sus jefes, Gneisenau y Blücher.

Ni en Friedland, ni en Aspern, ni en Laon, ni en Rusia, había sido vencido Napoleón, y si en Leipzig y en Arcis-sur-Aube había sucumbido bajo la masa abrumadora de tres o cuatro potencias coaligadas, hasta entonces ningún general había podido decir: «He vencido a Napoleón».

Esta vez, el Emperador tasa en demasiado su victoria y desconoce las fuerzas de su enemigo; sin embargo, no ha confiado ningún mando a los miembros de su familia y, si hubiese guardado a Grouchy a su lado, sus efectivos apenas hubieran sido inferiores a los de su adversario. Pero este mismo error no fue decisivo. La razón esencial de su derrota hay que buscarla en el desgaste de su organismo. Es la enfermedad la que, debilitando su actividad, le impide iniciar su ataque en Waterloo desde la aurora. Es el mes de junio y amanece a las cuatro. Si los prusianos pueden marchar sobre los caminos empapados por la lluvia, las tropas francesas, más aguerridas, también son capaces. Napoleón, que dispone de buenas tropas, espera, sin embargo, hasta el mediodía, a fin de colocar sus baterías en un terreno más seco. En Jena, en octubre, desde el amanecer, entre una espesa niebla, había pasado revista a sus tropas y sorprendió al enemigo, todavía adormilado. Hoy, Napoleón espera que sea mediodía.

Esta demora de media jornada le será fatal.

El Emperador se dirige hacia una altura llamada la Belle Alliance, dispone sus tropas en tres líneas y, arengándolas como de costumbre, en términos vibrantes, les anuncia que quiere penetrar hasta Bruselas. Pero si ya tiene en el bolsillo su proclama a los belgas, ha perdido, en cambio, unas horas preciosas.

Por la tarde, en pleno combate, le anuncian que el cuerpo de Bülow se halla en marcha. El Emperador palidece, cuentan los testigos, y envía a Grouchy la orden de replegarse. Pero ¿le llegará a tiempo esta orden? ¿Le dejará el enemigo efectuar la retirada?

Es una cuestión de horas. Inglaterra tiene que ser vencida antes de que lleguen los prusianos. El Emperador ordena a la caballería que ataque el centro. Los ingleses se mantienen firmes. ¿Ordenará a la Vieja Guardia que ataque? Todavía no. Y, sin embargo, Bülow abre ya el fuego. A toda costa es preciso reservarse la posibilidad de una retirada; de otra manera, es la

catástrofe. Inglaterra, atacada sin tregua, está a punto de ceder. Son las cinco de la tarde. Wellington envía a los prusianos el siguiente mensaje: «Si el cuerpo no continúa en marcha y ataca en seguida, la batalla está perdida». Es el momento de apresurar la victoria. Pero el Emperador retiene todavía, por prudencia, a su Vieja Guardia. Allá lejos, el segundo cuerpo prusiano ha entrado en acción.

Terrible momento. De la decisión que va a tomar depende su suerte. Finalmente, a las siete, Napoleón se decide a lanzar a la batalla sus últimos cinco mil granaderos, los más veteranos. Medida desesperada. «¡Viva el Emperador!». Este grito ha conmovido a Europa entera. En menos de diez años se había hecho legendario. ¿Perdería aquella tarde su fuerza mágica? Allí están las águilas de Marengo; pero nada es inmortal, y aquel grito debía resonar por última vez.

El segundo cuerpo prusiano cerca a la Guardia, que comienza a ceder. Las fuerzas enemigas aumentan. A las ocho, el tercer cuerpo prusiano entra en línea. Ciento veinte mil coligados atacan entonces a los franceses, que apenas si llegan a la mitad; el Gran Ejército, diezmado, retrocede, y Bonaparte, el día de su última batalla, se ve obligado a huir, por primera vez, con sus soldados.

El Emperador abandona el punto en que desde hace una hora se había expuesto al fuego de los ingleses para tomar el mando de uno de los dos cuadros que todavía resisten. Rotos éstos, se dirige al galope hacia la retaguardia, bajo la sola escolta de unos cuantos granaderos a caballo. Atenazado de dolores, se ve obligado, no obstante, a permanecer a caballo hasta las cinco de la mañana, antes de encontrar su coche, en el que, al fin, puede tomarse unas horas de descanso.

¿Estará muy abatido el Emperador?

En absoluto. ¿Qué dice París? Este pensamiento le sostiene; ni siquiera se le ocurre, como el año pasado, reunir su Guardia en Laon o en Soissons, o retirarse a las fortalezas; sólo piensa en París, venero de fuerzas nuevas. Todavía se podrían movilizar ciento cincuenta mil hombres, lo que haría un total de trescientos mil con los Guardias Nacionales, suficientes para mantener en jaque al enemigo. Las palabras «valor, firmeza» figuran en la última orden del día que envía a París.

Dos días más tarde, Napoleón se hallaba de regreso en el Elíseo, su nueva residencia. ¿Habría sido un mal sueño esta campaña? En nueve días había perdido el Imperio que tardara nueve años en conquistar.

XIX

¡Pero no, aún no se ha perdido todo!

En el Consejo y en las Cámaras, la opinión se halla dividida. Napoleón delibera con sus hermanos y sus ministros sobre las medidas que es preciso tomar; se siente agotado, pero no lo deja traslucir y continúa erguido. ¿Irás, quizás, a proponer la colaboración con las Cámaras...? Por el contrario, el Emperador reclama la dictadura. En esta crisis nacional necesita, todavía por algún tiempo, una completa libertad de acción. Se le objeta que las Cámaras han perdido la confianza. Al oír estas palabras, Luciano se levanta y, con ardor juvenil, conjura al Emperador a que disuelva las Cámaras, declare París en estado de sitio, y tome de nuevo en sus manos el Gobierno y reúna todas sus tropas: ¡tal es el único medio de salvar la patria!

El Emperador le escucha. Dieciséis años han transcurrido desde cierto día de noviembre en que Luciano, en Saint-Cloud, había propuesto las mismas medidas y con un discurso le salvó del abismo, elevándole más de lo que él mismo deseara. Napoleón aprueba los planes de su hermano, pero no los pone inmediatamente en acción. En vez de ello se escucha tranquilamente a Davout, su ministro de la Guerra, que le niega las reservas disponibles. La discusión se ve interrumpida por las noticias que llegan de la Cámara; ésta ha decidido declararse en sesión permanente y considera como un acto de alta traición cualquier tentativa para disolverla, llevando a los tribunales a quien se atreva a intentarlo. «Entre nosotros y la paz —dice el viejo Lafayette— sólo hay un hombre; que se vaya y tendremos la paz».

Pero ¿es ésta la opinión del pueblo? No, sin duda; a juzgar por la tranquilidad absoluta que reina en la ciudad, es sólo el grito de la democracia al fin libertada, al par que de una sociedad ávida de cambios y con escasa resistencia para soportar la adversidad. Prueba de ello es que la Cámara de los Pares aprueba una moción idéntica a la de la Cámara electiva. El Emperador es invitado por ambas a presentarse ante ellas. Ahora bien, ¿por qué no se

presentó? ¿Quién se habría atrevido públicamente a levantarse contra él? «Hubiera debido ir —dice más tarde—, pero me sentía agotado. Habría podido disolver las Cámaras, pero me faltó valor: no soy más que un hombre y retrocedí ante el recuerdo del 18 Brumario».

Las Cámaras reclaman la presencia de los ministros, pero el Emperador les prohíbe que vayan. Se le amenaza entonces con su deposición, y Napoleón acaba por ceder. Luciano y los ministros se presentan en su nombre ante los diputados y les comunican que el Emperador ha nombrado una comisión para negociar la paz con el enemigo. «¡Las potencias se niegan a negociar ya con él! —replica la Cámara—. ¡Las potencias le han declarado fuera de la ley! ¡Que abdique! ¡Y, si se niega, seremos nosotros quienes le destronaremos!».

Durante esta sesión, el Emperador va y viene nerviosamente por el jardín, acompañado de Benjamín Constant. Sacudido el cansancio, exprésase ahora fogosamente: «Ya no se trata de mí, sino de Francia. Quieren que abdique, pero ¿han calculado las consecuencias inevitables de esta abdicación? El ejército está agrupado en torno mío, en torno de mi nombre; separarme de él, es disolverlo; él nada entiende de todas vuestras sutilezas. ¿Creen, acaso, que con axiomas metafísicos, declaraciones de derechos y discursos de tribuna van a impedir la desbandada? Aún habría concebido que me rechazasen cuando desembarqué en Cannes; pero abandonarme ahora no lo concibo. Cuando los enemigos se hallan a veinticinco leguas de la capital no se puede derribar impunemente a un Gobierno. ¿Creen que van a engañar con frases a los extranjeros? Si me hubiesen derribado hace quince años, habría sido un acto de valor; pero ahora formo parte de lo que el enemigo ataca y, por lo tanto, formo parte de lo que Francia debe defender. Entregándome, el país se entrega a sí mismo, se reconoce vencido y alienta la audacia de los vencedores. No es la libertad lo que me destituye, es Waterloo, es el miedo, un miedo del que se aprovecharán vuestros enemigos... ¿Y con qué título se atreve la Cámara a pedir abdicación? Al hacerlo, se sale de la esfera legal, deja de cumplir su misión, y mi derecho, como mi deber, es disolverla».

En este instante se dejan oír unos gritos: «¡Viva el Emperador!». ¿Quiénes pueden ser estas gentes que aún confían en él? Son los obreros del *faubourg* Saint-Antoine; éstos no han sufrido a causa de la represión de la libertad, pues la Igualdad los ha hecho libres. Hacinados ante los muros del jardín, gritan a través de las rejas: «¡La dictadura! ¡Los Guardias Nacionales! ¡Viva el Emperador!».

«¿Lo ve usted? No es a ellos a quienes he colmado de honores y hartado

de dinero. ¿Qué me deben, al fin y al cabo? Pobres los encontré y pobres los he dejado. Pero el instinto de la necesidad los ilumina y la voz del pueblo habla en ellos. Si así lo quiero, dentro de una hora la Cámara rebelde dejará de existir... Pero la vida de un hombre no vale este precio. No quiero ser rey de la Jacquerie. No he regresado de la isla de Elba para inundar París de sangre».

Este renunciamiento a la violencia, tan afín de la justicia, recuerda el 18 Brumario, cuando dieciséis años antes se negó igualmente a emplear la fuerza bruta. Pero lo que entonces fue en Napoleón prudencia de estadista, cuidadoso de no mancillar los comienzos de su carrera, no es hoy otra cosa que nefasta moderación. Sin duda, sufre también la influencia de los tiempos nuevos, que piden más libertad y menos fuerza.

Entre tanto, Luciano, en sesión secreta, ha transmitido a los miembros de la Cámara la propuesta del Emperador. Comienza la discusión; algunos hasta califican amablemente su abdicación de sacrificio nacional... Carnot sube entonces a la tribuna; en esta hora trágica, él es casi el único en defender a Napoleón, lo mismo que fuera también casi el único en combatirle cuando todos se inclinaban ante él.

Repentinamente, Siéyès se declara igualmente en su favor y habla como un verdadero romano: «Napoleón ha perdido la batalla y necesita de nosotros. Marchemos con él; es el único medio de salvarnos; Una vez pasado el peligro, si él quiere ser déspota, nos reuniremos para colgarlo. Hoy, salvémosle para que él nos salve». Pero Lafayette toma de nuevo la palabra: «¿Habéis olvidado que los huesos de nuestros hermanos y de nuestros hijos testimonian en todas partes nuestra confianza y nuestra fidelidad excesiva? Sobre las arenas de Egipto, en las orillas del Ebro, del Tajo y del Vístula, como en los helados desiertos de Rusia, durante más de diez años, tres millones de franceses han muerto por el orgullo y el afán de poderío de un hombre que todavía se empeña en luchar contra toda Europa. ¡Ciudadanos, vosotros no lo permitiréis!». La sesión se prolonga hasta las tres de la mañana, en que, por fin, se exige la abdicación.

El Emperador vacila. Por la mañana, paseando de arriba abajo por su despacho, presa de una gran agitación, se mofa de los jacobinos, previniendo un nuevo Directorio, cuando el comandante del Palacio Borbón llega anunciando, con voz titubeante y en nombre de la Cámara, que ésta le declara fuera de la ley si se niega a abdicar. Savary, Caulaincourt y el mismo Luciano le instan para que renuncie a la lucha.

Napoleón dice entonces:

«Los he acostumbrado a tan grandes victorias, que no saben soportar un día de desgracia. ¿Qué va a ser de esta pobre Francia?». Y agrega, en voz baja: «He hecho por ella lo que he podido». Al mediodía dicta su declaración al pueblo; hará el sacrificio que se exige de él; su vida política ha terminado. Proclama a su hijo bajo el nombre de Napoleón II. Que las Cámaras nombren una Regencia. ¿A quién dicta estas palabras? ¿Cuál de sus fieles tiene la mano lo bastante firme para escribir la última declaración del Emperador?

Su hermano, el mismo que durante tantos años ha codiciado desde lejos su trono. Si Luciano hubiese sido menos poeta, sin duda habría agrupado en torno suyo desde mucho tiempo atrás a los descontentos y hubiera entrado en la vida pública no como un segundo Napoleón, pero sí como otro Bonaparte. En vez de esto, he aquí, ya cuarentón, abolidos sus sueños de gloria, disponiéndose a terminar tranquilamente su vida como un hombre espiritual y un mecenas, después de estas últimas cuatro semanas en que ha sido príncipe imperial. Con una imperceptible sonrisa en los labios escribe la abdicación de aquel cuyo genio superó al suyo, todavía un subalterno, pero esta vez animado por una filosófica piedad, que, añadida a la amargura del acto, borra entre ambos la huella de las antiguas discordias.

Realmente, parece como si el curso de la carrera de Napoleón fuera a repetirse. Los gritos de «¡fuera de la ley!» resuenan como antaño; como antaño, cinco Directores se constituyen en Gobierno provisional. La cuestión es: ¿A quién irán a elegir como presidente estos Directores? ¿Quién será el que arrebatte el poder de manos de Napoleón?

Fouché será el elegido. Él mismo se ha designado no tomando parte en la votación. Sin embargo, la Cámara se ha ablandado; los que ayer aún pedían la cabeza del Emperador, le envían una comisión para darle las gracias por su sacrificio. Napoleón les dice: «Deseo que mi abdicación pueda traer la felicidad a Francia, pero no lo espero; mi abdicación deja al Estado sin jefe, sin existencia política. Recomiendo mi hijo a Francia; espero que ésta no olvidará que sólo por él he abdicado. También he hecho este gran sacrificio por el bien de la nación: sólo con mi dinastía puede ésta ser libre, dichosa e independiente».

Pero, entre tanto, Fouché y sus acólitos proponen un Orleáns, un príncipe de Brunswick, hasta un rey de Sajonia. Por otra parte, los cinco miembros del Directorio dejan claramente entender que constituyen un Gobierno y no una

Regencia. Así, en los decretos de Fouché sólo se habla de la nación y no de Napoleón II. El Emperador lo advierte y se da cuenta de todo, pero calla. Lenta e inexorablemente, su sueño dinástico, la idea por la que ha luchado toda su vida, se va desvaneciendo, hasta hacerse inasequible.

Cuando Lavalette viene a verle por la tarde, Napoleón se halla en su baño caliente desde hace ya varias horas. «¿Me pregunta usted adónde quiero ir? ¿Y por qué no a América?

»—Porque Moreau se retiró allí».

El Emperador rechaza esta objeción; piensa seriamente en dirigirse a los Estados Unidos y ruega, con este fin, al Gobierno que ponga una fragata a su disposición. Pero el Gobierno sólo le exige que se aleje de París, pues ya el pueblo se agolpa en torno del Elíseo pidiendo la Dictadura. Así, Napoleón, luego de quemar ciertos papeles, se refugia en la Malmaison.

Durante dos días vaga a través del jardín de Josefina, lleno de sus recuerdos, sumido en una especie de ensimismamiento. Sus fieles le han acompañado. Allí están su madre, Hortensia, Caulaincourt, Lavalette, Luciano y José; pero cuando el Emperador pregunta quiénes partirán con él, las respuestas se tornan evasivas. Su madre está firmemente resuelta a acompañarle, pero él no quiere exponerla, dada su edad, al azar de los viajes. Lavalette tiene una hija todavía joven y su mujer se halla encinta; tal vez más tarde... Drouot, que estuvo ya en la isla de Elba, no puede abandonar Francia, pues la patria necesita de él. Un secretario que ayer mismo prometía seguirle ha cedido a la instancia de su madre, ciega. «Ha hecho usted bien, se debe usted a su madre, quédese con ella», dice el Emperador volviéndole la espalda.

En vísperas de su última campaña, Paulina le había obligado a aceptar sus joyas; ahora, Hortensia le ofrece un collar de diamantes, restitución quijotesca de donativos imperiales... Napoleón, en cambio, le asigna un millón, que probablemente nunca le fue pagado. Luciano y Eugenio reciben dinero, y Napoleón le entrega igualmente a León una cantidad para su madre. Las sumas así distribuidas todavía suponen centenares de millares.

Todo pasa en silencio, en una especie de solemnidad fúnebre. El Emperador sólo habla del pasado y de Josefina.

«He prometido al ministro que partiría. Esta noche me pondré en camino. Estoy cansado de mí mismo, de Francia, de París. Haced vuestros preparativos».

¿Adónde ir? Su última proclama al ejército resuena como un llamamiento del más allá:

«¡Soldados...! Aunque ausente, seguiré todos vuestros pasos. Conozco todos los batallones, y ninguno de ellos logrará una señalada ventaja sobre el enemigo sin que yo rinda justicia a su valor... Que vuestros triunfos futuros me enseñen que era la patria lo que por encima de todo servíais al obedecerme y que si alguna parte de vuestro cariño recaía en mí, lo debo a mi ardiente amor a Francia, nuestra madre común. Un esfuerzo más, y la Coalición quedará disuelta. Napoleón os reconocerá en los golpes que vais a dar. Salvad el honor y la independencia de los franceses. ¡Sed hasta el fin tal como yo os he conocido desde hace veinte años, y seréis invencibles!».

El Gobierno no deja pasar este manifiesto, bien inofensivo, sin embargo. Nadie habría podido expresarse más objetivamente ni haberse integrado más impersonalmente a la Historia que este hombre que habla de sí mismo como habría podido hablar de un extraño. Casi diríase evadido ya de la carne...

De pronto, el Emperador se estremece; hasta él llega un tronar harto conocido. El cañón retumba en la llanura de Saint-Denis: el enemigo se halla a las puertas de París. Oficiales y soldados, jadeantes y desarrapados, le traen la noticia. En un momento, el Emperador recobra su energía. ¿Que el enemigo avanza en dos ejércitos? Es preciso atacarlos y derrotarlos uno tras otro. Durante la noche elabora un plan de defensa de París, y a la mañana siguiente aparece rejuvenecido, como si el ruido del cañón le hubiese vuelto a la vida. Repitiendo el gesto del general Bonaparte, envía uno de sus generales al nuevo Directorio, con el siguiente mensaje:

«La situación de Francia, la voluntad de los patriotas, los gritos de los soldados, reclaman mi presencia para salvar a la patria. Solicito el mando, no como emperador, sino como un general cuyo nombre y reputación pueden ejercer todavía una gran influencia sobre la suerte de la nación. Prometo, a fe de soldado, de ciudadano y de francés, partir para América, a fin de terminar en ella mi destino, el mismo día en que haya rechazado al enemigo».

Sí, saldrá vencedor o morirá sobre el campo de batalla. Rodeado del corto número de oficiales que aún le queda, Napoleón, inquieto, espera en el jardín la respuesta del Gobierno.

¡Gran momento para Fouché! A tal punto llega su rencor, que ni siquiera se digna dar una contestación por escrito al amo de ayer. Impaciente por obrar, el Emperador se precipita al encuentro de su enviado para saber antes

su respuesta. Ésta es bien rotunda; los miembros del Gobierno no cometerán la imprudencia de aceptar su ofrecimiento; lo único que le piden es que se aleje, por el contrario, sin demora. Napoleón se muerde los labios y dice amargamente: «Hubiera debido mandarle ahorcar antes; pero los Borbones se encargarán de hacerlo».

Apresuradamente, se viste de paisano. Hortensia, a ruego suyo, oculta el collar que le ha dado en un cinturón —de seda negra. Un instante, se habla de Córcega, de la que Luciano podría llegar a ser gobernador; los ojos de Leticia brillan. Pero no..., es imposible. Sólo queda América. Todos comprenden que la menor demora compromete la libertad del Emperador. Ya corre el rumor de que Wellington exige su extradición y de que esta idea va ganando partidarios en la Cámara.

Lavalette incita al Emperador a partir sin demora; éste insiste en decir:

«—No puedo partir sin una orden del Gobierno al capitán.

»—Parta de todos modos Vuestra Majestad. Su presencia en el barco producirá todavía un gran efecto sobre los franceses; mande cortar los cables, prometa dinero a la tripulación y, si el capitán se resiste, mándelo a tierra y parta. Estoy seguro de que Fouché ha vendido a Vuestra Majestad a los aliados.

»—Vaya usted y haga un último esfuerzo con el ministro de Marina».

Lavalette se hace anunciar a Decrès. Éste le recibe en la cama, para decirle: «Yo no soy más que un ministro; vea usted a Fouché, háblele en nombre del Gobierno; en cuanto a mí, nada puedo hacer».

«—Salí furioso —cuenta Lavalette—, y no pude ver a Fouché ni a los demás. Regresé a la Malmaison a las dos de la mañana; el Emperador estaba acostado. Al darle cuenta de mi misión, renové mis instancias. Napoleón entonces me dijo:

»—Iré a los Estados Unidos. Me darán tierras o las compraré, y las cultivaremos. Terminaré por donde comenzó el hombre; viviré del producto de mis campos y de mis rebaños.

»—Obligarán a los americanos, si no a entregar a Vuestra Majestad, cuando menos a alejarlo de su territorio —objeta el secretario.

»—Pues bien, me iré a Méjico. Allí encontraré patriotas y me pondré a su cabeza.

»—Vuestra Majestad olvida que ellos tienen ya jefes, y los jefes de los independientes procurarían deshacerse de Vuestra Majestad o le obligarían a buscar en otra parte.

»—Pues bien, los dejaría plantados y me iría a Caracas, y si no me encuentro bien allí, iré a Buenos Aires; iré a California; iré, en fin, de mar en mar hasta encontrar un asilo contra la malevolencia y la persecución de los hombres.

»—¿Puede Vuestra Majestad, razonablemente, esperar que escapará de continuo a las emboscadas y a las flotas de los ingleses?

»—Si no puedo escapar, me cogerán; su Gobierno no vale nada, pero la nación es grande, noble y generosa; me tratarán como es debido. En el fondo, ¿qué quiere usted que yo haga? ¿Quiere usted que me deje prender aquí, como un estúpido, por Wellington, y que le proporcione el placer de pasearme en triunfo, como el rey Juan, por las calles de Londres? No me queda más que una salida, desde el momento que rechazan mis servicios, y es la de irme. El Destino hará el resto.

»—Vuestra Majestad no está hecho para huir.

»—¿A qué llama usted huir? —exclama Napoleón con una mirada altiva y ceñuda—. ¿De dónde saca usted que huyo?

»—Los ingleses saben la intención de Vuestra Majestad de dirigirse a los Estados Unidos. Por lo menos, hay que procurar sucumbir lo más dignamente posible.

»—¿Adónde quiere usted llegar? —me dijo Napoleón, pensando que yo quería proponerle el suicidio—. Sé que podría decir, como Aníbal: Libertémoslos del terror que les inspira mi nombre; pero el suicidio se debe dejar a las almas mal templadas y a los cerebros enfermos. Cualquiera que sea mi destino, jamás adelantaré mi fin ni un solo instante.

»—No es eso lo que pretendo, *Sire*. Pero ¡qué hermoso sería ver a Napoleón el Grande, una vez renunciada la corona y al cabo de veinte años de gloria, venir a ofrecerse en sacrificio para rescatar la independencia de su patria!

»—Sí, sí, ese desenlace sería muy hermoso; pero ¿a quién entregarme? ¿A Blücher, a Wellington? Carecen de los poderes necesarios para tratar conmigo. Empezarían por cogerme prisionero y harían luego con Francia y conmigo lo que se les antojase.

»—Yo me entregaría al emperador Alejandro.

»—¡No conoce usted a los rusos! Antes de tomar una resolución definitiva hay que pensarlo mucho. Este sacrificio de mi persona no significaría nada para mí, pero acaso tampoco serviría de nada a Francia».

El estadista parece enteramente ajeno a este diálogo, demasiado humano. Napoleón ha vuelto a ser de nuevo el aventurero ávido de riesgos, el sin patria, el desarraigado, genio oceánico que afronta las tempestades, pirata intrépido que desafía la muerte. Esta manera de rechazar el suicidio, de coger al vuelo la proposición de su secretario, de acechar el instante favorable, este ánimo indomable, todo en él revela una invencible vitalidad.

A punto ya de partir, la última persona con quien habla serenamente es su madre. Pero, de pronto, entra bruscamente un soldado. Es Talma, que con cariño, aunque también por afición a lo dramático, quiere asistir al supremo adiós de la madre y del hijo. Escena impresionante en su sencillez, de la que nos ha dejado un relato pomposo y teatral.

El Emperador hace subir a su coche al joven general Gourgaud, idealista exaltado; a Bertrand y su esposa, que también habían estado en la isla de Elba, y a otros dos servidores. ¿El término del viaje? Rochefort, donde se espera encontrar una fragata disponible.

El camino se hace interminable. A cada momento, el fugitivo mira hacia atrás, aguzando el oído con la esperanza de sorprender ese grito de llamada que no podían dejar de lanzarle. Crúzase con dos regimientos, en marcha hacia el Norte, y, a los gritos de entusiasmo que su presencia provoca, el Emperador se detiene y entabla una conversación con los generales, para saber si no sería oportuno marchar sobre París contra el Gobierno. Pero no. El carruaje se pone de nuevo en marcha. Por fin aparece en la lejanía el Atlántico. José, que espera a su hermano, le insta a fletar un bergantín que parte para América con un cargamento de aguardiente. Y entonces es cuando el Emperador decide adoptar su séptimo nombre, el de Muiron. Inmediatamente surgen ante su espíritu el Mediterráneo, sus islas, Córcega, Italia, un general mozo y enclenque, de ojos grisáceos, el puente de Lodi, donde se jugaba su suerte y la de Francia... El teniente Muiron cae, haciéndole un baluarte con su cuerpo, gesto que debía inmortalizarle. Otras riberas atraen hoy al Emperador. Vivirá del producto de sus rebaños y encontrará la muerte como cabecilla de una partida de mejicanos...

Pero Dios ha decidido otra cosa.

Él hará que esta gran vida tenga un epílogo digno de ella, como nadie tuvo jamás, un epílogo henchido de trágica poesía. Una vez más, ahoga el impulso del héroe y pasan diez días en vacilaciones, preguntas y negociaciones.

El Emperador se dirige a un islote vecino. Para engañar a los ingleses, sus gentes alquilan dos pequeñas embarcaciones; pero el Emperador las rechaza. Dos barcos americanos se hallan a punto de zarpar. Por otra parte, se empieza a negociar con un capitán danés. Unos aspirantes de Marina mozos suplican al Emperador que se deje conducir en sus avisos; dieciséis alféreces le llevarían por la noche fuera del puerto. Reunidos en una salita, exponen calurosamente su plan a Las Cases, el nuevo confidente del Emperador.

Napoleón invita fríamente a los suyos a comunicarle su parecer, y todavía la mayor parte le aconsejan que se ponga a la cabeza del ejército, en la seguridad de que todo el Mediodía le apoyará. El Emperador protesta: «No quiero, con ningún pretexto, ser la causa de una guerra civil. No quiero oír hablar más de política; quiero el reposo, quiero ir a América».

Pero su orgullo se rebela a la idea de marchar bajo un disfraz.

Entre tanto, llega la noticia de que el Rey ha entrado por segunda vez en París escoltado por las tropas aliadas. Un crucero inglés, con el nombre amenazador de *Bellerophon*, acaba de anclar frente a Rochefort. El Emperador ha dejado escapar el momento propicio; el regreso a París se hace imposible; el puerto está bloqueado. «¿Me arriesgaré —se dice— a ser cogido como un pirata y conducido a Londres? Inglaterra ha sido durante veintiún años mi enemiga; pero, después de los franceses, es el pueblo más noble del mundo. La Antigüedad nos ofrece numerosos ejemplos del respeto otorgado al enemigo. En Córcega se apuñalaría a quien faltase a las leyes de la hospitalidad...».

Y dicta la siguiente carta:

«Alteza Real: Víctima de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera política, y vengo, como Temístocles, a buscar amparo en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de Vuestra Alteza Real, como del más poderoso, más constante y más generoso de mis enemigos».

Ocho líneas, tres palabras de respeto, ni arrogancia ni humildad, aunque sí una perfecta cortesía; pero, en cambio, una frase que descubre todo su pensamiento: él, Napoleón, espera ser acogido por sus enemigos como lo

fuera antaño Temístocles por los persas. Su orgullo, exaltado por los héroes de la Historia, va a llevarle hoy a su pérdida.

Al día siguiente, Las Cases ponía esta carta, a fin de que fuese transmitida a su destino, en manos del capitán del *Bellerophon*, soldado de buena fe que veía en la importancia del personaje una garantía para su propia seguridad; la conversación que entonces tuvo lugar versó sobre la recepción de Napoleón a bordo. El almirante Hotham, ajeno a estas entrevistas, tenía desde hacía tiempo la orden de apoderarse del fugitivo, acto regular según las leyes internacionales, puesto que Inglaterra había firmado en Viena la proscripción de Napoleón. Pero ello no quita que el capitán del navío, señor absoluto a bordo; hubiese garantizado la libertad de su huésped con estas palabras: «Napoleón recibirá en Inglaterra todas las consideraciones debidas a su persona; nosotros somos generosos y democráticos».

Ninguna acta fue redactada, y una simple garantía verbal bastó para que aquel que fuera amo de Europa subiese a bordo de un barco enemigo. No hubo, por otra parte, la menor premura en la resolución del Emperador; nada que sugiera la desesperación de un condenado; las negociaciones duraron varios días y su decisión fue concienzudamente razonada. Veinte años de gobierno hubieran debido, no obstante, recordar a Napoleón el valor de una promesa oral. Sabiendo por experiencia que sólo un acuerdo escrito ofrece ciertas garantías, ¿cómo pudo trasladarse a bordo del *Bellerophon* sin un documento oficial? No era posible, es cierto, esperar una contestación de Londres. Y hay que tener en cuenta que, aunque en realidad el Emperador no se fiaba de las palabras del capitán, confiaba en el efecto moral de su gesto. Poco después de haber escrito aquellas líneas heroicas, el Emperador, vistiendo su uniforme, subía a bordo del navío inglés.

XX

El capitán Maitland se halla en el puente. Napoleón, saludando con el sombrero, ademán con el que no siempre se había dignado honrar a los príncipes, dice con voz sonora: «Vengo a ponerme bajo la protección de su príncipe y de sus leyes». Se hace presentar a los oficiales y los interroga sobre los combates en que han tomado parte. El capitán, visiblemente embarazado por la analogía de las palabras *Sire* y *Sir*, lo llama Monsieur. Napoleón lo soporta todo con su dignidad habitual. Con el tono tranquilo de un hombre que discute una cuestión de historia, entabla una controversia a propósito de los marinos ingleses, a los que declara más capaces y más aptos que los demás; discute ciertos castigos en vigor en la Marina después de los combates, y aborda finalmente los asuntos de orden general:

«—No veo razón suficiente para que la escuela inglesa haya derrotado tan fácilmente a la francesa. Los mejores barcos de guerra al servicio de ustedes son franceses; los barcos franceses son más fuertes, desde todos los puntos de vista, que los ingleses de la misma clase; llevan más hombres y más cañones, y éstos son de mayor calibre.

»—Ya le hemos explicado: la mayor experiencia de nuestros marinos y oficiales es una razón suficiente».

Napoleón no pestañea. La conversación se desliza sobre el arte naval: «Si las fragatas hubiesen pretendido salir a alta mar, habría tenido usted probablemente ocasión de ver el efecto», agrega el capitán.

El Emperador no replica ni protesta; derrotado, se resigna. Queda por saber, dice, si dos fragatas con cañones del 24 no habrían podido mantener en jaque al *Bellerophon*, armado con sus setenta y cuatro cañones. El capitán le demuestra fácilmente que esto habría sido imposible. Napoleón visita la artillería del navío, elogia y censura alternativamente, causando la admiración del capitán, que, después de la entrevista, declara prodigiosa su ciencia.

El *Bellerophon* se hace a la mar.

Durante este tiempo, reyes y ministros se reúnen en Consejo; ninguno de ellos tiene el valor de proponer el gesto que los habría rehabilitado ante Europa y ante la Historia. Diez días después de su partida de Rochefort, una mañana de julio, el *Bellerophon* entra en la rada de Plymouth. Millares de pequeñas embarcaciones cruzan el puerto para ver al ilustre prisionero. No habiendo llegado aún la respuesta de Londres, no se admite a bordo ninguna visita.

Los marineros son los privilegiados; ven al Emperador todos los días. Napoleón hasta les habla, cuando saben contestar en francés. Los curiosos que rodean el navío, para quienes el «horrible monstruo» no ha sido nunca sino un motivo de odio o de burla, tratan ahora de alegrar sus ojos con la vista del vencido. Pero Napoleón apenas sale de su camarote. Por otra parte, no es posible que tarden en dejarle desembarcar y recobrar su libertad. No obstante, un día se decide a subir al puente para tomar el aire. He aquí al enemigo vencido, inerme, vestido con su famosa levita verde. Millares de miradas se clavan en él, asaeteándole.

Pero este hombre, de aspecto sencillo e impenetrable fisonomía, irradia tal dignidad y sufrimiento, que un hecho extraordinario se produce: todas las cabezas se descubren; en los botes, en las barcas, en todo el puerto, tan lejos como alcanza la mirada de Napoleón, la muchedumbre permanece con la cabeza descubierta. El Emperador no manifiesta la menor sorpresa y es el único, ante aquella multitud que le saluda, que permanece cubierto con su tricornio. Hubiérase dicho que todo el país deseaba rendir al Emperador el homenaje que un capitancillo insignificante le negaba.

El pueblo inglés rescataba de esta manera, con un homenaje espontáneo, la falta de que su Gobierno iba a hacerse culpable. La respuesta de Londres se hizo esperar tres días; al cuarto, unos oficiales ingleses entran en el camarote del Emperador y le entregan un pliego, no en nombre del Príncipe Regente, sino en el del Gobierno:

«Sería incompatible con nuestros deberes para con el país y para con los aliados de Su Majestad el dejar al general Bonaparte los medios de turbar nuevamente la paz de Europa y de renovar todas las calamidades de la guerra; se hace, por lo tanto, inevitable restringir su libertad personal, en la medida necesaria, a fin de asegurar nuestro primer y soberano objeto; Será, pues, conducido a Santa Elena, isla sana y aislada, concediéndole permiso para designar tres oficiales, un médico y doce servidores que le acompañen». Tal fue la respuesta del moderno Jerjes.

Napoleón, dice el informe, puso el papel sobre la mesa y, después de un momento de silencio, protestó violentamente. Luego repitió esta protesta por escrito:

«En presencia de Dios y de los hombres, protesto aquí solemnemente contra la violencia ejercida conmigo; contra la violación de mis más sagrados derechos. Empleando la fuerza, se ha atentado contra mi persona y mi libertad. Yo he venido voluntariamente a bordo del *Bellerophon*; no soy un prisionero de Inglaterra, sino su huésped. He venido invitado por el mismo capitán; él me dijo que tenía orden del Gobierno de recibirme y transportarme, así como a mis acompañantes, en el caso de que así me pluguiera. Contando con esta seguridad, acepté el ofrecimiento, a fin de ponerme bajo la protección de la Gran Bretaña. Desde el momento en que subí a bordo del *Bellerophon*, tenía derecho a —la hospitalidad inglesa. Si el Gobierno ordenó al capitán del *Bellerophon* que me recibiera a mí y a mi séquito con objeto de hacerme caer en un lazo, ha obrado contra el honor y degrada su pabellón. En Santa Elena moriré al cabo de tres meses. Estoy acostumbrado a hacer diariamente treinta millas a caballo. ¿En qué podré ocuparme en aquella pequeña roca situada al fin del mundo? ¡Me niego a ir! Si vuestro Gobierno quiere matarme, que lo haga aquí mismo... Creo merecer un trato mejor de parte del Gobierno del Príncipe Regente. Un enemigo que durante veinte años hizo la guerra a Inglaterra, fue, vistiendo su uniforme, a buscar un asilo bajo la protección de sus leyes. ¿Qué mejor prueba podía ofrecerle de su estimación y de su confianza? Pero ¿cómo pagó Inglaterra semejante magnanimidad? Fingiendo tenderle una mano hospitalaria; una vez que se hubo entregado, lo sacrificó. Lo que se hace conmigo será eternamente una vergüenza para la nación británica».

Lo característico del Emperador en esta protesta es la indignación moral que la anima; apenas se trata en ella de leyes internacionales, sino del derecho a que puede pretender un héroe. Aunque proferida en el ímpetu del primer momento, ante los oficiales confusos, entre las cuatro paredes de un estrecho camarote, diríasela pronunciada para la posteridad. El alma herida en lo vivo llora menos su libertad que su grandeza burlada. Así, Napoleón, desde el primer momento, tuvo la clara visión de su suerte, tal como cien años más tarde había de aparecer ante las generaciones nutridas de la leyenda napoleónica.

Temístocles ha sido traicionado; una vez más, un príncipe legítimo ha dejado escapar la ocasión de cumplir una bella acción, y aplasta al héroe

caído entre sus manos, indignas de semejante presa.

Pero el espíritu de Napoleón escapa al golpe brutal. El hombre tan cruelmente herido adquiere una nueva virtud que le devuelve toda su fuerza: el estoicismo. Pasado el primer arrebato, Napoleón soporta con una inquebrantable firmeza la injusticia de que es víctima. Todavía sufre pacientemente, durante diez días, la vergüenza de verse prisionero en Plymouth y de ver a Inglaterra confiscar su equipaje y su dinero.

Por fin se leva el ancla. Entre dos fragatas, el *Northumberland*, al que se ha hecho pasar al Emperador con su comitiva, se desliza pausadamente sobre las aguas del puerto. En medio de la bruma de aquella mañana de agosto, las costas francesas se perfilan vagamente en el horizonte. Napoleón reconoce sus contornos; pero ¡qué le importa! Allá lejos, hacia el Este, en el interior, su pensamiento evoca París; París, que le ha rechazado.

Al anochecer, Europa, de la que fue amo, se pierde de vista... Sombrío, el mar, del que nunca lograra ser el amo, se extiende ante el nocturno navegante. Pero, de pie en la proa del navío, Napoleón no mira hacia delante ni hacia atrás; como antaño, cuando navegaba hacia Egipto, levanta los ojos hacia el firmamento, en busca de su propia estrella.

La magnífica epopeya toca a su fin.

LIBRO QUINTO

LA ROCA

*Am jüngsten Tag, vor Gottes Thron,
Stand endlich Held Napoleon.
Der Teufel hielt ein grosses Register
Gegen denselben und seine Geschwister,
Gott Vater oder Gott der Sohn,
Einer von beiden sprach vom Thron:
«Wiederhol's nicht vor göttlichen Ohren!
Du sprichst wie die deutschen Professoren...
Getraust du dich ihn anzugreifen,
So magst du ihn nach der Hölle schleifen».^[*]*

I

Como un espejo de acero, gris y liso, el mar parece subir hacia el horizonte. En pie sobre una roca, con las manos a la espalda, un hombre contempla la llanura oceánica. Su soledad es profunda.

Visto desde cierta distancia, parece grueso, corto de piernas, de edad indefinida, con medias de seda, la estrella de la Legión de Honor sobre su levita verde y en la mano un tricornio. La cabeza es grande y un tanto achatada; ni una sola cana platea aún los cabellos castaños, todavía abundantes sobre la nuca. Los robustos hombros soportan un cuello corto. Como talladas en piedra, las facciones tienen un tinte amarillento, semejante a la pátina de un mármol antiguo, sin una sola arruga, aunque la barbilla, demasiado fuerte, altera la línea del perfil, antaño de una pureza clásica. Sólo ha conservado la belleza de la nariz, de los dientes, de los que ni uno solo le falta, y de las manos, que tan escrupulosamente cuidara siempre, hasta en sus campañas, llegando aún a corregir sus despachos con lápiz, con objeto de evitar las manchas de tinta.

Los médicos nos han detallado minuciosamente su físico: un pulso que nunca pasaba de las 62 pulsaciones; el pecho muy desarrollado, casi de mujer; muy poco piloso; *partes viriles exiguitates insignis sicut pueri*. Él mismo conocía muy bien su cuerpo, habiendo estudiado cuidadosamente el campo de batalla de su vida, a fin de utilizar sus fuerzas lo mejor posible. «Jamás he oído latir mi corazón; es casi como si careciese de él», observaba no sin ironía. Su gran sobriedad le permitió conservar hasta el final su facultad de trabajo. «La Naturaleza me ha dotado de dos ventajas preciosas —dice—: una de ellas, la de dormirme en cuanto tengo necesidad de reposo; la otra, no poder cometer excesos en el beber ni el comer. Se puede enfermar por comer demasiado, pero nunca por haber comido poco». Después de un período de vida sedentaria, los largos paseos en coche o a caballo que suponían para él la vida de campaña le proporcionaban siempre saludable ejercicio. «El aire, el agua y la limpieza son los principales artículos de mi farmacopea».

Con un cuerpo así templado, puede viajar durante cien horas seguidas de Tilsit a Dresde y llegar completamente fresco y descansado; puede ir a caballo de Viena a Semmering para desayunarse allí, regresar por la tarde a Schönbrunn y trabajar todavía un buen rato; puede recorrer en cinco horas de galope continuo las treinta y cinco leguas españolas que separan Valladolid de Burgos. Después de largas y penosas marchas en Polonia, llega a Varsovia a medianoche, y a las siete de la mañana recibe ya a las nuevas autoridades. Lo mismo, después de un período de vida sedentaria, hacía a caballo sesenta leguas o cazaba durante toda una jornada, que, al cabo de un período de grandes esfuerzos físicos, se encerraba en su habitación a descansar durante veinticuatro horas. Con estos excesos restablecía el equilibrio de sus fuerzas. Cree firmemente que su energía le ha salvado en más de una ocasión la vida. «A veces, la muerte proviene sólo de una falta de energía —dice a Metternich—. Ayer, cuando fui arrojado del carruaje, pensé que todo había concluido. Pero tuve el tiempo justo de decirme que no quería morir, y ya lo ve usted. Cualquier otro, en mi lugar, habría muerto».

Tan robustos como sus músculos eran de sensibles sus nervios. Habitado a mandar, no podía soportar la menor restricción. A poco que su levita o su calzado le incomodase, los desgarraba, no sin tirar de las orejas a sus ayudas de cámara, que tenían que acechar el momento propicio para hacerle endosar su indumento de ceremonia. Cuando se levantaba preocupado por alguna idea —¿y cuándo no lo estaba?—, solía rechazar el desayuno, ponerse en pie de un salto y pasear de arriba abajo por la habitación, hablando y dictando órdenes. Su escritura no era sino una serie informe de contracciones de la mano, incapaz de seguir el paso frenético de su pensamiento, especie de involuntaria taquigrafía, en la que se encuentran pasajes que, después de cien años de estudio, todavía no han podido ser descifrados. No soportaba el olor de la pintura fresca ni el de la cola de pegar y se servía siempre del agua de Colonia contra las emanaciones hediondas. Cuando sus nervios se hallaban demasiado excitados, recurría a los baños calientes. Al comienzo de la guerra con Inglaterra, muchas veces trabajó, rodeado de cuatro secretarios, durante tres días y tres noches consecutivas, permaneciendo luego seis horas seguidas en el baño, dictando sus comunicaciones. A su juicio, la lentitud de su circulación atenuaba los efectos de esta nervosidad: «Tengo los nervios tan irritables, que, en estas circunstancias, si mi sangre no circulase con una incesante lentitud, correría el peligro de volverme loco». No obstante, no hay la menor prueba de que esta nervosidad haya provocado ninguna crisis de epilepsia. El hecho de que ninguno de sus camaradas de colegio le haya visto

víctima de una enfermedad que suele manifestarse en la infancia, la pobreza de los documentos presentados en apoyo de esta tesis, la mediocre calidad de los pretendidos testigos y, finalmente, la falta de precisión en sus informes, vienen a desmentir esta afirmación.

Mientras su cuerpo permaneció sano, Napoleón fue capaz de soportar todas las fatigas y todas las pruebas, y hasta frisar casi la cuarentena no experimentó los primeros síntomas de aquella enfermedad del estómago, designada entonces sumariamente con el nombre de cáncer y, al parecer, hereditaria en su familia, que, en los momentos decisivos de los tres últimos años de guerra, le puso, por así decirlo, fuera de acción. Sin las dolorosas crisis de esta enfermedad, su intrepidez y su resolución habrían continuado siendo las mismas, y la historia de su caída hubiese sido muy otra.

II

El alma que mandaba en este cuerpo obedecía a tres fuerzas superiores: confianza en sí mismo, poder de acción y fantasía.

«Yo no soy un hombre como los demás, y las leyes de moral o de conveniencia no pueden estar hechas para mí». Con estas frías palabras afirma hoy aquel «yo» que antaño colocara a la cabeza de su primer escrito político. Esta afirmación, simple reconocimiento de un hecho, emana de un hombre de treinta años a quien nada es más ajeno que la vanidad: «Sólo yo, por mi posición, sé lo que es el Gobierno —dice el Cónsul—. Estoy convencido de que nadie fuera de mí podría reinar en este momento sobre Francia. Mi muerte sería una gran desgracia para la nación». Sólo habla así raras veces, y únicamente en la intimidad; pero ello prueba la frialdad científica con que había estudiado el fenómeno Napoleón. Cuando le preguntaron un día, durante la terrible campaña de Rusia, quién le defendería en Francia, contestó: «Mi nombre».

Los contemporáneos y la posteridad han calificado injustamente de ambición este rasgo esencial de su ser. La ambición propiamente dicha se distingue de la confianza en sí mismo de Napoleón, como se distingue el animal trepador del ave de presa cuyo vuelo, por ley natural, va elevándose y trazando círculos cada vez más amplios en el azul. Esta aspiración hacia el poder no implica ni envidia ni inquietud, y forma parte natural e inseparable de su ser, como él mismo explicara a su confidente Roederer en la época del Consulado:

«Yo no tengo ambición... o, si la tengo, es tan natural, tan innata en mí, se halla tan fuertemente ligada a mi existencia, que es como la sangre que corre por mis venas, como el aire que respiro; ella no me hace ir más de prisa ni de otra suerte que los móviles naturales que hay en mí; jamás tengo que luchar por ella ni contra ella, ni me aguija un solo instante, y siempre va al compás de las circunstancias y del conjunto de mis ideas».

Los acontecimientos y la opinión había hecho creer a Bonaparte que él era el único hombre capaz de reconstruir Francia, y, firme en esta convicción, decía también a Roederer: «Me atrevo a afirmar que pertenezco al número de aquellos que fundan los Estados y no al número de aquellos que los dejan perecer».

Y evidentemente pensaba en sí mismo cuando dice un día, a propósito de Corneille: «¿De dónde le viene esa grandeza antigua? De sí mismo, de su alma. ¿Sabe usted lo que es eso, señor cardenal? ¡El genio! El genio es una llama que cae del cielo pero que rara vez encuentra un espíritu dispuesto a recibirla. Corneille era un hombre que conocía el mundo». Y cuando su interlocutor objeta que el poeta, no habiendo visto el mundo, no podía conocerlo, el Emperador le replica en tono despectivo: «Justamente por eso digo que era un gran hombre». Así define, indirectamente, su propio genio: una intuición anticipada del mundo; lo mismo, exactamente, que Goethe definiera el suyo.

La voluntad de dominio era tan inherente a su naturaleza, que en ningún otro hombre la encontramos en tal estado de espontaneidad y de pureza. El interés era para él la clave de las acciones ordinarias, pero en el deseo de poderío veía la más fuerte de todas las pasiones, cuyo subconsciente artístico describe en las palabras siguientes: «Amo el poder, sí, pero lo amo como un artista..., lo amo como un músico ama su violín, para sacar de él sonidos, acordes, armonías».

Un ser semejante estaba hecho para el mando. «Ordeno o me callo», y habría podido agregar: «o negocio», pues en ello pasó la cuarta parte de su vida. Imponer su autoridad le era tan natural como a un potro el andar desde su nacimiento, y, sin duda por ser tan supremo en el arte de mandar, Napoleón ignoró siempre el de solicitar.

La conciencia que de su valor tenía le daba una dignidad natural que asombró e irritó con frecuencia a los legitimistas, convencidos de que la majestad y la nobleza no podían ser sino hereditarios. Sus camaradas de juventud quedaron perplejos y cortados más de una vez al ver la distancia que aquel general mozo sabía poner, llegado el momento, entre ellos. Y ninguno de sus compañeros de armas ha dejado de expresarse sobre él con un profundo respeto: «Si habla, se le escucha, pues habla como hombre instruido, como hombre superior. Si calla, se respeta hasta su silencio, y nadie se atrevería a interrumpirle, no por temor a un movimiento de mal humor, sino por comprender que existe, por así decirlo, entre él y los demás, un gran

pensamiento que le absorbe y le defiende de toda familiaridad». El hecho es tanto más sorprendente si se piensa que la vida de campo abolía toda clase de etiqueta. En la Malmaison, hablando y jugando con amigos y mujeres, podrá decir con una perfecta sencillez: «Jamás he tenido el sentimiento del ridículo. El poder nunca es ridículo».

Partidario declarado del análisis, conociéndose a fondo a sí mismo, Napoleón, el psicólogo más penetrante de su tiempo, iba a erigir poco a poco sus instintos en principio: «La bondad de un soberano —dice a su hermano Luis, rey de Holanda— debe llevar el sello regio y no tener nada de la unción monacal. El amor que inspiran los reyes debe ser un amor masculino, mezcla de un respetuoso temor y de una honda estimación; cuando se dice de un rey que es un buen hombre, reinado fracasado». Por otra parte, este amor y temor que él inspiraba tuvieron siempre grandes resultados prácticos.

No obstante, no hay la menor ficción en esta dignidad que mantiene a los demás a distancia, pues su elemento primordial es una asombrosa naturalidad y sencillez, que no hicieron sino crecer con los años y los triunfos. Su natural cinismo y el profundo candor de su temperamento se muestran en cien frases y gestos y en la ingenuidad con que de continuo hace burla de su propio *pathos*. Sentimiento que expresa en este dicho profundo: «Un hombre verdaderamente grande se colocará siempre por encima de los acontecimientos que ha provocado». Ciertos éxitos, de los que había estudiado minuciosamente las causas y consecuencias, sólo suscitaban en él una franca risa de colegial. Risa que, no sin razón, había admirado a todos sus contemporáneos, por su gama vastísima, que iba desde la risa estrepitosa del soldado hasta la más delicada y tenue sonrisa.

Pocos días antes de la coronación se le oye decir: «¿No es ya un resultado suficiente el que los reyes le llamen a uno hermano mío?». En el momento de marchar su embajador para San Petersburgo: «Nuestro hermano de Rusia es aficionado al lujo y las fiestas. Sea usted generoso y no le escatime nada». Su sencillez revolucionaba a veces toda etiqueta y hacía palidecer a los príncipes legítimos: «Cuando yo era un insignificante teniente... —dice en un banquete de reyes en Dresde. Azoramiento general; todos contemplan fijamente su plato. Napoleón tose ligeramente y continúa—: Cuando tuve el honor de ser subteniente, permanecí durante tres años de guarnición en Valence». En Tilsit, hallándose en la mesa con el Zar, Napoleón, que no desperdiciaba ninguna ocasión de instruirse, pregunta sin ambages: «¿Cuánto le produce al año el impuesto sobre el azúcar?». Gran emoción, cuentan los cortesanos. ¿Por qué?

Porque, como hombre de negocios, Napoleón llamaba al dinero por su nombre; ese dinero que los reyes sonsacaban de bonísima gana pero del que no les gustaba hablar.

Sin vanidad, Napoleón confesaba sin trabajo alguno que no era infalible. En todas las épocas de su vida se le pudo oír preguntarse si al día siguiente no perdería la batalla. En toda ocasión, pedía el parecer de sus familiares y de los hombres competentes. El sentimiento de la fatalidad divina no detuvo nunca a aquel gran improvisador. Jamás vaciló en mirar la verdad frente a frente, y el testimonio que ya este respecto aporta Marmont es tanto más significativo cuanto que éste escribió sus *Memorias* mucho después de haber sido afrentado públicamente por el Emperador con el nombre de traidor. «Napoleón poseía el sentimiento de la justicia y perdonaba fácilmente, de hombre a hombre, a aquellos que habían dejado escapar una palabra inoportuna o manifestado una pasión demasiado violenta. Llegaba hasta adelantarse a sus deseos sin necesidad de que se lo pidiesen. Sentía piedad por la debilidad de los hombres y jamás permanecía insensible ante un dolor sincero. A condición de escoger bien el momento, se le podía decir todo. Jamás se negó a oír la verdad y, si no siempre la tomaba en cuenta, por lo menos no había inconveniente alguno en decírsela».

Napoleón reconocía a primera vista a los aduladores y les volvía la espalda: las fanfarronerías y patrioterías sin valor político le exasperaban. «¿Cómo se atreven ustedes a representar a las águilas francesas devorando al leopardo inglés, cuando aún no he podido enviar un barco de pesca al mar? Hagan destruir inmediatamente esa medalla y no me vuelvan a mostrar nunca más nada semejante».

En cambio, apreciaba a aquellos que no temían decirle la verdad. Elogiaba a Chateaubriand, que le había atacado, y en general invitaba a comer con él, a la salida del Consejo de Estado, a aquel que más vivamente le había combatido. Habiéndose atrevido un general ruso prisionero a decir lo que pensaba del incendio de Moscú, Napoleón, furioso, le ordena que se retire; pero en seguida cambia de parecer y, estrechándole la mano, le dice: «Es usted un hombre valiente». Para ganar su aprobación, Méhul hace pasar su nueva ópera por una obra italiana, y Paisiello le juega otra pasada introduciendo en su obra un aria de Cimarosa, cuya música no podía soportar el Emperador. Sin embargo, cuando se descubre el engaño, Napoleón, que había aplaudido, se contenta con reír.

Durante quince años, Mme. Staël le había atosigado, haciéndose portavoz

de aquellos que en toda Europa venían reclamando la libertad. Napoleón había mandado recoger sus obras, la había desterrado y la persiguió desde el fondo mismo de Rusia, considerándola como un fermento social peligroso: pero le dejó siquiera la gloria de haberse hecho temer, y así lo confiesa en numerosas cartas a los suyos.

Un día se encuentra en el ejército bávaro un antiguo camarada de regimiento, realista apasionado, y, no obstante, hace en seguida de él su agregado militar. «Antaño, en Besançon —le dice—, hallándonos en la mesa de los tenientes, arrojó usted mi servilleta en medio de la mesa, diciendo al criado que no quería sentarse al lado de un oficial que asistía al club. He aquí una antigua cuestión que es preciso liquidar hoy. —Y volviendo en seguida a los asuntos de servicio, añade—: ¿Tienen ustedes municiones en abundancia? ¿Cómo está su artillería? ¿Estará lista?».

En cuanto al incidente que el canciller de Weimar von Müller provocó en Erfurt en 1813, sin duda es único en los anales de la historia napoleónica. El canciller había tomado la defensa de dos consejeros privados cuyas cartas cifradas habían sido interceptadas en los puestos de vanguardia. Müller, después de haber soportado un acceso de cólera del Emperador, que amenaza con incendiar Jena y fusilar a los dos consejeros, le suplica que no haga nada: «No cometerá Vuestra Majestad semejante injusticia. No manchará para siempre su gloria ni hará perecer a unos inocentes». Presa de viva emoción, el alemán se aproxima tanto al Emperador, que éste, creyéndose amenazado, lleva la mano al puño de su espada, mientras el secretario de Müller hace retroceder violentamente a éste. Un silencio. «Caballero, es usted temerario, pero veo que es usted un amigo leal. Que examine Berthier de nuevo el asunto». Y se hace gracia a los dos consejeros.

Esta escena, que habla en favor de los dos hombres, demuestra, como la anterior, una dignidad natural que nada podía amenguar. Pero Napoleón se revolvía al menor ataque dirigido a su honor; éste era el punto vulnerable de su amor propio.

«Es menester que el pueblo francés me soporte con mis defectos si, a cambio de ellos, encuentra en mí algunas ventajas. Mi defecto es el de no poder soportar las injurias». Y de él es esta frase admirable: «Soy un hombre al que se mata, pero no al que se ultraja». Bourrienne dice que Napoleón, para quien ni leyes ni moral contaban, jamás había dejado de creer en el honor. Este sentimiento tenía sobre él tal imperio, que compensaba su falta de principios y le diferenciaba totalmente de los *condottieri* del Renacimiento,

con quienes, por muchas razones, no hubiera debido ser comparado nunca. A este mismo Bourrienne, amigo íntimo y secretario privado, es a quien el Cónsul aleja de la noche a la mañana a causa de un asunto de dinero poco limpio en el que se había visto comprometido. Años después aún le negaba el Emperador la Legión de Honor: «Que la fortuna y no el honor toque en suerte a quien adora el becerro de oro». Y cuando el rey Jerónimo deja protestar sus letras de cambio: «Vende tus diamantes, tu vajilla, tu mobiliario, tus caballos, pero paga tus deudas. El honor ante todo».

Tan sensible es en este punto, que, después de la coronación, manda llamar al notario que aconsejaba antaño a Josefina que no se casase con él, a la sazón un pobre diablo, a fin de rehabilitarse ante sus ojos. Todavía en Santa Elena se acuerda del profesor alemán de la escuela de Brienne que le había tratado con tanto desdén: «Sería curioso saber si monsieur Bauer ha vivido lo bastante para ver cómo me abrí paso».

Tanto como el honor le preocupan también las buenas costumbres: «La inmoralidad es, sin réplica, la disposición más funesta que puede hallarse en un soberano, pues, poniéndola en seguida a la moda, la convierte en azote del país». Y no es solamente el ejemplo de los Borbones y del Directorio lo que le dicta estas palabras, sino una decencia innata, de acuerdo con su dignidad. Jamás se ha dicho que Napoleón soldado haya contado una anécdota obscena ni que gustase de oírlas. Desde su nombramiento de Cónsul, prohíbe a Josefina la amistad con sus amigas más o menos ligeras de cascos de otro tiempo y se enfada, varios años más tarde, cuando sabe que ha recibido a Mme. Tallien: «Ninguna excusa es válida a mis ojos. Un miserable se ha casado con ella, teniendo ocho bastardos; la desprecio, hoy todavía más que antes. Antes era una amable *cocotte*; ahora no es más que una mujer vulgar».

Exige a Talleyrand que se case con la mujer que desde hace largo tiempo es su querida o que presente la dimisión dentro de las veinticuatro horas. Al nombrar príncipe a Berthier, pone la misma condición: «Su pasión ha durado mucho tiempo y se va haciendo ridícula. Tiene usted ahora cincuenta años, pero llegará usted a los ochenta, y estos treinta años que le quedan están hechos para el matrimonio». Prohíbe el desnudo mitológico, de moda durante la Revolución, y cuando se quiere erigir en una plaza pública una fuente compuesta por un grupo de náyades con los senos por surtidores, manda quitar aquellas «nodrizas» y decreta que «las náyades eran vírgenes». Con mayor razón, sus queridas deben evitar el exhibirse; les da mucho dinero, pero no les permite, cuando son actrices, ningún ascenso de favor. En cambio,

elogia como buen burgués la costumbre que quiere que el marido duerma en la misma alcoba que su mujer: «Esto es de gran importancia para la vida conyugal... La influencia del marido se encuentra así fortificada y su cariño es mayor; ello garantiza la intimidad y las buenas costumbres; un hombre y una mujer que duermen toda la noche juntos no llegarán nunca a ser extraños uno a otro. Mientras conservamos esta costumbre, Josefina conocía hasta mis más leves pensamientos».

Una de las formas más altas que reviste su conciencia de sí mismo es la gratitud. Ésta no nace en él de la bondad, sino del orgullo: aquel que se haya atrevido a serle útil debe verse colmado con sus favores a fin de que nunca él, «Napoleón», se sienta deudor suyo. La misma razón le impedía servirse de ningún partido a fin de que nadie tuviera derechos sobre él. No hay en él ningún sentimentalismo. Pero no es menos cierto que, apenas llegado al poder, llama a su lado a sus camaradas de infancia y a los de la Escuela de Guerra; concede al Padre Superior de Brienne una sinicura, nombrándole en la Malmaison bibliotecario sin biblioteca, y toma como portero de su casa al antiguo conserje de la Escuela. Habiendo recomendado a su memoria una señorita de la nobleza a la que hiciera la corte un día en su época de teniente, dieciséis años antes, el Emperador le presta en seguida su ayuda y le anuncia, por medio de una nota cortés, que toma a su hermano a su servicio. Su testamento contendrá, igualmente, un gran número de legados dictados por la gratitud. Largo tiempo después de su ruptura con aquella a quien llamara Giorgina, al saber que ésta se encontraba en una situación difícil, y sin que ella hubiese recurrido siquiera a él, le regala una pequeña fortuna.

Pero, al fin y al cabo, no se trata más que de dinero. El tono es muy diferente cuando el sentimiento interviene. Su actitud con Josefina justifica las palabras de su enemigo Marmont: «Era sensible, bueno y accesible a la piedad». En la época de la coronación, Napoleón dice a Roederer: «¿Cómo separarme de esta mujer buena, simplemente porque cada vez soy más poderoso? No, esto es superior a mis fuerzas». Y escribe a Josefina: «Por mi parte, considero la ingratitud como la mayor debilidad».

III

En la conciencia de sí mismo yace la más íntima raíz de las vacilaciones de Napoleón entre la Revolución y el Legitimismo. Con tan plena confianza en su yo y despreciando profundamente a quienes no ponían su orgullo sino en el azar del nacimiento, lo lógico es que propendiera a apreciar dicha cualidad en los demás, pero es lo cierto que, en el fondo, nunca pudo soportar a nadie en un pie de igualdad. Del mismo modo que aunque aquella conciencia de su superioridad debió de hacerle favorecer la elección de los mejores, por regla general se declaró en favor de la masa, así como, preconizando públicamente la Igualdad, no por eso dejó de establecer todo un complicado sistema de clases y categorías. Contradicciones que explican ya, en buena parte, y bien naturalmente, el trágico desacuerdo de su reinado.

Las dos armas que escogió para su lucha por la vida: el Espíritu y el Ejército, las concibió en un sentido completamente revolucionario. «¿Por qué es el ejército francés el más temido del mundo? Porque los oficiales han emigrado, siendo reemplazados por los suboficiales, que no tardaron en llegar a generales. Pues para conducir un ejército nacional, nada mejor que estos suboficiales procedentes del mismo pueblo».

Durante años se negó a dar la gran cruz de la Legión de Honor a Metternich y a Schwarzenberg, siendo preciso el incendio del palacio Schwarzenberg, en el que ambos se distinguieron personalmente, para que les fuese concedida esta distinción. De igual manera prohibió llevar en París las condecoraciones que su hermano distribuía a tontas y a locas en Holanda, enviándole la siguiente nota, digna de servir de aleccionamiento a los reyes:

«He criticado la institución de tu Orden no como mala en sí misma, sino como prematura, pues ¿cómo no conferirla a las personas que nos rodean? Pero también ¿cómo imprimir esa marca indeleble en personas a las que no se conoce y que, al primer revés, tal vez van a demostrar que sólo eran unos

miserables...? Espera a conocer un poco a las personas que te rodean. Además, el deseo de otorgar una Orden no puede nacer como el deseo de ir de caza, sino que debe ir unido a un recuerdo memorable... Todavía no has hecho nada para merecer que los hombres lleven tu retrato».

Su egoísmo le hace apreciar especialmente las ventajas de no tener ningún ascendiente extraordinario, y cuando ciertos aduladores le sugieren la canonización de uno de sus antepasados italianos, califica rotundamente de idiotez la idea. A Metternich, que le presenta su árbol genealógico, fabricado en Viena con arreglo a los Buonaparte de Toscana, le dice: «Llévese usted esos papeles», y manda publicar en el diario oficial: «Que se conteste a todas las preguntas concernientes a los orígenes de la casa Bonaparte que ésta data del 18 Brumario. ¿Cómo se puede tener tan poco tacto y consideración a lo que se debe al Emperador, que se pretenda dar también importancia a sus abuelos?». En otra ocasión, habiéndole contradicho alguien, exclama, fuera de sí: «No soportaré que se me insulte como a un rey».

Más tarde, su convicción parece flaquear y la contradicción hace su aparición. «Seré el Bruto de los reyes y el César de la República», frase bastante ambigua. «En la posición en que me hallo, sólo encuentro nobleza en la canalla que he descuidado y canallería en la nobleza que he creado». Aquí, por lo menos, vuelve a ser claro. «Se elogia a Tácito por el temor que inspiraba a los tiranos, amenazándolos con el fantasma de los pueblos; pero esto es un gran mal para los pueblos mismos». Palabras que tampoco se prestan al equívoco.

Afirmar que Napoleón sólo respetó los principios de la libertad hasta el momento en que su poder le permitió traicionarlos es contentarse, respecto a un genio semejante, con un punto de vista demasiado simplista. En aquel hombre (que, por otra parte, resolvió todos los problemas) se libró una lucha de la que nunca salió completamente vencedor. «Soy el hombre del pueblo... La fibra popular responde a la mía... En cambio, con la aristocracia permanece siempre frío y no perdona nunca». Frases como éstas definen su temperamento, y el hecho de no haberse abandonado a sus simpatías naturales y de no haber caído jamás en la ideología prueba justamente que era un gran estadista. Evidentemente es ridículo el colgar el gran cordón de la Legión de Honor de la cuna de su hijo, o el mandar decir por medio de Talleyrand al destronado Rey de España, que le llama «primo mío», que debe darle el título de *Sire*. Estas debilidades son absurdas pero superficiales, y él mismo las desaprueba en cuanto se da cuenta. Vacilando entre Eugenio y Talleyrand para

la preparación de las jornadas de Erfurt, se interrumpe bruscamente: «¡Qué me importa que me critiquen! Quiero demostrarles que me tiene sin cuidado».

El problema se agrava, tanto para él como para nosotros, cuando se toca al origen y a las leyes de la sucesión legítima. «El trono de Francia se hallaba vacante. Luis XVI no supo mantenerse en él. Si yo me hubiese encontrado en su lugar, la Revolución, a pesar de los inmensos progresos que había hecho en los espíritus durante los anteriores reinados, no se habría consumado nunca. Mi fuerza consiste en mi fortuna. Soy nuevo como el Imperio». Y, adentrándose por este especioso razonamiento, escribe a Luis: «No me separo de mis predecesores y, desde Clovis hasta el Comité de Salud Pública, me hago solidario de todo, y lo que de tan buena gana se dice contra los Gobiernos que me han precedido lo considero como si se dijera con la intención de ofenderme».

He aquí a qué paradoja llega su amor propio para legitimar su poder: tan dispuesto a creer en aquella realeza de derecho divino, de la que se sirviera hasta entonces como de una fórmula política, que llega hasta hacerse solidario de los reyes cuyo destronamiento le ha abierto el camino.

Toda su vida le obsesionará la cuestión de las jerarquías sociales. La tarde de Austerlitz, en el castillo de Kaunitz, centro del cuartel general, cuando aflúan las banderas rusas y austríacas, los generales prisioneros, las comunicaciones de los comandantes de ejército vencidos y los correos de París, el Emperador olvida todas las noticias para retener solamente una carta confidencial sobre el espíritu frondista del *faubourg* Saint-Germain y su juramento de no volver a aparecer nunca en la Corte. Inmediatamente, Napoleón se enfurece. «¡Ah, se creen más fuertes que yo! ¡Ya lo veremos, señores de la alta nobleza!». ¡Y esto la noche misma de Austerlitz!

Es, por así decirlo, la irritación de un hombre que solicita en vano los favores de una mujer. Cueste lo que cueste, tiene que vencer la tradición.

Una noche, poco tiempo después de esta escena, habiendo llevado Napoleón a Roederer a la sala de billar, le dice de pronto, a quemarropa:

«—Vuestro Senado no tiene el menor sentimiento de aristocracia... No os une al sistema imperial ningún espíritu de cuerpo.

»—*Sire*, el Senado tiene gran devoción a la persona del Emperador.

»—No es eso lo que se necesita; hay que tener devoción al manto, sí, al manto.

»—*Sire*, tanto vale el manto, tanto vale la persona.

»—Ya lo sé; pero no es eso lo que hace falta; el manto es el que puede garantizar la seguridad de la persona. Ése es el espíritu aristocrático que os falta a todos vosotros..., ¡metafísicos!».

De esta manera queda planteado todo el problema de la sucesión al trono, que debía conducir a Napoleón a su segundo matrimonio, y, de él, al trágico desenlace. Como Napoleón, por sí solo, no puede crear abuelos ni hijos, se dirigirá a las potencias legítimas para asegurar su descendencia y no renegará de su ascendencia aristocrática, pues Napoleón no era un hombre del pueblo, sino un hidalgo. «Estoy colocado —decía— en una posición singular; encuentro genealogistas que desearían hacer remontar mi raza hasta el diluvio y, en cambio, existen partidos que pretenden que mi origen es plebeyo. La verdad se halla a medio camino entre ambos. Los Bonaparte son buenos hidalgos corsos, poco ilustres, ya que apenas salíamos de nuestra isla, pero bastante mejores que no pocos chisgarabises que pretenden rebajarnos».

El mismo acento de los dieciséis años, cuando contestaba tan altivamente a las burlas de sus camaradas de colegio. Pero es que el recuerdo de sus injusticias le atormenta todavía e influye en su actitud frente a los reyes legítimos, la Corte y el matrimonio; tal vez todo su destino y el de Europa hubiesen sido diferentes sin la ofensa infligida a su amor propio por la altanería de unos cuantos marqueses mozos.

Su amor propio se manifiesta en la lucha con Francia lo mismo que en la lucha con la nobleza. Pues, realmente, no formó parte de ambas sino de un modo condicional. Así, como perteneciente a la nobleza, pero no a la mejor, jamás pudo dejar de criticar las pretensiones nobiliarias. Como francés de nacionalidad, pero no de nacimiento, su pasión por Francia será siempre irritable y celosa. A ambos venció y tanto Francia como la nobleza estuvieron a su merced, pero jamás se sintió seguro de una ni de otra.

De todas maneras, tuvo más éxitos con Francia que con los legitimistas. A pesar de lo cual, y precisamente no por ser, en realidad, un francés, Francia no llegó a ser nunca su esposa legítima, teniendo que contentarse con guardarla en calidad de amante. Él lo sabía, y aunque tan pronto se queja, como se entrega, como renuncia, de la constante incertidumbre de sus relaciones con Francia derivan las alegrías más agudas de su vida. «Sólo tengo una querida, Francia. Con ella me acuesto. Sin haberme faltado jamás, ella me prodiga su sangre y sus tesoros; si necesito 500.000 hombres, ella me los da». Cuando la

corrige, tiene acentos de amante celoso; la domina con una «mano de acero bajo un guante de terciopelo», y la seduce satisfaciendo su imaginación y su amor a la gloria: así le acoge ella de radiante a cada uno de sus regresos triunfales.

Esta pasión, sin embargo, agitada de continuo por la necesidad de dominarse mutuamente, tiene sus tempestades. Óigasele, por ejemplo, exclamar como un amante despótico: «Juro que todo lo hago por el bien de Francia. Juro que si no le doy más libertad es porque no necesita más». Y al mismo tiempo que habla, de pie en el centro del salón, escudriña con su penetrante mirada a las personas que le rodean. Otras veces, en la intimidad, todavía profiere palabras más duras: «¡Siempre estos condenados galos! ¡La misma ligereza, la misma vanidad! ¿Cuándo podremos trocar ésta por un poco de orgullo?».

Parejamente, los franceses, por su parte, también permanecían escépticos. Sin duda cruzaban entre sí las mismas palabras que un día dijera Napoleón a su hermano Luis: «Al subir al trono olvidaste que habías nacido príncipe francés y empleaste todas tus fuerzas en convencerte de que eras holandés. El elemento extranjero ejercía sobre ti cierta atracción, pero, a pesar de todo lo que has hecho, ha continuado permaneciéndote ajeno».

«Napoleón se equivoca —escribe Roederer—; los franceses están lejos de sentirse tan entusiasmados por él como lo estuvieron por Lafayette, que sólo les traía una política huera; en el fondo, no le admiran y respetan sino porque les es útil».

Las relaciones de Napoleón con Francia debían, fatalmente, tener un fin trágico. La querida abandonó al amante en el momento en que éste dejó de serle útil.

Otra forma de su orgullo —la más noble, ya que le ponía en perpetua comunicación con los héroes— debía contribuir igualmente a su pérdida. «Quisiera ser mi propia posteridad —decía— para ver cómo me hacía hablar y obrar un poeta semejante a Corneille». Desde su infancia hasta su destierro, la conciencia que de su valor tenía Napoleón se había nutrido de los grandes ejemplos de la Antigüedad. Sin esta afición tan pronunciada a la Historia, que juzgaba la única y verdadera filosofía, su carrera no sólo hubiese sido diferente, sino imposible. La Historia enriquecía su espíritu político, exaltaba su imaginación y jalonaba aquel camino por el cual, sin rivales como sin iguales, él había sido el único en adentrarse por aquel entonces. El oficial de

artillería emprendió su vuelo invocando a César; el Emperador, al final de su camino, en el puerto de Rochefort, había de apelar a Temístocles, heroica evocación que no fue comprendida.

En innumerables ocasiones le hemos visto buscar un apoyo en la Historia, lo mismo antigua que moderna. ¿Por qué atacó a Tácito y a Chateaubriand? Porque éstos pusieron al pueblo en guardia contra los tiranos. ¿Por qué reprobó el asesinato de César? Para defender su sentencia contra el duque de Enghien. En la época del Consulado, llegó hasta esbozar algunos capítulos de la historia romana: «Probaré que César jamás trató de erigirse en rey, que no fue asesinado por haber ambicionado la corona, sino por haber querido restablecer el orden civil reuniendo todos los partidos». Y agrega: «Le mataron en el Senado, donde había colocado a una porción de sus enemigos: esto es, a más de cuarenta amigos de Pompeyo. Ellos fueron quienes le hicieron perecer». Alusión a la necesidad de depurar su propio Senado, medida que no iba a tardar en llevar a la práctica.

Según la costumbre romana, Napoleón esbozó, para su Arco de Triunfo, ocho soberbias planchas llamadas a ilustrar, sin glorificación fanfarrona, las grandes acciones de su reinado. De todos los países hizo venir historiadores y poetas, con los que se pasaba conversando horas enteras, a fin de ganarse la posteridad por su intermedio. A propósito de uno de sus retratos, que encontraba demasiado realista, recuerda que Alejandro jamás posó ante Apeles y ordena a David que le pinte «en una actitud tranquila, sobre su caballo fogoso». Escribir sus órdenes en el despacho de Federico el Grande; sentar a su mesa en Sans Souci al biógrafo del dueño ausente; visitar en Lombardía el arco de Augusto y en Egipto la columna de Pompeyo, y mandar grabar en ellos los nombres de los que acaban de caer en la batalla; estudiar, en Madrid y en Moscú, el medio y las costumbres de Felipe II y de Catalina: todo esto no era para Napoleón un simple placer estético. Las horas que así pasan son horas heroicas; su verdadera recompensa, la realización de sus sueños más remotos.

Con los ojos siempre fijos en la posteridad, Napoleón, como verdadero artista, escribió, desde el comienzo de su carrera, su propia epopeya, asignando en sus boletines a cada una de sus victorias su lugar en la Historia. Cuando le es ofrecida la corona de Italia, abarca con una mirada los cinco años que acaban de transcurrir apenas, como si perteneciesen ya a la leyenda. «Cuando, pocos años después, supimos en las riberas del Nilo que nuestro objetivo quedaba aniquilado, experimentamos un vivo dolor... Gracias a la

bravura de nuestras tropas, hicimos nuestra entrada en Milán cuando Italia entera nos creía aún en las orillas del mar Rojo». En realidad, ya había echado abajo la Constitución de Francia, y el último pastor de los Apeninos conocía su regreso de Egipto.

En una larga carta a Eugenio dictándole la conducta que debe observar con el Papa, Napoleón se compara a sí mismo con Ciro y Carlomagno. En el apogeo de su gloria, dirigiéndose a un embajador en Austria, dirá: No se engañe usted, yo soy un emperador romano; pertenezco a la mejor raza de los Césares, a la que funda. Chateaubriand me ha comparado a Tiberio, que no se movía de Roma más que para ir a Capri: ¡peregrina idea! Trajano, Diocleciano, Aureliano, pase todavía; uno de esos hombres nacidos de sí mismos y que levantaban el mundo. A usted, que conoce bien la Historia, ¿no le han sorprendido las semejanzas de mi gobierno con el de Diocleciano, esta apretada red que extendiendo hasta tan lejos, estos ojos del Emperador que se hallan en todas partes y esta autoridad civil cuya omnipotencia he sabido mantener en un imperio absolutamente guerrero?.

Y esto no es ni una proclama ni una carta política: son palabras sinceras, pronunciadas a media voz en un salón, sin intención determinada, con todo el candor de un alma consciente de sí misma.

Después de sus victorias, el sentido histórico de Napoleón alcanzaba una perfecta objetividad. No era entonces más que un buen jugador que, por amor al juego, había deseado ganar la partida, pero que, en seguida, la discutía amistosamente con el enemigo, anotando los errores y los golpes eficaces de cada uno de los contrincantes. A los prisioneros y a los negociadores enemigos decía: deberíais haber hecho esto o lo otro, en tal momento la ventaja era vuestra: eso sí que habría sido una buena maniobra por vuestra parte. A raíz de la victoria de Wagram, dice al conde Bubna:

«—He podido convencerme de que sois endemoniadamente fuertes y de que os batís muy bien. ¿En qué número calcula usted mis fuerzas...? Parece usted bien informado; ¿quiere usted ver mi ejército...? ¿No...? Pues bien; mire al menos mi posición en este plano. Éste fue mi error... Si la victoria se me escapó en Essling, ya recibí el castigo que merecía».

Hay un tema, sin embargo, que no puede abordar con esta imparcialidad: Waterloo. Un día, habiéndose atrevido un médico en Santa Elena a decirle que Inglaterra deseaba en extremo conocer su opinión sobre Wellington, el Emperador, en vez de contestarle, guardó silencio.

La gloria fue, en definitiva, el supremo, el único objeto de su vida. Todas sus fuerzas, la conciencia que tenía de su valor, su sentido histórico, su sentimiento de honor, su dignidad, sus sueños de niño, sus proyectos de mozo, sus actos de hombre maduro, su inquietud de prisionero, todo tendía hacia ella, hacia esa gloria latina que confiere la posteridad, más bien que hacia esa gloria francesa de carácter más vitalicio, que busca ante todo las alabanzas de los contemporáneos. En el fondo de todo ello escóndese el deseo de ser inmortal, aunque haya que morir aquí abajo: «Más valdría no haber vivido que no dejar huellas de la propia existencia».

Napoleón es el primero en modificar el juramento de la coronación, jurando no sólo proteger el territorio francés y velar por la felicidad de Francia, sino también reinar para su mayor gloria. En Normandía, sobre un campo de batalla de Enrique IV, manda erigir una columna conmemorativa y graba en ella estas palabras: «Los grandes hombres aman la gloria de los que se les asemejan». La espada de Federico le es más preciosa que «todos los tesoros del Rey de Prusia». Pero no solamente sobre los campos de batalla le obsesiona el porvenir; escribiendo a un ministro a propósito de la construcción de casas para obreros, termina con esta frase conmovedora: «Los hombres no son verdaderamente grandes sino por las instituciones que dejan tras de sí». Hasta el último momento se negó a firmar una paz que tuviese por consecuencia el abandono de países cuya conquista había constituido su gloria, y, al final de su vida, encuentra esta comparación, henchida de una áspera melancolía: «El amor a la gloria es semejante a aquel puente que lanzó Satán sobre el caos para pasar del infierno al paraíso: la gloria une el pasado al porvenir, del que se encuentra separado por un abismo inmenso. Mi nombre es lo único que dejo a mi hijo».

IV

La energía es el segundo elemento de su naturaleza. ¿Cómo se manifiesta esta cualidad?

Ante todo por el cálculo. Nada de iluminaciones geniales, sino una constante reflexión, un trabajo asiduo, una crítica continua de sus propias acciones:

«Cuando hago un plan militar no hay un hombre más pusilánime que yo. Me exagero todos los peligros y todos los males posibles en las circunstancias. Me siento en una agitación verdaderamente penosa. Esto no me impide el aparecer muy sereno ante las personas que me rodean; soy como una mujer que da a luz». Estado de ánimo de un artista en trance de creación. Esta lenta gestación de sus decisiones la ha explicado más claramente aún ante Roederer:

«Trabajo siempre: medito mucho. Si parezco siempre dispuesto a responder de todo, a hacer frente a todo, es porque antes de emprender nada he meditado largo tiempo y previsto lo que podía acontecer. No es un genio el que revela de repente lo que debo decir o hacer en una circunstancia inesperada para los demás; es mi reflexión, es la meditación... Trabajo siempre, comiendo, en el teatro; por la noche me despierto para trabajar».

De esta reflexión incesante nacía en él lo que él mismo llamaba «el espíritu de la cosa». Precisión de espíritu que iba al fondo de todo lo que abordaba, costumbre de pensar en cifras, a la que atribuye una parte de sus éxitos y que creía deber a su educación matemática. Ningún detalle le parecía demasiado ínfimo, pues el mundo está hecho de millones de ellos. Habiéndole escrito un general que sus órdenes habían sido ejecutadas, esta vaga respuesta le pone fuera de sí; él exige datos, que no se descuide nada. A propósito de sus cuentas de raciones, escribe a Eugenio, a la sazón en Italia: «En cuanto a la carne, ¿cómo es posible que se hayan gastado 3.747.000 raciones? Hace ya largo tiempo que no se distribuye carne. Ya verás cómo esto conduce a un

resultado absurdo. Lo mismo digo respecto a las legumbres secas, la sal, el vino, el aguardiente. Que me hagan la cuenta de las distribuciones cuerpo por cuerpo... Me roban un 50 por 100, y en muchos artículos un 70 por 100. ¿Qué quieren decir esas 1.371.000 raciones de forraje? En ese caso, habría tenido 12.000 caballos, sin contar las tropas de Istria y Dalmacia. Esto es demasiado fuerte. Tú sabes muy bien que nunca he tenido más de 7.000 caballos... Igualmente, los gastos de oficina son exagerados: 118.000 francos por cuatro meses harían cerca de 400.000 francos por año. Este gasto sería tan excesivo para el reino de Italia como para Francia entera...».

Y esto no es más que un ejemplo. Los millares de cartas concernientes a la guerra y a la administración civil que figuran en los volúmenes de su correspondencia, dictadas todas personalmente por el Emperador, defraudarían a quienes sólo buscaran en ellas ideas o el indicio de un temperamento. En plena guerra, desde Italia, da orden de policopiar la carta de un patriota alemán a fin de distribuirla en Alemania. Otra vez, también en campaña, dicta al rey Murat instrucciones sobre el modo de comportarse en el baile y en el teatro y hacer la lista de los invitados. En el momento de los preparativos de Erfurt no olvida que será preciso llevar a alguien que presente a las actrices al galante Gran Duque. En parte alguna aparece más sorprendente su manera de expresarse por medio de cifras que en esta extraña consideración de economía social: «Cada familia debería comprender seis hijos: de éstos, mueren tres por término medio: de los que quedan, dos estarían allí para ocupar el puesto del padre y de la madre; el tercero, para lo imprevisto». Curioso ejemplo de las absurdas fórmulas a que le llevaba a veces la extraordinaria precisión de su espíritu.

Semejante poder de trabajo exigía necesariamente un tiempo acelerado en la ejecución. «¡Actividad! ¡Actividad! ¡Rapidez!», escribe muchas veces al pie de sus órdenes. El Rey de Prusia le ha juzgado exactamente: «Basta verle montar a caballo, a todo galope, sin preocuparse por lo que tras él cae...». Pero obraba mejor de lo que montaba a caballo y sólo se lanzaba a fondo después de madura reflexión. «No hay momento que perder» decía, hasta cuando nada de particular se hallaba en juego. La sensación de tener una vida demasiado llena y demasiado corta le empujaba sin cesar hacia delante, pareciéndole que nunca podría alcanzar con bastante rapidez el término de su carrera. A Bernadotte, en plena campaña: «He perdido por culpa suya una jornada entera, y la suerte del mundo depende de un día».

Esta precipitación le lleva a atropellar a sus servidores, no solamente en

los ejércitos, sino también en las administraciones, donde, según la costumbre implantada en todos los países, los legajos acostumbraban enmohecerse en el fondo de los cajones. Es preciso que Talleyrand redacte en unas cuantas horas un tratado con Rusia. Exige, «en el curso del día», el proyecto de una carta circular comunicando a todos los embajadores y cónsules las razones de su segundo matrimonio. El embellecimiento de París le preocupaba:

«—Tengo la intención de hacer de París la más hermosa capital del mundo, y quiero que dentro de diez años tenga una población de dos millones de habitantes. Deseo hacer algo grande y útil para París. ¿Qué se le ocurre a usted sobre el particular?

»—Déle Vuestra Majestad agua.

»—Acepto su proyecto; envíe a buscar a monsieur Gauthey cuando vuelva a su casa y dígame que coloque mañana quinientos hombres en La Villette para abrir el canal».

Otra de sus armas era la memoria. «Conozco siempre mi situación. No tengo bastante memoria para retener un alejandrino, pero no olvido ni una cifra de las concernientes a mi posición militar». Instrumento admirable de trabajo. Aunque los pronuncie lentamente, retiene todos los nombres de las localidades de cierta importancia de aquellos países en que ha hecho alguna campaña. El director general de Postas cuenta que el Emperador conocía de memoria las distancias entre los relevos, que él mismo se veía obligado a buscar primero en los registros. Regresando de Bolonia, el Emperador se encuentra con un pelotón de soldados extraviados, mira el número de su regimiento, preguntando cuándo y dónde han partido y, designándoles la dirección que deben tomar, les dice: «Encontraréis vuestro batallón en tal etapa». El ejército se componía en ese momento de 200.000 hombres.

Todo se archiva en su cabeza como en un armario: «Cuando quiero interrumpir un asunto, cierro su cajón y abro el correspondiente a otro. Jamás se mezclan unos con otros, y jamás me incomodan ni fatigan. ¿Qué quiero dormir? Pues cierro los cajones y me quedo dormido».

De los numerosos emblemas heráldicos que tientan, en general, al advenedizo; estrellas, genios, santos, animales de presa, ninguno le agrada. Y si escogió la abeja fue para subrayar así su convicción de que el hombre de talento puede, con un esfuerzo infatigable, obtener lo que se adorna demasiado fácilmente con el nombre de genio. El genio es el trabajo, ha dicho; pero quería decir: el genio implica el trabajo. Napoleón pretendía que

el trabajo era su vida y para lo que había sido creado. Y aunque no hubiese dejado nada tras de sí, aunque nada hubiera quedado de sus obras, su trabajo y la gloria que supo conquistar seguirían siendo un admirable ejemplo para las generaciones futuras.

Roederer, que vivió cerca de él durante la época del Consulado, nos cuenta, entre otras cosas, por qué Napoleón podía «pasarse dieciocho horas seguidas trabajando en un mismo trabajo o en trabajos diversos. Nunca he visto fatigado su espíritu, ni siquiera con el cuerpo cansado; ni en el ejercicio más violento, ni aun en la cólera, vi nunca su espíritu deprimido. Jamás vi que un asunto le distrajese de otro, saliendo del que discute para pensar en el que acaba de discutir o en el que se dispone a estudiar. Las noticias buenas o malas de Egipto no llegaron a distraerle nunca del Código civil; ni el Código civil, de las combinaciones que exigía la salvación de Egipto. Jamás hombre alguno se entregó más plenamente a lo que hacía ni distribuyó mejor su tiempo entre las cosas que tenía que hacer. Espíritu alguno fue nunca más inflexible en rechazar la ocupación o el pensamiento que no venían a su día y hora, ni más ardiente en buscarlo, más ágil en perseguirlo, más hábil en captarlo cuando el momento de ocuparse de él había llegado».

El Emperador resta a sus colaboradores salud y juventud pidiéndoles una suma de trabajo que excedía a sus fuerzas. Cuando su secretario, llamado por la noche, lo abandona a las cuatro de la mañana, era para recibir a las siete los expedientes, que debía tener copiados en limpio a las nueve. Cuando trabajaban juntos, dictando el uno, escribiendo el otro, Napoleón ordenaba que se llevara comida para dos y compartía con su secretario, en un rincón de la mesa, la comida, lo mismo que la habría compartido a la orilla del camino con el primer edecán que se terciara. En la época del Consulado, muchas veces abrió las sesiones a las seis de la tarde, para no levantarse hasta las cinco de la madrugada. Su correspondencia oficial, de orden puramente político y administrativo, comprende, durante una permanencia de tres meses en Schönbrunn, 435 cartas que cubren 400 páginas en folio impresas, a las que hay que agregar las órdenes verbales y las cartas privadas.

Tales eran las formas principales de su energía, con cuya ayuda entabló un duelo con el mundo, jugando con ellas y hablando de su genio como un verdadero don de combinaciones. Sus planes y sus órdenes se hallan entreverados con frecuencia de esta fórmula característica: «en el momento dado». Como ningún principio venía a trabar sus movimientos, registraba las menores oscilaciones y se hallaba siempre dispuesto a modificar sus planes

con arreglo al curso de los acontecimientos. Este hombre de voluntad férrea tenía el espíritu más flexible que puede imaginarse y, en tanto que imponía a todos su decisión, por lo que a sí mismo atañía sometíase siempre a la fuerza de las cosas: «La debilidad de un capitán de fragata, que prefirió dejarse perseguir en alta mar a forzar su entrada en el puerto, y algunas deficiencias de detalle de nuestras fragatas, impidieron que la faz del mundo cambiase. Tomando San Juan de Acre, el ejército francés volaba a Damasco y Alepo, y en un abrir y cerrar de ojos habría llegado a las orillas del Éufrates; los cristianos de Siria, los drusos, los cristianos de Armenia, se nos hubiesen unido, y yo habría llegado a las Indias y organizado el mundo sobre nuevas bases».

Queda por saber si la Historia habría confirmado estos vaticinios; pero lo indudable es que un espíritu tan realista como el de Napoleón creyó en ellos. En el mundo de las combinaciones en que vivía, todo dependía de la conducta de un solo individuo; el fracaso de uno solo podía traer consigo una orientación nueva de los acontecimientos, a la que siempre se hallaba dispuesto a adaptarse. No es, sin embargo, a este don de improvisación a lo que atribuía él su éxito, sino al hecho de haber nacido en el momento propicio; en tiempo de Luis XIV, él mismo dice que no habría sido más que un mariscal como Turenna.

Las pasiones le perturbaron poco. Su orgullo, el sentimiento de su dignidad le facilitaban el dominio de sí mismo, y la costumbre de lo imprevisto le impedía perder nunca su presencia de ánimo. «Como estoy acostumbrado a los grandes acontecimientos, no es en el momento en que me los anuncian cuando me causan efecto, sino después. Podrían llegar a comunicarme lo más extraordinario sin que experimentase nada. Sólo una hora después siento los efectos». De ahí el que con frecuencia parezca más estoico de lo que podría creerse y de lo que él mismo deseaba. Después de la muerte del hijo de Hortensia, exige a ésta mayor firmeza: «Vivir es sufrir, y el hombre honrado lucha siempre para continuar siendo dueño de sí».

Algunas veces, sin embargo, le arrastraba la cólera. Propensión, al fin y al cabo, inherente a su orgullo, a sus nervios irritables y a su impaciencia de creador, que necesitaría mil manos para llevar a buen término la obra emprendida. Esas escenas en que se le muestra levantando el puño contra un embajador o dando un puntapié en el vientre a un ministro son puras invenciones, pero el impresionante accidente que provocó Berthier por falta de tacto es verídico. Cuando una noche en las Tullerías, por instigación del

mefistofélico Talleyrand, empezó aquél a hablar al Cónsul de la realeza, los ojos de Bonaparte se inflamaron y, poniéndole el puño bajo la barbilla, le hizo retroceder hasta el muro, gritándole: «Imbécil, ¿quién le ha aconsejado que venga a provocarme así la bilis? Otra vez no se encargue de semejantes comisiones».

Escena sorprendente desde el punto de vista psicológico, pues, a pesar de su cólera, Bonaparte guarda la lucidez suficiente para reconocer que semejante alusión no había salido espontáneamente de los labios de su plácido y buen Berthier.

Napoleón podía obrar a veces como un ser brutal, arrancando y arrojando a la calle una ventana que cerraba mal, azotando a un palafrenero, entremezclando el dictado de sus cartas con violentas imprecaciones contra los destinatarios, que su secretario suprimía, llegando hasta decir ante los vicarios generales: «¿Cuál de entre vosotros es el que conduce a vuestro obispo? Quien, por otra parte, no es más que un tonto».

Y como le indicasen a M. Legallois, que en los últimos tiempos había estado ausente, Napoleón preguntó:

«—¿Dónde ha estado usted, so bodoque?

»—Con mi familia.

»—¿Y cómo se ha atrevido usted a ausentarse con tal frecuencia, teniendo un obispo que es un completo majadero?».

Las escenas de cólera fingida que el político empleaba con arreglo a sus necesidades son más significativas todavía. A veces, sin embargo, se descubría en seguida: «Me creyó usted muy encolerizado, ¿eh? Desengáñese; en mí, la cólera nunca ha pasado de aquí», y señalaba su cuello. Un día que jugaba con su sobrinito, conversando mientras tanto alegre y despreocupadamente con las damas, le anunciaron al embajador de Inglaterra. Su fisonomía se transforma en seguida como la de un actor; sus rasgos se contraen; hasta parece palidecer; se levanta, dirígese a pasos precipitados hacia el inglés y no cesa de lanzar truenos y rayos durante una hora, ante un nutrido auditorio. Su cólera contra Inglaterra y contra el embajador inoportuno era sincera; pero la expresión de su rostro, sus gestos, sus palabras, todo ello no era sino *mise en scène* política.

Estas algaradas lo han hecho tomar generalmente por un ser violento; pero Talleyrand fue más perspicaz: «Ese diablo de hombre engaña en todo; sus

mismas pasiones nos escapan, pues encuentra medio de fingirlas, aunque realmente existan». Tales eran su sangre fría y su dominio de sí mismo, que no se dejó llevar nunca por el deseo de venganza, tan natural, no obstante, al amor propio quisquilloso y a la omnipotencia. Rivales y traidores jamás fueron castigados más allá de sus merecimientos. Napoleón sólo desterró a aquellos de quienes deseaba verse libre, y con frecuencia tuvo la generosidad de devolver la libertad a algunos prisioneros, lo mismo grandes que pequeños.

En cambio, cuando el embajador de Baden viene a solicitar una indemnización para el duque de Brunswick, recibe una glacial negativa, y no porque aquél hubiese incitado a Prusia a la guerra, sino porque, con ocasión de la primera campaña contra Francia, en 1792, había publicado el famoso manifiesto de Coblenza, en el que prometía no dejar piedra sobre piedra en París. «¿Qué le había hecho esta ciudad? —exclama el Emperador, veinte años después—. ¡Una ofensa semejante debe ser vengada!».

V

La energía de Napoleón sobresale, especialmente, en su papel de conquistador. Pero, aun en este caso, encuentra una expresión más espiritual de la que podría suponerse en un soldado. «Rara vez desenvainé mi espada; gané mis batallas con mis ojos y no con mis manos». Para conocer su alma, poco importa que se comprendan o no las nuevas formas de su arte militar; lo importante es darse cuenta del modo que tenía de vibrar todo su ser antes, durante y después de sus batallas. Pues también en esto aparece Napoleón absolutamente original.

Su mismo valor, virtud fundamental del soldado, no se parecía a ningún otro. Había dado de él tantos ejemplos, sobre todo en la época de su juventud y durante sus primeras campañas, que podía afirmar sin avergonzarse que llegaba siempre un momento en que el valor abandonaba al soldado; momentos de pánico que al buen general tocaba observar en el enemigo a fin de aprovecharlos eficazmente. Pero lo que sí creía Napoleón ser el único en poseer lo que él llamaba el «valor de las dos de la mañana», valor hecho de presencia de ánimo y de decisión ante lo imprevisto y lo desconocido. En cambio, despreciaba el valor caballeresco que se exhibe en los duelos, rebajándolo con el dictado de «valor de caníbales»: «Puesto que os habéis batido en Marengo y en Austerlitz, no tenéis necesidad de otras muestras de valor. Las mujeres son inconstantes y también lo es la suerte. Regresad a vuestros regimientos y sed de nuevo buenos camaradas».

El caudillo de ejércitos sabía distinguir perfectamente la línea divisoria entre la humanidad y la frialdad. Aquel que decía a Metternich en su despacho: «A un hombre como yo le importa un bledo la vida de un millón de hombres», exclama en el campo de batalla: «Si los reyes del mundo viesan semejante espectáculo, se sentirían menos ávidos de guerras y conquistas». En otra ocasión, escribe a Josefina: «El país está cubierto de muertos y heridos. No es ésta la parte bella de la guerra; se sufre, y el alma, al ver tantas víctimas, se siente oprimida». Insistiendo sobre los deberes del estado militar,

dirá, de acuerdo con la razón y el sentimiento: «Aquel que no ve con ojos impávidos un campo de batalla, hace perecer inútilmente una porción de hombres». Y esto es lo que él quiere evitar. Europa vale a sus ojos un millón de hombres; pero, cuando se trata de ocupar tal puente o tal trinchera, se impone la más estricta economía de vidas humanas: «Cuando la ignorancia hace perecer diez hombres allí donde no debían morir ni aun dos, ¿no es responsable de los ocho restantes?».

No habiendo hecho jamás ninguna guerra sino por necesidad política — por haberle sido impuesta—, el Emperador se batía sin odio y no consideraba al adversario, después de la victoria, como un enemigo. «Sé con terror — escribe desde Schönbrunn— que los 18.000 prisioneros que se hallan en la isla de Lobau sufren hambre; esto es inhumano e imperdonable. Envíe inmediatamente 20.000 raciones de pan y otras tantas raciones de harina para las panaderías». Pero, habiendo olvidado los tirolese el armisticio y asesinado a sus soldados Napoleón ordena «saquear y quemar por lo menos seis grandes poblaciones..., a fin de que los montañeses recuerden las represalias ejercidas contra ellos».

La guerra es para él un arte, «el más importante, el que comprende todos los demás», y un arte que no se aprende, agregaba más tarde, como verdadero artista. «¿Cree usted saber hacer la guerra porque ha leído el tratado de Jomini? La guerra es un arte singular. A pesar de haber librado sesenta batallas, no he aprendido nada que no supiese ya desde la primera. Vea usted a César: se bate la primera vez lo mismo que la última». Sus mismas contradicciones, respecto a un tema en el que ha pasado por maestro incomparable, son las de un artista. Aleccionando a un general que se halla en España, asegura: «Mis cálculos se apoyan en datos matemáticos, y por eso son justos». Pero ello no le impide declarar en otras ocasiones que el número, o bien la fuerza moral de las tropas, eran los factores esenciales, llegando hasta hablar de inspiración: «La suerte de una batalla es el resultado de un instante, de un pensamiento; se acerca uno al enemigo con arreglo a un plan predeterminado, las tropas se mezclan, luchan durante cierto tiempo, el momento decisivo se presenta de pronto, brota una chispa de inspiración, y... la reserva más insignificante lleva a cabo el resto».

El arte consistiría, pues, en aprovechar el momento oportuno, cosa que, al cabo de algunas batallas, es fácil de sorprender: «Nunca se trata más que de cuartos de hora... En toda batalla llega un momento en que los soldados más valientes quieren huir; basta entonces una futesa para devolverles la

confianza». Este poder de sugestión le valió más de una victoria. Pero si ejercía tal influencia sobre el soldado era precisamente por su sencillez. «El arte de la guerra —decía— es, como todo lo que es hermoso, sencillo»; y agregaba: «La milicia es una francmasonería... y yo soy el gran maestro de sus logias».

El elemento más trascendental de su influencia provenía de la historia de su propia ascensión, que ningún soldado ignoraba.

Habiendo conocido antaño, cuando era general, la necesidad de doblegarse ante las autoridades civiles, compadecía a aquellos de sus adversarios coronados que no habían sabido librarse de ellas. Por otra parte, desconfiaba del *dilettantismo* y escribía a José: «Si el rey manda en persona, el soldado no siente ya el peso de ninguna autoridad. El ejército lo aplaude como aplaude a la reina cuando pasa. Pero, si no es general, hay que dejar el mando a los generales».

Como es el único soberano de Europa que ha servido en las filas, los menores detalles de la vida militar le son familiares. Comprende la mentalidad del oficial y puede escribir, sin vanagloriarse: «Si no hay nadie que sepa fabricar pólvora, yo lo sé, como también sé fabricar cureñas; si se necesitan cañones, yo los haré fundir; como enseñaré los detalles de la maniobra si es preciso enseñarlos». Pero sólo en caso de necesidad intervenía, riéndose de la anécdota romántica según la cual había sustituido una noche a un centinela dormido: «No cabe duda de que esta idea proviene de un burgués, de un abogado, de cualquiera, menos de un militar».

En cambio, el Emperador cuidaba de que una igualdad absoluta reinase en el ejército, fiel en esto hasta el fin a los principios de la Revolución. Nadie obtenía ascensos sin merecerlos y si hizo excepciones para con sus hermanos, no temía, por más reyes que fuesen, el reprenderlos. A Jerónimo, que le enviaba un informe de Silesia, le escribe: «Tu carta está llena de espiritualidad, pero esto nada tiene que ver con la guerra. En ella se precisa la exactitud, la firmeza y la sencillez». Cuando en Boulogne se coloca José en actitud de príncipe y recibe al lado del mariscal Sault, Napoleón le critica, pues «nadie debe disminuir la importancia del general en jefe a los ojos de su ejército. El día de una revista conviene que el general, no el príncipe, dé un banquete. Un príncipe general sólo es general cuando pasa revista a sus tropas. La disciplina no tolera ninguna excepción. El ejército forma un conjunto, y quien lo manda lo es todo. Vuelve sin demora a tu regimiento».

Enfermos, lo mismo generales que simples soldados tienen derecho a idénticas consideraciones. El día de la hecatombe de Eylau, el Emperador prohíbe a un célebre médico militar que atienda antes a un general herido: «Prodigue sus cuidados a todos y no a uno solo». Un oficial alemán ha relatado que al final de las batallas el Emperador se detenía ante los heridos y los hacía levantar: «Si éste sale del paso —decía—, será una víctima menos».

En todas las Memorias se representa al Emperador haciendo vida común con sus hombres en el vivac, preguntándoles acerca de lo que comen, riendo de sus respuestas, escuchando sus confidencias. El tuteo que en ocasiones se permitía no era una artificial condescendencia de soberano bonachón, sino el testimonio de las relaciones realmente paternas; el Emperador llamaba a sus soldados «hijos míos» y ellos le habían dado el nombre de «cabito» (el *petit caporal*), es decir, el camarada, pero el camarada responsable. «He recibido su carta, querido camarada —escribía a un viejo granadero que deseaba ingresar de nuevo en el servicio—; no tiene usted que decir nada de sus hazañas; es usted el granadero más valiente del ejército. Le veré con mucho gusto. El ministro de la Guerra le enviará una hoja de filiación».

Napoleón no concedía a nadie el privilegio de tomar parte en la elaboración de sus planes; pero cuando se trataba de distribuir recompensas pedía parecer al más humilde soldado. Con frecuencia, después de un combate, mandaba formar un círculo en torno suyo e interrogaba a oficiales, suboficiales y soldados, informándose del más valiente, recompensando inmediatamente, distribuyendo las águilas él mismo. «Los oficiales designaban, los soldados confirmaban y el Emperador aprobaba», relata Ségur, testigo de estas escenas.

Es innegable que Napoleón amaba la guerra. Pero la amaba como un artista, del mismo modo que amaba el poder. Habiéndole hablado un día un visitante de una isla china en la que no se conocían las armas, el Emperador le miró incrédulamente:

«—¡Cómo! Algunas armas tienen que poseer.

»—No, *Sire*.

»—¿Ni siquiera lanzas, o arcos y flechas?

»—Ni unas ni otros. ¿Y puñales?

»—Tampoco.

»—¿Pues cómo se baten entonces?

»—Jamás ha habido guerras en aquella isla.

»—¿Cómo? ¿Que no ha habido guerras?».

El Emperador parece desconcertado, como si no pudiese concebir la existencia de semejante pueblo.

Y, sin embargo, Napoleón preveía el advenimiento de una era nueva. El hecho de que él, el más grande soldado de su tiempo, hubiese concedido al espíritu la supremacía sobre la espada, le coloca de un golpe por encima de todos los rivales. A propósito de su estatua por Canova, que le representa en una actitud amenazadora, dice el Emperador despectivamente: «¿Se figura que he hecho mis conquistas con los puños?».

El jefe de ejército, según la definición que Napoleón ha dejado, debe poseer muchas otras cualidades aparte las de orden puramente militar. «Desde la aparición de las armas de fuego —dice como Cónsul al Consejo de Estado—, la fuerza personal apenas cuenta; es el espíritu civil y no la fuerza militar el que gobierna y aun manda. Cuando tomé en el ejército de Egipto el título de miembro del Instituto sabía perfectamente lo que hacía. Cada soldado podía creerse tan valiente como yo; yo no habría retrocedido ante los más bravos, pero tampoco éstos habrían retrocedido ante mí. Todo se habría perdido si no me hubiesen creído el más sabio. El mando es hoy cosa civil. Es el espíritu y no la fuerza militar el que gobierna y aun manda. Una cualidad de general, el cálculo, es una cualidad civil; el conocimiento de los hombres, cualidad civil; la elocuencia, no la de los leguleyos, sino la elocuencia que electriza, cualidad civil...».

Más tarde se vuelve más categórico aún: «La guerra es un anacronismo... Las victorias se ganarán un día sin cañones y sin bayonetas... Quien pretenda turbar la paz de Europa quiere la guerra civil...».

Así hablaba Napoleón, hombre de guerra.

VI

Su energía parece concentrada sobre los hombres. Muy raramente tuvo Napoleón que luchar contra las fuerzas naturales, y siempre que lo hizo así fue derrotado. Pero, por regla general, todo lo que tiene que hacer es incitar a los hombres a que conquisten para él montes y distancias. Los hombres son la materia bruta sobre la que deben trabajar la imaginación y la energía de este artista, y fuerza será que los domine si quiere llevar a cabo su obra. Ningún mortal, por otra parte, ha subyugado tantos hombres como él. Y no sólo ejércitos y pueblos, sino también individuos, y entre éstos los mejores. Para conseguir este objeto, su camino fue el desprecio; sus medios, la gloria y el dinero. La experiencia le había convencido de que el interés era el único móvil de los hombres, atraídos hacia las riquezas por la concupiscencia, la avaricia o el espíritu de familia, en tanto que la vanidad, la envidia y la ambición los llevaba a solicitar los sufragios públicos. Escéptico en cuanto al poder del ideal, Napoleón debía servirse necesariamente, para ganar los espíritus, de medios materiales; y si en sus llamamientos al amor propio empleó a veces el lenguaje de la gloria pura, la magia de su propia naturaleza se deslizó a pesar suyo en los cálculos de corruptor de almas. Goethe ha dicho de él: «Napoleón, que vivía por las ideas, no las reconocía en la conciencia de los demás; él, que renegaba toda realidad al Ideal, no dejaba por esto de esforzarse en realizarlo».

No obstante, la concepción mefistofélica de los hombres era tan ajena a Napoleón como a Goethe. Según él: «La mayoría de los hombres llevan en sí las simientes del bien y del mal, del valor y la cobardía. Tal es, de nacimiento, la naturaleza humana; la educación y las circunstancias hacen el resto». Como durante varios años necesitó esta naturaleza humana a diario y en enormes cantidades, el más sutil conocimiento de ella fue una condición esencial de su éxito. Así, entre todos los materiales que utilizó Napoleón, el corazón humano le fue siempre el más familiar.

«He amado siempre el análisis. El por qué y el cómo son preguntas tan

útiles que jamás se formulan con bastante frecuencia». Fríamente, como hubiera podido hacerlo un neurólogo, observaba todos los síntomas psíquicos, utilizando para ello todos los métodos, entre otros el de Lavater, cuya ciencia fisonómica conocía. Acostumbraba apostrofar a la gente, y «sorprendiendo en un principio a mi hombre, sé inmediatamente, por la manera como responde, a qué atenerme con respecto a él. Así sé el diapasón a que se encuentra su alma; pues si golpeáis un bronce con un guante, no da sonido alguno; en cambio, golpeadlo con un martillo y resonará...».

Su mirada magnética se abatía sobre aquel a quien por primera vez encontraba. Un incesante preguntar le permitía completar continuamente la galería de tipos humanos que había formado para uso propio. El Emperador interrogaba a su interlocutor hasta turbarle, hasta atemorizarle; a veces hasta ponerle en ridículo. No pudiendo obrar siempre, necesitaba aprender al menos. ¿Cómo sacar provecho de los veinte minutos que se pasa en la mesa, en Santa Elena, al lado de un médico? «¿Cuántos casos de enfermedad del hígado tenían ustedes a bordo? ¿Cuántos casos de disentería? ¿A cuánto asciende la pensión de los médicos militares? ¿Qué es la muerte? ¿Cómo puede usted definirla? ¿Qué significa eso de que el alma abandona el cuerpo? ¿Cuándo recibe el cuerpo al alma?».

Otro medio es el monólogo, al punto que este privilegio de ser el único que hablara fue, según uno de sus familiares, el solo goce verdadero que sacara de su investidura. Poseemos una porción de datos sobre otros muchos hombres de acción, pero ninguno de ellos habló tanto como Napoleón. Erguido y solo ante la faz del mundo, tenía que explicarse sin cesar para imponer su personalidad. Sus conversaciones duraban frecuentemente de cinco a ocho horas, que a veces subían hasta diez y once, durante las cuales rara vez cedía la palabra a su interlocutor. Esta locuacidad, más italiana que romana, se avenía bien con su acento extranjero, pero el gesto y los ademanes eran raros en él. Sólo una especial agitación le llevaba a accionar con las manos, que mantenía, por regla general a la espalda, en una actitud de reto.

El Emperador distribuyó el dinero a sus servidores con una profusión verdaderamente oriental, pero él, en cambio, tenía pocas necesidades. «Cuando se ha estado en tantas guerras, quiéralo uno o no, se tiene siempre cierta fortuna. Tengo, pues, 80.000 ó 100.000 francos de renta, una casa en la ciudad, una de campo; no necesito más bienes. Si dejase de estar contento del pueblo francés, o éste dejara de estarlo de mí, me retiraría tranquilamente al campo. Ésta es una suposición, pues hasta ahora Francia me ha mimado,

adelantándose a mis deseos... ¿Qué hacer? Este país está corrompido; lo ha estado siempre. Cuando un hombre era ministro, se construía un castillo... ¿Sabe usted lo que me piden por mi instalación en las Tullerías? ¡Dos millones! He prohibido que se me presentasen los presupuestos antes de haberlos reducido a 800.000 francos. Estoy rodeado de bribones...».

«—Las operaciones generales —le contesta Roederer— le cuestan a Vuestra Majestad más que los robos domésticos.

»—Por eso me veo obligado a vigilar más cuidadosamente aún los gastos que me conciernen personalmente».

Esta conversación nos muestra cómo este jefe de Estado de treinta años considera el dinero. No necesitando nada para sí mismo, deplora la venalidad y el lujo que le rodean y trata a sus proveedores de estafadores porque le piden dos millones para arreglar un palacio en el que él se acomodaría tal como está. Pero después de haber combatido victoriosamente la profunda depravación nacida de la Revolución, después de pelearse con los proveedores del ejército y demás especuladores, después de haber obtenido, mediante terribles sanciones, que nadie se enriquezca con la guerra, iba a distribuir a sus mariscales rentas absurdas, que a veces rebasaron el millón de francos anual. Así, el Estado, al que el Cónsul libertara de los ladrones de la fortuna pública, iba a tener que soportar ahora, después de haberle hecho Emperador, la carga de aquellas recompensas extravagantes.

Sin embargo, todavía hay algunas personas que se enriquecen gracias a él, aunque sin su ayuda. «Cuando ya no tenga nada —dice el Emperador a Talleyrand—, me dirigiré a usted. Vamos, dígame usted francamente: ¿cuánto ha ganado conmigo?».

»—No soy rico, *Sire*, pero todo lo que poseo está al servicio de Vuestra Majestad».

Su manera de tratar a los hombres nos ofrece una técnica infinitamente variada. Pero, si queremos estudiar estas variantes, convendrá clasifiquemos sus instrumentos en grupos. Los generales y mariscales eran los más fáciles de manejar, pues para ellos las ocasiones de cubrirse de gloria no faltaban nunca, y como el Emperador recompensaba generosamente los servicios prestados, sus fortunas no cesaban de acrecentarse, resultando que eso tenía dos ventajas para él: el brillo que sobre él proyectaban de rechazo y la dependencia en que así conservaba a sus jefes principales. Por otra parte, le divertía ver a estos soldados, para los que la fortuna era cosa absolutamente

nueva, gastar sin tino, entraparse y dirigirse de nuevo a él en busca de ayuda y socorro. Los conducía de la prodigalidad a la desnudez, para llevarlos de nuevo a la prosperidad; pero, al mismo tiempo, acostumbraba a decidirlo todo por sí mismo, les dejaba muy poca iniciativa y daba raramente a sus generales la ocasión de desplegar su ingenio. Astutamente, pesaba los términos y la oportunidad de su mención en los Boletines oficiales, a fin de administrar convenientemente su vanidad y sus celos. De aquí los sentimientos complejos y contradictorios de sus generales hacia él, sentimientos en los que se mezclaban el odio y el cariño y que los encadenaban a él más sólidamente de lo que una amistad pura habría podido hacer. Berthier y Duroc son tal vez los únicos que le hayan sido realmente fieles; «devoción de niño y de perro fiel», según el mismo Napoleón. Ney se ha comparado a sí mismo a un fusil perpetuamente cargado, que dispara en el instante y hacia el punto mismo que el Emperador señalaba. En cuanto a Napoleón, sólo tuvo verdadero afecto a los que le habían acompañado en su ascensión, y en sus *Memorias* les ha dado un puesto de honor. Admiraba la ponderación de un Desaix, concedía a Moreau más instinto que genio, a Lannes más valor que entendimiento; Kléber sólo era valiente en el fuego: «Murat es una bestia y un héroe». Napoleón no gustaba de separarse de los testigos de sus comienzos, lo que no le impedía descargar en ellos su cólera. Después de Wagram, el Emperador reprocha a Marmont, en una escena violenta, el haberse batido mal, pero un cuarto de hora después le nombra mariscal.

En algunos momentos, su desprecio a los hombres le agobia. «Entonces desconfío hasta de mis compañeros de armas, y esto me hace sufrir tanto, que procuro por todos los medios a mi alcance rechazar una sospecha que tan cruel me es».

Nunca se forja ilusiones. La muerte de Lannes le conmueve, pero ninguna de las palabras que Napoleón le ha atribuido en su lecho de muerte fueron pronunciadas. Más tarde, el mismo Emperador dice a Metternich: «¿Ha leído usted la frase que puse en boca de Lannes? ¡Jamás se le ocurrió a él semejante cosa! Cuando el mariscal pronunció mi nombre, vinieron a decírmelo, e inmediatamente le declaré muerto. Lannes me detestaba cordialmente. Me nombró como los ateos nombran a Dios cuando llegan al trance de la muerte; el mero hecho de haberme nombrado bastaba para que hubiese que considerarlo como definitivamente perdido».

La más antigua amistad no le impide reprender a sus mariscales como si fuesen chicuelos, cuando han cometido alguna tontería o se han conducido

cobardemente. A Junot: «Carece usted de todo tacto, su conducta no tiene precedentes... Posee usted una idea muy falsa de los deberes militares; le desconozco». A un general, en Lombardía: «Se ha visto muy poca honradez bajo su mando y mucha concupiscencia, pero ignoraba hasta ahora que fuese usted un cobarde. Abandone el ejército y no se presente nunca más ante mis ojos». Cuando un general que ha capitulado en España en campo raso se atreve, seis meses después, a reaparecer en una revista, el Emperador estalla, indignado, y le invectiva durante una hora entera; «¿Qué es lo que debe hacer un general cuando su ejército se halla en una posición mala o dudosa? Cambiar, si puede hacerlo; y, si no lo puede, apelar a su valor y batirse, pues en el combate tiene una probabilidad. ¿Qué le derrotan...? ¿Y qué...? No todo se habrá perdido, pues siquiera le quedará aún el honor».

El Emperador asustó a los diplomáticos de su tiempo con una franqueza de la que todos desconfiaban en un principio. «El tacto y el jugar limpio conducen mejor al éxito que la astucia; todas las pillerías en uso entre los viejos diplomáticos están demasiado usadas; todas sus trapacerías han sido descubiertas y, además, ¿a qué la astucia cuando se puede hablar alto y claro? Nada denota tanto la debilidad como la falsía».

Poco tiempo antes de la reanudación de la guerra contra Inglaterra, no teme exponer al embajador británico cuántos años le serán menester aún para que su flota iguale a la británica; tampoco le oculta la rapidez con que puede, en cambio, hacer subir sus efectivos hasta 400.000 hombres. En Schönbrunn dice al delegado austríaco: «Tal es mi ultimátum. Si soy vencido, propondré condiciones más favorables para ustedes; si salgo vencedor, las haré más duras aún; pero deseo la paz».

Cuando quiere causar impresión sobre los representantes de las potencias extranjeras, no hay un solo detalle que no esté calculado de antemano. Esto lo vemos especialmente cuando trata de adaptar su actitud respecto a los austríacos con arreglo a las tradiciones de los Habsburgo.

Espera la audiencia solemne, dada en honor del aniversario de su nacimiento, para detenerse a dos pasos de Mettemich y decirle: «Y bien, señor embajador, ¿qué desea su señor? ¿Quiere que vaya yo a Viena?». Modo de intimidar a su interlocutor y de hacer pública su amenaza ante Europa entera. Pero dos días después, en audiencia privada: «No seamos ni Emperador de los franceses ni embajador de Austria..., no hagamos frases; no estamos aquí, como el otro día, en presencia de todo un auditorio».

Poco tiempo antes del primer tratado de paz, en Schönbrunn, temiendo dejarse engañar por el archiduque, le invita a una entrevista en un pabellón de caza. «Permaneceré allí dos horas, de las que una será destinada a mi comida y la otra a conversar sobre la guerra y a los cumplidos recíprocos».

Para recibir en las Tullerías al conde Cobenzl, el Primer Cónsul ordena el arreglo de su despacho. El escritorio deberá estar colocado en el rincón, y nada de sillas, a fin de que haya que sentarse en el canapé; nada de arañas encendidas tampoco: una lámpara simplemente, aunque sea de noche. Cuando Talleyrand introduce al austríaco, la oscuridad oculta al Primer Cónsul, que se mantiene a cierta distancia de la puerta; el visitante se turba y toma asiento en el lugar que su huésped deseaba.

El Emperador obra con más circunspección todavía ante los soberanos. Prefiere verlos en su casa más que ir a la de ellos, y de hecho no visitó a ningún otro desde que alcanzó el máximo poder. Al cabo de dos días, es él quien recibe en Tilsit. En Dresde, huésped del Rey de Sajonia, adopta la actitud del amo. Siempre evitó el frecuentar a las reinas. Cuando la reina Luisa implora patéticamente su clemencia, le propone sentarse, «pues nada interrumpe mejor una escena trágica; cuando se está sentado, lo trágico se torna cómico».

En cambio, a los pueblos —excepción hecha del francés y del italiano— nunca supo manejarlos. «Mi política —dice en el Consejo de Estado— es gobernar a los hombres como la mayoría de ellos desea serlo. Haciéndome católico, puse finta la guerra de la Vendée; haciéndome musulmán, me establecí en Egipto; haciéndome ultramontano, me gané a los sacerdotes de Italia. Así, hablaré de libertad en la zona libre de Santo Domingo, y confirmaré la esclavitud en la zona esclavista, reservándome el dulcificar y limitar la esclavitud allí donde la mantuviese, y el restablecer el orden y mantener la disciplina donde mantuviese la libertad».

Su política no tuvo un gran éxito con la república negra, pero con los polacos, a los que se ganó con fiestas y frases, lo hizo bastante mejor, y mejor aún con los judíos. Éstos, después de la Revolución, gozaban de los mismos derechos que los demás ciudadanos, pero la usura que practicaban en la región renana perjudicaba a los habitantes. Napoleón, consciente de su valor desde el punto de vista comercial, se guardó de expulsarlos y, respetando, por el contrario, sus usos, convocó en París a su Gran Consejo, el Sanedrín, que no se había reunido desde hacía una porción de siglos. De este modo logró que la usura fuese prohibida como un pecado por sus propios rabinos. En

España, por el contrario, el Emperador se equivocó completamente de camino aconsejando a José que «se hiciera popular a los ojos de la nación inspirando terror a la canalla».

Más que ningún otro pueblo, el alemán debía sorprender a Napoleón. En ellos encontraba todo lo que a él le faltaba, sin encontrar, en cambio, nada de lo que él mismo poseía. Aunque vencidos, le inspiraban cierto temor, mezclado de respeto. En Erfurt, procurando influir en los príncipes alemanes por medio de representaciones teatrales, Napoleón ordenó a su director que no preparase comedias —pues «no se las comprenderá al otro lado del Rin»—, representando, en cambio, la tragedia *Cinna*, de Corneille, donde las grandes acciones son seguidas de escenas conmovedoras, pues «esto produce siempre buen efecto». El Emperador recita trozos de *Cinna*. M. de Rémusat corrige sus errores y continúa:

*«Et dans le sacré rang où sa faveur l'a mis
le passé devient juste, et l'avenir permis.
Qui peut y parvenir ne peut être coupable.
Quoi qu'il fait ou fasse, il est inviolable».*

«Y en el puesto sagrado en que su favor le colocar
el pasado se toma justo y permitido el porvenir.
Quien puede llegar a él no puede ser culpable;
haya hecho lo que hiciere o haga lo que haga, es inviolable».

«Es excelente, y sobre todo para estos alemanes que viven siempre apegados a las mismas ideas y hablan todavía de la muerte del duque de Enghien; es menester ampliar su moral... Ello convendrá en extremo a estos hombres de ideas melancólicas que tanto abundan en Alemania».

Al hablar así, Napoleón no pensaba tanto en la música, que conocía poco, como en la filosofía alemana. Una y otra le parecían extrañas e inquietantes, pues, personalmente, él gustaba de los aires italianos y de la ironía de Voltaire. «Kant es un hombre oscuro», decía. El error de Napoleón consistió en creer que un pueblo denso y tardo era incapaz de entusiasmo.

Por otra parte, quizá este error de interpretación radica en la casi imposibilidad de comprender la masa de un pueblo extranjero. En la Italia del Norte lo había logrado gracias a la juventud, a la frescura de sus ideas, al Ideal que llevaba a los oprimidos en nombre de la Revolución francesa. Pero

el dictador no tenía ya esta aureola ni podía llevar esta antorcha a los pueblos extranjeros. Y eso que Napoleón quiso gobernar siempre para la masa. «Es necesario administrar para las masas, sin preguntarse nunca si ello gusta al señor o al ciudadano cual... Los hombres superiores ven desde lo alto y, en consecuencia, por encima de los partidos». Tales eran los principios, pero no siempre sus actos se ajustaban a ellos.

Las masas, hasta en Francia, no veían sino a un hombre temible. Durante diez años, el pueblo francés vivió en el temor de este hombre, aunque a los primeros reveses recobrar su espíritu crítico. «Es menester mostrar dignidad al pueblo —decía Napoleón—, pero no halagarlo, pues se creería engañado al no recibir todo lo que se le había prometido. ¿A qué discursos severos?, pregunta usted. Pues para evitarme el tener que llevar a cabo mis amenazas».

Esta severidad no era compatible, a la larga, ni con el carácter verdadero de Napoleón ni con el instinto de la muchedumbre. Ésta no se ocupaba ya de la gloria ni del dinero. Los símbolos del poder que no cesaban de mostrarle, el trono, las ceremonias del coronamiento, la Corte y su pompa, no le impedían que sintiera abrirse un abismo cada vez más hondo entre ella y su soberano.

Cuando los parisienses se enteraban de que el Emperador, en su teatro, hacía que el rey Enrique dijera «me estremezco» en vez de «tiemblo», pues si un rey, débil mortal, puede, al fin y al cabo, temblar, no debe, en cambio, confesarlo, es lo más probable que sonreían o se irritaban. Y eso que ignoraban las indicaciones que el Emperador hacía a Talma sobre la interpretación del papel de César:

«Cuando César recita su larga tirada contra el rey en la que dice que el trono sólo suscita desprecio en él, no cree realmente una palabra de lo que está diciendo. Si habla de esta manera, es sólo para convencer a los romanos, que sabe le oyen, de que el trono causa horror. Así, estos versos no deben ser pronunciados con convicción».

La religión era para Napoleón, lo mismo que el teatro, un medio de acción sobre las masas. «No veo en ella —dice como Cónsul al Consejo de Estado— el misterio de la encarnación, sino una garantía de orden social. Desde que alcancé el poder, me apresuré a restablecer la religión. Me serví de ella como base y raíz. Era a mis ojos el apoyo de la buena moral, de los verdaderos principios y de las buenas costumbres. Además, la inquietud del hombre es tal, que necesita de esa atmósfera de vaguedad y maravilla que la religión le ofrece. Vale más que el hombre encuentre estas cosas en la religión que no

que vaya a buscarlas en Cagliostro y en todos esos echadores de cartas, profetas y bribones... La sociedad no puede existir sin la desigualdad de fortunas, y esta desigualdad no puede subsistir sin la religión. Cuando un hombre muere de hambre junto a un hombre que se halla harto de todo, le es imposible admitir esta diferencia si no tiene a su lado una autoridad que le diga: Dios lo quiere así; es preciso que haya pobres y ricos..., pero luego, y durante toda la eternidad, el reparto será hecho de otro modo».

A pesar de la opinión que aquí expresa y a pesar de su constante solicitud por los pobres, Napoleón no dejó nunca de considerar al pueblo como la canalla. El desprecio que por él sentía apenas era menor que el que experimentaba por los príncipes. Lo mismo que las demás clases sociales, ésta debía, ante todo, servirle. «Los hombres que han removido el universo — decía — no lo hicieron conquistando el favor de los jefes, sino siempre moviendo las masas. El primer medio pertenece a la intriga y sólo produce resultados secundarios; el segundo indica la presencia del genio y cambia la faz del mundo». Pero la democracia vino a atravesarse en su camino y le hizo prever el Gobierno parlamentario, cuya crítica hizo de antemano: «La República es la organización que mejor eleva el alma y la que posee en más alto grado el germen de las grandes cosas; pero su grandeza la devora tarde o temprano, pues, para ser poderosa, necesita a toda costa una unidad de acción, que la conduce al despotismo de un hombre o de una aristocracia. Esta última es indudablemente la madre de todos los despotismos: Roma, Venecia, Inglaterra, nuestra Francia, son irrecusables testimonios de esta verdad... Para que una República pueda hacer grandes cosas, el poder central necesita una mayoría parlamentaria invariable. Lo malo es que tiene que adquirirla por la corrupción, gusano roedor de las naciones, arma terrible en manos del poder central... Los liberales han inventado la monarquía constitucional; término medio que tiene algo de bueno, pero sólo a condición de que tenga por principio electivo el sufragio de todos los ciudadanos».

Napoleón comprendió todos los problemas de su siglo, excepto el problema social, que comienza realmente con su historia.

VII

La imaginación, el tercer elemento de su personalidad, es la verdadera fuerza motriz de su orgullo y de su energía. Continuamente en guerra con el elemento calculador de su naturaleza, esta fantasía acabará por destruir, al fin, a este complejo de antítesis. La facultad imaginativa, que vincula al poeta con el hombre de Estado —permitiendo a uno y otro vivir la vida de los demás como la suya propia—, constituía la base de su conocimiento de los hombres y la mejor guía para su manejo. Pero siempre su energía interviene en el juego de sus otras cualidades. Pues cuando con un fin analítico se acomoda a la fuerza la entidad viva del propio carácter en el marco de un sistema, siempre se tiene, de cuando en cuando, que romper algunas hebras a fin de anudar otras nuevas.

«Reconozco la parte del azar en el destino de los hombres y de los acontecimientos. Cuanto más grande se es, menos voluntad debe tenerse; se depende de los acontecimientos y de las circunstancias».

Sólo el hombre liberado de todo sistema y de todo principio se confía a sí a la inspiración del momento y le da libre curso, creando e inventando a medida que avanza. Considerada en este aspecto, la carrera de Napoleón no es más que improvisación; pero, al revés de otros grandes hombres, sólo calculaba de antemano los detalles, dejando que las circunstancias fueran dando forma a sus más grandes proyectos. «Cuando se comienza a tener la costumbre de atender a los asuntos, se desprecian todas las teorías, empleándolas, como los geómetras, no para marchar en línea recta, sino para continuar en la misma dirección».

El objetivo que ilumina sus más ardientes visiones y hacia el que tendían sus cálculos más fríos, toda su esperanza y toda su ambición, era Europa. Europa unificada. Y si únicamente pudo realizar su sueño por medio de las armas, culpa es de la violencia con que los soberanos legítimos atacaron a la República. Creemos haber mostrado suficientemente hasta qué punto deseó

Napoleón la paz, pero no hemos ocultado que su carácter dominante de soldado sin duda la habría soportado difícilmente si le hubiese sido ofrecida. El error que cometió en la elección de sus medios fue inherente a la época, a las circunstancias y a su carácter, pero en nada disminuye su adivinación genial de una meta que ha vuelto a ser, cien años después de su caída, el objetivo de toda la política europea.

«Existen en Europa, aunque esparcidos, más de 30 millones de franceses, 15 millones de españoles, 15 millones de italianos, 30 millones de alemanes... Yo hubiese querido hacer de estos pueblos un solo y único cuerpo nacional... Este estado de cosas habría permitido el máximo de posibilidades para la instauración en todas partes de la unidad de los códigos, principios, opiniones, sentimientos, miras e intereses... Ello habría autorizado el soñar en los Estados Unidos de Europa, según el sistema norteamericano o la anfictionía griega... y, ¡qué perspectivas, entonces, de fuerza, de grandeza, de dichas, de prosperidad...! Por lo que hace a los franceses, ya la cosa está hecha...», dice. En cuanto a España: «La aglomeración de quince millones de españoles estaba casi realizada... Pero, como no dominé España, razonarán ahora como si los españoles fuesen indomables...». Respecto a Italia: «Necesitaba veinte años para restablecer la nación italiana... La aglomeración de los alemanes exigía mayor lentitud, y por eso no hice más que simplificar su monstruosa complicación... Quería preparar la fusión de los grandes intereses europeos, de la misma manera que había realizado la de los partidos en Francia... Los rumores pasajeros me inquietaban poco, seguro como estaba de que el resultado me daría infaliblemente la razón... *De este modo, Europa no hubiese tardado en formar realmente un solo pueblo, la patria común de todos. Esta aglomeración llegará, tarde o temprano; por la fuerza de las cosas; el impulso está dado, y no creo que, después de mi caída y de la desaparición de mi sistema, haya en Europa otro gran equilibrio posible que la aglomeración y la confederación de los grandes pueblos*».

No se trata aquí de fusión forzada, impuesta a razas diferentes, ni de fraternidad entusiasta, sino de intereses comunes y de la reunión de especies en otro tiempo dispersas. Al siglo XIX le tocaba fundar las nacionalidades, a fin de que el siglo XX llevara a cabo la idea napoleónica.

VIII

La lucidez de su espíritu dominaba los impulsos de su imaginación y de su energía. No obstante, Napoleón amó más que odió, y más de lo que él mismo confesara. En tanto que sacrificaba fríamente un millón de hombres en el campo de batalla, la vista de un herido le emocionaba profundamente. Sediento siempre de infinito, pensando siempre en grande, se enoja cuando José pretende que él es el único que le quiere: «No acepto el favor que me hace al decir que es el único que me quiere. Yo necesito la amistad de quinientos millones de hombres». He aquí claramente aquel «volcán bajo hielo» que uno de sus maestros de Brienne adivinara.

Convencido de haber sido escogido por los hados para dirigir el destino de los pueblos, prosigue sin desfallecer su misión. Ninguna historia de amor debe mezclarse al drama, pues el «amor es una pasión que debe ser siempre el objeto principal de una tragedia y no tener en ella una importancia secundaria. En la época de Racine..., el amor lo era todo en la vida. El lote, al fin y al cabo, de todas las sociedades ociosas». Napoleón rechaza todo afecto que pueda convertirse en un obstáculo:

«No tengo tiempo para entregarme a mis sentimientos ni para sentir añoranzas como los demás. El egoísmo y el miedo son las dos palancas que mueven a los hombres. El amor, créame, es una aberración... Yo no quiero a nadie, ni siquiera a mis hermanos. Un poco a José, por costumbre, porque es el mayor. También quiero a Duroc, porque es serio y decidido de carácter; un hombre que me parece no ha llorado nunca... Dejemos la sensibilidad a las mujeres, y que los hombres sin voluntad ni valor no se entrometan en el Gobierno ni en la guerra». Y en otra ocasión: «Exceptuando a Daru, hombre insensible y frío, que me conviene, no tengo amigos». En Santa Elena: «A los cincuenta años ya no se puede amar; tengo el corazón duro como el bronce. Jamás estuve lo que se dice enamorado, salvo, tal vez, de Josefina, a la que quise un poco, y eso porque entonces tenía yo veintisiete años. Me inclino a pensar como Gassion, quien me decía que no amaba lo bastante la vida para

dársela a otros seres». Hele aquí turbado, casi avergonzado de sus sentimientos, pronto a excusarse por ellos: «tal vez», «un poco»... Y, sin embargo, es el mismo hombre que dijo: «Soy esclavo de mi manera de sentir y obrar, pues coloco el corazón bastante más alto que la inteligencia». Sentir, según él, es más que pensar. Sentir es obedecer a su imaginación.

Un ser semejante tenía que ofrecer mayor presa a los celos que al amor. Sus primeras cartas a Josefina lo muestran devorado por ellos. Un día, durante el Consulado, Bonaparte, que inspeccionaba la construcción de un puente sobre el Sena, se ve obligado a apartarse para dejar paso a un carruaje. Es el de Hipólito, su rival de antaño. De entonces acá han transcurrido años; Napoleón lo ha perdonado todo, jamás volvió a ser pronunciado este nombre por él ni en presencia de él; pero, ante aquel encuentro inesperado, el Cónsul palidece, se turba y necesita un momento para recobrase. De vez en cuando hasta da muestras de una involuntaria puerilidad. Un día, en Italia, la vista de un perro aullando al lado de su amo, muerto en el campo de batalla, le trastorna: «Aquello era a la vez una demanda de socorro y un clamor de venganza. Jamás nada, en ninguno de mis campos de batalla, me causó una impresión semejante. Y seguramente que en ese momento habría sido más benévolo con un enemigo suplicante y hubiera concebido mejor que nunca a Aquiles devolviendo el cuerpo de Héctor, conmovido por las lágrimas de Príamo. ¡Lo que es el hombre y cuál no es el misterio de sus impresiones! Yo había ordenado sin la menor emoción batallas y batallas, había visto, impávido, ejecutar maniobras que suponían la pérdida de una porción de nuestros hombres, y, sin embargo, ahora he aquí que bastaban los aullidos y el dolor de un perro para conmoverme y sacudirme».

Muchas de sus cartas atestiguan una bondad exquisita. A Cambacérès: «He sabido indirectamente que ha estado usted enfermo, espero que ya se habrá repuesto de esa indisposición. El calor que debe comenzar a hacer en París sin duda le habrá mejorado... De todos modos, haga lo posible por ponerse bien, aunque no sea sino por la amistad que le tengo». A Corvisart: «Le ruego, mi querido doctor, que vaya a ver al Gran Canciller y a Lacépède. El uno está enfermo desde hace ocho días y temo que caiga en manos de algún charlatán; el otro tiene a su esposa enferma desde hace largo tiempo. Prodíguelos sus consejos y cuidados. Salvará usted la vida de un hombre notable que me es muy querido».

Cuando José Chénier, que le ha combatido durante años, se encuentra en la miseria, el Emperador le acoge y le asigna una pensión. No solamente paga

las deudas de Carnot —su enemigo desde hace diez años—, negándose, además, a aceptar ningún recibo, sino que le concede una pensión y el sueldo de general que habría cobrado si hubiese permanecido en activo. Y cuando Carnot se ofrece a reanudar el servicio, el Emperador le encarga que escriba una obra militar para evitarle que sirva a una causa en la que no cree.

Durante los Cien Días hace llegar por mediación de terceras personas sumas bastante crecidas a aquellos príncipes de Borbón que habían caído en la miseria. Un día, habiéndose dormido su secretario, examina él mismo un montón de instancias y va anotando al margen las pensiones que deben concederse. Centenares de oficiales, cuya muerte juró en un acceso de ira, continúan en sus puestos, sin que por esto dejen de hacerle traición más tarde. Cuando ordena a Jerónimo que se separe de su mujer, temiendo su propio rigor escribe inmediatamente a su madre: «Hable también de ello con mis hermanas, a fin de que ellas le escriban igualmente, pues si llego a tomar una decisión a su respecto, será irrevocable y su vida quedará truncada».

Napoleón exigía a sus raros amigos una devoción sin límites. En lugar alguno aparece tan claramente su egoísmo como en estas palabras que dirige a Montholon un día que creyó notar cierta indiferencia en su compañero de destierro: «He puesto en usted el cariño de un padre por un hijo, por creer que usted no quiere a nadie más que a mí, pues si quisiera usted a alguna otra persona no podría quererme ya a mí. No creo, realmente, que sea propio de nuestra naturaleza el amar por partida doble, y cuando se cree amar por igual a dos seres, se está siempre en un error, aun tratándose de los propios hijos. Siempre existe un cariño dominante, y yo quiero ser, para aquel a quien quiero y honro con mi confianza, ese cariño dominante. Entiéndame bien, no quiero reparos... Todas estas cosas son para mí como otras tantas puñaladas; mi naturaleza es demasiado sensible; el veneno del alma ejerce en mí una acción mucho más perniciosa que una dosis de arsénico».

El movimiento de emancipación femenina tenía necesariamente que disgustarle. También a este respecto elogia las costumbres orientales: «La Naturaleza las ha hecho esclavas nuestras, y sólo las aberraciones de nuestro espíritu pueden explicar que se atrevan a tratar de ser nuestras soberanas... Por una que nos inspira algo bueno, hay ciento que nos llevan a cometer idioteces. Es una locura el pretender la igualdad: la mujer es nuestra propiedad y nosotros la suya, pues ella nos da hijos y el hombre no se los da a ella. Luego es propiedad nuestra, como el árbol frutal lo es del jardinero... Por otra parte, en esta desigualdad no hay nada deshonesto; cada cual tiene

sus propiedades y obligaciones; vuestras propiedades, señoras mías, son la belleza, la gracia, la seducción; vuestras obligaciones, la dependencia y la sumisión».

IX

Durante toda su vida, la imaginación de este genio creador estuvo turbada por el pensamiento del Creador supremo. A este dominador le desazonaba grandemente la idea de que pudiera no haber un Ser Supremo que dominase a todos los hombres. No quiere eso decir que él se creyese nunca de esencia divina —antes bien, reíase de toda interpretación mística de su poder—, pero ello no impedía que hubiese un gran poder, superior al suyo e incoercible, llamárasele Dios, Destino o Muerte. Se preguntaba: ¿cómo el orgullo humano y la imaginación podrían resolver este problema y escapar a esta celada?

En primer lugar, Napoleón rechaza todo dogma: «Mi convicción íntima es que Jesús fue crucificado como todo fanático que se tiene por un profeta o un Mesías. En todos los tiempos ha habido gentes de esta clase. Por mi parte, encuentro un hombre notable en el Antiguo Testamento: Moisés... ¿Cómo había de reconocer yo una religión que condenó a Sócrates y a Platón...? No puedo creer en un Dios que castiga y recompensa cuando veo tantas personas honradas desdichadas y tantos pillos felices. Talleyrand muere en su lecho... ¿Cómo habría conservado yo la independencia de mi pensamiento y de mis movimientos bajo la sugestión de un confesor que me hubiese gobernado por medio del temor del infierno? En ese respecto, ¿qué influencia no podría ejercer un hombre malvado, y aun el más estúpido de los hombres, sobre aquellos que gobiernan las naciones? ¿No es acaso el tramoyista quien, entre bastidores, hace mover a su antojo el Hércules de la Ópera?».

Sobre este punto, jamás se desmintió. De niño, se negaba a ir a misa, y nunca aceptó para sí mismo ninguna religión revelada. El hombre que, en su propia vida, no admitía la intervención del milagro y atribuía todo resultado feliz a causas puramente humanas, fuera razón, espíritu de combinación, audacia, conocimiento de los hombres o imaginación, no podía, lógicamente, aceptar los milagros de la Biblia, y es natural que, con la lógica impecable de un jefe de ejército, ponga en duda que la fuente de Moisés pudiera saciar la

sed de dos millones de hombres.

La idea del juicio final es más extraña aún. Jamás encontramos en su boca la palabra «moral», a menos que use de ella con un fin político. Sin embargo, en Santa Elena, al declinar de su vida, dice una tarde: «El sentimiento religioso es tan consolador, que el poseerlo es un don del cielo... ¡A qué no tendría derecho yo, que he hecho una carrera tan extraordinaria, tan tempestuosa, sin cometer un solo crimen y habiendo podido cometer tantos! Sí, realmente, puedo comparecer ante el tribunal de Dios y esperar su juicio sin temor. Jamás entreverá Él en el fondo de mí la idea del asesinato, del envenenamiento, de la muerte injusta y premeditada, tan comunes en las carreras semejantes a la mía».

Sostenido por esa convicción, soportó su gran prueba sin un momento de desfallecimiento. Cinco años antes de su muerte, dice que esperaba morir sin confesar, aunque nunca se puede asegurar nada. Pero también en este punto debía triunfar su voluntad.

En cambio, había ampliado su concepción primitiva sobre la creación del mundo. De revolucionario había pasado a ser legitimista; de materialista, a deísta, sin renegar por esto de su primer modo de ver. El punto de vista de Napoleón continuó siendo el de un naturalista. «Cuando, de vuelta de la cacería, mandaba abrir en canal los ciervos ante mí, veía que era lo mismo que el interior del hombre. Éste no es sino un ser más perfecto que los seres o los árboles, y que vive mejor... Lo mismo unos que otros, no somos más que materia... La planta es el primer eslabón de una cadena en la que el hombre es el último». Y, sin embargo, el Emperador no conocía el *Tratado de Morfología* de Goethe ni la Filosofía zoológico de Lamarck, hasta al que se había negado a recibir.

Las deducciones que sacó de ciertos fenómenos psicofísicos son todavía más curiosas. En Santa Elena, una tarde de Navidad, le vemos tratando de definir la naturaleza del alma: «¿Creen los soldados en Dios? ¡Los muertos caen tan rápidamente a su lado...! ¿Dónde está el alma de un niño? ¿Y la de un loco...? ¿Qué es la electricidad, el galvanismo, el magnetismo? He aquí donde reside el gran secreto de la Naturaleza. El galvanismo trabaja en silencio. Yo creo que el hombre es el producto de esos fluidos y de la atmósfera, que el cerebro aspira esos fluidos y da la vida, que el alma está compuesta por esos fluidos y que, después de la muerte, regresen al éter, de donde son aspirados por otros cerebros... Lo repito, creo que el hombre nació de la atmósfera calentada por el sol y que al cabo de cierto tiempo esta

facultad dejó de producirse». Luego, a renglón seguido de este razonamiento, que el mismo Goethe habría podido hacer, el Emperador, visiblemente asustado por lo que él mismo acaba de decir, se interrumpe bruscamente y dice, volviendo a ser el soldado que se dirige a otro soldado: «Pero el caso, querido Gourgaud, es que, cuando estamos muertos, lo estamos del todo».

Paralelamente al escepticismo, se desarrollaba en Napoleón una creencia en lo divino, que a veces expresaba con una especie de extraño júbilo. Replicando a Laplace, que negaba la existencia de Dios, dice: «Más que nadie debería admitir usted de buen grado la existencia de Dios, puesto que ha profundizado usted más que otros muchos en las maravillas de la Creación. Si no podemos ver a Dios con nuestros propios ojos, es porque Él ha puesto límites a nuestra inteligencia». En otra ocasión: «Todos los hombres creen en Dios, porque todo en la Naturaleza, atestigua ante sus ojos su existencia». Y en Santa Elena: «Jamás he dudado de Dios, pues aunque mi razón sea incapaz de comprenderlo, mi intuición me convence de su existencia. Mi constitución ha estado siempre en armonía con este sentimiento».

¿Qué actitud adoptará, pues, un espíritu semejante ante el Destino? Su orgullo, que no soportaba la idea de doblegarse ante los hombres, cualesquiera que éstos fuesen, aceptó la de ser vencido por la suerte. Y no es que este sentimiento de dependencia naciera de la derrota, no; toda su vida estuvo informada por él, y él vino a reemplazar en su fuero interno la fe y la devoción, y todas aquellas fuerzas en que los demás hombres hallan el valor necesario para vivir. Napoleón vivió, durante toda su vida, obsesionado por la idea de la Felicidad.

En ciertos momentos de triunfo heroico, sentíase, no obstante, blindado contra los ataques de la suerte. «Creo que la Naturaleza me había calculado para los grandes reveses; éstos me han encontrado siempre con un alma de mármol; el rayo no ha podido morder en ella y ha tenido que resbalar». Y véase esta audacia de poeta: «Si el cielo llega a caerse, lo sostendríamos con nuestras lanzas».

Pero estos instantes de rebelión son raros; por regla general, se inclina: «Todo lo que acontece está escrito, nuestra hora está fijada y nadie puede demorarla... Nadie puede escapar a su Destino». A la duquesa de Weimar: «Créame, hay una Providencia que lo dirige todo; yo sólo soy un instrumento». A Johann von Müller: «En el fondo, una mano invisible lo encadena todo. Sólo gracias a mi estrella he llegado a ser grande». El sentimiento de ser el instrumento del Destino —o de la divinidad— aún

contribuía a exaltar en él el orgullo de la misión de que se creía encargado, y esparcía en torno suyo una especie de resplandor profético, que, por otra parte, velaba con frecuencia la sombra de su orgullo.

Jamás creyó Napoleón en su estrella como otros creen en Dios o en un talismán. No podía soportar que rebajasen sus acciones achacándolas a la Providencia; lo que quiere decir que era mucho menos supersticioso que otros hombres de su fuste. Cuando Luis vacila en entregarle un cuchillo precioso que le ha traído de regalo, el Emperador se lo arranca de las manos, exclamando: «¡Vamos, no te preocupes; este cuchillo no cortará más que pan!». Censura a Josefina por haber consultado a una echadora de cartas; pero luego, lleno de curiosidad, hace que le cuente la sesión. Desea que la firma del tratado de Presburgo sea diferida unos días para esperar la entrada en vigencia del calendario antiguo; pero este deseo no es una orden, y se contenta con decir: «Esto me sería muy agradable», fórmula realmente inusitada en él. En cambio, habiendo visto un mal augurio en el incendio del palacio de Schwarzenberg, cuando su segundo matrimonio, se entera con una especie de satisfacción de la muerte de Schwarzenberg, que viene a justificar su presentimiento y a librarle de la amenaza. Aparte estas bagatelas, no hay día, en el curso de los veinte años de esta vida tan llena de acontecimientos, en que Napoleón haya tomado, adelantado o demorado una decisión por superstición. Pero le gustaba jugar con su estrella y con su destino como medios políticos o figuras de retórica. Pasar en Europa por el hombre del Destino le parecía útil para impresionar a ciertos caracteres, como, por ejemplo, el del Zar, al que decía: «Es prudente y político hacer lo que el Destino ordena e ir allí donde la marcha irresistible de los acontecimientos nos conduce». Gustaba de jugar con las ideas afines de destino, circunstancia y azar. Y, a pesar de considerar el Destino como un misterio punto menos que impenetrable, creía poder calcular por anticipado, con una precisión casi matemática, los efectos del azar en el curso de una batalla. «Es muy importante no equivocarse, pues la menor fracción puede modificar el conjunto... Para los espíritus mediocres, el azar continuará siendo siempre un misterio, pero para los clarividentes llega a ser una realidad».

A veces, revolviendo en montón todas estas nociones contradictorias, se nos aparece como un fatalista convencido: como cuando dice: «Tengo, contra los atentados, mi buena suerte, mi genio y mis guardias». Y con este paso viril camina resueltamente entre la vida y la muerte.

Haciendo un día el elogio de una tragedia moderna, encuentra, sin

embargo, que uno de los personajes al que el autor atribuye el deseo de querer morir, carece de naturalidad y agrega: «Es menester querer vivir y saber morir». Napoleón, desde su juventud, había combatido el suicidio, primero en un breve tratado y luego en una orden del día, insistiendo siempre en la idea de que el suicida es un cobarde, sobre todo en la adversidad. A juzgar por los documentos auténticos, la acusación que se le hizo de haberse querido suicidar cuando su primera abdicación es absolutamente apócrifa. Sólo algunos informes de segunda mano, igualmente apócrifos lo afirman. Ninguna de las Memorias fidedignas de la época hace referencia a este asunto. Es evidente que Napoleón buscó la muerte en el curso de sus últimas batallas, pero también lo es que jamás tomó veneno alguno. No obstante, con gran frecuencia, el cansancio de la vida se apoderaba de él. Estos accesos de desaliento, de los que ya encontramos huellas en su diario de juventud y en la carta que el general de treinta años escribía desde El Cairo a José, desaparecen poco a poco en la fiebre creciente de la acción, y si se puede creer en la felicidad de los hombres de genio, será menester admitir que Napoleón debió de conocer, en el apogeo de su gloria, momentos de goce sublime. Pero también tenía horas de duda.

«—Mejor hubiera sido para la tranquilidad de Francia —dice sobre la tumba de Rousseau— que este hombre no hubiese existido nunca.

»—¿Y por qué, ciudadano Cónsul?

»—Él fue quien preparó la Revolución francesa.

»—No creía yo que fuese usted quien tuviera quejas de la Revolución.

»—¡Bah! El porvenir dirá si no habría valido más, para la tranquilidad de la Tierra, que Rousseau y yo no hubiésemos existido nunca».

Estas dudas se debilitaron con el tiempo, pero lo que jamás le abandonó fue una sensación de aislamiento, tanto más hiriente cuanto mayor era la altura a que se elevaba: «Hay días en que llamo al peligro, y otros en que la vida es dura de soportar».

Habiéndole sido siempre hostil el mar, Napoleón no lo amaba, y sólo se complacía en la contemplación del desierto, cuya desolación infinita le recordaba su propia vida, despejada del espejismo de la acción.

Nunca se evadía más fácilmente a sus preocupaciones, jamás era tan feliz, podría decirse, como cuando asistía, solo en un palco, a la representación de una tragedia. E

El sentimiento de lo trágico le era familiar y respondía a su soledad interior, rescate, por así decirlo, de su orgullo. «No existen la felicidad ni la desgracia —decía—; la vida de un hombre feliz es como un cuadro cuyo fondo fuese de plata con estrellas negras, y la de un hombre desgraciado, un cuadro con fondo negro y estrellas de plata». Pero estas comparaciones son menos conmovedoras que ciertas conversaciones de su vida cotidiana.

«¿No ve usted, Caulaincourt, lo que sucede aquí? Los hombres a quienes he colmado de dones quieren gozar, en vez de seguir batiéndose. No comprenden, míseros razonadores, que es preciso seguir batiéndose para conquistar el reposo a que aspiran. ¿Y yo? ¿No tengo yo también un palacio, una mujer, un hijo? ¿Dejo yo de arrimar mi cuerpo con todo género de fatigas? ¿Acaso no arrojo a diario mi vida en holocausto a la patria?».

Pero lo que él llamaba su patria era su obra. Una nota humana, dulcemente quejumbrosa, impregnada de una suprema ironía, se escapó un día del pecho del cautivo: «Todo ese tiempo he llevado el mundo sobre mis hombros; oficio verdaderamente fatigoso».

X

Esta isla que hoy yergue sus rocas sombrías hacia el cielo surgió del mar, hace miles de años, a consecuencia de una erupción volcánica. Los paredones de lava abruptos y negros, tajados por profundas hendiduras, caen a pico sobre las aguas. La quebrada sobre el puerto, diríase, al desembarcar, la puerta del infierno, y no haría falta mucha imaginación al viajero para pensar que estos baluartes sombríos eran obra de los demonios. Nada muestra aquí la mano del hombre, como no sean algunos cañones disimulados entre las rocas. Al andar, el suelo, de lava, friable, cruje blandamente bajo el pie. Sí, éste es el camino de la muerte...

Un volcán extinguido, perdido en el océano a más de dos mil millas de Europa y casi a mil de África, erizado de cañones ingleses; he aquí lo que es el islote de Santa Elena, donde una vida prodigiosa habría podido encontrar un epílogo digno de una tragedia de Esquilo si la hipocresía de un siglo moralizador, la perfidia de unos cuantos oligarcas ingleses y la seca crueldad de un gobernador no hubiesen hecho de aquel lugar el teatro de un drama a la vez trágico y grotesco.

Un grupo de colonos y la Compañía de las Indias Occidentales habían logrado crear en el interior de la isla una ciudad agradable. Poco a poco, centenares de fragatas han traído tierra vegetal, materiales de construcción, madera; pero como nadie, a menos de verse obligado a ello, vive mucho tiempo en aquel peñón, de ahí los mil doscientos esclavos negros y chinos que sirven a los quinientos europeos que allí habitan durante un par de años.

Nadie puede permanecer más tiempo. En esta isla, nadie llega a los sesenta años, y son muy pocos los que alcanzan los cincuenta. Aquel clima mortal es el de los trópicos sin sol; el calor intenso de las regiones ecuatoriales, unido a las lluvias torrenciales. En menos de una hora, una temperatura tórrida y húmeda seguida de aguaceros glaciales. Quien hace apenas un momento sudaba, se enfría instantáneamente bajo la acción del

violento sudeste. No se puede salir al final de un día de calor sin sofocarse en seguida. Al cabo de un año, la disentería, los vértigos, las fiebres, han dado con uno en tierra. Se sufren vómitos, palpitaciones y, sobre todo, del hígado. Cada vez que Inglaterra enviaba allí una escuadra, perdía centenares de marinos, y había que hacerse de nuevo a la vela y anclar lejos de tierra. Todos los funcionarios y colonos caen enfermos y se ven obligados a partir, a menos de vivir en alguno de los cuatro o cinco lugares de la colonia que se hallan al abrigo del viento.

Los indígenas os dirán que uno de los rincones más malsanos de la isla es la meseta descubierta que se extiende a 500 metros sobre el mar, lugar solitario, azotado por el viento y frecuentado por las brumas casi todo el año. Desmedrados árboles de caucho, desecados por los vendavales, se retuercen bajo la tempestad. Es el Bosque de los Muertos, como lo llaman los habitantes; es Longwood. Éste fue el lugar escogido por Inglaterra para acabar más seguramente con su enemigo, un hombre enfermo. Y es de advertir que Longwood no fue un asilo temporal señalado a la ligera en un momento de precipitación, sino, muy al contrario, escogido después y cuidadosamente preparado durante varios meses, mientras el prisionero vivía en otro lugar de la isla, modestamente, pero siquiera aún en buena salud.

Durante cincuenta años, Longwood había servido de cuadra, y para convertirla en morada humana no habían hecho otra cosa que cubrir el estercolero con un simple entarimado, sin tomarse siquiera la molestia de retirar las basuras. Poco tiempo después de la llegada del Emperador, el piso podrido se hundió; el agua nauseabunda invadió la estancia y Napoleón tuvo que refugiarse en otro cuarto.

Un establo, un fregadero y una cuadra fueron así transformados en seis reducidas habitaciones, estrechas para el Emperador y su séquito. Su alcoba, un oscuro rincón, se halla empapelada con un papel todo manchado por el salitre, y los olores de la cocina llegan hasta ella como treinta años antes llegaban hasta su cuartucho de teniente en Valence; pero allí, al menos, sus libros se hallaban al abrigo de la humedad, en tanto que aquí se enmohecen. El comedor sólo recibe luz por una puerta acristalada; el salón contiene unos cuantos muebles de caoba carcomidos. Las buhardillas de sus ayudas de cámara se ven inundadas con frecuencia por la lluvia, pues esta parte de la casa no está techada más que con cartón embreado.

El Emperador ocupa dos estancias de cuatro metros de largo por tres de ancho y dos y medio de alto. Su alcoba se halla compuesta de una alfombra

en mal estado, unos visillos de muselina, una chimenea, unas cuantas sillas pintadas, dos mesitas, una cómoda y un sofá. En el gabinete de trabajo contiguo hay algunas sillas alrededor de una mesa, unas tablas a modo de estantería, sobre las que se amontonan los libros, y un lecho de reposo para las noches de insomnio. Napoleón ha llevado y colocado en su alcoba su cama de campaña de Austerlitz, una lámpara y un lavabo de plata.

Toda la casa está plagada de ratas. Matan a las gallinas, muerden a los caballos, hieren al general Bertrand en una mano y se escapan del tricornio del Emperador cuando éste va a cogerlo del armario.

¿Quiénes son los que van a compartir con las ratas este domicilio? Tres condes y un barón, oficiales y cortesanos todos, sus familias, dos ayudas de cámara y los criados; unas cuarenta personas a la llegada; al cabo de seis años, la mitad solamente.

Las Cases y su hijo, un niño a la sazón, sólo resistirán un año. De más edad que el Emperador, marqués y emigrado, educado en el *faubourg* Saint-Germain, había recibido el título de conde bajo el Imperio, pero no formó parte del círculo íntimo del Emperador hasta el reinado de los Cien Días. Muy respetable, hombre de mundo, Las Cases había publicado una obra sobre geografía y calculaba ya el valor de las *Memorias* que escribiría y que, en efecto, le produjeron millones. Más bajo que Napoleón, pálido y seco como lo fuera el general Bonaparte, muy culto, de humor siempre igual, servicial, era el compañero y el secretario más agradable, relatando al cautivo las frases ingeniosas que los parisienses habían hecho a su costa, revelándole así, al final de su vida, el lado burlesco de su epopeya. Además, le enseñaba el inglés, ampliando de ese modo el círculo de sus lecturas. Y más tarde, cuando se escriben en inglés, Las Cases subraya en sus cartas las faltas del Emperador. Su marcha debía dejar un vacío que jamás fue colmado.

Bertrand, antaño gobernador de Iliria, fiel en cuerpo y alma al Emperador, es muy susceptible y demasiado altivo para escribir bajo su dictado, pero, por lo menos, sería absolutamente pasivo si no fuese por el miedo a su mujer. Ésta, una hermosa criolla medio inglesa, parece un joven lord; en un principio se negó a marchar a Santa Elena, y hasta amenazó a su marido con arrojarle al agua. Desde entonces está siempre malhumorada, pensando sólo en París, deplorando su juventud malograda. Por otra parte, intima mucho con el enemigo y en una ocasión hasta llega a faltar a la hora de la comida. El Emperador no puede menos de hacer en voz alta la observación y Bertrand se enfada de tal modo que al día siguiente tampoco comparece a la mesa.

Napoleón se niega a comer y dice estas tristes palabras: «Me es más doloroso que se me falte al respeto en Longwood que en París».

Gourgaud es francamente insoportable. En calidad de general joven y edecán del Emperador, había tomado parte en las últimas campañas y le siguió con fidelidad al destierro. Desgraciadamente, es incapaz de sostener el papel que se ha atribuido. El encuentro con una mujer joven y elegante, pocas semanas después de su llegada, basta para que exclame en su diario: «¡Oh, libertad! ¿Por qué seré yo prisionero?». El Emperador le aprecia como oficial de Estado Mayor; sabe leer en un mapa, comprende la estrategia y las matemáticas, pero no se pasa un día sin que se considere ofendido. Su vanidad y sus celos toman en aquel restringido círculo proporciones inauditas. Se convierte en el personaje grotesco por excelencia de la tragicomedia que se representa en torno al Emperador. Semeja, realmente, un perro gruñón. No puede tolerar que se muestren más consideraciones a Las Cases, y el Emperador procura en vano intervenir entre ellos, teniendo que echar mano de toda su autoridad para impedir un duelo: «¿No dicen ustedes que me han seguido para serme agradables? ¡Pues sean ustedes como hermanos! ¿No soy yo, acaso, todo el objeto de sus cuidados...? Quiero que todos estén aquí animados de mi mismo espíritu».

Napoleón tuvo que aprender en aquella roca a ser paciente e indulgente, sobre todo con Gourgaud, al que hablaba paternalmente, haciendo brillar ante sus ojos la perspectiva de un brillante matrimonio con una de sus sobrinas corsas. En otra ocasión, le envía a que se distraiga en una fiesta de la ciudad: «Vaya usted, debe distraerse. Allí verá a la baronesa Stürmer y a lady Lowe. A su edad, la sociedad de las mujeres es agradable. Tendrá usted dulces sueños por la noche, y mañana se sentirá con más ganas de trabajar. Hablaremos de la campaña de Rusia, que usted me preparará». Tanta serena dulzura parece venir ya del más allá. Pero, al día siguiente, Gourgaud se cree nuevamente ofendido porque el ayuda de cámara del Emperador le ha pintado en un cuadro con traje de paisano. Otro día, habiendo recordado al Emperador que le había salvado en Brienne matando a un cosaco que le amenazaba, se pone fuera de sí porque el Emperador asegura que es la primera vez que lo oye. «¡Pues todo París ha hablado de ello!». A lo que el Emperador le contesta sonriendo: «¡Es usted un hombre valiente, pero continúa usted siendo un niño!».

Cuando el criado de Las Cases roba a Gourgaud una cruz de diamantes, el Emperador, para arreglar las cosas, se ve obligado a meterse la cruz en el

bolsillo y a devolverla a su propietario asegurando que él mismo la había cogido. Pero cuando Gourgaud comienza a quejarse, pretendiendo que no tiene el suficiente dinero para sostener a su madre, el Emperador le apostrofa de pronto con violencia: «Aquí estamos en un campo de batalla, y el que se fuese de un combate porque no tiene suficiente fortuna, sería un cobarde... Esté, pues, convencido de que no le debo nada por haberme acompañado aquí; si hubiese permanecido usted en Francia, el duque de Berry le hubiera mandado ahorcar, pues para eso tenía usted mando en París en 1815». Habiendo dado así libre curso a su indignación, Napoleón agrega que puede marcharse cuando quiera, pero entabla en seguida una larga discusión sobre cañones, arzones y municiones. Y al día siguiente le dice:

«—Vamos, Gourgaud, ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué tiene esa cara tan larga...? Hágase friccionar como yo; eso le sentará bien. Si no calma usted su imaginación, se volverá loco... La imaginación es como el Danubio, se le puede saltar a pies juntillas en su nacimiento... Aunque no muy rico, todavía tengo algunos millones, y si muero en Santa Elena... Ya no tengo más familia que ustedes. Les quedarán a ustedes mis obras, y nadie hace más justicia que yo a sus méritos y talentos. Pero aquí, es preciso agradarme, distraerme. ¿Cree usted que cuando me despierto, de noche, no tengo momentos muy malos, recordando lo que era y donde estoy ahora?».

Tan dolorosas palabras pronunciadas en la comida por el Emperador, en presencia de su pequeña corte, imponen silencio a todos. Cada uno se estremece, sintiendo como si se efectuase un último derrumbamiento, cuyo eco repercutirá hasta Europa. Las intrigas y las enemistades se apaciguan durante unos días: pero, poco después estallan de nuevo con más fuerza a propósito de naderías. Gourgaud no soporta va más: entabla amistad con los ingleses y, al cabo de dos años, abandona al Emperador, llevando cartas de recomendación del gobernador, enemigo mortal de su legítimo señor.

Montholon es el más fiel de los compañeros de destierro del Emperador. A la edad de diez años había tenido como profesor de matemáticas al capitán de artillería Bonaparte: luego, bajo su mando, había tomado parte en cuarenta batallas, frecuentando siempre con asiduidad, en el intervalo de ellas, la Corte. Permaneció seis años en Santa Elena y, más tarde, aún hubo de probar otra vez su fidelidad a la casa de los Bonaparte compartiendo durante otros seis años el cautiverio de Napoleón III. ¡Qué lástima, pues, que su mujer, habitualmente tan dulce y sumisa, no pueda resistir a la condesa Bertrand y le declare un tanto despiadadamente que su recién nacido está enclenque porque

su leche no vale nada!

La condesa Bertrand, por su parte, cuenta con que su hijo mayor será seguramente gran mariscal de la Corte si Napoleón II llega a reinar. Y todo se vuelven celos y envidia en aquellos cerebros de cortesanos, porque Bertrand continúa siendo gran mariscal, mientras Gourgaud se halla encargado de la cuadra y Montholon cuida de la cocina. ¡Graves ocupaciones, que apenas si llenan dos horas de sus largas jornadas!

Sus querellas toman tales proporciones que, después de un altercado a propósito de doscientos cincuenta francos, se acaba, en aquel palacio de tablas y cartón, por no tener más relaciones que por escrito. Y hasta la condesa Montholon tiene que acabar abandonando la isla con sus hijos.

¿Cuáles, pues, de sus compañeros son sinceramente devotos del Emperador? Tres criados: Marchand, su ayuda de cámara desde hace cuatro años, y dos corsos que ha traído consigo Napoleón en el último momento, como si, instintivamente, hubiese querido establecer un lazo entre la isla de su nacimiento y la isla de su muerte. Estos tres hombres no piensan en hacer amistades con los ingleses, que, sin embargo, tratan de sonsacarles. Cipriani tiene hasta una razón especial para permanecer alejado de ellos. Siendo sargento, había logrado tomar por sorpresa la isla de Capri, que mandaba a la sazón el actual gobernador de Santa Elena. Santini pide a veces permiso para ir a tirar a los pájaros, pero se entera de que había prometido a sí mismo matar al gobernador, «el monstruo», dándose en seguida la muerte, y el Emperador, furioso, se lo prohíbe expresamente. ¿Acaso no le tomaría Europa a él mismo como instigador de semejante crimen? Pero, apenas ha salido Santini de la estancia, su amo murmura con cierta satisfacción: «¡Así somos los corsos!».

XI

Un hombre flaco, de edad ya madura y de ademanes inquietos, pelirrojo, pecoso, con una mancha oscura de empeine en la mejilla, el cuello nudoso, las cejas de un rubio claro sobre unos ojos que jamás miran de frente: tal es el personaje que, vestido con uniforme de general inglés, desempeña las funciones del carcelero.

Vive en una hermosa casa de campo, situada en la parte más abrigada de la isla, con el jardín más antiguo y mejor cuidado de la colonia. Después de su primera visita, el Emperador dijo de él: «¡Es horrible! Un rostro patibulario como el de un esbirro veneciano. Me lanzó una mirada de hiena cogida en la trampa. Tal vez sea mi verdugo».

No eran sus funciones lo que hacían a Hudson Lowe despreciable a los ojos del prisionero —éste vivía en buenos términos con el almirante y los demás oficiales ingleses—, sino el modo de cumplirlas. Lowe había sido un Fouché británico en diminutivo, jefe de espionaje inglés en Italia, y en calidad de policía abordaba la delicada tarea que le había sido confiada. La tranquilidad de Europa dependía de su vigilancia, y como a Europa le importaba más su tranquilidad que toda grandeza de alma, de ahí que buena parte del público le incitara casi a ser brutal.

La prensa inglesa comparaba al augusto prisionero con un joven malhechor londinense cuya deportación acababa de causar cierta sensación; y uno de los diarios más importantes de Inglaterra llegó hasta llamarle asesino de los prisioneros de Jafa, al mismo tiempo que trataba a sus hermanas de rameras y a Murat de mozo de café, mientras que, por otra parte, una ley *ad hoc* amenazaba con la pena de muerte al que intentara favorecer la evasión del prisionero, negando, además, al reo la asistencia religiosa, sin que tampoco faltasen los que sostenían públicamente que el príncipe regente había «cubierto su nombre de vergüenza al regalar a Napoleón unos fusiles de caza». Solamente la actitud del partido liberal y la protesta solemne de dos

miembros de la Cámara de los Lores, el duque de Sussex y lord Holland, dejaron en aquella ocasión a salvo el honor inglés. Lady Holland llevó su audacia hasta enviar libros y frutas al Emperador. Otra dama de la aristocracia, que antaño pensara en formar un cuerpo de amazonas para combatirle, tomó valientemente su partido y su defensa. Un eminente jurista inglés probó en veintiuna tesis que su detención, después de firmada la paz, era al todas luces ilegal. Thomas Moore y lord Byron unieron a ello su protesta. En cuanto a Alemania, felizmente, sus incesantes ataques contra Lowe la justifican ante la Historia.

El gobernador transformó la isla en un, verdadero calabozo. Un reglamento, que comprendía veinticuatro artículos, prevenía a la tripulación y pasaje de los barcos, desde su llegada al puerto, de todas las prohibiciones establecidas, so pena de castigo. En las calles, diversos cartelones vedaban terminantemente toda relación con los franceses, y sólo provistos de una autorización, especial era posible llegar hasta Longwood. Durante seis años, los oficiales ingleses observaron con anteojos de larga vista los alrededores de la residencia imperial sin ver otra cosa que los lagartos corriendo por el tejado. Un sistema de señales informaba a Lowe de todo lo que en ella sucedía: si el general Bonaparte ha rebasado los límites de su territorio; si va acompañado; si va solo, etc. Sólo una señal no fue izada, nunca: la bandera azul que debía anunciar la terrible noticia: «El general Bonaparte ha desaparecido».

A cuatro kilómetros en torno de Longwood han levantado un muro, que acordonan, de cincuenta en cincuenta pasos, los centinelas. De noche, la vigilancia se extrema, aproximando los centinelas a la casa. Y cuando el Emperador manda llamar a Bertrand después de las nueve de la noche, los soldados le escoltan, manteniendo constantemente sus bayonetas al alcance del corazón del francés.

El Emperador, acostumbrado desde hace treinta años a los largos paseos a caballo, no tiene derecho a rebasar los límites de Longwood sin ser acompañado por oficiales ingleses y no puede, ni aun con esta escolta, traspasarlos más allá de ocho millas inglesas. Napoleón protesta: «No es que el uniforme rojo me desagrade más que otro cualquiera; todos los soldados son semejantes después de haber recibido el bautismo del fuego; pero en modo alguno reconoceré por ningún acto que estoy prisionero». En los primeros tiempos, cuando estaba de buen humor, ordenaba a veces al oficial inglés que se quedase atrás, y partía al galope con Gourgaud, para hacer alto

al cabo de un rato en casa de algún colono. «Pero no diga a nadie que hemos estado aquí», recomendaba al partir. Más tarde, cuando quería salir de paseo, la vista de los ingleses aguardándole le llenaba de amargura, y con frecuencia daba orden de desenganchar y volver a entrar en la casa.

Una vida semejante, unida a la acción deprimente del clima, forzosamente tenía que apresurar los progresos de la enfermedad y la cercanía de la muerte. Sus piernas, faltas de ejercicio, se hinchaban y, como durante muchas semanas no recibe agua fresca ni leche, en tanto que el gobernador, muy cerca de allí, da fiestas, su enfermedad del estómago se agrava rápidamente. El Emperador desea un lecho más ancho que su cama de campaña, pero falta sitio para instalarlo, y tiene que contentarse con su sofá, colocado junto a su lecho plegable. Su dinero, lo mismo que el de su comitiva, ha sido confiscado, y como interceptan las cartas que dirige a Francia reclamando subsidios, muchas veces se ve obligado a mandar romper a martillazos algunas piezas de su vajilla de plata. Prevenido por la telegrafía de señales, el gobernador prohíbe la compra a los habitantes y las adquiere a bajo precio por medio de sus agentes. Cuando, algunos meses después, llegan periódicos en los que se ve el horror que semejante trato inspiraba en Europa, el gobernador, furioso, decreta nuevas restricciones y envía a Longwood carne incomible y vino agrio.

Diríase el genio malo de los cuentos populares, inventando de continuo nuevos vejámenes, con el solo fin de atormentar a su víctima. El día del aniversario de Waterloo, pasa revista a sus tropas a dos pasos de Longwood. Invita al Emperador a una fiesta dada en conmemoración del cumpleaños del Príncipe Regente, y otra vez acompaña su invitación con estas palabras: «Para encontrarse con lady London» (esposa del Gobernador General de la India, marqués de Hastings). En cuanto el correo trae nuevos libros contra el desterrado, ya está Lowe apresurándose a mandarlos a Longwood; pero, en cambio, cuando llega el busto del Rey de Roma, esculpido por uno de sus admiradores, el gobernador procura sustraerlo al Emperador, pretextando que podía haber papeles ocultos en su interior. Intercepta una carta escrita por el prisionero al Príncipe Regente de Inglaterra pidiéndole noticias de su mujer y de su hijo; prohíbe el acceso a Longwood a un explorador austríaco que ha visto al niño, y cuando, por intermedio de algunos fieles servidores y la piedad de una asistenta, llega un bucle de los cabellos del Rey de Roma a manos del padre, Lowe dirige a este respecto un largo informe a Inglaterra.

En un comienzo, el carcelero veía algunas veces a su prisionero. Éste,

después de una de estas visitas, dice: «¡Qué innoble y siniestra figura la de este gobernador! ¡Tirad esta taza de café junto a la cual ha estado ese hombre!, por nada del mundo la tomaría». Desde su llegada, Lowe se propuso sistemáticamente apresurar el fin de Napoleón. Cuando las fuerzas del Emperador declinaron, le privó del médico inglés que gozaba de su confianza y que, habiéndose negado a dar sobre el enfermo otros informes que los puramente facultativos, se había hecho sospechoso al gobernador. No contento con rodear Longwood de espías, cubre con ellos toda la isla, de suerte que pronto una verdadera red de intrigas envuelve por el exterior la casa, mientras en el interior las mezquinas envidias tejen también su urdimbre, como antaño en las Tullerías.

En un informe dirigido a Londres, O'Meara hacía constar hasta qué punto la enfermedad hepática del Emperador se había agravado durante el tercer año del cautiverio, por culpa del clima, de su habitación malsana y de la falta de ejercicio. «Si hay algo que pueda sorprender, es que los progresos del mal no hayan sido más rápidos. Sólo la fuerza del alma del enfermo y la bondad de una constitución que no había sido debilitada por el libertinaje han podido defenderlo». El ministro de Relaciones Exteriores, y muy probablemente el Príncipe Regente, conocieron este informe. Así que el hecho de haber dejado al Emperador otros tres años en Santa Elena, en lugar de enviarlo a las Azores, es prueba más que suficiente de la mala fe del Gobierno inglés y de que Lowe no fue, en el fondo, más que su digno intérprete. La diabólica perfidia de su política aparece cabalmente retratada en el siguiente fragmento de uno de sus informes: «Voy a arreglar las cosas de manera que pueda montar a caballo, pues no quiero que muera de un ataque de apoplejía; esto podría ocasionarme muchos trastornos, a mí y al Gobierno. Prefiero que muera de una enfermedad lenta y que nuestros médicos puedan hacer constar como natural. Una apoplejía se prestaría demasiado a comentarios».

A comienzos de su permanencia en Santa Elena, el Emperador redactó una protesta oficial, de doce páginas, en la que exponía todos sus motivos de quejas. Secretamente la mandó copiar sobre seda para enviarla a Europa. Declaraba en ella, entre otras cosas, que, no pudiendo aceptar el ser llamado «general», pues esto sería desautorizar sus títulos de Cónsul y Emperador, que le habían sido conferidos por el pueblo, había propuesto el adoptar el nombre de Duroc o de Muiron, a fin de conciliarlo todo, pero que Inglaterra le había negado este «derecho», acordado a los soberanos. Es más, el gobernador hasta procuró devolver a su nombre la «u» italiana de los Buonaparte. Después de haber llevado siete nombres diferentes, ¿iba el Emperador, por una especie de

trágica ironía del destino, a volver a su nombre de origen?

Por otra parte, no tardaron en estallar diversos conflictos. El ardor combativo de Napoleón se despierta por última vez. Su odio se expresa con mayor violencia que en aquellos tiempos en que, todopoderoso, podía, en vez de hablar, aniquilar al adversario.

También en Longwood se reciben noticias del campo enemigo. Cuando el gobernador se acerca al muro que rodea la casa, el Emperador entra en ella y hace que su ayuda de cámara despida más o menos cortésmente a Lowe. Pero un día, habiéndolo encontrado en su jardín, Lowe le exige de buenas a primeras que limite los gastos de su casa. Inmediatamente, el soldado estalla en el Emperador, que prorrumpe: «Lleva usted la inconveniencia hasta a hablarme de detalles innobles. ¿Cómo quiere usted, pues, que le considere como otra cosa que mi carcelero? ¿Dónde mandó usted nunca más que bandidos y desertores, desechos de todos los países? Yo conozco los nombres de todos los generales ingleses que se han distinguido. En cambio, a usted jamás le he oído citar sino como un escriba de Blücher o un jefe de bandoleros. Usted jamás ha mandado hombres de honor. En definitiva, no me cansé usted más con los detalles repugnantes de lo que gasta usted en mi alimentación; no envíe nada a Longwood, si quiere iré a sentarme a la mesa de los oficiales del valiente 53. Estoy, seguro de que no hay entre ellos uno solo que se niegue a compartir su comida con un veterano como yo. Tiene usted plenos poderes sobre mi cuerpo, pero mi alma le escapará siempre. Sepa usted que mi alma es tan altiva y tan animosa sobre estas rocas como cuando mandaba a Europa. Usted es capaz de todo con su grosería; hasta me envenenaría, si tuviese valor para hacerlo o si recibiera la orden».

Sin una palabra, el Gobernador da media vuelta, monta a caballo y se aleja a galope. Comparando entonces el presente al pasado, Napoleón no exclama: «Antaño le hubiese reducido a la nada», sino que dice, sencillamente: «En las Tullerías, una escena semejante me habría sonrojado».

Día y noche, el gobernador se halla en acecho, discutiendo con los acompañantes del Emperador a propósito de los menores detalles, pero, en cambio, el prisionero mismo no debía ya volver a verle. Un día en que el Emperador, según su costumbre, se negaba a recibirle, Lowe insistió, alegando que debía darse cuenta por así mismo de la presencia del general. El ayuda de cámara advirtió a su señor, y Lowe oyó, por la puerta entreabierta, esta respuesta: «Diga a mi carcelero que sólo de él depende cambiar sus llaves por el hacha del verdugo y que, si entra, sólo encontrará un cadáver. Déme

usted mis pistolas».

Para asegurarse de que «el general» continuaba allí, Hudson Lowe tuvo, pues, que esperar a verle en su lecho de muerte.

XII

A fin de abreviar en lo posible la jornada, el Emperador se levanta tarde. Apenas llama, Marchand se presenta. Napoleón pregunta qué tiempo hace, se pone su bata de mañana y conserva en la cabeza su gorro de dormir de madrás rojo, vaga parodia del turbante en que un día soñara. En seguida, ablución de agua fría y fricción; aunque, ¡ay!, sin agua de Colonia.

Entre tanto, llega el doctor O'Meara; el Emperador habla en italiano con él y le pregunta las últimas noticias de la isla. A veces falta azúcar para el café. ¿Han llegado ya los periódicos nuevos? No, todavía no. Se podría tomar un baño, pero no hay espacio... Que venga Gourgaud, para escribir al dictado. ¿Dónde habíamos quedado? ¿En las Pirámides? El Emperador pasea de arriba abajo por la angosta y destartalada habitación. Sobre la mesa, desplegado, un mapa de Egipto.

Desayuno con Gourgaud. La conversación versa sobre ciertas empalizadas que podrían servir de protección contra un ataque de la artillería. Por la tarde, generalmente, el Emperador lee en su alcoba, tendido sobre el viejo sofá destripado, cubierto con una colcha de algodón. La misma casa natal de Córcega ofrecía más comodidades. He aquí algunos volúmenes del *Monitor*; cuando comienzan a aburrirle, el desterrado los deja caer y vuelve sus miradas hacia el retrato que Isabey pintara de su mujer y de su hijo. Al lado, sobre una mesa pintada de blanco, entre las dos águilas que sostienen, los candelabros provenientes de Saint-Cloud, se halla el busto en mármol de su hijo, y fijadas en el marco desconchado del espejo cuatro miniaturas representando igualmente al Rey de Roma. También se ve, en el muro, un retrato de Josefina, el reloj de oro de Rívoli, cuya cadena fue trenzada con los rubios cabellos de María Luisa, y el despertador de plata de Federico el Grande. Vestigios elocuentes del pasado, reunidos en aquella humilde estancia.

Para la comida, todo el mundo se cambia el traje. El Emperador se pone su vieja levita verde, su cruz de la Legión de Honor, medias y zapatos de

hebillas. Los criados sirven vestidos con las libreas recamadas de oro que llevaban en París. Sobre su mesa, en la exigua habitación que trasciende a moho, figuran el servicio de porcelana de Sèvres, cuyos medallones representan las batallas de Napoleón; los globos de cristal rematados por las águilas imperiales, y unos candelabros de plata. Cipriani corta la carne para Su Majestad y le sirve ceremoniosamente, Conversación monosilábica sobre el precio de ciertos objetos de París, por ejemplo. El Emperador dice, con toda seriedad, cuánto le costaron el cetro y el trono. Después de la comida, en el salón, lectura de Corneille; las mismas obras, releídas de continuo. El Emperador declama apasionadamente, es decir, bastante mal. Alguna vez, los auditores se adormecen: «¡Señora, se está usted durmiendo!». «¡Despiértese usted, Gourgaud!».

«—A sus órdenes, Majestad».

Algunas noches jugaba al ajedrez con Bertrand o al revesino con Montholon. «¿Qué hora es?».

«—Las once, *Sire*.

»—Una nueva victoria ganada sobre el tiempo, otro día menos».

De esta manera se deslizan los dos mil y pico de días. Sus campañas de Italia y de Egipto y el golpe de Estado se habían llevado, por así decirlo, la mitad del tiempo.

Dictar y leer son sus mejores pasatiempos. Él, que en su juventud no sólo había devorado, sino anotado, toda una biblioteca, no tuvo luego, durante veinticinco años, sino escaso tiempo para la lectura. ¿Qué leerá ahora? Todo lo que de joven no leyera. En el umbral de la vida, consultaba a los autores más diversos, reuniendo materiales y evitando, como realista que era, toda síntesis. Hoy, que el mundo se ha cerrado ya tras él, trata filosóficamente de formarse una opinión de conjunto sobre las cosas. Antaño le apasionaba la Historia; hoy prefiere a los poetas, sobre todo aquellos cuyos cantos parecen reflejar la epopeya heroica que acaba de vivir. En el primer lugar pone a la *Ilíada*. «Esta obra era —decía—, lo mismo que el Génesis y la Biblia, el signo y el gaje del tiempo. Homero, en su producción, era poeta, orador, historiador, legislador, geógrafo, teólogo; el enciclopedista, en suma, de su época. Lo que sobre todo me asombra es la grosería de las maneras unida a la perfección de las ideas».

Napoleón encuentra una especie de apaciguamiento en Homero. La *Odisea* le interesa menos; es la historia de un aventurero, y ya, para eso, él es

muy superior a Ulises. Elogia el Edipo de Sófocles, que es la tragedia del desterrado; el *Agamenón* de Esquilo, el *Paraíso Perdido*, la *Biblia*. Corneille y Racine le ofrecen la imagen, transpuesta al francés, de los héroes que durante treinta años le han servido de ejemplo. No se cansa de *Cinna*, de *Filoctetes* y de *Osián*, al que lee en italiano. Los escritores satíricos, tales como Molière y Beaumarchais, a los que antes despreciara, le interesan ahora. Lee todo lo que aparece de nuevo en cuestión de Memorias y libelos, especialmente los dirigidos contra él.

La llegada de Francia del barco que trae nuevas cajas de libros es un gran acontecimiento. Tres mil volúmenes van guarneciendo poco a poco los estantes de la húmeda biblioteca. Pero ¡qué lástima que el Emperador lea tan de prisa! En menos de una hora ha terminado un volumen. Su ayuda de cámara recoge del suelo, de la noche a la mañana, montones de libros, pues su amo arroja a tierra todo lo que ha leído o desdeñado leer.

Al comienzo de su estancia en Santa Elena aún vivía Napoleón al compás vertiginoso que durante treinta años fuera el suyo. Olvidaba que ahora era preciso vivir lentamente, y así fue como el único trabajo que pudo hacer durante su cautiverio se encontró terminado demasiado pronto.

Cuando prometió a sus viejos granaderos el relato de sus grandes acciones, lo hizo exclusivamente con el propósito de ocupar sus ocios en la isla de Elba. Durante su primer destierro no pareció, sin embargo, pensar en ello; pero, apenas había transcurrido el primer año de su segundo destierro, ya había dictado sus Memorias por entero. También esta vez el impulso le había venido del exterior. Un acontecimiento fortuito, a la llegada de algunos folletos relatando con numerosas inexactitudes su desembarco en Cannes, le empujó a poner las cosas en su punto. Sin dejar de ir y venir por la habitación, comienza a discurrir, haciendo señal a Montholon de que vaya escribiendo, y de un tirón, le dicta el capítulo de su regreso de la isla de Elba. A dos mil leguas de sus archivos, sin la ayuda de ningún documento, reconstruye de memoria y con una inspiración igual a la de su mejor época toda la historia de los Cien Días. Luego, de repente, se interrumpe. ¿Para qué?

Poco tiempo después, un informe de la Cámara Popular le incita a reanudar el trabajo. Dicta, entonces, durante catorce horas sin interrupción. Sus secretarios caen rendidos de fatiga y se turnan; él se burla de ellos y prosigue. En otra ocasión, durante una noche de insomnio, manda llamar a Montholon y confía a su pluma recuerdos más recientes. Como vuelve siempre con predilección a sus primeras victorias, las personas que le rodean

le aconsejan que comience por relatar sus guerras de Italia, Egipto y el Consulado. El Emperador, que había mandado simultáneamente en los cuatro rincones de la tierra, distribuye hoy el trabajo a sus últimos colaboradores, como antaño lo hiciera a sus generales, dictando en unas cuantas semanas las guerras de 1796 y 1799. Va y viene sin cesar; las puertas golpean fuera con violencia, fragmentos de conversación llegan hasta la habitación, importunando a los secretarios; pero el Emperador nada oye. Cuanto más firmes suenan sus pasos, más ganan sus frases en concisión; en ciertos momentos, la emoción le hace jadear.

Pero cuando Las Cases, que acaba de escribir bajo su dictado el relato de la batalla de Arcola, exclama: «¡Esto es más hermoso que la *Ilíada!*», Napoleón, mirándole con aire irónico, dice riendo: «¡Bah! Usted todavía se cree en la Corte. Todavía, antes de quedar satisfecho, tendré que rehacer este capítulo veinte veces». Manera de hablar que no es en él sino una cínica defensa contra la adulación, pues ni por un momento piensa en deshacer lo escrito y apenas introducirá algunas enmiendas cuando le releen lo que ha dictado.

Sólo la batalla de Waterloo le parece exigir continuos cambios y correcciones. A pesar de toda su objetividad, no se explica el desenlace de ella y busca siempre nuevas interpretaciones. Habiéndole proporcionado unos oficiales ingleses la ocasión de hacer llegar a Europa sus escritos, el Emperador redacta con especial cuidado el capítulo sobre Waterloo a fin de disminuir a los ojos de todos el mérito de Inglaterra. «Este tema es demasiado melancólico —decía—; vámonos a la cama».

Hay algunas inexactitudes en su obra, fechas alteradas, por ejemplo, y no por falta de memoria, sino voluntariamente, falsedades con el fin de asegurarse un lugar más lúcido en la Historia. Sus errores, sin embargo, no son más numerosos que los que se encuentran en las obras de César y no atañen a acontecimientos importantes. Cuando pretende haber obtenido una medalla de oro en el concurso de la Academia de Lyon y haber consagrado la cantidad en metálico aneja a ella al socorro de su madre; cuando se atribuye a sí mismo, en ciertas batallas, un mérito que hubiese sido más justo dejar a sus generales, como en Marengo, por ejemplo; cuando inventa de cabo a rabo un tratado según el cual el Zar le había propuesto, antes de la campaña de Rusia, el reparto de Europa, deforma el carácter de sus colaboradores, pero respeta los hechos principales.

Sin duda idealizó sus acciones con arreglo a su concepto del héroe, pero

aquéllas pierden más que ganan, y el cuadro que traza de su ascensión al poder es verídico en su conjunto. Ni, la jactancia ni la calumnia podían, por otra parte, cambiar lo más mínimo las formidables consecuciones de sus primeras victorias. Pero las *Memorias* dictadas por Napoleón atañen casi únicamente al hombre de guerra y son, por lo tanto, mucho menos interesantes para el conocimiento de su personalidad que sus últimas confesiones recogidas en el curso de coloquios y charlas familiares.

Por otra parte, no tarda en cansarse de escribir. Después de haber pensado en dictar su campaña de 1800, llevada a cabo en unas cuantas semanas, renuncia a ello y encarga a Gourgaud que vaya reuniendo documentos sobre la campaña de Rusia. Y he aquí a Gourgaud consultando sobre esta guerra, en la que él mismo tomara parte, no ya una obra rusa, sino una obra inglesa, en la que se habla del Emperador que vive a unos cuantos pasos de él, separado sólo por tres habitaciones, y que podría informarle mejor que nadie.

Napoleón, cuyo movimiento espiritual fue siempre del acontecimiento a la idea y sólo por excepción del pensamiento al hecho, continúa fiel a su naturaleza. A veces, al recibir ciertas noticias de París, dicta reflexiones que prueban su pericia y traza planes financieros. Desde su roca, desde su estancia angosta, quiere contestar al mundo, a aquel mundo que no le interroga ya, y su voz se pierde en el vacío. Algunas veces piensa en componer un tratado sobre el arte de la guerra, pero renuncia, al fin, a ello, pues «los generales vencidos en las guerras futuras me echarían a mí la culpa, asegurando que se habían atendido a mis principios. ¡Hay tantos elementos diversos en la guerra!». Nueva prueba de su desconfianza en toda sistematización; hombre, esencialmente, de la experiencia y de lo inesperado. Pero si surge, de pronto, algún problema aislado en el curso de sus sesiones de dictado, inmediatamente se ocupa de él en los términos más precisos. Así, obliga a Gourgaud a calcular exactamente la cantidad de agua que podría suministrar una bomba de incendios, cuyo uso quería introducir en la guerra como defensa contra los fuegos provocados por los bombardeos.

De cuando en cuando, la llegada de visitas abrevia largas jornadas. Viajeros ingleses, sabios, colonos, debidamente recomendados, son recibidos por el Emperador y cuentan, a su regreso a Europa, el vigor de espíritu que ha conservado Napoleón. Éste desea la difusión de dichos informes, que no pueden sino contribuir al cambio de opinión que ya el diario de Las Cases, ha suscitado en su favor desde el momento de su publicación.

«¡Presentad vuestras quejas, señores; que Europa las conozca y se

indigne! A mí, mi dignidad y mi carácter me impiden quejarme». Y agrega estas profundas palabras: «Yo ordeno o me callo».

Algunos viajeros le cuentan cosas interesantes. Un almirante inglés, cuyo barco se hallaba anclado cerca de la costa durante la batalla de Waterloo, le confiesa que al ver que no llegaba Blücher, Wellington había dado ya la orden de embarcar a sus tropas. Al saber qué entusiasta admiración sienten por él los oficiales ingleses, Bonaparte exclama, a fe de genuino revolucionario: «No cabe duda de que todas esas gentes están de corazón con nosotros. Todos ellos han salido del tercer estado inglés y son, por lo tanto, enemigos de la altanera aristocracia».

Todos los soldados están también de su parte. Algunos marineros ingleses, de escala por unos días en Santa Elena, logran escabullirse por la noche hasta Longwood y se presentan ante el Emperador con un ramito de flores en la mano y rojos de confusión. Napoleón, riendo, les da unas palmaditas en los hombros. Cada vez que relevan la guarnición, recibe a los oficiales exactamente como si fuesen franceses y él su general: «¿Cuántos años de servicio lleva usted? ¿Ha sido usted herido? Estoy muy satisfecho del 53; siempre sabré con placer todo lo bueno que pueda ocurrirle. ¿Qué, siente usted, almirante Bingham, que estos valientes se vayan? Nada, nada; para consolarse hay que hacer un pequeño Bingham a milady». Gran carcajada. El almirante se pone como un pimiento. El día de la partida de la fragata, los hombres aclaman por tres veces al prisionero. Tres meses más tarde, la anécdota corría a través de toda Europa.

Pero un día, habiendo examinado una condecoración que un capitán llevaba en el pecho y leído en ella: «Batalla de Vitoria», el Emperador pasó en seguida, sin una palabra, al siguiente visitante.

Para satisfacer la curiosidad de sus soberanos, los aliados de Inglaterra sostenían cada uno un representante en Santa Elena. Pero como el Emperador se negara a recibirlos, los cuatro delegados permanecían desterrados en medio del Atlántico, sin ver siquiera al objeto de su misión. Nuevo centro de intrigas. El único con quien el Emperador autoriza a su séquito mantener relaciones es el marqués de Mont-Chenu, que el cristianísimo rey Luis XVIII ha enviado a la isla junto a su poderoso predecesor. El Marqués hace llegar al Emperador los periódicos más recientes y extractos de las cartas que le llegan. A cambio de ello, el prisionero le presta libros, y cuando llega a Santa Elena la noticia del asesinato de un príncipe de Borbón, el general Bonaparte encarga al conde Bertrand que transmita su pésame al Marqués; verdadera

escena de ópera cómica...

Cuando Napoleón se halla de buen humor, procura distraerse. Pasa toda una tarde hojeando el almanaque imperial de su reinado y dice, al cerrarlo, como el calderero del cuento de hadas: «¡Hermoso Imperio! Tenía yo entonces unos ochenta y tres millones de hombres que gobernar, más de la mitad de la población de Europa entera». Otra tarde, en compañía de Las Cases, recuerdan mutuamente su juventud. Ríen mucho, beben champaña y, al dar las once, dice el Emperador. «¡Cómo se ha pasado el tiempo! ¡Lástima que no pueda tener con frecuencia momentos semejantes! Amigo mío, me deja usted dichoso».

Palabras más conmovedoras que una queja.

Otro día, el Emperador sienta sobre sus rodillas al hijo de Montholon, que tiene siete años, y le cuenta la fábula del Cordero y el Lobo. El pequeño no entiende bien y confunde cómicamente el cordero, el lobo y Su Majestad. El Emperador ríe y se regocija de haber pasado media hora agradable. En otra ocasión se pasea por su estancia tarareando una melodía italiana y se desternilla de risa porque acaba de leer que el rey Luis le llama siempre «monsieur de Bonaparte». Cuando no puede dormir, hace que Las Cases le cuente las historietas del *faubourg* Saint-Germain, o bien dice a Gourgaud: «Hablemos de mujeres; jamás he tenido tiempo para ellas; de otro modo, habrían dominado mi vida». Si se aburre en su baño, prueba a Gourgaud que la presión del agua sobre un objeto sumergido es igual al peso de ese objeto multiplicado por la altura de la masa líquida. Un día le encuentran en la puerta del salón con una vara de medir en la mano midiendo su estatura y la de todos sus compañeros.

A veces permanece toda la mañana sin vestirse y sin salir, dejando todas sus ocupaciones para la tarde. En una de estas ocasiones, después de un día especialmente tórrido, no volvió a la casa hasta después de medianoche, asegurando que había ganado una verdadera victoria sólo por conseguir estar fuera hasta tan tarde. Otro día, habiendo subido con ayuda de una escalera a la buhardilla de su ayuda de cámara, cuya instalación se le había elogiado, se hace mostrar su guardarropa y se asombra de tener aún tantas cosas. Su mano acaricia el uniforme de Cónsul, presente de la ciudad de Lyon; las espuelas de Wagram, la capa de Marengo, y vuelve a descender por la escalera de mano sin decir una palabra.

Pero ¿será posible que no haya allí un ser por quien, en su desesperada

necesidad de llenar su vida, pueda interesarse?

Sí, hay uno. En el jardín y en el camino ha visto y observado con frecuencia a un esclavo malayo llamado Tobías. Tobías había sido raptado, vendido luego como esclavo y, por fin, abandonado en la isla. El Emperador no se cansa de observarle, y cada vez que se encuentra con él le da un napoleón de oro. El malayo dice entonces, en su inglés defectuoso: «Buen señor».

«Ese pobre Tobías que veis allí —dice el Emperador— es un hombre arrancado a su familia, a su suelo natal, a sí mismo, y vendido; ¿puede haber un tormento mayor para él? ¿Y un crimen mayor en los demás? Si este crimen es acto del capitán inglés únicamente, no cabe duda de que se trata de uno de los hombres más malvados; pero si ha sido cometido por la tripulación en masa, esta fechoría puede haber sido realizada, al fin y al cabo, por hombres no tan perversos tal vez como se creería, pues la perversidad es siempre individual, casi nunca colectiva. Los hermanos de José no pueden resolverse a matarle; en cambio, Judas, fríamente, hipócritamente, con un cálculo cobarde, entrega a su Señor al suplicio». Y en otra ocasión, deteniéndose ante Tobías: «¡Lo que es, a pesar de todo, esa pobre máquina humana! ¡Ni un exterior que se asemeje, ni un interior que no difiera! ¡Y por negarse a aceptar esta verdad es por lo que se cometen tantas faltas! Haced de Tobías un Bruto, y se habría dado la muerte; un Esopo, y tal vez sería hoy consejero del gobernador; un cristiano ardiente y celoso. Y llevaría sus cadenas pensando en Dios y las bendeciría. Pero no es más que el pobre Tobías, y como tal, se contenta con trabajar inocentemente». Y después de haberlo contemplado en silencio durante unos instantes: «¡No cabe duda de que hay una gran distancia entre el pobre Tobías y el rey Ricardo! Y, sin embargo —continuó, reanudando su marcha—, la fechoría no es menos atroz, pues, al fin y al cabo, este hombre tenía su familia, sus goces, su propia vida. ¡Qué crimen haberle condenado a la esclavitud en esta isla hasta su muerte!». Y, parándose en seco, el Emperador dijo a Las Cases:

«—Pero leo en sus ojos que usted piensa que Tobías no es el único ejemplo en Santa Elena de tal condena. —Y como Las Cases inclinase la cabeza, Napoleón prosiguió con calor—: Pero es falsa del todo tal comparación, pues si lo que se atenta contra nosotros es más refinado, también las víctimas somos por lo mismo más distinguidas... ¡El universo nos contempla...! ¡Somos los mártires de una causa inmortal...! Millones de hombres nos lloran, la patria suspira y la gloria está de luto... ¡Luchamos aquí

contra la opresión de los dioses...! ¡La desgracia tiene también su heroísmo y su gloria...! ¡La adversidad faltaba a mi carrera...! Si yo hubiese muerto en el trono, entre las nubes de mi omnipotencia, habría continuado siendo enigma para muchas gentes; ¡hoy, gracias a la adversidad, podrán juzgarme al desnudo!».

Más tarde, el Emperador compró el esclavo a su dueño y quiso enviarlo a su patria, pero el gobernador se opuso a ello: «El general Bonaparte quiere ganarse a los hombres de color que hay en la isla para fundar otro reino negro, a semejanza del de Santo Domingo».

Así, a pesar de todo, Tobías el malayo permaneció, lo mismo que el Emperador, en el destierro y en la servidumbre.

XIII

«**E**stoy ya demasiado vieja y no sé si podré soportar un viaje de dos mil millas. Pero no importa; si muero al llegar, al menos moriré a tu lado».

Así escribe la madre. El Emperador lee y relee esta carta, que le es entregada al año de serle escrita. Las potencias aliadas prohíben a Leticia el viaje. ¡Quién sabe, la vieja podría hacerle evadir! Desterrada de Francia con toda su familia, por segunda vez se le cierran las puertas de Córcega. Y ahora es Europa la que se opone. En vista de ello, dirígese a Roma, donde siquiera la autoridad moral del Papa la sostiene, esforzándose de continuo, durante varios años, en obtener para su hijo un retiro más saludable. Pero, aunque el Zar es favorable a este cambio, los Habsburgo e Inglaterra han jurado la muerte de Napoleón, y nada podrá hacerlos cambiar de resolución. Es más, hasta se llega a prohibir a la madre, lo mismo que a los hermanos, el envío de ningún socorro en metálico a Santa Elena.

Leticia escribe a los soberanos reunidos en Aquisgrán: «*Sires*, una madre afligida en grado inefable ha esperado largo tiempo que la reunión de Sus Majestades Imperiales y Reales le devolvería la felicidad. No es posible que el prolongado cautiverio del emperador Napoleón continúe sin ser discutido y que la grandeza de alma, el poder y el recuerdo de los acontecimientos pasados no lleve a Sus Majestades Imperiales y Reales a interesarse por la liberación de un príncipe que tuvo tanta parte en sus intereses y aun en su amistad... Yo pido su libertad a Dios, y la pido a Vuestras Majestades, que son sus representantes sobre la tierra. La razón de Estado tiene sus límites, y la posteridad, que todo lo inmortaliza, adora por encima de todo la generosidad de los vencedores...».

Esta petición no obtuvo respuesta.

Algún tiempo después, el prisionero se entera de que «Sus Majestades» han acusado a su madre de ser la instigadora de una conspiración en Córcega,

conspiración que, según parece, debía tener ramificaciones a través de toda Francia. Hasta se citaba la cifra de millones que Leticia había gastado a este efecto. El Papa se ve obligado a enviar a su Secretario de Estado para que pida ciertas aclaraciones a *Madame Mère*, que contesta: «Diga usted al Papa, para que lo sepan los reyes, que si hubiese tenido la dicha de poseer todos esos millones que me atribuyen no me habría dedicado a pedirles su ayuda. Mi hijo tiene suficientes partidarios. De modo que habría armado una flota para sacarlo de la isla en que la injusticia lo tiene prisionero».

¡Qué sentimiento de orgullo debe de hendir el pecho de su hijo cuando lee semejante respuesta! Y qué hubiera dicho de las palabras con que recibe Leticia a un gentilhomme austríaco: «¿Por qué permanece mi nuera en Italia en lugar de hallarse en Santa Elena con su marido?».

¿Y los otros planetas, en tomo de qué soles giran ahora? ¡Irónico contraste!

Luciano y José se hallaban en América, adonde no tardará en seguirlos Jerónimo. Han adoptado nombres apócrifos. Los revolucionarios españoles han ofrecido a su exrey la corona de Méjico. Al saber esta noticia, el prisionero se agita. «José la rehusará —dice—; es demasiado aficionado a los placeres de la vida para desear tomar de nuevo sobre sí el peso de una corona, y, sin embargo, esto sería un bien para Inglaterra, que ganaría por este hecho todo el comercio de la América española, pues si José aceptase el trono de Méjico, se vería en la obligación de romper con España y Francia. Su aceptación sería rica en consecuencias para mí, pues José me quiere y se serviría del comercio de su país para obligar a Inglaterra a proceder de otro modo conmigo. Desgraciadamente, rechazará la corona». A tal punto es vivaz aún la esperanza en Napoleón durante este primer año de su destierro.

Sus otros hermanos y hermanas caen en el olvido. Sólo Jerónimo alcanzará una edad avanzada y reaparecerá en la Corte de Napoleón III. El Emperador no recibe carta alguna de ellos. Leticia contesta a Carolina, que le pide dinero: «Todo pertenece al Emperador, que me lo dio todo». Y a Luciano: «Cuando se deja de ser rey, el fausto le pone a uno en ridículo. Las sortijas adornan los dedos». Hortensia y Paulina representan de nuevo una comedia, como antaño en la Malmaison.

Otras noticias interesan más a Napoleón: Bernadotte es rey, y Deseada, el primer amor de Napoleón, lleva también, al fin, una corona, y vivirá lo bastante para ver el segundo Imperio. La condesa Walewska, que ha quedado

viuda, contrae nuevas nupcias con un noble francés. El Emperador lo aprueba, y pensando en ella y en todo lo que él ha hecho por su hijo, dice complacido: «Es rica y debe de haber ahorrado; yo di mucho para sus dos hijos». Pero cuando Gourgaud, indiscreto, observa que, en efecto, el Emperador le ha pasado diez mil francos mensuales, aquél enrojece y pregunta ligeramente turbado: «¿Cómo sabe usted eso?».

El rey Murat y el mariscal Ney han sido fusilados. Napoleón considera el final de ambos con el estoicismo de un soldado, y sólo reprocha a Murat haber cometido la torpeza de desembarcar en Calabria. El cautivo no les guarda el menor rencor y llega hasta pronunciar, con respecto a Marmont, que termina su carrera al lado de los Borbones, este juicio de una equidad casi indulgente: «Compadezco a Marmont, pues yo le quería. No es un mal hombre; se dirigieron a sus sentimientos y, creyendo salvar a la patria, cometió un acto de locura. Hubiera preferido matarse que traicionar a sabiendas. La naturaleza humana es muy débil».

Y, no obstante, también esta vez es Marmont el que reprime todo movimiento en favor del desterrado. Cuando crece en el país el descontento contra los Borbones porque un hatajo de emigrados y de nuevos nobles, sin formación especial, ocupan los más altos puestos, y porque un Richelieu, que ha vivido largo tiempo fuera de Francia, se halla a la cabeza del Gobierno; cuando Lafayette, el veterano de las luchas por la Libertad, prepara una nueva Revolución; cuando, en clubs y escuelas, pero sobre todo en el ejército, «los hombres del mañana» soliviantan los ánimos contra los Borbones, que sólo se mantienen gracias a la ayuda de los ejércitos extranjeros; cuando ciertas provincias están a punto de izar el pabellón tricolor y una gran parte de la población desea llamar al trono a Napoleón II, es Marmont, el más antiguo compañero de Napoleón, el que ahoga la rebelión y se erige en ministro.

El Emperador se entera con interés de que el Rey ha disuelto las Cámaras, divididas entre los Orleáns y los Bonaparte, y ha mandado ejecutar a los jefes de partido. Pero y ese hombre de confianza de los Borbones a quien el Rey llama «mi querido hijo», ¿quién es? Pues, simplemente, un don nadie corso, que antaño Leticia nombrara secretario suyo para impedir que se muriese de hambre. Estos acontecimientos, ocurridos en una época en que el Emperador se halla aún bastante bien de salud, despiertan nuevas esperanzas y le hacen calcular las probabilidades de un cambio de cosas. «¡Qué cruel es el Destino —exclama— reteníendome prisionero en este momento! ¡Quién hará lo necesario para salvar a millares de bravos del cadalso!». Después de estas

palabras permanece largo tiempo solo; pero al día siguiente habla con calor de la isla de Elba. Unos barcos extranjeros han sido vistos a lo lejos; los cruceros ingleses los persiguen: la niebla cae; truenan los cañones; se cuentan los disparos. ¿Qué sucede? El Emperador envía a los suyos en busca de noticias, pero ninguno logra saber nada, a pesar de lo cual todo el mundo se siente lleno de esperanzas. «¡Qué niños somos! —dice el mismo Napoleón al día siguiente por la mañana—. Y yo, en vez de dar ejemplo, hago lo mismo que los demás. ¡Ah, si yo estuviese en América sólo pensaría en mi jardín!».

Pero no; por nada del mundo iría él a América, como confiesa pocos días más tarde: «Si en vez de estar aquí, me hallas en América, como José, no se pensaría más en mí, y mi causa estaría perdida. Así son los hombres. Tal vez aún me quedan quince años de vida; pero mi destino es morir; a menos que Francia me llame de nuevo».

Estas esperanzas, sin embargo, no son infundadas. Es verdad que Inglaterra ha aumentado la guarnición que le vigila de doscientos a tres mil hombres, lo que le cuesta ocho millones al año; pero las posibilidades de evasión continúan siendo reales, pues todos los soldados están de parte del prisionero. Un día, seis oficiales llegados de Río de Janeiro para raptar al Emperador en una especie de submarino son detenidos. En otra ocasión, dos capitanes, de paso hacia la India, hacen escala en Santa Elena y le proponen llevarlo consigo; pero el Emperador se niega. Todavía otra ocasión: Montholon interrumpe el trabajo de Su Majestad con Gourgaud para advertirle que un extranjero, cuyo permiso de permanencia en la isla iba a expirar dentro de una hora, estaba dispuesto a conducirlo a América. «Ofrecía al Emperador —escribe Montholon— conducirlo a América por el precio de un millón, pagadero después de su desembarco en tierra americana. Su palabra basta para garantizar el pago. Siento no poder dar los detalles de la ejecución del plan, pues comprometerían la existencia política de seres a quienes debo mi gratitud por la fidelidad de que dieron prueba... El Emperador me escuchó con la actitud de una profunda meditación, dio en silencio unos pasos por la estancia y luego, volviéndose hacia Gourgaud y hacia mí, nos pidió nuestra opinión y, sin discutirla, se limitó a decir: “Rehúse”».

Hace apenas un año que Napoleón se halla prisionero. En buena salud, ávido de acción, con la paciencia agotada por un Gobierno poderoso y la mezquindad de un gobernador, ábrese ante él la posibilidad de huir, probablemente con la ayuda de oficiales ingleses. La aventura está llena de

riesgos, pero esto no le detendría. Dictando los recuerdos de su pasado se halla cuando un amigo le transmite el ofrecimiento. En un principio, calla, luego pide consejo, después calla nuevamente y, por fin, dice: «¡Rehúse!». ¿Por qué?

Porque sabe qué inquietudes agitan a Francia. Cuenta todavía tan firmemente con un cambio de la opinión popular, que al ver a un barco que hace señales al entrar en el puerto, dice a sus íntimos: «Tal vez sea nuestro regreso a Inglaterra lo que ese bergantín nos trae... A la muerte del Príncipe Regente, la Reina me llamará a Inglaterra, criticando, como ha criticado, mi destierro en Santa Elena». Cuando, a raíz de nuevas rebeliones en Francia, emiten sus compañeros la idea de que podría ser llamado a ella, no los contradice, pero agrega: «Además, ¿qué podrían temer, en realidad? ¿Que hiciese la guerra? Soy ya demasiado viejo. ¿Que corriese tras la gloria? Estoy harto de ella... Más vale para mi hijo que yo permanezca aquí... Jesucristo no sería hoy Dios sin su corona de espinas; su martirio ha sido lo que ha hablado a la imaginación de los pueblos».

Así, los sentimientos dinásticos de Napoleón continúan siempre tan arraigados en él. La preocupación de su linaje prevalece, aún en esta época, sobre su sed de acción, de aventuras y de gloria. Pero al lado de esos momentos de esperanza y de sublime renunciamiento hay momentos de irritación, de vacilación, de desesperación, en los que el menor incidente le abate. Si Bertrand no acude a la mesa, el Emperador permanece contrariado durante varios días: «Sé muy bien que no soy lo que era; pero ¡que uno de los míos me lo haga sentir...! ¡Ah!». Y a Las Cases, que le había propuesto intervenir: «No, señor..., se lo prohíbo... Sentía la necesidad de decir esto, pero ya está todo olvidado y, de ahora en adelante, haré como si no hubiese notado nada». En tales días se niega a recibir visitas. «Las personas que se hallan en una tumba no reciben visitas». En este estado de nerviosidad, la presencia del centinela, en guardia ante su ventana, le exaspera repentinamente. A veces no aparece a la hora de la comida, manda llamar a uno o a otro, le dice dos palabras y lo despide en seguida.

Surge una querrela enconada entre Gourgaud y Montholon sobre quién de los dos tendrá primero amuebladas sus habitaciones. El Emperador interviene; la Condesa llora; el Emperador propone una partida de ajedrez. Comida. Lectura del *Libro de Ester*.

Ciertas escenas frisan en lo grotesco: una vaca se ha escapado, y el Emperador no puede menos de demostrar su descontento. Resultado:

Gourgaud no dice una palabra en la mesa, pues se tiene por responsable y el tono de Su Majestad le ha ofendido. Después de la comida, Napoleón habla del Islam y de sus ventajas, de la Trinidad, y, por último, se retira disimulando apenas su mal humor y murmurando entre dientes: «Moscú, quinientos mil hombres...».

En otra ocasión, Gourgaud, que lo ha dejado la víspera en buena disposición de ánimo y llega a la mañana siguiente para escribir al dictado, lo encuentra sombrío y triste: «¿Qué educación darán a mi hijo? ¿Con qué principios nutrirán su infancia...? ¿Y si le inspiran el horror hacia su padre? Esta idea basta para hacerle a uno estremecer». Cuando Las Cases, después de haber vuelto a copiar el capítulo sobre Waterloo, deplora que el resultado de la batalla hubiese dependido de tan poco, el Emperador no replica a sus palabras, pero, dirigiéndose al hijo de Las Cases, con un acento que venía de lejos, le dice: «*My son*, ve a buscarnos la *Ifigenia en Áulide*; su lectura nos hará bien». Un día se hace leer *Andrómaca*, la obra que evocara con una intuición profética en el momento de su abdicación. Al llegar a estos versos:

Je passais jusqu'aux lieux où l'on garde mon fils.

Puisqu'une fois le jour vous souffrez que je voie

le seul bien qui me reste el d'Héctor et de Troie,

j'allais, Seigneur, pleurer un moment avec lui,

je ne l'ai poin encore embrassé d'aujourd'hui...

«Dirigíame hacia los lugares donde guardan a mi hijo.

Puesto que una vez al día permitís que vea

al único bien que me queda de Héctor y de Troya,

iba, señor, a llorar un momento con él,

todavía no le he besado hoy...».

«¡Basta! ¡Dejadme solo!», grita el Emperador.

XIV

Bajo la influencia del odio y del hastío, bajo la acción corrosiva de tanta miseria cotidiana grande y pequeña, la armonía de esta alma se rompe, y las discordancias se hacen más agudas.

¡Él ha sido Emperador! ¿Cómo dejar de representar el papel al que le obliga la presencia de media docena de cortesanos y la burla denigrante del enemigo? Para protestar contra el título de «general» y la ilegalidad de su detención, Napoleón no sale, los primeros días, sino con su gran tren imperial, en una carroza tirada por seis caballos y conducida por postillones. Su comitiva sólo se presenta ante él en uniforme o en traje de Corte; nadie le dirige la palabra antes de que él haya hablado; en el jardín no se le puede aproximar sino aquel a quien haya invitado con un signo. Cuando Gourgaud, a la entrada de la condesa de Montholon, se pone en pie, el Emperador reprueba esta falta de etiqueta; pero, un instante después, él mismo bromea sobre el particular, llama riendo a Gourgaud «mi gran caballero» o grita en la mesa: «He sido ungido por el Papa, luego soy obispo y puedo ordenar de sacerdote a cualquiera de vosotros». Un día que da broma a sus compañeros diciendo que sus nombres debían figurar en el Diccionario de veletas, que justamente hojea, Gourgaud se atreve a decir que también él podría figurar con igual título.

«—¿Eh? ¿Cómo es eso?

»—Porque Vuestra Majestad reconoció la República, *Sire*, y ejerció la realeza.

»—Tiene usted razón; pero, en fin, la mejor República es todavía el Imperio».

El día de la Epifanía manda hacer un pastel para los niños y corona rey al pequeño Napoleón Bertrand. Cuando le cuentan que la carne es muy cara en la isla, costando cuarenta sueldos, dice riendo: «¡Caramba! ¡Ustedes habrían debido contestar que a nosotros nos cuesta una corona!».

El Emperador debía acabar de aprender el dominio de sí mismo en Santa Elena. Cuando el gobernador, en respuesta a las reclamaciones de Bertrand, declara «ignorar que haya actualmente un emperador en esta isla», Napoleón permanece impasible. Y cuando Gourgaud, al que pide su caballo, le replica brutalmente que el herrero reclama dos luises de oro antes de hacer el trabajo, el Emperador no pestañea; pero, al día siguiente, dice a Gourgaud con tono irritado: «¿Por qué me ocasionó usted la vergüenza de hablarme de la cuenta del herrero?». El día antes, con un esfuerzo sobrehumano, el Emperador había contenido su cólera; pero hoy, el sufrimiento de las horas que han mediado ha quebrantado su orgullo. La inconveniencia de su ayuda de campo parece haberle herido tanto como antaño lo hiciera la defección de Austria.

La sed de venganza debía torturar a aquel soldado, meridional por añadidura. No obstante, cuando sirven a su mesa carne incomedible, se contenta con decir: «Sufriría poco con estas cosas si supiese que un día alguien dará a conocer al mundo las humillaciones que hemos sufrido, cubriendo así de oprobio a los culpables».

En esta época de su vida, Napoleón alcanza una elevación moral que le permite vencer la rebelión de todo su ser: «Vivo aquí como bajo un peso que me agobia, pero no me aplasta. Resignarse es reconocer la verdadera soberanía de la razón, el verdadero triunfo del alma».

He aquí los pensamientos ante los que el dominador logra doblegar ahora su espíritu: «También la desgracia tiene su parte buena; nos enseña ciertas verdades. Realmente, hasta ahora no me había sido dado el examinar las cosas como un filósofo».

Por primera vez, Napoleón contempla el presente con serenidad. Al comienzo de su estancia en Santa Elena, paseando un día con una joven inglesa y departiendo en su compañía de un sinfín de cosas, de la mala influencia del clima sobre la tez, de Osián, de las plantaciones, se les atravesaron en el camino unos esclavos negros cargados con grandes fardos. «¡Fuera de aquí! ¡Largo!», les gritó duramente la inglesa. «¡Piense en la carga, señora!», observó entonces dulcemente el Emperador.

Confusión de la joven. Pero el mismo Napoleón Bonaparte no habría sido tan considerado en los días anteriores a Santa Elena.

Salvo los raros momentos en que, a causa de Lowe, juega todavía al Emperador, procura alcanzar ahora una sencillez mayor aún que en los tiempos más pobres de su juventud. Sin casi nada que comer durante varios

días seguidos, y habiendo tenido que contentarse con judías, las acoge con entusiasmo y hace su elogio, a la par que el del cocinero.

«Yo viviría muy bien en Francia con doce francos diarios: comida, franco y medio, y un luís al mes por una habitación. Durante el día, bibliotecas públicas, y por la noche, al teatro, a una localidad barata. ¡Ah, eso sí, necesitaría un criado...! Me divertiría mucho frecuentando a lo sumo a personas de mi posición. Al fin y al cabo todos los hombres tienen la misma dosis de felicidad. Desde luego, yo no nací para ser lo que soy. Y tan feliz habría sido de *Monsieur Bonaparte* como de *Emperador Napoleón*. Todo es relativo».

Un día, de repente, su médico sufre un desvanecimiento. Al volver en sí encuentra a su lado no a un criado, sino al mismo Emperador, que lo ha llevado a su lecho, ha desabrochado su camisa y le ha hecho respirar vinagre. Cuando se entera de que Cipriani, su ayuda de cámara, se halla moribundo, el Emperador pregunta al médico si su visita le haría algún bien.

«—Es de temer que la emoción del momento apresurase su muerte.

»—En este caso, debo renunciar a verle».

Napoleón instituye una caja en el juego de revesino. ¿Con qué objeto? Pues, simplemente. Para rescatar con sus fondos a la esclava más guapa de la isla. Una tarde, sus familiares lo encuentran junto a la lámpara, cosiendo con gran cuidado las hojas de un manuscrito.

A veces, sin embargo, sus sueños se despiertan y aletean contra los barrotes de la jaula. «Quisiera —dice de pronto, sin transición alguna— que me transportasen a una isla desierta, a la que llevaría dos mil personas escogidas por mí, fusiles, cañones. Fundaría allí una colonia maravillosa y terminaría con toda felicidad mi vida en aquella isla modelo. Allí no necesitaría combatir de continuo contra ideas rancias». E inmediatamente calcula cuánto dinero y qué cantidad de provisiones necesitaría una empresa semejante.

Fantasías de un genio creador obligado a la inacción. Pero, al lado de estos caprichos de la inclinación, encontramos en él gestos de una bella y noble sencillez. En los primeros tiempos de su cautiverio, sale una mañana con Las Cases: «Llegados a un campo en el que trabajaban unos colonos, el Emperador bajó de su caballo, que yo me encargué de guardar; cogió el arado, con gran sorpresa del que lo conducía, y trazó por sí mismo un surco de gran longitud; todo esto con singular rapidez y sin más palabras entre nosotros que

para decirme, al irnos, que diese un napoleón al labriego. Una vez de nuevo a caballo continuó sin rumbo fijo su paseo».

¡Sublime momento! Con un movimiento digno de los héroes de Homero, Napoleón coge el arado y traza un hermoso surco, bien recto, dando así a aquella parcela de tierra perdida en medio del Océano la bendición del genio. El campesino, asombrado, contempla la efigie del Emperador grabada en la moneda; sus nietos la contemplarán a su vez y conocerán así al extranjero de las manos finas que un día arrancó el arado de las manos callosas de su abuelo.

XV

«**Y**o soy la única causa de mi caída. Yo he sido mi principal enemigo, el artesano de mis desdichas».

Esta confesión, la más conmovedora que nos haya dejado el desterrado, muestra un Napoleón desprendido del error cesáreo que enturbiara la época de su omnipotencia. Si hubiese sido un cristiano creyente, habría considerado su cautiverio en aquel islote como una expiación; pero Napoleón sólo a sí mismo daba cuenta de sus actos y no a Dios. No veamos en esta confesión otra cosa que el rasgo final de la lucha de un gran hombre contra el Destino, la última protesta de aquel orgullo que no podía admitir que hubiese fuerzas más poderosas que las suyas. No es ésta una frase pronunciada bajo el imperio de una depresión pasajera; ya durante los últimos años de su reinado había hablado en diversas ocasiones a los más íntimos de sus errores; pero en Santa Elena sus confesiones se hicieron más frecuentes, y las apasionadas alternan con otras más razonadas. En todas ellas aparecen también mezclados su imaginación y su realismo. ¿No se diría el grito de un hombre que se arrepiente? «Cuando vuelvo mi pensamiento hacia los errores que he cometido, me siento agobiado de remordimiento». O bien: «He querido abarcar demasiado..., he tendido demasiado el arco y he fiado demasiado en mi buena suerte».

Ahora ve claramente los errores que ha cometido al juzgar a los hombres y todos aquellos cuyas funestas consecuencias ya habían previsto algunos sagaces observadores en la época misma de su gloria.

«Yo consideraba al emperador Francisco como un buen hombre, pero no era más que imbécil, y él fue el instrumento de mi ruina en manos de Metternich. Yo hubiera debido dejar a Talleyrand en su puesto. ¡Qué me importaba que saquease las cancillerías extranjeras! Habría debido contentarme con hacerlo vigilar. Mientras creyó que podría enriquecerse a mi lado, me sirvió muy bien; si le hubiese guardado, todavía estaría sobre el

trono. Habría podido llegar a ser el amo del mundo si hubiese tenido confianza en Fulton. Los sabios imbéciles se han burlado de su invención exactamente como se burlaron de la electricidad, y, sin embargo, en una y otra hay un poder enorme».

Lamenta haber respetado la dinastía de los Hohenzollern; haber pasado el Niemen en 1812 antes de que los asuntos de España quedasen resueltos; haber emprendido demasiado pronto su última campaña, en contra de los consejos de Carnet; lamenta haber ordenado demasiado tarde a su Guardia que entrase en fuego en Waterloo; pero lo que más amargamente lamenta es el haber buscado refugio en Inglaterra, en vez de haberlo hecho en Rusia o en América. Cada vez que se entera de que han estado nuevas sediciones en Francia, se avivan sus remordimientos:

«¡Desde el otro hemisferio, yo habría protegido a Francia de los reaccionarios! ¡El temor de mi aparición hubiese refrenado su violencia y su sinrazón; mi nombre habría bastado para encadenar los excesos e infundir respeto...! Habría establecido en América el centro de una nueva patria francesa, y, en el término de un año, los acontecimientos de Francia y los de toda Europa habrían reunido en torno mío sesenta mil franceses... Desde todos los puntos de vista, América era nuestro verdadero asilo; inmenso continente en el que reina una libertad especial. Si os sentís melancólicos, podéis subir a un coche, recorrer mil leguas y gozar constantemente del placer de un simple viajero; sois allí el igual de todo el mundo, y podéis perderos, si queréis, en la muchedumbre». «El Emperador decía que yo no podía pasar en el continente europeo por un simple particular, pues su nombre era en él demasiado popular; pertenecía, por decirlo así, de un modo u otro, a cada pueblo, y había llegado a ser ciudadano de todos ellos...». «Sin duda alguna, yo hubiese podido, a favor de mi celebridad o de un disfraz, llegar a América, pero pensé que mi dignidad no me permitía ni el disfraz ni la fuga... Esperaba que, ante el peligro, los ojos se abrirían, y todos se volverían hacia mí, y yo podría salvar a la patria. Esto fue lo que me hizo prolongar hasta el último límite mi permanencia en la Malmaison y lo que, todavía en Rochefort, me hizo detener. Y si me hallo en Santa Elena, a ese sentimiento se lo debo».

Pensamiento el más fecundo de sus meditaciones. Sus otros errores implicaban consecuencias tan numerosas que no podía imaginar cuál habría sido su carrera sin ellos; pero la decisión de demorarse en Rochefort, que tuvo por consecuencia irreparable su reclusión en aquella isla, le preocupaba sin cesar. Imagina innumerables variantes a su última resolución, y se ve,

alternativamente, fundando nuevos Estados en América o galopando por las pampas... Seamos indulgentes ante los insondables secretos del corazón humano y excusémosle que haya justificado su último error con razones patrióticas.

Sus aspiraciones dinásticas se convierten en Santa Elena en el objeto de su crítica más severa. Ahora, que es ya demasiado tarde, reconoce abiertamente los errores a que hiciera alusión ante sus íntimos en los últimos tiempos del Imperio:

«No he sido más que un hombre débil, sobre todo para con los míos, y bien lo sabían éstos; una vez pasado el primer choque, su perseverancia y su obstinación acababan por imponérseme, y, cansado de pelear, hicieron de mí lo que quisieron. Si, en lugar de eso, cada uno de ellos hubiese dado un impulso común a las diversas masas que yo les había confiado, habríamos llegado hasta los polos... No tuve la felicidad de Gengis Kan, con sus cuatro hijos, que no conocían otra rivalidad entre sí que la de servir bien a su padre. Yo nombraba un rey, y éste se figuraba en seguida que lo era por la gracia de Dios, a tal punto el sentimiento del derecho divino es epidémico. Llegado al trono, no era ya un lugarteniente en el que poder confiar, sino un enemigo más contra quien precaverme. Sus esfuerzos no tendían a secundarme, sino, por el contrario, a emanciparse de mí. Inmediatamente caían en la manía de creerse adorados y preferidos a mí. De allí en adelante, ya era yo el que los estorbaba y el que, según ellos, los ponía en peligro. Los reyes legítimos no habrían obrado en otra forma, no se hubiesen creído más firmes sobre el trono. ¡Pobres gentes que, una vez caído yo, han podido convencerse de que el enemigo ni siquiera les hacía el honor de exigirles ni mencionar su destitución!».

Aquí se detiene su arrepentimiento. Jamás lamentó, ni siquiera por un momento, el haber ceñido la corona y el haber pretendido hacerla hereditaria. Vuelve, por el contrario, en numerosas ocasiones, sobre el concepto social que de su misión se había formado: «Yo era el mediador natural entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. Mi Imperio servía a los intereses de los soberanos tanto como a los intereses de los pueblos. Yo tenía por objeto la reconstrucción de Europa, pero el Destino interrumpió mi obra antes de su término». Como verdadero soberano legítimo, se lamenta de que Murat haya sido fusilado; los gobernantes deberían mostrar a sus pueblos que los reyes no se hallan sometidos a las mismas leyes que los demás. Napoleón reprueba la condena de Luis XVI, que, no obstante, le deja abierto el camino; pero no

porque considere a los Borbones capaces de gobernar al país, sino porque juzga indispensable la continuidad de las dinastías. Jamás desconoció él las especiales condiciones de Europa; jamás soñó con fundar en el Viejo Continente lo que soñara con crear en la tierra prometida de América o en una ínsula imaginaria.

Enlazando siempre el presente al pasado, transformando sin destruir nunca, Napoleón no podía hacer tabla rasa de lo que antes de él existía y siempre procuró utilizar las formas antiguas para sostener las ideas nuevas. Este hombre partidario del orden, genio creador y no destructor, sabía lo que era posible erigir sobre un terreno sólido. «Una vez llegado al poder, se habría querido que yo hubiera sido un Washington, y, realmente, las palabras no cuestan nada... Si yo me hubiese hallado en América, no habría tenido inconveniente en ser un Washington, y poco mérito hubiera tenido en serlo. En Francia, por el contrario, sólo podía ser un Washington coronado».

Así es como ve las cosas. Despreciando en el fondo la púrpura de que se ha revestido, se habría guardado muy bien de introducirla en América, de acuerdo en absoluto sobre este punto con Washington. Ni proletario ni príncipe, sino noble pobre. Napoleón se encuentra, desde su nacimiento, a horcajadas entre las dos clases. Su sentimiento respecto a esto y su confianza en el derecho legítimo del que triunfa se nos presentan en todo su candor al final de una conversación que tuvo con unos ingleses a propósito de la nobleza inglesa:

«—No es un puñado de nobles o de ricos lo que hace una nación, sino la masa del pueblo. Pero en cuanto el populacho se adueña del poder, se adjudica el nombre de Pueblo; muy al contrario de cuando es vencido, en que se ahorca a unos cuantos miserables, a los que se trata de ladrones y de sediciosos. Así está hecho el mundo: populacho, ladrones, sediciosos o héroes, según el resultado del combate».

Después de una lectura de *César*, de Voltaire, dice Napoleón: «Cuando joven, yo quise hacer un *César*». «Pero Vuestra Majestad hizo ya uno...». «¿Quién...? ¿Yo...? ¡Ah, no había más remedio que triunfar! Verdad es que el mismo César no triunfó, puesto que murió asesinado».

Pero, al mismo tiempo que hacía pasar sus acciones por el cedazo de su crítica, Napoleón las apreciaba en su justo valor. El sentido histórico, que era una de las notas dominantes de su carácter, le permitía formarse una opinión objetiva de sí mismo, como ningún hombre hiciera nunca hasta entonces.

«Habla de su historia pasada —dice Las Cases— como si ésta datase ya de trescientos años; sus relatos y sus observaciones tienen el lenguaje de los siglos». Y la condesa de Montholon dice con emoción: «Es una sombra platicando en los Campos Elíseos: verdaderos diálogos de los muertos».

El cautivo se defiende con obstinación de los crímenes que se le atribuyen: la orden de rematar a los prisioneros de Jafa, la ejecución del duque de Enghien. Repentinamente, explica a un médico de la marina inglesa el proceso de la fortaleza de Vincennes y por qué, habiendo sido como Cónsul víctima de un atentado, se había visto obligado a tomar represalias. Un día que quiere saber lo que de él piensa su médico O'Meara, hombre fiel pero independiente, le manda servir una copa de Oporto, bebe con él y le pregunta a quemarropa: «¿Qué idea tenía usted de mí antes de ser mi médico? ¿Qué pensaba usted de mi carácter y de lo que yo era capaz de hacer? Dígame francamente cuál era su opinión».

Y como el médico esboza el retrato de un hombre amoral, capaz de todos los crímenes, el Emperador dice:

«—Eso es precisamente lo que yo esperaba... Tal vez es ésta la opinión de gran número de franceses... Se dirá: llegó al ápice de la gloria, es verdad, pero para llegar a él cometió muchos crímenes». Y comienza a defenderse con ardor.

Una noche de insomnio manda llamar a Montholon y le dicta una larga Memoria para probar que siempre fue partidario de la paz, que entabló siempre negociaciones con este fin, lo mismo antes de la guerra que después de la victoria, y, comparando la revolución francesa con la inglesa, dice: «Cromwell aparece en escena en edad madura, y sólo llega a la primera fila a fuerza de doblez, de debilidad y de hipocresía... Napoleón se lanza apenas salido de la infancia, y sus primeros pasos brillan con una gloria pura... ¿Se me ha visto verter nunca sangre por capricho? A pesar de los esfuerzos hechos por oscurecer mi vida y deformar mi carácter, cuantos me conocen saben que mi manera de ser es ajena al crimen; en toda mi administración no hay ni un solo punto ni un solo acto privado del que no pueda hablar ante un tribunal, no digo ya sin turbación, sino hasta con cierto provecho para mí».

Y he aquí lo sorprendente: en lugar de hacer recaer la responsabilidad de sus fracasos sobre los demás, en lugar de exagerar el desprecio que siempre ha sentido por los hombres, es el sentimiento de la justicia el que crece en el desterrado. Napoleón, que nunca había reconocido a las acciones humanas

otro móvil que el interés, se convierte en un circunspecto analista: el hombre todopoderoso en un filósofo indulgente.

Sostiene ahora que los hombres son, por naturaleza, más agradecidos que ingratos y que si nos quejamos de ellos se debe a que, en general, esperamos una gratitud sin proporción con el beneficio prestado. Las Cases nos cuenta que su mayor señal de censura o desaprobación era, por aquel entonces, el guardar silencio. El Emperador llega hasta tomar la defensa de quienes le han traicionado: «perdona a Augereau y a Berthier, que no estuvieron a la altura de su misión, y excusa también a sus hermanos». Esta indulgencia le llevó a alturas morales hasta entonces desconocidas para él y a una admirable serenidad interior. En ocasiones, creeríase oír a Sócrates en su prisión:

«No conoce usted a los hombres, que son difíciles de comprender cuando se quiere ser justo. ¿Acaso se conocen ellos y se explican bien a sí mismos? La mayoría de los que me han abandonado no habrían tal vez sospechado nunca su propia defección si yo hubiese continuado en las alturas. Hay vicios y virtudes de circunstancias. ¡Nuestras últimas pruebas están por encima de todas las fuerzas humanas! Por otra parte, he sido más bien abandonado que traicionado; ha habido más debilidad que perfidia en torno mío: es la apostasía de San Pedro, y puede que el arrepentimiento y las lágrimas no estén lejos. Aparte esto, ¿quién tuvo en la Historia más partidarios y amigos? ¿Quién fue más popular y más amado...? ¡No, la naturaleza habría podido mostrarse más fea, y yo sería entonces más desgraciado!».

XVI

Los acompañantes del Emperador suelen llevar, cada uno, su diario. Él lo sabe, y hasta ha hojeado uno de ellos, pero se reserva su juicio. A fuer de hombre práctico, calcula el valor monetario de estos documentos y predice a los autores lo que podrán sacar con sus libros cuando él haya muerto; solamente que tasa demasiado por lo bajo dicho producto, como luego mostrará la experiencia. En cuanto a sus secretarios, hace donación a cada uno de ellos de la parte de sus *Memorias* que escribieron, separadamente, bajo su dictado. Pero en lo que no se equivoca es al prever el incalculable valor por el estudio de sí mismo que la posteridad asignará a todos aquellos diarios.

Acostumbrado como está a dictar, hasta en la conversación formula cuidadosamente su pensamiento, de modo que sus auditores pueden transcribir más fácil y exactamente sus palabras, para beneficio de las generaciones futuras. Estos sumarios de su pensamiento le distraen de su tedioso vivir, pero, además, tanto su pasión por la Historia como la idea de los que han de venir después inclinan casi de continuo su ánimo a estas expansiones coloquiales.

A veces transcurrían hasta cinco días sin que viera a nadie y sin leer ni escribir nada, sumido en sus recuerdos. Como el futuro no le reservaba ya nada, se vuelve hacia el pasado, escudriñando ansiosamente sus más íntimos repliegues. Puede asegurarse que jamás hombre alguno sometió su propio ser a una indagación semejante. La tensión de su espíritu en estos momentos era, sin duda, mayor que la experimentada en la misma mañana de Austerlitz y durante las horas más críticas transcurridas en el Consejo de Estado. Nuevo Prometeo encadenado, por haber deseado la felicidad humana, ya no puede sino lamentarse y vivir del pasado. Apasionadamente, hace la disección impasible de las visiones, las ideas y los sueños que, durante veinte años, tratara de convertir en realidad. Y así es como, en último término, llega a ser el comentador más estricto de su propia historia.

Un día llega un libro: la colección de sus manifiestos y decretos. El Emperador lo hojea. Luego, dejándolo a un lado y poniéndose en pie, paseando de arriba abajo por la estancia, dice a Las Cases:

«—Todo historiador francés, quiera o no, tendrá que tratar del Imperio y, a poco corazón que tenga, fuerza será que me restituya algo, que me haga mi porción; tarea fácil, al fin y al cabo, pues ahí están los hechos, claros como el sol, que hablan por sí solos. Yo he colmado el abismo de la anarquía y desenmarañado el caos. Yo he purificado la Revolución, ennoblecido a los pueblos y confirmado a los reyes. Yo he incitado todas las emulaciones, recompensado todos los méritos y hecho retroceder los límites de la gloria... Por otra parte, ¿en qué podrían atacarme que un historiador no pudiera defenderme...? ¿En mi despotismo? Él demostrará que la dictadura era una necesidad absoluta. Y si se alega que he puesto trabas a la Libertad, él demostrará que la licencia, la anarquía y los peores desórdenes aún se hallaban en el umbral de la puerta. ¿Qué me acusan de haber sentido una pasión excesiva por la guerra? Él probará que siempre fui yo el atacado. Como, si me reprochan haber deseado la monarquía universal, él hará ver claramente que ello no fue sino la obra fortuita de las circunstancias... ¿O bien será mi abdicación lo que me echen en cara? Sí, sin duda me encontrarán ambicioso, y mucho; pero mi ambición fue la más grande y más alta que hubo nunca: la de establecer y consagrar, por fin, el imperio de la razón y el pleno ejercicio, el libre goce de todas las facultades humanas. ¡Y quién sabe si, al llegar aquí, el historiador en cuestión se siente obligado a lamentar que una tal ambición no triunfase y se satisficiera! —Y, al cabo de un instante de silencio, concluye—: Amigo mío, en pocas palabras, he ahí, no obstante, toda mi historia».

Aquí le vemos en actitud, por decirlo así, defensiva. Pero ni en este momento ni en otro alguno jamás le oímos expresarse en tono entusiasta sobre sus batallas y conquistas guerreras. En los seis años de su cautiverio ni una vez se deja arrastrar al ditirambo del general Bonaparte. Si por azar tiene que resumir sus acciones, dice simplemente:

«Mi gloria no estriba en cuarenta victorias ni en el hecho de haber impuesto mi voluntad a unos reyes. Waterloo borraré el recuerdo de muchas victorias. El último acto hace olvidar el primero. Pero lo que nunca desaparecerá es mi Código civil, las actas de las sesiones del Consejo de Estado, mi correspondencia con mis ministros... Mi Código sólo, con su sencillez, ha hecho más bien a Francia que la masa de todas las leyes que me

han precedido. Mis escuelas, mis métodos de enseñanza preparan una nueva generación. Así, durante mi reinado, los crímenes fueron decreciendo rápidamente, mientras entre nuestros vecinos, los ingleses, se multiplicaron, por el contrario, de un modo espantoso. Yo quise fundar un sistema europeo, un Código europeo, un tribunal de casación europeo; en una palabra: que Europa entera constituyese un solo pueblo...».

Otro día, habiendo leído en un periódico inglés que Napoleón ha escondido enormes tesoros, se pone en pie de un salto y dicta, a la persona que en ese momento se encuentra por casualidad con él, las siguientes admirables palabras:

«¿Queréis saber cuáles son los tesoros de Napoleón? Pues bien, aunque inmensos, se hallan expuestos a la luz del día, y helos aquí: el magnífico puerto de Amberes y el de Flessinga, capaces de albergar las escuadras más numerosas y de preservarlas de los hielos del mar; las obras hidráulicas de Dunkerque, de El Havre y de Niza; el gigantesco puerto de Cherburgo, las obras marítimas de Venecia, las soberbias carreteras de Amberes a Amsterdam, de Maguncia a Metz, de Burdeos a Bayona; los pasos de Simplón, del Mont-Cenis, del Mont-Genève, de la Corniche, que abren los Alpes en cuatro direcciones y superan en audacia, en grandeza, en esfuerzo y en arte a todos los trabajos de los romanos; los caminos de los Pirineos a los Alpes, de Parma a Spezzia, de Savona al Piamonte; los puentes de Jena, de Austerlitz, de las Artes, de Sèvres, de Tours, de Roanne, de Lyon, de Turín, del Isère, del Durante, de Burdeos, de Rouen, etc.; el canal que une el Rin con el Ródano..., la desecación de los pantanos de Bourgoin, del Cotentin, de Rochefort; la restauración de la mayor parte de las iglesias demolidas durante la Revolución; la construcción de otras nuevas y de un sinfín de establecimientos industriales; la construcción del nuevo Louvre, de los graneros públicos, del Banco, del canal del Ourcq; la distribución de aguas en la ciudad de París; los numerosos alcantarillados, los muelles, los embellecimientos y los monumentos de esta gran capital...; los fondos acumulados para crear más de cuatrocientas fábricas de azúcar de remolacha...; cincuenta millones empleados en reparar y embellecer los palacios de la Corona; sesenta millones en mobiliario...; sesenta millones en diamantes de la Corona, todos ellos comprados con el dinero de Napoleón, incluso el mismo *Regente*, único que quedara de los antiguos diamantes de la Corona de Francia, retirado por él de los judíos de Berlín, a los que fuera pignorado por tres millones; el Museo Napoleón, valorado en más de cuatrocientos millones y en el que todos los objetos habían sido

legítimamente adquiridos con dinero o en virtud de ciertas cláusulas de los tratados de paz...; una porción de millones dedicados al fomento de la agricultura...; la institución de las carreras de caballos... ¡He ahí lo bastante para constituir un tesoro de muchos millones, capaz de durar aún varios siglos! ¡He ahí los monumentos que harán callar a la calumnia...! Y la Historia dirá que todo ello fue llevado a cabo en medio de guerras continuas, sin un solo empréstito...».

Así defiende Napoleón su obra, desde su angosta morada en aquella roca perdida en medio del Atlántico, y, con un ademán regio, designa el haz multiforme de sus actividades: carreteras, fábricas de azúcar, diamantes de la Corona e iglesias católicas, todo ello revuelto y en montón. Previendo las críticas de la Historia, él sabe ya perfectamente a qué atenerse sobre sí mismo, aunque la posteridad deba tardar aún casi un siglo antes de empezar a ver en él algo más que el genio militar, cuya gloria (como él dice) viniera a oscurecer el fracaso de Waterloo.

Una noche, después de la cena, habiendo tomado la conversación un giro personal e íntimo, uno de sus acompañantes se atrevió a preguntarle en qué época o momento de su vida había sido más feliz. Todos los presentes, medio en broma, medio en serio, jugaron a adivinarlo, diciendo cada uno lo que le parecía sobre el particular. Napoleón, por último, declaró:

«—Sí, fui feliz, o mejor dicho, me sentí contento de Primer Cónsul, y cuando mi matrimonio, y cuando el nacimiento del Rey de Roma; pero entonces yo no estaba aún bastante centrado. Quizá fue en Tilsit... Acababa de sufrir ciertas vicisitudes y preocupaciones, en Eylau entre otros lugares, y me encontraba de pronto victorioso, dictando leyes, con emperadores y reyes haciéndome la corte. Pero quizá cuando más gocé fue después de mis victorias en Italia. ¡Qué entusiasmo!, qué de gritos de “¡Viva el libertador de Italia!”. ¡Y eso a los veinticinco años! ¡Ya entonces preví a lo que podría llegar! ¡Veía ya el mundo huir bajo mis pies, como si me sintiera transportado por los aires! —Con una brusca transición, se detiene, tararea una canción italiana y, poniéndose al fin en pie, exclama—: Las diez. Ya es hora de irse a la cama».

¡Qué pálidas resultan estas evocaciones de los momentūs felices en comparación con la fogosa rapsodia de sus actos! Pues en la obra llevada a cabo estuvo concentrada toda la felicidad vital de un hombre para el que no había otro goce que la acción realizada y conclusa. Contemplando su pasado, se detiene un momento a examinar diversas ocasiones, confesando que, al fin

y al cabo, no sintió más que cierto contento, y, por último, se demora complaciente en la evocación de aquellos primeros coros de vítores que saludaron su orto militar. En imaginación, incorpórase una vez más a la imagen del mozo en plena ascensión, y al atardecer de su vida, frustrada, ya en este destierro tropical, la visión de la gloria se cierne una vez más ante sus ojos. Pues ella era el vellocino de oro para cuya conquista este argonauta, discípulo de los héroes clásicos, se había puesto en camino.

Y la gloria, cuya sugestión sintiera por vez primera en su isla natal, todavía le obsesiona en la isla de su destierro. Por otra parte, él sabe que es el resplandor de la gloria guerrera lo que más conocido le ha hecho entre los hombres. Él mismo se pregunta si habrá alguien en París que no haya oído hablar nunca de Napoleón; pero, realmente, al decir París, sobreentiende el mundo. Cuando Las Cases le cuenta como, en los más escondidos valles de Gales, los pastores han preguntado por el Emperador, o como los hombres amarillos de China hablan de él, asociando su nombre al de Tamerlán, Napoleón olvida la ignominia y el tedio de su vida en aquel peñón y conoce sus momentos de más penetrante felicidad. En un estado de ánimo semejante, cualquier futesa de los periódicos hasta para suscitar en él un verdadero transporte poético:

«¡Sí, la reacción está de antemano condenada al fracaso! Nada podría ya destruir ni borrar los grandes principios de nuestra revolución; estas verdades grandes y hermosas durarán eternamente, a tal punto las hemos entremezclado de hazañas y prodigios; purificadas de sus primeras máculas en las aguas de la gloria, son ya inmortales. Nacidas en la tribuna francesa, cimentadas con la sangre de las batallas, decoradas con los laureles de la victoria, saludadas por las aclamaciones de los pueblos, sancionadas por los tratados y las alianzas de los soberanos, familiares a los oídos como a los labios de los reyes, ya no podrían retroceder... Ellas regirán el mundo; serán la fe, la religión y la moral de todos los pueblos, y esta era memorable, dígase lo que se diga, quedará asociada a mi persona, pues, al fin y al cabo, yo hice brillar la antorcha y consagré los principios de ella, y la misma persecución de hoy día acaba de convertirme en su Mesías. Amigos y enemigos, todos me aclamarán como el primer soldado y el gran representante de ella. Así, hasta cuando deje de existir, continuaré siendo para los pueblos la estrella de sus derechos, y mi nombre, el grito de guerra de sus esfuerzos y la divisa de sus esperanzas».

No obstante, estas parrafadas heroicas sobre sí mismo carecen de la conclusión lógica. Políticamente, Napoleón se exagera el valor de su martirio,

que no ha logrado salvar la dinastía; pero, en cambio, no prevé el efecto que este último acto del drama hará en el corazón de los hombres. Sugestionado por la idea de una muerte marcial, digna de un soldado, que vanamente buscara en los últimos campos de batalla, pasa revista a su historia entera, tratando de determinar cuál habría sido el momento más oportuno para el final, y con frecuencia se ocupa del tema en sus coloquios. Como un dramaturgo que calcula el desenlace, dice: «Debería haber muerto en Moscú; mi gloria, entonces, habría permanecido intacta... ¡Ah, si el cielo me hubiese enviado una bala cuando estaba en el Kremlin! Mi dinastía habría quedado asegurada, y la Historia me habría puesto al lado de Alejandro y de César. En cambio, con el giro que han tomado las cosas, apenas si ya soy nada». En otra ocasión piensa que aún habría tenido más efecto sobre la posteridad la muerte poco antes de llegar a la meta: «De haber caído en Borodino, mi muerte habría sido semejante a la de Alejandro. La muerte en Waterloo también habría sido excelente. Pero quizá en Dresde hubiese sido todavía mejor. Aunque no, no, en Waterloo hubiera sido la mejor de todas. ¡El amor del pueblo, sus lamentaciones!».

Y otra vez, resumiendo el total:

«Considerada en conjunto, ¡qué novela la de mi vida!».

XVII

La aurora. Un hombre, de pie en la puerta de una casa cuyos habitantes duermen aún. Viste una casaca blanca, calza unas zapatillas rojas, cubre su cabeza con un ancho sombrero de paja y lleva en una mano una azada y en la otra un esquilón, que agita, llamando a los durmientes al trabajo. Hay que levantar un muro, que prolongar una zanja y que reconquistar una zona de terreno al mar: tal es el proyecto. Las puertas se abren, álzanse las cortinas de las tiendas y de todas direcciones acuden los hombres al lado del señor y jefe. Pertrechados con palas, rastrillos, hachas y azadones, se disponen a obedecer dócilmente las órdenes del Emperador.

Éste semeja un Fausto centenario.

El último año de su vida ha comenzado. En su fuero interno ya se ha hecho a la idea de que, ocurra lo que ocurra, tendrá que permanecer en este hórrido peñón hasta el final de sus días, y como nadie se ha ofrecido a agenciarle una umbría junto a su morada, en la que poder refugiarse durante los grandes calores, hele aquí decidido, al cabo de no pocas discusiones y luchas contra sus carceleros, a construirse un jardín por sí mismo. Un muro semicircular está llamado a proteger las plantas del exceso de sol y de viento y del ojo alerta del centinela. Se construyen cisternas para recoger la lluvia y se distribuye la tierra para las platabandas y macizos. Por lo pronto, se plantan veinticuatro árboles grandes: melocotoneros, naranjos y, frente a la ventana del Emperador, una encina. Los árboles han sido importados de El Cabo, traídos hasta Longwood con la ayuda del regimiento inglés de artillería, un antiguo conocido de las guerras peninsulares. Jardineros y *coolies* chinos, criados franceses, mozos de cuadra ingleses, todos participan en los trabajos; hasta el médico, Montholon y Bertrand tienen, a veces, que echar también una mano, y con frecuencia el oficial de guardia inglés puede ver al mismo Emperador colocando una mata de césped que le ha pasado el gran mariscal en el lugar preparado de antemano, cuidándose de que quede bien ajustada y adherida. Por otra parte, Napoleón, que sabe por su experiencia militar los

cuidados especiales que requiere el soldado trasplantado al extranjero, se preocupará de regar por sí mismo aquel césped igualmente trasplantado a tierra ajena.

La obra dura siete meses y exige grandes esfuerzos; pero, una vez terminado, el jardín tan mágicamente improvisado sobre aquella roca desnuda es considerado poco menos que como una maravilla, y hasta la hija del gobernador viene a contemplarlo a hurtadillas. Tal será el último milagro llevado a cabo por Napoleón.

Dándose cuenta del rápido declinar de sus fuerzas, Napoleón ha decidido embellecer el lugar en que seguramente pasará el resto de sus días, y ésta es, sin duda, la causa principal de las obras emprendidas. Los que le rodean le oyen recitar en voz queda el verso de Voltaire: «*Revoir Paris une fois encore, je ne puis l'espérer...*». («Volver a ver París, ya no puedo esperarlo...»). Y al llegar el día de su cumpleaños dice que será el último y hace varios regalos a los niños. «En la cena, mientras todos estábamos a su alrededor, resplandecía como un padre de familia en medio de los suyos».

Aquel otoño da su último paseo a caballo, un largo paseo, en el que rebasa los límites marcados, por vez primera después de cuatro años.

Ahora apenas dicta ya, aunque a veces, por la noche, cuando el sueño se le muestra muy reacio, se le ocurre de pronto hacerlo. Entonces dicta comentarios sobre las batallas de Turenne, Federico el Grande y César, notas de carácter literario sobre el *Mahoma* de Voltaire y la *Eneida* de Virgilio; observaciones sobre el suicidio, que hace ya tiempo, cuando no era más que teniente, condenara enérgicamente. Sus mejores secretarios, Gourgaud y Las Cases, hace tiempo que han abandonado la isla. Tamborileando con los dedos sobre la puerta de la terraza, contemplando el volar de las gaviotas, el lento fluctuar de las nubes, pasa los minutos, a veces hasta un cuarto de hora seguido, sin decir palabra. Ya no mira con su telescopio los navíos que cruzan el horizonte. Ya sólo se ocupa de esperar la muerte.

Las noticias de una nueva conspiración contra los Borbones, suscitada en el ejército y ampliamente apoyada por el elemento civil, ya no le interesan. En los últimos seis meses de su vida rechaza dos proyectos de rescate. «Escrito está en los astros que moriré aquí. En América me asesinarían o me olvidarían. Sólo mi martirio puede salvar a mi dinastía. Ésta es la razón de que prefiera continuar en Santa Elena».

Su dolencia mortal va ganando terreno. El clima de la isla es peligroso

aun para las personas de hígado sano; ¿qué no será, pues, para Napoleón, que a los treinta y cinco años predijo que moriría del hígado como su padre? Y, en efecto, su mal hepático se agrava por días. Al mismo tiempo dice que el estómago le arde como fuego, y en el paroxismo de sus ataques se revuelca frenéticamente por el suelo. Se queja de un dolor continuo en la región gástrica, «como si le clavaran un cortaplumas». Tirita de frío, aunque en su interior esté ardiendo y, aunque le aplican compresas calientes, nunca lo están bastante, a su parecer.

Él mismo observa los síntomas de su dolencia y estudia su significación. En cuanto a los medicamentos, niégase a tomar ninguno cuya acción no le haya sido minuciosamente explicada. Lastimeramente dice: «Le he tomado tal gusto a la cama, que no la cambiaría ya por un trono. ¡Qué pobre cosa he llegado a ser! Yo, que apenas necesitaba dormir, me paso ahora los días amodorrado. Sólo el abrir los ojos se me antoja ya un esfuerzo terrible. ¡Y pensar que, en otros tiempos, he podido dictar a cuatro secretarios a la vez, sobre asuntos completamente distintos! ¡Ah, en aquellos tiempos todavía era Napoleón!». Su humor fluctúa entre el *pathos* heroico y la ironía. Un día que su ayuda de cámara viene a decirle que se ve un cometa, el Emperador le replica: «Éste fue el signo que precedió a la muerte de César». Pero cuando el médico declara que no se ve cometa alguno, el enfermo dice: «Sí, no hacen falta cometas para morir».

Su médico de cabecera es un corso llamado Antommarchi. A causa de su querrela con el gobernador, el prisionero estuvo sin asistencia médica durante todo el año que siguió a la marcha de O'Meara. Por último, Mme. Leticia, tras no pocos esfuerzos, logró que le enviaran de médico a este compatriota, junto con dos sacerdotes, un ayuda de cámara y un cocinero. Y así fue como, después de varios años de silencio, pudo tener el Emperador noticias detalladas y fidedignas de su madre. Por cierto que uno de estos últimos días dijo, breve y llanamente, lo que ella significaba para él: «Todo lo que soy y fui se lo debo a mi madre; ella me inculcó sus mismos principios y fomentó en mí la costumbre del trabajo».

Actualmente hay ya cinco cursos en torno al solitario. Pero sólo dos de ellos sirven de algo: el ayuda de cámara y el cocinero. De los dos sacerdotes, el uno es viejo y sordo, medio paralítico e incapaz de pronunciar claramente; el otro, recién salido del seminario, es tan ignorante como tosco. Antommarchi también es hombre mozo, pero lo que le falta de experiencia le sobra de presunción. No obstante, la vecindad de estos isleños de su raza hace

revivir en Napoleón una porción de recuerdos de su vida en la tierra natal. Así, próximo ya el término, despiertan en él sentimientos que en su juventud consiguiera adormecer, decidido como estaba a no ser sino francés. Y, así, Napoleón muere como nació: italiano.

De aquí en adelante habla ya con frecuencia de Italia, y entremezclará su francés de extrañas locuciones literalmente traducidas de su lengua materna. Al leer el ataque virulento de un senador que le reprocha a Francia el haber elegido, cuando el Imperio, en calidad de soberano, a un hombre procedente de un pueblo cuyos naturales los mismos romanos consideraban indignos aun de ser sus esclavos, Napoleón se contenta con advertir que ello es un gran cumplido para los corsos, «pues los romanos sabían que aquel pueblo no podía ser reducido a esclavitud... Por otra parte, Córcega, situada entre Francia e Italia, era un lugar sumamente apropiado para cuna de un hombre llamado a dominar ambas».

En seguida, súbitamente, la imagen de la tierra natal vuelve a apoderarse de su pensamiento. «¡Ah, doctor! ¿Dónde están ya aquellos cielos admirables de Córcega...? ¡Ah, si siquiera se me hubiese ocurrido refugiarme allí! Todos los corsos me habrían recibido con los brazos abiertos y se hubieran convertido en mi propia familia. ¿Cree usted que los aliados hubiesen podido apoderarse de mí en Córcega? ¡Usted sabe lo que son nuestros montañeses y su valor y su orgullo! ¡Yo conozco palmo a palmo la isla, cada barranco, cada arroyo!». Luego declara que él estaba dispuesto a favorecer grandemente a la isla (de la que, en realidad, no volvió a ocuparse en cuanto salió definitivamente de ella) y a demostrarle su predilección a los ojos de toda Francia. Solamente sus desgracias le impidieron llevar a cabo estos planes. Pero habla de la grandeza espiritual de los corsos, de su culto por el honor, de las querellas de familia, que se transmiten de generación en generación, de Paoli... «Todo es mejor allí, empezando por el olor mismo de la tierra. Con los ojos cerrados lo reconocería; en parte alguna lo he vuelto a encontrar... ¡Ah, no poseer ya la casa en que se ha nacido, estar sin hogar..., esto es hallarse sin patria!». Así de tardía, penosa e indirectamente hace su gran descubrimiento este hombre sin patria; o, mejor dicho, tan tardíamente reconoce sus verdaderos sentimientos.

El médico corso no siente una gran simpatía por el Emperador; no da crédito a los sufrimientos de Napoleón; los cree simulados, con un fin político, esperando así conmover a Europa, y ésa es la causa de que durante sus peores ataques este Antommarchi ausente. El empleo político que

acostumbraba hacer Napoleón de sus enfermedades da ahora su fruto, pues actualmente, que en realidad se está muriendo, su mismo compatriota considera fingidos sus sufrimientos. Los ejemplos de estas disensiones entre el médico y el paciente abundan. A tal punto, que Napoleón acaba por desear verse libre de Antommarchi y pide a Lowe que lo envíe a Europa. Un nuevo triunfo para el gobernador, al que esta discordia entre el gran corso y el pequeño viene a servir adecuadamente a sus manejos. Todavía cuatro semanas antes de la muerte del Emperador intenta una vez más su carcelero llegar a su presencia, con el resultado de que la excitación y la contrariedad que aquél sufre redunden en perjuicio considerable de su salud.

El número de los fieles disminuye cada día, como para justificar al misántropo el término de su vida. Durante aquellas últimas semanas, cuatro de los criados y el cura más viejo se embarcan para Europa; otros dos miembros del séquito caen enfermos, y los demás empiezan a pensar en la huida. Montholon escribe a la Condesa sobre la posibilidad de un sustituto; Bertrand está a punto de ceder a las continuas sollicitaciones de su familia para que vuelva a Francia. Montholon, para disuadirle de ello, tiene que asegurarle que, cuando el Emperador habla de su gravedad, lo hace exclusivamente para poner a prueba los sentimientos de Bertrand. Éste, al fin, resuelve quedarse, y ello reanima y conforta en extremo al moribundo. El único que jamás pensó en separarse de él fue Marchand, el ayuda de cámara. En una ocasión, el Emperador le dice: «Si esto continúa mucho tiempo así, pronto no que daremos más que tú y yo. Pero tú me cuidarás hasta el final, y tú serás el que me cierre los ojos...».

Lo que realmente le hiere hasta lo más hondo es el descubrir súbitamente los verdaderos sentimientos, hasta entonces ocultos, del hombre que durante tantos años ha sido su compañero íntimo. Un día, discutiendo con Bertrand, éste deja escapar: «Si a la abdicación del Rey, la Convención hubiese nombrado al duque de Orleáns, ése habría sido el día más feliz en mi vida». El Emperador no contesta nada por el momento, pero más tarde dice con amargura: «¡Él, que me debe todo lo que es, al que di uno de los más altos puestos militares de mi Imperio!».

Como sus fuerzas disminuyen cada día, mira en torno suyo buscando algo en que apoyarse y, por primera vez en su vida, acude a los suyos en demanda de auxilio. De todos ellos, Paulina le es la más querida. Así, con destino a ella, dictará una carta en tercera persona, dándole noticias de su salud, que concluye: «El Emperador espera que Vuestra Alteza dará a conocer su

situación a algunas personalidades inglesas influyentes. En este peñón terrible, abandonado de todos, está a punto de morir. Sus últimos días son una agonía atroz».

A mediados de abril, tres semanas antes del fin, encerrado con llave en su cuarto, dicta su testamento a Montholon. Para que luego éste dicte a su vez el documento al Emperador, pues, a fin de que no pueda abrigarse la menor duda sobre su autenticidad, debe quedar escrito de su puño y letra. Bañado en un sudor frío, el Emperador permanece sentado durante cinco horas, sin cesar de escribir. Verdadero monumento de grandeza política y de humanidad, este testamento viene a ser, además, como el resumen de su vida entera.

XVIII

C omienza el testamento declarando Napoleón que muere en la religión católica y romana, en cuyo seno nació y cuya fe, por otra parte, restableció en Francia protegiéndola de continuo, aunque en su fuero interno jamás aceptara sus dogmas. Luego su pensamiento se vuelve hacia la tumba del héroe, y con una frase que muestra se considera francés más bien por propia elección que por nacimiento, escribe: «Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, en medio del pueblo francés, que tanto amé».

Inmediatamente piensa en su hijo, reservándole lo que tiene de más precioso: sus derechos, sus tesoros y sus enseñanzas, y concentrando en él todas las esperanzas que pueda abrigar un hombre para más allá de la tumba. A su «amadísima esposa» le asegura haber guardado para ella los más tiernos sentimientos, y le suplica que vele por su hijo, ya que a éste lo están criando como si fuera un príncipe austríaco. Ella no debe olvidar que su hijo es francés de nacimiento, y no debe consentir que el niño sea un instrumento en manos de los triunviros que oprimen a los pueblos de Europa, entre quienes el mayor opresor es el propio abuelo del muchacho.

A renglón seguido, un último dardo al enemigo: «Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su sicario». Y añade, con el acento desafiador del tribuno: «El pueblo inglés no tardará en vengarme». Concluye esta parte de su testamento con la declaración de que, si fue derrotado, lo fue «por la traición de Marmont, Augereau, Talleyrand y Lafayette». Y aunque agrega: «Los perdono», se ve relumbrar el acero del hombre de guerra tras la máscara de caridad cristiana en las palabras finales: «¡Y ojalá que la posteridad francesa los perdone como yo!».

Luego, al modo de un patricio, da las gracias a su «excelentísima madre» y a sus hermanos y hermanas por el interés que han continuado demostrándole. «Perdono a Luis por el libelo que publicó en 1820, lleno de afirmaciones mendaces y de documentos falsificados». A continuación vienen

los legados.

La parte principal de su fortuna la constituyen las economías por él efectuadas sobre su lista civil durante catorce años, aparte el mobiliario, vajillas, etc., que comprara con destino a sus palacios, y sus propiedades de Italia. Evalúa el total de ello en unos doscientos millones de francos, indicando que, a su entender y «que él sepa», ninguna ley le ha privado de ello. La mitad de esta suma la lega a los oficiales y soldados supervivientes de las guerras de la Revolución y del Imperio, a aquellos que lucharon de 1792 a 1815 por la gloria y la independencia de la nación, debiendo efectuarse el reparto proporcionalmente a sus pagas en el servicio activo. La otra mitad deberá distribuirse entre las ciudades y comunas que más sufrieron en las dos invasiones. Su objeto al tomar estas disposiciones es poner en un brete al Gobierno de los Borbones por la confiscación ilegal de sus bienes en el momento de su abdicación. Estas cláusulas tienden, como es natural, a suscitar un sentimiento pronapoleónico, lo mismo entre los militares que entre los paisanos, en la secreta esperanza de que así su testamento ejercerá cierta influencia en favor de su dinastía, por modo semejante al testamento de Julio César cuando fue comunicado a la plebe romana por Marco Antonio.

Siguen después los nombres de noventa y siete personas, con especificación de los legados particulares que el Emperador les asigna. Esta lista le costó diez días de trabajo. Su espíritu —escribe uno de sus familiares— se halla sin cesar ocupado rebuscando en su memoria los nombres de aquellos a quienes aún podría favorecer con sus liberalidades. Cada día se acuerda de un antiguo servidor al que «desearía remunerar». Para atender a estas donaciones cuenta con una suma de veinte millones de francos —seis de ellos depositados en efectivo antes de su marcha de París—, que le merecen una mayor seguridad que su gran tesoro imperial.

¿Quiénes son estos legatarios?

Montholon, en primer lugar, por dos millones de francos, y a continuación Bertrand y su ayuda de cámara Marchand, por medio millón cada uno. Por cierto que el ayuda de cámara es el único al que Napoleón honra con el título de amigo, añadiendo: «Es mi deseo que se case con la viuda, la hermana o la hija de un oficial de mi antigua guardia». Marchand, Bertrand y Montholon serán los albaceas, ya los tres les hace sellar con sus sellos respectivos cada página del testamento. Así, el último documento de manos de Napoleón lleva cuatro sellos: el águila, con las alas desplegadas, del Emperador; las armas de dos condes de la antigua nobleza, y el simple monograma de un hombre del

pueblo, a quien dio así el Emperador una suprema muestra de confianza: «Los servicios que me ha prestado son los de un amigo».

Cada uno de sus criados de Santa Elena recibe una pequeña fortuna, así como también sus médicos, uno de los cuales^[2] es, a su juicio, «uno de los hombres más virtuosos que ha conocido». Otras sumas importantes^[3] aparecen legadas a varios generales cuyos buenos servicios de antaño no ha olvidado; a sus secretarios, a dos escritores, a la guardia de Elba y a los hijos de algunos otros generales caídos en el campo de batalla. Mozos de cuadra, lacayos, ordenanzas, cazadores, un portero, un bibliotecario, los hijos o nietos de algunos antiguos amigos de Córcega, los hijos o nietos de su nodriza, en el caso de que, a pesar de otras donaciones anteriores, se encuentren en la necesidad, los descendientes de uno de sus profesores de Auxone; los de aquel general en jefe que, ante las murallas de Tolón, al comienzo mismo de su carrera, le permitió dirigir el asedio; los de aquel diputado de la Convención que apoyara los planes del joven Bonaparte contra la opinión del Comité de Salud Pública; los de Muiron, «nuestro edecán, muerto a nuestro lado en Arcola, por escudarnos con su cuerpo...»; todos son recordados, nadie cae en olvido. «A renglón seguido del legado a Muiron viene el legado al oficial subalterno Cantillon», absuelto de la acusación de haber intentado asesinar a Wellington. «Tanto derecho tenía Cantillon de asesinar a este oligarca, como éste de enviarme a morir en el peñón de Santa Elena. Wellington, que propuso esta infamia, intentó justificarse alegando el interés de la Gran Bretaña. Como Cantillon, de haber asesinado al lord, se habría escudado y justificado con los mismos motivos, alegando el interés de Francia».

Este grito revolucionario sobre Cantillon pone fin a la lista de los legados. En las instrucciones a los testamentarios se enumeran las siguientes propiedades: el mobiliario de malaquita traído de Rusia; el servicio de mesa de oro ofrecido por la ciudad de París; una pequeña finca en la isla de Elba comprada con el dinero de Paulina y que quedaría de su propiedad en el caso de que ésta muriese antes que él; un depósito de mercurio dejado en Venecia y tasado en cinco millones; los bienes de un patriarca de Venecia, si se comprueba que éste los ha legado realmente al Emperador; el oro y las joyas escondidos en un lugar secreto de la Malmaison, que no regalara a Josefina y que quizá, buscando bien, acaben por encontrarse... Inventario fantástico de un rey y de un aventurero.

A su madre le deja la lamparilla de plata que le ha iluminado tantas

noches de insomnio durante su estancia en Santa Elena, y cada hermano recibe igualmente un recuerdo. José y Luciano mismos, como si jamás hubiese tenido la menor disensión con ellos, son mencionados serenamente, uno tras otro, y ambos reciben «un manto bordado, con su casaca y calzones», aunque el Napoleón de antaño ya había dado una corona al uno y ofrecido al otro un trono.

Pero el principal heredero de Napoleón es su hijo. Ante todo, él recibirá todas sus armas, silla de montar, espuelas, cajas de rapé, órdenes, libros, ropa blanca y camas de campaña, y termina esta detallada lista con esta frase altiva: «Deseo que este pobre legado le sea grato, por representarle el recuerdo de un padre del que el universo se encargará de hablarle». Súbitamente, en medio del inventario, donde se mencionan hasta dos pares de pantalones de noche y dos fundas de almohada, relampaguean anotaciones como la siguiente: «Mi espada, la que llevé en Austerlitz; mi neceser de oro, el que me sirvió en las jornadas de Ulm, de Jena, de Eylau, de Friedland, de Lobau, de la Moskowa y de Montmirail..., cuatro cajas encontradas sobre la mesa de Luis XVIII en las Tullerías el 20 de marzo de 1815..., mi despertador, el despertador de Federico II, que cogí en Potsdam (en la caja núm. 3)..., una capa azul (la que llevé en Marengo)..., la espada de Primer Cónsul..., el collar de la Legión de Honor». Cada lista concluye con el nombre de aquel de sus familiares que deberá hacerse cargo de los objetos especificados, para llevarlos a su hijo cuando éste haya cumplido los dieciséis años. Otra cláusula ordena: «Marchand conservará mis cabellos y mandará hacer con ellos un brazalete con un candadito de oro para la emperatriz María Luisa, y otros para mi madre, mis hermanos y hermanas, sobrinas y sobrinos, el cardenal, y uno más considerable que los otros para mi hijo».

Luego cita diversos nombres de personas y lugares que supone interesarán a su hijo. «Mi memoria será la gloria de su vida. Deseo, pues, que mis testamentarios formen una colección de grabados, retratos, libros y medallas que puedan dar a mi hijo una idea exacta, destruyendo las nociones falsas que sin duda habrá tratado de inculcarle la política de un país extranjero. Quiero que pueda ver las cosas tal como realmente fueron... No pretendo que el testamento de mi madre mejore a mi hijo, que probablemente quedará más rico que sus otros hijos, pero espero que le dejará algún legado precioso, tal como su retrato y el de mi padre, o aquellas joyas de familia que pueda decir provienen de sus abuelos».

Parece como si su vida fuera a terminar con pensamientos sencillos y

llanos, a juzgar por esta conmovedora alusión a sus padres; pero, en la cláusula siguiente de nuevo se avizora el abismo. Los que a la sazón se encuentren en torno de su hijo, los hijos de Bertrand quizá, o los de Montholon, deberán «procurar que recobre el nombre de Napoleón en cuanto llegue a su mayoría de edad y pueda hacerlo así sin inconveniente».

Después de esta atención preferente al hijo legítimo, sigue, ya al final, una cláusula de pocas líneas, la 37, en que Napoleón escribe: «No me opondría a que León, si así lo desea, entre en la carrera administrativa. En cuanto a Alejandro Walewski, me gustaría que sirviera en el ejército francés». El que así escribía no podía prever que, bastantes años después de su muerte, León terminaría su vida lamentable en América, casado con una cocinera, pero que, en cambio, el conde Walewski llegaría a los más altos puestos como diplomático bajo Luis Felipe y como ministro de Estado y senador del Segundo Imperio. Por su talento y prestancia física, el hijo de María estaba llamado a demostrar que realmente había sido un hijo del amor.

Pero aún hay un segundo testamento, destinado a su heredero legítimo. Dos semanas antes de su muerte, a eso de las tres de la mañana, mandó llamar a Montholon, que durante aquellas últimas semanas le viniera atendiendo fielmente. «Al entrar en la habitación —cuenta Montholon—, le encontré sentado en la cama, y el fuego que ardía en sus ojos me hizo temer un nuevo ataque de fiebre. Él comprendió mis temores y me dijo bondadosamente: “No, no estoy peor, pero he pensado, hablando con Bertrand, en lo que mis ejecutores testamentarios deben decir a mi hijo cuando le vean. Bertrand no me comprende..., es preferible que resuma en pocas palabras los consejos que lego a mi hijo. Usted le detallará así más fácilmente mi pensamiento; escriba”».

Siguen doce páginas que contienen el testamento político del Emperador. En ellas, ni una palabra de guerra; en cambio, una porción acerca de la paz, a tal punto que, en lo que a Europa concierne, puede decirse que encontramos aquí todas las ideas directrices del siglo que inauguró su ascensión al poder. Se nos da, por así decirlo, un atisbo de lo que hubiera sido un segundo reinado suyo. Él mismo nos dice cómo habría gobernado, criticando severamente su obra anterior. Mirando hacia el porvenir en busca de nuevas formas políticas, sus ojos de vidente diríase que descubren el siglo xx. Desde aquel árido peñón, perdido en medio del océano, lanza un llamamiento a la unificación de Europa, una verdadera proclama a los pueblos de Occidente, preconizando la concordia universal sobre la base de la libertad, la igualdad, la civilización, la

inteligencia y el trabajo. Todos estos pensamientos acuden al espíritu de Napoleón moribundo durante una de sus últimas noches de fiebre y de insomnio.

«Mi hijo no debe pensar en vengar mi muerte; debe aprovecharla... Todos sus esfuerzos deben tender a reinar por la paz. Si intentara, por pura imitación y sin necesidad absoluta, repetir mis guerras, no sería sino un simio. Rehacer mi obra sería suponer que nada hice... No es posible hacer dos veces lo mismo en un siglo. *Yo me vi obligado a domar a Europa por las armas; hoy, lo preciso es convencerla...* Yo implanté en Francia y en Europa nuevas ideas que ya no podrían retrotraerse. Que mi hijo haga florecer todo lo que yo sembré...

»Es posible que, para borrar el recuerdo de sus persecuciones, los ingleses favorezcan el retorno de mi hijo a Francia; pero, para vivir en buenas relaciones con Inglaterra, es preciso a toda costa favorecer sus intereses comerciales. Esta necesidad trae consigo dos consecuencias: luchar contra Inglaterra o compartir con ella el comercio del mundo. Esta segunda alternativa es hoy la única posible. La cuestión internacional prevalecerá aún largo tiempo en Francia sobre la cuestión interior. Legó a mi hijo la suficiente fuerza y simpatía para poder continuar mi obra sin más armas que las de una diplomacia elevada y conciliadora...

»Que mi hijo no suba jamás al trono por obra y gracia de una potencia extranjera. Su objeto debe ser no solamente el reinar, sino el merecer la aprobación de la posteridad. Que, cuando pueda, se acerque a mi familia; mi madre es una mujer de la Antigüedad... La nación francesa es la más fácil de gobernar cuando no se la toma a contrapelo; nada iguala su comprensión rápida y fácil; inmediatamente se da cuenta cabal de quiénes trabajan en su pro y quiénes en su contra; pero adviértase que, en toda ocasión, es preciso hablarle a los sentidos; de otro modo, su espíritu inquieto la roe interiormente; fermenta y acaba por estallar...

»Que desprecie todos los partidos y tenga sólo en cuenta a la masa. Excepto con aquellos que hicieron traición a la patria, debe olvidar los antecedentes de todos los hombres y recompensar el talento, el mérito y los servicios, dondequiera que los encuentre...

»Francia es el país en que los jefes de partido tienen menos influencia; apoyarse en ellos es cimentar sobre la arena. Sólo apoyándose en las masas se pueden llevar a cabo grandes cosas en Francia... Yo me apoyé en todo el

mundo sin excepción, dando así el primer ejemplo de un Gobierno que favorece los intereses de todos... Dividir los intereses de una nación es... engendrar la guerra civil. No se divide lo que por la Naturaleza es indivisible; solamente se consigue mutilarlo. Yo no concedo la menor importancia a la Constitución cuyas bases principales os he dictado; el principio fundamental debe ser la universalidad del sufragio.

»La nobleza creada por mí no prestará el menor apoyo a mi hijo...

»Mi dictadura era indispensable, y la prueba es que siempre me ofrecieron más poder del que yo pedía... No ocurrirá lo mismo con mi hijo; a éste le disputarán el poder, y a él tocará prevenir todos los deseos de la libertad... La finalidad de un soberano no debe ser solamente el reinar, sino el propagar y fomentar la instrucción, la moral, el bienestar. Todo lo que es falso, de poco sirve.

El pueblo francés tiene dos pasiones igualmente poderosas, que aparecen opuestas y se derivan, no obstante, del mismo sentimiento, y son: el amor a la igualdad y el amor a las distinciones. Y sólo con una estricta justicia podrá un Gobierno atender estas dos necesidades... Para gobernar, no se trata de seguir una teoría más o menos buena, sino de edificar con los materiales que se tienen al alcance de uno, de someterse a las necesidades del momento y de saberlas aprovechar. La libertad de la prensa debe ser, entre las manos del Gobierno, un poderoso auxiliar para hacer llegar a todos los rincones del Imperio las doctrinas sanas y los buenos principios. El abandonarla a sí misma equivale a quedarse dormido junto a un precipicio... Es preciso, so pena de muerte, o conducirlo todo o impedirlo todo.

»Mi hijo debe ser el hombre de las ideas nuevas y de la causa que yo hice triunfar en todas partes... Reunir Europa con vínculos federativos indisolubles...

»Europa camina hacia una transformación inevitable; retrasarla es debilitarla con una lucha inútil; favorecerla es fortificarse con las esperanzas y las voluntades de todos...

»La posición de mi hijo no estará exenta de inmensas dificultades. *Que haga, con el consentimiento de todos, lo que las circunstancias me obligaron a hacer a mí con la fuerza de las armas.* Vencedor de Rusia en 1812, el problema de una paz de cien años quedaba resuelto, y cortado, por mi mano, el nudo gordiano de los pueblos; hoy no hay más remedio que desatarlo. Ya no es en el Norte donde se resolverán los grandes problemas, sino en el

Mediterráneo. En éste hay con que contentar todas las ambiciones de las potencias, y con unos cuantos jirones de territorios salvajes se puede comprar la felicidad de los pueblos civilizados. *Que los reyes atiendan a razones, y dejará de haber en Europa motivos para los odios y rivalidades internacionales.* Los prejuicios se disipan, se ensanchan, se confunden; las vías del comercio se multiplican; ya no es posible a un solo país el conservar su monopolio...

»Pero cuanto usted diga a mi hijo y cuanto pueda aprender, de poco servirá si no lleva en el fondo del corazón ese fuego sagrado, ese amor al bien, que es lo único capaz de llevar a cabo las grandes cosas. Sin embargo, me atrevo a esperar que será digno de su destino.

»Si no le dejan a usted ir a Viena...». De pronto, las fuerzas le abandonan, y el documento queda inconcluso; como suele suceder con los oráculos, la profecía termina en medio de una frase. Pero lo que este hombre, en su lecho de muerte, dictó para instrucción de su hijo, aún puede servir de enseñanza a Europa al siglo de haber sido escrito. Los problemas políticos de nuestra época, cualquiera que sea la solución que tratemos de darles, realmente ya quedaron aquí resueltos por la soberanía del genio.

XIX

Tras este admirable desbordamiento, el manantial se seca. Visiones placenteras fluctúan ante el espíritu del moribundo. Diríase que el hado va a favorecerle con la eutanasia. Al día siguiente de dictar su testamento político, el dolor y las preocupaciones le abandonan, y las brumas acariciadoras de la esperanza lo envuelven:

«—Cuando yo haya muerto, todos vosotros tendréis el dulce consuelo de volver a Europa. Vosotros volveréis a ver, los unos a vuestros parientes, y los otros a vuestros amigos; yo, en cambio, volveré a encontrarme con mis valientes en los Campos Elíseos. Sí —continuó, levantando la voz—, Kléber, Desaix, Bessières, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, todos vendrán a mi encuentro y me hablarán de lo que hicimos juntos. Yo les contaré mis últimos acontecimientos de mi vida. Al verme, todos volverán a sentirse enloquecer de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras guerras con los Escipiones, los Aníbalas, los Césares y los Federicos. Sí, será un verdadero goce... A menos —añadió riendo— que no les dé miedo allí ver tantos guerreros juntos».

Así sueña el moribundo. Entre los miles de frases suyas que nos han sido transmitidas, ninguna muestra tan claramente la ingenuidad de su espíritu como esta divagación. Su fantasía columbra un mundo poblado por las sombras de los héroes, ve allí a sus generales conversando familiarmente con los de la antigua Roma, se dispone a entrar en un paraíso idílico donde se habla de artillería y de batallas. Mientras está hablando, el médico inglés (cuyos servicios ha consentido, por fin, en aceptar) entra en la estancia.

En este momento la música de flautas que ha oído en sueños comienza a sonar realmente, acompañada por el redoblar de los tambores. El estadista recobra instantáneamente el sentido de la realidad y, sin transición, tirando bruscamente, según su costumbre, de otro registro, emprende su oración fúnebre oficial:

«Acérquese, Bertrand, y traduzca al señor lo que voy a decir. Mi muerte es el resultado de una serie de ultrajes dignos de la mano que me los prodigó... Yo había venido a sentarme junto a los lares del pueblo británico, en demanda de una hospitalidad leal, y he aquí que, contra todos los derechos imperantes sobre la tierra, me contestaron con las cadenas... Pero, sin duda, a Inglaterra estaba reservado el persuadir a los reyes a dar al mundo el espectáculo inaudito de cuatro grandes potencias encarnizándose contra un solo hombre... ¿Y cómo me habéis tratado desde que fui desterrado? No hay una indignidad, no hay un horror que no os hayáis complacido en infligirme. Me habéis asesinado poquito a poco, con premeditación, y el infame Hudson ha sido el verdugo de vuestros ministros... ¡Acabaréis como la altanera República de Venecia, y yo, moribundo en este peñón espantoso, privado de medios y careciendo de todo, lego el oprobio y el terror de mi muerte a la familia reinante de Inglaterra!».

Tras esta fulminación, cae de nuevo cansadamente sobre sus almohadas. El médico inglés permanece en pie ante él, sin saber qué decir, y otro tanto acontece a los acompañantes de Napoleón. ¿Cuál era, exactamente, el significado de aquellas palabras? ¿Un epílogo, una protesta, una maldición? ¿O bien, simplemente, un acto de política? Aquella noche se hizo leer en voz alta la historia de las campañas de Aníbal.

Al día siguiente, 21 de abril, quince días antes del término, mandó llamar al sacerdote corso. Desde la llegada de éste a la isla, Napoleón había asistido a la misa todos los domingos; pero, fuera de esto, no tuvo relación alguna con el sacerdote. Ahora le llamó para preguntarle:

«—¿Sabe usted lo que es un catafalco iluminado? ¿Ha instalado ya usted alguno? Pues bien, le tocará instalar el mío. —Siguen algunos detalles, y luego—: Después de mi muerte, transportará el altar junto a mi lecho y celebrará usted la misa según el rito habitual, hasta que me hayan enterrado».

Al amanecer, el sacerdote pasó casi una hora encerrado con él. Pero, como Vignali, según cuentan los testigos presenciales, no iba vestido con arreglo al ceremonial religioso, es seguro que Napoleón no confesó, limitándose a conversar con el abate. Por otra parte, Napoleón, que no había comulgado desde hacía cuarenta años, todavía no siente llegado el momento de hacerlo.

El enfermo se encuentra agotadísimo y casi irreconocible. Hace varias semanas que no se ha afeitado; el rostro aparece muy demacrado y de color terroso. Encontrando demasiado estrecha la alcoba, ha mandado trasladar la

cama al gabinete. Los accesos de espasmos gástricos, cada vez más frecuentes, le hacen sufrir terriblemente. En los intervalos de tregua continúa hablando de aquellas personas a las que desea dejar algún legado. De cuando en cuando se adormila y sueña. En estos sueños se le aparecen diversas mujeres, entre las que nunca figura María Luisa: «Acabo de ver a mi buena Josefina, pero no ha podido besarme; ha echado a volar en el momento en que la iba a coger entre mis brazos... No está nada cambiada, es siempre la misma; siempre toda abnegación para mí, me ha dicho que íbamos a volver a vernos, para no separarnos ya nunca... Me asegura que... ¿No la habéis visto?». Sueño hermano del de sus generales, del paraíso de los niños, del país de los cuentos de hadas.

Cuando se siente un poco mejor manda que le lean en voz alta los periódicos. Un ataque contra él en uno de ellos le excita de tal modo, que hace que traigan el testamento y, rompiendo los sellos con que tan cuidadosamente lo cerrara, sin decir una palabra añade, con pulso trémulo:

«Mandé detener y procesar al duque de Enghien porque era necesario a la seguridad, al interés y al honor del pueblo francés, mientras el conde de Artois, según confesión suya, mantenía a su sueldo sesenta asesinos en París. En una circunstancia semejante, volvería a hacer lo mismo».

Como dos espectros, el Borbón muerto y el moribundo Bonaparte se hacen frente.

El 27 vuelve a reclamar el testamento y lo sella de nuevo, con todo cuidado. Manda hacer inventarios del contenido de sus cajas y carpetas y guarda los documentos valiosos en sobres aparte, en los cuales él mismo pone las inscripciones. Todo ello en los intervalos que le dejan los accesos de vómito. Los que le rodean ponen también sus sellos a todos los paquetes, y cada uno de ellos se ve obligado a comprobar el inventario, a tal punto llega la desconfianza del Emperador con Inglaterra.

¿Queda todavía algo más? Varios objetos, aún no tomados en cuenta, yacen esparcidos sobre la colcha. «Me siento muy débil, no me quedan ya más que unos instantes de vida. Hay que acabar de una vez». ¿Qué es esto? ¡Ah, sí, el collar de diamantes de Hortensia, que ésta acostumbraba lucir en su lindo cuello durante las fiestas de las Tullerías y que cosieran al cinturón de él el día en que abandonó la Malmaison! Y Marchand recibe como recuerdo el collar. En cuanto a una tabaquera de oro liso que allí queda también, el mismo Emperador raspa trabajosamente con un cortaplumas las iniciales y se la da al

médico, diciéndole:

«—Después de mi muerte, que ya no puede tardar, quiero que haga usted la autopsia de mi cadáver. Sobre todo, haga con mucho cuidado el examen anatómico del estómago. Los médicos habían anunciado que el tumor del píloro era hereditario en mi familia; el informe me parece que está en poder de Luis; pídaselo y compárelo con lo que usted haya observado; que, por lo menos, pueda salvar a mi hijo de esa horrible enfermedad. Usted le verá, doctor, y le indicará lo que debe hacer, a fin de evitarle las angustias que yo sufro ahora...».

Durante seis años no ha cesado de echar la culpa al clima de Santa Elena de su dolencia hepática, y no hace aún muchos días que acusó solemnemente a Inglaterra de asesinato por haberle obligado a permanecer en aquel paraje. Ordenando la autopsia, corre el peligro de que aquella teoría se venga a tierra. Y, realmente, es lo que desea. ¡Ante todo, la salvación de su hijo! Que éste pueda luchar contra el mal hereditario.

Y ahora ¿está ya todo a punto? ¿Podrá morir al fin? ¡Un momento! Todavía falta la notificación de su muerte a las autoridades. Y vuelve a dictar:

«Señor gobernador: El emperador Napoleón ha muerto el..., después de una larga y penosa enfermedad, lo que tengo el honor de poner en su conocimiento, rogándole me haga saber las disposiciones prescritas por su Gobierno para el transporte de su cuerpo a Europa, así como las relativas a las personas de su séquito...». «Usted la firmará, conde Montholon».

Sesenta mil cartas políticas ha dictado Napoleón, pero ninguna, sin duda, tan extraordinaria como la que lleva en blanco la fecha de su muerte. Pero ¿quién hubiera podido prever que el Destino habría dejado el tiempo y la serenidad de espíritu necesarios para anunciar su propia muerte al hombre que la desafiara en más de sesenta batallas? Las líneas citadas parecen un término un sí es o no es grotesco a su carrera de dominador, y, sin querer, se siente la esperanza y el deseo de que esta extraña esquela no sea la última.

Y, en efecto, no es la última. El día 29, después de una noche de fiebre, dicta el borrador de dos comunicados. El uno, sobre la utilización de Versalles; el otro, sobre la reorganización de la Guardia Nacional. Pero estos proyectos no están ya dirigidos, como lo habrían estado, antes de su abdicación, al ministro de Obras Públicas y al ministro de la Guerra, sino que aparecen titulados: «Primer ensueño» y «Segundo ensueño». Luego dice: «Me siento tan bien, que podría andar quince leguas a caballo». Pero, al día

siguiente, un frío glacial invade sus miembros y cae en un delirio que durará ya hasta el final, durante cinco días.

Sin embargo, las energías vitales de Napoleón aún no se dan por vencidas. Todavía, en el curso de estos cinco días, tiene un intervalo de lucidez, que aprovecha para dictar nuevas órdenes y declaraciones. Recomienda a los que le rodean que, en caso de perder el conocimiento, no dejen que se acerque a él ningún médico inglés, y les dice: «Vosotros que habéis compartido mi destierro, seréis fieles a mi memoria y no haréis nada que pueda perjudicarla. Yo he sancionado todos los principios, los he infundido en mis leyes y en mis actos; no hay uno solo que no haya consagrado. Desgraciadamente, las circunstancias han sido duras; me he visto obligado a castigar y a aplazar; llegaron los reveses, no pude aflojar el arco y Francia se vio privada de las instituciones liberales que yo le destinaba. No obstante, ella me juzga con indulgencia, me toma en cuenta las intenciones, ama mi nombre y mis victorias. Imitadla vosotros... Sed fieles a las opiniones que hemos defendido, a la gloria que hemos ganado; fuera de ello, todo es vergüenza y confusión».

Sus pensamientos todavía giran en torno de su obra inconclusa. Con la mirada melancólica del escultor moribundo, no ve ante sí más que un fragmento, y emplea su último aliento en explicar a los que le rodean lo que él se proponía modelar.

Al día siguiente su espíritu vaga una vez más entre los recuerdos de su juventud y de Córcega. Pero aún, de cuando en cuando, revive el deseo de ser útil a su hijo. Su fantasía imagina nuevas posesiones en la isla, y el fiel Marchand anota, al dictado, aquellas divagaciones, tan precisas, por otra parte, en sus detalles:

«Lego a mi hijo mi casa de Ajaccio con sus dependencias, dos casas situadas junto a la Salina, sus jardines y todos los bienes que poseo en el territorio de Ajaccio, que le procurarán una renta de 50.000 francos. Lego...».

Tal es la última manda de Napoleón. Después de haber ganado y perdido la mitad del mundo, ve en sus sueños de moribundo el hogar natal y el hijo lejano, al que esperó poder dejar de herencia la mitad del mundo, y sus pensamientos se confunden y, a fin de poner a su hijo al abrigo de la necesidad, le lega lo que no posee. Luego sus ideas se apartan de los suyos. Vuelve a ser un soldado, revive su primera campaña de Italia, evoca en su torno a sus más antiguos compañeros de armas, y grita:

«—¡Desaix! ¡Massena! ¡Cerramos a la victoria! ¡Adelante! ¡Son

nuestros!».

Al día siguiente, el abate viene a verle sin que nadie le haya avisado, tratando de ocultar algo bajo sus vestiduras laicas. Pide que le dejen solo con el moribundo, y sale al poco rato, diciendo: «Le he dado la Extremaunción. El estado de su estómago no permite otro sacramento».

La última noche es terrible. Al amanecer del último día de su vida se le oye murmurar, en medio de su delirio:

«—Francia... Cabeza de ejército...»^[4].

Éstas fueron sus últimas palabras.

Un instante después, con sorprendente energía, salta del lecho, logrando imponerse a Montholon, que se encuentra a solas con él. Ambos ruedan por el suelo, y con tal violencia sujeta el moribundo a Montholon, que éste ni siquiera puede gritar pidiendo socorro. Pero Archambaud, que se halla en la estancia contigua, acude al ruido y libra a Montholon. Nadie supo jamás a qué enemigo trataba de estrangular el Emperador en esta lucha postrera.

El resto del día lo pasa más tranquilo, respirando sosegadamente. De cuando en cuando parece pedir por señas que le den de beber, pero, como ya no puede tragar, tienen que contentarse con humedecerle los labios con una esponja empapada en vinagre. La lluvia azota furiosamente la casa, envuelta en la niebla. Un conde de la antigua nobleza y un hombre del pueblo velan junto al lecho de campaña de Austerlitz.

A las cinco, el furor del viento sudeste redobla, arrancando de cuajo dos árboles de los últimamente plantados.

En este instante, un violento estremecimiento sacude al moribundo. Sin dar muestras de sufrimiento, los ojos muy abiertos, clavados en el vacío, exhala los últimos estertores de la agonía. Al desaparecer en el océano el sol del trópico, el corazón del Emperador cesa de latir.

XX

Sobre la mesa del gabinete de trabajo, a la luz cruda del mediodía, abierto en cruz, yace el cuerpo desnudo de Napoleón. Cinco médicos y tres oficiales ingleses y los tres franceses rodean la mesa. El médico corso, que lleva a cabo la autopsia, ofrece el hígado del Emperador al examen de los otros y desenvuelve su demostración como si se hallara ante un público de estudiantes en la clase de disección. Una parte del estómago se halla, por decirlo así, destruida y presenta adherencias al hígado. ¿Qué prueba esto, señores? Que el clima de Santa Elena ha agravado la enfermedad gástrica del Emperador y ha sido causa de su muerte prematura.

El asunto se pone a votación: Inglaterra contra Francia. La mayoría declara sana la víscera, mientras el médico corso pasa ostensiblemente su dedo a través de la pared perforada, del estómago. Y se levanta acta de la autopsia.

Ante el cuerpo embalsamado, recubierto con la capa bordada en oro de Marengo, toda la guarnición, por su propia iniciativa, desfila. Todos los que vieron el cuerpo atestiguan el sosiego y la serenidad de sus facciones. Misteriosamente, su rostro, que desde la coronación propendiera a asumir la robusta madurez de los cesáreos romanos, ha recobrado ahora la línea cenceña y delicada de la juventud.

Las autoridades británicas rehusaron el traslado del cuerpo a Europa. La losa fue abierta en un valle cerrado, junto a una fuente sombreada por dos sauces. Se le concedieron honores de general inglés, y tres modestas salvas saludaron sus despojos, mientras ondearon al viento las banderas inglesas con los nombres de las victorias alcanzadas por el ejército británico en España. El gobernador presidió la ceremonia y declaró haber perdonado al Emperador.

Seis losas, procedentes de una plataforma de artillería, cerraron la sepultura. Una séptima losa debía servir de estela; pero, como no pudo encontrarse, de momento se la reemplazó con tres azulejos de la cocina de

una casa en construcción. El gobernador no quiso permitir que se grabara sobre la tumba el nombre de *Napoleón* sin que fuera seguido del apellido *Bonaparte*. En vista de ello, la tumba quedó sin inscripción. Los muebles de Longwood fueron vendidos en pública subasta; la casa fue comprada por un colono, que la transformó en molino; las dos habitaciones en que había vivido el Emperador durante seis años volvieron a ser lo que antes fueran: un establo y una pocilga.

El único honor que le rindió Inglaterra fue el de colocar un centinela junto a su tumba. Centinela que había de montar la guardia durante diecinueve años, hasta el traslado de las cenizas a París.

Después de su entierro, todos los que le habían acompañado embarcaron para Europa.

El gobernador fue públicamente afrentado a latigazos en una calle de Londres por un hijo de Las Cases. Obligado a huir, murió en la más absoluta oscuridad. El ministro omnipotente^[5], responsable principal del trato infligido a Napoleón, se abre las venas en un acceso de melancolía. Y, con un brusco cambio de la opinión pública, toda Inglaterra ataca su bárbara política contra el gran desterrado.

El doctor corso se dirige a Italia. Luciano se niega a recibirlo. En Parma, María Luisa le cierra igualmente su puerta, pero él consigue verla en su palco del teatro. En cambio, Leticia Bonaparte le recibe en su palacio de Roma y durante tres días le retiene y le abruma a preguntas. Antommarchi le entrega la lamparilla de plata y se embarca al fin para Córcega. Y Leticia permanece sentada junto al hogar, llorando el triste destino de su hijo segundo, Napoleón.

Quince años vivirá aún, sobreviviendo a Elisa, a Paulina, que muere con un espejo en la mano; a varios de sus nietos y a tres Papas. Está medio paralítica y completamente ciega. Pero se pasa los días sentada frente al busto de su hijo, siempre erguida, absorta en su dolor tranquilo.

Como una reina, recibe en su palacio a todos los que han permanecido fieles al Emperador. Sus criados son las últimas personas en Europa que ostentan sus colores; su carroza es la última en llevar sus armas. De tarde en tarde le llegan noticias de Viena acerca de su nieto, pero a éste no le permiten verla. Por otra parte, el ex Rey de Roma muere a los veintiún años. María Luisa se lo escribe, pero ella no contesta a su carta. Por último, le conceden el permiso de volver a Francia, pero ella lo rechaza porque no otorgan el mismo derecho a sus hijos.

A los nueve años de la muerte del Emperador, la dinastía de los Borbones es derribada, y los Orleáns suben al trono. El nuevo Rey, sabiendo la fuerza que conservan los bonapartistas, manda volver a colocar sobre la columna Vendôme la estatua de Napoleón, arrancada quince años antes. Al oír esta noticia, que le trae Jerónimo, la vieja Leticia, desde hace tiempo postrada en cama, recobra súbitamente las fuerzas y consigue abandonar aquélla. Por vez primera, después de un largo paréntesis, entra en el salón donde se hallan reunidos los suyos; sus ojos sin vista se vuelven hacia el lugar donde sabe que está el busto, y dice con voz apagada:

«—¡El Emperador se halla de nuevo en París!».

POST SCRIPTUM

Escribir la historia de un hombre o la historia de una época son dos empresas muy distintas, tanto en propósito como en técnica. Las tentativas llevadas a cabo para combinarlas han sido inútiles. Plutarco renunció a la una y Carlyle a la otra, y ésa es, sin duda, la razón de que ambos maestros lograsen su objetivo. Desgraciadamente, Plutarco no tuvo imitadores, y nadie, después de él, se ha propuesto como finalidad específica el escribir la historia de los grandes espíritus sobre cimientos estrictamente históricos.

Tal trabajo no pertenece, por otra parte, al dominio del historiador, ya que la búsqueda de la verdad exige otros talentos que los requeridos por el arte del retrato. Los artistas han dramatizado a veces libremente las figuras históricas, y hay que confesar que, muchas veces, no han conseguido dar al mundo más que uno de esos lamentables híbridos que llamamos «novelas históricas» y de los que ya decía Goethe, como Napoleón, que lo embrollan y confunden todo.

La tentativa se hace aún más difícil cuando la vida de los grandes hombres que se trata de representar hállase jalonada no ya por obras, sino por hechos. César, Federico y Napoleón solamente llegaron al ápice del poder mediante sus victorias en el campo de batalla; a pesar de lo cual estas batallas cada día se tornan más indiferentes y horras de sentido para la posteridad. Hoy día, solamente en las academias militares tienen todavía una significación histórica Farsalia, Rossbach y Austerlitz. Ninguno de los tres grandes generales citados supondría ya más para nosotros que Craso, Seydlitz o Massena de no haber sido, además, otra cosa que caudillos militares. Realmente, es un genio político lo que hace a César, a Federico y a Napoleón supremos entre los hombres. En su más alta personificación, el estadista representa el destino general de la Humanidad. Y donde el genio y el carácter convergen, allí está el foco para el investigador del alma humana.

En este libro he tratado de escribir la historia interna de Napoleón. Como

su personalidad se expresa en cada paso de su carrera política, sus ideas como fundador de Estado y como legislador, su actitud respecto a la revolución y a la monarquía legítima, respecto al orden social y al problema de Europa, constituyen otros tantos medios eficaces de representación. En cambio, poco importa el curso de las batallas y el estado de las naciones europeas a la sazón mientras no se manifiestan sino en coaliciones o antagonismos tan mudables como el tiempo.

Cada divergencia de opinión con sus hermanos o su esposa, cada hora de melancolía o de arrogancia, sus accesos de ira o de emoción, sus astucias con el enemigo y sus bondades con el amigo, cada palabra a sus generales o a las mujeres (tal como aparecen registradas en sus actas o conversaciones auténticas), nos han parecido más importantes que el plan de batalla de Marengo, los cláusulas de la paz de Lunéville o los detalles del bloqueo continental. Lo que todos hemos aprendido sobre él en el colegio y la universidad ha sido reducido aquí al mínimo, deteniéndonos, por el contrario, en todo aquello que suele faltar en dicho conocimiento cotidiano. Sin embargo, no nos hemos referido solamente a ese Napoleón íntimo, tópico favorito de los escritores franceses, sino más bien a la figura napoleónica en conjunto, lo mismo en su vida pública que en la privada, como representante de toda la Humanidad. Negocios de Estado y asuntos sentimentales acaecidos el mismo día aparecen registrados en la misma página, como emanados de la misma fuente y en mutua relación los unos de los otros, pues el estudio de la maraña del corazón humano nos informará a menudo sobre los grandes proyectos bastante más que todos los cálculos del tácito.

La personalidad de Napoleón, que nada tiene que ver ni con la nación por o contra la cual combatía ni con la moral, no ha sido tratada aquí como milagrosa ni fragmentada en conceptos abstractos. En los distintos episodios de su vida, he tratado siempre de percibir sus estados de alma (de los que su encumbramiento no fue sino el resultado natural y lógico) y de trazar su trayectoria hasta el ápice de Santa Elena. Examinar la vida interior de este hombre, explicar sus decisiones y sus omisiones, sus actos y sus sufrimientos, sus fantasías y sus cálculos, como procedente todo de sus modalidades psíquicas; la reconstitución, en suma, de esta *gran cadena de sentimientos* que fue su vida: tal fue, a la vez, el método y el fin de este libro.

Ésa es la razón de que no haya lugar en él para los retratos de sus generales. Todo lo que no podía proyectar alguna luz sobre su alma debía quedar omitido, a mi juicio.

Para pintar una vida tan plena como la de este hombre es indudable que habrá que atenerse a su propio ritmo, dejándole hablar a él mismo cada vez que sea posible, con preferencia a todo otro testimonio. Pues realmente nada puede explicar a un hombre como sus propias palabras; hasta cuando se equivoca, hasta cuando miente, revélase, mejor de lo que nadie podría hacerlo, a la posteridad, que sabe a qué atenerse. El mismo autor debe olvidar que conoce el desenlace. Sólo describiendo, en cada instante, los sentimientos del protagonista tal como debieron de ser en la realidad, sin tener en cuenta su destino ulterior, conseguirá engendrar esa tensión que, en la vida actual, hace vibrar apasionadamente el espíritu y carga de emoción los acontecimientos.

Solamente compartiendo sus sentimientos y a fuerza de pasión lograremos que el corazón humano nos revele sus sentimientos y su pasión. Así, el espíritu de análisis desapasionado no aparece en este libro hasta el final. Por la misma razón que no puede estudiarse una máquina más que cuando está parada.

Tal retrato, por el relieve dramático y la íntima semejanza con el modelo que pretende reproducir, podría quizá dar la impresión de una obra de pura fantasía. Pero no hay tal cosa, y tanto por el método seguido como por su marco general, esta obra es de un rigor histórico absoluto. Quien crea en la lógica de los acontecimientos y en que no hay lugar en ella para el azar, se guardará de retocar el menor detalle y no tratará de falsear, en servicio de sus fines particulares, ninguna fecha ni documento, aunque a veces, por razones de estilo o de construcción, dejen al margen algunos.

En este libro, todas las frases citadas, con excepción de los soliloquios, son rigurosamente históricos. El autor desearía pudiera aplicarse a él el juicio de Goethe sobre las *Memorias* de Bourrienne: «Toda la aureola, toda la ilusión de que periodistas, historiadores y poetas han rodeado a Napoleón, desaparece ante el realismo aterrador de este libro; pero el héroe, lejos de salir disminuido de él, sale más grande. Ello nos enseña qué cosa espléndida es la verdad, cuando alguien tiene el valor de decirla». Sólo que aquel que se guarda de la fantasía y se entrega al *amor fati* comprenderá el sentido de este poema épico, escrito por la mano del Destino, que es la vida de Napoleón.

Renazca, pues, a los ojos del lector esta tragedia imperecedera tal como fue en la realidad. Lo que un hombre puede alcanzar por la conciencia de sí mismo y el valor, por el ardimiento y la imaginación, por el trabajo y la voluntad, Napoleón Bonaparte nos lo ha enseñado. Y hoy día, en esta época de revoluciones, en que de nuevo se abren todos los caminos ante los mejores,

la ardorosa juventud europea no podría encontrar ejemplo ni advertencia mayores que la vida de aquel hombre que, de todos los hombres de Occidente, fue el que más tremendas convulsiones creara y sufriera.



El autor se complace en dar aquí públicamente las gracias a M. Edouard Driault, director de la *Revue des Études napoléoniennes* de Versalles y a Herr F. M. Kircheisen, por su amable ayuda en la obtención de las ilustraciones, así como también al Herr profesor Pariset, de Estrasburgo, y a Herr Kurt Wildhagen, de Heidelberg, por sus consejos durante la preparación de esta obra.

FIN

CRONOLOGÍA

LIBRO I

- 69. 15 de agosto: Nacimiento de Napoleón.
- 79. En el colegio de Brienne.
- 84. En la Academia Militar.
- 85. Subteniente de artillería.
- 89. Marcha a Córcega.
- 91. Teniente en Valence.
Octubre: En Córcega.
- 92. Pronunciamiento en Ajaccio.
Destierro.
- 93. Capitán.
Toma de Tolón.
- 94. Febrero: General de Brigada.
Agosto: Arrestado.
- 95. Junio: En el Ministerio de la Guerra.
Octubre: Es sofocada la rebelión de París.
General en Jefe del Ejército Interior.
- 96. 2 de mayo: General en Jefe del Ejército de Italia.
6 de marzo: Casamiento con Josefina de Beauharnais

LIBRO II

- 96-97. Batallas de Millesimo, Castiglione, Rivoli y Mantua.
- 97. En el castillo de Montebello.
La Paz de Campo Formio.
- 98. Hasta mayo en París.
19 de mayo: Partida para Egipto.
Batalla de las Pirámides.
- 99. Jafa, San Juan de Acre, Abukir.
7 de octubre: Desembarco en Francia.

9 de noviembre: Golpe de Estado del 18 Brumario.

24 de diciembre: Primer Cónsul.

LIBRO III

00. 14 de junio: Batalla de Marengo.

24 de diciembre: Atentado.

01. Paz de Lunéville. Concordato con Pío VII.

02. Paz con Inglaterra. Cónsul vitalicio. La Legión de Honor.

04. 21 de marzo: Ejecución del Duque de Enghien.

18 de mayo: Toma el título de Emperador.

2 de diciembre: Coronación.

05. Octubre: Trafalgar.

Noviembre: Toma de Viena.

2 de diciembre: Batalla de Austerlitz.

Paz de Presburgo.

06. Confederación de los Estados Renanos.

José: Rey de Nápoles.

Luis: Rey de Holanda.

14 de octubre: Batallas de Jena y de Auerstädt. Berlín. Bloqueo continental.

07. Batallas de Eylau y Friedland.

9 de julio: Tratado de Tilsit.

Jerónimo: Rey de Westfalia.

08. Roma: Madrid. Bayona.

José: Rey de España.

Murat: Rey de Nápoles.

09. Destierro del Papa.

Batallas de Aspern, Essling, Wagram y Viena.

10. Enero: Divorcio.

Abril: Matrimonio con María Luisa.

11. 20 de marzo: Nacimiento del Rey de Roma.

LIBRO IV

12. Batallas de Smolensk, la Moscowa, Vitoria y Moscú.

Diciembre: Regreso a París.

13. Abril: Batallas de Lützen y Bauizen.

Julio: Batalla de Dresde.

16-18 de octubre: Batalla de Leipzig.

14. Batallas de Brienne. La Rothière, Champaubert, Montereau, Bar-sur-Aube, Laon y Arcis-sur-Aube.

6 de abril: Abdicación en Fontainebleau.

- 20 de abril: Partida para la isla de Elba.
15. 26 de febrero: Regreso de la isla de Elba.
- 13 de marzo: Declarado fuera de la ley.
- 20 de marzo: en París. Junio: Batallas de Ligny y Waterloo.
- 23 de junio: Segunda abdicación.
- 13 de julio: Carta al Príncipe Regente de Inglaterra.
- 31 de julio: Declarado prisionero.

LIBRO V

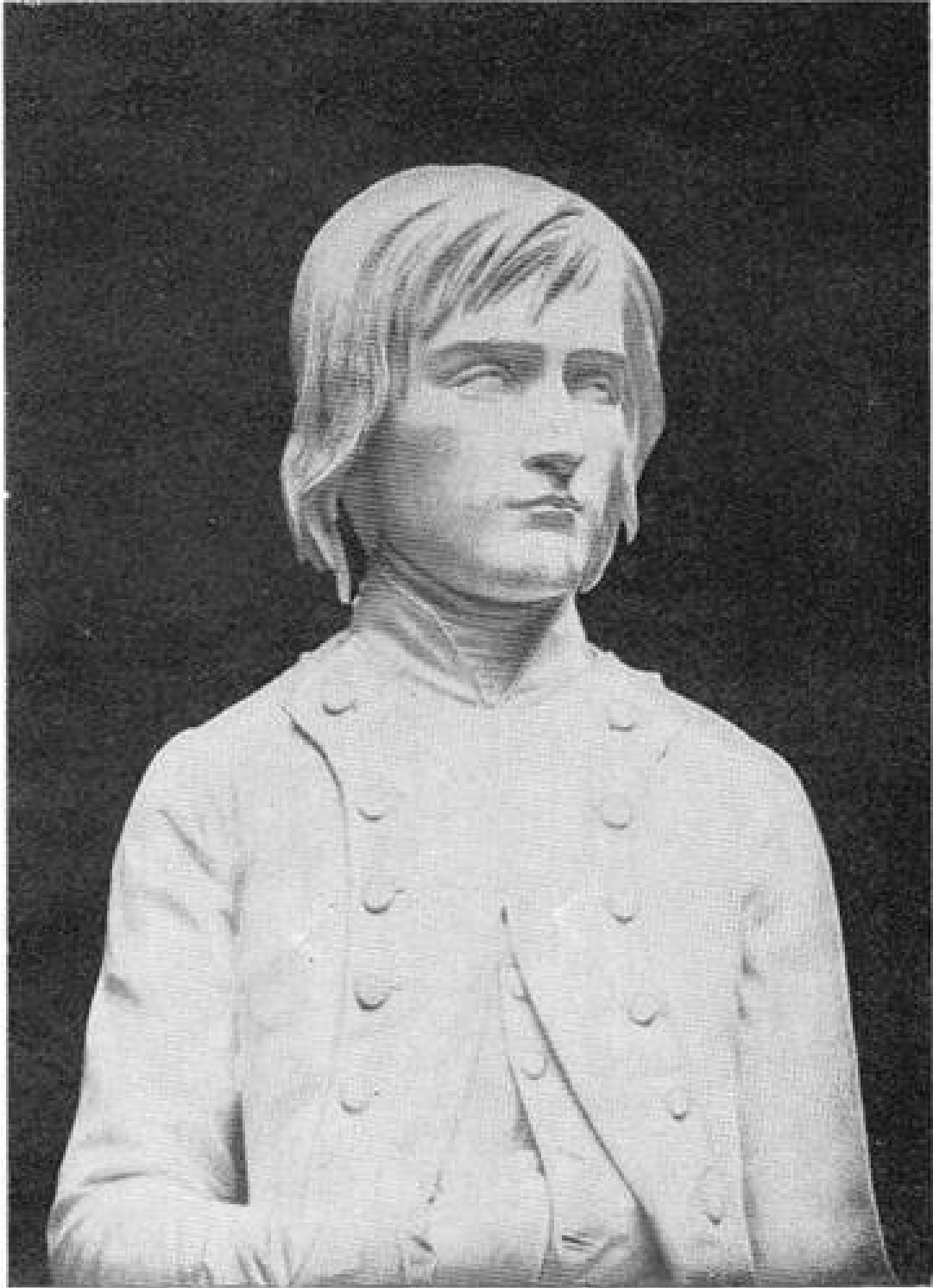
15. 17 de octubre: Llegada a Santa Elena.
21. 5 de mayo: Muerte.



BONAPARTE, 1783

Primer retrato conocido, dibujado por su paisano Pontornini

Museo Nacional de Versailles



BONAPARTE EN LA ESCUELA MILITAR DE BRIENNE

(detalle) por Rochet

Museo de Versalles



EL GENERAL BONAPARTE EN EL AÑO 1797

De un cuadro de Jean Guérin

Biblioteca Nacional, París.

(Del «Corpus Imaginum» de la Photographischen Gesellschaft, Charlottenburg.)



EL MATRIMONIO CANÓNICO DE NAPOLEÓN Y JOSEFINA

Croquis a la pluma de P. N. Bergeret. (Se lee debajo: «Matrimonio de Napoleón Bte en París». A la derecha: «Fecit». Pedro Nolasco Bergeret, discípulo de David.)

Colección de Vinck.

Gabinete de las Estampas de la Biblioteca Nacional



LA EMPERATRIZ JOSEFINA
según un apunte al natural de David



BONAPARTE, DE PRIMER CÓNsul

Cuadro de Girodet

Museo Nacional de Versalles. (Colección fotográfica Kircheisen).



LA EMPERATRIZ JOSEFINA

Por Isabey



BONAPARTE, DE PRIMER CÓNsul, 1802

Grabado de Alexandre Tardieu, según dibujo de Jean Baptiste Isabey



LA EMPERATRIZ JOSEFINA

por Isabey



LA EMPERATRIZ JOSEFINA

Por Gérard



BONAPARTE, DE PRIMER CÓNsul

Por Jean Baptiste Isabey



NAPOLEÓN, DE EMPERADOR
Por el barón Gérard



NAPOLEÓN, DE EMPERADOR EN 1814

Cuadro de Horace Vernet

Galeria Tate, Londres. (Del Corpus Imaginum de la Photographisher Gesellschaft, Charlottenburg).



NAPOLÉÓN EN LA BATALLA DE WAGRAM

Cuadro de H. Vernet *Museo de Versalles*



NAPOLEÓN, DE EMPERADOR

Grabado de Bourgeois, según el cuadro de Jacques Louis David

(Del «Corpus Imaginum» de la Photographischen Gesellschaft, Charlottenburg.)



LA EMPERATRIZ MARÍA LUISA CON EL REY DE ROMA

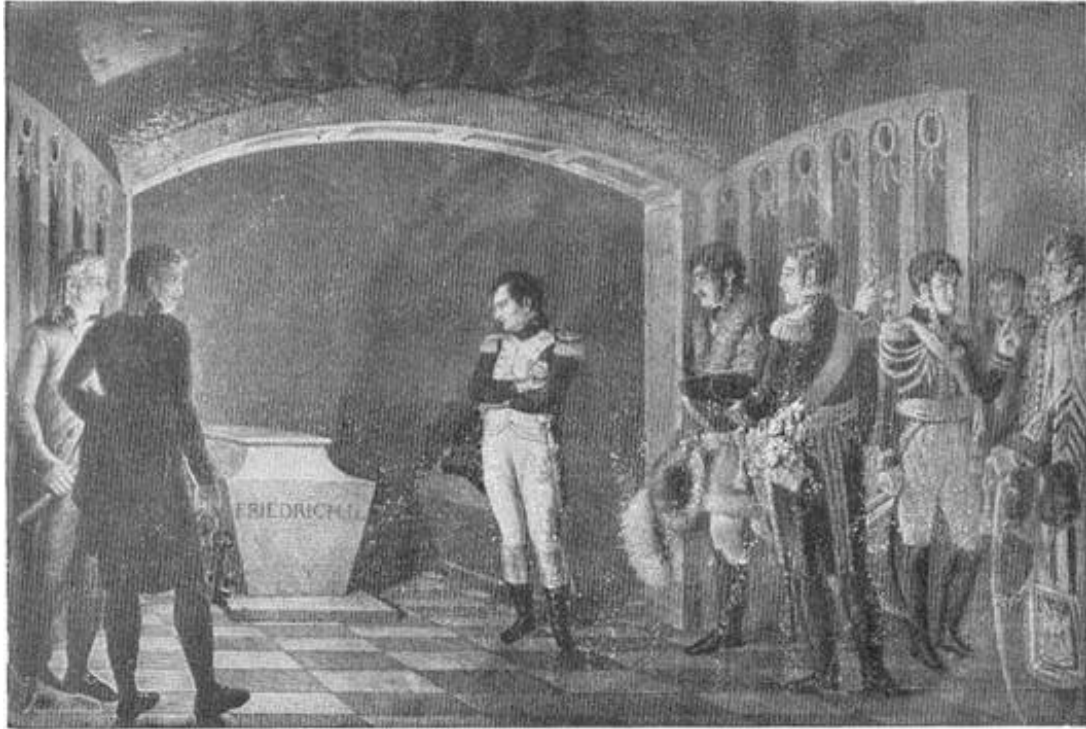
Por F. Gérard

Museo de Versailles



NAPOLEÓN, DE EMPERADOR, EN 1815

Grabado de Robert Lefèvre, de un cuadro de Muneret



NAPOLEÓN ANTE LA TUMBA DE FEDERICO EL GRANDE

por Ponce Canius

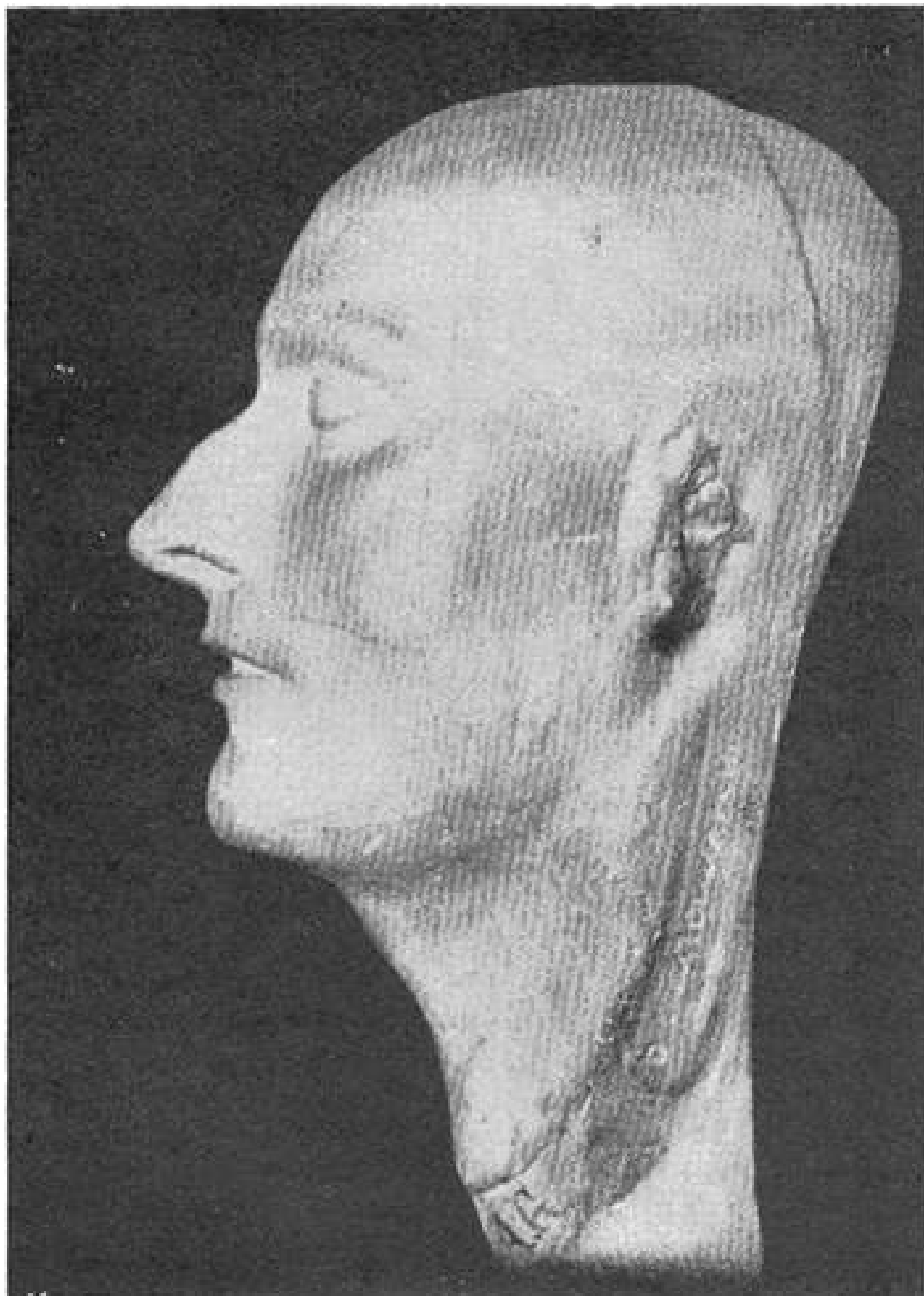
Museo de Versalles



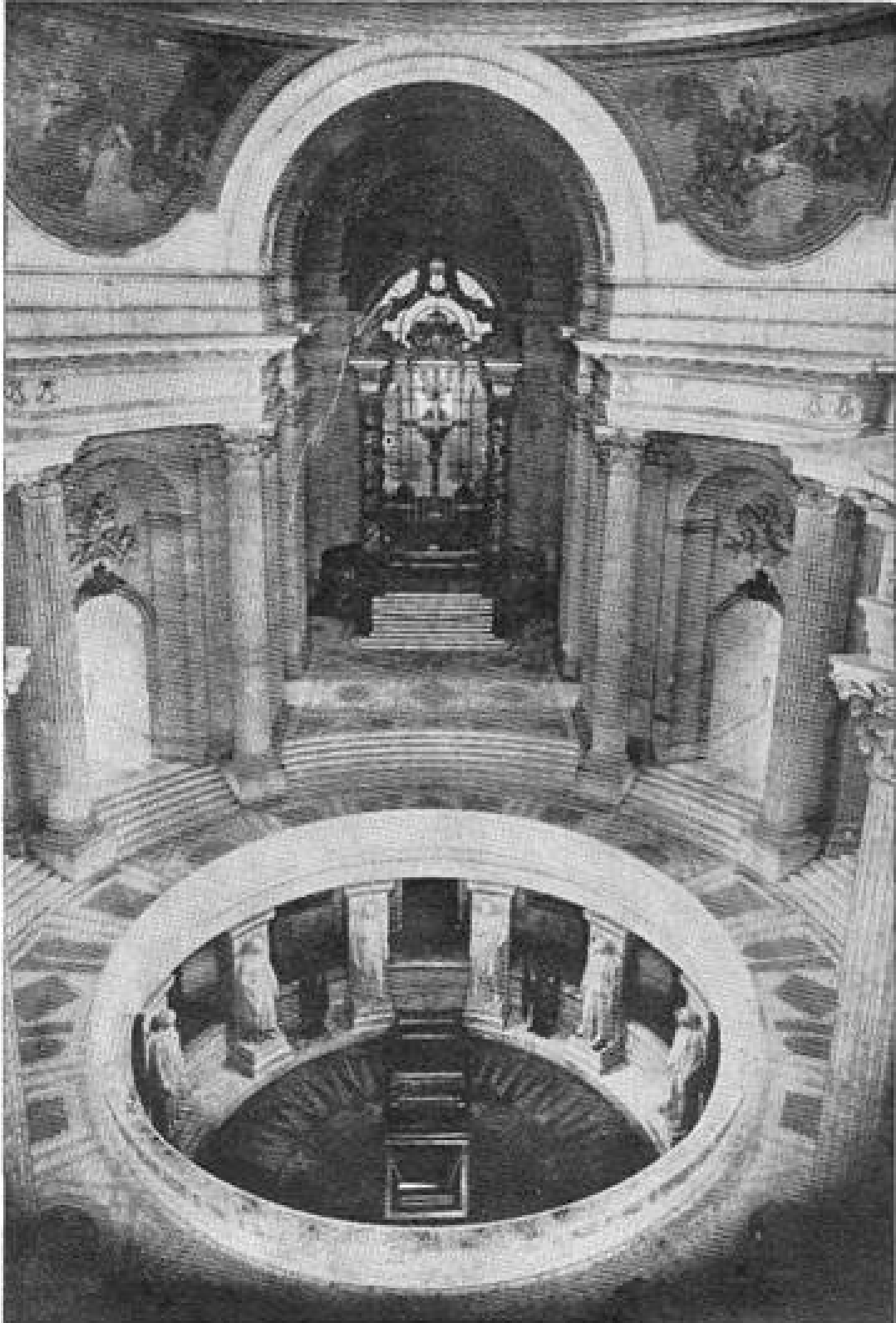
NAPOLEÓN EN SANTA ELENA

Acuarela atribuida a un artista japonés, con una inscripción en chino de su poseedor

Colección Broadley



MASCARILLA DE NAPOLEÓN
hecha por el doctor Antommarchi



LA CRIPTA DE LOS INVÁLIDOS EN PARÍS
donde descansan los restos de Napoleón



EMIL LUDWIG. Escritor alemán (Breslau, 1881 - Moscú, 1948). Nacido en el seno de una familia de la alta burguesía judía, estudió Derecho e Historia en Heidelberg, Lausanne, Bratislava y Berlín. A pesar de sus primeros intentos literarios, en los que ya se manifestaba una decidida vocación, en 1904 entró a trabajar en una empresa familiar. No obstante, en 1906, la dejó para trasladarse a Suiza y dedicarse definitivamente a la literatura. Durante el periodo de la I Guerra Mundial escribió informes para el periódico *Berliner Tageblatt* desde diversas capitales europeas. Fue éste un período decisivo en su vida, pues le ayudó a adoptar una postura cada vez más europea y menos nacionalista.

Tras la guerra se convirtió en uno de los escritores de mayor éxito: en 1930 sus obras habían alcanzado tiradas de millones de ejemplares y habían sido traducidas a más de 27 lenguas. La causa de este éxito fue el nuevo género desarrollado por Ludwig en las tres novelas y nueve obras de teatro publicadas entre 1911 y 1931, la biografía histórica de carácter psicológico.

Ciertamente se puede ver en sus textos una gran diferencia con otros de igual carácter biográfico, y es que en las obras de Ludwig el grado de reflexión y análisis de los hechos históricos alcanza un nivel desconocido hasta ese momento. Esto se puede observar con detalle en la primera biografía publicada: Goethe. *Geschichte eines Menschen* (Goethe. *Historia de un hombre*, 1920). El subtítulo formula claramente el propósito de la biografía:

desmitificar al genio y situarlo al nivel del individuo, descubrir su alma y su personalidad, sus debilidades y sus grandezas, todo ello acompañado siempre de un material de gran valor documental.

A Goethe le siguieron las biografías de *Rembrandt* (1923), *Napoleón* (1925) y *Wilhelm II* (*Guillermo II*, 1925). A pesar de su constante enfrentamiento con la historia en todas sus biografías, su posición política es difícil de determinar y ya desde sus primeras obras se le consideró como el representante intelectual de la joven República. Tras el asesinato de su amigo Rathenau, abandonó la religión judía en señal de protesta, aunque en 1902 se había convertido ya oficialmente al cristianismo.

En 1932 adoptó la nacionalidad suiza y en 1933 se quemaron públicamente todos sus libros. Gracias a su buena situación económica ayudó a muchos escritores alemanes perseguidos y organizó protestas internacionales contra el III Reich. En 1940 fue nombrado encargado del presidente Roosevelt para asuntos con Alemania. En los textos pronunciados en relación con este cargo queda reflejada su idea de que el fascismo derivaba del carácter propio de los alemanes, al tiempo que se exigía una transformación de este pueblo. En 1945 retornó a Suiza, donde vivió hasta su muerte.

NOTAS

[1] La libra francesa, en aquel entonces, venía a equivaler, más o menos exactamente, al franco oro. <<

[2] Larrey —*N. del T.* <<

[3] De 100.000 francos por regla general —*N. del T.* <<

[4] Textualmente: «*France... Tête d'armée...*». <<

[5] Lord Castlereagh. —*N. del T.* <<

[*] «Lo que oscuramente entrevieron los siglos,
él lo abarca de una sola mirada a la clara luz del espíritu;
todo lo pequeño desaparece,
sólo mar y tierra tienen ya importancia.»

<<

[1] «El día del juicio, ante el trono de Dios,
por fin compareció Napoleón.

El demonio había comenzado a leer la larga lista
de culpas de él y de los suyos,
cuando Dios Padre, o Dios Hijo,
uno de los dos, habló así desde el trono:

“¡No canses más nuestros oídos divinos!

Estás hablando como un profesor alemán...

Si eres lo bastante valiente para ponerle la mano,
tuyo es: llévatelo al infierno”».

<<